



**LA  
FLOR  
DEL  
MAL**

**JANET FITCH**

Lectulandia

La flor de la adelfa puede llegar a ser venenosa... como el amor de una madre.

*La flor del mal* narra la inolvidable historia de Astrid, una muchacha cuyo paso por innumerables casas de acogida, cada una un universo con sus propias leyes, peligros y lecciones que aprender, acaba convirtiéndose en un viaje iniciático. Basada en el aclamado *best-seller* de Janet Fitch, *La flor del mal (White Oleander)* nos muestra los diferentes pasajes y experiencias que llevarán a la protagonista a perder su inocencia, pero también a descubrir la esencia de la vida y la verdadera independencia.

Todo empieza cuando Ingrid, la descentrada pero atractiva madre de Astrid, mata a su novio cuando este se dispone a abandonarla. Desgraciadamente, su única hija, Astrid, está presente cuando la policía la arresta. Este suceso marcará para siempre de la vida de ambas. De pronto, Astrid se encuentra sola en el mundo.

Ingresada en varias casas de acogida, Astrid debe endurecer su carácter para luchar y sobrevivir en ese mundo al que ha sido arrojada. Intenta desesperadamente crearse una nueva identidad dentro de ese ambiente hostil y en constante movimiento. Lo único que no cambia en la vida de Astrid es la poderosa influencia que Ingrid sigue ejerciendo sobre ella.

Durante el lapso de tres años que marca la transición entre niña y adulta, Astrid debe aprender el valor de la independencia y la determinación, la furia y el perdón, el amor y la supervivencia, para librarse de su oscuro pasado.

Lectulandia

Janet Fitch

# La flor del mal

ePub r1.0

Titivillus 11.12.2018

Título original: *White Oleander*

Janet Fitch, 1999

Traducción: César Aira

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Cubierta

La flor del mal

Agradecimientos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Sobre la autora

Notas

Al hombre de Council Bluffs

Los hechos y personajes de este libro son ficticios, cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia y no fue buscada por la autora.



## Agradecimientos

AGRADEZCO sinceramente a las siguientes personas el haber hecho posible este libro.

Mi generoso amigo y colega Jeffrey Merrick, que leyó el grueso borrador de *La flor del mal* y me ayudó a cruzar el laberinto. Mi maestra Kate Braverman, que me enseñó el arte de la ficción, y mi familia literaria, en especial Les Plesko, el colectivo de escritura Hard Words, y Donald Rawley, un camarada al que echo mucho de menos. Mi agente literario, Bil Reiss, que creyó en mí a través de largos años. Mi amigo Warwick Downing, campeón de búsqueda y rescate en la materia escrita. Mi sagaz editor Michael Pietsch, y todo el personal de Little, Brown. Por su ayuda en la investigación, Ruby Owens, M.S.W., Departamento de Servicios Infantiles y Familiares, Centro Infantil MacLaren; doctor John Berecochea, jefe de la Rama de Investigación, Departamento Correccional de California; la Institución California para Mujeres en Corona-Frontera; doctora Elizabeth Leonard; doctora Denise Johnston, directora del Centro para Niños con Padres Encarcelados; y especialmente los muchos entrevistados que compartieron sus diversas experiencias conmigo como parte del Proyecto Hijas de Acogida. Mis maravillosos y colaboradores amigos y familia; mi madre y padre, Alma y Vernon Fitch, y, sobre todo, mi marido y mi hija, Steve y Allison Strauss, que me quieren sin importarles que un capítulo haya salido bien o no.

# 1

EL VIENTO de Santa Ana venía cargado con el calor del desierto y marchitaba las últimas hierbas de la primavera hasta volverlas hilos de paja blanquecina. Sólo las adelfas prosperaban, sus delicadas flores venenosas, sus hojas verdes en forma de puñal. Mi madre y yo no podíamos dormir en el calor seco de las noches. Desperté a media noche y vi su cama vacía. Subí al tejado y distinguí su cabello rubio como una llama blanca a la luz de la luna.

—Época de adelfas —dijo—. Los amantes que ahora se maten entre sí le echarán la culpa al viento.

Alzó sus manos grandes separando los dedos para que la sequedad del desierto los lamiera. Mi madre no era ella misma en la época del Santa Ana. Yo tenía doce años y temía por ella. Deseé que las cosas volvieran a ser como antes, que Barry siguiera con nosotras, que el viento dejara de soplar.

—Deberías dormir —sugerí.

—No duermo nunca —dijo.

Me senté a su lado, y miramos la ciudad que zumbaba y brillaba como un chip de ordenador dentro de alguna máquina indescifrable, reteniendo su secreto como una mano de póquer. El borde de su quimono blanco se sacudió al viento y pude verle el pecho, bajo y pleno. Su belleza era como el borde de un cuchillo muy afilado.

Apoyé la cabeza en su pierna. Olía a violetas.

—Somos los bastos —dijo—. Damos belleza y equilibrio, lo sensual sobre lo sentimental.

—Los bastos —repetí.

Quería que supiera que estaba escuchando. Se refería a nuestro tarot. Solía tirarme las cartas, y me explicaba las figuras: bastos y oros, copas y espadas; últimamente ya no lo hacía. No quería saber más el futuro.

—Recibimos nuestro color de los Hombres del Norte —dijo—. Salvajes peludos que destrozaban a sus dioses con las hachas y colgaban la carne de los árboles. Somos los que saqueamos Roma. Sólo hay que temer la debilidad de la vejez y la muerte en la cama. No olvides quién eres.

—Lo prometo —dije.

Allá abajo, en las calles de Hollywood, las sirenas gemían y me destrozaban los nervios. Cuando soplaban el Santa Ana, los eucaliptos se encendían como bujías gigantes, y las colinas del chaparral se volvían en un instante una sola llamarada, expulsando coyotes y ciervos hambrientos hasta la avenida Frahklin. Alzó el rostro hacia la luna quemada, bañándose en sus rayos.

—Luna ojo de cuervo.

—Luna cara de bebé —respondí, con la cabeza en su rodilla.

Me acarició suavemente el pelo.

—Es una luna de traición.

En la primavera esta herida había sido inimaginable, esta locura, pero había estado ante nosotros, invisible como una mina subterránea. Ni siquiera conocíamos el nombre de Barry Kolker entonces, Barry. Cuando apareció era tan pequeño... Más pequeño que una coma, insignificante como una tos. Alguien que ella conoció en una lectura de poemas. Fue en la terraza de un café en Venice. Como siempre cuando leía, mi madre vestía de blanco, y su cabello era del color de la nieve recién caída contra el fondo de su piel apenas bronceada. Estaba a la sombra de una enorme higuera, con hojas como manos. Yo estaba sentada a la mesa detrás de pilas de libros que se suponía vendería después de la lectura, libros delgados publicados por la *Bine Shoe Press* de Austin, Texas. Dibujé las manos del árbol y las abejas que se reunían sobre los higos caídos, comiendo el fruto fermentado al sol y emborrachándose, tratando de velar y cayendo, La voz de mi madre me embriagaba: grave y cálida, con una punta de acento extranjero, el canto sueco de una generación atrás. Los que la oyeron una vez, saben del poder de esa voz después de la lectura se acercó gente, me dieron dinero para poner en la caja de cigarros, mi madre firmó unos libros. «Ah, la vida del escritor», decía irónicamente mientras la gente me daba sus arrugados billetes de cinco y uno. Pero amaba esas lecturas, lo mismo que amaba las veladas con sus amigos escritores, calumniando a poetas famosos entre un trago y un porro, y los odiaba, del modo en que odiaba el siniestro empleo que tenía en la revista *Cinema Scene*, donde pegaba el texto de otros autores que, por cincuenta centavos la palabra, derramaban clichés desvergonzados y apilaban sustantivos del montón y verbos flácidos, mientras mi madre podía sufrir durante horas tratando de decidir si ponía «un» o «el».

Cuando firmaba sus libros, exhibía su habitual media sonrisa, más interna que externa, haciendo una broma privada de los agradecimientos a todos por haber venido. Yo sabía que estaba esperando a cierto hombre. Ya lo había visto, un rubio tímido con un collar de cuentas que se mantenía en segundo plano, mirándola, paralizado, embriagado. Después de doce años como hija de Ingrid, me era fácil localizarlos.

Un hombre regordete, con el cabello oscuro recogido en una coleta, se adelantó con su ejemplar para firmar.

—Barry Kolker. Me encanta tu trabajo. —Ella se lo firmó y se lo devolvió sin siquiera mirarlo a la cara—. ¿Qué haces después de la lectura? —preguntó él.

—Tengo una cita —dijo ella, tomando el siguiente ejemplar para firmar.

—Después de eso —repuso él.

Y me gustó su confianza, aunque él no era el tipo de mi madre, robusto, moreno y vestido con un traje del Ejército de Salvación.

Ella quería al rubio tímido, por supuesto, más joven que ella, y que aspiraba a ser poeta. Fue él quien vino a casa con nosotros.

Me acosté en mi colchón en la galería y esperé a que se marchara, mirando cómo el azul de la tarde se volvía violeta, se demoraba como una esperanza no formulada, mientras mi madre y el rubio murmuraban al otro lado de los postigos. El incienso perfumaba el aire, una clase especial de incienso que ella había comprado muy caro en Little Tokyo, sin nada de dulce; olía a madera y té verde. Un puñado de estrellas aparecieron en el cielo, pero en Los Ángeles ninguna de las constelaciones era la correcta, así que las reuní en nuevas figuras: la Araña, la Ola, la Guitarra.

Cuando se marchó, entré en la habitación grande; Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, con su quimono blanco, escribiendo en un bloc con una pluma que mojaba en un frasco de tinta.

—Nunca dejes que un hombre se quede a pasar la noche —me dijo—. El amanecer sabe echar a perder cualquier magia nocturna. La magia nocturna sonaba hermosa. Algún día yo tendría amantes y escribiría un poema después. Miré las adelfas blancas que había dispuesto sobre la mesilla de noche esa mañana, tres ramos de flores que representaban el cielo, el hombre y la tierra, y pensé en la música de las voces de sus amantes en la oscuridad, sus risas suaves, el olor del incienso. Toqué las flores. *El cielo. El hombre.* Me sentía al borde de algo, un misterio que me rodeaba como una gasa, algo que yo misma estaba empezando a enrollar.

Durante todo ese verano fui con ella a la revista. Nunca tuvo la previsión necesaria para inscribirme con tiempo en una colonia de vacaciones, y yo nunca mencioné la posibilidad. Me gustaba la escuela en sí misma, pero me resultaba una tortura tratar de ser una chica más entre las chicas. Las chicas de mi edad eran una especie enteramente diferente, sus intereses me eran tan extraños como los de los nativos de Dogon o de Mali. El séptimo curso había sido particularmente penoso, y esperaba el momento en que pudiera estar de vuelta con mi madre. El departamento artístico de *Cinema Scene*, con sus plumas de tinta y un carrusel de lápices de colores, papeles grandes, cinta de enmascarar y titulares y fotos desechadas con los que yo podía hacer *collages* a mi antojo, era mi paraíso. Me gustaba el modo en que los adultos hablaban a mi alrededor; se olvidaban de mi presencia y decían las cosas más increíbles. Hoy, los autores y la directora de arte, Marlene comentaban el romance entre el editor y la jefa de redacción de la revista.

—Un caso peculiar de la locura de santa Ana —comentaba mi madre desde la mesa de dibujo—. La anoréxica picuda y el chihuahua con peluca. Supera lo grotesco. Sus hijos no sabrán sí graznar o ladrar.

Se reían. Mi madre era la que enunciaba en voz alta lo que los demás pensaban.

Me senté a la mesa de dibujo vacía al lado de la de mi madre, dibujando las persianas venecianas que recortaban la luz en rebanadas. Esperé a escuchar lo que diría a continuación mi madre, pero volvió a ponerse los audífonos, como un punto al final de un párrafo. Así era como trabajaba, escuchando música exótica por los audífonos y simulando que estaba muy lejos en algún reino perfumado de fuego y sombras; en lugar de estar sentada a la mesa de trabajo de una revista de cine

pegando las columnas de la entrevista a un actor, por ocho dólares la hora. Se concentró eh; él movimiento de su cúter de acero, que cortaba el papel. Separaba largas tiras que quedaban pegadas a la hoja del cuchillo.

—Es su piel la que estoy arrancando —decía—. Las pieles de esos escritorzuelos insípidos, que debo injertar en la página, creando monstruos de insignificancia.

—Nadie advirtió, la entrada de Bob, el editor. Yo bajé la cabeza y usé la regla T, como si estuviera haciendo algo oficial. Hasta ahora no había dicho nada sobre mi presencia acompañando a mi madre pero, Marlene la directora de arte, me dijo: «Vuela bajo, evita el radar». Él nunca me vio. Sólo a mi madre. Ese día entró y se detuvo junto a ella; leyendo por encima de su hombro. Sólo quería estar cerca de ella, tocarle el cabello, blanco como la leche de un glaciar, y ver si podía echar una mirada por su escote. Yo veía el odio en la cara de ella cuando él se inclinaba, y, simulando necesitar afirmarse, le ponía una mano sobre el muslo.

Ella a su vez simuló sobresaltarse, y en un solo movimiento le hizo un corte en el antebrazo desnudo con el afilado cúter con el que trabajaba.

Él se miró el brazo, perplejo ante el hilo de sangre que empezó a aparecer.

—¡Ho Bob! —dijo ella—. Lo siento mucho, no he visto que estabas ahí. ¿Estás bien?

Pero la mirada que le dirigió con sus ojos de aciano le indicaba que con la misma facilidad podría haberle cortado la garganta.

—Descuida, sólo ha sido un pequeño accidente. —En el brazo tenía un corte de cinco centímetros debajo de la manga de la camisa—. Sólo un accidente —repitió un poco más alto, como tranquilizando a todo el mundo y se apresuró a volver a su despacho.

A la hora del almuerzo fuimos en coche por las colinas y estacionamos en la sombra moteada de un gran plátano, cuya corteza blanca empolvada parecía el cuerpo de una mujer recortado contra un cielo sobrenaturalmente azul. Comimos yogures y escuchamos a Anne Sexton leyendo sus propios poemas en el casete, con su irónico canturreo norteamericano que metía miedo. Leía sobre su estancia en un hospital psiquiátrico, con campanas que sonaban. Mi madre detuvo la cinta.

—Dime el verso que sigue.

Me gustaba que mi madre tratara de enseñarme cosas, que me prestara atención. Con frecuencia, cuando estaba con ella, la sentía inalcanzable. Cuando volvía su atención más aguda hacia mí, yo sentía la calidez que deben de sentir las flores cuando se abren a través de la niebla, bajo los primeros rayos del sol.

No tuve que buscar demasiado la respuesta. Era como una canción, y la luz se filtraba entre las hojas del plátano mientras la loca Anne hacía sonar su campana, en si bemol, y mi madre asintió.

—Aprende poemas de memoria, siempre —dijo—. Tienen que volverse la médula de tus huesos. Como el flúor en el agua, vuelven tu alma inmune a la podredumbre del mundo.

Imaginé mi alma bebiendo estas palabras como agua mineral en el Bosque Petrificado, transformando mi madera en ágata con dibujos. Me gustaba cuando mi madre me moldeaba de este modo. Pensaba que la arcilla debía de sentirse feliz en las manos de un buen alfarero.

Por la tarde, la jefa de redacción bajó al departamento artístico, arrastrando vaharadas de perfume oriental que se demoraban en el aire mucho después de que ella hubiera pasado. Kit era una mujer delgada con ojos demasiado brillantes y los gestos nerviosos de un pájaro asustado; sonreía demasiado con sus labios pintados de rojo mientras iba de aquí para allá, mirando el diseño, examinando páginas, deteniéndose a leer el texto sobre el hombro de mi madre, indicando correcciones. Mi madre se echó el pelo hacia atrás, como un gato retrocediendo antes de clavar las garras.

—Todo ese pelo —dijo Kit—. ¿No es peligroso en tu trabajo? Con los productos químicos que usas.

Su propio corte de pelo era geométrico, teñido de negro de tinta y afeitado en la nuca.

Mi madre la ignoró, pero dejó caer el cúter de modo que se clavara en la mesa como una jabalina. Kit se marchó, mi madre le dijo a la directora de arte:

—Estoy segura de que preferiría verme rapada. Y teñida de su propio matiz de carbón.

—Es un vampiro —dijo Marlene.

No alcé la vista. Sabía que el único motivo por el que estábamos allí era yo. Si no fuera por mí, ella no habría aceptado un empleo como aquel. Estaría a medio planeta de distancia, flotando en un mar turquesa, bailando a la luz de la luna al compás de una guitarra flamenca. Sentí mi culpa como una marca a fuego.

Esa noche salió sola. Dibujé durante una hora, comí un sándwich de mantequilla de cacahuete y mayonesa, y después fui a casa de Michael y llamé a su puerta. Se corrieron tres cerrojos.

—Estoy viendo *Reina Cristina*.

Sonrió. Era un hombre amable y suave, más o menos de la edad de mi madre pero hinchado y pálido por la bebida y por estar en casa todo el tiempo. Retiró una pila de ropa sucia y unas *Variety* del sofá para que me sentase.

El apartamento era muy diferente del nuestro, atestado de muebles y recuerdos y pósters de películas, ejemplares de *Variety* y diarios y botellas vacías, y tomates retorciéndose en las ventanas, en busca de un poco de luz. Estaba oscuro aun durante el día, porque daba al norte, pero tenía una espectacular vista del cartel de Hollywood, y por ese motivo lo había alquilado.

—*Nieve otra vez* —dijo al unísono con la Garbo, inclinando la cabeza en el mismo ángulo que ella—. *La eterna nieve*. —Me tendió un bol con pipas de girasol—. Soy la Garbo.

Partí las pipas con los clientes y me saqué las sandalias de goma que venía usando desde abril. No podía decirle a mi madre que una vez más mis pies habían crecido. No quería recordarle que yo era el motivo de que hubiera caído en la trampa de las facturas de la luz y los zapatos que quedan pequeños, el motivo por el que tenía que retorcerse en las ventanas como las agonizantes tomateras de Michael. Era una mujer hermosa arrastrando un pie inválido y yo era ese pie. Yo era ladrillos cosidos al dobladillo de su vestido, era un vestido de acero.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté.

Michael era actor pero no conseguía muchos papeles, y se negaba a trabajar en televisión, así que ganaba dinero leyendo para Libros Grabados. Tenía que hacerlo bajo seudónimo, Wolffam Malevich, porque no estaba afiliado al sindicato. Todas las mañanas muy temprano podíamos oírlo a través de la pared divisoria. Había aprendido alemán y ruso en el ejército, había estado en la inteligencia militar (un oxímoron, decía siempre), así que le hacían leer autores alemanes y rusos.

—Cuentos de Chéjov.

Se inclinó para tenderme el libro que había en la mesita de café, lleno de notas manuscritas y papeles pegados y subrayados. Lo hojeé.

—Mi madre odia a Chéjov. Dice que cualquiera que lo haya leído sabe por qué tuvo que haber una revolución.

—Tu madre. —Michael sonrió—. De hecho, creo que te gustaría. Hay una hermosa melancolía en Chéjov.

Los dos volvimos la vista al televisor para no perdernos la mejor réplica de *Reina Cristina*, y la recitamos junto con la Garbo:

—«La nieve es como un mar blanco, uno podría salir y perderse en ella... y olvidar el mundo».

Pensé en mi madre como la Reina Cristina, fría y triste, los ojos fijos en un horizonte distante. Ese era su lugar, entre pieles y palacios llenos de tesoros, chimeneas grandes como para asar un reno, barcos de arce sueco. Mi temor más profundo era que algún día encontraría el camino de vuelta a ese sitio, y yo no la vería más. Por eso siempre esperaba levantada Cuando ella salía por la noche, como esa vez, por tarde que volviera. Tenía que oír la llave en la oler otra vez su perfume a violetas.

Y trataba de no empeorar las cosas con pedidos, o agobiándola con mis pensamientos. Había visto chicas que clamaban por ropa nueva y se quejaban de lo que preparaba su madre para cenar. Siempre me mortificaba. ¿No se daban cuenta de que estaban atando a sus madres a la tierra? ¿Las cadenas no se avergonzaban de sus prisioneros?

Pero cómo envidiaba el modo en que sus madres se sentaban en sus camas y les preguntaban qué estaban pensando. Mi madre no mostraba la menor curiosidad por mí. A veces me preguntaba qué pensaría que era yo: ¿un perro que podía dejar atado a la puerta de la tienda, un loro sobre su hombro?

Nunca le dije que deseaba tener un padre, que quería ir de campamento en verano, que a veces ella me daba miedo. Temía que huyera y yo me quedara sola, viviendo en algún sitio donde hubiera demasiados chicos, demasiados olores, donde la belleza y el silencio y la embriaguez de sus palabras elevándose en el aire fueran algo tan lejano como Saturno.

Por la ventana, el brillo del cartel de Hollywood estaba un tanto desdibujado por la niebla de junio, una suave humedad en las colinas con olor a salvia, que mojaba de sueños los cristales.

Volvió a casa a las dos, cuando cerraron los bares, sola, su inquietud satisfecha por el momento. Me senté en la cama, la miré cambiarse, adorando cada gesto. Algún día yo haría eso, el modo en que cruzaba los brazos y se sacaba el vestido por la cabeza, se quitaba los zapatos de tacón alto sacudiendo los pies. Me los puse, admirándolos en mis pies. Eran casi de mi tamaño. En un año más me irían bien. Se sentó a mi lado, me tendió el cepillo, y le cepillé el cabello claro y lacio, pintando el aire con sus violetas.

—He visto otra vez al hombre chivo —dijo.

—¿Qué hombre chivo?

—El de la terraza del café, ¿recuerdas? El Pan sonriente, con las pezuñas asomándole por debajo de los pantalones.

Podía verme, las dos en el espejo redondo de la pared, nuestro cabello largo, nuestros ojos azules. Mujeres del Norte. Al verme así, casi podía recordar haber pescado en profundos mares fríos, el olor del bacalao, el carbón de nuestras fogatas, nuestras botas de piel y nuestro extraño alfabeto, de runas como bastoncitos, un lenguaje como arar la tierra.

—Me estuvo mirando todo el tiempo —dijo—. Barry. —Kolker. Marlene dice que es escritor, ensayista. —Sus labios formaron largas curvas de desaprobación—. Estaba con esa actriz de *El jardín de cactus*, Jill Lewis.

Su cabello blanco, como seda sin teñir, fluía entre el cepillo.

—Con ese chivo gordo. ¿Te imaginas?

Sabía que ella rio podía imaginarlo. La belleza erada —ley-de mi madre, su religión. Uno podía hacer todo lo que quisiera, siempre que fuera hermoso, siempre que hiciera las cosas hermosamente. Si no, uno simplemente no existía. Me había martilleado eso en la cabeza desde pequeña. Aunque para entonces yo había notado que la realidad no siempre se ajustaba a las ideas de mi madre...

—Quizá le gusta —dije.

—Debe de ser un loco —dijo mi madre, tomando el cepillo de mis manos y cepillándome el pelo a mí, con una fuerza que yo sentía en el cuero cabelludo.

Ella podría tener cualquier hombre que quisiera. ¿En qué está pensando?

Volvió a verlo en su bar de artistas favorito, un bar sin cartel en la calle. Lo vio en una fiesta en Silverlake. Donde fuera, se quejaba, ahí estaba él el hombre chivo.



Pensé que sería sólo coincidencia, pero una noche en un auditorio de presentaciones en Santa Mónica donde fuimos a ver cómo uno de sus amigos hacía sonar botellas de Sparkletts y vociferaba sobre la sequía, yo también lo vi, cuatro filas más atrás. Pasó todo el tiempo tratando de cruzar una mirada con mi madre. A mí me saludó con la mano, y yo respondí de modo que ella no me viera.

Cuando terminó, quise hablar con él, pero ella me llevó fuera rápido.

—No lo alientes —me susurró.

Cuando apareció en la fiesta anual de *Cinema Scene*, tuve que reconocer que la estaba siguiendo. Fue en el patio de un viejo hotel en el Strip. El calor del día empezaba a disiparse. Las mujeres llevaban vestidos ligeros, mi madre como una larva en seda blanca. Me abrí paso entre la muchedumbre hasta la mesa de *hors d'œuvres*, donde llené rápidamente mi bolso con cosas que pensé que podían soportar varias horas sin refrigerar (pinzas de cangrejo y espárragos, hígado en tocino) y allí estaba Barry, llenando un plato con langosta. Me vio, y sus ojos inmediatamente recorrieron el gentío en busca de mi madre. Ella estaba detrás de mí, bebiendo vino blanco, charlando con Miles, el editor de fotografía, un inglés flaco con barba de tres días y los dedos manchados de nicotina. Todavía no había visto a Barry. Él fue entre la gente hacia ella. Yo lo seguía de cerca.

—Ingrid —dijo Barry, penetrando en su círculo de dos—. Te estaba buscando.

Sonrió. Los ojos de ella parpadearon cruelmente apuntando a la corbata color mostaza que le colgaba a un lado, la camisa parda reventándole en la barriga, los dientes irregulares, la langosta en el plato que sostenía su mano regordeta. Oí el silbido de los vientos helados de Suecia, pero él no pareció sentirlos.

—He estado pensando en ti —dijo, acercándose más aún.

—Preferiría que no lo hiciera —dijo ella.

—Cambiarás de opinión sobre mí —dijo él.

Se tocó la nariz, me guiñó un ojo, y caminó hacia otro grupo, donde pasó un brazo por los hombros de una chica bonita y le besó el cuello. Mi madre dio media vuelta. Ese beso iba contra todas sus ideas. En su universo, era simplemente algo que nunca podría suceder.

—¿Conoces a Barry? —preguntó Miles.

—¿Quién? —dijo mi madre.

Esa noche no pudo dormir. Bajamos a la piscina del edificio y nadamos con lentas brazadas silenciosas bajo las estrellas locales, la Pinza de Cangrejo, la Langosta Gigante.

Mi madre se inclinaba sobre la mesa de dibujo, cortando papel en largos trazos elegantes.

—Esto es zen —decía—. No hay errores, no hay vacilaciones. Una ventana que da a la Gracia.

Se la veía sinceramente feliz. Sucedió a veces cuando su trabajo le estaba saliendo bien: olvidaba dónde estaba, por qué estaba ahí, dónde había estado y dónde

preferiría estar, olvidaba todo salvo el don de cortar en una perfecta línea recta, un placer tan puro como el que le producía escribir una frase hermosa.

Pero entonces vi lo que ella no veía: al hombre chivo entrar en la sala de producción. No quería ser la que arruinara su momento de gracia, así que seguí haciendo mi árbol chino de recortes y fotos desechadas de *Salaam Bombay*. Cuando alcé la vista, él me miraba, y se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio, tras lo cual se deslizó a espaldas de mi madre y le tocó el hombro. El cuchillo corría por los papeles. Se volvió y pensé que lo iba a cortar, pero él le mostró algo que la detuvo, un pequeño sobre que puso en la mesa.

—Para ti y tu hija —dijo.

Ella lo abrió y sacó dos entradas, azul y blanco. Su silencio mientras las examinaba me asombró. Las miró, después lo miró a él, clavando la punta del cúter en la superficie del escritorio.

—Sólo el concierto —dijo ella—. Sin cena y sin baile.

—De acuerdo —dijo él, pero pude ver que en realidad no lo creía. Todavía no la conocía.

Era un concierto de gamelán en el museo de arte. Cuando lo supe entendí por qué había aceptado. Sólo me pregunté cómo había sabido él qué era lo que debía proponer, lo único que no sería rechazado. ¿Se había escondido entre las adelfas frente a las ventanas de nuestro apartamento para escucharnos? ¿Había interrogado a los amigos de mi madre? ¿Había sobornado a alguien?

La noche crujía mientras mi madre y yo lo esperábamos en el patio delantero del museo. El calor lo había cargado todo de estática. Yo me peinaba para ver las chispas que saltaban de las puntas del pelo.

Obligada a esperar, mi madre hada pequeños movimientos espasmódicos con brazos y manos.

—Impuntual. Qué despreciable. Debí imaginármelo. Probablemente se está solazando en algún prado con las otras cabras. Recuérdame no hacer nunca planes con cuadrúpedos.

Seguía con la ropa de trabajo, aunque había tenido tiempo para cambiarse. Era una señal, para indicarle que no se trataba de una cita real, que no significaba nada. Alrededor de nosotras, mujeres con brillantes sedas de verano y un ramillete fluctuante de perfumes caros, la miraban con ojo crítico. Los hombres la admiraban, le sonreían, le clavaban la vista. Ella devolvía las miradas, los ojos azules en llamas, hasta que ellos se turbaban y bajaban la vista.

—Hombres —decía—. Por poco atractivos que sean, todos se imaginan que de algún modo valen la pena.

Vi a Barry cruzando la plazoleta, su masa corporal balanceándose sobre las piernas cortas. Sonrió, exhibiendo unos dientes separados.

—Perdón, pero el tráfico era una locura.

Mi madre le dio la espalda a la disculpa. Sólo los seres inferiores buscan excusas, me había enseñado. Nunca te disculpes, nunca te expliques.

La orquesta de gamelán estaba compuesta por veinte hombrecitos delgados arrodillados delante de conjuntos complicadamente tallados de campanas y gongs y tambores. El tambor empezó, y se le unió uno de los conjuntos más graves de campanas. Más instrumentos entraron a la creciente masa de sonido. Empezaron a surgir ritmos, a expandirse, complejos como lianas. Mi madre decía que el gamelán creaba en el oyente una onda cerebral más allá de todos los alfas y betas y zetas, una onda cerebral que paralizaba los canales normales de pensamiento y obligaba a otros nuevos a surgir, en regiones inexploradas de la mente, como vasos sanguíneos paralelos que se forman para adaptarse a un corazón dañado.

Cerré los ojos para ver pequeñas bailarinas como pájaros enjorjados cruzando la pantalla oscura de mis párpados. Me tomaron de la mano, me hablaron en lenguas que no tenían palabras para nombrar a madres extrañas con ojos azul hielo y apartamentos con feos centelleos en la fachada y hojas muertas en la piscina.

Después, el público plegó las butacas de terciopelo verde y se encaminó a las salidas, pero mi madre no se movió. Se quedó sentada, con los ojos cerrados. Le gustaba ser la última en marcharse. Despreciaba las muchedumbres y sus opiniones cuando salían de un teatro, o, peor, discutían sobre ir o no al baño y ¿adónde quieres ir a comer? Destruían el clima creado. Ella seguía en ese otro mundo, seguiría en él tanto como pudiera, con los canales paralelos entrando y saliendo de su corteza cerebral como corales.

—Ha terminado —dijo Barry.

Ella levantó la mano para ordenarle silencio. Él me miró y yo me encogí de hombros. Estaba habituada. Esperamos hasta que el último sonido se hubo desvanecido en el auditorio. Al fin abrió los ojos.

—Entonces, ¿te apetece ir a picar algo?

—Nunca pico nada —dijo ella.

Yo tenía hambre, pero una vez mi madre tomaba una decisión, se ceñía a ella. Fuimos a casa, donde yo comí atún de lata mientras ella escribía un poema usando los ritmos del gamelán, sobre títeres de sombra y los dioses del azar.

EN EL verano de mis doce años solía recorrer el complejo donde la revista de cine tenía sus oficinas. Se llamaba Encrucijada del Mundo, un patio de los años veinte con un símil transatlántico aerodinámico en el centro ocupado por una agencia de publicidad. Yo me sentaba en un banco de piedra e imaginaba a Fred Astaire inclinado sobre la barandilla de bronce del transatlántico, con gorra de capitán y chaqueta azul.

A lo largo del anillo exterior del patio con suelo de ladrillos, *bungalows* de fantasía contruidos en estilos que iban de los Hermanos Grimm a Don Quijote, alquilados a estudios fotográficos, agencias de actores, imprentas. Esboqué una Carmen risueña sentada bajo la canastilla colgante de geranios rojos en el portal sevillano de una agencia de modelos, y una recatada Gretel de trenzas barriendo los peldaños germánicos del estudio fotográfico con una escoba de ramas.

Mientras dibujaba, observaba las chicas altas y hermosas que entraban y salían por esas puertas, pasando de la agencia al estudio y viceversa, para dejar un poco más del dinero que tanto les había costado ganar trabajando de camareras, con tal de hacer avanzar sus carreras. Era un fraude, decía mi madre, y yo habría querido decírselo a ellas, pero su belleza parecía un hechizo. ¿Qué mal podía sucederle a chicas como esas, con sus piernas largas en pantalones ajustados y diáfanos vestidos de verano, con sus ojos claros y rostros esculpidos? El calor del día nunca las tocaba, vivían en otro clima.

Una mañana, a las once, apareció mi madre en la salida de *Cinema Scene* y yo cerré mi cuaderno, suponiendo que tomaríamos un almuerzo adelantado. Pero no fuimos hacia el coche, sino que la seguí hasta torcer en la esquina, y allí, inclinado sobre un viejo Lincoln dorado con puertas de suicidio, estaba Barry Kolker. Llevaba una chaqueta a cuadros chillones.

Mi madre le dirigió una mirada y cerró los ojos.

—Esa chaqueta es tan fea que ni siquiera puedo mirarte. ¿Se la has robado a un muerto?

Barry sonrió, abriéndonos las puertas del coche.

—¿Nunca habéis estado en las carreras? Allí hay que usar algo chillón. Es toda una tradición.

—Pareces un sillón en un geriátrico —dijo ella al subir—. Gracias a Dios nadie me verá contigo.

Era una salida con Barry. Yo estaba atónita. Estaba segura de que el concierto de gamelán había sido la última vez que lo veríamos. Y ahora él me sostenía abierta la puerta del Lincoln. Yo nunca había ido a las carreras. No era la clase de sitio al que

mi madre pensara en llevarme: al aire libre, con caballos, nadie leyendo un libro o pensando en la Belleza y el Destino.

—En circunstancias normales nunca haría esto —dijo mi madre en el asiento delantero, ajustándose el cinturón de seguridad—. Pero la idea de las horas robadas es demasiado deliciosa para desperdiciarla.

—Te encantará —dijo Barry sentándose al volante—. Es un día demasiado bonito para estar atado a un trabajo de esclavo.

—Siempre —dijo mi madre.

Tomamos la autopista en Cahuenga, fuimos hacia el norte de Hollywood, entrando en el Valle, y después hacia el este, a Pasadena. El calor cubría la ciudad como una tapa.

Santa Anita estaba al pie de las montañas San Gabriel, un escarpado muro de granito azul como una gran ola. Brillantes parterres de flores y césped perfecto exhalaban un pesado perfume en el aire contaminado. Mi madre caminaba un poco delante de Barry y simulaba que no lo conocía, hasta que al fin se convenció de que todos iban vestidos así, con zapatos blancos y poliéster verde.

Los caballos eran máquinas bien afinadas en sus resortes de acero, brillantes como metal, y las camisas de raso de los *jockeys* brillaban al sol cuando recorrían la pista al paso en sus monturas, cada caballo junto a otro mayor y más tranquilo. Los caballos se asustaban de los niños en la valla, de las banderas, eran puro nervio y calor.

—Elige un caballo —le dijo Barry a mi madre.

Ella eligió el número siete, un animal blanco, por el nombre: *Orgullo de Medea*.

Los *jockeys* tenían dificultades para meterlos en los *boxes*, pero cuando se abrieron, los caballos descargaron sus cascos sobre el ocre de la pista al unísono.

—¡Vamos, siete! —gritábamos—. ¡Suerte, siete!

Ganó. Mi madre se reía y me abrazaba y abrazaba a Barry. Nunca la había visto así, excitada, riéndose, y *parecía* tan joven... Barry había apostado veinte dólares por ella, y le tendió su dinero, cien dólares.

—¿Te apetece ir a cenar? —le preguntó.

Sí, rogué. Por favor di que sí. Después de todo, ¿cómo podía negarse ahora?

Nos llevó a cenar al restaurante del hipódromo, donde Barry y yo pedimos ensaladas y chuletas al punto, además de patatas al horno con crema agria. Mi madre pidió sólo una copa de vino blanco. Así era Ingrid Magnussen. Ella fijaba las reglas y de pronto estaban grabadas en la Piedra de Rosetta, o en las paredes de una gruta bajo el mar Muerto, o en los rollos de la dinastía Tang.

Durante la comida Barry nos contó de sus viajes a Oriente, donde nosotras nunca habíamos estado. La ocasión en que pidió hongos mágicos del menú de un restaurante de playa en Bali y terminó perdido en la costa turquesa, alucinando de estar en el paraíso. Su excursión a los templos de Angkor Wat en la jungla camboyana acompañado por contrabandistas de opio tailandeses. Su semana pasada

en los burdeles flotantes de Bangkok. Se había olvidado enteramente de mí, absorto en la tarea de hipnotizar a mi madre. Su voz era clavos de olor y ruiseñores, y nos llevó a los mercados de especias en las Célebes, derivamos con él en una casa-bote más allá del mar del Coral. Éramos como cobras siguiendo una flauta.

Camino a casa, ella le dejó tocarle la cintura cuando la ayudaba a bajar del coche.

Barry nos invitó a cenar a su casa, dijo que le gustaría cocinar unos platos indonesios que había aprendido en su lugar de origen. Esperé hasta la tarde para decir que no me sentía bien, y que ella fuese sin mí. Me gustaba Barry, pensaba que él podía ser el hombre, alguien que pudiera alimentarnos y contenernos y hacernos reales.

Ella pasó una hora probándose ropa, el pijama indio blanco, él vestido de gasa azul, el del estampado con pinas y chicas con huías. Nunca la había visto tan indecisa.

—El azul —dije.

Tenía escote y el azul era exactamente del tono de **sus** ojos. Nadie se le podía resistir con su vestido azul. Eligió el pijama indio, que le cubría hasta el último centímetro de su piel dorada.

—Volveré temprano —dijo.

Cuando se hubo marchado me tendí en su cama y los imaginé juntos, sus voces graves en un dueto al crepúsculo sobre los platos de rijsttafel. Yo no había vuelto a probarlo desde que salimos de Ámsterdam, donde vivimos cuando tenía siete años; su olor llenaba todo el barrio. Mi madre siempre decía que debíamos ir a Bali. Nos imaginé en una casa con un techo de un ángulo exagerado, sobre verdes terrazas de arroz y mares milagrosamente lípidos, donde nos despertarían las campanas y el balido de las cabras.

Al cabo de un rato me preparé un sándwich de queso y *pikles* y fui al apartamento de Michael. Tenía por la mitad una botella de vino tinto de Trader Joe's, «el chic de la pobreza» según él, porque tenía corcho, y estaba llorando delante de una película de Lana Turner. A mí no me gustaba Lana Turner y no podía soportar los tomates agonizantes, así que leí a Chéjov hasta que Michael se durmió, y después bajé y nadé en la piscina de agua caliente como lágrimas. Floté y miré las estrellas, el Chivo, el Cisne, y deseé que mi madre se estuviera enamorando.

Durante el fin de semana no dijo una palabra sobre su cena con Barry, pero escribió poemas y los arrugó y los tiró a la papelera.

En el departamento artístico, Kit corregía por encima del hombro de mi madre, mientras yo estaba sentada a mi mesa en el rincón, haciendo un *collage* sobre Chéjov, la dama del perrito, cortando imágenes de fotos desechadas.

Le atendió el teléfono, y cubrió el receptor con la mano.

—Es Barry Kolker.

La cabeza de Kit se alzó al sonido del nombre, como una marioneta en manos de un operador torpe.

—Lo cogeré en mi oficina.

—Es para Ingrid —dijo Marlene.

Mi madre no alzó la vista de su hoja de diagrama.

—Dile que no trabajo más aquí.

Marlene se lo dijo, mintiendo con extrema destreza.

—¿Cómo es que conoces a Barry Kolker? —preguntó el editor, sus ojos negros grandes como aceitunas.

—Lo conocí, nada más —dijo mi madre.

Esa tarde, en el largo crepúsculo de verano, la gente salía de sus apartamentos a pasear los perros o beber tragos junto a la piscina, los pies en el agua. La luna subió, abriéndose paso en el intenso azul. Mi madre se inclinó sobre su mesa, escribiendo, y una ligera brisa sacudía las campanillas de viento colgadas en el viejo eucalipto, mientras yo estaba tumbada en su cama. Quería congelar ese momento para siempre, las campanillas, el ligero chapoteo del agua, el tintineo de las cadenas de los perros, las risas desde la piscina, el rasgueo de la pluma de mi madre, el olor del árbol, el silencio. Quise poder encerrarlo todo en un relicario para usarlo colgado del cuello. Quise que nos dominara un sueño de mil años, en este segundo absoluto, como el sueño sobre el castillo de la Bella Durmiente.

Hubo un golpe en la puerta, desbaratando la paz. Nadie venía nunca a nuestra puerta. Mi madre dejó la pluma y tomó la navaja que tenía en la jarra de los lápices, una navaja con la hoja afilada como para afeitar a un gato. La abrió y se llevó un dedo a los labios. Se cerró el quimono sobre la piel desnuda.

Era Barry, que la llamaba:

—¡Ingrid!

—Cómo se atreve —dijo ella—. No puede aparecer simplemente en la puerta sin una invitación.

Abrió la puerta con un movimiento brusco. Barry llevaba una arrugada camisa hawaiana y traía una botella de vino y un paquete que olía a algo maravilloso.

—Hola —dijo—. Estaba en el barrio y pensé en pasarme por aquí.

Ella seguía en el umbral, la navaja contra el muslo.

—¿Ah, sí?

Entonces hizo algo que nunca habría imaginado en ella. Lo invitó a pasar, cerrando la navaja contra la pierna.

Él contempló nuestro salón, elegantemente desnudo.

—¿Estáis de mudanza?

Mi madre no dijo nada. Llevábamos un año viviendo allí.

El sol calentaba los postigos cuando desperté, e iluminaba el aire lechoso que envolvía la mañana como una toalla. Oí a un hombre cantando, y las tuberías de la ducha resonando cuando cerraba el agua. Barry se había quedado a pasar la noche. Mi madre estaba infringiendo sus reglas. No eran de piedra después de todo, sino,

pequeñas y frágiles como cigüeñas de papel. La observé vestirse para el trabajo, esperando una explicación, pero se limitó a sonreír.

Después de esa noche, el cambio fue sorprendente. El domingo fuimos juntos al mercado de granjas de Hollywood, donde ella y Barry compraron espinacas y guisantes, tomates y uvas pequeñas como cabezas de alfiler, ristras de ajos, mientras, yo los seguía, muda de asombro al ver a mi madre examinando verduras como si fuera una librería. Mi madre, para quien una comida era un yogur o una lata de sardinas y galletas. Podía comer mantequilla de cacahuete durante semanas sin pensarlo siquiera. Vi cómo pasaba frente a puestos con sus flores blancas favoritas, lirios y crisantemos, sin mirarlos, y se llenaba los brazos con amapolas rojas gigantes con manchas negras en el centro. De vuelta a casa, ella y Barry iban cogidos de la mano y entonaban con sus voces graves viejas canciones de los sesenta, *Wear Your Love Like Heavett* y *Waterloo Sunset*.

Tantas cosas que yo nunca habría imaginado... Escribió breves haikus que le metía en los bolsillos. Yo los rescataba cada vez que podía, para ver qué había escrito. Me ruborizaba al leerlos. «La amapola sangra pétalos de exceso. Tú y yo, dulce campo de combate».

Una mañana, en la revista, me mostró una foto en un semanario de chismorreos, *Caligula's Mother*, tomada en una fiesta después de un estreno teatral. Los dos parecían atontados. El epígrafe la llamaba la nueva acompañante de Barry. Era exactamente la clase de cosa que ella más odiaba, una mujer como algo de un hombre. Ahora lo exhibía como si hubiera ganado un premio.

Pasión. Nunca imaginé que fuera algo que pudiera pasarle a ella. Eran días en que no habría podido reconocerse en el espejo, los ojos oscurecidos por la pasión, el cabello siempre enredado y oloroso a almizcle, al olor del chivo que era Barry.

Salían y después ella me contaba, riéndose:

—Las mujeres se le acercan, con sus voces de pavos reales, gritando: «¡Barry! ¿Dónde has estado?». Pero eso no importa. Ahora está conmigo. Yo soy la única que él quiere.

La pasión la dominaba. Se olvidó de sus referencias al aspecto físico caprino de él, a su necesidad de un arreglo dental, a sus carnes flácidas, a su mal gusto con la ropa, a la pobreza de su idioma, a sus estereotipos, a la imperdonable trivialidad de su obra. Nunca creí que fuera a ver a mi madre apretándose contra un hombre gordo y con coleta en el pasillo de nuestro apartamento, o que le dejara meter la mano debajo de la falda sentados a una mesa cenando una noche en un oscuro restaurante de Hunan en el viejo Chinatown. La miré con atención a los ojos, y sentí las oleadas de su pasión como un perfume por encima de las tazas de té.

Por las mañanas, él estaba acostado con ella en el amplio colchón blanco cuando yo cruzaba la habitación camino del cuarto de baño. Inclusive me hablaban, abrazados, la estancia llena del olor de su amor, como si fuera la cosa más natural del mundo. Me daban ganas de reírme. En el patio de Encrucijada del Mundo me sentaba



bajo un pimiento y escribía «*mister y mistress Barry Kolker*» en mi cuaderno. Practicaba decir: «¿Puedo llamarte papá?».

Nunca le dije a mi madre que quería un padre. Sólo una vez la había interrogado sobre el tema, debió de ser cuando estaba en el parvulario. Ese año habíamos vuelto a Estados Unidos, a vivir en Hollywood. Era un día caluroso y de niebla, y mi madre estaba de mal humor. Fue a recogerme tarde, temamos que ir al mercado. Por entonces ella tenía un viejo Datsun; todavía recuerdo el caluroso asiento abarquillado, y el resquicio en el piso por el que podía ver la calzada.

El colegio acababa de empezar, y nuestra joven maestra, la señora Williams, nos había preguntado por nuestros padres. Los padres vivían en Seattle o en Panorama City o en San Salvador, y un par de ellos habían muerto. Tenían trabajos como abogados o músicos o instalaban cristales de coche.

—¿Dónde está mi padre? —le pregunté a mi madre.

Tomó una curva con irritación, haciéndome balancear bajo el cinturón de seguridad.

—Tú no tienes padre —dijo.

—Todos tienen un padre —dije.

—Los padres no importan. Créeme, tienes suerte. Yo tuve uno, así que lo sé. Olvídalo.

Encendió la radio, música de *rock* a todo volumen.

Era como si yo fuera ciega y ella me hubiera dicho: la vista no importa da lo mismo que no puedas ver. Empecé a mirar a los padres, en las tiendas, en las plazas, empujando a sus hijas en los columpios. Me gustaba cómo parecían saber qué hacer. Parecían como un muelle, asegurados con firmeza al mundo, y una podría sentirse segura sobre él, no mudándose siempre como nosotras. Recé porque Barry Kolker fuera ese hombre.

Sus murmullos de amor eran mis canciones de cuna, mis esperanzas favoritas. Acumulaba por anticipado sábanas, campamentos de verano, zapatos nuevos, Navidades. Me extasiaba calculando la posibilidad de cenas fuera, un cuarto propio, una bicicleta, noches de charla. Un año igual que el anterior, y el siguiente igual, uno tras otro, un puente, y mil cosas más sutiles y sin nombre que saben las chicas sin padre.

Barry nos llevó al *partido* del 4 de Julio en el estadio de los Dodgers, y nos compró gorras de los Dodgers. Comimos *hot dogs* y ellos tomaron cerveza, y él le explicó el béisbol a ella como si fuera una filosofía, la clave del carácter norteamericano. Barry le dinero al vendedor de cacahuetes y atrapó al vuelo la bolsita que lanzó el hombre. Dejamos el suelo a nuestro alrededor cubierto de cascarras de cacahuete. Apenas si se nos reconocía en nuestras gorras azules. Éramos como una familia. Simulé que éramos mamá, papá y la niña. Hicimos la ola, y ellos se besaron durante toda la séptima entrada, mientras yo dibujaba caras en los cacahuetes. Los fuegos artificiales dispararon todas las alarmas de los coches en el aparcamiento.

Otro fin de semana nos llevó a Catalina. Yo sentí un violento malestar en el *ferry*, y Barry me puso un pañuelo frío en la frente y me dio unos caramelos de menta para chupar. Adoré sus ojos castaños, el modo en que me miraban tan preocupados, como si nunca antes hubiera visto vomitar a un niño. Traté de no estar muy pegada a ellos cuando llegamos, con la esperanza de que él le propusiera matrimonio mientras caminaban entre los botes comiendo gambas de un cucurucho de papel.

Sucedió algo. Todo lo que recuerdo es que los vientos habían empezado. Los traqueteos del viento en las palmeras. Hubo una noche en que Barry dijo que vendría a las nueve, pero eran las once y no había llegado. Mi madre puso su disco de flauta peruana para calmar los nervios, después música de arpa irlandesa y cantores búlgaros, pero nada funcionó. Las armonías serenas no se adecuaban a su humor. Sus gestos eran ansiosos e indefinidos.

—Vamos a nadar —propuse.

—No puedo —respondió—. Podría llamar.

Al fin, reemplazó el disco por uno de Barry, una grabación del trompetista Chet Baker, fría y evocadora, la clase de música que ella siempre había odiado antes.

—Música de cóctel. Para que la gente llore dentro de su cerveza —dijo—. Pero no tengo cerveza.

Él salió de la ciudad como corresponsal para diferentes revistas. Cancelaba las citas. Mi madre no podía dormir, saltaba cada vez que sonaba el teléfono. Yo odiaba ver su mueca cuando no era Barry. Un tono que nunca le había oído se coló en su voz, en zigzag, como el filo de un serrucho.

No veía cómo podía suceder esto, cómo él podía ofrecernos fuegos artificiales y poner ese pañuelo frío en mi frente, y hablar de llevarnos a Bali, y después olvidarse de nuestra dirección.

Una tarde fuimos a su casa sin anunciarnos.

—Se enojará —dije.

—Estábamos en el barrio. Sólo pasamos a saludarlo —dijo ella.

No podía evitar que lo hiciera, como no podía evitar que el sol brillara a través del *smog* recalentado de la mañana de agosto. Pero yo no quería verlo. Esperé en el coche. La vi llamar a la puerta, y él salió con una bata de rizo. No tenía que oírlo para saber lo que estaba diciendo. Llevaba su vestido de gasa azul, el viento caliente le alborotaba el rizado, el sol en la espalda, volviéndolo transparente. Él estaba en el umbral, bloqueándolo, y ella inclinaba la cabeza hacia un lado, se acercaba, le tocaba el cabello. Sentí una banda elástica ajustándose en mi cerebro, más y más apretada, hasta que entraron en la casa.

Puse la radio, música clásica. No soportaba oír nada con palabras. Imaginé mis propios ojos de azul de hielo mirando a un hombre, diciéndole que se fuera, que estaba ocupada. «No eres mi tipo», le decía fríamente al espejo retrovisor.

Media hora después reapareció y vino hacia el coche tambaleándose, tan ciega al camino que tropezó con un aspersor. Entró, se sentó al volante y se meció adelante y

atrás, la boca abierta pero sin sonido. Mi madre estaba llorando. Era el último imposible.

—Tiene una cita —dijo al fin, susurrando, con una voz como si alguien le estuviese apretando la garganta—. Me hizo el amor y después me dijo que me marchase. Porque tiene una cita.

Supe que no debíamos haber venido. Ahora 70 deseaba que ella nunca hubiera roto ninguna de sus reglas. Comprendí por qué se aferraba con tanta fuerza a ellas. Una vez se rompe una, se rompen todas, una tras otra, como petardos explotándose en la cara el 4 de Julio.

Me daba miedo que condujera en el estado en que se encontraba, con los ojos salvajes y ciegos. Nos mataría antes de que hubiéramos cruzado tres calles. Pero no puso en marcha el motor. Se quedó sentada, mirando al frente, balanceándose, abrazándose por la cintura.

Pocos minutos después se detuvo un coche, un último modelo deportivo, la capota baja, conducido por una chica rubia. Era muy joven y llevaba una falda corta. Se volvió para sacar su bolso del asiento trasero.

—No es tan bonita como tú —dije.

—Pero es una chica más simple —susurró mi madre con amargura.

Kit se inclinó sobre el mostrador en la sala de producción, sus labios magenta como la sonrisa manchada de sangre de un lobo.

—Ingrid, a que no sabes a quién vi anoche en Virgins —dijo con voz aguda cargada de malevolencia—. A nuestro viejo amigo Barry Kolker. —Un suspiro dramático—. Con una rubia barata de la mitad de su edad. Los hombres tienen muy mala memoria, ¿no?

Sus fosas nasales palpitaron mientras ahogaba una risa.

A la hora del almuerzo, mi madre me dijo que me llevara todo lo que quisiera, papeles, lápices, tijeras. Nos íbamos y no volveríamos.

—DEBERÍA afeitarme la cabeza —me dijo—. Pintarme el rostro con ceniza.

Tenía los ojos raros, con ojeras oscuras, como moretones, y el cabello grasoso y sin forma. Se pasaba el día en la cama, o mirándose en el espejo.

—¿Cómo puedo derramar lágrimas por un hombre al que jamás debí permitirle que me tocara siquiera?

No volvió al trabajo. No quería salir del apartamento a oscuras salvo para bajar a la piscina, donde se sentaba durante horas mirando los reflejos en el azul brillante, o nadaba en silencio bajo el agua como un pez en un acuario. Para mí, era la época de volver a la escuela. Pero no podía dejarla sola, en el estado en que se encontraba. Podía no estar cuando yo volviera. Así que me quedé, y comimos toda la comida en lata que había en el apartamento, y después comimos arroz y avena.

—¿Qué hago? —le pregunté a Michael, que me servía queso y sardinas en su maltrecha mesita de café.

El noticiario de televisión mostraba un incendio en el pico Ángeles.

Michael sacudió la cabeza, en respuesta a mi pregunta y a la hilera de bomberos que subía la montaña.

—Cariño, esto es lo que pasa cuando te enamoras. Estás viendo una catástrofe de la naturaleza.

Prometí no enamorarme nunca. Le deseé a Barry una muerte lenta y dolorosa por lo que le estaba haciendo a mi madre.

Una luna roja subió sobre la ciudad, coloreada por los incendios en el norte y en Malibú. Era la temporada del fuego, y habíamos quedado atrapadas en el corazón del paisaje en llamas. Había cenizas flotando en la piscina. Nos sentábamos en el techo en el viento ardiente.

—Este corazón desgarrado —decía ella, tirando de su quimono—. Me lo arrancaría y lo enterraría para que sirva de abono.

Deseé poder tocarla, pero ella estaba dentro de su cabina de aislamiento. No podía oírme a través del cristal.

Se echó hacia delante, apretando los antebrazos contra el pecho, sacando todo el aire de su interior.

—Lo aprieto dentro de mi cuerpo —dijo—. Como la tierra aprieta un trozo de bosta prehistórica en el calor y el peso debajo del suelo. Lo odio. Odio. Lo odio. —Esto último lo susurró, pero con ferocidad—. Una gema se está formando dentro de mi cuerpo. No, no es mi corazón. Esto es más duro, más frío y limpio. Yo envuelvo esta gema nueva, la acuno dentro de mí.

A la mañana siguiente se levantó. Se dio una ducha y fue al mercado. Yo pensé que las cosas mejorarían a partir de entonces. Llamó a Marlene y le preguntó si podía

volver al trabajo. Era semana de cierre y la necesitaban desesperadamente. Me llevó a la escuela, para empezar el octavo curso en el instituto Le Conte. Como si nada hubiera pasado. Y yo pensé que todo había terminado.

No había terminado. Empezó a seguir a Barry, como él la había seguido a ella al comienzo. Iba a todas partes donde él podía estar, sólo para alimentar su odio viéndolo.

—Mi odio me da fuerzas —dijo.

Llevó a Marlene a almorzar al restaurante favorito de él, donde lo encontraron comiendo en la barra, y ella le sonrió. Él simuló no haberla visto, pero todo el tiempo se estuvo tocando la mandíbula.

—Buscando un acné que ya no está ahí —me dijo mi madre esa noche—. La fuerza de mi mirada amenazaba con reactivarlo.

Parecía muy feliz, y yo no sabía qué era peor, si ahora o antes, cuando quería afeitarse la cabeza.

Hacíamos la compra en el supermercado donde iba él, y debíamos recorrer kilómetros sólo para verlo elegir las berenjenas. Mirábamos discos en la tienda de música favorita de él, íbamos a firmas de libros de escritores amigos suyos.

Una noche mi madre volvió a casa pasadas las tres. Era un día entre semana, pero yo me había quedado levantada viendo una película de safaris con Stewart Granger, por cable. Michael dormía borracho en el sofá. Los vientos cálidos probaban las ventanas como ladrones buscando un modo de entrar. Al final me fui a casa y me dormí en la cama de mi madre, y soñé que transportaba víveres encima de la cabeza por la jungla, y el gran cazador blanco no estaba a la vista.

Se sentó en el borde de la cama y se sacó los zapatos.

—Lo encontré. Una fiesta en casa de Gracie Kelleher. Nos cruzamos en el trampolín. —Se recostó a mi lado, y me susurró al oído—: Él y una pelirroja regordeta con una blusa transparente estaban teniendo un *tête-à-tête*. Se levantó y me cogió por el brazo. —Se alzó la manga y me mostró las marcas rojas en el brazo—: «¿Me estás siguiendo?, —me preguntó. Yo podría haberle cortado el cuello en ese momento—. No necesito seguirte —le respondí—. Puedo leerte la mente. Conozco cada movimiento que haces. Conozco tu futuro, Barry, y no parece bueno». «Quiero que te vayas, —dijo. Sonreí—. Seguro que lo quieres». Podía ver lo furioso que estaba aun en la oscuridad. «No te saldrá bien —dijo—. Te lo advierto, Ingrid, no te saldrá bien». —Mi madre soltó la risa, las manos enlazadas detrás de la cabeza—. No entiende nada. Ya me está saliendo bien.

Un sábado por la tarde, caluroso y con aroma a incendios, el cielo quemado. La época del año en que no se podía ir a la playa por la marea roja, la época en que la ciudad caía de rodillas como la antigua Sodoma, clamando por su redención. Estábamos sentadas en el coche en la esquina de la casa de Barry, a la sombra de un algarrobo. Yo odiaba el modo en que mi madre vigilaba la casa, su calma que tenía algo de demencial, como un ave de rapiña paciente en lo alto de un árbol partido por

el rayo. Pero no servía de nada tratar de convencerla de que volviéramos a casa. Ya no hablaba la lengua que hablaba yo. Rompí una algarroba y olí el aroma almizclado y me imaginé que estaba esperando a mi padre, que era fontanero y estaba examinando unas cañerías en esa pequeña casa de ladrillo con su jardín con dientes de león y su ventana de marco metálico con un farol encima.

Entonces salió Barry, con bermudas y una camiseta que ponía Local Motion, gafas John Lennon, y la coleta. Se metió en su viejo Lincoln dorado y partió.

—Vamos —dijo mi madre.

Se puso un par de guantes de algodón blanco, de los que usan los diseñadores cuando manejan diapositivas, y me arrojó un par. Yo no quería ir con ella pero tampoco quería quedarme en el coche, así que fui.

Cruzamos el sendero de su patio como si fuera nuestro, y mi madre buscó bajo la estatuilla balinesa que había en el porche, y sacó una llave. Dentro, me inundó otra vez la tristeza de lo que había sucedido el fin de todo. En un momento incluso había pensado que yo podría vivir aquí, con las grandes muñecas *wayang kulit*, los almohadones de *batik* y los barriletes de dragón colgados del techo. Sus estatuas de Shiva y Parvati en su eterno abrazo no me habían molestado antes cuando pensaba que él y mi madre serían así, que lo suyo duraría siempre y engendraría un nuevo universo. Pero ahora las odié.

Mi madre encendió el ordenador en el gran escritorio tallado. La máquina zumbó. Tecleó unas palabras y todo lo que había en la pantalla desapareció. Comprendí por qué lo hacía. En ese momento comprendí por qué había gente que pintaba grafitos en las paredes de pequeñas casas y rayaba la pintura de coches nuevos y golpeaba a niños. Era natural querer destruir algo que nunca se puede tener. Después sacó un gran imán en forma de herradura de su bolso y lo pasó por encima de todos los disquetes marcados *Backup*.

—Casi lo siento por él —dijo mientras apagaba el ordenador—. Pero no mucho.

Sacó la navaja y eligió una camisa del armario, la camisa marrón favorita de él.

—Qué significativo que use ropa color excremento.

La puso en la cama y la rasgó en tiras. Y después colocó una adelfa blanca en un ojal.

Alguien llamó a nuestra puerta con violencia. Ella alzó la vista de un poema nuevo que estaba escribiendo. Ahora escribía todo el tiempo.

—¿Te parece que habrá perdido algo valioso en ese disco? ¿Por ejemplo un libro de ensayos que debía entregarle al editor este otoño?

Yo estaba asustada, viendo la puerta sacudirse en sus goznes. Recordé las marcas en los brazos de mi madre. Barry no era una persona violenta, pero todo tiene un límite. Si lograba entrar, la mataría.

Pero mi madre no parecía preocupada. De hecho, cuanto más fuerte golpeaba, más feliz parecía, con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes. Había logrado que

volviera a ella. Sacó la navaja del portalápices y la abrió contra el muslo. Lo oíamos gritar.

—Te mataré, Ingrid, aunque me condene Dios.

Los golpes cesaron. Mi madre escuchó, sosteniendo la navaja abierta contra su falda de seda blanca. De pronto él estaba en el otro lado del departamento, golpeando las ventanas, y ahora podíamos verlo, la cara deformada por la rabia, enorme y aterradoramente sobre el fondo de las adelfas. Me apreté contra la pared, pero mi madre se mantuvo en el centro del cuarto, resplandeciente como una fogata.

—¡Te mataré! —gritaba él.

—Tan inútil en su furia —me dijo mi madre—. Impotente, podría decirse.

Rompió un cristal. Supe que no lo había hecho adrede porque vaciló, pero después, en un repentino acceso de valor, metió el brazo buscando el cerrojo. Ella cruzó el cuarto más rápido de lo que yo la habría creído capaz, levantó el brazo y le clavó la navaja en la mano. Inmediatamente dio un salto atrás, mientras él retiraba el brazo.

—¡Maldita perra! —gritaba.

Yo quería esconderme, no oír nada, pero no podía dejar de mirar. Así era como terminaba el amor y la pasión. En el edificio de al lado se estaban encendiendo las luces.

—Mis vecinos están llamando a la policía —dijo ella por el cristal roto—. Será mejor que te vayas.

Él se retiró, y un momento después lo oímos darle un puntapié a la puerta de la entrada.

—¡Perra puta! No te saldrás con la tuya. No puedes hacerme esto.

Entonces ella abrió la puerta, y se quedó allí con su quimono blanco y la navaja manchada de sangre:

—No sabes todo lo que puedo hacer —dijo suavemente.

Después de esa noche no pudo encontrarlo más, ni en Virgins ni en Barney ni en fiestas o clubes. Él cambió las cerraduras de su casa. Tuvimos que usar una regla de metal para abrir una ventana. Esta vez ella puso una rama de adelfas en su leche, otra en su salsa de ostras, en su queso *cottage*. Puso una en su dentífrico. Hizo un arreglo de adelfas blancas en un jarrón en su mesita de café, y roció pimpollos en su cama.

Yo estaba desgarrada. Él merecía un castigo, pero ahora mi madre había cruzado una frontera. Esto no era venganza. Ya había tenido su venganza, había ganado, pero era como si no lo supiera siquiera. Se estaba alejando de toda razón, donde la siguiente parada estaba a años luz de distancia, atravesando pura oscuridad. Con qué amoroso cuidado dispuso las hojas oscuras, las flores blancas.

Un oficial de policía apareció en nuestro apartamento, el inspector Ramírez. Le informó que Barry la acusaba de allanamiento de morada y de tratar de envenenarlo. Ella se mostró totalmente serena.

—Barry está muy enojado conmigo —dijo apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados—. Yo puse fin a nuestra relación hace varias semanas, y él no puede aceptarlo. Está obsesionado conmigo. Inclusive trató de meterse por la fuerza en esta casa. Esta es mi hija, Astrid, y ella puede confirmarlo.

Me encogí de hombros. No me gustaba eso. Estaba yendo demasiado lejos.

Mi madre siguió adelante sin la menor vacilación.

—Los vecinos incluso llamaron a la policía esa noche. Ustedes deben de tener un informe. ¿Y ahora me acusa a mí? Ese pobre tipo es un mequetrefe, y debe de haber sido duro para él.

Su odio tenía un resplandor irresistible. Yo podía verla, a la gema: era un zafiro, era los fríos lagos de Noruega. Oh, inspector Ramírez, decían sus ojos, usted es un hombre apuesto, ¿cómo podría entender a alguien tan desesperado como Barry Kolker?

Y cómo se reía, cuando el policía se marchó.

La vez siguiente que vimos a Barry fue en el rastro de Rose Bowl, donde le gustaba comprar regalos graciosos para sus amigos. Mi madre llevaba un sombrero que le moteaba la cara. Él la vio y dio media vuelta rápidamente, mostrando el miedo tan claro como en un cartel, pero después se lo pensó, se volvió y nos sonrió.

—Cambio de táctica —susurró ella—. Aquí viene.

Caminaba directo hacia nosotras, con un Oscar de papel maché en las manos.

—Felicitaciones por tu actuación con Ramírez —dijo, y se lo tendió—: Mejor actriz del año.

—No sé a qué te refieres —dijo mi madre.

Me cogía de la mano y la apretaba demasiado, pero su rostro se veía tranquilo y sonriente.

—Sí que lo sabes —dijo él. Se puso el Oscar bajo el brazo—. Pero no es eso lo que quería decirte. Pensé que podríamos hacer las paces. Escucha, admito que fui demasiado lejos al llamar a la policía. Sé que me comporté como un imbécil, pero por todos los dioses, trataste de destruir mi trabajo de todo un año. Por supuesto mi agente tenía un borrador preliminar, gracias a Dios, pero aun así. ¿Por qué no dejamos la partida en tablas?

Mi madre sonrió, y pasó el peso del cuerpo al otro pie, esperando que él hiciera algo o añadiese algo.

—No es que no te respete como persona —dijo él—. Y como escritora. Todos sabemos que eres una gran poeta. Incluso te he mencionado en algunas revistas. ¿No podemos pasar a un nuevo estado y ser amigos?

Ella se mordió el labio como si lo estuviera pensando seriamente, mientras me agujereaba la palma de la mano con la uña, tanto que creí que me la atravesaría. Al final dijo, con su rica voz grave:

—Claro que podemos. Por qué no.

Se dieron la mano.



Él parecía un poco suspicaz pero aliviado mientras volvía a sus compras. Y yo pensé que todavía no conocía a mi madre. Fuimos a su casa esa noche. Había puesto barrotes en todas las ventanas. Ella acarició la nueva puerta blindada como si fuera una piel.

—Siente su miedo —me dijo—. Tiene el sabor del champán. Frío y crujiente y absolutamente desprovisto de dulzura.

Llamó al timbre. Él abrió la puerta interior y nos miró a través de la reja. Sonrió con incertidumbre. El viento alborotaba el vestido de seda de mi madre y su cabello claro como la luna. Levantó la botella de Riesling que había traído.

—Ya ves que somos amigos.

—Ingrid, no puedo dejarte entrar —dijo él.

Ella sonrió, y deslizó un dedo por un barroto, coqueta:

—¿Te parece que es manera de tratar a una amiga?

Nadamos en el agua templada de la piscina hasta muy tarde por la noche bajo el traqueteo de las palmas y el centellear del cielo despejado. Mi madre flotaba de espaldas, canturreando para sí misma.

—Cielos, cómo amo esto. —Se impulsaba suavemente con los dedos, dejando que el cuerpo derivara en lentos círculos—. ¿No es gracioso? Estoy disfrutando de mi odio mucho más de lo que nunca disfruté del amor. El amor es temperamental. Extenuante. Hace demandas. El amor desgasta. Te cambia la mente. —Tenía los ojos cerrados. Había gotitas que le perlaban la cara, y su cabello se extendía alrededor como algas—. Pero el odio, eso es algo que una puede usar. Esculpir. Modelar. Es duro o suave, como se lo necesite. El amor te humilla, pero el odio te acuna. Es tan tranquilizador... Me siento infinitamente mejor ahora.

—Me alegro —dije.

Me alegraba de que se sintiera más feliz, pero no me gustaba esa clase de felicidad, no creía en ella, creía que se rompería tarde o temprano y de ella saldrían cosas terribles.

Fuimos en coche a Tijuana. No nos detuvimos a comprar piñatas o flores de papel o pendientes o bolsos. Ella miraba un trozo de papel que llevaba en la mano mientras rondábamos por calles del extrarradio, entre burros pintados como cebras y una menuda mujer india que mendigaba con sus hijos. Le di todas mis monedas para que se fuera, y me metí en la boca el chicle asqueroso que me dio. Mi madre no prestaba atención. Al fin encontró lo que buscaba, una farmacia, igual que una farmacia de Los Ángeles, bien iluminada, con un farmacéutico de chaqueta blanca.

—Por favor, ¿tiene usted DMSO? —le preguntó en español.

—¿Sufre de artritis? —preguntó él en buen inglés.

—Sí —dijo ella—. Un amigo me dijo que usted tiene.

—¿De qué tamaño lo quiere?

Sacó tres frascos, uno del tamaño de un frasco de vainilla, uno como de barniz de uñas, y el más grande como una botella de vinagre.

Eligió el grande.

—¿Cuánto?

—Ochenta dólares, señorita.

—¿Ochenta...?

Mi madre vaciló. Ochenta dólares era el dinero de la comida de dos semanas, ochenta dólares eran dos meses de combustible para el coche. ¿Qué podía ser tan valioso como para costar ochenta dólares, y para que hubiéramos ido a Tijuana a comprarlo?

—Vamos —dije—. Subamos al coche y vámonos. Vamos a La Paz.

Me miró. La había pillado por sorpresa, así que seguí hablando, pensando que quizá podría hacerla volver a algún planeta que yo reconociera.

—Podríamos tomar el primer *ferry* de la mañana. ¿No podemos? Vamos a Jalisco. San Miguel de Allende. Podríamos usar las tarjetas, hacer que pague American Express y seguir adelante.

Qué fácil podría ser. Ella conocía todas las gasolineras desde ahí hasta Panamá, los hoteles baratos con techos altos y cabezales de cama de madera tallada, siempre enfrente de las plazas de los pueblos. En tres días podíamos poner mil millas entre nosotros y este frasco del desastre.

—Siempre te gustó ir al sur. Nunca quisiste volver a Estados Unidos.

Por un instante la tuve en mi poder. Supe que estaba recordando los años que habíamos pasado allí, sus amantes, el color del mar. Pero no fue un hechizo lo bastante fuerte, yo no era una hilandera de palabras como ella, no era lo bastante buena, y la imagen se desvaneció, dejando volver su obsesión a la pantalla: Barry y la rubia, Barry y la pelirroja, Barry en una bata de rizo.

—Demasiado tarde —dijo.

Sacó el billetero, cogió cuatro billetes de veinte y los puso sobre el mostrador.

Por la noche empezó a hacer preparados en la cocina, cosas demasiado raras para mí. Remojaba adelfas en agua hirviente, y las raíces de una enredadera con flores blancas en forma de trompetilla, que brillaban como caras. Remojaba una planta cortada de la verja de los vecinos a la luz de la luna, con florecitas en forma de corazón. Después hervía el agua; toda la cocina olía a césped y hojas podridas. Tiró kilos de una pasta húmeda color espinaca en el cubo de basura de algún vecino. Ya no me hablaba. Se sentaba en la azotea y le hablaba a la luna.

—¿Qué es DMSO? —le pregunté a Michael una noche cuando ella había salido.

Él estaba bebiendo Johnnie Walker, celebrando que había conseguido un papel en un *Macbeth* del Music Center, aunque no podía pronunciar el nombre de la pieza porque traía mala suerte. Todas las brujas y lo demás. Había que decir «el drama escocés». Michael no quería correr riesgos, porque hacía más de un año que no hacía más que Libros Grabados.

—Se usa para la artritis —dijo.

Hojeé una *Variety* y pregunté tratando de sonar indiferente:

—¿Es peligroso?

—Completamente inofensivo —dijo.

Alzó el vaso y examinó el licor ambarino, y después bebió lentamente, cerrando los ojos con satisfacción.

Yo no había esperado tan buenas noticias.

—¿Qué acción ejerce?

—Ayuda a absorber drogas a través de la piel. Así funcionan los parches de nicotina y esos parches para el mareo. Te lo aplicas y el DMSO hace que entre por la piel al torrente sanguíneo. Es una maravilla. Recuerdo cuando se preocupaban diciendo que los *hippies* lo mezclarían con LSD y pintarían los picaportes de los edificios públicos. —Se rió mirando el vaso—. Como si alguien fuera a desperdiciar su ácido en burócratas.

Busqué el frasco de DMSO. No lo encontré por ninguna parte. Busqué bajo el fregadero de la cocina y en el baño, en los cajones... En nuestro apartamento no había demasiados lugares donde esconder cosas y, de todos modos, esconder cosas no era el estilo, de mi madre. La espere. Volvió tarde, con un joven apuesto al que le caían los rizos oscuros por la espalda. Alzó una mano señalándolo:

—Jesús —dijo—. Es poeta. Mi hija, Astrid.

—Hola —dije—. Ma, ¿puedo hablarte un momento?

—Deberías estar en la cama —dijo—. Enseguida vuelvo.

Le sonrió a Jesús, le soltó la mano, y fue conmigo a mi cuarto. Volvía a vérsela hermosa, sin ojeras, el cabello cayéndole como agua.

Me tendí en la cama y ella me cubrió con una sábana y me acarició la mejilla.

—Ma, ¿qué pasó con aquello que compraste en México?

Siguió sonriendo, pero sus ojos me lo dijeron todo.

—No lo hagas —dije.

Me besó y me acarició el cabello con su mano fría, siempre fría, pese al calor, pese al viento y los incendios, y después se fue.

Al día siguiente llamé al número de Barry.

—Túnel del Amor —respondió una voz femenina, tonta y risueña. Olía voz de d, de terciopelo, al fondo. Después respondió—: ¿Sí?

Quena prevenirlo, pero ahora todo lo que podía recordar era la cara de mi madre cuando volvió de su casa aquel día. El modo en que se balanceaba, di cuadrado de su boca. Y además, ¿qué podía decirle? ¿No toques nada, no comas nada, mantente atento? Él ya sospechaba de ella. Si se lo decía, podían arrestarla, y yo no haría nada contra mi madre, no por Barry Kolker y sus malditos Shivas. Se lo merecía. Lo había visto venir.

—¿Sí? —repitió, mientras la mujer decía algo y se reía estúpidamente—. Bueno, a la mierda contigo también —dijo, y colgó.

No volví a llamar.

Estábamos sentadas en la azotea y mirábamos la luna, roja y enorme en el aire cargado de cenizas, flotando sobre la ciudad tendida Como un tablero de Ouija. Alrededor de nosotras había un coro griego de sirenas, mientras la voz baja y loca de mi madre murmuraba:

—No pueden tocarnos. Somos vikingas. Entramos en combate sin armadura, por el placer del movimiento y la sangre.

Se inclinó y me besó la cabeza, olorosa a metal y humo.

El viento caliente soplaba y soplaba y no se detenía.

ENTONCES vino una época que me resulta difícil describir, una temporada bajo tierra. Un pájaro atrapado en una cloaca, las alas batiendo contra el techo en ese lugar oscuro y mojado, mientras la ciudad truena encima. Su nombre era Perdida. Su nombre era Hija de Nadie.

En mis sueños, mi madre atravesaba caminando una ciudad de ladrillos y escombros, una ciudad de posguerra, y era ciega, los ojos vaciados y blancos como piedras. Había altos edificios alrededor, con triángulos sobre las ventanas, todos descascarados y en llamas. Ventanas ciegas, y sus ojos ciegos, y aun así ella venía hacia mí, inevitable e insana. Vi que su cara estaba fundida, horriblemente blanda. Había huecos en los pómulos, bajo los ojos, como si alguien hubiera hundido los pulgares en arcilla.

Esos días pesados, qué pesado el cielo gris muy bajo, las alas me pesaban tanto, tanto, que mi vuelo de pánico discurría bajo tierra. Tantas caras, tantos labios, queriendo decirme cosas, me cansaban, me dormía mientras hablaban. «Sólo dínos qué pasó». ¿Qué podía decir? Cuando abría la boca, caía una piedra. Sus pobres ojos blancos, allí donde esperaba encontrar piedad. Soñaba con leche blanca corriendo por las calles, leche blanca y un vaso. Leche corriendo por las alcantarillas, leche como lágrimas. Apretaba su quimono contra mi cara, su aroma de violetas y ceniza. Pasaba la seda entre los dedos.

En ese sitio bajo la tierra vivían muchos niños bebés, adolescentes, y los cuartos resonaban como el túnel del metro. Música como un accidente ferroviario, discusiones, llantos, la televisión incesante. El olor pesado de comida, el orín acre, el líquido limpiador con aroma a pino. La mujer que lo dirigía me hacía salir de la cama a intervalos regulares, sentarme a la mesa con los otros delante de platos de guisantes y verdura, carne. Yo obedecía, me sentaba, comía, después volvía al capullo de la cama y dormía, con la sábana de plástico crujiendo debajo de mí. Me despertaba empapada la mayoría de las noches.

La chica de la otra cama tenía ataques. La sobrina de la dueña de la casa me dijo:  
—Por los discapacitados como ustedes pagan más.

Por las paredes se derramaban rosas en diagonales marrones. Yo contaba rosas. Hileras transversales de cuarenta, noventa y dos de un extremo a otro. Sobre la cómoda, Jesús, JFK y Martin Luther King, todos de perfil, mirando hacia la izquierda, como caballos de carrera en los boxes, Jesús en la parte exterior. La mujer que dirigía la casa, la señora Campbell, delgada y arrugada como una pasa, limpiaba el polvo con una franela amarilla. Los caballos todos alineados, tensos en la barrera. El de ella era el número siete, Orgullo de Medea. Aquel fue un día con trampilla y

todos caímos por ella. Me pasaba el cinturón de su quimono por la boca, una y otra vez, durante todo el día, el sabor de lo que había perdido.

El día de su arresto volvía en mis sueños, eran túneles que volvían todos al mismo lugar. El golpe en la puerta. Había sido muy temprano, todavía oscuro. Otro golpe, y después voces. Corrí a su cuarto cuando los policías, policías de uniforme y sin uniforme, irrumpían. El portero se quedó en el umbral, la cabeza en una gorra de ducha. Sacaron a mi madre de la cama, con voces como perros de caza. Ella les gritaba en alemán, los llamaba nazis, los llamaba camisas negras.

—*Schutzstaffel. Durch Ihre Verordnung, mein Führer*<sup>[1]</sup>

Su cuerpo desnudo, los pechos tiernos balanceándose, el abdomen con marcas rojas de las sábanas. Era imposible, una fotografía falsificada. Alguien había recortado a esos policías y los había pegado sobre nuestro apartamento. La seguían mirando, como en una revista porno. Su cuerpo como el claro de luna.

—Astrid, no pueden retenerme —dijo—. No te preocupes, volveré en una hora.

Dijo. Dijo.

Me senté en el sofá de Michael, dormí y esperé, como esperan los perros, todo el día, y después el siguiente. Pasó una semana, y ella no volvió. Dijo que volvería, pero nunca volvió.

Cuando vinieron por mí, me dieron quince minutos para decidir qué llevar del apartamento. Nunca tuvimos muchas cosas. Tomé sus cuatro libros, una caja con sus diarios, el quimono blanco, sus naipes de tarot y su navaja.

—Lo siento —dijo Michael—. Te tendría conmigo si pudiera. Pero ya sabes cómo es.

Cómo era. Cómo era que la tierra podía abrirse debajo de ti y tragarte entera, y después cerrarse encima como si nunca hubiera existido. Como Perséfone raptada por el dios. La tierra se abrió y por ahí salió él, para arrebatarla y subirla a su carruaje negro. Y después se hundieron, bajo tierra, en las tinieblas, y la tierra se cerró sobre su cabeza y se había ido, como si nunca hubiera existido.

Así que vine a vivir bajo tierra, en la casa del sueño, en la casa de las sábanas de plástico y los bebés que berreaban y las rosas marrones en hileras, cuarenta verticales, noventa y dos horizontales. Tres mil seiscientos ochenta rosas marrones.

Una vez me llevaron a verla tras un cristal. Llevaba un jersey anaranjado, y había algo en ella que no funcionaba bien. Tenía los ojos nublados. Le dije que la quería, pero no me reconoció. Vuelvo a verla allí en mis sueños, una y otra vez, sus ojos ciegos.

Fue un año de bocas, abriéndose y cerrándose, haciendo las mismas preguntas, diciendo las mismas cosas. «Sólo dinos qué pasó. Dinos lo que queremos saber». Yo quería ayudarla, pero no sabía cómo. No encontraba las palabras, no tenía palabras. En el tribunal llevaba una camisa blanca. Vi esa camisa cuando estaba despierta y la vi en sueños. La vi en el estrado con esa camisa, los ojos en blanco como los de una

muñeca. Volví a verla con esa camisa blanca marchándose. De treinta y cinco años a perpetua, dijo alguien. Volví a casa y conté rosas, y dormí.

Cuando estaba despierta, trataba de recordar las cosas que ella me enseñó. Éramos los bastos del naipe. Colgábamos a nuestros dioses de los árboles. «Nunca dejes quedarse a un hombre toda la noche. No olvides quién eres». Pero no podía recordar. Yo era la chica discapacitada, con piedras en la boca, perdida en el campo de batalla, con sábanas de plástico en la cama. Era ayudante de lavandería, ayudaba a la sobrina a llevar la ropa sucia a la lavandería automática. Miraba cómo se hacían las coladas a mi alrededor. Me gustaba el olor, me hacía sentir segura. Dormía hasta que dormir era como estar despierta, y estar despierta era como dormir. A veces me quedaba en mi cama en el cuarto con las rosas y miraba a la chica de la otra cama que se marcaba tatuajes en la piel oscura cenicienta con un alfiler de gancho, un alfiler de pañal con un patito amarillo. Se abría la piel en líneas y círculos. Cicatrizaba cubierta por gasa rosada. Volvía a abrirse. Me llevó un tiempo, pero al fin lo entendí. Quería que se viera.

Soñé que mi madre me buscaba en la ciudad quemada, ciega, incansable. «Toda la verdad y nada más que la verdad». Yo quería mentir, pero las palabras me abandonaron. Ella era la que siempre hablaba por nosotras. Ella era la diosa que arrojaba las manzanas doradas. Ellos se detendrían a recogerlas, y nosotras escaparíamos. Pero cuando busqué en mi bolsillo, había sólo polvo y hojas secas. No tenía nada con qué protegerla, con qué cubrir su cuerpo desnudo. La había condenado con mi silencio, nos había condenado a las dos.

Un día al despertarme encontré a la chica de la otra cama registrando mi cajón en la cómoda. Mirando un libro, pasando las páginas. El libro de mi madre. Mi madre delgada y desnuda, sola entre las camisas negras. Estaba husmeando en las palabras de mi madre.

—Deja mis cosas —le dije.

La chica me miró, sobresaltada. No sabía que yo podía hablar. Habíamos compartido este cuarto durante meses y yo nunca había dicho una palabra.

—Déjalo en su sitio —dije.

Esbozó una sonrisa. Cogió una página y, la arrancó del libro, mirándome, a ver qué haría yo. Las palabras de mi madre en sus sudas manos. Qué haría yo, qué haría yo. Cogió otra página, la arrancó y se la metió en la boca, los ángulos asomando de sus labios agrietados, sonrientes.

Me abalancé sobre ella y la golpeé. Me senté sobre ella, con las rodillas en su espalda, la navaja de mi madre rozándole el cuello. Una canción en la sangre. «No olvides quién eres».

Deseé cortarla. Podía sentir la punta de la navaja en ella, deslizándose por su garganta, el hueco en la base del cráneo como un pozo. Estaba muy quieta, esperando a ver qué venía después. Miré mi mano, una mano que sabía cómo sostener una

navaja, cómo clavarla en la columna de una niña loca. No era mía. Yo no era eso. Yo no era.

—Escúpelo —le susurré al oído.

Escupió los trozos de papel, los labios como los de un caballo.

—No toques mis cosas —le dije.

Asintió.

La solté.

Volvió a su cama y empezó a marcarse con el alfiler de gancho. Yo me metí la navaja en el bolsillo y recogí la página rota, los trozos desgarrados.

En la cocina, la sobrina y su novio estaban sentados a la mesa, bebiendo Colt 45, escuchando la radio. Discutían.

—Nunca verás ese dinero, estúpido —decía ella.

No me vieron. Nunca nos veían. Tomé el celo y volví a mi cuarto.

Reconstruí la página rota, y pegué las dos al libro. Era su primer libro, una cubierta azul oscura con una flor *art nouveau* plateada. Pasé la punía del dedo por la línea plateada como humo, con curvas de látigo. Era el ejemplar que usaba para las lecturas, con notas a lápiz en los márgenes. «PAUSA». «Voz sube». Toqué las páginas que tocaban sus manos, me las llevé a los labios, el suave papel, ahora amarillo, frágil como piel. Hundí la nariz entre las páginas y olí todas las lecturas que había dado, el olor de cigarrillos sin filtro y máquina de café exprés, playas e incienso y palabras susurradas en la noche. Podía oír su voz elevándose de las páginas. Las tapas se doblaban hacia atrás como velas.

La foto en la contraportada. Mi madre con un vestido corto con graciosas mangas largas, el cabello cortado en un flequillo largo, los ojos espiando por debajo. Como un gato espiando desde abajo de una cama. Esa chica hermosa era un universo, portador de estas palabras que sonaban como gongs, que caían como flautas hechas de huesos humanos. En la foto, nada de esto había sucedido nunca. Yo estaba segura entonces, un diminuto huevo encerrado en el ovario derecho, y nunca nos separábamos.

Cuando empecé a hablar, me mandaron a la escuela. Mi nombre era Chica Blanca. Era una albina, un fenómeno. No tenía piel. Era transparente, podía verse la circulación de mi sangre. Dibujaba en todas las clases. Dibujaba en las hojas de ordenador, conectando los puntos en constelaciones nuevas.



LOS ASISTENTES sociales cambiaban pero eran siempre lo mismo. Me llevaban a McDonald's, abrían sus carpetas, hacían sus preguntas. McDonald's me asustaba. Había demasiados chicos, gritando y llorando y lanzándose a pozos llenos de bolas coloreadas. Yo no tenía nada que decir. Este era un hombre blanco, con una barba recortada como la sota de espadas. Las manos cuadradas como una pala, y anillo de sello en el meñique.

Él me encontró un lugar permanente. Cuando me marché del hogar de Crenshaw Boulevard, nadie dijo adiós. Pero la chica con los tatuajes de cicatrices salió al porche de la entrada y me miró. De las filas de árboles que pasábamos en nuestra marcha por las calles grises y blancas emergían aislados jacarandás con flores color lavanda.

Recorrimos cuatro autopistas hasta llegar a mi nuevo hogar. Bajamos por una calle inclinada como una rampa. Tujungá, decían los carteles. Vi cómo las casas bajas de estilo ranchero se hacían más grandes, después más pequeñas, los patios caóticos. Las aceras desaparecieron. En los porches crecía el mobiliario como hongos. Un lavarropas, maderas sueltas, una gallina blanca, una cabra.

Chicos en bicicleta en campo abierto, pateando pálidas nubes de polvo. En contraste, el aire parecía indiferente, derrotado.

Nos detuvimos en el patio de tierra de una casa, en realidad una caravana, pero con tantas partes agregadas que había que llamarla casa. En medio de un parterre de geranios había un molinete de plástico inmóvil. Plantas aracnoides colgaban de macetas en el ancho porche de la caravana. Tres niñitos sentados observaban. Uno sostenía un frasco con alguna especie de animal. El más grande se ajustó las gafas a la nariz y llamó por encima del hombro hada la puerta de alambre tejido. La mujer que salió era pechugona y de piernas largas, con una ancha sonrisa, los dientes blancos y separados. Tenía la nariz achatada en el puente, como la de un boxeador.

Su nombre era Starr, y estaba oscuro dentro de la caravana. Nos dio unos refrescos que bebimos de la lata mientras el asistente social hablaba. Starr movía todo el cuerpo cuando hablaba, y echaba la cabeza atrás para reírse. Una pequeña cruz de oro le brillaba entre los pechos, y el asistente social no podía despegar la vista de ese profundo lugar secreto. Ella y el asistente social ni siquiera notaron cuándo salí.

Aquí no había jacarandás, sólo adelfas y palmas, cactus y un gran pimentero llorón. El polvo que lo cubría todo tenía el color *beige* rosado de la piedra arenisca, pero el cielo era amplio como una frente despejada, del puro azul del cristal. Era la primera vez que el techo no me estaba presionando la cabeza.

El chico más grande, el de las gafas, se puso de pie.

—Estamos atrapando lagartijas, ¿quieres venir?

Cazaban las lagartijas entre las rocas con trampas de cajas de zapatos. La paciencia de chicos tan pequeños cuando esperaban, silenciosos, callados, a que una lagartija verde entrara en la trampa. Tiraban del hilo y la caja caía. El chico más grande deslizaba una hoja de cartón bajo la caja y la volvía, y el más pequeño tomaba aquella cosa viviente y la ponía en el frasco de vidrio.

—¿Qué hacéis con ellas? —pregunté.

El chico de las gafas me miró sorprendido:

—Las estudiamos, por supuesto.

La lagartija en el frasco se movió un poco y después se quedó muy quieta. Aislada, podía verse lo perfecta que era, cada pequeña escama, sus hileras de uñas grabadas. Se volvía especial en virtud de su cautividad. Sobre nosotros se alzaba la montaña, una presencia solemne. Descubrí que si la miraba de cierto modo, podía sentir su masa de anchos hombros moviéndose hacia mí, con lunares verdes de salvia colgándole de los flancos. Subió un soplo de brisa. Un pájaro graznó. El chaparral desprendía un olor caliente.

Caminé aluvión abajo, vagando entre las rocas calentadas por el sol. Apoyé la mejilla contra una, imaginándome que me volvía tan inmóvil y muda como ella, indiferente adónde me llevaba el río después de la próxima tormenta. El chico más grande estaba de pronto a mi lado.

—Cuidado con las serpientes. Les gustan estas rocas.

Me aparté de la roca.

—La lomo de diamante es la más grande de las víboras norteamericanas —dijo—. Pero es raro que muerdan por encima del tobillo. Fíjate en lo que haces, y no trepes a las rocas, o si lo haces, fíjate dónde pones las manos. Haz así. —Tomó una piedra y la golpeó contra la roca más cercana, como si llamara a una puerta—. Ellas te evitarán si pueden. También debes fijarte en los escorpiones. Sacude los zapatos antes de ponértelos, especialmente fuera.

Miré con atención a este chico delgado y pecoso, un poco menor que yo, tratando de decidir si lo que se proponía era asustarme. Pero parecía más interesado en impresionarme con lo listo que era. Seguí caminando, mirando las formas que hacían las rocas, el azul de sus sombras. Tuve la sensación de que estaban habitadas, como gente escondiéndose. El chico me seguía.

—Un conejo —dijo, señalando la tierra.

Yo apenas si pude ver las marcas medio borradas, dos más grandes, seguidas por una pequeña y luego otra. Sonrió, con los dientes ligeramente prominentes, vagamente conejo él mismo. Era un chico que debería haber estado delante de un televisor o en una biblioteca, pero podía leer en el polvo lo mismo que otro chico podía leer un cómic, o como mi madre leía el tarot. Deseé que pudiera leerme el destino en el polvo.

—Ves mucho —dije.

Sonrió. Era un chico que quería ser admirado. Se llamaba Davey y era el hijo verdadero de Starr. Había una hija también, Carolee. Los otros dos, Owen y Peter, eran huéspedes como yo. Pero sus propios hijos naturales habían estado en hogares de acogida cuando Starr estaba en rehabilitación.

¿A cuántos chicos les había sucedido esto? ¿Cuántos chicos eran como yo, flotando como el plancton en el océano? Pensé en qué tenues eran los lazos entre madre e hijos, entre amigos, familia, cosas que uno considera eternas. Todo puede perderse, más fácil de lo que nadie podría imaginarse.

Seguimos caminando. Davey señaló un arbusto con brillantes flores amarillas.

—Hierba de venado. Familia del guisante. —La brisa subió por el cañón, haciendo palpitar en verde gris a los árboles—. El paloverde tiene la corteza verde. El otro es el palo hacha.

El silencio, la solidez de la montaña, las mariposas blancas. Aroma verde de laurel, que Davey me informó que los indios de la zona habían usado para endulzar el aire en sus tiendas. Manojos de raygrass gigante, todavía verde, pero ya crujiente como el fuego. Dos halcones describían círculos en el cielo azul sin costuras, chillando.

Esa noche, motivos de *cowboys* o potros, lazos y espuelas decoraban mi saco de dormir, donde me quedé con la cremallera abierta en la frescura mirando a Carolee, de dieciséis años y alta como su madre, una chica malhumorada con labios protuberantes, ajustándose la blusa.

—Cree que me hará quedar en casa —le decía Carolee a su reflejo—. Que lo siga creyendo.

Al otro lado de nuestro delgado biombo, la madre y su novio *hippie* estaban; haciendo el amor, y el respaldo de su cama golpeteaba la pared. No era la magia nocturna, con mi madre y sus hombres jóvenes murmurando al ritmo del koto imperial en penumbra perfumada.

—¡Oh, Dios mío! —gemía Starr.

La boca de Carolee se torció en algo que no era del todo una sonrisa, la bota en la cama, atándose el cordón.

—Los cristianos no dicen ciertas cosas. Y se supone que tampoco las hacen, pero ella tiene el virus del pecado en la sangre.

Se puso delante del espejo, se bajó la cremallera un par de centímetros para mostrar el hueco entre los pechos. Enseñó los dientes y se los limpió con un dedo. Una motocicleta frenó fuera, y ella abrió la ventana y trepó por la cómoda, esquivando por poco la cesta de maquillaje.

—Te veo por la mañana. No cierres la ventana.

Me levanté y vi la motocicleta desaparecer por el camino. El camino se veía ancho y blanco bajo la luna, la oscuridad de las montañas más oscura que el cielo, un perfecto punto de fuga del camino y los postes de teléfono. Imaginé que si uno seguía ese camino hasta el punto de fuga, saldría a un sitio por entero diferente.

—Sin Jesús, hoy estaría muerta —decía Starr mientras adelantaba un tráiler que nos castigó haciendo sonar la bocina—. Esa es la simple verdad. Me habían quitado a mis hijos, y yo estaba preparada para morir.

Yo iba sentada en el asiento delantero del Ford Torino de Starr, mientras Carolee iba echada atrás, mirándose un brazaletes de tobillo, regalo de su novio Derrick. Starr conducía demasiado rápido, zigzagueando de un lado a otro de la carretera, y fumando un Benson and Hedges 100 tras otro. Hablaba sobre cómo había sido una alcohólica y cocainómana y camarera *topless* en un club llamado Trop.

No era hermosa como mi madre, pero no podías evitar mirarla. Yo nunca había visto a nadie con una silueta así. Sólo en las páginas traseras del *L A Weekly*, mordisqueando un cable de teléfono. Pero su energía era abrumadora. Nunca paraba de hablar, reírse, sermonear, fumar. Me pregunté cómo habría sido atiborrada de cocaína.

—No veo el momento de que conozcas al reverendo Thomas. ¿Has aceptado a Cristo como tú salvador?

Por un momento pensé en decirle que nosotros colgábamos a los dioses de los árboles, pero me abstuve.

—Bueno, ya lo harás. Una vez oigas a ese hombre, estarás salvada en el acto.

Carolee encendió un Marlboro y bajó la ventanilla trasera.

—Ese estafador imbécil. Cómo puedes haberte tragado semejante mierda.

—«El que crea en mí, aunque esté muerto, vivirá», no olvides eso, señorita —dijo Starr.

Nunca nos llamaba por nuestros nombres, ni siquiera a sus propios hijos, sino sólo «señor» y «señorita».

Nos estaba hablando de la tienda *Clothestime* en el siguiente pueblo, Suniand, donde quería comprarme algunas cosas para mi nueva vida. Yo nunca había estado en una tienda como esa. Mi madre y yo comprábamos la ropa en los puestos de artesanos de Venice. Dentro de *Clothestime*, los colores nos asaltaron. ¡Rojo!, gritaban. ¡Turquesa! ¡Ámbar! Todo bajo el parpadeo de la luz fluorescente. Starr me llenó los brazos con ropa y me llevó al probador con ella; allí seguimos charlando.

En el cubículo, ella se enfundó un diminuto minivestido a rayas y lo alisó en los costados, volviéndose de perfil para ver cómo le quedaba. Las rayas se hacían más anchas sobre los pechos y el trasero, como *op art*. Traté de no mirar, pero cómo no asombrarse. Me pregunté qué pensaría de ella el reverendo Thomas al verla con un vestido así. Frunció el entrecejo, se sacó el vestido por la cabeza y lo colgó de la percha. Seguía estirado por su cuerpo. Su cuerpo en el pequeño probador era casi insoportable. Sólo podía verla en el espejo, los pechos desbordándole el sostén, la cruz ocultándose entre ellos como una serpiente en una roca.

—El reverendo Thomas dice que el pecado es un virus. Y está infectando a todo el país, como la gripe —me dijo—. Ahora hay gripes que no se curan. El pecado es exactamente lo mismo. Tenemos toda clase de excusas preparadas. ¿Qué diferencia

hace que yo me meta coca por la nariz o no? ¿Qué tiene de malo querer sentirse bien todo el tiempo? ¿A quién hago daño?

Abrió los ojos desmesuradamente y pude ver la laca que le sostenía en su lugar las pestañas postizas.

—Nos hace daño a nosotros y le hace daño a Jesús, porque está mal.

Lo dijo con voz suave y dulce, como una maestra de parvulario. Traté de imaginarme cómo sería trabajar en un club de hombres. Caminar desnuda en un salón lleno de hombres.

Se probó un vestido rosa de licra, que le costó bajar desde las caderas.

—Es un virus que nos come desde dentro hacia fuera, y uno infecta a todo lo que lo rodea. Oh, espera a oír al reverendo Thomas.

Se contempló entrecerrando los ojos, miró cómo le iba por atrás el vestido, tan ceñido que se le subía entre las piernas.

—Esto te irá mejor a ti.

Se lo sacó y me lo tendió. Olía a su intenso perfume. Obsession. Cuando me saqué la ropa, ella me miró con atención, como si tratara de decidir si quería comprarme o no. Mi ropa interior estaba rota.

—Sera mejor que empieces a usar sujetador, señorita. Trece años, diría yo. Yo empecé a usarlos en cuarto curso. No querrás que te cuelguen hasta las rodillas cuando tengas treinta, ¿no?

¿Trece? La sorpresa me hizo derribar una pila de ropa. Pensé en el año que había transcurrido. El juicio a mi madre, todas las sesiones y preguntas, medicación y asistentes sociales. En algún momento de ese proceso yo había cumplido trece años. Había cruzado dormida una frontera, y nadie me había despertado para sellarme el pasaporte. Trece años. La idea me sorprendía tanto que ni siquiera discutí cuando Starr insistió en comprarme el vestido rosa para usar en la iglesia, y dos sujetadores para que no me colgaran hasta las rodillas cuando tuviera treinta, bragas y otras cosas...

Fuimos a Payless, que estaba al lado, a comprar zapatos. Starr cogió uno rojo de tacón alto, de muestra, y se lo probó sin medias, se alisó los *shorts* en las caderas, ladeó la cabeza, hizo un mohín, y lo devolvió a la vitrina.

—Quiero decir, yo realmente pensaba así. ¿A quién le importa si sacudo las tetas frente a la cara de un extraño? Es cosa mía y de nadie más.

Carolee susurró:

—Mamá, por favor, cállate. La gente nos mira.

Starr me tendió un par de zapatos rosa de tacón alto que irían bien con mi vestido. Me los probé. Mis pies parecían los de la novia del Pato Donald, pero Starr los encontró adorables.

—Necesita zapatillas o algo así —dijo Carolee—. Lo único que tiene son esos zuecos.

Me decidí por un par de botas de montaña, esperando que no fueran demasiado caras. Starr pareció apenada cuando se las mostré.

—No te favorecen mucho...

Pero las serpientes rara vez mordían por encima del tobillo.

El domingo por la mañana, Carolee se levantó temprano. Me sorprendió. El sábado había dormido hasta el mediodía. Pero aquí estaba, levantada a las ocho, vestida con su pequeña mochila a la espalda.

—¿Adónde vas?

Se cepilló el cabello color arena.

—¿Estás bromeando? No voy a perder el día escuchando al reverendo Cabeza de Mierda hablar sobre la Sangre del Cordero. —Dejó el cepillo y salió deprisa—. Sayonara.

Oí el portazo.

Acepté la sugerencia de Carolee y simulé estar enferma. Starr me miró con dureza y dijo:

—La semana que viene, señorita. —Llevaba una falda blanca corta y una blusa color melocotón, y tacones de diez centímetros. La rodeaba un aura de Obsession—. Sin excusas.

Sólo cuando escuché el Torino de Starr alejándose por la carretera me atreví a vestirme y salí a hacerme el desayuno. Era agradable estar sola, los chicos escondidos en alguna parte en el patio, oyendo el rugido distante de las motocicletas. Estaba comiendo cuando salió del dormitorio el novio *hippie* de Starr, descalzo, en tejanos, poniéndose una camiseta. Tenía el pecho hundido y peludo, la cabellera suelta en lugar de la coleta habitual. Fue tambaleándose por el pasillo. Oí el sonido de su orina, y después el agua. Chapoteos, resoplidos. Salió a la sala, cogió un cigarrillo de un paquete sobre la mesa, y lo encendió. La mano que sostenía el cigarrillo carecía de un dedo y una falange del otro.

Sonrió cuando me vio mirándolo.

—¿Alguna vez has visto un carpintero pidiendo mesa en un restaurante? Mesa para tres, por favor.

Alzó la mano mutilada.

Al menos era un poco cínico. Me gustó, aunque me turbaba que fuera él quien provocaba los gritos que se oían a través de la pared. Era un hombre simple, de cara alargada, ojos tristes, cabello largo gris. Se suponía que debíamos llamarlo Tío Ray. Fue a la nevera y sacó una cerveza. Shhhh, suspiró la lata cuando la abrió.

—Estás perdiéndote el *show* de Jesús.

No puede decirse que bebiera un sorbo de cerveza, sino que la vertió por la garganta.

—Tú también —dije.

—Preferiría la muerte —repuso—. Esta es mi teoría. Si hay un Dios, es tan hijo de puta que no merece que se le rece.

Eructó sonoramente y sonrió.

Yo nunca pensé mucho en Dios. Teníamos el Crepúsculo de los Dioses, teníamos el árbol del mundo. Teníamos el Olimpo y sus escándalos, Ariadna y Baco, el rapto de Danae. Sabía sobre Shiva y Parvati y Kali, y Pele, la diosa del volcán, pero mi madre había prohibido la mera mención de Cristo. Ni siquiera asistía al desfile cristiano en la escuela. Me obligaba a pedirle a algún otro chico que me trajera a casa.

Lo más cerca que había llegado de sentir algo como Dios era el cielo azul sin nubes y cierto silencio, pero ¿cómo rezarle a eso?

Tío Ray se apoyó contra el marco de la puerta, fumando y mirando al gran pimentero y su camioneta en el patio. Bebió su cerveza, que sostenía en la misma mano que el cigarrillo, lo que mostraba bastante destreza en alguien a quien le faltaban dos dedos. Entrecerró los ojos y exhaló el humo a través de la tela mosquitera.

—Lo único que quiere ella es irse a la cama con él. Muy pronto el tipo le dirá que me eche, y entonces será cuando sacaré mi treinta y ocho y le enseñaré un par de cosas. Entonces verás algo de la Sangre del Cordero.

Saqué todos los malvaviscos de mi cereal, los alineé en el borde del bol, lunas violetas, tréboles verdes.

—No es pecado si estás casado —dije.

No creí que me oyera, pero lo hizo.

—Yo ya estoy casado —dijo mirando el pimentero, cuyas ramas caían como el cabello de una mujer. Me dirigió una sonrisa por encima del hombro—: Tengo el virus a tope.

Yo alternaba las lunas y los tréboles, comiendo los que caían dentro del bol.

—¿Dónde está tu esposa?

—No lo sé. No la he visto en dos o tres años.

Parecía muy tranquilo respecto a que alguien anduviera por ahí con su nombre y su historia y él ni siquiera supiera dónde estaba. Me producía vértigo. Esta era la vida que yo viviría, con todos separados de todos, reuniéndose por un momento para volver a separarse. Yo podía crecer y alejarme también. Mi madre podría no saber PICTM dónde estaba yo, y si alguien le preguntaba por mí, podría encogerse de hombros y decir: «No la he visto en dos o tres años».

Aquello me golpeó como un puñetazo en el estómago. Podían pasar años y no volver a verla. Así de sencillo. Gente que se perdía, sus manos se soltaban entre la multitud. Podía no volver a verla nunca. Esos ojos opacos detrás del acuario seco, la forma de su espalda. Dios mío, ¿cómo pude no pensar en eso todos estos meses? Yo quería a mi madre, quería alguien que me abrazara, que no me dejara ir.

—Eh, ¿qué pasa? —Tío Ray se sentó a mi lado en la mesa. Echó la colilla dentro de la lata de cerveza y me cogió las manos—. No llores, pequeña. ¿Cuál es el problema? Puedes decírselo a Tío Ray.

Todo lo que podía hacer yo era sacudir la cabeza, con sollozos dolorosos como navajas.

—¿Echas de menos a tu mamá?

Asentí. Era como si dos manos estuvieran apretándome la garganta, exprimiendo el agua que me salía por los ojos. Me corrían lágrimas por la nariz. Ray movió la silla para poder pasarme un brazo por los hombros, y me tendió una servilleta. Hundí la cara en su pecho y dejé que mis lágrimas y mocos le mancharan su camiseta. Era bueno sentirse abrazada. Percibía su olor, a cigarrillo y sudor y cerveza y madera recién cortada, algo verde.

Me apretó: era algo sólido, no me dejaría ir. Me hablaba, me decía que nadie me haría daño, que yo era una buena chica, que no sucedería nada. Después de un rato me sequé las mejillas con el dorso de la mano, levantando el mentón para que pudiera verme, y me aparté el pelo de los ojos.

—De veras la echas de menos, ¿eh? Dime, ¿es tan bonita como tú?

Sonreí un poco; sus ojos eran tan tristes y buenos...

—Tengo una foto de ella.

Corrí a mi cuarto, volví con un ejemplar del último libro de mi madre, Polvo. Acaricié con los dedos la foto en la contraportada, en la playa de Big Sur. Enormes rocas en el agua, maderas flotantes. Llevaba un suéter de pescador, el pelo ondeando atrás por el viento. Parecía una Lorelei, una causa de naufragio. Odiseo habría debido atarse al mástil.

—Tú serás más bonita —dijo.

Me soné la nariz con la manga corta de mi camiseta y sonreí.

Mi madre era una mujer que hacía que la gente se detuviera en el supermercado a mirarla. No como Starr, sino como pura belleza. Todos parecían sorprendidos de que ella tuviera que comprar y comer como el resto de los mortales. Yo no podía imaginarme a mí misma con una belleza como la de mi madre. No me atrevería. Sería demasiado peligroso.

—Imposible.

—Muy posible. Sólo que eres de un tipo diferente. Eres del tipo noviecita. Tu madre parece a punto de morderte... No es que me moleste, yo también puedo ser duro, pero ya me entiendes. Los hombres caerán como moscas ante ti. —Miró mi rostro con sus ojos amables, y habló con dulzura—. ¿Me oyes? Tendrás que apartar los cadáveres para poder cruzar la calle.

Nadie me había dicho algo así antes. Aun si estaba mintiendo para hacerme sentir mejor, ¿quién se molestaba en hacer algo así, en los tiempos actuales? Pasó unas páginas, leyendo.

—Mira, este es sobre ti.

Le arrebaté el libro, con el rostro encendido. Yo me sabía de memoria el poema.

Shhh



Astrid duerme  
pozo rosa de su boca sin palabras  
una pierna larga fuera de la cama  
como una frase sin terminar  
hermosas pecas constelación de segundas  
oportunidades  
su estuche de porcelana  
donde la mujer sin abrir susurra...

Solía recitarlo en las lecturas de poesía. Yo permanecía en mi mesa dibujando y no la oía, como si no fuera de mí de quien hablaba, de mi cuerpo, de mis miembros de niña. Odiaba ese poema. ¿Qué se creía, que no sabía de qué estaba hablando? ¿Que no me importaba quiénes la oían? No, ella pensaba que por ser su hija yo le pertenecía y podía hacer todo lo que quería conmigo. Me transformaba en poesía, exponía mis huesos de pollo y mi estuche de porcelana, mi mujer sin abrir.

—¿Qué le pasó? —preguntó él.

—Mató a su novio —dije, mirando su foto, su perfil una lanza en mis costillas, atravesándome el hígado, el pulmón derecho.

Una lágrima me corrió por la pestaña y cayó sobre la foto.

Él se encogió de hombros. Como si fuera algo que hacía la gente. No estaba bien, pero tampoco era para escandalizarse.

Terminé octavo curso en el instituto Mount Gleason, mi tercera escuela secundaria este año. No conocía a nadie, y no quería hacerlo. Comía con Davey. Nos interrogábamos usando notas que él había tomado. ¿Cómo se le llama al cachorro de hurón? Gatito. ¿Cuántos gatitos pueden nacer de una vez? Seis a nueve. Constelación Andrómeda. ¿Rasgo principal? La Gran Nebulosa Andrómeda. ¿Objeto favorito para observación? La estrella doble Gamma Andrómeda. ¿Distancia de la Tierra? Dos millones de años luz. ¿Anomalía? A diferencia de otras nebulosas en espiral, que están alejándose de nosotros a altas velocidades, Andrómeda se está acercando a una velocidad de trescientos kilómetros por segundo.

Mi asistente social visitaba la caravana con frecuencia, se sentaba con Starr, trataba de verse apuesto en el porche bajo las plantas esqueléticas. Un día dijo que mi madre estaba en la cárcel de mujeres de Chino, y podía recibir visitas a partir de ese jueves. Había un grupo que llevaba a chicos a ver a sus padres en la cárcel, y yo podría visitarla.

Después de la última visita tenía miedo. No sabía si podría hacerlo otra vez. ¿Y si ella seguía así, como una zombi? No podría soportarlo. Y le temía a la cárcel, los barrotes y manos deslizándose entre ellos, golpeando las tazas de hojalata contra los barrotes. ¿Cómo podía vivir allí mi madre, mi madre que arreglaba flores blancas en un jarrón de cristal, que podía discutir durante horas sobre la importancia de Frost como poeta?

Pero yo sabía cómo. Drogada, sentada en un rincón, recitando vagamente sus poemas, haciendo bolitas de pelusa de la manta: así podía. O golpeada hasta perder el sentido por los guardias o por otras reclusas. Ella no sabía cuándo agacharse para evitar el radar.

¿Y si ella no quería verme? ¿Y si me culpaba por no haber podido ayudarla? Habían pasado ocho meses desde aquel día en la cárcel, cuando ni siquiera me reconoció. En un momento de la noche, incluso pensé en no ir. Pero a las cinco me levanté, me duché y me vestí.

—Recuerda, no llesves tejanos, nada azul —me había recordado Starr la noche anterior—. Quieres salir de ahí, ¿no?

No necesitaba que me lo recordaran. Me puse mi nuevo vestido rosa, un sujetador y mis zapatos de Pata Daisy. Quería mostrarle que estaba creciendo, y que podía hacerme cargo de mí misma.

El furgón llegó a las siete. Starr se levantó y firmó los papeles mientras el conductor miraba su silueta marcada por la bata. Había un chico en el furgón. Yo me senté delante de él, también contra la ventanilla. Recogimos otros tres en el camino.

El día estaba nublado, con la pesadez oscura de junio, la humedad en el aire haciendo gotear el parabrisas. En la autopista no se veía a más de unos metros por delante. Los mojones salían de la niebla y se desvanecían en ella, el mundo se creaba y borraba a sí mismo. Me producía mareo. Entreabrí la ventanilla. Viajamos largo rato, cruzando suburbios y más suburbios. Lo único que me preocupaba era saber cómo la encontraría al llegar. No podía imaginar a mi madre en la cárcel. No fumaba ni masticaba mondadientes. No decía palabrotas. Hablaba cuatro idiomas, citaba a T. S. Eliot y Dylan Thomas, tomaba té Lapsang Souchong en tazas de porcelana. Nunca había estado en un McDonald's. Había vivido en París y Ámsterdam. En Friburgo y la Martinica. ¿Cómo podía estar ahora en la cárcel?

En Chino, salimos de la autopista y tomamos un camino hada el sur. Traté de atemorizar esto, para poder encontrarlo en mis sueños. Atravesamos barrios bonitos, después otros menos bonitos, después parcelas sin edificar que alternaban con depósitos y cobertizos de alquiler de maquinaria agrícola. Al fin llegamos al campo de verdad, y avanzamos por caminos sin señalizar, sólo prados y sembrados, y el olor de la tierra.

A la derecha había un gran complejo de edificios.

—¿Es aquí? —le pregunté a la chica que iba a mi lado.

—SPM —dijo.

Negué con la cabeza: no entendía.

—Servicio Penitenciario de Menores.

Todos los chicos miramos sombríamente los edificios cuando los pasamos. Podríamos estar ahí, detrás de ese alambre de espino. Íbamos en un silencio de muerte cuando pasamos frente a la Institución Californiana para Hombres, que se alzaba lejos de la carretera en medio del campo. Al fin doblamos por una carretera

recién asfaltada, pasamos un pequeño mercado que anunciaba la caja de Bud a 5,99. Yo quería recordarlo todo. Los chicos recogieron sus bolsos y mochilas. Ahora podía ver la cárcel: una chimenea humeante, una torre de agua, las torres de los guardias. Tenía paredes de aluminio, como la caravana de Starr. Frontera no era en absoluto como me la había imaginado. Me había imaginado un Alcatraz de película, o Quiero vivir, con mi madre en el papel de Susan Hayward. Sus edificios bajos de ladrillo estaban muy espaciados y entre ellos había prados con árboles y rosales y mucho césped verde. Se parecía más a un instituto suburbano que a una cárcel. Salvo por las torres de vigilancia y el alambre de espino.

En los árboles graznaban roncros cuervos. Sonaba como si estuvieran desgarrando algo, algo que ni siquiera querían, salvo por la diversión de destruirlo.

Pasamos por debajo de una torre y firmamos un formulario. Registraron nuestras mochilas y nos hicieron pasar por el detector de metales. A una chica le quitaron un paquete. No se podían traer regalos. Había que enviarlos por correo, se permitía un paquete de la familia cuatro veces al año. El golpe de la puerta al cerrarse a nuestras espaldas nos estremeció. Estábamos encerrados.

Me dijeron que esperara en una mesa anaranjada de pícnic bajo un árbol. Yo estaba nerviosa y descompuesta por el viaje. No sabía siquiera si la reconocería. Me estremecí, lamentando no haber traído un jersey. ¿Y qué pensaría ella de mí, con mi sujetador y mis tacones altos?

Había mujeres caminando alrededor del área de visitas. Reclusas, con rostros como máscaras. Se burlaban de nosotros. Uní mujer me silbó y las otras se rieron. Seguían riéndose, sin parar. Sonaban como los cuervos.

Las madres empezaron a salir de la cárcel por una puerta diferente. Llevaban tejanos y camisetas, jerséis grises, sudaderas de gimnasia. Vi a mi madre esperando a que la celadora le permitiera salir. Llevaba un sencillo vestido de tela tejana, abotonado delante. Pero en su azul había un color, como una canción. Su cabello rubio blanco había sido cortado a la altura del cuello por alguien carente de sentido estético, pero los ojos azules eran tan claros como la nota aguda de un violín. Nunca la había visto más hermosa. Me puse de pie y después no pude moverme, esperé temblando mientras ella se acercó y me abrazó.

Me bastó con sentir su contacto, abrazarla, ¡después de todos esos meses! Apoyé la cabeza en su pecho y me besó, me olió el cabello; ella ya no olía a violetas, sólo el olor del detergente en la ropa. Me levantó la cara con las dos manos y me la besó entera, me secó las lágrimas con sus pulgares fuertes. Me hizo sentar a su lado.

Yo ansiaba verla, oír su voz, contemplar sus perfectos dientes delanteros aunque el segundo tenía una pequeña inclinación, su hoyuelo, su media sonrisa, sus ojos maravillosamente azules manchados de blanco, como galaxias nuevas, los firmes ángulos de su cara. Ni siquiera parecía estar en una cárcel, como si hubiera venido caminando por la acera de Venice con un libro bajo el brazo, dispuesta a sentarse en un café del paseo marítimo.

Me hizo sentar a su lado a la mesa de pícnic y me susurró:

—No llores. Nosotras no somos así. Somos vikingas, ¿recuerdas?

Asentí, pero mis lágrimas seguían cayendo sobre la mesa de plástico anaranjado. «Lois —había escrito alguien en ella—. Calle 18. Puta».

Una de las mujeres en el patio de cemento más allá del área de visitas silbó y gritó algo sobre mi madre o sobre mí. Recibió la mirada de mi madre en la cara como un puñetazo que la detuvo en seco. Dio media vuelta rápidamente como para ocultar que había sido ella.

—Estás tan hermosa... —dije tocándole el cabello, el cuello, la mejilla.

—La cárcel me sienta bien —dijo—. Aquí no hay hipocresía. Sólo matar o ser matado, y todos lo saben.

—Te he echado mucho de menos —susurré.

Me rodeó con un brazo y acercó su cabeza a la mía. Me apretó la frente con una mano y apoyó los labios contra mi sien.

—No estaré siempre aquí. Se necesitaría más que esto para retenerme. Te lo prometo. Saldré, de un modo u otro. Un día mirarás por la ventana y ahí estaré.

Miré su rostro decidido, los pómulos afilados, los ojos que me hacían creer.

—Temía que estuvieras enojada conmigo.

Se apartó para mirarme, con las manos en mis hombros.

—¿Por qué pensaste eso?

—Porque no pude mentir lo suficiente. Porque no pude decirlo.

Volvió a abrazarme. Esos brazos rodeándome me hacían desear seguir allí para siempre. Robaría un banco para que me condenaran con tal de estar siempre juntas. Quería acurrucarme en su regazo, desaparecer en su cuerpo, ser una de sus pestañas, o un vaso sanguíneo en su muslo, un lunar en su cuello.

—¿Es terrible esto? ¿Te hacen daño?

—No tanto como yo se lo hago a ellos —dijo.

Supe que estaba sonriendo, aunque todo lo que podía ver era su manga y su brazo, todavía ligeramente bronceado. Tuve que apartarme para verla. Sí, estaba sonriendo, con su media sonrisa, la pequeña curva en forma de coma en la comisura de los labios. Le toqué la boca. Me besó los dedos.

—Quisieron ponerme a hacer trabajo de oficina. Les dije que prefería limpiar baños que escribir basura burocrática. Oh, no se molestan mucho. Trabajo en el parque. Barro, arranco maleza, aunque por supuesto sólo dentro de las alambradas. No me consideran una reclusa de alto riesgo. Imagínate. No quiero enseñar a sus analfabetas, dar clases de escritura, o alimentar la máquina de ningún modo. No les serviré. —Hundió la nariz en mi cabello, oliéndome—. Tu pelo huele a pan. A clavo de olor y nuez moscada. Quiero recordarte así, con este vestido rosa tristemente esperanzado, y estos zapatos de novia en fiesta de promoción. Tu madre de acogida, sin duda. El rosa es el cliché definitivo.

Le conté de Starr y Tío Ray, de los otros chicos, las motocicletas y el paloverde y el palo hacha, los colores de las rocas, las montañas y el arroyo. Le conté sobre el virus del pecado. Amaba el sonido de su risa.

—Debes mandarme tus dibujos —dijo—. Siempre dibujaste mejor de lo que escribiste. No entiendo por qué no me has escrito. ¿Podía escribir?

—Tú nunca lo hiciste.

—¿No recibiste mis cartas? —dijo, y su sonrisa desapareció, su rostro desinflado, como una máscara, como las mujeres detrás, de la cerca—. Dame tu dirección. Te escribiré directamente. Y tú pon las cartas en correos, no pases por el asistente social. El error fue mío. Oh, ya aprenderemos. —Y el vigor volvió a sus ojos—. Somos más inteligentes que ellos, *ma petite*.

Yo no sabía mi dirección, pero ella me dijo la suya, me la hizo repetir una y otra vez para que la recordara. Mi mente se rebelaba contra la dirección de mi madre. «Ingrid Magnussen, Interna W99235, Institución Californiana para Mujeres, Corona-Frontera».

—Dondequiera que vayas, escíbeme al menos una vez por semana. O manda dibujos; Dios sabe que la estimulación visual en este sitio deja que desear. Quiero ver a la exbailarina en *topless* y al Tío Ernie, ese carpintero torpe.

Hirió mis sentimientos. Tío Ray había estado ahí cuando yo lo había necesitado. Ella ni siquiera lo conocía.

Se llama Ray, y es bueno.

—Ya —dijo—. Mantente lejos de Tío Ray, especialmente si es tan bueno.

Pero ella estaba aquí y yo allá. Tenía un amigo. No iba a quitarme eso.

—Pienso en ti todo el tiempo —dijo—. En particular por la noche. Me imagino dónde estás. Cuando la cárcel está en silencio y todos duermen, imagino que puedo verte. Trato de entrar en contacto contigo. ¿Alguna vez sentiste mi llamada, sentiste mi presencia en tu cuarto?

Me acarició un cabello entre los dedos, y lo estiró contra mi brazo para ver cuán largo era. Me llegaba al codo.

Yo la había sentido. La había oído llamarme. «¿Astrid? ¿Estás despierta?».

—Tarde por la noche —dije—. Tú no podías dormir.

Me besó la cabeza en el sitio justo.

—Tú tampoco. Ahora cuéntame más sobre ti. Quiero saberlo todo sobre ti.

Era una idea extraña. Antes nunca había querido saber nada sobre mí. Pero los largos días monótonos la habían llevado de vuelta a mí; a recordar que tenía una hija en alguna parte. El sol estaba; empezando a salir y la niebla lejana refulgía como un farol de papel.

EL DOMINGO siguiente dormí demasiado. Fue porque estaba soñando con mi madre. Era un sueño dulce. Estábamos en Arles, caminando por la avenida de cipreses oscuros, pasando frente a tumbas y macizos de flores silvestres. Ella había escapado de la cárcel: empujaba una cortadora de césped frente al edificio, y simplemente siguió caminando. Arles era sombra oscura y sol como miel, ruinas romanas y nuestra pequeña pensión. Si no hubiera anhelado ese sueño, de los girasoles de Arles, me habría levantado cuando los chicos se fueron al arroyo.

Pero ahora estaba en el asiento delantero del Torino. Carolee gruñía en el trasero, tenía resaca de haber estado tomando drogas toda la noche con sus amigas. Starr la había sorprendido durmiendo a ella también. Amy Grant cantaba en la radio, y Starr la coreaba, peinada en un estilo a lo Brigitte Bardot, y con pendientes largos que se balanceaban.

Parecía dirigirse a un cóctel y no a la Asamblea de la Verdad de Cristo.

—Odio esto —me dijo mi hermana de acogida al oído cuando entrábamos en la iglesia tras su madre—. Daría cualquier cosa por unas pastillas.

La asamblea se reunía en un edificio con piso de linóleo y una gran ventana de vidrio opaco, en lugar de un vitral. Una cruz moderna de madera se alzaba al frente, y una mujer con un peinado batido tocaba el órgano. Nos sentamos en sillas plegables blancas, Carolee a mi izquierda, la cara sombría por el malhumor y el dolor de cabeza, Starr contra el pasillo, resplandeciente de entusiasmo. Su falda era tan corta que yo podía ver dónde empezaba el remate de sus medias.

El órgano subió en volumen y un hombre fue hasta el púlpito, con traje oscuro y corbata y zapatos negros de charol, como un ejecutivo. Yo había creído que llevaría una túnica tipo graduación. Su cabello corto, partido con una raya al medio, brillaba como celofán bajo las luces coloreadas. Ahora Starr estaba sentada muy erguida, con la esperanza de llamar su atención.

Cuando habló, me sorprendió notar que tenía un leve defecto de pronunciación. Sus eses se parecían a erres, y viceversa.

—Aunque estábamos muertos en nuestro error, Él nos hizo vivir juntos en Cristo. Por la cruz, hemos sido salvados. Él nos lleva hacia una nueva vida. —Alzó las manos, levantándonos a nosotros. Era bueno. Sabía cuándo hacer una pausa y cuándo seguir adelante y cuando se callaba daba el hachazo, con los ojos grandes y brillantes y su pequeña nariz achatada, y una boca sin labios tan ancha que parecía un Muppet, como si toda su cabeza se abriera y cerrara al hablar—. Sí, podemos vivir otra vez, aun cuando nos estamos marchitando por el virus del pecado.

Carolee cambió de posición, haciendo rechinar su silla a propósito. Starr entrelazó las manos, me dio un leve codazo y me señaló al reverendo, como si hubiera algo

más que ver.

El reverendo Thomas empezó a contar una historia de un joven de los sesenta, un chico de buen corazón, que creía que podía hacer las cosas a su modo, siempre que no dañara a nadie.

—Se encontró con un gurú que le enseñó a buscar la verdad en su interior. —El predicador hizo una pausa y sonrió ante la idea de la verdad dentro de uno, idea absurda, ridícula y signo infalible de la perdición—. «Tú eres el juez de la verdad».

Volvió a sonreír, y empecé a ver que siempre sonreía cuando decía algo que desaprobaba. Como si alguien te cogiese los dedos, los pusiese en la rendija de la puerta y sonriese y hablase mientras los iba aplastando.

—Desde luego no era el único que sostenía esa filosofía en aquella época —siguió el reverendo Thomas, con los ojos como botones brillantes—. «Haz lo que quieras, hermano», era la filosofía de la época. Si había algo que uno quería, era bueno, porque uno lo quería. No había Dios ni muerte. Sólo había el propio placer. —Sonrió al pronunciar «placer», como si el placer fuera horrendo, una abominación, y él sintiera piedad por los que fueran tan débiles como para valorarlo—. Y si alguien hablaba de responsabilidad o de consecuencias, se lo ridiculizaba. «Aligérate, hombre. No seas carca».

»Pues bien, sí, el joven había contraído involuntariamente el virus mortal. Se le había infiltrado en el corazón, debilitando la estructura de su conciencia, licuando su juicio. —El reverendo Tilomas parecía encantado—. Y, por supuesto, al cabo de un tiempo, simplemente dejó de haber diferencia entre el bien y el mal.

¿Cómo podía terminar ese chico sino siendo uno de los asesinos del clan Manson?

Para entonces yo me había hundido en mi silla tanto como Carolee, y el perfume de Starr y las palabras siseantes del reverendo me estaban revolviendo el estómago.

Por suerte, en la cárcel, el joven había tenido una revelación. Comprendió que estaba infectado por una epidemia contumaz del virus del pecado, y gracias a otro interno descubrió al Señor y la vacuna revivificante de Su Sangre. Ahora estaba predicando a los otros internos y haciendo obras de caridad entre los desesperanzados.

Aunque llevaba veinticinco años en la cárcel, y la condena era a cadena perpetua, su vida no estaba desperdiciada. Tenía una razón de ser, ayudar a otros, llevar la Buena Nueva a gente que nunca había mirado más allá de sus propios deseos momentáneos. Se había redimido, era un hombre nuevo, renacido en el Señor.

No me resultó difícil imaginar al chico Manson en la cárcel, su dureza, su pensamiento retorcido, un asesino. Hasta que algo había pasado. Una luz se había encendido y le permitió ver la horrible realidad de su crimen. Imaginé su agonía, cuando vio en qué dase de monstruo se había convertido y comprendió que había arruinado su vida por nada. Podría haberse matado, y debió de estar muy cerca de hacerlo. Pero entonces vino el rayo de esperanza, de que podía haber otro modo de

vida, algún significado después de todo. Y rezó, y el Espíritu Santo acudió a su corazón.

Y ahora, en lugar de vivir sus años de cadáver ambulante en San Quintín, odiando y siendo odiado, se había vuelto alguien con un propósito, alguien con una luz interior. Lo comprendí. Lo creí.

—Hay una respuesta a esta epidemia letal que devora nuestra sustancia vital —decía el reverendo Thomas, alzando las manos como en un abrazo—. Un poderoso antídoto contra la infección que devasta el corazón humano. Pero tenemos que reconocer el peligro en que nos hallamos, aceptar el grave diagnóstico, y comprender que actuando según nuestros deseos, en lugar de seguir el plan de Dios, nos hemos infectado con esta terrible plaga. Tenemos que recibir el conocimiento de nuestra responsabilidad ante el poder celestial, y nuestra propia vulnerabilidad.

De pronto, una escena que yo había mantenido reprimida todos esos meses surgió. El día que había llamado a Barry para advertirle, y había colgado. Podía sentir el peso del auricular en el momento en que lo puse en la horquilla. Mi responsabilidad. Mi infección.

—Necesitamos los anticuerpos de Cristo para superar este contagio de nuestras almas. Y quienes eligen servirse a sí mismos en lugar de servir al Padre Celestial experimentarán las consecuencias letales.

Ya no era surrealista. Lo que estaba diciendo el reverendo Thomas era cierto. Yo había contraído el virus. Yo había estado infectada todo el tiempo. Había sangre en mis manos. Pensé en mi hermosa madre, sentada en su minúscula celda, su vida congelada. Era igual que el chico Manson. Sólo creía en ella misma, en ninguna ley más alta, en ninguna moralidad. Creía que podía justificarlo todo, hasta el homicidio, sólo porque era lo que ella quería. Ni siquiera usaba la excusa de la persona a la que estaba haciendo daño. No tenía conciencia. «No serviré». Es lo que dice Stephen Dedalus en Retrato del artista adolescente, pero significa Satán. Eso fue la Caída. Satán no quiso servir más.

Una vieja señora dio un paso al frente del coro y empezó a cantar: *La sangre que Jesús vertió por mí, camino del Calvario...* y realmente sabía cantar. Y yo estaba llorando, con la cara anegada en lágrimas. Estábamos muriendo por dentro, mi madre y yo. Pero si tuviéramos a Dios, a Jesús, algo más grande que nosotras en lo que creer, podríamos curarnos. Todavía podíamos tener una nueva vida.

En julio fui bautizada en la Asamblea de la Verdad de Cristo. Ni siquiera importaba que fuera el reverendo Thomas quien me bautizara, que fuera un farsante, que mirase las curvas de Starr y la siguiese con la vista cuando ella subía los escalones delante de él. Cerró los ojos cuando me hundió en la piscina cuadrada detrás del edificio de la Asamblea, y la nariz se me llenó de cloro. Quise que el espíritu entrara en mí y me lavara. Quería seguir el plan que Dios había diseñado para mí. Sabía adónde podía llevarme seguir mis propias instrucciones.



Después fuimos al Church's Fried Chicken a celebrarlo. Nadie me había organizado nunca una fiesta antes. Starr me regaló una Biblia encuadernada en símil piel blanca, con pasajes; subrayados en rojo. De Carolee y los chicos recibí un bloc de papel con el membrete de una paloma arrastrando un banderín que rezaba «Alabado sea el Señor», pero comprendí que Starr era la que lo había elegido. Tío Ray me regaló un pequeño crucifijo de oro en una cadenita. Pensaba que yo estaba loca por hacerme bautizar.

—En realidad no puedes creer en esta mierda —me dijo al oído mientras me ayudaba a ponerme la cadena al cuello.

Me levanté el cabello para que pudiera abrocharla.

—Tengo que creer en algo —dije en voz baja.

Su mano se demoró en mi cuello, cálida y pesada. Su rostro feo y bueno, sus ojos de avellana. Y comprendí que quería besarme. Lo sentí dentro de mí. Y cuando él vio que yo lo sentía, se ruborizó y apartó la vista.

Querida Astrid:

¿TE HAS VUELTO LOCA? Es imposible que 1) te hayas bautizado, 2) digas que eres una cristiana, y 3) me escribas en ese papel ridículo. ¡Es imposible que firmes tus cartas «renacida en Cristo»! Dios está muerto, acaso no te enteraste, murió hace cien años, me rindió por simple falta de interés y decidió dedicarse a jugar al golf. Te crié de modo que tuvieras algo de autorrespeto, ¿y ahora medio que has renunciado a todo por un Jesús de tarjeta postal tridimensional? Me reiría si no estuviera tan desesperadamente triste.

No te atrevas a pedirme que acepte a Jesús como mi salvador, ni que lave mi alma en la Sangre del Cordero. Ni siquiera pienses en intentar redimirme. Yo no me arrepiento de NADA. Ninguna mujer con un mínimo de autorrespeto habría hecho menos.

La cuestión del bien y la naturaleza del mal siempre será uno de los problemas más intrigantes de la filosofía, junto con el problema de la existencia misma. No estoy discutiendo tu elección de temas, pero sí tu enfoque tan disminuido intelectualmente. Si el mal significa estar automotivado, ser el centro del propio universo, vivir de acuerdo a los propios términos, entonces todo artista, todo pensador, toda mente original, es el mal. Porque nos atrevemos a ver con nuestros propios ojos en lugar de pronunciar clichés provenientes de los así llamados Padres. Atreverse a ver es robar el fuego de los Dioses. Este es el destino de la humanidad, el motor que nos mantiene en movimiento como raza.

Tres hurras por Eva.

## MADRE

Recé por su redención. Se cobró una vida porque alguien la humilló, alguien hirió su imagen de sí misma como la Valkiria, la guerrera inmaculada. Expuso su debilidad, que era sólo amor. Así que se vengó. Tan fácil de justificar, le escribí. Lo hiciste porque sientes como una víctima. Si fueras realmente fuerte, habrías soportado la humillación. Sólo Jesús puede hacernos lo bastante fuertes para luchar contra las tentaciones del pecado.

Me respondió citando a Milton, el discurso de Satán en *El paraíso perdido*.

¿Y ahora que la batalla se ha perdido?  
No todo está perdido; la voluntad inconquistable,  
y los planes de venganza, el odio inmortal  
y el valor de no rendirse nunca.

Tío Ray me enseñaba a jugar al ajedrez siguiendo el libro Bobby Fisher enseña ajedrez. Él había aprendido solo, en Vietnam.

—Allí tenía mucho tiempo libre —decía, pasando los dedos por las crestas de los peones blancos.

Había tallado esas piezas allí, reyes vietnamitas y Budas en lugar de alfiles, caballos con mejillas esculpidas y crines peinadas. No podía imaginarme cuántos meses le habría llevado hacerlo, tallando pacientemente con una navaja suiza mientras las bombas estallaban a su alrededor...

Me gustaba el orden del ajedrez, la frialdad de la razón, el goce de sus pasos pacientes. Jugábamos casi todas las noches mientras Starr estaba en reuniones de Alcohólicos Anónimos o del estudio bíblico, y los chicos veían la televisión. Tío Ray tenía siempre una pequeña pipa de marihuana en el brazo de su sillón, para fumar mientras esperaba que yo hiciera el siguiente movimiento.

Esa noche los chicos estaban viendo un documental sobre la naturaleza. El más pequeño, Owen, se chupaba el pulgar, abrazado a su jirafa de peluche mientras Peter enroscaba unas hebras de su cabello en un dedo, una y otra vez. Davey les iba narrando las imágenes, señalando la pantalla con el dedo:

—Ese es Smokey, el macho alfa.

El resplandor de la pantalla/se reflejaba en sus gafas.

Tío Ray esperaba mi movimiento, mirándome de un modo que me abría el corazón como una flor lunar sus ojos en mi cara, mi garganta,

mi cabello sobre los hombros, cambiando de color a la luz del televisor. En la pantalla yo veía la nieve, los lobos cazando en parejas, sus extraños ojos amarillos. Me sentía como una fotografía todavía no revelada, que se iba imprimiendo, y mi imagen subía a la superficie bajo su mirada.

—¡Oh, no! —exclamó Owen, asido a su jirafa de peluche mientras los lobos saltaban sobre un ciervo y le desgarraban la garganta.

—Es ley de vida —dijo Davey.

—Mira eso —dijo Ray señalando la pantalla con el alfil negro que estaba moviendo—. Si Dios salvara a ese ciervo, mataría de hambre al lobo. ¿Por qué iba a favorecer a una criatura sobre otra? —Nunca se resignó a que yo me volviera cristiana—. Los buenos no tienen ninguna ventaja sobre los demás. Podrías ser una santa, y aun así contagiarte una enfermedad o pisar un excremento de perro.

—Al menos tienes algo grande donde caer —dije, tocando la cruz que me colgaba del cuello y haciéndola correr en la cadena—. Tienes una brújula y un mapa.

—¿Y si no hay Dios?

—Actúas como si lo hubiera, y es, lo mismo.

Chupó la pipa, llenando el cuarto con su aroma mientras yo estudiaba el tablero.

—¿Qué dice tu madre sobre eso? —preguntó.

—Dice: «Mejor; reinar en el Infierno que servir en el Cielo».

—Es de las mías.

No le dije que en sus cartas lo llamaba Tío Ernie. Más allá de la puerta mosquitera cantaban los grillos del verano. Me encajé el cabello detrás de las orejas y moví la torre a 3 alfil reina, amenazando su alfil. Sentía cómo él me miraba el brazo desnudo, el hombro, los labios. Saber que era hermosa a sus ojos me hacía hermosa: Nunca había, sido hermosa antes. No creía que eso irritara a Cristo. Todos necesitan sentir amor.

Oímos el Torino de Starr en el patio, los neumáticos en la grava, antes de lo que normalmente volvía a casa. Lo lamenté. Ray me prestaba atención cuando ella no estaba, pero cuando regresaba yo volvía a ser uno de los pequeños. ¿Por qué habría vuelto tan temprano? Por lo general se quedaba hasta después de las once, tomando café con los adictos o discutiendo Mateo 20 versículo 13 con las viejas de la iglesia.

—Mierda.

Tío Ray apenas si alcanzó a guardar su hierba y su pequeña pipa antes de que la puerta mosquitera se abriera y un insecto mayor de los

comunes hiciera su aparición.

Starr se detuvo un segundo en el umbral mirándonos a nosotros y a los chicos sentados en el sofá, hipnotizados ante la televisión. Entonces fue como si se sintiera confundida por llegar a casa tan temprano. Se le cayeron las llaves, y se agachó a recogerlas, Tío Ray le miraba los pechos, que prácticamente asomaban enteros del escote de su vestido.

Entonces sonrió, se sacó los zapatos, se sentó en el brazo de su sillón y lo besó. Pude ver cómo le metía la lengua en la oreja.

—¿Se canceló la reunión? —preguntó él.

Me tocaba mover a mí, pero él ya no prestaba atención.

Ella lo tomó por los hombros, apretándole un pecho contra el cuello.

—A veces me canso de oírlos quejarse. Todos hacen su maldito inventario de penas. —Cogió el único alfil blanco que me quedaba—. Adoro este juego —dijo—. ¿Por qué no me enseñas, cariño?

—Una vez te enseñé —dijo él en un murmullo tierno, volviendo la cabeza y besándole el pecho, sin importarle que yo estuviera delante—. ¿No te acuerdas? Te enojaste tanto que me tiraste el tablero por la cabeza.

Tomó el alfil de su mano y lo puso de nuevo en su casilla, 5 rey. —Eso era cuando yo bebía— dijo ella.

—«¿Las blancas pueden dar mate en un movimiento?» —dijo él citando el libro de Bobby Fisher.

—¿Un movimiento? —repitió ella, haciéndole cosquillas en la nariz con una hebra de pelo—. No parece muy excitante.

Alfil blanco a 6 torre rey. Puse el alfil delicadamente tallado en su lugar.

—Mate.

Pero estaban besándose, y luego ella le dijo a los chicos que cuando terminara el programa fueran a acostarse, y se llevó a Tío Ray a su dormitorio.

Toda la noche, mientras yací en mi saco de dormir con su estampado de caballos y lazos, oí el cabezal de la cama de ellos golpeando contra la pared, y sus risitas. Y me preguntaba si las hijas de verdad sentían celos de sus madres y padres, si les revolvía el estómago ver a sus padres besando a sus madres y sobándoles los pechos. Yo me apretaba mis propios pequeños pechos, calientes dentro del saco de dormir, y trataba de imaginar cómo sería sentirlos bajo otra mano, me imaginaba tener un cuerpo como el de Starr. Ella era casi de una especie diferente con su trasero también redondo. Me

imaginaba desnudarme y dejar que un hombre como Tío Ray me mirara como la miraba a ella.

Dios, hacía tanto calor. Abrí la cremallera del saco de dormir. Y ella ni siquiera lo ocultaba, no era tan cristiana. Siempre los *shorts* más cortos, las blusas más apretadas. Se podía ver dónde los tejanos hendían en su vulva. Yo quería que alguien me amase de ese modo, me tocara como Tío Ray la tocaba a ella, como Barry y mi madre.

Lamenté que no estuviera Carolee. Ella haría comentarios graciosos sobre el cabezal de la cama, o diría que Tío Ray tendría un infarto... Era un hombre de casi cincuenta años, caray, tenía suerte si no moría con las botas puestas. Conoció a Starr en el club donde ella trabajaba por entonces, y qué clase de tipos van a lugares así. Pero Carolee ya nunca estaba en casa por la noche. Saltaba por la ventana apenas Starr nos daba las buenas noches y se iba con sus amigos. Nunca me invitaba a ir con ella. Eso me ofendía pero sus amigos no me gustaban mucho: chicas con risas malvadas y chicos con cabezas afeitadas, torpes y vociferantes.

Me pasé las manos bajo el camisón y sentí las diferentes clases de piel al tacto: el vello de mis piernas, la suavidad entre los muslos y la resbalosa piel de mis partes pudendas. Toqué los pliegues, el botoncito, y pensé en manos rudas a las que les faltaban dedos recorriendo todos los lugares secretos. Al otro lado de la pared de madera, golpeaba la cabecera de la cama.

Ese verano mi madre me mandó una lista de lecturas de cuatrocientos títulos, Colette y Chinua Achebe y Mishima, Dostoievski y Anais Nin, D. H. Lawrence y Henry Miller. Me la imaginé tendida en la cama recitando sus nombres como un rosario, pasándoles la lengua, redondos como cuentas. A veces Starr nos llevaba a la biblioteca. Esperaba en el coche y nos daba diez minutos para sacar libros, so pena de irse sin nosotros.

—Yo ya tengo el único libro que necesito, señorita —decía.

Davey y yo cogíamos libros como desesperados mientras Peter y Owen rondaban esperanzados al abuelo de la biblioteca que les leía cuentos a los pequeños. Era mejor cuando Ray estaba en casa: nos dejaba en la biblioteca, se iba a tomar unas cervezas y nos recogía una hora o dos más tarde. Entonces los chicos escuchaban tantas historias del abuelo como pudiera leerles.

Pero ahora Ray tenía un empleo de carpintero en una nueva urbanización. Yo estaba acostumbrada a tenerlo en casa todo el día, y lo echaba de menos. No había tenido un trabajo estable desde que abandonara su puesto como maestro de taller en el instituto de

Sunland. Se había peleado con el director cuando no quiso prestar el juramento de lealtad en la asamblea.

—Yo peleé en el condenado Vietnam, y me dieron una jodida condecoración —decía—. ¿Qué hizo ese imbécil? Se quedó en su maldito empleo público. Todo un héroe.

El dueño de la urbanización vivía en Maryland y no se preocupaba por el juramento de lealtad. Ray conocía a alguien que conocía al subcontratista. Así que me quedé sola en lo peor del verano, en la casa rodante, viendo cómo Starr tejía una manta que parecía tener un arco iris vomitado encima. Leía, dibujaba. Ray me compró unas acuarelas y empecé a pintar. Dejé de intentar que mi madre abrazara a Jesús. No había esperanzas por ese lado, así que tendría que hacerlo a su modo. Era la voluntad de Dios, como le ocurría a Dimitri en *Los hermanos Karamazov*, uno de los libros de su lista de lecturas.

En lugar de cartas, le enviaba dibujos y acuarelas: Starr en *shorts* y tacones altos, regando los geranios con una manguera. Ray tomando una cerveza mientras contemplaba la puesta de sol desde el porche. Los chicos vagando por el arroyo en las noches tibias con linternas, sorprendiendo a una lechuza de cuernos. El ajedrez de Ray. El modo en que estudiaba el tablero, con el puño bajo el mentón. Los árboles de paloverde en el fresco del amanecer, una serpiente de cascabel adormilada sobre una roca.

Ese verano pinté cuadros para todos, lagartos para Peter y niños montando jirafas y unicornios para Owen y aves de rapiña para Davey, tomadas de fotografías en revistas: águilas doradas, halcones de cuello rojo, halcones peregrinos, búhos elfos. Pinté un retrato de cabeza y hombros de Carolee para que se lo regalara a su novio, y pinté cuadros para Starr, ángeles sobre todo, y Jesús caminando sobre las aguas. También la pinté a ella en diferentes poses, en traje de baño, al estilo de las chicas de pósters de la Segunda Guerra Mundial.

Tío Ray sólo quería un cuadro de su camioneta. Era una vieja Ford verde, con una cucaracha de plástico colgando del espejo retrovisor, y una calcomanía que ponía «Esta propiedad está protegida por Smith & Wesson». La pinté con el fondo de las montañas en una mañana clara, en verde agua, rosa salmón y celeste.

El verano alcanzó su clímax con unos vientos de Santa Ana como nunca había visto antes. Hubo incendios en las laderas de las montañas a menos de dos kilómetros de distancia. Esto no era una mera mancha en el horizonte, con kilómetros de pavimento separándola de una. Pudimos ver cuatrocientas hectáreas ardiendo en el Gran Tujunga. Teníamos nuestras cosas empaquetadas en la

camioneta de Ray y en el maletero del Torino. Los vientos soplaban como huracanes y las zonas quemadas se multiplicaban, y había motines en la ciudad. Tío Ray limpiaba sus armas en el patio después del trabajo, porque la ceniza de los incendios depositaba un fino polvillo sobre todo. Me tendió una pequeña pistola, una Beretta. Era como un juguete en mi mano.

—¿Quieres disparar?

—Sí —dije.

Él nunca dejaba que los chicos tocaran sus pistolas. Starr odiaba siquiera mirarlas, aunque ahora que había motines y asaltos había dejado de pedirle que se librara de ellas.

Cogimos un aerosol de pintura verde y dibujamos una figura humana en una tabla, y por diversión la hicimos cargando un televisor. La apoyó contra una mata de adelfa en el extremo del patio.

—Está robando tu televisor, Astrid. Acaba con él.

Era divertida la pequeña Beretta calibre 22. Acerté cuatro de nueve disparos. Puso cinta sobre los agujeros, para que yo supiera cuáles eran los viejos y cuáles los nuevos. Con el tiempo llegué a probar todas las armas: el rifle, el 38 especial Smith & Wesson, y hasta la escopeta. Lo que más me gustó fue la Beretta, pero Ray insistió en que la Smith & Wesson era el arma por excelencia, ya que tenía «poder de detención». La había puesto en mis manos, mostrándome cómo apuntar, cómo apretar el gatillo con la mente. La 38 era la más dura de las cuatro armas para disparar, y con ninguna era más difícil acertar. Había que usar las dos manos, y mantener los brazos muy rectos, o reculaba y te pegaba en la cara.

Cada arma tenía una finalidad, como un martillo o un destornillador. El rifle era para cazar, la Beretta para situaciones potencialmente problemáticas: un bar, un encuentro con una ex, una cita, lo que Ray llamaba «trabajo de calle». La escopeta era para protección del hogar. «¡Poneos detrás de mí, chicos!», decía con voz de abuelita, y todos obedecíamos, y entonces él hacía una demostración, rociando las adelfas con perdigones.

¿Y la 38?

—Hay un solo motivo para usar una treinta y ocho. Y es matar al tipo.

Me sentía como una niña soldado israelí, en *shorts* y bajo el viento cálido, apuntando con un rifle, empuñando una pistola 38 con las dos manos. Era un sentimiento extraño, él mirándome mientras yo apuntaba. Descubrí que podía perderme totalmente en mi blanco. Sus

ojos dividían mi atención entre la c de coca-cola y mi conciencia de él mirándome.

Y pensaba que esto era lo que significaba ser hermosa. Lo que sentía mi madre. El tirón de los ojos, atrayéndola a una de vuelta hacia el blanco. Estaba en dos lugares a la vez, no sólo en mi mente, en el punto al que apuntaba, sino en mis pies descalzos en el patio polvoriento, mis piernas que se hacían más fuertes, mis pechos en el sostén nuevo, mis largos brazos bronceados, mi cabello ondeando en el viento cálido. Él disfrutaba de mi silencio pero dándome algo a cambio, la plenitud de ser reconocida. Me sentía hermosa, pero también desconcertada. No estaba acostumbrada a que las cosas fuesen tan complicadas.



EN NOVIEMBRE, cuando el aire se ponía azul por la tarde y el sol teñía las rocas de dorado, cumplí catorce años. Starr me organizó una fiesta, con sombreros de papel y serpentinas, e invitó al novio de Carolee y hasta a mi asistente social, el Rey de Espadas. Hubo una tarta del Ralph's Market con una chica haciendo hula hula con falda de hierba y mi nombre escrito en azul, y todos cantaron el Cumpleaños feliz. La tarta tenía una velita jocosa que volvía a encenderse sola, así que no se cumplió mi deseo: que fuera siempre así, que mi vida pudiera ser una fiesta sólo para mí.

Carolee me regaló un espejo de bolso, y Owen y Peter una lagartija en un frasco con un moño. De Davey recibí una gran hoja de cartón sobre la que había pegado deyecciones animales y fotocopias de huellas de esos animales, con etiquetas explicativas. El regalo de Starr fue un jersey verde de licra, y el asistente social me trajo un juego de broches con piedras de fantasía.

El último regalo fue el de Ray. Abrí con cuidado el papel y vi la madera, tallada con la figura de una ipomea *art nouveau*, el motivo de la cubierta del primer libro de mi madre. Contuve el afrento y lo saqué del papel: era un joyero de madera. Olía a madera nueva. Pasé los dedos por la ipomea, y pensé en Ray cortando los trozos, los bordes sinuosos, que se ajustaban tan perfectamente que no se sentía la transición en las maderas. Debió de hacerlo tarde por la noche, cuando yo estaba dormida. Me dio miedo demostrar cuánto me gustaba. Así que sólo dije «Gracias». Pero esperé que él se diera cuenta.

Cuando vinieron las lluvias, el patio se volvió un pantano, y el río subió llenando su enorme cauce. Lo que había sido un campo de juegos seco con rocas y matas de hierba se transformó en un inmenso torrente color café con leche. Partes de la montaña quemada cedieron y hubo derrumbes. Nunca habría creído que pudiera llover tanto. Todo el tiempo estábamos poniendo ollas y cubos debajo de las goteras, y luego los vaciábamos en el patio.

Era el fin de una sequía de siete años, y todas las lluvias negadas durante ese lapso caían juntas. Siguió sin pausa hasta después de Navidad, y tuvimos que pasar la mayor parte del tiempo: encerrados en la casa rodante, los chicos jugando con la Nintendo y viendo un vídeo de National Geographic sobre tomados, una y otra vez.

Yo pasaba los días en la mecedora del porche, mirando la lluvia, oyéndola repiquetear sobre el techo y el eco de los truenos Tujunga abajo, viendo rocas lavadas, árboles empapados sacudiéndose unos contra otros como bolos de boliche. Todos los colores viraron hacia un gris pardo claro.

Cuando no había colores, y me sentía sola, pensaba en Jesús. Jesús conocía mis pensamientos, lo sabía todo, aun si yo no podía verlo, o sentirlo, Él me protegería de la caída, de ser arrastrada por las aguas. A veces leía los naipes del tarot, pero eran

siempre lo mismo, las espadas, la luna, el ahorcado, la torre en llamas con sus almenas atestadas y gente cayendo. A veces, cuando Ray estaba en casa, salía con su tablero de ajedrez, y-jugábamos y él fumaba sus hierbas, o íbamos al cobertizo donde tenía sus herramientas y me enseñaba a hacer cosas pequeñas, una casita para pájaros, un marco para un cuadro. A veces nos quedábamos charlando en el porche, escuchando los efectos de sonido de los videojuegos de los chicos, *Double Dragons* y *Zaxxon*, ahogados por la lluvia. Ray se apoyaba contra uno de los postes, mientras yo me sentaba en la mecedora del porche y la movía con un pie.

Un día, salió y fumó su pipa un rato, apoyado contra la pared, sin mirarme. Parecía pensativo, con un gesto de contrariedad.

—¿Alguna vez piensas en tu padre? —me preguntó.

—No lo conocí —dije, moviendo apenas el pie para mecarme—. Tenía dos años cuando se fue, o ella lo dejó, lo que sea.

—¿Tu madre te contó algo sobre él?

Mi padre, esa silueta, una forma hecha con todo lo que yo desconocía, una figura rellena de lluvia.

—Cuando le preguntaba, me decía: «No tienes padre. Yo soy tu padre y tu madre. Naciste entera de mí, como Palas Atenea».

Se rió, pero con tristeza.

—Menudo personaje.

—Una vez encontré mi certificado de nacimiento. Decía: «Padre: Anders, Klaus. Lugar de nacimiento: Copenhague, Dinamarca. Residente en Venice Beach, California». Ahora debe de tener cincuenta y cuatro años.

Ray era más joven.

Restalló un trueno, pero las nubes eran demasiado gruesas para dejar ver el rayo. La mecedora crujía mientras yo me balanceaba, pensando en mi padre, Klaus Anders. Había encontrado una Polaroid de él entre las páginas de un libro de mi madre, Windward Avenue. Estaban sentados juntos en un bar de playa con un grupo de gente que parecía hacer vida de playa: bronceados, cabellos largos, adornos de cuentas, la mesa cubierta de botellas de cerveza. Klaus tenía un brazo sobre el respaldo de la silla de mi madre, en gesto de propietario. Parecían estar bajo un rayo especial de luz del sol, con un aura de belleza alrededor. Podrían haber sido hermanos. Él era rubio leonino con labios sensuales, y cuando sonreía sus ojos se curvaban en las comisuras. Ni mi madre ni yo sonreíamos así.

La foto y el certificado de nacimiento eran todo lo que tenía de él, eso y el signo de interrogación de mi código genético, todo lo que yo ignoraba sobre mí misma.

—Sobre todo pienso en lo que él pensaría de mí.

Miramos el pimentero sepia, el barro en el patio, grueso como la memoria. Ray apoyó la espalda contra el poste y enlazó las manos en la nuca. La camisa se le levantó y pude ver su estómago peludo.

—Probablemente piensa que sigues teniendo dos años. Así es como pienso yo de Seth. Cuando los chicos bajan a jugar al río, imagino que él está con ellos. Tengo que recordarme que ya es demasiado mayor para salir a cazar sapos.

Klaus pensaba en mí como una niña de dos años. Mi cabello como plumas blancas, mi pañal sucio de arena. Nunca imaginó que yo había crecido. Podía pasar a su lado, él inclusive podía mirarme como lo hacía Ray, y no saber que yo era su hija. Me estremecí, y metí las manos en las mangas de mi jersey.

—¿Alguna vez pensaste en llamarlo, en encontrarlo? —pregunté.

Ray negó con la cabeza.

—Él me odia. Sé que la madre le habló pestes de mí.

—Yo en cambio apostaría a que te echa de menos —dije—. Yo echo de menos a Klaus y ni siquiera lo conocí. Él también era artista. Pintor. Imagino que estaría orgulloso de mí.

—Yo lo estaría —dijo Ray—. Quizá algún día lo encuentres.

—A veces pienso en eso. Que cuando sea una artista, él verá mi foto en un diario y comprobará en qué me he transformado. Cuando veo a un hombre maduro rubio, a veces quiero llamarlo, ¡Klaus!, para ver si vuélvela cabeza.

Me impulsé, haciendo crujir la mecedora.

Mi madre una vez me dijo que lo eligió porque se parecía a ella, y así sería como tener un hijo ella sola. Pero había una historia diferente en la libreta tibetana roja fechada Venice Beach, 1972:

Julio 12. Esta tarde me encontré con K. en Small World. Lo vi antes de que él me viera. Me estremecí al verlo, la ligera inclinación de sus hombros anchos, pintura en el pelo. Esa camisa gastada, tan vieja que es más una idea que una camisa. Quise que él me descubriera del mismo modo, así que me volví y me puse a hojear un libro de láminas. Sabía cómo se me veía contra la luz del escaparate, mi cabello en llamas, mi vestido casi transparente. Esperaba que su corazón se detuviera.

Miré a Ray, que tenía la vista perdida en la lluvia, y comprendí cómo se sentía mi madre entonces. Amaba su humo, su olor, sus tristes ojos avellana. No podía tenerlo como padre, pero al menos podíamos hablar en el porche. Volvió a encender su pipa, la chupó, tosió.

—Podrías desilusionarte —dijo—. Podría ser un chiflado. La mayoría de los hombres están como cencerros.

Me mecí, sabiendo que no era cierto.

—Tú no lo estás.

—Pregúntale a mi ex.

—¿Qué hacéis ahí fuera? —Starr abrió la puerta mosquitera y la dejó que golpease tras ella. Llevaba un jersey tejido por ella misma, peludo y amarillo como un pollo—. ¿Me invitáis a la fiesta?

—Estoy pensando en destrozarse ese maldito televisor —dijo Ray sin alzar la voz.

Ella tiró de los tallos pardos de las plantas que colgaban del alero, arrancando las hojas secas y arrojándolas fuera del porche, con los pechos asomando por el escote en V.

—Mírate, fumando delante de los niños. Siempre has sido una mala influencia. — Pero sonreía al decirlo, suave y coqueta—. ¿Me haces un favor, querido Ray? Me he quedado sin tabaco. ¿No podrías bajar a la tienda y comprarme un cartón?

Le dirigió su ancha sonrisa.

—Pues yo necesito cerveza —dijo él—. ¿Quieres venir, Astrid?

Gomo si la sonrisa de Starr no pudiera estirarse más, los labios volvieron al centro, para estirarse de nuevo.

—Puedes ir solo, ¿no es así, grandullón? Astrid tiene que ayudarme un minuto.

Y seguía arrancando las hojas secas de los tallos.

Ray entró a buscar su chaqueta y salió con ella cubriéndose la cabeza, corriendo hacia la camioneta.

—Tú y yo tenemos que hablar, señorita —me dijo Starr cuando Ray subió y encendió el motor.

De mala gana, la seguí dentro, a su dormitorio. Starr nunca hablaba con los niños. Su cuarto estaba oscuro y tenía olor a adultos sin bañar, denso y pesado, olor de mujer y hombre. La cama estaba sin hacer. Un cuarto de niños nunca olía así, por muchos que durmieran en él. Tuve ganas de abrir una ventana.

Se sentó en la cama y cogió el paquete de Benson and Hedges 100, vio que estaba vacío y lo tiró.

—Lo estás pasando bien aquí ¿no? —dijo, buscando en un cajón de la mesita de noche—. ¿Te sientes cómoda?

Yo reseguía con el dedo el dibujo floral de las sábanas; eran amapolas. Mi dedo seguía la aureola, y después los estambres en el centro. Amapola, la forma de la caída de mi madre.

—Demasiado cómoda, diría yo. —Cerró el cajón con un leve tintineo del tirador metálico. Echó la manta sobre la sábana, de modo que ya no pude reseguir el contorno de la flor—. Puedo no ser un genio, pero entiendo tu juego. Créeme, entre nosotras nos reconocemos.

—¿Reconocemos qué?

No pude evitar la curiosidad sobre lo que Starr reconocía en mí que tenía ella.

—Andas detrás de mi hombre.

Cogió una colilla de cigarrillo del cenicero de la mesita de noche y lo encendió.

Tuve que reírme.

—No es cierto. —¿Eso era lo que ella veía? ¡Bang, bang, bang, Dios todopoderoso!—. No es así.

—Siempre estás cerca de él, toqueteando sus herramientas. ¿Para qué es esto, Tío Ray? Jugando con sus armas. Os he visto, a los dos. Todos dormidos salvo vosotros, arrullándoos, tan dulce como os gusta.

Exhaló el humo rancio de la colilla en el aire viciado.

—Es un viejo —dije—. No hacemos nada.

—No es tan viejo —dijo Starr—. Es un hombre, señorita. Ve lo que ve y hace lo que puede. Tengo que decírtelo: he decidido llamar al Servicio de Menores, así que sea lo que sea lo que tramabas, olvídalo, nena. Eres historia.

La miré, miré sus pestañas postizas. No podía ser tan mala, ¿o sí? Yo no había hecho nada. Es cierto, lo quería, y a Davey, a todos ellos. Era injusto. No podía estar hablando en serio.

Fui a protestar, pero levantó la mano, con la colilla encendida entre sus dedos.

—No trates de convencerme de que no lo haga. Aquí tengo un hogar en marcha. Ray es el mejor hombre que he tenido nunca, me trata bien. Quizá no haya sido tu intención, pero yo huelo sexo, señorita, y no quiero correr riesgos. He vivido demasiado y he ido demasiado lejos para estropearlo precisamente ahora.

Me quedé inmóvil en aquel cuarto sin aire, derrumbándome, como la lluvia que golpeaba el techo de metal y las paredes. Me estaba echando sin motivo. Sentí como si el océano me arrebataste de mi pequeño lugar sobre la roca. Podía oír el río, arrastrando sus toneladas de desechos. Traté de pensar una justificación, una razón que pudiera satisfacerla.

—Nunca tuve padre —le dije.

—No sigas. —Aplastó la colilla en el cenicero y se miró los dedos—. Yo tengo a mis dos hijos, y a mí misma, para preocuparme. Tú y yo apenas si nos conocemos. No te debo nada.

Miró su jersey peludo y se limpió la ceniza que le había caído sobre el pecho.

Yo me sentía resbalar al abismo. Había confiado en Starr y nunca le había dado motivo para dudar de mí. No era justo. Ella era una cristiana, pero no estaba actuando según la fe y la bondad.

—¿Y qué hay de la caridad? —le dije, como alguien que cae y trata de asirse de una rama—. Jesús me daría una oportunidad.

Se puso en pie.

—Yo no soy Jesús —dijo—. Ni de lejos.

Yo seguía sentada en la cama rezando dentro del sonido de la lluvia. Por favor, Jesús, no la dejes hacerme esto. Jesús, si puedes ver esto, abre su corazón. Por favor, Jesús, no dejes que pase esto.

—Lo siento, eres una buena chica —dijo ella—. Pero así es la vida.

La única respuesta fue la lluvia. Silencio y lágrimas. Nada más. Pensé en mi madre. Qué haría ella en mi lugar. Ella no se arredraría. No dejaría de intentar nada con tal de conseguir su objetivo. Y pensando en ella, sentí algo que subía en mi vado como una varilla de acero trepándome por la columna. Sabía que estaba mal lo que estaba sintiendo, la voluntad de dominio, pero si tenía que ser así, que fuese. De pronto vi como si estuviéramos sobre un enorme tablero de ajedrez, y vi mi siguiente movimiento.

—Él podría enfadarse —dije—. ¿Lo has pensado? Si se entera de que me echas porque estás celosa.

Starr ya estaba a medio camino de la puerta, pero se detuvo y se volvió. Me miró como si nunca me hubiera visto antes. Me sorprendió la facilidad con que me salieron las palabras. Era yo la que nunca tenía palabras.

—A los hombres no les gustan las mujeres celosas. Quieres convertirlo en un prisionero. Te odiará. Incluso podría dejarte.

Me gustó el modo en que frunció el rostro, consciente de que era yo la que le había marcado esas arrugas en la frente. Ahora había poder en mí, donde antes no había nada.

Se estiró el jersey, de modo que los pechos le quedaron más prominentes aún, y se miró en el espejo. Después rió.

—No sabes nada sobre los hombres. Eres una niña.

Pero yo veía la duda que la había hecho volverse hacia el espejo e insistí.

—Sé que a los hombres no les gustan las mujeres dominantes. Las abandonan.

Starr revoloteó sobre su tocador, sin saber si debía librarse de mi lo antes posible o dejarme ahondar en las posibilidades de sus dudas. Se ocupó en buscar otra colilla en el cenicero, encontró una más corta que la anterior, la enderezó y la encendió con su Bic azul.

—Especialmente cuando no está pasando nada. Yo te quiero a ti, lo quiero a él, quiero a los chicos, y nunca haría nada para estropearlo. ¿Acaso no lo sabes?

Cuanto más decía, menos cierto era. El ángel sobre su escritorio miraba al suelo, avergonzado, temeroso de verme. La lluvia resonaba en el tejado.

—¿Juras que no estás interesada en él? —dijo al fin, con los ojos, entrecerrados por el humo. Cogió la Biblia de la mesita de noche, una Biblia con tapas de piel blanca, cintas rojas y cantos dorados—. ¿Lo juras sobre la Biblia?

Puse mi mano sobre el libro. A esas alturas, por mí podría haber sido una guía telefónica.

—Lo juro por Dios —dije.

No llamó al Servicio de Menores, pero me vigiló de cerca, cada paso, cada gesto. Yo no estaba acostumbrada a que me vigilaran, y me nacía sentir importante. Sentía como si ese día en su dormitorio me hubieran sacado una cáscara, y lo que había debajo brillaba.

Una noche se demoró en la cena, y cuando terminábamos Tío Ray miró el reloj.

—Llegarás tarde si no te pones en marcha.

Starr se reclinó en su silla y estiró un brazo para coger la cafetera de la encimera y se sirvió una taza.

—Supongo que pueden pasar sin mí una noche, ¿no crees, nene?

La semana siguiente faltó a dos reuniones más, y la tercera semana no asistió a la iglesia. En lugar de escuchar el sermón, hicieron el amor toda la mañana, y cuando al fin se levantaron, nos llevaron a todos a un merendero donde comimos tarta de

chocolate y crêpes con crema batida. Todos se reían y lo pasaban bien, pero lo único que yo podía ver era el brazo de Ray sobre su hombro. Me sentía extraña, y daba vueltas a la *crêpe* en mi plato. Ahora nunca tenía hambre.

Pasaron las lluvias, y por las noches el cielo mostraba todas sus estrellas. Los chicos y yo íbamos a la parte más oscura del patio embarrado, oyendo el rugido del Tujungá al otro lado de los árboles. Pesados trozos de barro se endurecían alrededor de mis botas mientras yo levantaba la cabeza en el frío y trataba de descifrar las constelaciones. Los libros de Davey no mostraban tantas estrellas. Se me hacía difícil diferenciarlas.

Creí ver una línea de luz. No estaba segura. Clavé la vista en lo alto, tratando de no parpadear, y esperé.

—¡Allí! —señaló Davey.

En un cuadrante diferente del cielo, otra estrella se soltaba. El movimiento estelar era lo único que uno no podía prever. Traté de mantener los ojos abiertos sin parpadear. Si parpadeaba, me las perdía. Los mantuve abiertos para que la luz se revelara en ellos como una fotografía.

Los niños temblaban en sus chaquetas sobre los pijamas y las botas embarradas, charlando y riéndose en el frío, excitados de estar levantados tan tarde mirando las estrellas que empezaban a correr como en el *pinball*, con las bocas abiertas por si acaso caía una. Estaba completamente oscuro salvo por la hilera de luces navideñas que temblaban en el porche.

La puerta mosquitera se abrió de golpe. No tuve que mirar para saber que era él. La llama de una cerilla, el olor dulzón de la marihuana...

—Habría que quitar esas luces de Navidad —dijo.

Bajó al patio donde estábamos, trayendo el resplandor de la brasa, y después la dureza de su cuerpo, el olor de madera nueva.

—Es la lluvia Quadrántida —dijo Davey—. Pronto se producirán a razón de cuarenta por hora. Es el despliegue de meteoritos que menos dura, pero el más denso salvo el de las Perseidas.

Yo oía el barro en sus botas cuando cambiaba el peso del cuerpo de una pierna a otra. Me alegré de que estuviera oscuro, para que no pudiera ver el rubor de placer en mi cara cuando se acercaba, mirando el cielo como si le interesaran las Quadrántidas, como si hubiera venido por eso.

—¡Allí! —dijo Owen—. ¿La has visto, Tío Ray? ¿La has visto?

—Sí, la he visto. Desde luego que sí.

Estaba a mi lado. Si yo me movía apenas un centímetro a la izquierda, lo rozaría con el brazo. Sentía el calor que irradiaba a través de la breve distancia que nos separaba en la oscuridad. Nunca habíamos estado tan cerca.

—¿Tú y Starr estáis enfadadas? —me preguntó en voz baja.

Exhalé vapor, imaginando que fumaba, como la Dietrich en *El ángel azul*.

—¿Qué te dijo?

—Nada. Pero últimamente se comporta de un modo raro.

Las estrellas fugaces corrían por los espacios vacíos, brillaban y se apagaban sólo por el placer de hacerlo. Yo podría haberme tragado la noche entera.

Ray aspiró con demasiada fuerza, tosió, escupió.

—Ha de ser duro para ella envejecer, y que vengan a la casa chicas bonitas.

Seguí mirando hacia arriba como si no lo hubiera oído, pero lo que pensaba era: dime más sobre las chicas bonitas. Me turbaba querer eso, lo encontraba vulgar; ¿qué importaba ser bonita o no? Había pensado eso muchas veces con respecto a mi madre. Una persona no necesitaba ser hermosa, sólo ser amada. Pero no podía evitar quererlo. Si ser hermosa era el modo en que podía ser amada, lo aceptaría.

—Sigue siendo hermosa —dije, pensando que no sería tan duro para ella si él no me siguiera en la noche llena de estrellas, si no me mirara como lo hacía, tocándose la boca con la punta de los dedos.

Pero no quería que se detuviera. Lo lamentaba por Starr, pero no tanto. Yo tenía el virus del pecado. Yo era el centro de mi propio universo: las estrellas se movían y se reacomodaban alrededor de mí, y me gustaba el modo en que él me miraba. ¿Quién me había mirado, quién me había tomado en cuenta antes? Si esto era el mal, que Dios me cambiara la mente.

Querida Astrid:

No me cuentes cuánto admiras a este hombre, y cuánto se preocupa él por ti. No sé qué es peor, si tu etapa de Jesús o la aparición de un pretendiente maduro. Debes encontrar un chico de tu edad, alguien dócil y hermoso que sea tu amante. Alguien que tiemble cuando lo toques, que te ofrezca una margarita con los ojos bajos, alguien cuyos dedos sean un poema. Nunca busques un padre. Te lo prohíbo, ¿entendido?

MADRE

No pudiste impedirlo, madre. Yo ya no tenía que obedecerte.

Era primavera, y las laderas se coloreaban con manchas anaranjadas de amapolas de California, las grietas en el pavimento de gasolineras y aparcamientos se marcaban con amapolas y altramuz azul. Aun en las zonas quemadas, los caminos estaban alfombrados de mostaza amarilla cuando los recorríamos dando tumbos en la vieja camioneta de Ray.

Le dije que quería ver la nueva urbanización en Lancaster, y ver las obras de carpintería que había estado haciendo. Quizá podía recogerme algún día después del colegio. «Ya sabes qué rara ha estado Starr», le dije. Todos los días al salir del instituto había esperado ver su camioneta con la cucaracha emplumada colgando del retrovisor. Al fin había venido. La urbanización misma estaba desnuda como una cicatriz, con calles polvorientas flanqueadas de grandes casas nuevas. Algunas ya



tenían tejado, otras estaban terminadas, algunas eran sólo esqueleto, abiertas al cielo. Ray me llevó a la casa en la que estaba trabajando, ya limpia, el exterior terminado, olorosa a serrín. Me mostró los armarios de arce en la cocina, el balcón, las bibliotecas empotradas, el mirador trasero. Yo sentía el sol brillando en mi cabello, y sabía cómo se sentía mi madre aquel día lejano en la librería Small World cuando había visto a mi padre y se había parado al sol, hermosa en la luz.

Le dejé mostrarme todo como un agente inmobiliario: el alto ventanal de la sala, los modernos cuartos de baño, la barandilla tallada de la escalera.

—Yo viví en una casa como esta cuando estaba casado —dijo, pasando la mano por la pesada barandilla de la escalera, apoyándose en la solidez de los postes.

Traté de imaginar a Ray en una vida con tres cuartos de baño, cena a las seis, un empleo, esposa, hijos. Pero no pude. De algún modo, aun cuando vivía así, iba al Trop en lugar de volver a casa, y se enamoraba de las camareras semidesnudas.

Lo seguí arriba, donde me mostró el trabajo terminado; los armarios de cedro y los marcos de las ventanas. En el dormitorio principal, oíamos el martilleo de las otras casas y el sonido de la apisonadora nivelando un terreno para una casa nueva. Ray miró a través del cristal manchado la construcción Vecina. Imaginé cómo quedaría el cuarto una vez los dueños se instalaran allí. Alfombras lila y colcha con rosas azules, cómoda blanco y oro, respaldar. Me gustaba más como estaba ahora, con la madera rosada y el suave olor crudo. Miré los marrones y verdes de su camisa Pendleton, sus manos apoyadas en el marco de la ventana mientras contemplaba el patio todavía sin plantas.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—En que no serán felices —dijo en voz baja.

—¿Quiénes?

—Los que comprenden estas casas. Estoy construyendo casas para gente que no será feliz en ellas.

Su rostro benévolo parecía muy triste.

Me acerqué a él.

—¿Por qué no?

Apoyó la frente en la ventana, que todavía tenía la etiqueta del fabricante.

—Porque siempre sale mal. No quieren herir a nadie.

Yo olía su sudor, picante y fuerte, olor de hombre, y hacía calor en el cuarto con sus ventanas nuevas, mareaba con la fragancia de la madera. Le pasé los brazos alrededor de la cintura, apreté la cara contra la áspera camisa entre sus omóplatos, algo que había querido hacer desde que me abrazara aquel primer domingo cuando no asistí a la iglesia. Cerré los ojos y olí su aroma, marihuana y sudor y madera. No se movió, pero soltó un largo suspiro.

—Eres una niña —dijo.

—Soy un pez nadando, rey —le susurré en el cuello—. Atrápame si me quieres.

Por un momento se quedó inmóvil como un sospechoso, las manos abiertas contra el marco de la ventana. Después me tomó las manos y besó las palmas y las apretó contra su cara. Y era yo la que temblaba, yo con mi margarita.

Se volvió y me abrazó. Era precisamente así como yo había querido ser abrazada: por brazos fuertes y un pecho ancho en una camisa de lana, oloroso a tabaco. Eché la cabeza atrás y fue mi primer beso. Abrí la boca para que sintiera mi sabor, mis labios, mi lengua. No podía dejar de temblar a menos que él me abrazara con mucha fuerza.

Me echó atrás, con suavidad.

—Escucha, creo que deberíamos irnos. Esto no está bien.

A mí ya no me importaba lo que estaba bien. Tenía un preservativo en el bolsillo, birlado del cajón de Carolee, y tenía al hombre que siempre había querido en un lugar donde podíamos estar solos por una vez.

Me saqué la camisa y la arrojé al suelo. Me saqué la camiseta. Me saqué el sostén y dejé que me viera, pequeña y pálida, no Starr sino yo, todo lo que yo tenía. Me saqué las botas de montaña. Desabotoné los tejanos y los dejé caer.

Ray parecía triste, como alguien que agoniza, la espalda apoyada contra la ventana.

—Nunca quise que pasara esto —dijo.

—No mientas, Ray —respondí.

Se arrodilló, sus brazos en mis caderas, besándome el vientre, los muslos, sus manos en mi trasero desnudo, los dedos en la humedad sedosa entre mis piernas, sintiendo mi sabor allí. Sentí mi olor en su boca cuando me arrodillé, pasé las manos por su cuerpo, abrí sus pantalones y lo busqué, duro, más grande de lo que había imaginado. Y pensé que no había Dios, había sólo lo que uno quería.

TODO el día en el colegio, y en las tardes sin Ray, o en la cena con Starr y los chicos, o viendo la televisión por la noche, Ray era mi único pensamiento, mi obsesión particular. Qué suave era su piel, más suave de lo que debería ser la piel de un hombre, y el grosor de sus brazos, las venas marcadas en los bíceps como raíces de árbol, y la tristeza con que me miraba cuando mis ropas caían.

Lo dibujé desnudo, mirando por la ventana después de hacer el amor, o tendido en la pila de retales de moqueta que había puesto en el rincón del dormitorio. En nuestras tardes nos tendíamos sobre esos retales, las piernas entrelazadas, lampiño sobre peludo, sus dedos cubriendo ligeramente mis pechos y jugueteando con mi pezón, endureciéndolo como la goma de un lápiz. Escondí los dibujos en la caja con los diarios de mi madre, un sitio donde Starr nunca buscaría. Debería haberlos tirado, pero no podía hacerlo.

—¿Por qué estás con Starr? —le pregunté una tarde, resiguiendo con el dedo la cicatriz blanca que tenía bajo las costillas, donde una bala vietnamita había dejado su marca.

Pasó un dedo por mis costillas poniéndome piel de gallina.

—Es la única mujer que me ha dejado ser yo mismo —dijo.

—Yo también lo haría —dije, y le pasé el dorso de las uñas por los testículos, haciéndole dar un respingo—. Es buena en la cama, ¿es eso?

—Eso es personal —dijo. Cubrió mi mano con la suya y la apretó contra su vientre. Lo sentí endurecerse—. Con una mujer nunca hablo de otra. Es de mala educación.

Pasó un dedo por mi entrepierna, en lo húmedo como seda, y después se llevó el dedo a la boca. Nunca imaginé que ser deseada sería así. Todo era posible. Me puso encima de él y lo monté como a un caballo entre las olas, mi frente contra su pecho, cabalgando a través de una lluvia de chispas. Si mi madre fuera libre, ¿él sería uno de sus amantes? ¿Y mi madre me miraría como lo hacía Starr, dándose cuenta de que yo ya no era transparente como una sobrecubierta de enciclopedia?

No. Si ella estuviera en libertad, yo no estaría aquí. Ella nunca me habría permitido tener esto. Todo lo bueno se lo reservaba para ella.

—Te amo, Ray —dije.

—Shhh —dijo, cerrándome los labios. Sus párpados se estremecieron—. No digas nada.

Así que seguí cabalgando, con la espuma del mar cubriéndome, la marea subiendo, llena de estrellas y fosforescencias, en él.

El nerviosismo de Starr se desbordaba, especialmente con los chicos. Acusaba a su hija de todo lo que quería acusarme a mí.

Carolee apenas si estaba en casa, salía en motocicleta con Derrick por las tardes, y el rumor de los motores a lo lejos era como una duda insistente. Por mi parte, cuando no estaba con Ray me quedaba en el colegio o iba a la biblioteca, o cazaba sapos con los chicos mientras el nivel invernal del Gran Tujunga descendía lentamente hasta volverse riachuelos y charcos de barro. Los sapos se parecían al barro y había que quedarse muy quieto para verlos. Mi ocupación más frecuente era sentarme en una roca al sol y pintar.

Pero un día al volver a casa encontré a Starr en la mecedora del porche, el cabello con rulos, una blusa azul atada bajo los pechos y diminutos *shorts* que le marcaban el sexo. Estaba jugando con los garitos que había tenido la gata bajo la casa ese verano, azuzándolos con las cintas que Davey había atado a un palo. Se reía y les hablaba, lo que no era propio de ella. Por lo general los llamaba ratas peludas.

—Bueno, la artista está aquí. Ven a hablar conmigo, señorita, me siento tan aburrida que me puse a charlar con los gatos.

Nunca quería hablar conmigo, y ahora había algo en su boca que parecía más lento que las palabras que pronunciaba. Me dio el palo con las cintas y sacó un Benson and Hedges. Lo encajó en los labios por el lado equivocado, y yo miré para ver si lo encendía. Se corrigió justo a tiempo.

—No sé de qué lado estoy —bromeó, y tomó un sorbo, de su taza de café.

Yo arrastré las cintas por la alfombra, atrayendo a una pequeña bola de pelo gris y blanco de debajo de la mecedora. Saltó, lanzó un zarpazo, corrió.

—Pues bien, háblame —dijo, chupando con fuerza exagerada el cigarrillo y soltando el humo en una larga bocanada. Desnudó su hermosa garganta echando atrás la cabeza, que parecía una gran flor con los rulos—. Antes hablábamos todo el tiempo. Todos están ocupados, eso es lo que tiene de malo la vida. ¿Has visto a Carolee?

Camino arriba, podíamos ver los penachos de polvo de las motocicletas elevándose en el cielo azul. Yo quería ser polvo humo, viento, sol brillando sobre el chaparral, antes que estar allí con la mujer a la que le estaba robando el hombre.

—Carolee significa problemas —dijo Starr, levantando un pie para mirarse el esmalte plateado de las uñas—. No te acerques a ella. Tendré que hablar con esa chica, detener esa espiral descendente. Necesita una dosis grande de la Palabra. —Se quitó up rulo, dirigió una mirada bizca a un rulo que le cayó sobre la frente, y empezó a sacarse los otros, apilándolos en su regazo—. Tú eres la chica buena. Estoy reconciliándome contigo. Amén. ¿Dónde está Carolee, la has visto? —volvió a preguntar.

—Creo que está con Derrick —dije, sacudiendo las cintas cerca de donde se escondía el gatito.

Ella inclinó la cabeza para sacarse los rulos de la nuca.

—De toda la basura blanca que podía elegir... La madre de ese chico es tan idiota que mete la comida comprada en el horno sin sacarla de las cajas.

Se rió y se le cayó un rulo, y el gatito que acababa de salir volvió a esconderse.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Starr estaba borracha. Había estado sobria dieciocho meses, había tenido los botones de AA en su llavero, rojo, amarillo, azul, violeta. Para ella significaba mucho. Yo nunca terminé de entenderlo. Ray bebía. Mi madre bebía. Michael bebía desde el momento en que terminaba de leer sus libros al mediodía hasta que perdía el conocimiento a la medianoche. No parecía hacerle mal a nadie. Y ahora Starr parecía más contenta. Me pregunté por qué se había esforzado tanto en ser una especie de santa, si no era realmente su naturaleza. ¿Qué ganaba con eso?

—Está loco por mí, ¿sabes? —dijo—. Ese Ray. Ahí tienes un hombre que necesita una mujer de verdad. —Se frotó los muslos dentro de sus *shorts* apretados, como si estuviera sentada sobre él en ese momento. Volvió a dar una calada bajando las pestañas postizas, recordando—. Ese hombre tenía hambre de una mujer. La vi una vez, ¿sabes? A la esposa. —Bebió de su taza de café, y esta vez pude oler el contenido—. La delicia de un marinero. Zapatos bajos, ya sabes a qué me refiero. No le daba ni esto ni aquello. Él venía al Trop y se sentaba y nos miraba a las chicas con esos ojos tristes, como un hambriento en un supermercado. —Alzó los hombros y los echó hacia delante, para ilustrarme sobre lo que miraba Ray; la cruz quedó entre sus dos senos, Jesús ahogado en carne. Se rió y echó la ceniza del cigarrillo sobre el gatito manchado—. Simplemente tenía que enamorarme de él.

Me ponía incómoda pensar en Ray en un club de *striptease*, sonriendo a las chicas de pechos enormes. Simplemente no habría sabido adónde ir. Volví a tomar el palo y sacudí las cintas, tratando de interesar al gatito para que ella no pudiera verme ruborizada.

—Debo de haber estado loca para pensar que tú y él... —dijo cogiendo la taza de café. La vació y la puso con un golpe en la mesa revestida de mosaicos—. Quiero decir, mírate, eres una niña. Ni siquiera usabas sostén hasta que te compré uno.

Se estaba convenciendo a sí misma de que no había nada entre Ray y yo, de que no podía haber nada, porque ella era una mujer y yo no era nada. Pero yo todavía sentía cómo él se arrodillaba frente a mí en ese suelo sin terminar, cómo me abrazaba por los muslos y besaba mi vientre desnudo. Podía sentir el olor de la madera, la presión de sus dedos, y los dos estallábamos en llamas como el chaparral en la época de las adelfas.

La luna llena derramaba su blanco entre las cortinas. El refrigerador zumbaba en la cocina, y alguien volvía a sacar cubitos de hielo.

—No puedo creer que vuelva a beber después de todo este tiempo —decía Carolee—. Nunca confíes en un alcohólico, Astrid. Reglas uno, dos y tres.

Carolee se sentó en la cama, se quitó el camisón, se puso la minifalda, las medias y una camisa brillante. Abrió la ventana, empujó la mosquitera y subió a la cómoda, con los zapatos de tacón alto en la mano. La oí caer en el porche.

—¿Adónde crees que vas, señorita? —dijo la voz de Starr desde la oscuridad.

—Desde cuándo te importa —fue la respuesta de Carolee.

Me acerqué a la ventana. No podía ver a Starr, sólo la cadera de Carolee enfundada en la falda blanca, las manos en la cintura, desafiante.

—A revolearte con todos los Tom, Dick y Harry que encuentres. Starr debía de haber seguido bebiendo en el porche, en la silla de lona frente a la sala.

Carolee se puso los zapatos y bajó al patio, iluminado por la luna llena, brillante como un escenario.

—Y qué si lo hago.

Me habría gustado dibujar el modo en que su cuerpo de hombros anchos proyectaba sombras. Qué valiente parecía entonces; Pero Starr no la dejaría quedarse con la última palabra.

—¿Sabes lo que se rumorea? «Llama a Carolee, que lo hace gratis». ¿Acaso no sabes que las putas cobran?

—Tú lo sabes mejor que yo.

Carolee echó a caminar hacia la carretera.

Starr cruzó mi campo de visión, tambaleándose en los escalones con un camisón corto, y abofeteó a Carolee. El sonido del golpe reverberó en la noche silenciosa, irrevocable.

Carolee golpeó a su vez. La cabeza de Starr se sacudió hacia un lado. Era horrible, pero fascinante, como una película, como si yo no las conociera. Starr la cogió por el pelo y la arrastró mientras Carolee gritaba y trataba de pegarle, pero no podía enderezarse lo suficiente para alcanzarla. Así que se quitó un zapato y la golpeó con él hasta que Starr la soltó.

Vi a Ray bajando los escalones, vestido sólo con unos tejanos. Sabía que no tenía nada debajo, ese cuerpo que yo amaba tanto.

Carolee cogió a Starr por la pechera del camisón y la empujó haciéndola caer. Quedó encima de Starr, quien al mirar arriba veía las piernas de Carolee en sus medias de nailon, sus zapatos de tacón alto. ¿Hasta dónde podía empeorar esto? ¿Una hija podía patear a su madre en la cara? Vi que quería hacerlo.

Por fortuna Ray se interpuso entre ellas y ayudó a Starr a ponerse de pie.

—Volvamos a la cama, nena.

—¡Inmunda borracha! —gritó Carolee detrás de ellos—. ¡Te odio!

—Piérdete —dijo Starr, tambaleándose del brazo de Ray—. Largo. Quién te necesita.

—No lo dices en serio —dijo Ray—. Ahora vamos a dormir y mañana hablaremos, ¿de acuerdo?

—Me marcho —dijo Carolee.

—Si te vas, no vuelvas nunca, señorita.

—¿Y quién coño querría volver? —dijo Carolee.

Volvió a nuestro cuarto, y abrió cajones, tirando ropa sobre la cama, y después metió todo lo que pudo en una maleta floreada.

—Adiós, Astrid. Ha sido un placer.

Davey y los chicos estaban en el pasillo, asustados, los ojos entrecerrados por el sueño.

—No te vayas —dijo Davey.

—No puedo quedarme. No en este manicomio.

Carolee les dio un rápido abrazo al pasar y salió, entrechocándose con la maleta. Pasó frente a Ray y Starr sin volver la cabeza. Cruzó el patio con sus tacones altos y enfiló la carretera haciéndose más y más pequeña.

La miré largo rato, memorizando sus hombros, su paso de piernas largas. Así era como se iban las chicas. Hacían la maleta y se iban caminando con sus tacones altos. Simulaban no estar llorando, que no era el peor día de sus vidas, que no querían que sus madres fueran corriendo tras ellas, pidiendo perdón, que no se habrían arrodillado y agradecido a Dios si hubieran podido quedarse.

Con la partida de Carolee, Starr perdió algo esencial, algo que necesitaba, como un giroscopio que impedía que el avión se diera la vuelta, o una válvula de profundidad que indicara si uno se estaba hundiendo o emergiendo. De pronto podía querer ir a bailar, o quedarse en casa y beber y quejarse, o ponerse dulce y melosa y querer ser una familia y jugar a juegos y cocinar bollos que se quemaban, y uno nunca sabía qué personaje sería a continuación. Peter no comió el revuelto que ella había hecho una noche, y ella cogió el plato y lo volcó sobre la cabeza del niño. Y yo supe que era por mi desafío, por mi pecado. Yo lo comí todo, sin rechistar.

No debí haberme liado con Ray. Le estropeé los planes a Starr. Fui la serpiente en el jardín.

Pero saberlo no me hizo detenerme. Yo tenía el virus. Ray y yo hacíamos el amor en las casas nuevas, en su taller detrás del garaje, a veces hasta en el lecho seco del río entre las rocas. Tratábamos de no estar en el mismo cuarto al mismo tiempo cuando Starr estaba en casa, porque entre nosotros el ambiente se encendía.

Un día Starr estaba gritando a los chicos a causa del desorden en la sala, los lagartos de plástico y los Legos y una maqueta en la que estaba trabajando Davey. Era un modelo minuciosamente correcto de las Vasquez Rocks y los fósiles que había encontrado allí en una excursión con su clase, conchas turritella y trilobites de la era cámbrica. Starr lanzó al aire juguetes y rompecabezas y después marchó sobre Davey, y aplastó la maqueta con dos pisotones.

—¡Te dije que limpiaras toda esta mierda!

Los otros chicos salieron corriendo, pero Davey se arrodilló frente a su trabajo arruinado, tocando las conchas aplastadas. Alzó la vista, y yo no tuve que ver sus ojos tras las gafas para saber que estaba llorando.

—¡Te odio! —gritó—. ¡Lo arruinas todo! No puedes comprender siquiera...

Starr lo cogió de un brazo y empezó a pegarle, al tiempo que gritaba:

—¿Quién te crees que soy? ¡No me hables así! ¡Soy tu madre! ¡Soy una persona! ¡No puedo hacerlo todo sola! ¡Pido un poco de respeto!

Empezó como una reprimenda, pero terminó en apaleamiento. Los más pequeños habían huido, pero yo no pude. Yo era la causa de todo.

—Starr —dije, tratando de separarlos—. No.

—¡Tú cállate! —chilló, y me empujó. Tenía el pelo caído sobre la cara, el gesto desencajado—. Tú no tienes nada que decir, ¿me oyes?

Al fin se dejó caer, llorando, con la cara entre las manos. Davey estaba sentado sobre las ruinas de su maqueta, y vi las lágrimas que le corrían por la cara. Me arrodillé a su lado para ver si algo podía salvarse.

Starr cogió la botella de Jim Beam que había empezado a guardar en el armario junto a los cereales del desayuno, y se sirvió un vaso con hielo. Ahora bebía abiertamente.

—No puedes hablarle así a la gente —dijo, secándose los ojos y la boca—. Mierdita.

El brazo de Davey colgaba en un ángulo raro.

—¿Te duele el brazo? —le pregunté en voz baja.

Asintió, pero no quiso mirarme. ¿Él sabía algo? ¿Adivinaba lo que ocurría?

Starr se había sentado en una silla de la cocina, exhausta después del ejercicio. Sombría, sacó un cigarrillo del paquete dorado y lo encendió.

—Creo que se me ha dislocado —dijo Davey.

—Lloros, lloros y lloros. ¿Por qué no te vas a un rincón a lloriquear?

Llené una bolsa de hielo y la puse contra el hombro de Davey. Se veía mal. Tenía la boca torcida por el dolor. Pero no lloró.

—Tiene que ir al hospital —dije, cautelosa, tratando de no sonar acusadora.

—Yo no puedo llevarlo. Llévalo tú.

Buscó en el bolso las llaves y me las arrojó. Había olvidado que yo sólo tenía catorce años.

—Llama a Tío Ray.

—No.

—¿Mamá? —Ahora Davey estaba sollozando—. Ayúdame.

Ella lo miró, y sólo entonces vio el ángulo de su brazo, el modo en que él se sostenía el codo.

—Oh, cielos. —Corrió hacia Davey, golpeándose la pantorrilla contra la mesa, se arrodilló junto a su hijo y le cogió el brazo—. Oh, Dios mío, lo siento. Mami lo siente, cariño.

Cuanto más lo pensaba, más se preocupaba, trataba de echarse el cabello atrás con manos torpes, hacía gestos bruscos sin sentido. Él apartó la vista.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, pero bajos, cerca del vientre, y se dejó caer al suelo junto al sofá, acunándose a sí misma, golpeándose la frente con el puño.

—¿Qué hago, Señor, qué hago?

—Llamaré a Tío Ray —dije.



Davey sabía el número. Media hora después llegó con la boca apretada en una línea delgada.

—No fue a propósito —le explicó Starr, las manos delante de ella como una cantante de ópera—. Fue un accidente. Tienes que creerme.

Nadie dijo nada. Dejamos a Starr deshecha en sollozos monótonos, y llevamos a Davey al hospital, donde le recolocaron el hombro en su lugar y lo enyesaron. Inventamos una historia de que estábamos jugando en el río. «Saltó de una roca y se cayó». Hasta a mí me sonaba estúpido, pero Davey nos hizo prometer que no mencionaríamos a su madre. Todavía la quería, a pesar de todo.

Pascua. Una prístina mañana en la que podía verse cada matorral y roca de la montaña. El aire lastimaba de tan claro. Starr estaba en la cocina preparando una pierna de cordero, insertando clavo de olor en los agujeros que había hecho. Llevaba dos semanas sobria, a razón de una reunión de AA por día. Todos estábamos haciendo un esfuerzo. El cabestrillo de Davey era un constante recuerdo de lo mal que podían ponerse las cosas.

Starr metió la pierna de cordero en el horno y todos fuimos a la iglesia, hasta Tío Ray, aunque se quedó en el coche un minuto más para fumar una pipa de hierba antes de entrar: pude olerlo cuando pasó a mi lado para ocupar su asiento entre Owen y Starr. Los ojos de ella le rogaban al reverendo Thomas una dosis de la Sangre. Yo traté de rezar, de volver a sentir que había algo más grande que yo, alguien que se preocupaba por lo que yo hacía, pero sólo encontré un vacío, ya no podía captar la presencia de Dios en esa iglesia ni en lo que quedaba de mi alma. Starr miraba anhelante el lánguido Jesús de la cruz de madera de peral, mientras Tío Ray se limpiaba las uñas con su navaja suiza y yo esperaba que empezaran los cánticos.

Después nos detuvimos en una gasolinera y Tío Ray le compró un lirio de Pascua, la promesa de una vida nueva.

En casa, el aire olía a carne asada. Starr sirvió el almuerzo, maíz con crema, piña de lata, rollitos. Ray y yo no podíamos mirarnos, o todo empezaría de nuevo. Mirábamos a los niños, jugueteábamos con la comida, felicitábamos a Starr. Ray dijo que el reverendo Thomas no estaba tan mal. Teníamos que posar los ojos en cualquier parte salvo en la cara del otro. Yo estudiaba el pequeño plato de helado de menta con cerezas, y el lirio de Pascua en el centro de la mesa en su tiesto envuelto en papel plateado. No habíamos estado juntos desde que llevamos a Davey al hospital. No habíamos hablado sobre el tema, sobre lo lejos que había ido.

Toda la tarde miramos programas televisivos de Pascua. Evangelistas de piel rosa y coros en túnicas de satén. Congregaciones del tamaño de conciertos de *rock*. Manos que se agitaban en el aire como girasoles. Se ha levantado Cristo nuestro Señor. Deseé volverá creer en Él.

—Deberíamos estar allí —dijo Starr—. El año que viene iremos a la Catedral de Cristal, Ray.

—Seguro —dijo Ray.

Se había cambiado sus ropas de iglesia por sus habituales camiseta y tejanos.

Jugamos a damas chinas con los chicos y evitamos las miradas del otro. Pero era difícil estar en el mismo cuarto sin tocarse, especialmente con Starr sentada junto a él, una mano en su muslo. No podía soportarlo. Después de que Davey ganase, salí y caminé hasta el lecho del río. Todo lo que veía era la mano de ella sobre la pierna de él.

Yo era mala, había hecho cosas malas, había lastimado a personas, y lo peor era que no quería detenerme.

Sombras azules trepaban por las laderas redondeadas de la montaña, como manos modelando la forma de los muslos. Vi un lagarto subido a una roca creyendo que era invisible. Le arrojé una piedra, lo vi saltar a ocultarse en el chaparral. Arranque una hoja de laurel y la acerqué a mi nariz, esperando que me aclarara la cabeza.

Antes de verlo lo oí, el aroma de la hierba esparciéndose en el aire del crepúsculo. Estaba en el patio, la luz del sol dándole en la cara y calentándolo como una piedra. Verlo me cerró la garganta. Ahora sabía que lo había estado esperando. Trepé a una roca para que pudiera verme, del lado que no se veía desde la casa, y descendí a un lecho de arena entre las rocas.

Un minuto más tarde lo oí acercarse por el lecho del río, ya seco aunque apenas si era abril. Sabía que Davey mañana podría leer todo esto en las huellas, pero en el momento en que toqué a Roy supe que nunca podríamos estar separados, por mucho que lo quisiéramos, por mucho que nos doliera. Sus labios en mi cuello, sus manos bajo mi camisa, quitándome la ropa. Mis muslos necesitaban el contacto desnudo de los suyos, nos pegábamos como imanes, tumbados en la arena. No me preocupé por los escorpiones o las serpientes lomo de diamante. No me preocupé por las rocas o por quién pudiera vernos.

—Nena, qué me estás haciendo —susurró contra mi cabello.

La última vez que había escuchado a dos adultos pelear fue la noche en que mi madre le clavó el cuchillo a Barry en la mano. Golpes, cosas rotas. Me cubrí la cabeza con la almohada, pero aun así podía oír cada una de sus palabras a través de las paredes delgadas, los gemidos ebrios de Starr, los murmullos de Ray.

—Ames de que empezaras a acostarte con esa perrita siempre podías. Admítelo, bastardo, te has estado acostando con ella.

Yo me encogía dentro del saco de dormir, sudando, simulando no ser yo, ser otra chica, sólo una niña, no tenía nada que ver con eso.

—¿Acostarte con una menor puesta a mi cargo? Dios, debí haberme librado de ti cuando pude.

Me imaginaba a Ray sentado en el borde de la cama, la espalda vencida, las manos colgando entre los muslos, dejando que se agotara por si sola, protegiéndose de sus golpes de borracha, deseando que se durmiera. Podía oír su voz, todavía tranquilizadora, razonable.

—Starr, estás llena de mierda.

—Perverso. ¿Te gusta acostarte con niños? ¿Qué viene después? ¿Perros? ¿De veras te gusta ese pequeño esqueleto, después de acostarte conmigo? ¿Esa mocosa sin tetas?

La vergüenza, sabiendo que los niños escuchaban, ahora lo sabían todo.

—¿La tiene más estrecha que yo? ¿Te la chupa mejor que yo? ¿Se deja por atrás? No, de veras, quiero saber qué hacen esas niñitas.

¿Cuánto creía que iba a poder soportarlo? Deseé no haber venido nunca aquí, deseé no haber nacido. Pero una parte de mí estaba orgullosa, y hasta excitada, de que Ray no pudiera lograr una erección con Starr. No podía follársela, por grandes que fueran sus tetas, por más que ella se dejara por atrás. Era a mí a quien él quería.

—Te acuestas con la menor a mi cargo. Voy a partirle la cara.

Oí más cosas rotas, más gritos, y de pronto la puerta de mi cuarto se abrió: Starr, con su *negligée* rosa Victoria's Secret enroscada en el cuerpo, sus enormes tetas a la vista, y la 38 en la mano. Esa visión me volvería en sueños durante años. Disparó sin apuntar, con un brazo extendido. Rodé en el suelo y el cuarto se llenó de olor a pólvora y añicos. Traté de meterme bajo la cama.

—Estás loca.

Ray y Starr luchaban. Me desplazé adonde pudiera verlos. Él le retorció el brazo a la espalda y le quitó el arma. Estaba desnudo, y la sostenía desde atrás, de modo que su sexo se apretaba contra las nalgas de ella, las tetas apuntaban al techo, temblando como pequeños animales asustados mientras él la hacía retroceder hacia la puerta.

—A la mierda contigo, Ray, a la mierda.

—Si me acompañas —dijo mientras la arrastraba fuera.

Quizá seguirían la disputa y se olvidarían de mí. Había un orificio de bala en la puerta del armario. Empecé a vestirme. No me quedaría un minuto más, con esa loca borracha y la casa llena de armas. Llamaría a mi asistente social esta misma noche. Le haría saber a Ray dónde estaba, pero no pocha seguir aquí.

Después oí una lucha en su cuarto, y Starr volvió, para dispararme mientras yo trataba de vestirme. Sentí un dolor en el hombro y me corrió un fuego por las costillas. Fui tambaleándome hacia la cómoda, para subirme y escapar por la ventana, pero entonces volvió a disparar, y mi cadera explotó. Caí al suelo. Podía ver sus pies con las tiñas pintadas de coral.

—Te dije que lo dejaras en paz.

El techo, no había aire, el olor metálico de la pólvora y de mi propia sangre.

Luz en los ojos. Manos moviéndome. Alguien gritaba. Dios... Uniformes, preguntas. Un hombre de barba, una mujer, la camisa mal abotonada. Una linterna iluminándome los ojos.

—¿Dónde está Ray? —pregunté, apartando, la cabeza de la luz.

—¿Astrid? —Davey, la luz reflejándose en las gafas. Me abrazaban, Vuelve en sí. Otra cara. Rubia, de muñeca. Pestañas postizas. Camisa negra. *Sóitutzstaffel*.

—Astrid ¿quién te hizo esto? ¿Quién te disparó? Sólo dinos quién.

Davey se ajustó las gafas en la nariz. Me miraba a los ojos. Meneó la cabeza imperceptiblemente, pero yo lo vi.

En el umbral, los dos niños abrazados. Chaquetas sobre sus pijamas. Owen con su jirafa de peluche, la cabeza ladeada. Peter con un frasco de lagartos. Los niños a cargo. Ellos sabían qué venía después.

—Astrid, qué ha pasado. ¿Quién te hizo esto?

Cerré los ojos. Por dónde podía empezar a responder esa pregunta.

Un barbudo me pinchó el brazo con una aguja.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Davey.

—Muy bien, hijo. Sin ti, se habría desangrado.

Manos debajo de mi Tormentas de dolor cuando me ponían sobre una camilla. Gritos. Fuego. Fuego. El barbudo sostenía el frasco de suero.

—Eso es todo —dijo—. Relájate.

Miré a los ojos a Davey, sin saber quién de los dos se sentía peor. No me soltaba la mano, y yo apretaba la suya, lo más fuerte que podía aunque los calmantes me estaban adormeciendo.

—Mis cosas.

—Después las llevaremos.

El asistente social. Ni siquiera había podido abotonarse bien la camisa.

Davey empezó a reunir cosas, los libros de mi madre, mi bloc de dibujos, algunas pinturas, el póster de animales. Pero Ray...

—Davey, mi caja.

El rostro de Davey se ensombreció. Había leído las huellas. Mi cerebro se disolvía en azules verdosos y amarillos, un chisporroteo de jarrón de Tiffany.

—Por favor —susurré.

—Vamos, cariño. Tienes que venir con nosotros.

Davey cogió la caja de madera, su rostro desencajado como cuando se había dislocado el hombro. Me acompañó mientras me llevaban a la ambulancia, esquivando a la mujer muñeca de camisa negra que trataba de apartarlo. Allá arriba, la luna brillaba como un collar. El barbudo me hablaba mientras me subían a la ambulancia.

—Relájate, tienes que relajarte. Llevamos todas tus cosas.

Después las puertas se cerraron y Davey desapareció; la noche se lo tragó, se los tragó a todos.

SUS DEDOS se movían entre lapas y ostras, azul negras, de bordes afilados. Estrellas de neón rojo se posaban flácidas en las rocas, rodeadas por ramos de anémonas ponzoñosas y brotes violeta de erizos. Sus dedos tocaban las púas de un erizo y veía moverse las inertes espinas vegetales, animarse y buscar a mi madre, responderle. Ella quería que yo los tocara también, pero yo tenía miedo. Me sorprendía ver la carne blanca y las espinas violetas comunicarse a través de un vacío no menos enorme que el espacio profundo, un milagro en veinte centímetros de agua. Ella me tocaba así, mis mejillas, mis brazos, y yo trataba de tocarla a ella.

«*El cielo es azul*». Estábamos en la Isla de las Mujeres. Yo era una niña con un vestido azul desteñido, bronceada, descalza, el cabello blanco como la seda del diente de león. Las calles eran de gravilla y hacíamos cola en el puesto de tortillas todas las mañanas, con las mujeres mexicanas. «¿*Cuál es su nombre? Su hija es muy guapa*», decían. Y me tocaban el cabello. La piel de mi madre se pelaba como pintura vieja. Sus ojos más azules que el cielo, «*azul claro*<sup>[2]</sup>».

En un gran hotel rosa y anaranjado, un hombre de bigotes negros olía a flores aplastadas. Había taxis y música, y mi madre salía con vestidos bordados que le resbalaban por los hombros. Pero después él se fue, y fuimos a la Isla de las Mujeres.

Mi madre esperaba algo allí, yo no sabía qué. Comprábamos nuestras tortillas todos los días, volvíamos caminando a la pequeña choza blanqueada, pasábamos frente a casitas con ventanas enrejadas y puertas abiertas. Dentro había cuadros en las paredes, abuelas con abanicos, a veces había libros. Comíamos camarones con ajo en restaurantes de la playa. Unos pescadores cazaron un pez martillo y lo arrastraron hasta la arena. Doblaba en tamaño a los pequeños botes de los pescadores, y todos fueron a verlo, a posar junto a su cabeza monstruosa, tan ancha como yo era alta. Batallones de dientes asomaban de su sonrisa sin alegría. Me dio miedo cuando mi madre me dejó en la playa para nadar en el mar sereno. ¿Qué pasaría si venía un tiburón y el agua se volvía roja y aparecían los huesos?

Cada vez que me despertaba, había Demerol. Médicos con mascarillas, enfermeras de manos suaves. Flores. Sus sonrisas como néctar. Había frascos de suero y otros chicos, vendas y Tom y Jerry en el televisor, globos y extraños. «Sólo dinos lo que pasó».

*Schutzstaffel*. Policía de paisano. Cómo podía empezar a describir a Starr, con su camión retorcido alrededor del cuerpo, vaciando una 33 en mi cuarto. Prefería pensar en México. En México las caras eran bronceadas y suaves como jabón. Esos zumbidos en mi cuarto eran sólo los mosquitos en nuestra choza en la Isla de las Mujeres.

Una noche de luna llena, algo la impulsó y nos marchamos sólo con nuestros pasaportes y el dinero en un cinturón bajo su vestido. Yo vomité en el *ferry*. Dormimos en una lejana playa al sur. Al día siguiente ella bailó con un joven, Eduardo, en la azotea, el hotel era de él, todas las ventanas estaban abiertas y yo podía ver el arrecife, el mar como una lente. El último piso no estaba terminado, había hamacas bajo un techo de palmas, y podíamos quedarnos tanto como quisiéramos. Éramos felices en Playa del Carmen, paseando por la ciudad con Eduardo en su *Volare* negro, sintiéndonos muy ricas, «¡qué rico!», aunque la ciudad tenía sólo dos calles pavimentadas y un puesto de helados Michoacán. Cuadros pintados de volcanes cubiertos de nieve. El barco de turistas atracaba en Playa del Carmen dos veces por semana, un barco de cinco cubiertas, como un pastel de bodas flotante. Mi madre leía el tarot en el bar perfumado con olor a grasa, *pollo* asado y *carnitas*. Yo miraba al hombre que cortaba finas lonchas de carne con un machete. Comíamos bien allí.

Por la noche Eduardo tocaba la guitarra y cantaba canciones gitanas con los huéspedes de su hotel, mientras yo me balanceaba en mi hamaca como un murciélago con sus alas plegadas. De noche todo se llenaba de murciélagos. Por la fruta, decía mi madre, mangos y plátanos y papayas. El cuerpo se me cubrió de ronchas. El médico de una clínica me dio un medicamento. «¿Nunca nos vamos a ir a casa?, —le pregunté a mi madre—. No tenemos casa —me dijo—. Yo soy tu casa».

Qué hermosa estaba descalza en bañador y una toalla enrollada en las caderas. Mi madre me quería. Aun ahora, puedo sentirme balanceándome en esa hamaca mientras Eduardo y mi madre bailaban. Tú eres mi casa.

Pero el clima cambió. Eduardo cerró el hotel hasta la próxima temporada y volvió a Ciudad de México donde vivían sus padres. Dijo que podíamos quedarnos si queríamos. Era triste y daba miedo. Cerramos los postigos y el viento empezó a soplar, el mar antes suave se alzó y llegó hasta las enredaderas. Ahora no había turistas. Comíamos comida enlatada, frijoles refritos, leche en polvo. Había gatos en el hotel, flacos, salvajes, o abandonados después de la temporada. Mi madre los dejó entrar a todos y el cielo era un moretón amarillento.

Vino la lluvia, sangrando a través de los postigos y bajo las puertas. Los gatos se escondían en las sombras. Ocasionalmente sentíamos el roce de sus cuerpos o colas cuando nos sentábamos a la mesa, mi madre escribiendo a la luz de una lámpara de queroseno. Los gatos tenían hambre pero mi madre ignoraba sus maullidos cuando comíamos.

Al final, cerró el hotel y unos estudiantes nos llevaron a Progreso, en el Golfo. El barco de Texas olía a pescado. El capitán me dio una píldora, y desperté en la litera de alguien en Galveston.

—La atrapamos —dijo el policía de paisano con sus calcetines blancos—. La atrapamos tratando de ver al chico. Dijo que visitaba a una hermana. Tú sabes muy bien que fue ella la que te disparó.

¿Por qué inventar esa historia sobre ladrones? Ella ni siquiera es tu madre.

Si yo fuera Starr, quizá me habría disparado a mí, también. Quizá habría pintado los picaportes con adelfa, como mi madre, si Ray hubiera dicho que no me quería más. Me era difícil centrarme. Starr en su camión, mi madre en su vestido azul. Barry poniéndome una tela mojada en la frente. ¿Por qué todo parecía lo mismo, por qué se mezclaban como lápices de cera olvidados en un coche un día de verano? El único que permanecía distinto era Davey. Este policía me estaba provocando dolor de cabeza y necesitaba más Demerol.

Llegaron cartas de mi madre. Una chica de mi edad, una voluntaria del hospital, con cabello castaño esponjado y sombra de párpados verde trató de leérmelas, pero era demasiado surrealista, las palabras de mi madre en su voz aguda de ignorante, así que la hice callar.

Querida Astrid:

Dicen que no saben si vivirás hasta mañana. Recorro los tres pasos de la celda, ida y vuelta, toda la noche. Vino un capellán y le dije que le arrancaría el hígado si volvía a molestarme. Te quiero tanto, Astrid... No puedo soportarlo. No hay nadie más en el mundo fuera de tú y yo, ¿no lo sabes? Por favor, no me dejes sola aquí. Por todos los poderes de la luz y la sombra, por favor, por favor, no me dejes.

Leí ese párrafo una y otra vez, saboreando cada palabra, como Starr leía su Biblia. Me dejé llevar por el sueño oyéndolo en mi cabeza. Tú eras mi casa, madre. Yo no tenía otra casa que tú.

La *Novena* de Beethoven, el *Himno a la Alegría*, versión Solti, Sinfónica de Chicago. ¡Y pensar que casi te perdí! Vivo para ti, el pensamiento de que estás viva me da fuerzas para seguir. Ojalá pudiera abrazarte ahora, quiero tocarte, tenerte en brazos, sentir tus latidos. Estoy escribiendo un poema para ti, al que he titulado «Para Astrid, que vivirá para siempre».

Las noticias corren rápido en la cárcel, y mujeres con las que nunca hablé vienen a preguntar por ti. Me siento hermanada con una de días. Podría arrodillarme y besar la tierra de gratitud. Pediré una visita compasiva, pero no roe hago ilusiones sobre la medida de la compasión aquí.

¿Qué puedo decir sobre la vida? ¿La elogio por dejarte vivir o la maldigo por permitir todo lo demás? ¿Has oído hablar del síndrome de Estocolmo? Los rehenes se pasan al bando de sus captores, en su gratitud por no haber sido asesinados sin más. No le demos las gracias a ningún Dios hipotético. Tú descansa y reúne fuerzas para la nueva

campana. Aunque ya sé, son golosinas y calmantes, y quizá un goteo de morfina si te has portado bien.

Sé fuerte.

MADRE

Y nunca dijo: «Ya te lo había dicho».

Vino un mago a distraernos, y me hipnotizaron sus manos hermosas, sus gestos fluidos y precisos. No podía dejar de mirarle las manos. Eran mejores que cualquiera de sus trucos. Sacó un ramo de flores de papel del aire, y me lo dio con una reverencia, y yo pensé que el amor era eso, algo sacado del aire, algo brillante e improbable. Como Ray, moldeándome en sus dedos como cera blanda.

Trataba de no pensar en él, en lo que lo había hecho huir cuando yo yacía ensangrentada en el suelo de mi dormitorio, herida por su amante. Sabía por qué no estaba allí cuando llegó la policía. Lo mismo sentía yo cuando pensaba en Davey, que le había arruinado la vida. Ray no podía hacerle frente a eso. No había querido que pasara lo nuestro, era yo la que lo había creado, sacándolo de la nada y de mi propio deseo. Era como si Ray supiera que sucedería desde la primera vez que nos tocamos. Cada vez que me miraba sus ojos me rogaban que lo dejara en paz. Deseé poder verlo, una única vez, y decirle que no lo culpaba.

A veces me despenaba segura de que vendría, disfrazado, y estaríamos juntos otra vez. Veía pasar a un interno desconocido, un enfermero que no conocía, un visitante buscando la cama del pabellón de niños, y estaba segura de que sería él. No los culpaba, a ninguno de ellos. Debía haber sabido que podía suceder. Después de mi madre y Barry, ¿cómo podía no saberlo?

El único inocente era Davey. Al principio me pregunté por qué Starr lo había dejado. Probablemente pensó que podría escapar más fácil sin él. Quizá estaba tan loca que lo olvidó completamente. Pero ahora supe que era Davey. Él se había negado a irse y dejarme desangrar en el suelo del cuarto. Se había negado a irse. Había renunciado a su madre para mantenerme con vida hasta que llegara la ambulancia. Conociendo a Davey, tenía que haber sido así. Y experimenté nuevas oleadas de vergüenza y remordimiento. Cuando él me vio por primera vez aquel primer día, cuando los niños estaban sentados en el porche, no sabía que yo era la que venía a arruinar su vida, igual que Starr había aplastado su maqueta en la sala. Yo lo pisé a él en mi carrera hacia Ray.

Mi madre me mandó su poema «Para Astrid, que vivirá para siempre». Algunos versos me quedaron en la cabeza:

Después de todos los temores y advertencias después de todos  
los errores de una mujer son diferentes de los de una niña están  
escritos a fuego en la piedra son un rasgo y no un error...



Era peor que un «Ya te lo dije». Me negaba a creerlo. Yo era una niña de apenas catorce años. Podría salvarme todavía, ¿no? Redimirme. Podía vivir una vida diferente, en adelante no pecaría más. Puse mala cara cuando el fisioterapeuta empezó a coquetear conmigo, un joven delgado, amable, apuesto. Me llevaba la mitad de un día recorrer ida y vuelta el pasillo. Me pasaron del Demerol al oxicodona Oral.

Si hubiera tenido algún lugar adonde ir, podrían haberme dejado salir al cabo de dos semanas, pero tal como estaban las cosas, me recuperé a costa del condado hasta que pude caminar con un bastón y me quitaron los vendajes. Entonces me dieron una nueva ubicación, me mandaron a ella con una receta por treinta días de oxicodona y las cartas y libros de mi madre o la caja de madera, y un póster de excrementos de animales hecho por un chico perdido.

EL AIRE en Van Nuys era más espeso que en Sunland-Tujunga. Era un reino de centros comerciales y avenidas de cuatrocientos metros de ancho, barrios de setos empequeñecidos por los grandes pimenteros y gomeros de veinte metros de alto. Parecía prometedor, hasta que vi una casa calle abajo, y rogué, por favor, Jesús, que no sea la casa turquesa con el patio asfaltado detrás de la verja de cadena.

El asistente social aparcó frente a ella. Miré. Era del color de una laguna tropical en una postal de treinta años atrás, una pesadilla de la sífilis de Gauguin. Era el hueco en la serie de árboles caducos que protegían a las demás casas de la manzana, desafiante en su desnudez.

La puerta de cristal también era turquesa, y la madre de acogida era una mujer rubia ancha y de cara dura que sostenía un bebé atontado contra la cadera. Un niño me sacó la lengua desde atrás de su madre. Ella miró mi bastón metálico del hospital y entrecerró sus pequeños ojos:

—No me dijo que era una lisiada.

El asistente social encogió sus estrechos hombros. Me alegró estar bien cargada de oxicodona, o podría haber llorado.

Marvel Turlock nos hizo pasar a su salón dominado por un televisor del tamaño de Arizona, donde una locutora amonestaba a un hombretón barbado con tatuaje, y recorrimos un largo pasillo hasta mi nuevo cuarto, un lavadero remodelado con cortinas rayadas verdes y un cobertor sobre una cama estrecha. El niño se aferraba a la camisa demasiado grande de la madre y lloraba, como música tocada en un serrucho.

De vuelta en el salón del televisor, el asistente social extendió los papeles en una mesita de café, dispuesto a desnudar los detalles de mi vida ante esta mujer de rostro duro, que me dijo que sacara a Justin a jugar al patio trasero con una voz acostumbrada a dar órdenes a las chicas.

El patio asfaltado estaba pesado de calor y había tantos juguetes tirados como para todo un curso de preescolar. Vi un gato que enterraba algo en su cama de arena y después corría. No hice nada al respecto. Justin rugía alrededor en su triciclo, chocando con la casita de juegos cada vuelta o dos. Esperé que decidiera hacer unos pasteles de barro. Mmm.

Al cabo de un rato, salió el bebé, una niña rubia con grandes ojos celestes transparentes. No sabía cuánto le temía yo al color turquesa, tanto que quería vomitar pensando en su madre leyendo mi legajo. Deseé haber podido quedarme en el hospital, con un tratamiento a base de Demerol. El bebé fue directo a la cama del gato. Yo no quería preocuparme, pero me descubrí yendo allí, recogiendo los excrementos del gato con una pala, y tirándolos al otro lado de la cerca.

Ed y Marvel Turlock fueron mi primera verdadera familia. Comíamos pollo con las manos y luego nos chupábamos los dedos, como si los tenedores todavía no se hubieran inventado. Ed era alto y rubicundo, callado, con un cabello castaño claro que ya empezaba a caérsele. Trabajaba en el departamento de pintura municipal. No me sorprendió enterarme de que conseguía la pintura turquesa a precio de coste. Veíamos la televisión durante todas las comidas y todos hablaban y nadie escuchaba, y yo pensaba en Ray, en Starr y la última vez que vi a Davey. Rocas y paloverde, halcones de cuello rojo. La belleza de las piedras, el río desbordado, el silencio. Mi nostalgia recorrida por una ardiente sensación de vergüenza. Catorce años, y ya había destruido algo que nunca podría reparar. Me merecía esto.

Terminé el noveno curso en el instituto Madison, renqueando de dase en ciase con mi bastón. Mi cadera fracturada se iba curando, pero fue lo más lento en recuperarse. El hombro ya funcionaba y hasta la herida en el pecho que me había roto una costilla había dejado de escocerme cada vez que me enderezaba o inclinaba. Pero la cadera fue lenta. Siempre llegaba tarde a clase. Mis días pasaban en una niebla de oxicodona. Timbres y escritorios, y arrastrarme a la clase siguiente. De la boca de los maestros salían mariposas, demasiado rápidas para capturarlas. Me gustaban los colores variables de los grupos en el patio, pero no podía distinguir a un alumno de otro. Eran demasiado jóvenes e intactos, seguros de sí mismos. Para ellos, el dolor era un país del que habían oído hablar, y quizá habían visto en un programa de televisión, pero que todavía no había puesto su sello en sus pasaportes. ¿Dónde podía encontrar un sitio en que mi mundo se conectara con el de ellos?

Mis funciones en la casa turquesa no tardaron en serme reveladas: niñera, lavavajillas, lavandera, peluquera. Esto último era lo que más temía. Marvel se sentaba en el cuarto de baño como un sapo bajo una roca, y me llamaba exactamente como Justin la llamaba a ella, incansablemente. Yo trataba de escapar pensando en orquestas de gamelán, criaturas en charcos creados por la marea, hasta en la forma de las cortinas, en sus rayas verdes, observando cómo las rayas creaban la cortina por el modo en que se continuaban o quebraban. Creía encontrar un significado en eso, pero ella seguía llamando.

—¡Astrid! Maldita sea, ¿dónde está esa chica?

No valía la pena simular, porque seguiría llamando hasta que yo acudiese, exagerando mi cojera como una criada en una película de horror.

Cuando llegaba, ella tenía la cara enrojecida, las manos en los anchos muslos.

—¿Dónde demonios estabas?

Yo nunca contestaba, me limitaba a abrir los grifos y probar la temperatura del agua.

—No demasiado caliente —me recordaba—. Tengo el cuero cabelludo sensible.

Me aseguraba de que estuviese un poco fría, porque el oxicodona que tomaba todo el tiempo me hacía difícil percibir la temperatura. Ella ponía la cabeza bajo el chorro y yo le lavaba el pelo, duro de suciedad y fijador. Sus raíces necesitaban color.

Prefería un matiz rubio que en la etiqueta del fiasco parecía de un suave dorado, pero en ella se parecía más al amarillo.

Le ponía un acondicionador que olía a grasa rancia, enjuagaba, y la sentaba en la banqueta que ella había arrastrado desde la cocina. Cubría la pila con hojas de periódico y empezaba a peinarla. Era como peinar espaguetis enredados. Un buen tirón y se caería todo. Peinaba empezando por abajo e iba subiendo, pensando en cómo le cepillaba el pelo a mi madre por las noches. Era brillante como el cristal.

Marvel hablaba continuamente, sobre sus amigos, sus clientes de Mary Kay, algo que una mujer había visto en el programa de Oprah; no es que Marvel mirara a Oprah, sólo a Sally Jessy porque Oprah era una negra gorda que Marvel no habría dejado entrar en su casa ni siquiera para que fregase los suelos, aunque ganara diez millones por temporada, bla bla bla. Yo simulaba para mí misma que ella hablaba en húngaro y que yo no entendía una palabra, mientras me ponía los guantes y mezclaba los contenidos de los dos frascos. El olor a amoníaco era abrumador en el pequeño baño sin ventanas, pero Marvel no me dejaba abrir la puerta. No quería que Ed se enterara de que se teñía el pelo.

Separaba los mechones, aplicaba la tintura a las raíces, calculaba el tiempo. Si dejaba la mezcla demasiado tiempo, produciría sanguinolentas ronchas en el cuero cabelludo y todo el pelo se caería. «Eso podría ser interesante», pensaba, pero sabía que había lugares peores que la casa de los Turlock. Al menos Marvel no bebía, y Ed no era atractivo y apenas si se fijaba en mí. Aquí no había mucho daño que yo pudiera hacer.

—Esto es una buena práctica para ti —decía Marvel mientras esperábamos los últimos cinco minutos antes de aplicar color a las puntas—. Deberías estudiar para esteticista. Es un buen trabajo para una mujer.

Marvel Turlock tenía grandes planes para mí. Se preocupaba por mi futuro. Yo habría preferido beberme la tintura. Enjuagaba el pelo teñido, apoyándome en ella como en una roca. Me mostraba una página de una revista de belleza, un diagrama tan intrincado como un circuito eléctrico. Un peinado llamado Cosmopolitas Levantado en los lados, con rizos atrás y flequillo redondo, como Barbara Stanwyck en Juan Nadie. Pensé en Michael, en cómo se estremecería de horror. Él adoraba a la Stanwyck. Me pregunté cómo habría salido el drama escocés. Me preguntaba si se acordaría de mí. «No podrías imaginarte siquiera cómo están las cosas, Michael».

El pegajoso gel rosado sumaba su hedor a la atmósfera caldeada del baño mientras yo envolvía los rulos con mechones de pelo. Empezaba a sentirme débil. No bien terminaba con los rulos, le envolvía la cabeza en una toalla húmeda y al fin se me permitía abrir la puerta del baño. Sentía como si no hubiera respirado en una hora. Marvel salía rumbo a la sala. «¿Ed?», la oía llamar.

El televisor estaba encendido, pero Ed se había escapado al bar Good Knight, donde bebía cerveza y veía los partidos de pago. —Maldita sea— decía ella con amargura.

Cambiaba de canal hasta encontrar una serie sobre hermanas maduras, y se instalaba en el sillón con un bote de helado.

Querida Astrid:

No me digas cuánto odias tu nueva familia de acogida. Si no te pegan, considérate afortunada. La soledad es la condición humana. Cultívala. El modo en que cava dentro de ti le da espacio a tu alma para crecer. Nunca esperes superar la soledad. Nunca esperes encontrar gente que te comprenda, alguien que llene ese espacio. Una persona inteligente y sensible es la excepción, una grandísima excepción. Si esperas encontrar gente que te comprenda, la decepción te volverá criminal. Lo mejor que podrás hacer es comprenderte a ti misma, saber qué es lo que quieres, e impedir que el rebaño se interponga en tu camino.

MAMÁ

No se me había ocurrido pensar que lo peor todavía estaba por venir, hasta que mi receta de oxicodona caducó. Yo había cometido el error de duplicar la dosis, y ahora me sentía náufraga en una costa desolada y plagada de vidrios rotos. Pesqué un resfriado por el aire acondicionado, que funcionaba demasiado bien en mi pequeño cuarto. Sólo podía pensar en lo sola que estaba. Mi soledad tenía sabor a monedas oxidadas. Pensé en morir. Un chico en el hospital me había dicho que el mejor modo era una burbuja de aire en el flujo sanguíneo. Él tenía cáncer de huesos y había robado una hipodérmica que guardaba entre sus revistas de Archie. Decía que si las cosas se pusieran demasiado mal, se inyectaría aire y moriría en segundos. Si no fuera por las cartas de mi madre, yo habría pensado en algo. Las releía hasta que el papel quedaba blando y se rajaba en los dobleces.

Cuando no podía dormir, salía al patio, donde los grillos cantaban duetos y el asfalto estaba cálido como un animal bajo mis pies descalzos. Los parterres con grava blanca desmenuzada brillaban bajo la luna, su extensión estéril puntuada por dalias blancas de plástico clavadas en la grava a intervalos regulares. Una vez le envié a mi madre una pintura de la casa flotando en su mar de asfalto y parterres de grava, y ella me mandó un poema sobre Aquiles niño, cuya madre lo sumergió en agua negra para hacerlo inmortal. No me hizo sentir mejor.

Me sentaba a la mesa de pícnic y escuchaba la música que salta por los postigos cerrados de la casa vecina. Siempre estaban cerrados, pero un saxo de *jazz* se abría camino entre las tablillas de madera, una música personal como un contacto. Yo pasaba la yema de los dedos por la hoja oscura de la vieja navaja de mi madre, imaginando que me abría las muñecas. Si uno lo hacía en la bañera, decían, ni siquiera dolía. Yo no habría vacilado, pero estaba mi madre. La balanza estaba en un

equilibrio precario, todo el peso de un lado salvo las cartas de mi madre, livianas como un saludo nocturno, como una caricia en el pelo.

Jugaba con la navaja, abría la mano sobre la mesa de madera e iba clavando la navaja entre los dedos. Acertaba en los espacios, pero a veces no. Y me gustaba cuando me lastimaba.

Querida Astrid:

Sé lo que estás aprendiendo a soportar. No hay nada que hacer. Asegúrate de que no se desperdicie nada. Toma notas. Recuérdalo todo, cada insulto, cada lágrima. Grábalo en tu mente. En la vida, el conocimiento de los venenos es esencial. Ya te lo he dicho, nadie se vuelve artista si no tiene necesidad de hacerlo.

MAMÁ

Sin oxycodona, empecé a entender por qué las madres abandonaban a sus hijos, los dejaban en supermercados y plazas. Nunca había imaginado los gemidos, la constancia de esas pequeñas demandas, la vigilancia sin fin. Le dije a Marvel que tenía informes que escribir, y me perdí en los pasillos de la biblioteca, abriéndome camino a través de las listas de títulos que venían en las cartas de mi madre, compartiendo mesa con viejos que leían diarios y escolares que escondían tebeos dentro de sus libros de historia.

Lo leí todo: Colette, Françoise Sagan, Espía en la Casa del Amor de Anaïs Nin, Retrato del artista adolescente. Leí *La luna y seis peniques*, sobre Gauguin, y los cuentos de Chejov que me había recomendado Michael. No tenían Miller pero sí Kerouac. Leí *Lolita*, pero el protagonista no se parecía en nada a Ray. Vagaba por las estanterías pasando la mano por el lomo de los libros, me hacían pensar en invitados cultos o caprichosos en una fiesta maravillosa, susurrándose unos a otros.

Un día me fijé en un título en un estante de libros de aventuras. Llevé el volumen a la mesa, abrí sus páginas suaves y marfileñas, ignorando las miradas sombrías de las chicas en sus camisas blancas y faldas tableadas, y caí dentro como en una piscina durante una temporada seca.

El libro era *El arte de la supervivencia*.

Cada religión necesita su biblia, y yo había encontrado la mía, en el momento justo. Lo leí en dieciocho horas, y después lo releí. Aprendí a sobrevivir durante semanas en alta mar cuando mi transatlántico blanco se hundía. Hay que atrapar peces, y exprimirles los jugos para beber. Se recoge el rocío matutino de la cubierta de la balsa. Si se trata de una embarcación a vela, se exprime el agua de lluvia de las velas. Pero si las velas están sucias, indicaba el libro, o la cubierta incrustada de sal, el agua recogida sería inútil. Hay que mantener las Cubiertas limpias y las velas lavadas, estar preparado.

Contemplé mi vida y vi con toda claridad que no estaba sobreviviendo en la casa turquesa. Estaba dejando que mis velas se cargaran de sal. Tenía que dejar de jugar con la navaja y prepararme para la lluvia, para el rescate. Decidí que haría caminatas todos los días, dejaría de exagerar la cojera y abandonaría el bastón. Tenía que ponerme en forma.

De vuelta de la escuela iba en el bus, con dolor de cabeza por las agudas risas de los otros chicos, y recapitulaba los difíciles modos de sobrevivir a la catástrofe en el mar. Se hacen anzuelos con cualquier dase de metal, líneas con hebras de la ropa, cebo con trocitos de pescado o con otros pasajeros muertos, incluso un trozo de la propia carne si es necesario. Me obligué a imaginar que me perforaba el muslo con la navaja. Dolía tanto que a duras penas podía mantenerme consciente, pero sabía que tenía que terminar el trabajo, no servía de nada desmayarse, porque la herida cicatrizaría y tendría que hacerlo todo de nuevo. Así que seguía horadando hasta que tenía un gusano de carne en la mano, cubierto de sangre caliente. Lo clavaba en un anzuelo hecho con hojalata, y lo arrojaba al mar atado a una hebra de hilos de mi ropa trenzados.

Lo peor era el pánico. Si uno era presa del pánico, no podía ver las posibilidades. Después venía la desesperación. Un japonés quedó a la deriva cuatro días en un bote, hasta que sintió pánico y se ahorcó. Lo encontraron veinte minutos después. Un marinero de Soochow flotó 116 días en una balsa antes de que lo encontraran. Uno nunca sabe cuándo puede llegar el rescate.

Y si mi vida había llegado a esto (a la ignominia ya largos trayectos en bus y al hedor del aire contaminado, a tratar de que no me apalearan en el instituto Madison, al jersey de Justin y al sarpullido de Caitlin), había gente que había llegado a extremos mucho peores y aun así había sobrevivido. Lo que mataba era la desesperación. Tenía que prepararme, mantener la esperanza como la llama de la última cerilla en una larga noche ártica.

Cuando no podía esperar, me sentaba a la mesa del patio, a escuchar la música de la casa vecina e imaginarme a mi madre, despierta en su celda igual que yo. ¿La querría cerca si mi avión hubiera caído en Papúa-Nueva Guinea, o en Pará, Brasil? Avanzaríamos por un laberinto de cientos de kilómetros de selva, cubiertas de insectos como en *La reina de África*, quizá hasta atravesadas por una larga lanza nativa. Mi madre no sentiría pánico, no se arrancarían la lanza y moriría de hemorragia. Yo sabía que ella haría lo correcto, o sea dejar que los gusanos se alimenten de la herida, agranden el agujero, y entonces en cinco días o una semana, sacar la lanza.

Incluso escribiría un poema sobre el tema.

Pero también podía imaginármela cometiendo un terrible error. Imaginaba a las dos diez días en una balsa alejada de las rutas de barcos, exprimiendo jugo de pescado, recogiendo cada gota de agua de la aseada cubierta, cuando de pronto ella

decidía que el agua de mar se podía beber después de todo. La veía alejarse nadando entre los tiburones.

—Astrid, ven a ayudarme —llamaba Marvel. Salió de la cocina a los escalones traseros donde yo estaba sentada vigilando a los chicos, y vio la ilustración, cinco franceses ennegrecidos tratando de cruzar la cuenca de Qaza—. ¿Sigues leyendo ese libro? Deberías pensar en el ejército, si te gustan esas cosas. Ahí se ocupan muy bien de la gente. Ahora dejan alistar mujeres, así que podrías hacerlo. Sólo hay que trabajar duro y mantener la boca cerrada. Ven, ayúdame con las provisiones.

Fui con ella a descargar las latas de sopa y botellas de agua, el queso cortado en lonchas y los paquetes tamaño familiar de costillas de cerdo congeladas, más comida de la que yo había visto en mi vida.

El ejército, pensaba. Qué poco me conocía. Agradecía su interés, había llegado a creer que realmente quería que yo terminara en algún lugar cómodo, con un sueldo decente. Pero antes preferiría vivir sola en el desierto, como un viejo minero. Todo lo que necesitaba era una pequeña fuente de agua. De qué servía tanta soledad entre la gente. Al menos si una no tenía a nadie cerca, tenía una buena razón para estar sola.

O mejor aún, pensaba, mientras metía los botes de cacao y zumo Tang en los armarios, una choza en el bosque, nieve en invierno, montañas alrededor, excursiones. Cortaría mi propia leña, tendría perros, quizá un caballo, almacenaría comida y me quedaría años allí. Tendría una vaca, plantaría un huerto, la estación de plantar era muy breve, pero cosecharía lo suficiente para seguir adelante.

Mi madre odiaba el campo, no veía el momento de volver a la ciudad. Cuando yo la tenía a ella, la ciudad estaba bien, eran los museos con entrada gratuita los martes por la tarde, los conciertos el domingo, las lecturas de poesía, sus amigos actuando o pintando o esculpiendo sus partes pudendas en yeso. Pero ahora de qué servía. No había pisado un museo desde que la arrestaron. Esa mañana justamente había visto en un diario un artículo sobre una exposición de Georgia O’Keeffe en el County Art Museum de Los Ángeles, y le pedí a Marvel que me llevara.

—Tendrá que perdonarme, princesa Grace —me dijo Marvel—. ¿Y después qué, la ópera? Cámbiale el pañal a Caitlin, quieres, que yo tengo que ir al lavabo.

Llamé a la compañía de autobuses, y me dijeron que eran tres horas de viaje para ir y tres para volver. Comprendí qué lejos estaba de donde había empezado.

Cuando uno quedaba varado en el desierto, tenía que trabajar rápido. En el Mojave, el calor puede llegar a 60 grados a la sombra. En una hora, uno puede sudar más de un litro. La gente enloquece a causa de la sed. Uno baila y canta y termina abrazando un cacto, pensando que es un amante, una madre, un Cristo. Después uno se desangra hasta morir. Para sobrevivir en el desierto hay que beber un cuarto de litro de agua por día. No tiene sentido racionar; todas esas películas eran mentira. Beber menos es simplemente un suicidio lento.

Lo pensé, pensé en lo que significaba, mientras tomaba el paquete gigante de pañales desechables y papel higiénico. Una casa era tener esperanzas, pero había que



cuidarse en el presente, o no sobreviviría. Uno pone los tapacubos de las ruedas hacia arriba para recoger el rocío matutino, bebe el agua del radiador, y se entierra hasta el cuello en la arena. Después parte al caer la noche, por donde había venido. El cielo estará lleno de estrellas. Uno necesita una linterna, una brújula, y tiene que haber prestado atención al camino por el que venía.

Davey había sabido todas estas cosas. De pronto supe que él también sobreviviría.

En el prolongado crepúsculo del largo día, empecé a preparar la cena, pensando en el desierto, imaginándome enterrada hasta el cuello, cuando oí el zumbido del Corvette de los vecinos entrando en su patio. Alcé a tiempo la mirada para verla, una hermosa mujer negra con un traje blanco de lino. Apenas si la había visto un par de veces, recogiendo sus revistas, saliendo de su casa por la noche envuelta en seda y perlas. Nunca hablaba con nosotros ni con nadie del barrio.

Marvel oyó el coche también, e interrumpió la preparación del biberón de Caitlin para mirar por encima de mi hombro.

—Esa maldita prostituta. Se cree la duquesa de Windsor. Me dan ganas de vomitar.

Miramos a la vecina sacar del coche deportivo color champán dos pequeñas bolsas de compra de Alimentos Integrales.

—Mami, zumo —gemía el bebé, tirándole de la camiseta.

Marvel se liberó.

—Que no te vea nunca hablando con ella —me dijo—. Cielos, recuerdo cuando este era un barrio decente. Ahora todo son negros y prostitutas, chinos e hispanos con gallinas en el patio. Me pregunto qué vendrá después.

Me molestó que Marvel me dijera todo eso, como si yo simpatizara con ella, como si formásemos una sociedad secreta aria allí en, el valle.

—Prepararé un poco de zumo —dije.

Ni siquiera quería estar cerca de ella.

Mientras hacía el zumo, observé a la vecina, que se detenía a recoger las revistas del porche y las metía en la bolsa de la compra. Usaba botas blancas con punteras negras, como pezuñas de ciervo.

Después entró en su casa. Me entristecía dejar de verla, pero me alegraba que estuviera fuera de la vista de Marvel, cuya maledicencia era como una brea que humeaba y hedía al salir de sus labios. Me pregunté si la mujer del traje de lino pensaba que todos éramos como Marvel, que yo era así también. Me estremecí al pensar que no tenía motivos para pensar otra cosa.

Marvel cogió el zumo, llenó el biberón y se lo dio a Caitlin, que se lo llevó tambaleándose, cargando su almohadón especial de terciopelo que decía «Guam».

—Exhibiéndose en ese coche —murmuraba Marvel—. Pasándoselo por las narices a la gente decente. Como si no supiéramos cómo lo consiguió. Tumbada boca arriba y abierta de piernas, así lo consiguió.

El coche brillaba como un hombre suave y musculoso, flexible. Yo quería recostarme en el capó, pensaba que probablemente tendría un orgasmo de sólo sentirlo debajo de mí. Más allá del coche, veía la puerta por donde la mujer había entrado; deseé no tener nada que hacer y poder quedarme toda la tarde esperando a que volviera a salir.

Cuando los platos estuvieron lavados y los chicos acostados, salí por la puerta lateral y me quedé cerca del jacarandá de la vecina, que dejaba caer sus flores violetas sobre el asfalto de Marvel y perfumaba la noche cálida. Se filtraba música, una cantante; al principio pensé que estaba borracha pero después supe que no era eso, tenía su propio modo de pronunciar las palabras, jugaba con ellas en la boca como bombones de cereza.

No sé cuánto tiempo me quedé en la oscuridad, balanceándome al ritmo de la música, escuchando aquella cantante con voz de instrumento. Parecía imposible que una mujer tan elegante pudiera ser vecina nuestra, con nuestro televisor de cincuenta pulgadas. Quise arrastrarme bajo sus ventanas, espiar por una rendija en sus postigos cerrados y ver qué estaba haciendo. Pero no me atrevía. Tomé un puñado de sus flores de jacarandá del suelo y me las llevé a la cara.

Al día siguiente, bajé del bus en el calor de las cuatro de la tarde y caminé hasta casa. Ya no necesitaba más el bastón, pero las caminatas largas todavía hacían que me doliera la cadera, y volvía a cojear. Me sentía sucia y torpe cuando llegué a nuestra manzana, irritada dentro de mis ropas baratas del Concejo de Mujeres Judías, una blusa blanca que nunca se suavizaba con el lavado, una falda casera mal confeccionada.

A la sombra de su casa, nuestra elegante vecina estaba cortando unos lirios del Nilo, del mismo color que las flores del jacarandá. Iba descalza, ataviada con un vestido sencillo y el rosa pálido de sus pies y las palmas de las manos contrastaba con el tono caramelo quemado de la piel. Parecían ornamentales, como si viniera de un sitio donde las mujeres se coloreaban las manos y los pies con polvos rosa. No sonreía. Estaba absorta en sus tijeras, recortando un tallo de romero y otro de menta, en la luz y sombras manchadas. Una flor de jacarandá se le había enganchado en el pelo negro, que tenía recogido en un descuidado moño. Adoré esa florecilla perdida.

Me sentía torpe, avergonzada de mi cojera y de mis feas ropas. Esperaba que no me viera, que pudiera entrar en casa antes de que ella alzara la vista. Pero cuando llegué a nuestro jardín, ella todavía no había alzado la vista en mi dirección. Me sentí desilusionada. Quería que me viera, para poder decirle que yo no era como ellos. «Háblame, mírame», pensé.

Pero no lo hizo, sólo se inclinó para oler una flor. Me arranqué un trozo de corazón y lo lancé hacia ella.

—Me gusta tu patio —dije.

Alzó la cabeza, sobresaltada, como si supiera que yo estaba allí pero no hubiera creído que fuera a hablarle. Sus ojos eran grandes y almendrados, del color de la

cerveza^ Tenía una fina cicatriz en la mejilla izquierda, y un reloj de oro en su delgada muñeca. Se apartó un mechón de la cara y me dirigió una sonrisa rápida y fugaz. Volvió a sus flores.

—Será mejor que ella no te vea hablando conmigo, o va a quemar una cruz en mi césped.

—No tienes césped —dije.

Sonrió, pero no volvió a mirarme.

—Me llamo Astrid —dije.

—Ahora ve adentro, Astrid.

SE LLAMABA OLIVIA Johnstone. Eso ponían las etiquetas de las revistas y catálogos que dejaban en su puerta. Estaba suscrita a *Condé Nast Traveler* y a la *Vogue* francesa, gruesa como una guía telefónica. Yo ahora hacía jugar a los niños en el jardín delantero, para no perderme una sola imagen suya saliendo de su casa con sus gafas de sol Jackie O, volviendo de la compra, recortando las hierbas, con la esperanza de que nuestros ojos volvieran a encontrarse. Le llegaban paquetes casi todos los días, y el apuesto mensajero se demoraba en su umbral. Yo me preguntaba si estaba enamorado de ella, las piernas como troncos de árbol en sus cortos pantalones *beige*.

De noche, desde la ventana de la cocina, empecé a tomar nota de sus visitantes. Siempre hombres. Un negro con puños de camisa blancos que brillaban contra su piel oscura, y sus gemelos de oro destellaban. Conducía un BMW negro, venía hacia las siete y media y siempre se iba a la medianoche. Un joven con pelo de rasta y Birkenstocks venía en un Porsche. A veces seguía ahí cuando yo me levantaba por la mañana. Un blanco corpulento y calvo que usaba camisas a rayas y trajes cruzados con anchas solapas. Conducía un monstruoso Mercedes, y vino todos los días durante una semana.

Yo notaba que bajaban deprisa de sus resplandecientes coches, excitados. Me preguntaba qué les haría ella para que tuvieran tanta urgencia. Me preguntaba cuál le gustaba más. Pensaba en lo que debía saber sobre los hombres, y que debía brillar para ellos como un faro.

Me negué a pensar que Marvel pudiese tener razón en nada, y menos sobre Olivia Johnstone. Yo vivía para verla, sacando la basura o bajando de su coche en la luz tenue del amanecer cuando me preparaba mi desayuno. Era el mínimo de rocío en mi cubierta que necesitaba para sustentarme un día más.

Arranqué ramitos de su romero y me los metí en los bolsillos. Husmeaba en su basura cuando sabía que no estaba en casa, ansiosa por saber más, por tocar las cosas que ella tocaba. Encontré un peine de tortuga de dientes anchos, de Kent de Londres, nuevo salvo por un diente roto, y una caja de jabón Crabtree y Evelyn's Elderflower. Bebía ron Myers, usaba aceite de oliva extra virgen en una botella alargada. Uno de sus amigos fumaba cigarros. Encontré unas medias increíblemente suaves, de liga, color tostado, con carreras, y un frasco vacío de perfume Ma Griffe, la etiqueta decorada con un garabato de líneas negras sobre blanco. Olía a ligeros vestidos de organdí negros, a orquídeas verdes y al Bois de Boulogne después de la lluvia, donde mi madre y yo una vez habíamos caminado durante horas. Deseaba compartir París con Olivia Johnstone. Guardé el frasco en mi cajón para perfumar mi ropa.

Hasta que un día los diarios y revistas de Olivia quedaron en el umbral, sin tocar. El Corvette permaneció bajo una lona *beige* punteada por las flores de jacarandá como ofrendas a un ser querido muerto. De sólo ver el Corvette varado sentía deseos de tomar oxicodona. Tomé un resto de jarabe para la tos con codeína que Marvel tenía en su gabinete. El gusto dulzón pegajoso me duraba cuando me sentaba en mi cama estrecha y me peinaba con el peine de Olivia. Su perfección me abrumaba. Una mujer que tiraba un peine de carey hecho a mano sólo porque le faltaba un diente. Me pregunté si realmente haría el amor con hombres por dinero, y cómo sería eso. Prostituta. Ramera. ¿Qué significaban esas palabras en realidad? Sólo eran palabras. Mi madre abominaría de algo así, pero era cierto. Palabras que arrastraban su estela de sanción moral. Una esposa recibe dinero de su marido y nadie dice nada. Y si los novios de Olivia le daban dinero, ¿qué?

Me peinaba y me hacía un moño, imaginándome que era Olivia. Recorría el pequeño cuarto, caminando como ella, las caderas adelantadas, como una modelo en la pasarela. Qué diferencia había en que fuera una puta. El mero hecho de decirlo sonaba como ventriloquismo. De todos modos, yo odiaba las etiquetas. La gente no se clasificaba (prostituta, ama de casa, santa) como las cartas en el correo. Éramos tan cambiantes, tan fluidos a fuerza de miedo y deseo, ideales y preferencias, cambiantes como el agua. Me pasaba su media por la pierna, olía el frasco de Ma Griffe.

Me imaginaba que se había marchado a París, la veía sentada en un café, tomando un Pernod turbio, la bufanda atada a su bolso como las mujeres de la Vogue francesa. Me imaginaba que estaba con el hombre del BMW, el de los gemelos de oro al que le gustaba el. Me los había imaginado con frecuencia, bailando al modo antiguo en su sala, apenas moviendo los pies, la mejilla de él apoyada en el pelo ondeado de ella. Así era como los veía en Parts. Por la noche en clubes de *jazz* que sólo los parisinos negros conocían en un sótano de la Rive Gauche, bailando. Podía ver el champan y el modo en que se cerraban sus ojos, y no estaban pensando en nada que no fuera más de lo mismo.

Después del colegio me sentaba bajo el reflejo quemante del sol en el asfalto del patio, haciendo mis deberes y escuchando los chapoteos de Justin y Caitlin en la piscina inflable, chillando y peleando por los juguetes. Yo esperaba, me adelantaba y ponía los tapacubos de mis ruedas para recibir el rocío. A las cuatro y veinticinco el mensajero habitual llegó a casa de Olivia y empezó a escribir una nota.

Fui hasta nuestra verja.

—Perdón —dije—, Olivia me pidió que yo le recogiera el paquete. —Sonreí, tratando de proyectar una confianza de buen vecino. Después de todo, yo era la chica de al lado—. Me dijo que estaba esperando cato.

Él me entregó el recibo y yo firmé. El envío era una pequeña caja de Williams-Sonoma. Me pregunté qué podría ser, pero mi curiosidad por lo que había en la caja palidecía comparada con mi decisión de hacerme amiga de Olivia Johnstone, de entrar alguna vez en su casa.

El día que ella volvió, inventé una historia sobre una tarea que tente que terminar con una condiscípula del vecindario. No era buena mintiendo. Mi madre siempre decía que no tenía imaginación. Pero fui concisa, y Marvel me concedió una hora.

—Te necesito en casa a las cinco. Ya sabes que hoy organizo una fiesta.

Vendía productos Mary Kay, y aunque no ganaba mucho, eso la hacía sentir importante.

Saqué la caja de mi bolsa de la ropa sucia, donde la había escondido, y fui a casa de Olivia. Subí a la galería. Llamé al timbre.

Casi inmediatamente su silueta apareció detrás de los rombos de cristal de su puerta, igual que la nuestra salvo que las tablillas eran amarillas en lugar de turquesa. Supe que estaba mirando. Traté de parecer tranquila. Sólo una vecina haciendo un favor. La puerta se abrió. Olivia Johnstone llevaba un vestido largo estampado, el pelo recogido en un rodete, sus hombros canela desnudos, tan suaves como madera pulida.

Le tendí la caja.

—El mensajero dejó esto.

Un diente en el peine, un solo diente. Era perfecta.

Ella sonrió y cogió la caja. Tenía las uñas cortas, con las puntas blancas. Me dio las gracias afablemente. Comprendí que sabía que se trataba de una triquiñuela para meterme en su vida. Traté de mirar más allá de ella pero sólo vi un espejo y una pequeña mesita de laca roja.

Entonces dijo las palabras con que yo había estado soñando, lo que había esperado:

—¿Quieres pasar? Iba a tomar té.

¿Existía algo tan elegante como la casa de Olivia? En la sala, las paredes estaban empapeladas de dorado bruñido semejante a corcho. Tenía un sofá de terciopelo gris con respaldo curvo, y un almohadón de leopardo, un sillón de piel *beige* y un diván tallado, con forro a rayas. Una mesa de madera con taburetes sostenía una maceta de cerámica verde opaco con orquídeas blancas como mariposas. La música de *jazz* aceleraba el latido del ambiente, la clase de música que le gustaba al hombre del BMW, una trompeta complicada y llena de ardores masculinos.

—¿Qué es esta música? —le pregunté.

—Miles Davis —dijo—. *Seven Steps to Heaven*.

Siete pasos, pensé. ¿No se necesitaba nada más?

Donde nosotros teníamos puertas correderas de cristal, Olivia tenía puertaventanas, ahora abiertas al patio trasero. En lugar de aire acondicionado, ventiladores de techo girando perezosamente. Había una jaula dorada con un falso papagayo con un diminuto sombrero y un cigarro en el pico.

—Es *Charlie* —dijo Olivia—. Cuidado, muerde.

Sonrió. Tenía los dientes ligeramente prominentes. Se entendía que un hombre quisiera besarla.

Nos sentamos en el sofá de terciopelo y bebí té helado de menta endulzado con miel. Ahora que estaba aquí, no sabía cómo empezar. Tenía muchas preguntas, pero no se me ocurría ninguna. La decoración me atontaba. En cualquier dirección que mirase, había algo más que ver. Estampas botánicas, un corte de pomelos, una enredadera de pasionaria y su fruto. Pilas de gruesos libros de arte y diseño y una colección de pisapapeles de cristal que llenaba la mesita de café. Todo era muy hermoso y denotaba una sensibilidad que yo desconocía, un lujo apacible. Podía sentir la mirada despectiva de mi madre cayendo sobre esas superficies atestadas, pero yo estaba cansada de tres flores blancas en un vaso de cristal. La vida tenía más cosas que eso.

—¿Cuánto hace que vives allí? —preguntó Olivia, pasando un índice manicurado por las gotitas de su vaso.

Su perfil tenía una ligera forma de pez, la frente alta y redonda.

—No mucho. Un par de meses. —Señalé con el mentón el paquete del mensajero, que seguía sobre la mesita—. ¿Qué te han enviado?

Obvia fue a un pequeño escritorio y de un cajón sacó un abrecartas. Cortó un lado del paquete y extrajo dos corazones de terracota.

—Son calentadores de pan. Se calientan y se meten en la cesta, para mantener los panes calientes.

Me desilusionó. Pensaba que sería algo secreto y sexual. Unos calentadores de pan no hacían juego con mi fantasía de Olivia Johnstone.

Se sentó más cerca de mí y apoyó un brazo en el respaldo del sofá. Me gustaba aunque me ponía nerviosa. Ella parecía saber exactamente el efecto que ejercía sobre mí. Yo no podía dejar de mirarle la piel, que brillaba como si la hubieran lustrado, exactamente del color del empapelado, y además podía oler Ma Griffe.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—En Nueva York y Washington —respondió—. Un amigo tenía negocios allí.

—¿El del BMW?

Sonrió, y fue como si me hiciera una mueca de complicidad. De cerca tenía algo de burlón; no era tan perfecta, pero era mejor.

—No, no fue el del BMW. Ese es un hombre casado y muy casado. No lo verás más por aquí.

Yo había temido que me hablara de calentadores de pan, pero aquí estaba, hablándome sobre hombres, como si hablase sobre el tiempo. Alentada, quise saber más:

—¿No temes que puedan tropezarse uno con otro?

Apretó los labios y enarcó las cejas.

—Trato de evitarlo.

Quizá era cierto. Quizá lo hacía. Pero si lo hacía, no se parecía en nada a las chicas del bulevar Van Nuys con sus *shorts* ceñidos y sus chaquetas de béisbol de

raso. Olivia era lino y champán y terracota, estampas botánicas y Seven Steps to Heaven.

—¿Tienes algún preferido? —pregunté.

Removió su té frío con una cuchara larga, dejando que Miles Davis se le metiera en los poros.

—No, en realidad no. ¿Y tú? ¿Tienes novio, alguien especial?

Iba a decirle que sí, un hombre mayor, y hacerlo sonar glamuroso, pero terminé contándole mi lamentable historia, Starr y Ray, mi madre, Marvel Turlock. Resultaba fácil hablar con ella, era receptiva. Me hizo preguntas, escuchó, y dejó que la música fluyera, y el té y las pastas de limón. Yo sentía como si me hubiera despertado en mi balsa y hubiera encontrado un yate lanzándome una escala. «Nunca se sabe cuándo va a llegar el rescate».

—No siempre será tan duro, Astrid —me dijo, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Las chicas hermosas tienen ciertas ventajas.

Quise creerla. Quería saber las cosas que ella sabía, para no tener más miedo, y creer que todo eso terminaría.

—¿Por ejemplo?

Me miró con atención, examinando mi cara, el flequillo que ahora me cortaba yo sola. Mi mentón obstinado, mis labios gruesos resquebrajados. Traté de parecer mayor. Me cogió una mano y la retuvo en la suya. Su mano era más delicada de lo que yo había pensado, no más grande que la mía, cálida y seca, y un poco áspera. Entrelazó los dedos con los míos, como si siempre hubiéramos estado unidas.

—Este es un mundo de hombres, Astrid —dijo—. ¿Alguna vez te lo han dicho?

Asentí. Un mundo de hombres. Pero ¿qué significaba? Que los hombres silbaban y miraban y les decían cosas a una, y una tenía que aceptarlo, o de lo contrario te pegaban o te violaban. Un mundo de hombres significaba lugares donde podían ir los hombres pero las mujeres no. Significaba que tenían más dinero y no tenían hijos, al menos no como las mujeres, para ocuparse de ellos. Y significaba que las mujeres los amaban más de lo que ellos amaban a las mujeres, que podían querer algo con todo su corazón, y después dejar de quererlo.

Pero yo no sabía mucho más sobre el mundo de los hombres. Ese lugar donde los hombres usaban trajes y relojes y gemelos y trabajaban en edificios de oficinas, comían en restaurantes, conducían sus coches hablando por teléfonos móviles. Los había visto, pero sus vidas eran tan incomprensibles como las de los *sherpas* tibetanos o los caciques amazónicos.

Olivia me volvió la mano hacia arriba, pasó sus dedos secos por mi palma húmeda, produciéndome oleadas de electricidad que me recorrieron los brazos.

—¿Quién tiene el dinero? —preguntó con voz suave—. ¿Quién tiene el poder? Tú eres inteligente, una artista, una persona muy sensible, ¿ves? —Me mostró las líneas de mi mano, sus yemas como una tela áspera acariciando mi piel—. No te pelees con



el mundo. Tu amigo carpintero no se peleaba con la madera, ¿no? Le hacía el amor, y lo que hacía era hermoso.

Lo pensé. Mi madre peleaba con la madera, la cortaba, trataba de ponerla en su sitio a fuerza de martillazos. Consideraba la mayor cobardía no hacerlo.

—¿Qué más ves? —pregunté.

Olivia me ocultó la palma con mis propios dedos, envolviendo mi destino, devolviéndomelo.

Me toqué una ampolla reventada en el dedo medio, y pensé sobre combatir o seguir la corriente. Mujeres como mi madre, solas como tigres, combatían cada paso que daban. Mujeres con hombres, como Marvel y Starr, trataban de complacer. Ninguna de las dos actitudes parecía tener más ventajas que la otra. Pero Olivia no se refería a hombres como Ed Turlock y ni siquiera Ray. Se refería a hombres con dinero. El mundo de esos hombres. Los gemelos de oro y las oficinas.

—Tú sabrás lo que quieren los hombres, y cómo dárselo. Y cómo no dárselo. —Sonrió con su traviesa sonrisa torcida—. Y cuándo hacer cada cosa.

El pequeño reloj de pared de bronce dio las cinco, con una melodía y pequeñas campanadas. Había tantas cosas bonitas, pero se me hacía tarde. No quería irme, quería averiguar más, quería que Olivia moldeara mi futuro como cera, ablandándolo al calor de sus manos, dándole la forma de algo que yo no tuviera que temer.

—Te refieres al sexo.

—No necesariamente. —Miró el espejo redondo sobre la chimenea, y el secreter con sus compartimientos secretos—. Es magia, Astrid. Tienes que saber cómo estirar la mano y coger la belleza del aire. —Simuló atrapar una mariposa, abrió la mano lentamente y la vio irse volando—. La gente quiere un poco de magia. El sexo es su teatro. Hay puertas correderas y puertas trampa.

La noche mágica. Nunca dejes que un hombre se quede toda la noche. Pero el teatro de mi madre era su propio placer. Esto era algo completamente diferente. Me excitó saberlo.

—El secreto es que un mago no cree en la magia. Admira la habilidad de un colega mago, pero nunca cae en su hechizo.

Se levantó y cogió los dos vasos.

Y yo pensé en cómo Barry sedujo a mi madre, sus espejos ocultos y sus palomas amaestradas. Ella no lo efigió, pero se lo dio todo. Siempre sería suya, aun si él estaba muerto. Él había dado forma a su destino.

—¿Y el amor? —pregunté.

Se dirigía a la cocina, pero se detuvo y se volvió, con los vasos en las manos.

—¿Qué hay con eso?

Cuando Olivia fruncía el entrecejo, dos líneas verticales se marcaban en su frente redondeada.

Me ruboricé, pero quería saber. Si sólo pudiera preguntar sin caer sobre mí misma como un payaso con enormes zapatos.

—¿No crees en el amor?

—No del modo en que la gente cree en Dios o en los Reyes Magos. Es más como el *National Enquirer*. Un gran titular y una historia muy aburrida.

La seguí a la cocina, que era exactamente como la nuestra pero a años luz de distancia, en un universo paralelo. Sus sartenes y ollas colgaban de un enrejado en el techo: todo en cobre y hierro. Las nuestras eran de loza, con florecillas azules. Pasé las manos por la encimera de terracota, con trozos de cerámica de colores insertados; la nuestra era verde y blanca, como un resfriado.

—¿En qué crees entonces? —le pregunté.

Su mirada oscura recorrió con placer los mosaicos color canela, y la campana de cobre sobre los fuegos.

—Creo en vivir como me gusta. Veo una lámpara Stickley, un jersey de cachemira, y sé que puedo comprarlos. Tengo dos casas además de esta. Cuando los ceniceros de mi coche están llenos, lo vendo.

Reí, imaginándome que lo llevaba al concesionario y le explicaba por qué lo vendía. Probablemente haría algo así. Me era difícil imaginarme a alguien viviendo tan cerca de su propio deseo.

—Pasé tres semanas en la Toscana. Vi el Palio en Siena —dijo, pronunciando las palabras como las cuerdas de una guitarra—. Es una carrera de caballos del siglo XIV por las calles empedradas. ¿Cambiaría eso por un marido e hijos y ser felices por siempre jamás? Por no mencionar el resultado probable, el divorcio y números rojos en el banco y pensiones alimentarias atrasadas. Te mostraré una cosa.

Cogió su pequeño bolso y sacó el billetero, lo abrió y me mostró un fajo de billetes tan grueso como un dedo. Desplegó los billetes, por lo menos una docena de cien, y otros menores.

—El amor es una ilusión. Es un sueño del que te despiertas con una enorme resaca y sin blanca. Yo prefiero el efectivo.

Volvió a guardar el dinero, y cerró el bolso.

Después me tomó por el hombro y me llevó a la puerta. La luz ámbar nos iluminaba a través del cristal. Me abrazó apenas. Olí Ma Griffe, que era más cálido en ella.

—Vuelve cuando quieras. No conozco muchas mujeres. Me gustará conocerte a ti.

Me marché caminando hacia atrás, para no perderme un momento de ella. Odiaba la idea de volver a casa de Marvel, así que di una vuelta a la manzana, sintiendo los brazos de Olivia sobre mi hombro, la fragancia de su perfume, el aroma de su piel, la cabeza dándome vueltas con lo que había visto y oído en aquella casa tan parecida a la nuestra, y tan distinta. Y comprendí, caminando por el barrio, cómo cada casa podía contener una realidad completamente diferente. En unos pocos metros, podía haber cincuenta mundos diferentes. Nadie sabía qué estaba pasando en la casa de al lado.



ESTABA tendida en la cama, preguntándome qué sería cuando fuera una mujer. Antes nunca había pensado mucho en el tema de mis futuros posibles. Había estado demasiado ocupada chupando jugo de pescado, enterrándome en la arena contra los rayos asesinos del sol del desierto. Pero ahora estaba intrigada por esta futura Astrid que Olivia había visto en mí. Me veía como una especie de Catherine Deneuve, pálida y estoica, como aparecía en *Belle de Jour*. O quizá Dietrich en *Shanghai Express*, todo brillo y humo. ¿Sería fascinante, la estrella de mi propio teatro mágico? ¿Qué haría yo con un fajo de billetes de cien dólares?

Imaginé ese dinero en mis manos. Mi mente quedó en blanco. Hasta entonces mis fantasías se habían centrado completamente en la supervivencia. El lujo había estado más allá de la imaginación, y la belleza más lejos aún. Posé la vista en las cortinas rayadas, hasta que las rayas mismas tomaron una forma escultural. Ya había visto la belleza en mí. Con la ayuda de Olivia podría apoderarme de ella, crearla, usarla. Podría trabajar con la belleza como un artista trabaja con la pintura o el lenguaje.

Decidí que tendría tres amantes. Un hombre maduro, distinguido, de cabello plateado y traje gris, que me llevaría en largos viajes en primera clase a Europa, y a recepciones para dignatarios. Lo llamaba el Embajador Sueco. Sí, madre, me dejaría intentarlo por el lado de la figura paterna, con mucho gusto. Después estaba Javier, mi amante mexicano, el Eduardo de mi madre reconstituido, pero más tierno y apasionado, menos tonto y malcriado. Javier esparcía camelias en la cama, juraba que se casaría conmigo si pudiera, pero estaba prometido desde su nacimiento con una chica que tenía labio leporino. Por mí estaba bien, yo no quería vivir con sus molestos padres en Ciudad de México y criar a sus diez hijos católicos. Yo tenía un cuarto propio en el hotel y una criada que me traía chocolate mexicano para desayunar en la cama.

El tercer hombre era Ray. Nos citábamos en hoteles de grandes ciudades, él me esperaba sentado en el bar con su cara triste, y yo entraba con un traje de lino blanco con zapatos de punta negra, el pelo recogido en un rodete, un chal atado al bolso. «No estaba segura de que vendrías —decía yo con voz grave, ligeramente malhumorada, como Dietrich—. Pero de todos modos estoy aquí».

Oía a Marvel llamándome, pero estaba en otro país, demasiado lejano. No se refería a mí. Se refería a otra chica, a alguna huérfana destinada al ejército o a la escuela de peluquería. Y yo tenía las piernas enlazadas con las de Ray en un cuarto de ventanas altas, con un ramo de rosas rojas en un jarrón en la cómoda.

—¡Astrid!

Su voz era como un taladro, penetrante, incansable. Si pudiera elegir, preferiría ser esclava de un hombre antes que de una mujer. Me levanté de la cama y fui

tambaleándome hasta la sala donde Marvel y sus amigas estaban sentadas en el sofá floreado, las cabezas inclinadas sobre refrescos teñidos con colores extraterrestres, las manos en la tarta que yo había preparado siguiendo la receta de una caja de cereales.

—Aquí está. —Debby alzó su cara de caballo bajo su permanente, los ojos con sombra acumulada como estratos en una roca sedimentaria—. Preguntadle.

—Yo me refiero al coche —decía Marvel—. Vuelves y sigues viviendo en el mismo basurero y sigues conduciendo la misma chatarra. ¿De qué te sirve?

Linda dio una calada a su cigarrillo, y apartó el humo con una mano de uñas color perla. Rubia de ojos azules perpetuamente abiertos por la sorpresa, usaba sombra de ojos brillante. Habían ido juntas al instituto Birmingham, fueron damas de honor en sus respectivas bodas, y ahora vendían productos Mary Kay.

Habían estado discutiendo sobre el nuevo folleto de Mary Kay, que mencionaba los premios que podían ganar si vendían suficiente cantidad de rímel y delineadores y mascarillas afirmantes.

—Antes daban Cadillacs —dijo Linda.

Marvel terminó su refresco y dejó el vaso en la mesita de café.

—Por una vez en la vida, me gustaría un coche nuevo, maldita sea. ¿Es mucho pedir? Todos tienen un coche nuevo, hasta los chicos en el colegio. La prostituta que vive aquí al lado tiene un jodido Corvette. —Me tendió el vaso—. Astrid, sírveme más Tiki Punch.

Debby también me dio el suyo. Los llevé a la cocina y serví Tiki Punch y me distraje por un momento con su color rosa venusino.

—Astrid —dijo Linda, sentada sobre sus talones en el sofá floreado—. Si pudieras elegir entre dos semanas en París con todos los gastos pagados, o un coche...

—Un Buick de mierda —precisó Debby.

—¿Qué tiene de malo un Buick? —dijo Marvel.

—... ¿Qué preferirías?

Linda se sacó una mota del ojo con una uña larguísima.

Les llevé las bebidas, conteniendo el impulso de cojear teatralmente, la criada deforme, y llevé todos los vasos sin volcar una gota. No podían estar hablando en serio. ¿París? ¿Mi París? ¿Las elegantes tiendas de frutas y los Gitanes sin filtro, los abrigos de lana negra, el Bois de Boulogne?

—El coche —dije—. Sin duda.

—Chica inteligente —dijo Marvel, brindando por mí—. Siempre has tenido la cabeza en su sitio.

—¿Sabes?, deberíamos embellecer a Astrid —dijo Debby.

Tres pares de ojos, todos esos círculos de colores, mirándome. Era perturbador. La invisibilidad era mi estado normal en la casa turquesa.

Me sentaron en un taburete alto en la cocina. De pronto, yo era la invitada importante. ¿La lámpara cuello de ganso me daba demasiado en la cara? ¿Quería

tomar algo? Linda me hizo volver hacia un lado y otro. Estaban examinando mis poros para ver si mi piel era grasa, normal o seca. Me gustaba ser el centro de tanta atención, me hacía sentir cerca de ellas. Mis pecas fueron motivo de preocupación, lo mismo que la forma de mi frente. Los méritos de la estructura ósea fueron discutidos, y probaron sustancias sobre mis mejillas.

—Demasiado áspera —dijo Linda.

Las otras asintieron, concedoras. Necesitaba corrección. La corrección era importante. Tubos y frascos de blanco y marrón. Todo podía ser corregido. Mi nariz danesa, mi mandíbula cuadrada, mis labios gruesos, tan lejos del ideal. Pensé en un maniquí que había visto una vez en un escaparate, calvo y desnudo, mientras dos hombres lo vestían, riéndose y hablando bajo sus pechos sin pezones. Un hombre, recuerdo, tenía un acerico atado a la cabeza afeitada.

—Eres una cara perfecta para maquillar —dijo Debby, aplicando base con una esponja, moviéndome arriba y abajo como un escultor trabajando la arcilla.

Por supuesto que lo era, era una cara en blanco, cualquier cosa podía llenarme. Esperé a ver quién sería, qué crearían ellas con mi delicioso vacío. ¿La mujer en primera clase, leyendo Vogue y tomando champán? ¿Catherine Deneuve paseando su perro en el Bois, admirada por los turistas?

Linda me delineó los ojos, apretándome los párpados, secándome suavemente las lágrimas con un *kleenex* cuando me hizo llorar. Me aplicó cuatro capas de rímel, hasta que terminé viendo a través de telarañas. Sería hermosa, podía sentirlo. Marvel redefinió mis grandes labios haciéndolos más pequeños, dibujándolos por dentro de los contornos y rellenándolos con Piquant Peach.

—Dios, podría ser Miss América —dijo Debby.

—Es cierto —dijo Linda—. Ve a mirarte en el espejo.

—El pelo —dijo Debby—. Dame el rizador.

—No nos excedamos —dijo Marvel.

De pronto había recordado quién era yo, no Miss América, sólo la chica que lavaba.

Pero Debby descartó sus objeciones con la frase «efecto total». Hubo calor y olor a pelo quemado enredado en las púas del rizador, sección por sección.

Cuando terminaron, me llevaron al dormitorio de Marvel con los ojos cerrados. Mi piel se erizaba de anticipación. ¿Quién sería?

—Y a continuación, representando al estado de California... ¡Astrid!

Me pusieron delante del espejo.

El pelo se rizaba y alborotaba sobre los hombros, y subía diez centímetros sobre mi cabeza. Rayas blancas me cruzaban la frente y la nariz como marcas de casta hindúes. Manchas marrones aparecían en los pómulos, blancas en los bordes, dividiendo mi rostro, por lo demás de un *beige* fúnebre. El rubor me estallaba en las mejillas como un eccema, los labios habían quedado reducidos a; un pimpollo de *geisha*. Las pestañas se proyectaban como alas negras, protegiendo las franjas

brillantes de sombra, violeta, azul y rosa, como el arco iris dibujado por un niño. No lloré, pero me asomaron lágrimas a los ojos, amenazando con un desmoronamiento de barro si llegaban a romper las compuertas.

—Parece Brigitte como-se-llame, la modelo.

Linda me sujetaba por los hombros, su cara junto a la mía en el espejo. Traté de sonreír, porque habían sido muy amables.

Los ojos castaños de Debby se suavizaron con el orgullo.

Deberíamos enviarle la foto a Mary Kay. Quizá nos den un premio.

Al pensar en un premio, Marvel corrió al armario, cogió su Polaroid y me hizo posar frente al espejo. Fue la única foto que me tomó arenca. Al fondo podía verse la cama sin hacer, el tocador caótico. Se felicitaron entre ellas y volvieron a sus refrescos, dejándome frente al espejo, como una Barbie abandonada. Me sequé las lágrimas parpadeando y me obligué a mirarme.

Veía una camarera de Denny's de treinta años. ¿Os apetece algo más? Esta visión se imprimía a fuego en mi alma, aniquilando a la Deneuve y la Dietrich como ácido arrojado a mi cara. La mujer en el espejo no tendría que orquestar tres amantes diferentes. No bailarían en las terrazas de México, ni volarían en primera a Londres. Le esperaban las varices y un apartamento de una habitación con cama para el gato y películas de Lana Turner. Bebería sola con tomateras agonizando en las ventanas. Compraría magia todos los días de la semana. Ámenme, diría esa cara. Estoy tan desesperada... Les daré cualquier cosa que me pidan.

Las clases terminaron a finales de junio bajo nubes que pesaban como toallas majadas. El gris grafito de los días se interrumpía sólo por las flores azules del patio de Olivia. Yo cuidaba a los niños, hacía la compra, releía *Una espía en la Casa del Amor*. Todo mi anhelo era ver a Olivia, pero Marvel me tenía trabajando siempre. Bastaba que me asomara a la puerta para que me mandara cuatro cosas por hacer. A veces veía a Olivia en su jardín y nuestras miradas se encontraban, pero ella no daba señales de conocerme. Habría sido una buena agente secreta, pensaba, y trataba de hacer lo mismo, pero al cabo de un tiempo empecé a preguntarme si en realidad me había olvidado por completo.

Querida Astrid:

Salió un número de la revista *Witness* dedicado a las cárceles. Debes comprarlo pues publicaron todo mi poema. Ocupa siete páginas, ilustrado con fotografías de Ellen Mary McConnell. La respuesta ha sido tremenda. Les hice incluir una breve nota en la que mencionaba humildemente que regalos en forma de estampillas, libros y dinero serían muy agradecidos.

He hecho nuevos amigos íntimos. Entre ellos el delicioso Dan Wiley, interno masculino 143522, condenado por robo con violencia que cumple doce años en San Quintín. Dan el Hombre, como se llama

a sí mismo, me escribe casi todos los días una serie de fantasías brutales en las que yo soy la protagonista principal. La mejor hasta ahora es una en la que me sodomiza sobre el capó de su Mustang 72 mientras contempla ponerse el sol sobre Malibú. ¿No suena romántico? ¿Ese modelo tenía una estatuilla en el capó?

Una mujer acaba de mandarme los Poemas Completos de Anne Sexton. Aleluya. Al fin algo distinto que leer. Los únicos libros en la biblioteca de la cárcel sin sostenedores en la portada son una edición de Guerra y paz, y un destartalado Jack London. Guau. Guau.

Por supuesto, esta admiradora también me mandó unas poesías horribles para mi aprobación. Vive en una granja en Wisconsin, una especie de comuna de *hippies* viejos, donde hila la lana de sus propias ovejas. ¿Cómo es posible que alguien que ame a Sexton produzca un trabajo tan malo? Soy una Mujerrrr, óiganme Rugirrrr. Entonces ruge, hazme el favor, y será menos vergonzoso para todos.

Como sea, ella cree que soy un rehén del patriarcado, una mártir a mi propia manera. En tanto su solidaridad incluya regalos... el poder al pueblo. ¡Liberen a Huey! Liberen a Ingrid Magnussen.

Ni una palabra sobre mí. ¿Cómo estás, Astrid? ¿Eres feliz? Te echo de menos. Parecía como si hubieran pasado años desde que se vio ame la posibilidad de perderme. Yo había vuelto a las sombras. Mi trabajo una vez más era compartir sus triunfos, reírme de sus desdichados admiradores, como una especie de espejo de bolsillo y publico de prueba. Comprendí que estaba exactamente donde me quería, segura en mi desdicha con Marvel Turlock, una prisionera del turquesa, alguien que quizá algún día querría conocer. Pero todo lo que yo quería era que ella me viera ahora, del modo en que me vio aquel día en la cárcel. Que quisiera conocerme, saber lo que pensaba, lo que sentía.

Le escribí sobre Olivia, sobre otro modo de estar en el mundo, incluí dibujos de Olivia, tendida en su diván extrayendo magia del aire. No eres la única belleza del mundo, madre. Además del alabastro existe la madera bruñida; además de la seda, la caoba madura. Y un mundo de satisfacción donde tú sólo encuentras furia y deseo. El mundo se abre ante Olivia, se postra a sus pies, mientras tú te abres paso en él como en una jungla de espinas.

Marvel me hacía llevar a los chicos al parque en las largas tardes de verano, y a veces no iba a recogerlos hasta la hora de la cena. Se suponía que yo debía comprarles la merienda y ayudarlos en los toboganes, mediar en sus batallas, empujarlos en los columpios. Pasaba todo el rato sentada en el borde del parterre de arena con las madres que me ignoraban, cada una a su modo: las madres adolescentes latinas dándose importancia, orgullosas de sus cochecitos de bebé y maquilladas como actrices de Kabuki, y las madres anglosajonas, mayores, feas como



panqueques, fumando cigarrillos y hablando sobre problemas con el coche, problemas con el marido, problemas con el hijo. Yo dibujaba a las mujeres hablando, sus cabezas unidas y separadas. Parecían plañideras agazapadas a los pies de la Cruz.

Una de esas tardes olí marihuana en el aire y busqué su origen. En a aparcamiento había un grupo de muchachos en un coche amando, las puertas entreabiertas, la música taladrando la pesadez del día. Qué no daría yo por estar en la onda. Ser suave y simpática, no punzante y resentida y con ganas de golpear a Justin en la cabeza con su palita si volvía a gimotear una vez más que algún chico le estaba arrojando arena o destruyéndole sus torres. Era implacable, igual que la madre. Traté de recordarme que sólo tenía cuatro años, pero al cabo de un rato eso dejaba de ser una buena excusa.

Saqué la carta de mi madre que me había llegado esa mañana. Al menos ahora me prestaba atención.

Querida Astrid:

¿Tío Ernie no fue suficiente? No, tenías que encontrar a la clase de criatura más detestable del mundo para pegarte a ella. No dejes que te seduzca. Todo lo que quería Ernie era tu cuerpo. Si conservas el menor resto de sentido común, HUYE de esta mujer como del virus más letal.

Sí, el patriarcado ha creado este mundo reprensible, un mundo de cárceles y de Wall Street y de madres solteras, ¡pero eso no basta para crear una confraternidad! Dios mío, esa mujer es una prostituta, ¿qué esperabas que dijera? ¿«Defiende tus derechos»? Uno pensaría que como negra debería sentir vergüenza de lamer las botas del amo, decir que es un mundo de Hombres Blancos y tratar de sacarle provecho. Si fuera una colaboracionista de los nazis, le afeitarían la cabeza y la harían desfilar por las calles. Una mujer como ella es un parásito, engorda con la injusticia como una pulga en un cerdo. Por supuesto, para la pulga es un mundo de cerdos.

Yo habría creído que una hija mía tendría la suficiente inteligencia como para no caer en una trampa tan vieja. Lee *El eunuco hembra* de Germaine Greer, lee a Al. Incluso tu biblioteca local tan trágicamente limitada debe de tener un ejemplar de *Hojas de hierba*.

MAMÁ

Mi madre recetando libros como remedios. Una buena dosis de Whitman me pondría bien, como aceite de castor. Pero al menos pensaba en mí. Yo volvía a existir.

El olor de la marihuana en el aire quieto me estaba enloqueciendo. Miraba con envidia a los chicos del coche amarillo. Normalmente yo habría evitado a tipos como esos, desgarrados, granujientos, en grupos cohesionados por la obscenidad y las poses de macho. Recordándome que eran los propietarios de este mundo. Pero Olivia

no les tendría miedo. Rila haría magia ahí. Ella sabía lo que querían, y podía dárselo o no. ¿Yo tendría el valor?

Me volví hacia la madre del niño que jugaba con Justin.

—¿Podrías vigilarlo un segundo? Enseguida vuelvo.

—Descuida —suspiró, apagando el cigarrillo en la arena.

Cogí a Caitlin y me dirigí hacia los muchachos apiñados alrededor del coche. Un mundo de hombres. Me vi cómo me verían ellos, como me veía Ray, una chica alta y pálida con larga cabellera suelta, una sonrisa pálida en mis grandes labios, mis piernas desnudas en los *shorts* de verano. Acomodé a Caitlin contra mi cadera cuando me acercaba, y todos me miraron. Volví la cabeza para ver si la guardiana de Justin estaba mirando. Estaba ocupada poniéndole protector solar a su hijo.

—¿Me invitáis? —pedí—. He estado cuidando a los chicos todo el día y estoy desesperada.

Un chico con una piel que parecía lijada me tendió el porro.

—Te estábamos viendo —dijo—. Yo soy Brian, él es PJ, y Big Al. Y Mister Natural.

Los chicos asentían con la cabeza. Esperaban que yo me presentara. Pero no lo hice. Podía dárselo, o no. Me gustaba.

La hierba no era de primera, no como la de Ray, que se podía oler a través de las paredes. Esta olía a paja quemada y sabía seca, pero para mí era dulce como un sol. Exhalé el humo, apartando la cabeza de Caitlin. Ella se revolvía en mis brazos pero no podía dejarla en di sudo, pues se metería debajo del primer coche que pasara.

—¿Quieres comprar?

El chico llamado PJ tenía el pelo teñido de rubio. Su camiseta rezaba STONE TEMPLE PILOTS en letras psicodélicas anaranjadas.

Yo tenía tres dólares en el bolsillo, para helados de los chicos.

—¿Cuánto?

Los otros se volvieron hacia el chico rollizo, Mister Natural, sentado en el asiento delantero del coche.

—Caco la onza.

Pasé a Caitlin a la otra cadera, la mala, y tomé el porro del Stone Temple Pilot. Me hacía tanto bien... Sentí como si la tapa del cielo gris se levantara y pudiera respirar. Ya no le temía al resto de la tarde.

—Tengo tres.

—¿Cómo es que nunca te hemos visto antes? ¿Vas al Birmingham? —dijo el chico rollizo bajando del coche.

Tenía mejillas rosáceas y cabello castaño ondulado; parecía tener doce años.

Negué con la cabeza, consciente del modo en que me miraba, y por una vez no me sentí turbada. Estaba interesado. Era mi dinero en efectivo, mi bien comerciable. Exhalé lejos de Caitlin, torciendo la cabeza de modo que mostrara el cuello, atrayendo su mirada adonde yo quería.

—¿Tienes novio? —preguntó.

—Guau —dijo Caitlin, tirando de mi camisa, desnudándome el hombro.

Volví a cambiar la niña de cadera y la mecí para calmarla, sintiendo los ojos de ellos acariciar mi suave hombro.

—No —le dije, mirándolo tocarse los labios con los dedos.

Se apoyó contra la puerta abierta del coche, un pie en el estribo, pensando.

—Si me la chupas te doy una bolsita.

El Stone Pilot soltó una carcajada.

—Qué dices, imbécil —le recriminó, volviéndose hacia mí—. Media —dijo suavemente—. Media bolsita, y es mucho.

Los otros estaban a la expectativa.

Alcé más alta a Caitlin, y miré en dirección al parterre de arena, calculando la distancia, los columpios dándonos la espalda, como una máquina en una fábrica, despidiendo los productos por los toboganes. ¿Quería hacerlo? El chico gordo se mordía el labio inferior. Se ruborizaba bajo su bronceado, tratando de parecer duro. ¿Chuparla por media bolsita? Si alguien me lo hubiera sugerido antes, me habría asqueado. Pero ahora mis labios podían recordar el contacto con la polla de Ray, la piel suave del glande, su leche salada. Miré al chico gordo y me pregunté cómo se sentiría.

Caitlin hundió la cabeza en mi hombro, tratando de morderme, húmeda y balbuceante, riéndose. No conocía a estos chicos, nunca volvería a verlos. La hierba que había fumado me ponía cachonda, curiosa de ver hasta dónde llegaría, como si fuera otra persona, alguien de quien Olivia se sentiría orgullosa.

—Alguien tiene que coger a Caitlin. No la puedo dejar en el suelo, o se escaparía en un segundo.

—Al tiene cuatro hermanitos.

Se la dial chico taciturno de pelo corto y un asomo de barba, y seguí al chico gordo hacia los matorrales detrás de los baños. Se desabrochó el pantalón, y lo dejó caer. Me arrodillé sobre un lecho de agujas de pino, como una suplicante, como una pecadora. No como una amante Él se apoyó contra la pared encalada —de los baños mientras yo rezaba con él en mi boca, sus labios en mi pelo; «Igual que Miss América».

Con Ray nunca era así. Entonces sólo era placer, bocas, manos, la textura de la piel, todas las sorpresas. Esto es lo opuesto del sexo. No sentía nada por ese chico, por ese cuerpo que se movía. Era coma trabajara Aparté el pensamiento de hacer el amor, lo convertí en algo no más excitante que cepillarse los dientes. Cuando el chico acabó, escupí la sustancia amarga, y me sequé la boca con la camisa. Creí que se marcharía, pero me dio la mano y me ayudó a ponerme de pie.

—Me llamo Conrad —dijo. Era un gusto extraño en mi boca, un aroma en mi cabello. Me dio la bolsita de hierba—. Si alguna vez necesitas algo, siempre ando por aquí.

—Lo tendré en cuenta —dije mientras volvía al coche y recogía a Caitlin.

«Mi primer negocio», pensé, para ver cómo sonaba.

Por la ventana de la cocina veía a Olivia salir de su casa, en seda canela y *beige*, el cabello tirante. Yo pelaba trozos de manzana para la merienda de Justin y Caitlin. La vi subir al Corvette champan, dar marcha atrás hacia la calle, y comprendía.

Para día era un trabajo. Se estaba ganando su coche, sus objetos de cobre, lo mismo que otros podían ganarse la vida pegando fotos de revistas o repartiendo la correspondencias. Aquellos hombres no eran amantes, el rasta, el BMW. Eran clientes. El servicio era más sutil, más discreto, la ilusión más sustancial, y la paga no era media bolsita de hierba.

Le anuncié a Marvel que haría una serie de ejercicios para preparar el ingreso en el ejército. Una mañana nubosa me puse las zapatillas de gimnasia, me recogí el pelo, hice un par de flexiones, me toqué la punta de los pies, estiré los muslos contra la verja, todo un despliegue para la aprobación de Marvel. El ejército sería un buen sitio, estabilidad en el empleo, beneficios.

Después corrí dando la vuelta a la manzana y llamé a la puerta de Olivia.

Estaba vestida con tejanos blancos, un jersey y mocasines. En ella esa combinación era *sexy*, y me pregunté por qué. Los zapatos no eran exactamente mocasines de colegiala, eran más delgados; con una borla. El jersey esbozaba ligeramente su figura, el cuello descubría un hombro. Yo había dibujado ese hombro, que brillaba como bruñido al asomar de la suave lana color jengibre. Tenía el pelo recogido con un prendedor de plata, que probablemente costaba más que la marihuana que yo me había ganado.

—Tengo que hablar contigo —dije.

Me invitó a pasar, y miró sobre mi hombro cuando cerraba la puerta. En el estéreo, un hombre cantaba en francés, sensual, a medias hablando.

—Me alegra que vengas —dijo—. Quería verte, pero he estado muy ocupada. Perdona, estaba limpiando.

Recogió vasos y platos en una bandeja laqueada, vació un cenicero de cristal con colillas de cigarros.

Me pregunté quién sería el fumador de cigarros. El Mercedes había vuelto a venir. El ventilador giraba lentamente, moviendo el aire rancio de humo. Llevó la bandeja a la cocina y sirvió café.

—¿Leche?

El café estaba tan fuerte que no cambió de color cuando vertió la leche.

—Se te ve diferente —dijo.

Nos sentamos a la mesa del comedor en sillas doradas con respaldo de arpa. Puso pequeños mantelitos con tulipanes daneses para las tazas.

Saqué la bolsita de marihuana del bolsillo y la dejé sobre la mesa.

—Le chupé la polla a un chico gordo en el parque. Me pagó con esto.

Cogió la bolsa y la sopesó en la palma, los dedos ligeramente curvos, y pensé que sería el modo en que sostendría el miembro de un hombre. Bajó la mano, y sacudió la cabeza. Las dos líneas verticales le marcaron el entrecejo.

—Astrid. No me refería a eso.

—Quería ver qué se sentía.

—¿Y cómo fue? —preguntó suavemente.

—No muy bien —dije.

Me tendió la bolsita.

—Lía uno, lo fumaremos juntas.

Lié un porro sobre el mantel elegante, la flor de colores vivos. No sabía hacerlo bien, pero ella no me ofreció ayuda. Mientras fumábamos, miré alrededor y pensé a cuántas mamadas equivaldría todo eso, las estampas botánicas y las sillas con respaldo de arpa y las gruesas persianas de madera. Debía de ser un océano. Si yo fuera Olivia, tendría pesadillas por la noche, un mar blanco de esperma, y los monstruos albinos que vivían en sus profundidades.

—¿Te gusta el sexo? —le pregunté—. Quiero decir, ¿lo disfrutas? —Uno disfruta de todo lo que hace bien —dijo—. Como un patinador sobre hielo. O un poeta. —Se puso de pie, se estiró y bostezó. Pude ver su cuerpo delgado cuando levantaba los brazos—. Tengo que hacer unas compras, ¿quieres venir?

No estaba segura. Quizá mi madre tenía razón, quizá debía huir. Ella podía robarme el alma. Ya lo estaba haciendo. Pero ¿a quién más tenía, qué otra belleza había? Acordamos encontramos una calle más abajo, para que Marvel no me viera en el Corvette.

Salió con un pañuelo a lunares blancos atado al mentón, al estilo de Grace Kelly. ¿Ha habido alguna vez una mujer tan glamurosa como Olivia Johnstone?

Subí al coche, tan bajo, que era como ir acostada, me ajusté el cinturón, manteniendo la cabeza agachada para que nadie me viese cuando arrancamos.

Esa tarde nubosa me enamoré, de la velocidad y la carretera y el paisaje que pasaba como en una película rápida. Por lo general en los coches me descomponía, pero la marihuana me aligeró, y la carretera y los pinos se llevaron el malhumor que había venido cargando desde el parque; sin dejar nada más que el canto de tenor del motor y el viento en mi cara, el perfil de Olivia, sus grandes gafas oscuras, y Naima de Coltrane desenvolviéndose como una historia en el aparato de GD; «La prostituta de al lado tiene un maldito Corvette». Y amé a Olivia por compartir conmigo esta perla de champán que ella había pescado de las profundidades del mar blanco.

Bajamos por Ventura, subimos por Coldwater Canyon, los vaivenes del camino como las subidas y bajadas del saxo de Coltrane. Lo bailábamos, lo incorporábamos cuando pasábamos frente a las enormes casas del valle, en bloques de piedra cenicienta con recortes ornamentales, cipreses plantados en filas sin imaginación y recortados geométricamente, hasta la cima en Beverly Hills.

Ahora eran helechos arbóreos y cercos de ligustro y casas con pórticos de entrada de dos pisos de altura, césped del verde radiante de mesas de billar, y los únicos seres humanos a la vista eran jardineros con mangueras. Éramos enteramente libres. No había niños ni trabajo ni madres de acogida, sólo la velocidad y nuestra belleza y el aliento del saxo de Coltrane. ¿Quién podía tocamos?

Aparcó en un hotel en Rodeo Drive, y caminamos frente a la hilera de tiendas caras, deteniéndonos a mirar los escaparates. Entramos en una tienda tan elegante que tenía portero. A Olivia le gustó un bolso negro de cuero de cocodrilo, y lo pagó en efectivo. Quería comprarme algo. Me llevó a una tienda que sólo tenía jerséis, bufandas y sombreros tejidos. Me puso un jersey contra la mejilla. La suavidad era asombrosa. Comprendí que hasta entonces yo no había pensado lo suficiente en las posibilidades de la realidad material.

—Cachemira. —Sonrió, con un destello en los dientes—. ¿Te gusta?

Suspiré. Había visto la etiqueta con el precio.

—Buena chica. Pero no color melocotón.

Le tendió el jersey a la dependienta, una chica de dieciocho años que sonreía plácidamente. La tienda olía a dinero, suave como un sueño.

—Este es bonito —dijo la chica, enseñándome uno del color de la primavera.

—Demasiado llamativo —dije.

Olivia me entendía. Encontró uno azul y me lo dio a probar. Me hacía más azules los ojos y destacaba el rosa de mis mejillas. Y aun así, en mi armario podía pasar por algo comprado en la tienda de oportunidades de la Asociación de Mujeres Judías. Costaba quinientos dólares. Olivia no parpadeó contando los billetes de cincuenta y cien.

—Lo real siempre vale la pena —me explicó—. Mira cómo está hecho. —Me mostró los hombros, el modo en que estaban unidos de forma independiente, en lugar de una costura—. Lo usarás toda la vida.

Lo real es lo auténtico. Aprendí sobre el tema mientras pasábamos de tienda en tienda. El brazalete de plata de Georg Jensen. El jarrón de cerámica de Roblin. Tiendas como iglesias de adoración de lo real. Silencio mientras las mujeres manipulaban cristales de Steuben, o bufandas de Hermès. Ser dueño de lo real era ser real. Me froté la mejilla contra mi jersey, suave como un gato persa azul.

Me invitó a almorzar en un restaurante bajo sombrillas de rayas amarillas y blancas, y pidió exclusivamente aperitivos: ostras, salmón, *carpaccio*, corazones de palmitos. Explicó cómo se preparaba cada plato mientras bebía un vaso de vino blanco frío y probaba primero uno y después otro, dejando el tenedor en el plato entre bocados. Nunca había visto nada tan elegante como el modo de coma de Olivia. Como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—La vida debería ser siempre así. —Suspiró—. ¿No te parece? Como la sobremesa de una buena comida. Lamentablemente, la mayoría de la gente no tiene

talento para eso. —Le señaló mi jarra de agua vacía al camarero de chaqueta blanca—. No bien empiezan una cosa, quieren terminarla para empezar la siguiente.

Trajeron otra jarra y volvió a llenarme el vaso.

—Yo salía con un hombre que me llevaba a los mejores restaurantes de la ciudad —siguió Olivia—. Y después de comer se ponía de pie y decía: «¿Y ahora adónde vamos?», y entonces íbamos a otro restaurante, donde comía otra comida completa, de los entrantes a los postres. A veces tres seguidas.

Cortó un pequeño trozo del salmón y lo puso sobre un pan negro, dejó caer una gota de salsa de eneldo encima, y lo comió como si fuera su última comida en este mundo. Traté de imitarla, comiendo igual de lento, saboreando el pez crudo y el pan áspero, la sal y el azúcar, sabores y aromas como colores sobre una paleta, como tonos en música.

—Un hombre encantador. Inteligente, rico como Crespo —dijo, secándose los labios y bebiendo un sorbo de vino—. Pero vivía como un gusano. —Miró su vino blanco, como si la solución a la codicia de los hombres estuviera allí. No estaba, y sacudió la cabeza—. Y un hombre enorme. Probablemente pesaba ciento cincuenta kilos. Una persona muy desdichada. Lo sentí por él. Pobre Fred.

No quise imaginármela haciendo el amor con ese hombre de ciento cincuenta kilos, aplastándola mientras la penetraba con urgencia para terminar y poder empezar de nuevo.

—¿Cómo lo conociste?

Espantó una abeja que estaba explorando su vino.

—Yo trabajaba en uno de sus bancos.

Me reí, imaginándome a Olivia como empleada de un banco. De nueve a cinco, tras un escritorio, en gabardina y zapatos de tacón bajo. Almorzando con los tiques de la empresa.

—Bromeas.

—No. ¿Qué creías, que yo era una de esas chicas que caminan por el bulevar Van Nuys con chaqueta de piel? Tengo un título universitario. Lo sabía todo sobre el dinero salvo cómo echarle mano. Estaba allí pagando las letras de un Honda Accord y manteniendo mi apartamentito en Chandler, como todos los demás.

—Y el grandullón te salvó de ti misma.

Suspiró.

—Pobre Fred. Tuvo un ataque de corazón el año pasado. Su hermano se quedó con todo. —Se encogió de hombros—. Pero ¿qué otra cosa cabe esperar de un hombre que come tres cenas seguidas?

Estaba sentada a la mesa en casa de Marvel, viéndolos comer. Miraban la televisión todo el tiempo, se llevaban el tenedor a la boca como muñecos de cuerda, sin saber si era un revuelto de atún o gato gratinado. Yo había empezado a cocinar, le dije a Marvel que me gustaría llegar a ser chef, era un buen modo de ganarse la vida para una mujer. Estaba ganando peso. Mis costillas empezaban a borrararse bajo la

carne. Admiraba mis pechos en el espejo, deseaba que Ray los hubiera visto, los sostenía con mis manos maltratadas. Me gustaba el modo en que se movía mi cuerpo cuando caminaba por la calle. Marvel pensaba que era la edad, decía que me estaba «rellenando». Pero no era eso. Me había estado moviendo demasiado rápido. Había tenido demasiada hambre de convertirme en una mujer.



EL VERANO cayó como un martillo. A las nueve de la mañana ya se podía empezar a temer el calor que haría. Olivia me llevaba a dar paseos en el Corvette, por la carretera 101 y después por alguno de los cañones, Topanga, Kanan Dume, hasta la playa, y recorriamos la autopista de la costa, el viento contra nuestras pieles desnudas al sol, ignorando los gritos de los hombres de otros coches. Nunca me sentí tan hermosa y temeraria.

A veces preparaba ponche de ron y ponía música brasileña en el estéreo: Milton Nascimento, Gilberto Gil, A. C. Jobim. Astrud Gilberto cantaba con interesante monotonía, como si estuviera medio dormida en una hamaca, cantándole a un niño. Nos sentábamos en la sala, en el diván con funda de rayas, los ventiladores girando lentamente en el techo, comiendo mangos con jamón y mirando fotos que Olivia había sacado en Brasil. Decía los nombres de las ciudades en sus susurrantes pronunciaciones portuguesas: Río de Janeiro, Itaparica, Recife, Ouro Preto, Salvador. Fotos de ciudades coloniales pintadas de todos los colores, mujeres negras con vestidos blancos lanzando cirios encendidos al mar. Fotos de Olivia en el carnaval, con un vestido de tela plateada con tajos hasta las axilas, el cabello suelto y revuelto. Tomaba de la mano a un hombre blanco, bronceado y de inexpresivos ojos azules.

—Te encantaría el carnaval —me dijo—. Bailas tres días sin parar.

—Odio las multitudes —dije, borracha del ponche de ron que había hecho, dulce y pesado como un ladrillo—. Siempre temo que me aplasten.

—Suele suceder —comentó Olivia, asintiendo al ritmo de la samba—. Es mejor no caerse en el carnaval.

Al cabo de un rato se puso de pie para bailar. Yo me recosté y la miré, con su pañuelo en la cabeza y su falda envolvente, moviéndose al ritmo sincopado de la samba. La imaginé vestida sólo con la tela plateada y el sudor, bailando entre la muchedumbre palpitante bajo el sol del sur, los aromas del ron y los mangos y Ma Griffe. La música discurría a lo largo de su cuerpo en oleadas, sus pies se desplazaban en pequeños pasos vacilantes, los brazos sé balanceaban como palmeras encima de los codos levantados. Cientos de miles de personas de todos los colores palpitando al sol. —Baila conmigo —dijo.

—No bailo. Soy una chica blanca.

—No digas eso.

Sonreía, moviendo las caderas en círculos sutiles como un arroyo rodeando rocas. Me cogió la mano y me hizo levantar del diván.

Me quedé ante ella, torpe, tratando de imitar sus movimientos, pero aun ligeramente borracha sentía el ridículo que había; la incongruencia con que me movía.

El cuerpo de ella se movía en diez direcciones a la vez, todas armonizadas, flexible como una cinta. Rió y se cubrió la sonrisa con la mano.

—Siente la música, Astrid. No me mires a mí. Cierra los ojos y quédate dentro de ti.

Cerré los ojos y sentí sus manos en mis caderas, moviéndome. Cada cadera parecía independiente de la otra. Me soltó, y traté de mantener el ritmo, dejando que las caderas se balancearan con amplitud. Levanté los brazos y dejé que las ondas de movimiento viajaran a lo largo de mí. Cerré los ojos e imaginé que estábamos en Brasil, en una playa con un bar cubierto de palmeras, bailando alegremente con hombres que nunca volveríamos a ver.

—Oh, Astrid, tienes que venir al carnaval de Río —dijo Olivia—. Les diremos a tus responsables que tu clase va a hacer una excursión a la Campana de la Libertad, y te raptaremos. Por tres días seguidos no dormirás, ni comerás, sólo bailarás. Te prometo que nunca más te moverás como una chica blanca.

Cuando las canciones se hicieron más lentas, me puso un brazo en la cintura y bailó pegada a mí. Su perfume seguía oliendo fresco, pese al calor y el sudor, como los pinos. Ahora yo era tan alta como Olivia, y su abrazo me hacía sentir torpe, la pisaba:

—Yo soy el hombre —dijo—. Todo lo que tienes que hacer es seguirme.

La sentía llevarme, su mano en mi espalda, siempre seca, aun en el calor.

—Estás creciendo tan rápido... —me dijo suavemente al oído mientras bailábamos como las olas en Copacabana—. Me alegra tanto haberte encontrado ahora... En un año o dos habría sido diferente.

Me imaginé que era un hombre, bailando conmigo, susurrándome al oído.

—¿Diferente? ¿Cómo?

—Todo habría estado decidido —dijo—. Ahora estás abierta. Podrías seguir cualquier dirección.

Me hizo describir círculos lentos, enseñándoles a mis pies cómo moverse, a mis caderas a trazar el signo del infinito.

Los vientos de septiembre abanicaban las cosechas de fuegos en las colinas secas de Altadena, Malibú, San Fernando, que se alimentaban de chaparral y casas de madera. El olor del humo siempre me recordaba a mi madre, en un tejado bajo una luna traicionera. Qué hermosa había sido, qué perfectamente libre. Era mi segunda estación de fuegos sin ella. Tiempo de adelfas. Leí que los judíos celebraban en esos días su Año Nuevo, y decidí que yo también calcularía el tiempo a partir de esta estación.

Los coyotes llegaban a la ciudad por la noche, atraídos por la sed. Los veía caminar por la línea central del bulevar Van Nuys. El humo y las cenizas cubrían el estanque como un manto gris. Las cenizas se introducían en mis sueños, yo era la niña ceniza, nacida en estos Santa Anas, nacida para el carbón.

Cuando los fuegos eran más intensos, con una temperatura de cuarenta grados a la sombra, volví al colegio. El mundo ardía, y yo empezaba décimo curso en el instituto Birmingham. Los chicos me lanzaban besos en los pasillos, y me mostraban dinero. Habían oído que yo hacía cosas. Pero yo apenas si podía verlos; no eran más que formas en el humo. Conrad, el chico gordo del parque, estaba en mi clase de dactilografía. Me pasaba porros en el pasillo. Ya no me pedía que se la chupara. Podía ver las llamas en mi cabello, sabía que mis labios lo quemarían. Me gustaba la sensación.

Me sentía como mi madre en la época de las adelfas. «Los amantes que se maten ahora le echarán las culpas al viento».

Le mandé a mi madre dibujos de Olivia, haciendo sopa de quingombó, revolviendo la enorme olla, bailando samba con sus palmas y pies rosados, conduciendo el coche con su pañuelo Grace Kelly atado en la cabeza, haciendo brillar su piel contra el blanco de la tela.

Querida Astrid:

Miro esos fuegos que arden en el horizonte y sólo rezo que se acerquen y me inmolen. Has probado ser exactamente tan retardada como una vez dijeron en tu escuela. Te pegarás a cualquiera que te muestre el mínimo de atención, ¿no es así? Me lavo las manos de ti. No me recuerdes que hace dos años que no vivo en el mundo. ¿Piensas que yo podría olvidar lo largo que ha sido? ¿Me olvidaría de los muchos días, horas y minutos que he estado sentada mirando las paredes de esta celda, oyendo a mujeres con un vocabulario de veinticinco palabras o menos? Y tú me envías fotos de tus paseos por Mulholland, de tu gran buena amiga. Ahórrame tu entusiasmo. ¿Estás tratando de volverme loca?

Prefijo M.

En octubre las hojas empezaron a enrojecer y caer, las ciruelas negras y los arces de hojas de sierra, los gomeros dulces. Volví del instituto a casa, planeando lo que le diría a Olivia sobre un profesor que me había preguntado si podía quedarme después de clases, porque quería hablarme sobre mi «situación vital de hogar», imaginando cómo se reiría cuando imitara su aire de perro apaleado. Quería saber qué clase de hombre era, cuando vi algo que les sacó viento a mis velas, que quedaron flácidas y vacías en medio del mar. El coche de Olivia cubierto por su funda de lona.

Acababa de verla, y no me había dicho nada sobre marcharse. ¿Cómo podía irse y no decírmelo? «Quizá era una emergencia», pensé, pero aun así podría haberme dejado una nota en alguna parte, y yo la habría encontrado. Esperé dos días, tres, pero las hojas seguían acumulándose en su patio, y caían sobre la funda del coche como papeles japoneses.

Yo me encerraba en mi cuarto en casa de Marvel, malhumorada. Fumaba y dibujaba las cortinas. Las rayas eran lo único que me interesaba en ese entonces, lo único que tenía sentido. No le escribía mi madre, no podía soportar que se alegrara por mi pérdida. Me escribió ella, y me dijo que había iniciado correspondencia con un profesor de lenguas clásicas cuyo nombre tenía tres iniciales. Él le mandaba traducciones originales de algunos de los pasajes más obscenos de Ovidio y Aristófanes. Decía que le gustaba el contraste con las esquelas de Dan el *Hombre Wylie*. También tenía un vivaz intercambio en marcha con un editor de una pequeña imprenta de Carolina del Norte, y con Hana Gruen, una famosa feminista de Colonia que había oído hablar de su caso. Me escribió sobre su nueva compañera de celda, pues había logrado librarse al fin de la anterior, enviada a la Unidad de Terapia Especial delirando sobre brujería. Por supuesto, nada de todo lo cual tenía que ver conmigo, excepto los dientes.

Querida Astrid:

Tengo un diente flojo, recuerdo de un contratiempo en Barneburg B. No puedo permitirme perder un diente aquí: la idea de un dentista de cárcel es demasiado grotesca. Me imagino un hombre flaco, tembloroso por un Parkinson precoz, rubicundo por el alcoholismo, con un largo prontuario de denuncias por mala praxis. O una mujer corpulenta, auténtica matarife de cerdos, practicando operaciones sin anestesia y gozando con los gritos de la víctima.

Astrid, cuida tus dientes. Ahora nadie te llevará a un buen dentista. Si algo anda mal, los dejarán pudrirse en su lugar y tendrás que sacártelos todos cuando tengas 24. Yo les paso hilo dental todos los días, aun aquí, los froto con sal, me masajeo las encías. Trata de tomar vitamina G y, si no tela compran, come naranjas.

MAMMY YOKUM

«Al menos ella no podía desaparecer», pensé mientras doblaba la carta y volvía a meterla en el sobre. Pero ella tampoco podía verme. Necesitaba que Olivia volviera y me alimentara.

La luna tenía un anillo de agua, un ojo de cuervo en la niebla. Era el 1 de noviembre. No le dije a nadie que era mi cumpleaños. Celebrar un cumpleaños sin Olivia era peor que olvidarlo. Me sentía como un cuadro de Ícaro cayendo al mar, todo lo que se podía ver de mí eran mis piernas, y los campesinos y el buey seguían arando.

Salí al patio trasero, al aire frío, me senté a la mesa de pícnic y me froté la mejilla contra el hombro de cachemira azul. Ya tenía un agujero en el pecho. Desmenucé los restos del porro en una lata de cerveza, y la arrojé por encima de la verja del fondo, haciendo ladrar al perro. Deseé que estuviera allí el hombre del BMW, era su hora de

la noche, y Olivia le pondría la versión de Oliver Nelson de *Stolen Moments*. Encenderían un fuego en la chimenea, bailarían lento, como bailaba Olivia conmigo, él le susurraría cosas al oído, como ella me las había susurrado a mí. Ahora yo sabía bailar, pero ella me había dejado sin música.

Me ceñí el jersey y miré la luna velada. Oía risas desde la casa: Marvel y Ed en su dormitorio, mirando a Leño. Yo acababa de enrojecerle el cabello para el otoño, con Llama Otoñal. Me estremecí bajo el húmedo manto de niebla en la mesa de pícnic, todavía con olor de tinte en las manos, pensando en el niño Aquiles. Pero esto no era una prueba intencional, y las únicas estrellas en el cielo eran las luces de los aviones que volvían a Burbank desde el oeste.

Pensé en cómo sería el crepúsculo en este momento en Hawai, y el caluroso mediodía con olor a *curry* en Bombay. Allí era donde yo debería estar. Me teñiría el pelo de negro y usaría gafas de sol, me olvidaría de Olivia, de Marvel, de mi madre, de todo. ¿Por qué no me dijo que se marchaba? ¿Pensó que no me importaría, no sabía cuánto dependía de ella? Sentí la esperanza escurrírseme entre los dedos como jugo de pescado.

¿Yo era acaso la que traía mala suerte, el trozo de basura espacial arrojado desde la cápsula? Nadie que me viera, nadie que me notara. Deseé estar de vuelta con Ray, que él pudiera sostenerme con su mirada, devolverme a la tierra. Me provocaba náuseas flotar ingrávida y girando en el resplandor blanquecino de las rocas lunares, el silencio fúnebre de los cipreses. Ya no había flores de jacarandá. Era un paisaje que podría haber pintado Van Gogh.

Estaba cansada de que la luna me mirase con tanta indiferencia, cansada del paisaje lunar con sus rocas blancas. Lo que necesitaba era más espacio. Me deslicé fuera, cuidando de cerrar la portezuela de la verja sin hacer ruido. Las naranjas no recogidas difundían su aroma resinoso en el aire húmedo, recordándome a ella. Y entonces pensé en mi madre y sus dientes, su vitamina C. Mi vida ridícula. Pisé las hojas secas acumuladas en los bordillos, canturreando una melodía agridulce de A. C. Jobim. A estas alturas ya debería haber aprendido que no debía esperar nada de la vida, en lugar de entregarme al síndrome de Estocolmo.

Un perro blanco emergió de la niebla y lo llamé, contenta de tener alguna compañía. Otro extraviado. Pero empezó a ladrarme, con tanta fuerza que sus patas delanteras no tocaban la calzada.

—No ladres. Tranquilo.

Fui hacia él, para acariciarlo, pero apareció otro perro, uno pardo, y después un tercero, un husky de ojos azules. El pardo me mostró los dientes. El enorme husky ladró. Yo no sabía si seguir caminando o retroceder lentamente.

—Largo de aquí —dije. Me bloqueaban el camino. Grité, con la esperanza de asustarlos, o de que alguien oyera, pero las casas volvían a la calle sus caras inexpresivas de portones de garaje—. ¡Largo!

Empecé a retroceder, pero el perro más chico corrió, saltó y me lanzó un mordisco a la pierna.

—¡Por favor, que alguien se lleve estos perros! —rogué.

Pero mi voz rebotó en las casas, cerradas tras barras de hierro y vallas de alambre y puertas de seguridad.

Y cuando el perro pardo vino hacia mí, gruñendo, recordé lo que había logrado olvidar por unos meses: que siempre sería así. El perro pardo hincó los dientes a través de mis tejanos.

Grité pidiendo auxilio y eso pareció excitarlos: el husky me derribó, mordiéndome los brazos, que yo levantaba para protegerme la cara. Grité más, sabiendo que no había nadie que me oyera. Era un sueño que ya había soñado, pero ahora no despertaría, y le recé a Jesús del modo desesperanzado en que rezan los que saben que Dios no existe.

Hasta que oí gritos en español. Pasos presurosos. Metal resonando contra hueso. Los dientes que soltaban, ladridos agudos y dolorosos. Gruñidos, gemidos, pezuñas rascando el asfalto, los golpes de una pala. La cara de un hombre miraba la mía, una cara desencajada por la alarma. No supe qué estaba diciendo pero me ayudó, me pasó un brazo por la cintura, me llevó a su casa. Tenían una hilera de patos de cerámica en el alféizar de la ventana. Estaban viendo boxeo en español. Las manos frenéticas de la esposa, una toalla blanca que se ponía roja. El marido marcaba un número en el teléfono.

Ed me llevó a la sala de urgencias, con un pañuelo en la cara y una toalla en el regazo para absorber la sangre que me corría por los brazos. Me hizo beber un trago del Jim Beam de la guantera. Supe que tenía que ser grave, para que Ed compartiera su bebida. No quiso acompañarme más allá de la recepción de urgencias. Había límites. Yo no era su hija, después de todo. Se sentó en la sala de espera y miró el televisor atornillado a la pared, en el que Leño le daba la mano al siguiente invitado. No se había perdido mucho.

Yo temblaba mientras la mujer llenaba la ficha. Después la enfermera pelirroja me llevó por un pasillo. Le dije que era mi cumpleaños, que tenía quince años, que Ed no era mi padre. Me apretó la mano y me hizo acostar en una cama estrecha y crujiente, me dio una inyección, algo bueno para relajarme, o quizá porque era mi cumpleaños. Se lo agradecí mentalmente. Si te van a maltratar, al menos que haya drogas. Me desnudó, y los jirones del jersey me hicieron llorar.

—No lo tire —rogué—. Démelo.

Apreté los jirones de mi vida de lujo contra el lado bueno de mi cara mientras ella limpiaba las heridas, sintiendo una hermosa insensibilidad. Dijo que si dolía, no tenía más que decírselo. El ángel pelirrojo. Amaba a las enfermeras y los hospitales. Mi único deseo era yacer dentro de un capullo de gasa y que esa mujer dulce se ocupara de mí. Su tarjeta ponía que se llamaba Katherine Drew.

—Tienes suerte, esta noche está de turno el doctor Singh —dijo Katherine Drew—. Su padre era sastre. Hace trabajos a medida. Es el mejor.

Su boca sonreía, pero sus ojos se compadecían.

Vino el doctor, que hablaba con un acento que lo hacía sonar como una broma, como una película con Peter Sellers que vi una vez. Pero los ojos castaños del doctor Singh cargaban con el peso de todas las emergencias que había visto en su vida, la sangre, las carnes desgarradas, la fiebre y los disparos; era un milagro que pudiera abrirlos. Empezó a coser, la cara primero. Me pregunté si sería de Bombay, si sabría que en este momento allí era mediodía. La aguja era curva, el hilo negro. La enfermera Drew me sostenía la mano. Estuve a punto de desmayarme y ella me trajo zumo de manzana tan dulce como jarabe para la tos. Me dijo que si no encontraban a los perros, yo tendría que volver.

Cada vez que sospechaba que estaba por sentir dolor, pedía otra inyección. No tenía sentido intentar ser valiente. Aquí no se trataba de ser vikinga. En el techo de la sala de urgencias había un póster de peces. Yo quería volver bajo el mar, flotar en el coral y las algas, el cabello como hierbas marinas, cabalgar una raya en huida silenciosa. Ven conmigo, madre. A ella le gustaba nadar, el cabello como un abanico, el canto de una sirena. Cantaban sobre las rocas, peinándose. Madre... Mis lágrimas fluían de la nada, como una fuente de una roca. Todo lo que quería era su mano fría en mi frente. ¿Qué otra cosa había? Donde estuvieras tú, estaba mi hogar.

Veintidós puntos después, Ed hizo su aparición, con la cara grisácea y la gorra de béisbol en la mano.

—¿Puedo llevármela? Tengo que trabajar por la mañana.

La pelirroja enfermera Drew me sostuvo la mano mientras le daba a Ed Turlock instrucciones sobre cómo limpiar mis suturas con agua oxigenada y le ordenaba que me trajeran dentro de dos días para controlar la cura, y una semana después para sacar los puntos. Asintió pero no estaba escuchando, y mientras firmaba los papeles explicaba que yo sólo era una chica a su cuidado a causa de un programa de salud del condado.

No hablamos en el camino de vuelta. Yo miraba los carteles que pasábamos: Pie N Save, Asesor Psíquico, AA, Odisea Capital, Mundo Marino. Si fuera su hija habría venido conmigo. Pero yo no quería ser su hija. Agradecía no tener una sola gota de sangre suya. Acunaba el jersey ensangrentado en mis manos. Cuando llegamos a casa, Marvel nos esperaba en la cocina con su raída bata azul y su cabello Llama Otoñal.

—¿En qué diablos estabas pensando? —Gesticulaba con sus manos regordetas. De no haber sido por los vendajes, me habría abofeteado—. Paseando sola por la calle en plena noche. ¿Qué esperabas?

Pasé por su lado y tomé el primero de los Vicodins con agua del grifo. Fui a mi cuarto sin decir palabra, cerré la puerta y me tendí en la cama. Perversamente, estaba contenta por los puntos, contenta de que se vieran, de que quedaran cicatrices. ¿De

qué servía que a una la hirieran por dentro? Recordé a la chica con los tatuajes en Crenshaw. Tenía razón, era algo que debía mostrarse.



LAS COSTURAS me recorrían mandíbula y mejilla, brazos y piernas. Todos en el instituto Birmingham seguían mirándome, pero de un modo diferente, no porque yo fuera una puta niña sino porque era un monstruo. Me gustaba más así. La belleza era engañosa. Yo prefería mostrar mi dolor, mi fealdad. Marvel insistía en que me cubriese las cicatrices con maquillaje, pero yo no quería. Estaba desgarrada y cosida, era un territorio devastado, y tendrían que verlo. Deseaba que se descompusieran de asco. Deseaba que siguieran viéndome en sueños.

Olivia seguía ausente, su Corvette enfundado y silencioso, los aspersores del jardín se abrían a las ocho de la mañana por siete minutos exactamente, las lámparas se encendían a las seis de la tarde por control remoto. Las revistas se apilaban en el umbral. Las dejé ahí. Esperaba que lloviera y se estropearan sus Vogue de dieciséis dólares.

Qué fácil era. Yo me aferraba como una lapa a cualquiera que me mostrara la menor atención. Me prometí que cuando volviera me mantendría distante, aprendería a estar sola, eso es mejor que la decepción cuando te encuentras sola de todos modos. La soledad era la condición humana, tenía que habituarme a ella.

Pensaba en ella cuando me sentaba bajo las gradas con Conrad y sus amigos, fumando hierba. Los chicos eran fáciles, en eso tenía razón Olivia. Yo sabía lo que querían, y podía dárselo o no. Para qué me necesitaba ella, para nada. Ella podía comprarse una pulsera de Georg Jensen, un jarrón de Roblin.

Por Navidad volvió a hacer calor y el smog se espesaba sobre el valle, como un vasto dolor de cabeza sobre un terreno derrotado, oscureciendo las montañas. Olivia había vuelto, pero yo no la había visto, sólo sus huellas visibles, entregas y hombres. En casa de Marvel toda la actividad se centraba en las fiestas navideñas. Arrastramos el árbol artificial hasta ponerlo frente al garaje, pusimos cuerdas de oropel coloreado alrededor de cada puerta y ventana, y encendimos el cartel de Santa Claus y los renos en el techo.

Vinieron parientes que no me fueron presentados, yo pasaba la bandeja con el ponche y los platitos con quesos. Se sacaron fotos en grupos de los que no fui invitada a participar. Yo tomé ponche de huevo de la ponchera de los adultos, encendido con *bourbon*, y salí cuando ya no pude soportarlo más.

Me senté en la casa de juegos de los niños a oscuras, fumando un Tiparrillo que había encontrado en un paquete olvidado por alguien. Oía los villancicos de Navidad que Marvel ponía todo el tiempo, *Joey Bishop Christmas*, *Neil Diamond at Bethlehem*. Al menos Starr creía en Cristo. Habíamos ido a la iglesia, y visitado el pesebre de paja con el bebé Jesús, el Rey recién nacido.

De todas las fechas clave del calendario sentimental norteamericano, la Navidad era la que más odiaba mi madre. Recordaba el año que volví a casa con un ángel de papel que había hecho en la escuela, con círculos dorados en las alas de papel transparente, y ella lo tiró directamente a la basura. Ni siquiera esperó a que yo me fuera a la cama. En Nochebuena, siempre leía «La segunda venida» de Yeats: «Qué bestia cerril... se arrastra hacia Belén...». Tomábamos vino calentado con especias y tirábamos las piedrecitas de las runas. Se negaba a escucharme cantar villancicos con mis compañeros en la escuela Cheremoya. Se negaba incluso a llevarme a la escuela esos días.

Ahora que había acompañado a Marvel por todos los centros comerciales, escuchado hasta el hartazgo villancicos enlatados, y probado los pendientes navideños de Marvel, empezaba a acercarme al punto de vista de mi madre.

Me quedé en la casita de juegos oscura e imaginé que estaba con ella en Lapland, en una cabaña de madera pintada, donde el invierno duraba nueve meses y usábamos botas de felpa y tomábamos leche de reno y celebrábamos el solsticio. Atábamos tenedores y sartenes a los árboles para ahuyentar a los malos espíritus. Tomábamos miel fermentada y comíamos hongos que recogíamos en otoño y nos producían alucinaciones. Los renos nos seguían cuando salíamos a orinar, ávidos de la sal de nuestros cuerpos.

En la casa, el hermano de Ed, George, estaba disfrazado de Santa Claus, borracho. Podía oír su risa por encima de las otras voces. Ed estaba sentado en el sofá a su lado, más borracho todavía, pero era un borracho silencioso. Justin recibió un juego de carreras de coche que costaba una semana de sueldo de Ed; Caitlin, un coche de Barbie para andar. Todos mis regalos provenían de la tienda de noventa y nueve centavos. Un llavero con linterna. Una camiseta con un osito estampado. La estaba usando en este momento, por insistencia de Marvel. Fumé mi Tiparrillo y encendí y apagué la linterna, un latido en la nariz del reno guía en el cartel de Santa Claus del techo. Estábamos teniendo una conversación secreta, el reno y yo.

Pensé en lo fácil que uno podía matarse cuando estaba borracho. Meterse en la bañera, quedarse dormido, ahogarse. Ninguna tortuga podría acudir al rescate, ningún avión de vigilancia lo detectaría. Saqué la navaja de mi madre y jugué a clavarla entre los dedos en el suelo de madera. Estaba borracha, así que me hería con frecuencia. Alcé la mano y sentí la satisfacción de ver mi sangre, la misma satisfacción que sentía al ver las cicatrices en mi cara que la gente miraba un instante antes de desviar la vista. Habían creído que era hermosa, pero se equivocaban, y ahora podían ver qué fea y mutilada era.

Puse el filo de la navaja contra mi muñeca, apreté suavemente, pensando qué se sentiría, pero sabía que no era el modo. La vena se abría de arriba abajo. Había que tomar en cuenta la estructura interior.

Cuál era la estructura interior de esto, eso es lo que yo necesitaba saber: Joey Bishop cantando Jingle Bell Rock, poetas durmiendo en literas atornilladas a la

pared, y hermosas mujeres tendidas debajo de hombres que engullían tres cenas seguidas. Niños abrazados a jirafas de peluche, que lloraban o se paseaban en coches Barbie de plástico, y hombres a los que les faltaban dedos que añoraban a sus amantes de catorce años, mientras mujeres con siluetas de estrellas porno gemían pidiendo compasión al Espíritu Santo.

Si pudiera pedir un deseo, Jesús, sería dejar que mi madre viniera a mí. Estaba cansada de chupar el rodo recogido en las velas. Cansada de estar sola, de caminar y comer y pensar por mí misma. No lograría sobrevivir.

Franjas de luz escapaban de los postigos de la casa de Olivia. No había hombres esta noche. Estaban en su hogar con sus buenas esposas o novias. ¿Quién quería una puta en Navidad?

Oh, Cristo. Había pasado tanto tiempo con Marvel que empezaba a contagiarme. Lo siguiente sería hacer bromas raciales. Olivia era Olivia. Tenía algunos muebles y relojes bonitos, una alfombra y un loro embalsamado llamado Charlie, mientras que yo tenía algunos libros y una caja, y un jersey de Cachemira desgarrado y un diagrama con excrementos de animales. No era tanta la diferencia. Bien pensado, ninguno de nosotros tiene mucho.

Así que fui a la casa vecina. Esta noche nadie lo notaría. Su patio olía a cebollinos. Llamé, oí sus pasos. Abrió la puerta. Su expresión de sorpresa me recordó que no me había visto desde noviembre.

Me hizo entrar y cerró la puerta. Llevaba un camisón de satén gris plata y una bata de noche. Había estado escuchando la música que yo había oído aquella primera noche, la mujer con lágrimas en la voz. Se sentó en el sofá y tiró de mi mano, pero yo me resistí. Apenas si se atrevía a mirarme. Scarface, decían los chicos. Frank N. Stein.

—Dios santo, ¿qué te ha pasado?

Quise pensar en una respuesta inteligente, algo frío y sarcástico. Quise herirla. Ella me había dejado caer, me había abandonado. No se lo había pensado dos veces.

—¿Dónde estabas? —pregunté.

—En Inglaterra. ¿Qué le ha pasado a tu cara?

—¿Te divertiste en Inglaterra?

Cogí el estuche del CD que había sobre la mesa, una mujer negra con una cara llena de luz, una flor blanca en la Oreja. Cantaba algo triste, sobre la luz de la luna entre los pinos. Billie Holiday, se llamaba. Sentía a Olivia mirándome la cara, las cicatrices en los brazos asomando bajo las mangas. Ya no era hermosa. Ahora se me veía como lo que era, una herida abierta. No me querría más a su lado.

—Astrid, mírame.

Dejé el estuche. Había un pisapapeles nuevo, de un azul granulado con figuras blancas. Era pesado y frío en mi mano. Me pregunté qué haría Olivia si yo lo arrojaba contra la mesa, y lo hacía añicos. Estaba borracha, pero no tanto. Lo devolví a su lugar.

—En realidad es un mundo de perros. ¿Lo sabías? Hacen lo que quieren. Además fue mi cumpleaños. Ahora tengo quince.

—¿Qué quieres, Astrid? —me preguntó en voz baja, hermosa como siempre, tan elegante, con su suave rostro intacto.

Yo no sabía lo que quería. Quería que me abrazara, que lo sintiera por mí. Quería pegarle. Quería que no supiera cuánto la necesitaba. Quería que me prometiera que nunca se volvería a ir.

—Lo siento mucho.

—No lo sientes en realidad —dije—. No disimules.

—¡Astrid! ¿Qué he hecho, además de irme de viaje? —Sus palmas rosadas estaban ahuecadas, ¿con qué esperaba que yo las llenase? ¿Con agua? ¿Con sangre? Se alisó la falda de satén—. No es un crimen. Lamento no haber estado, ¿de acuerdo? Pero no he hecho nada malo.

Me senté en el sofá y apoyé los pies en la mesita de café entre las antigüedades. Me sentía como una niña malcriada, y me gustaba. Ella se acercó hacia mí en el sofá y pude oler su perfume, verde y conocido.

—Astrid, mírame. Lo siento. ¿Por qué no quieres creerme?

—No compro magia. No soy uno de tus trucos. Oye, ¿tienes algo de beber? Quiero emborracharme de verdad —dije.

—Iba a tomar café y coñac. Te dejaré beber una copita.

Me dejó allí escuchando a Billie Holiday cantar mientras iba a la cocina. No le ofrecí ayuda. En un minuto volvió con vasos, una botella de coñac y café en una bandeja. Tan perfecta en todo, hasta en el modo de poner la bandeja sobre la mesa, manteniendo la espalda recta, doblando las rodillas.

—Escucha —dijo, sentándose a mi lado—. La próxima vez te mandaré una postal, ¿de acuerdo? Ojalá estuvieras aquí, amor...

Sirvió coñac en las copitas.

Bebí el mío de un sorbo, sin siquiera saborearlo. Probablemente tenía quinientos años, y lo habían traído en la Niña, la Pinta y la Santa María. Ella miró el interior de su copa, lo hizo girar, olió, bebió un sorbo.

—No soy la persona más considerada del mundo —dijo Olivia—. No soy de las que mandan tarjetas de cumpleaños. Pero lo intentaré, Astrid. Es todo lo que puedo hacer.

Estiró una mano para tocarme la cara, pero no lo consiguió. La mano cayó en mi hombro. La ignoré.

—Oh, vamos —dijo Olivia, sacando la mano y echándose atrás sobre los almohadones—. No te enfades. Estás comportándote como un hombre.

Aparté la vista y miré nuestro reflejo en el espejo sobre la chimenea, la belleza del cuarto, de Olivia en su camisón plateado como mercurio a la luz de la luna. Y además estaba esta desdichada chica rubia que parecía venida de otra película, la cara marcada por cicatrices, su camiseta de 99 centavos, su cabello sin cepillar.

—Te he traído algo de Inglaterra —dijo Olivia—. ¿Quieres verlo?

No la miré. ¿Creía que un regalo lo arreglaría todo? Pero no pude evitar mirar su paso hermosamente lento cuando fue hacia la parte trasera de la casa, el satén plateado arrastrándose tras ella como un perrito. Me serví más coñac, lo hice girar en la copa y vi cómo el líquido se separaba en vetas y se reunía en el fondo ambarino. Su aroma era fuego y fruta, y ardía al bajar. Me sentía exactamente como sonaba Billie Holiday, como si hubiera llorado todo lo posible y aún no fuera suficiente.

Volvió con una pequeña caja blanca y la puso en mi regazo.

—No quiero cosas —dije—. Sólo quiero sentir que le importo a alguien.

—¿No la quieres entonces? —bromeó, haciendo un gesto como para cogerla.

Abrí la caja que tenía el logo de Penhahgon, y anidado en papel de seda había un frasco antiguo de perfume, plata y cristal con un tapón envuelto en encaje, lleno con un perfume teñido apenas de rosa. Lo puse en la mesa.

—Gradas.

—Venga, alegre esa cara. Toma, huele.

Lo cogió y me rodó con una delicada neblina accionando el Sapon con encaje.

Me sorprendió la fragancia, nada parecido a Ma Grife olía a las pequeñas flores silvestres que crecen en los sombríos bosques ingleses, olía a una niña con enaguas que hacía coronas de margaritas, una niña de cuento de hadas Victoriano.

Cuando Olivia sonrió, el encanto de sus dientes prominentes me afectó de un modo en que no podía hacerlo su perfección:

—¿No es tu perfume ideal?

Lo tomé de sus manos y lo rocié sobre mi cabeza de modo que me cayera como una pequeña lluvia. Que lavara mis pecados. Que me hiciera una niña que nunca había visto los incendios de septiembre, a la que nunca le habían disparado, que nunca se había arrodillado ante un chico tras los baños de un parque. Una niña de poema infantil con un vestido azul y un corderito en brazos, en el jardín de una casa de campo. Era yo, después de todo. No sabía bien si reír o llorar, así que volví a llenarme la copa.

—Basta con eso —dijo ella, llevándose la botella.

Sin alcohol, mis cicatrices latían. Sabía que Olivia no podía amarme. Hacía lo mejor que podía, me compraba un poco de infancia en un frasco, con autorización de la Reina.

—Gracias, Olivia, de verdad —dije.

—Así está mejor.

A la mañana siguiente me desperté dolorosamente enroscada en el diván de Olivia. Alguien me había sacado los zapatos, pero el frasco de perfume rosa seguía en mis manos. O hacía calor, o yo tenía fiebre, y un dolor de cabeza que me hacía palpar los costados del cráneo como un tambor africano. Metí los pies en los zapatos y fui en busca de Olivia.

Estaba tirada sobre la colcha de su cama de baldaquino, desvanecida por el alcohol, todavía con la bata puesta, las piernas torcidas en ángulos rectos como si estuviera corriendo en sueños. El reloj de la mesita de noche marcaba las once. Corrí por el pasillo y salí fuera.

Estaba a la mitad del jardín de Olivia cuando salió Marvel de la casa turquesa, con el coche de Barbie de Caitlin en brazos. Me miró. Su boca se abrió cuán grande era. El único color que le quedó en la cara fue el Llama Otoñal del pelo.

Si no hubiera tenido tanta resaca, se me habría ocurrido algo. Pero nos miramos y comprendí que me había atrapado, con el romero y el alisón hasta la rodilla, congelada como un ciervo. Luego, todo fue gritos y confusión. Ella corrió hada la verja mientras yo retrocedía un par de vacilantes pasos hacia la casa de Olivia. Me cogió por el pelo y me empujó. Incliné bruscamente la cabeza para olerme el aliento.

—¿Emborrachándote con la puta? ¿Has dormido con ella también? —Me abofeteó, sin preocuparse por mis cicatrices, su voz reverberando en mi cráneo como un disparo en una cueva. Mientras me arrastraba hada la casa turquesa, volvió a abofetearme en la cabeza, en los brazos, dondequiera que pudiera acertarme—. ¿Qué estabas haciendo ahí? ¿Has pasado la noche ahí? ¿Sí? ¿Sí?

Me acertó con un golpe en el oído, y el perfume Penhaligon saltó de mi mano y se estrelló en el suelo.

Me liberé de ella, me arrodillé junto al frasco roto dentro de su, jaula de plata, el perfume ya corriendo por el asfalto. Puse mis manos en el charco. Mi infanda, mi jardín inglés, ese pequeño trozo de algo real.

Marvel me cogió del brazo y me obligó a levantarme, gritando:

—¡Eres una ingrata!

La tomé por los dos brazos y le grité en la cara:

—¡Te odio tanto que podría matarte!

—¡Cómo te atreves a levantarme la mano!

Era mucho más fuerte de lo que yo había creído. Se liberó en un segundo, y me abofeteó tan fuerte que vi estrellitas. Me cogió: por la axila y me llevó hacia la casa, pateándome cada pocos pasos.

—¡Entra en la casa, entra de una vez!

Abrió la puerta y me empujó dentro. Atravesé el caos que había quedado de la fiesta, vasos sucios y fuentes y envoltorios de regalos. Los chicos alzaron la vista de sus juguetes nuevos, y Ed de su partido de fútbol. Fui tambaleándome hasta el estante de miniaturas, y el plato de *Mujercitas* de Marvel cayó y se hizo pedazos. Ella gritó y me golpeó en la cabeza, y volví a ver estrellitas.

—¡Lo hiciste a propósito! —Me hizo caer, y temí que restregara mi cara en los vidrios rotos. Me pateó en las costillas—. ¡Recógelo!

Los chicos estaban gritando.

—Oh...

Caitlin corrió hacia mí, con los brazos extendidos.

Marvel la apartó y llevó a los dos niños al patio mientras yo recogía los pedazos, llorando. No lo había hecho a propósito, pero podría haberlo hecho si lo hubiera pensado. Ella había roto mi perfume, algo real, con autorización de la Reina, hecho con kilos de flores inglesas de primavera, no una copia de una ilustración de un libro para niños. Cuando volvió me arrojó la escoba:

—Ahora barre el resto. —Se volvió hacia Ed—. ¿Sabes dónde la encontré? Saliendo de la casa de esa negra, y pasó la noche allí. ¿Así es como nos paga todo el trabajo y las preocupaciones?

Ed subió el sonido del televisor.

Arrojé a la basura todas las piezas grandes, Jo y Amy y Beth, la otra, y Marmee. Rotas. Bueno, así son las cosas, Marinee. Un pequeño accidente y todo se va al infierno para siempre. A Jo no le gustará su familia de acogida, la llevarán a otro lado. Amy será adoptada, es bonita, pero nunca la volverás a ver. Beth se quebrará y la otra hará cosas en el parque a cambio de drogas. Digan adiós a la chimenea, hola a mi vida.

Barrí las astillas, cuidando de no dejar ninguna, porque Caitlin siempre andaba descalza.

—Y cuando termines con eso, empieza a ordenar la casa. Yo iré a decirle un par de cosas a esa puta.

Por la ventana de la cocina vi cómo cruzaba el patio y se metía en el de Olivia, oí el golpe de la verja pero sin quedar cerrada. Estaba aporreando la puerta de Olivia, gritando:

—Despiértate, puta, culo de rata, mierda viviente. No te acerques a esa chica, ¿me oyes, negra?

Todo el mundo en el barrio estaba en casa esa mañana de Navidad, escuchando esto mientras celebraban el nacimiento del Niño Dios. Muy bonito, Marvel. Adelante, chica. Muéstrales a todos de qué estás hecha. Mi único consuelo era que Olivia no podía oírla, dormida profundamente como estaba en el fondo de la casa. Marvel arrancó puñados de las flores de Olivia mientras volvía a casa, arrojando las plantas arrancadas de raíz contra los postigos de las ventanas.

Con náuseas y dolor de cabeza, pasé el resto del día recogiendo papel de envoltorio y barriendo palomitas de maíz y cacahuets y lavando fregadero tras fregadero de platos. Marvel no quería darme descanso. Decía todo el tiempo: «Te hiciste la cama, ahora duerme en ella».

Más tarde llegaron los policías. Los chicos querían verlos, pero Marvel salió y cerró la puerta. Desde la sala vimos cómo movía la boca y gesticulaba con su brazo carnosos señalando la casa de Olivia.

—¿Qué quieren? —preguntó Justin.

Eran las tres de la tarde y estaba en pijama, con los ojos vidriosos de tanta televisión y azúcar y juguetes nuevos.

—El perro de alguien se ha extraviado —dije.

Marvel abrió la puerta y me llamó.

Salí, puliendo el zafiro de mi odio.

—*Jawohl* —dije en un susurro.

Los ojos de Marvel me rociaron con ácido, y la piel se me ampolló bajo su mirada. Eran dos hombres blancos; el mayor de ellos me llevó a un lado.

—Dice que has pasado la noche con la vecina. Técnicamente es una huida.

Pasé el peso del cuerpo de una pierna a otra, y el latido de la cabeza acompañaba cada movimiento. Si respirara profundo podría oler a flores inglesas. El comentarista de fútbol gritaba excitado desde la casa, y los ojos del policía se desviaron brevemente en esa dirección. Después recordó lo que se suponía que debía estar haciendo y volvió su atención a mí.

—¿Esa mujer te dio alcohol?

—No. Marvel y Ed organizaron una gran fiesta de Nochebuena. El ponche tenía alcohol. —El brillo de mi zafiro, oficial. Vea cómo brilla. Nada en la manga—. ¿A usted lo hacen trabajar en Navidad?

—Triple turno —dijo—. No imaginas la cantidad de casos que hay que atender. ¿Qué hiciste en la casa de al lado?

—Escuchamos música, charlamos.

—¿Y pasaste toda la noche?

—Bueno, aquí había demasiado ruido para dormir.

Se tiró del carnosos lóbulo de la oreja.

—¿Vas mucho por allí?

Me encogí de hombros.

—Es una vecina simpática, pero está muy ocupada. Viaja mucho.

—¿Alguna vez te ha presentado a alguno de sus amigos?

Negué con la cabeza, y dejé que mi boca se abriera, en gesto ligeramente idiota, como si no entendiese nada. ¿Se refiere a si alguna vez me arregló una cita con uno de sus clientes? ¿Si me vendió al hombre del BMW en una bandeja como *Pretty Baby*? Quise reírme en su cara.

—¿Alguna vez te habla sobre su trabajo? —dijo sin alzar la voz, acariciándose el bigote en forma de cepillo.

—Trabaja en un restaurante, creo.

Me vino no sé de dónde.

—¡Miente más que habla! —gritó Marvel desde donde estaba hablando con el otro policía, los ojos entrecerrados de rabia.

Le volví la espalda para que no pudiera leerme los labios:

—Marvel la odia porque es bonita y no tiene hijos por los que preocuparse. Siempre la está llamando «negra» y «puta». Es vergonzoso, pero qué puedo hacer, soy sólo una chica a su cargo. Lo hace con todo el barrio, pregunten a cualquiera. Los hispanos son mierda, los judíos son perros, y todo el mundo la odia.

Probablemente este oficial tenía los mismos hábitos racistas, pero no en público.



Me enviaron adentro, pero miré desde la ventana de la cocina cómo los policías cruzaban el patio de Olivia y llamaban a la puerta. Cinco minutos después estaban de vuelta. Oí a Marvel gritando:

—¿No van a arrestarla?

El coche patrulla partió lentamente sin Olivia Johnstone.

Las cosas volvieron a la normalidad durante el resto de las vacaciones de Navidad, salvo que ahora Marvel me vigilaba como a una ladrona de tiendas. No más «escapadas» al mercado o la librería, no más sesiones de «ejercicio». Pero en general dejó de gritarme, y se limitaba a decirme lo que debía hacer, y por lo demás me trataba como a una esclava. Me dejó sola con los chicos la noche de Año Nuevo, aunque llamó cuatro veces para asegurarse de que yo estaba allí. Le dejé mensajes a Olivia en el contestador, pero nunca atendió.

EL PRIMER día de clases después de las vacaciones de invierno recibí una hojita amarilla en la que se me citaba, durante la tercera hora. La hojita me llevó hasta una asistente social que esperaba en la oficina con la vicedirectora de niñas. La vicedirectora me dijo que vaciara mi taquilla y dejara mis libros en el escritorio de entrada. En ningún momento me miró a la cara. La nueva asistente social dijo que tenía mis cosas en el coche.

Marqué mi combinación y vacié mi taquilla de libros. Estaba asombrada, y de algún modo no lo estaba. Qué propio de Marvel hacer esto mientras yo estaba en el colegio, sin una palabra de advertencia. Estaba en su casa, y de pronto ya no. Nunca volvería a verla, nunca tendría la oportunidad de despedirme de Olivia.

La asistente social, señorita Cardozo, me estuvo reprendiendo todo el camino de vuelta a la ciudad, por la autopista Ventura.

—La señora Turlock me lo contó todo. Que estabas tomando drogas y escapándote. ¡Con niños pequeños en la casa! Te llevo a un lugar donde aprenderás a comportarte.

Era una mujer fea con una cara ancha de piel áspera y gesto adusto.

No me molesté en discutir. Nunca volvería a hablar con nadie.

Pensé en las mentiras que les diría Marvel a los niños para justificar mi ausencia. Que me había muerto, o que me había escapado. Pero no, eso no era propio de Marvel, la mujer con tarjeta de Hallmark, que se teñía el pelo a puerta cerrada. Pensaría en algo completamente opuesto, algo que podría pintarse en un plato decorativo: que me había ido a vivir con mi abuelita a una granja, donde tenía ponies y tomaba helados de crema todo el día. Aunque me dolía admitirlo, comprendí que Olivia probablemente se sentiría aliviada. Me echaría de menos un poco, pero no era su estilo añorar mucho a nadie. Había demasiadas tarjetas doradas golpeando a su puerta. Preferiría adorar jerséis caros. Me abracé la cintura y me encogí en el asiento. Si hubiera tenido más energía habría abierto la portezuela y me habría dejado caer bajo el camión de dieciséis ruedas que adelantábamos.

Mi nuevo hogar estaba en Hollywood. Era una gran casa de madera con un amplio porche, demasiado buena para hogar de adopción. Me pregunté cuál sería su historia. La señorita Cardozo estaba nerviosa, abría y cerraba su bolso todo el tiempo. Una chica hispana con una larga trenza nos hizo pasar, y me dirigió miradas cautas. Dentro estaba oscuro, las ventanas cubiertas con pesadas cortinas. El enmaderado, que llegaba hasta la mitad de las paredes, brillaba y olía a cera y limón.

Al poco apareció la madre de acogida, chic y erguida, con un llamativo mechón blanco en su cabello oscuro. Nos estrechó la mano, y los ojos de la señorita Cardozo resplandecían examinando el elegante traje de Amelia y sus tacones altos.

—«¿Qué pasa con su cara?» —preguntó en español la madre de acogida.

La asistente social se encogió de hombros.

Amelia nos invitó a sentarnos en la sala. Era hermosa, madera tallada y sillas con patas en forma de garras, damasco blanco y fundas bordadas. Sirvió té en un juego de plata, y pastas en platitos de porcelana con flores. Puse en acción todo lo aprendido con Olivia, mostrándole cómo sabía sostener la taza y el platito sin que la cuchara se cayera. Hablaron en español mientras yo miraba el cedro enmarcado por la puertaventana. No había televisor. En el silencio se podía oír el tictac de un reloj sobre la chimenea.

—Es bonito, ¿no? No es un barracón de confinamiento —dijo Amelia Ramos con una sonrisa, sentada en el borde de la silla, las piernas cruzadas—. Es mi hogar, y espero que te guste formar parte de nuestra vida.

De vez en cuando pasaba una chica blanca y echaba una mirada inescrutable por el umbral, mientras Amelia firmaba los papeles y explicaba las reglas en su inglés con ligero acento. Cada chica limpiaba y cocinaba una noche por semana. Yo debía hacer mi cama y ducharme cada dos días. Las chicas se turnaban para lavar la ropa y otras tareas. Explicó que ella era decoradora de interiores. Necesitaba que las chicas se ocupasen de sí mismas. Yo asentía a cada pausa, preguntándome por qué tomaba chicas a su cargo. Quizá la casa era demasiado grande para ella, la hacía sentir solitaria.

Alrededor de la pulida mesa de la cena, las otras chicas hablaban en español entre sí, riendo en voz baja. Se limitaban a mirarme. Yo era la Chica Blanca. Yo había pasado por eso antes, no había nada que pudiera hacerse al respecto. Amelia las presentó. Kiki, Lina, Silvana. La chica con la trenza era Micaela, y la que servía la comida, de pelo crespo y aire duro, con una cicatriz en forma de media luna en la frente, era Nidia Díaz. Comimos chiles rellenos, con ensalada y pan de maíz.

—Está bueno —dije, con la esperanza de que Nidia dejara de fulminarme con la mirada.

—Yo proporciono las recetas —dijo Amelia—. Algunas de estas chicas cuando vienen a mí ni siquiera saben abrir una lata.

Miró a Nidia y sonrió.

Después llevamos los platos a la cocina, donde Nidia empezaba a lavar la vajilla. Tomó mi plato y me miró entrecerrando los ojos, pero no dijo nada.

—Ven aquí, Astrid —llamó Amelia.

Me llevó a la salita de estar, más femenina que el salón, con carpetitas de encaje y un sofá antiguo. Me hizo sentar en una silla de brazos junto a la suya. Abrió un gran álbum de tapas de piel sobre la mesita de café de mármol.

—Esta era mi casa en Argentina. Una casa espléndida. —Había fotos de una casa rosada con patio de lajas, una cena con mesas iluminadas con velas alrededor de una piscina rectangular—. Podía recibir doscientos invitados —dijo.

En el interior de la casa había una sólida escalera, y oscuros cuadros de santos. En una fotografía, Amelia, con perlas, estaba sentada en una silla que parecía un trono delante de un cuadro de ella misma, llevaba una cinta cruzada sobre el pecho de su vestido de baile, y junto a la silla había un hombre, también con cintas, y un bello niño.

—Este es mi hijo César, y mi marido.

Me pregunté qué habría pasado en Argentina. Si todo era tan bueno allá, ¿qué estaba haciendo en Hollywood? ¿Qué había pasado con su marido y su hijo? Iba a preguntarle cuando volvió la página y señaló con una uña lacada una fotografía de dos chicas de uniforme arrodilladas en un parque.

—Mis criadas —dijo, sonriendo con nostalgia—. No levantaban sus gordos culos de las sillas, así que las hacía arrancar maleza del césped.

Miró con admiración la foto de las chicas arrancando malezas. Me puso carne de gallina. Una cosa era mandar a un empleado a arrancar maleza, pero ¿por qué sacarles una foto? Decidí que era mejor no enterarme.

En casa de Amelia mi cuarto era grande, dos camas cubiertas con colchas blancas floreadas, y vista al cedro. Mi compañera de habitación, Silvana, era una chica mayor que yo, las cejas depiladas en una línea delgada, los labios delineados pero no pintados. Se tendió en la cama más alejada de la puerta, pintándose las uñas y mirándome mientras yo ponía mis cosas en la cómoda, mis cajas en el armario empotrado.

—En mi anterior hogar dormía en un lavadero reformado —dije—. Esto está muy bien.

—No es lo que piensas —dijo Silvana—. Y no creas que adular a esa perra te servirá de nada. Te conviene ponerte de nuestra parte.

—Parece buena persona —dije.

Silvana soltó una carcajada.

—Ya verás, muchacha.

Por la mañana esperé mi turno de usar el enorme baño de azulejos blancos, después me vestí y bajé. Las chicas ya se marchaban al colegio.

—¿Es tarde para el desayuno? —pregunté.

Silvana no respondió, se limitó a echarse al hombro la mochila, con gesto indiferente. Sonó una bocina y ella corrió fuera, subió a una camioneta lila y se marchó.

—¿Quieres tu desayuno? —dijo Nidia, poniéndose la chaqueta de béisbol en el vestíbulo—. Está en la nevera. Te lo guardamos.

Lina y Kiki Torres soltaron la risa.

Fui a la cocina. La nevera tenía un candado.

Cuando volví al vestíbulo, seguían allí.

—¿Te ha gustado? —preguntó Nidia.

Los ojos le brillaban bajo la cicatriz en media luna como los de un buitre, con centro ámbar.

—¿Dónde está la llave? —pregunté.

Kiki Torres, una chica pequeña con largo cabello brillante, rió más fuerte.

—La tiene nuestra señora de las llaves. Tú amiga la aristócrata.

—Ahora está en el trabajo —dijo Lina, una pequeña centro americana con ancha cara maya—. Volverá a las seis.

—Adiós, rubia —dijo Nidia, abriendo la puerta por la que salieron las tres.

No tardé mucho en entender por qué las chicas la llamaban Amelia Cruella de Vil. En aquella bonita casa pasábamos hambre todo el tiempo. Los fines de semana, cuando Amelia estaba en casa, sé nos alimentaba, pero durante la semana sólo se comía por la noche. Tenía la nevera bajo llave, y el teléfono y el televisor en su cuarto. Había que pedir permiso para usar el teléfono. Su hijo César vivía en un cuarto encima del garaje. Tenía sida y fumaba marihuana todo el día. Lo lamentaba por nosotras, sabía el hambre que pasábamos, pero por otro lado él no pagaba alquiler, así que no podía hacer nada.

Yo asistía a mi clase de décimo curso en el instituto Hollywood con un punzante dolor de cabeza. No sabía qué asignatura estábamos estudiando. Las palabras zumbaban como moscas que no se posaban, o se desplazaban por las páginas del libro como columnas de hormigas. No podía pensar más que en los macarrones con queso que prepararía para la cena, y en cómo devorarla todo el queso que pudiera sin que me descubrieran.

Mientras hacía la salsa para la pasta, escondí pan y mantequilla detrás de mi pila de platos. Las chicas me habían dicho que la que se ocupaba de la cocina robaba comida para todas las demás, y si yo lo hacía convertirían mi vida en un infierno. Después de lavar los platos llevé la margarina a mi cuarto dentro de la camisa. Una vez que oímos a Amelia en su cuarto hablando por teléfono con una amiga, todas vinieron a nuestro cuarto y comimos el pan y la mantequilla, la cual trocéé con mi navaja. La saboreamos despacio, como caramelos. Yo sentía las calorías que entraban en mi flujo sanguíneo, sin diluir, drogándome.

—Hay que cumplir dieciocho para poder largarse —dijo Nidia mientras se chupaba los dedos—. Si no mato a esa perra antes.

Pero Amelia simpatizaba conmigo. Me hacía sentar junto a ella y me dejaba terminar las sobras de su plato cuando ella estaba ahíta. Realmente tenía suerte; me invitaba a su salita después de la cena para hablar sobre decoración, mirábamos catálogos de telas y empapelados. Yo asentía oyendo sus interminables anécdotas sobre la Argentina aristocrática mientras engullía el té y las pastas. Las chicas se resentían por mi colaboración con el enemigo, y no las culpaba. No me hablaban en la escuela ni durante las largas tardes famélicas que pasábamos delante de la casa esperando a que Amelia volviera. Nadie tenía llave, así que no podíamos robar nada, ni meternos en su cuarto y usar el teléfono.

¿Qué puedo decir sobre esa época de mi vida? El hambre dominaba cada momento, el hambre y su hermana silenciosa, la constante necesidad de dormir. Las horas de clase pasaban como un mal sueño. No podía pensar. La lógica huía, y la memoria perdía aceite como un motor. El estómago me dolía, mis períodos se volvieron irregulares. Me elevaba por encima de las aceras, era humo. Llegaron las lluvias y estaba enferma, y después de clase no tenía adónde ir.

Vagaba por las calles de Hollywood. Por todas partes había chicos sin casa, acurrucados en umbrales, pidiendo droga, monedas, un cigarrillo, un beso. Yo miraba sus caras y veía la mía. En las Palmas, una chica con la mitad de la cabeza rapada empezó a seguirme, y me llamaba Wendy.

—No te escapes de mí, Wendy —me gritaba.

Abrí la navaja en el bolsillo, y cuando me aferró desde atrás por la chaqueta, me volví y le puse el filo bajo el mentón.

—No soy Wendy —le dije.

Tenía la cara manchada de lágrimas.

—Wendy —susurró.

Otro día me encontré caminando hacia el oeste en lugar del este, después al norte, zigzagueando por anchas calles mojadas, aspirando la fragancia resinosa del eucalipto y el pitospórum y las naranjas que quedaban en los árboles. El agua chasqueaba en mis zapatos, la cara me ardía de fiebre. Sabía vagamente que debería ponerme a resguardo de la lluvia, secarme los pies, prevenir la neumonía, pero sentía un extraño impulso de ir al norte y al oeste. Arranqué una naranja de un árbol; estaba agria como vinagre, pero necesitaba vitamina C.

Sólo al salir al bulevar Hollywood comprendí adónde iba. Estaba frente a nuestra vieja casa de apartamentos, la fachada blanca con churretes de lluvia, el agua goteando de los bananos y palmas y las brillantes adelfas. Aquí se había estrellado nuestro avión. Vi nuestras ventanas, la que había roto Barry. Las ventanas de Michael. Había luz en su apartamento.

Mi corazón volvió a la vida por un momento, latiendo de esperanza mientras leía los nombres en los buzones, y me lo imaginaba abriéndome la puerta, su sorpresa, su olor a Johnnie Walker, y la calidez de su apartamento, el techo desconchándose, las pilas de *Variety* y una buena película en el televisor, qué bien me hacía todo eso. *Masaoka, Benoit/Rosnik, P. Henderson. Ningún McMillan, ningún Magnussen.*

Por mi desilusión comprendí lo que había estado esperando en realidad. Que las dos siguiéramos viviendo ahí. Que pudiera entrar y encontrar a mi madre escribiendo un poema, y yo la envolvería en su manta y todo eso sería sólo un sueño que yo podría contarle. En realidad no era una chica casi sin hogar, comiendo migajas del plato de Amelia. En ese apartamento, mi madre nunca había visto a Barry Kolker, y la cárcel era algo que sólo conocía por los diarios. Yo le cepillaría el pelo, oloroso a violetas, y volveríamos a nadar en las noches calurosas. Les cambiaríamos los nombres a las estrellas.

Pero nos habíamos ido. Michael se había ido. La puerta estaba cerrada con llave, y la piscina estaba verde de algas, la superficie acribillada por la lluvia.

Estaba apoyada contra la pared del patio a la hora del almuerzo en el instituto Hollywood, febril y tratando de no mirar a los chicos que comían. Una chica hurgó en su bolsa de almuerzo, puso cara de asco y tiró la comida a la basura. Me escandalizó. Por supuesto, ella tendría una merienda esperando en su casa. Habría querido abofetearla, pero recordé *El arte de la supervivencia*. Cuando tu avión se estrellaba en el desierto, debías beber el agua del radiador, y asar los perritos falderos. No era cuestión de ponerse delicado.

Fui hasta el cubo de basura y miré dentro. Podía ver la bolsa de papel encima de la basura. Olía mal, porque nunca lavaban esos cubos, pero yo podía hacer esto. Simulé que se me había caído algo y cogí la bolsa. Contenía un sándwich de atún en escabeche. Al pan le habían sacado la corteza. Además había bastones de zanahoria y hasta una lata de zumo de manzana enriquecido con vitamina C.

Comparado con comerse al propio perro, esto resultaba fácil. Aprendí a observar cuando sonaba la campana, cuando todos tiraban los restos de sus almuerzos y corrían a clase. Yo siempre llegaba tarde a la quinta hora. Pero las manos ya no me temblaban.

Hasta que un día me descubrieron. Una chica me señaló a su amiga: «Mira a esa inmunda. Come basura». Y todas se volvieron para mirarme. Podía verme en sus ojos, mi cara con cicatrices, comiendo los restos de un yogur con un dedo. Habría dejado de ir a la escuela, pero no habría sabido dónde comer.

Encontré una biblioteca donde pasar las tardes en paz, mirando libros de arte y dibujando. Ya no podía leer, porque las palabras no se quedaban quietas. Se deslizaban página abajo, como las rosas en el empapelado. Dibujaba bailarines de samba en mi cuaderno rayado, copiaba los santos musculosos de Miguel Ángel y las imposibles Madonnas de Leonardo. Hice un dibujo de mí misma comiendo de la basura, furtiva, con las dos manos, como una ardilla, y se lo mandé a mi madre. Recibí una carta de su compañera de celda:

Querida Astrid:

Tú no me conoces, soy la compañera de tu mamá. Tus cartas la entristecen demasiado. Escríbele cosas más alegres, cómo sacas buenas notas, y eres reina de la belleza. Ella estará aquí toda la vida. ¿Por qué hacérselo más difícil?

Tú amiga,

LYDIA GUZMÁN

¿Por qué hacérselo más difícil, Lydia? Porque era culpa suya, que yo estuviera aquí. No le ahorraría nada.

La respuesta de mi madre fue más práctica. Me ordenó que llamara a los Servicios del Menor todos los días y les gritara hasta que me cambiaran de lugar. Su letra era grande y oscura y marcada, yo podía sentir su furia, que me reconfortó. Necesitaba su fuerza, su fuego. «No los dejes olvidarse de ti», decía.

Pero no se trataba de que me olvidaran o no. Se trataba de que mi nombre estaba en un expediente archivado, y que ellos cerraran la puerta. Yo era un cadáver con una etiqueta en el dedo gordo del pie.

Como no tenía dinero, mendigué en el aparcamiento del supermercado, pidiendo monedas a los hombres para poder llamar al servicio social. Los hombres siempre se apiadaban de mí. Un par de veces pude haber hecho negocio. Eran tipos agradables que olían bien, oficinistas que parecían poder pagar cincuenta dólares por pasarlo bien. Pero no quería empezar. Sabía cuál sería el resultado. Compraría mucha comida y después volvería a tener hambre, y además sería una puta. Cuando uno empezaba a pensar que era fácil, se olvidaba de lo que costaba.

Amelia descubrió que yo había estado pidiendo una nueva casa de acogida. Me revolvía en el incómodo sofá de bordes de madera en la salita mientras ella se paseaba, gritando, las manos cortando el aire.

—¿Cómo te atreves a decir mentiras tan insultantes sobre mi casa? Te trato como a mi propia hija, ¿y así me pagas? ¿Por qué estas mentiras? —Los blancos de los ojos le brillaban alrededor de los iris negros, la saliva se acumulaba en las comisuras de sus delgados labios—. ¿No te gusta mi casa? Te mando al Mac. Verás cómo se come allí. Tienes suerte de que te permita sentarte a la mesa con las otras chicas, con esa cara horrenda que tienes. En Argentina no te habría permitido ni entrar. —Mi cara. Yo sentía el latido de las cicatrices a lo largo de la mandíbula—. ¿Qué sabes tú sobre una casa noble, si no eres más que una basura de la calle? Tu madre está en la cárcel. Sabes, hiedes como basura. Cuando entras en un cuarto, las chicas contienen la respiración. Ensucias mi casa. Tu presencia me insulta. No quiero mirarte. —Se volvió y señaló la escalera lustrada—. Ve a tu cuarto y quédate allí.

Me puse de pie, pero vacilé:

—¿Y la cena?

Giró sobre sus zapatos de charol y soltó la risa:

—Quizá mañana.

Me tendí en mi cama en el hermoso dormitorio oloroso a cedro, con el estómago clavándome las uñas como un gato en un saco. En principio todo lo que quería hacer era dormir, pero por la noche las imágenes del día volvieron como en una película. ¿De veras olía mal? ¿Era una basura horrenda?

Oí entrar a Silvana y sentarse en su cama.

—Te creías algo especial, ¿eh? La chica de moda. Ya ves que no eres mejor que nosotras. Será preferible que te calles o terminarás en el Mac.

Arrojó un panecillo de la cena en mi cama.

Lo comí en dos bocados. Me supo tan bien que casi lloré.



—¿Qué es el Mac? —pregunté.

Oí un suspiro exasperado.

—Es donde te ponen cuando no tienes ningún sitio adonde ir. No durarías un día. Te comerían para el desayuno, blanquita.

—Al menos desayunan —dije.

Silvana rió en la oscuridad. Pasó un coche por la calle, y sus faros pintaron el techo con sombras móviles.

—¿Has estado allí? —pregunté.

—Nidia estuvo allí —dijo—. Hasta para ella fue duro. Será mejor que te calles y lo tomes como todas las demás. Recuerda, a los dieciocho serás libre.

Pero yo tenía apenas quince.

Ahora Kiki Torrez era la favorita, la que se sentaba a la derecha de Amelia y comía las sobras de su plato como un perro. Yo me sentía a la vez envidiosa y asqueada. Era Kiki la que volvía las páginas de los álbumes argentinos y comía las pastas para el té, mientras yo lavaba la ropa interior de Amelia, a mano, en el fregadero, y limpiaba su bañera, planchaba su ropa y sus sábanas con bordes de encaje. Y si se me ocurría estropear algo como venganza, me quedaba sin cena.

Nos ponía a unas contra otras. Una noche birlé una lata de mermelada, y ella obligó a Kiki a decir quién había sido. Perdí más peso, las costillas me asomaban como las duelas de un bote. Empezaba a entender cómo un ser humano podía matar a otro.

—Deberías tomar chicas —la oí decirle por teléfono una vez a su amiga Constanza, mientras yo pulía la cubertería—. Es dinero fácil. Puedes remodelar. Yo ahora pienso remodelar el baño.

Yo pulía las intrincadas tallas del mango de un tenedor con un cepillo de dientes. Lo había hecho el día anterior, pero a ella no le gustó que quedaran zonas opacas, así que tuve que repetirlo. Habría querido clavárselo en el pecho. Podría haberme comido su carne cruda.

Al final, en las tinieblas de marzo, después de semanas de llamadas casi cotidianas, la señorita Cardozo abandonó mi caso y me asignaron una nueva asistente social, un ángel de la guarda llamada Joan Peeler. Era joven, vestía de negro y tenía un largo pelo teñido de rojo intenso. Usaba cuatro anillos de plata en cada mano. Parecía más una poetisa que una funcionaria pública. Cuando llegó el momento de una entrevista personal, le pregunté si conocía una cafetería.

Me llevó a una por Vermont. Pasamos entre unas mesas exteriores ocupadas por fumadores trémulos tratando de no beber, y entramos en el interior cálido y húmedo. De inmediato me asaltaron recuerdos, las paredes negras y la fragancia de la sopa *hippie*, la mesa junto a la caja cubierta de folletos y diarios gratis. Hasta las irrisorias pinturas con exceso de pigmento parecían conocidas: mujeres verdes con pechos largos y dientes de vampiro, hombres con barrocas erecciones. Y podía recordar la voz de mi madre, su irritación cuando el ruido de la máquina de café interrumpía su

lectura, sus libros apilados sobre la mesa donde yo dibujaba y recibía el dinero cuando alguien compraba uno.

La quería de vuelta conmigo. Me abrumaba la necesidad de oír su voz grave, expresiva. Quería que dijera algo cómico y cruel sobre el arte, o contara una historia sobre algún poeta. Quería sentir su mano en mi pelo, acariciándome mientras hablaba.

Joan Peeler pidió té de melocotón. Yo pedí café fuerte con crema y azúcar y la tartaleta más grande, con frambuesas y forma de corazón. Nos sentamos a una mesa donde podíamos ver la calle, las raídas sombrillas y oír el susurro de los coches en los charcos. Abrió mi expediente sobre la madera pegajosa de la mesa. Traté de comer despacio, de disfrutar de la tartaleta y las frambuesas, pero tenía demasiada hambre. Comí la mitad antes de alzar la vista.

—La señorita Cardozo recomendó que no te cambiasen de casa —dijo mi nueva asistente social—. Dice que esa casa es perfectamente adecuada. Dice que tú tienes un problema de conducta.

Podía imaginarme a la señorita Cardozo escribiendo eso, la piel acartonada del maquillaje aplicado como cobertura de tarta. En sus visitas nunca me había sacado para hablar, siempre pasaba el tiempo hablando con Amelia en español y comiendo pastas y tomando té en tazas floreadas. Estaba muy impresionada por Amelia y su gran casa, su cubertería resplandeciente. Todas esas remodelaciones. Nunca se preguntaba de dónde salía el dinero. Seis chicas representaban mucha remodelación, y hasta la adquisición de antigüedades, sobre todo si no había que alimentarlas.

Eché una mirada a un pesado cuadro de una mujer tendida en una cama, las piernas abiertas, serpientes saliendo de su vagina. Joan Peeler volvió la cabeza para ver qué estaba mirando.

—¿Dijo por qué pedí que me cambiasen de casa?

Me chupé el azúcar de los dedos.

—Dijo que te quejaste de la comida. Y de que la señora Ramos restringe el uso del teléfono. Te considera inteligente pero quisquillosa.

Reí y me levanté el jersey para mostrarle las costillas. Los hombres al otro lado del pasillo también miraron, un escritor con un ordenador portátil, un estudiante tomando notas... Para ver si levantaba más el jersey. No es que eso importara, porque no tenía mucho más que mostrar.

—Nos mata de hambre —dije, volviendo a cubrirme.

Joan Peeler frunció el entrecejo, sirviéndose té en la taza.

—¿Por qué no se quejan las otras chicas?

—Temen que las lleven a un lugar peor. Dicen que si se quejan las hará enviar al Mac.

—Si lo que dices es cierto y podemos probarlo, se le puede revocar la autorización.

Me imaginé cómo serían las cosas. Joan iniciaba su investigación, la trasladaban al Valle de San Gabriel, y yo perdía mi oportunidad de tener una asistente social joven que todavía se interesaba en sus casos.

—Eso llevaría mucho tiempo. Yo necesito irme ahora mismo.

—¿Y las otras chicas? ¿No te preocupa lo que pase con ellas?

Los ojos de Joan Peeler me miraron con desaprobación, grandes y delineados en negro.

Pensé en las chicas, la callada Micaela, Lina, la pequeña Kiki Torrez. Pasaban tanta hambre como yo. Y las que vendrían después de nosotras, chicas que en este momento no sabían siquiera qué significaba «familia de acogida». ¿Qué pasaría con ellas? Lo correcto sería desmontar el negocio de Amelia. Pero me resultaba difícil pensar en esas chicas. Todo lo que sabía era que me estaba muriendo de hambre y tenía que salir de allí. Me sentía muy mal por querer salvarme yo, sin pensar en las demás. No era así como quería pensar de mí misma. Pero en el fondo, sabía que ellas harían lo mismo. Nadie pensaría en mí si tenía una oportunidad de escapar. Me azotaría el viento cuando pasaran por mi lado corriendo hacia la puerta.

—He dejado de tener menstruaciones —dije—. Me llevo a la boca lo que encuentro en los cubos de basura. No me pida que espere.

El reverendo Thomas decía que en el infierno los pecadores eran indiferentes al sufrimiento de los otros, y eso era parte de la condena. Yo no lo había entendido hasta ahora.

Pidió otra tartaleta para mí, y yo hice un dibujo de Joan en el reverso de uno de sus papeles, dibujé su pelo un poco menos engominado, pasé por alto la verruga en el mentón, separé un poco más sus ojos grises. Lo feché y se lo regalé. Un año atrás habría sentido pánico de parecer insensible al dolor ajeno. Ahora todo lo que quería era comer con regularidad.

Joan Peeler dijo que nunca había encontrado una chica como yo; quería hacerme un test. Pasé un par de días llenando cuestionarios con un grueso lápiz negro. «Oveja es a caballo como avestruz es a qué». Había pasado por esto antes, cuando volvimos de Europa y pensaron que yo era retrasada. Esta vez no cedí a la tentación de hacer dibujos en los cuestionarios. Joan dijo que los resultados eran importantes. Debía ir a una escuela especial, debía ser estimulada, me encontraba mucho más allá de décimo curso, ya debería estar en la universidad.

Empezó a visitarme una vez por semana, a veces dos, y cada vez me llevaba a comer a alguna parte. Pollo frito, costillas de cerdo. Hamburguesas de media libra en restaurantes donde todos los camareros eran extras de cine. Nos traían cebolla extra y col picada.

Durante estas comidas, Joan Peeler me contó sobre ella. En realidad era guionista de cine, y sólo hacía de asistente social por el sueldo. «Guionista de cine». Imaginé la risita sardónica de mi madre. Joan estaba escribiendo un guión sobre sus experiencias como asistente social. «No creerías las cosas que he visto. Es increíble». Su novio,

Marsh, también era escritor trabajaba para Kinko's Copies. Tenían un perro blanco llamado Casper. Quería ganarse mi confianza para que yo le confiase cosas sobre mi vida que pudiera incluir en su guión. Investigación, lo llamaba. Ella era comprensiva y me comprendía, podía decirle cualquier cosa.

Fue un juego. Quería que me desnudara, que me recogiera las mangas hasta el codo para ver las marcas de las mordidas de los perros. Yo la odiaba y la necesitaba. Joan Peeler nunca comió un pan con margarina. Nunca mendigó monedas en un aparcamiento para hacer una llamada. Me sentía como si me estuviera vendiendo por hamburguesas. Mientras hablábamos, yo dibujaba bailarinas de carnaval desnudas con complicadas máscaras.

JOAN PEELER me encontró un nuevo hogar. Las chicas me ignoraron afectadamente mientras Joan me ayudaba a cargar mis cosas en su Karmann Ghia rojo abollado y con pegatinas de «Ama a tu madre», «Múdate a la Luz», «Los amigos no dejan que sus amigos voten a los republicanos». Silvana declaró desdeñosamente que esto sucedía porque yo era blanca, y eso me valía un tratamiento especial. Quizá tenía razón. Probablemente la tenía. No era justo en absoluto. No lo era. Pero ese día de marzo, uno de esos perfectos días de marzo en Los Ángeles, cuando todos los fotógrafos de la ciudad salen en busca de paisajes con un cielo azul y montañas con penachos blancos y vistas de cien kilómetros, ya no me importaba por qué. Todo lo que me importaba era que me iba.

Había nieve sobre el Baldy, y se veía cada palmera del bulevar Wilshire a diez kilómetros de distancia. Joan Peeler puso una cinta de Talking Heads para el viaje.

—Te gustará esta gente, Astrid —dijo mientras corríamos al oeste por Melrose, pasando gimnasios y restaurantes—. Ron y Claire Richards. Ella es actriz y él hace algo en televisión.

—¿Tienen hijos? —pregunté, con la esperanza de que no los tuvieran.

Basta de cuidar chicos, o recibir regalos de noventa y nueve centavos cuando a la niña de dos años le regalaban un coche de Barbie.

—No. De hecho están pensando en adoptar alguno.

Eso era algo nuevo, algo que no había tomado en cuenta. Adopción. La palabra resonó en mi cabeza como piedras en una caja de cereales. No sabía qué pensar. Pasamos los Estudios Paramount, el gran portal de triple arco, el quiosco de estacionamiento, gente en bicicleta. La nostalgia en los ojos de Joan.

—El año que viene estaré ahí dentro —dijo.

A veces no sabía quién era más joven, ella o yo.

Manipulé mentalmente la palabra «adopción» como si fuera radiactiva, vi la cara de mi madre, esponjosa y ciega en la furia que le chupaba las mejillas.

Pasamos frente a las tiendas de moda de Melrose al oeste de La Brea, con negocios de botas usadas y juguetes para adultos, doblamos al sur por una tranquila calle lateral, a un viejo barrio de *bungalows* de estuco y grandes sicómoros con troncos blanqueados y hojas como manos. Estacionamos frente a uno, y seguí a Joan hasta la puerta. Una placa esmaltada bajo el timbre ponía «Los Richards». Joan tocó el timbre.

La mujer que respondió a la puerta me recordó a Audrey Hepburn. Cabello oscuro, cuello largo, ancha sonrisa radiante, unos treinta años de edad. Tenía las mejillas ruborizadas cuando nos hizo pasar.

—Soy Claire. Os estaba esperando.

Tenía una voz anticuada, aterciopelada, y pronunciaba las palabras completas, sin omitir nada.

Joan cargaba mi maleta. Los libros de mi madre, la caja de Tío Ray..., y las cosas de Olivia las llevaba yo en un bolso.

—Te ayudo —dijo la mujer, cogiendo el bolso y poniéndolo en la mesita de café—. Deja eso ahí.

Puse el resto de las cosas junto a la mesa, miré alrededor la sala de techo bajo pintada de un blanco rosado, el suelo de tablones de pino rojizo. Ya me gustaba. Había un cuadro sobre la chimenea, una medusa sobre un fondo azul oscuro, perfilada con delgadas líneas brillantes. Arte, algo pintado a mano. No podía creerlo. Alguien había comprado una obra de arte. El diván a lo largo de dos paredes parecía cómodo, con un tono tejido en azul, rojo y violeta, y una lámpara de lectura en el centro. Me daba miedo respirar. Esto no era posible, no podía ser para mí. Esta mujer estaba a punto de cambiar de opinión.

—Hay algunas cosas que tenemos que hablar —dijo Joan, sentándose en el diván y abriendo su maletín—. Astrid, ¿quieres disculparnos?

—Ponte cómoda —me dijo Claire Richards, sonriendo—. Recorre todo lo que quieras ver.

Se sentó con Joan, que abrió mi legajo, pero siguió sonriéndome demasiado, como preocupada por lo que yo pensara de ella y su casa. Quise poder decirle que no tenía nada de qué preocuparse.

Fui a la cocina. Era pequeña, con suelo de baldosas rojas y blancas, una mesa y sillas cromadas. Una auténtica cocina norteamericana, decorada con una colección de saleros y pimenteros *shaker*. Betty Boops y vacas de porcelana y cactus miniatura. Era una cocina para tomar cacao y jugar a las damas. Me daba miedo pensar cuánto anhelaba hacer estas cosas.

Salí al pequeño patio, con parterres de flores y macetas en una estantería de madera, y un olmo chino. Había un molino, y poinsettias rojas que crecían al sol contra la pared blanca de la casa. Oí la voz de mi madre: «*Kitsch*». Pero no; era encantador. Claire Richards era encantadora, con su ancha sonrisa que pedía que la quisieran. Su dormitorio, que daba al fondo con puertaventanas abiertas, era fascinante. La colcha en la cama doble de pino, el armario, la cómoda y la alfombra rústica.

Cuando volvía hacia la sala las vi con las cabezas juntas sobre la mesita de café, mirando mi expediente:

—Lo ha pasado muy mal —le estaba diciendo Joan Peeler a mi nueva madre de acogida—. Le dispararon en uno de los hogares de acogida...

Claire Richards sacudía la cabeza con incredulidad, preguntándose cómo era posible que alguien fuera tan malvado como para dispararle a un niño.

El baño sería mi sitio favorito, eso podía decirlo desde ahora. Azulejos celestes y rosa, cerámica original de los años veinte en los sanitarios, una mampara de cristal

granulado para separar la bañera, un cisne nadando entre espadañas. Había algo profundamente familiar en el cisne. ¿Habíamos vivido en alguna parte con un cisne tallado en vidrio como este? Frascos y jabones y velas en la bandeja de baño que se extendía entre los bordes de la bañera. Abrí cajas y olí y me froté cremas en los brazos. Por suerte las cicatrices se estaban borrando. Claire Richards no tendría que ver las marcas rojas brillantes; parecía una mujer sensible.

Seguían discutiendo mi caso cuando pasé al dormitorio de delante.

—Es muy brillante, como le dije, pero ha perdido muchas clases.—., con todas estas mudanzas...

—Quizá necesite un profesor particular —decía Claire Richards.

Mi cuarto. Camas gemelas, por si alguien más se quedaba a dormir, en pino suave. Delgadas mantas anticuadas de *patchwork*, hechas a mano y bordeadas con macramé. Cortinas de indiana, con más macramé. Un escritorio de pino, biblioteca. Un grabado de Durero en un marco de pino. Era un conejo, que parecía asustado, y podía apreciarse cada pelo. Esperé a ver qué pasaba. Me senté en la cama. No podía imaginarme ocupando este cuarto, habitándolo, imponiendo mi personalidad aquí.

Joan y yo nos despedimos con lágrimas, y hasta un abrazo.

—Bueno —dijo Claire Richards alegremente una vez la asistente social se hubo marchado. Yo estaba sentada a su lado en el diván.

Se cogió las rodillas con las manos, y sonrió. —Aquí estás—. Tenía los dientes de un blanco azulado, traslúcidos. Me habría gustado hacerla sentir cómoda. Aunque era su casa, estaba más nerviosa que yo—. ¿Has visto tu cuarto? Lo dejé así, sin nada, para que pudieras poner tus propias cosas. Considéralo tuyo.

Quise decirle que yo no era lo que ella esperaba. Era diferente, y podía no quererme.

—Me ha gustado el Durero.

Rió nerviosamente y se frotó las manos.

—Oh, creo que nos vamos a llevar muy bien. Sólo lamento que no esté Ron, mi marido. Esta semana está en Nova Scotia, filmando, y no volverá hasta el próximo miércoles. ¿Quieres té? ¿O una coca-cola? Compré coca-cola; no sabía qué te apetecería tomar. También tengo zumo, o podría hacerte un licuado...

—Té está bien —dije.

Nunca pasé tanto tiempo con alguien como el que pasé con Claire Richards la primera semana. Me di cuenta de que nunca había estado con chicos. Me llevaba con ella a la tintorería, al banco, como si temiera dejarme sola un momento, como si yo tuviera cinco años y no quince.

Durante una semana comimos de cajas de cartón y botes con palabras extranjeras en las etiquetas, provenientes del Chalet Gourmet. Lonchas de queso suave, *baguettes* crujientes, aceitunas griegas. Jamón rojo oscuro y melón gota de miel, *baklava* en diamantes con olor a rosa. Ella no comía mucho, pero insistía en que yo terminara la

chuleta, o el pomelo dulce como una naranja. Después de tres meses con Cruella, no necesitaba que me insistieran.

Hacíamos pícnicos en la sala y le contaba historias sobre mi madre, sobre las casas, evitando todo lo que sonara demasiado feo, demasiado extremo. Sabía cómo hacerlo. Le conté sobre mi madre, pero sólo las cosas buenas. No me gustaba quejarme, así que no terminaría diciendo cosas feas para ti, Claire Richards.

Ella me mostró álbumes de fotos y recortes. No la reconocía a ella en las fotos. Era muy tímida, no me la podía imaginar bien frente a un público. Pero en los álbumes veía que caracterizada no se parecía siquiera a su personalidad normal. Cantaba, bailaba, lloraba arrodillada con un velo en la cabeza. Se reía con una blusa escotada, y una espada en la mano.

—Esto es de la *Ópera de dos peniques* —dijo—. La representamos en Yale.

Era *lady Macbeth*, y antes que eso la hija en *Buenas noches, madre*. Catherine en *De repente, el último verano*.

Ya no actuaba mucho. Hacía correr el dije de granate en forma de corazón a lo largo de su cadenilla, y lo apretaba contra el grueso labio inferior.

—Estoy tan cansada de eso... Pasas horas preparándote, te presentas a la audición, y ellos te miran dos segundos y deciden que eres demasiado étnica. Demasiado clásica. Demasiado algo.

—¿Demasiado étnica?

Su ancha frente pálida, su cabello brillante.

—Significa tener pelo oscuro. —Sonrió. Uno de sus dientes delanteros se cruzaba levemente sobre el otro—. Demasiado pequeña significa los pechos. Clásica significa vieja. No es un negocio muy amable, me temo. Sigo intentándolo, pero es un ejercicio inútil. Terminé el queso Boursin raspando la caja con el dedo.

—¿Por qué hacerlo entonces?

—¿Y renunciar al espectáculo?

Se reía con facilidad cuando estaba contenta, pero también cuando estaba triste.

El cine New Beverly quedaba a la vuelta de su casa. Estaban dando *Rey de corazones* y *Los hijos del Paraíso*, y compramos palomitas de maíz y reímos y lloramos y reímos de que la otra llorara. Yo iba a ese cine con mi madre, pero las películas eran diferentes. A ella no le gustaban las películas de llorar. Citaba a D. H. Lawrence: «El sentimentalismo es la elaboración de sentimientos que uno nunca ha tenido». Prefería los sombríos filmes europeos (Antonioni, Bertolucci, Bergman), películas donde todos murieran o quisieran morir. Las películas de Claire eran sueños encantadores. Yo quería introducirme en ellos, vivir en ellos, una encantadora niña atolondrada en tutú. Con glotonería, volvimos la noche siguiente. Mi corazón era como un globo que se estaba llenando demasiado, y sentí pánico. Podía estallar, como les pasa a los buzos cuando salen a la superficie demasiado rápido.

De noche me quedaba despierta en mi cama bajo la manta de macramé, mirando el conejo de Durero. Todo saldría mal al final. Joan Peeler me diría que había sido un



error, que habían cambiado de opinión, que querían un niño de tres años. Habían decidido esperar otro par de años. Empecé a preocuparme por el marido de Claire. No quería que volviera a casa y me la arrebatara. Quería que fuera siempre como ahora, nosotras dos en la sala comiendo *foie gras* y fresas para la cena y escuchando discos de Debussy, hablando sobre nuestras vidas. Ella quería saberlo todo sobre mí, cómo era yo, quién era. Eso también me preocupaba, porque en realidad no había mucho que decir. No tenía preferencias. Comía cualquier cosa, usaba cualquier cosa, me sentaba donde me decían, dormía donde me decían. Era infinitamente adaptable. Claire quería saber cosas muy particulares, por ejemplo, si prefería el jabón de coco o el de manzana. Yo no lo sabía.

—Todavía no lo has decidido, ¿verdad? —me decía.

Así que me volví una usuaria de jabón de manzana verde, y del champú de camomila. Prefería tener la ventana abierta cuando dormía. Me gustaba la carne poco hecha. Tenía un color favorito, el azul marino, y un número favorito, el nueve. Pero a veces sospechaba que Claire buscaba en mí más de lo que había.

—¿Cuál ha sido el mejor día de tu vida? —me preguntó: una tarde cuando estábamos recostadas en el diván, ella con la cabeza apoyada en un posabrazos, la mía en el otro.

Judy Garland cantaba en el estéreo *My Funny Valentine*.

—Hoy —dije.

—No. —Se rió, arrojándome su servilleta—. De antes.

Traté de recordar, pero era cómo buscar monedas enterradas en la arena. Aparecía toda clase de cosas, me cortaba las manos con latas oxidadas, con botellas de cerveza rotas, pero al fin encontré una moneda antigua, y la limpié. Podía leer la fecha y el país de origen:

—Fue cuando vivíamos en Ámsterdam. Una casa alta y estrecha sobre el canal. Había una escalera empinada que daba vueltas, y yo siempre tenía miedo de caerme. —El agua verde oscuro del canal y el *rijsttafel*. Ratas de agua grandes como castores. El olor denso, del hachís en las cafeterías: Mi madre siempre fumaba—. Recuerdo que era un día soleado, y comimos sándwiches de carne picada cruda y cebolla, en el café de la esquina, y mi madre cantó una canción de vaqueros.

Era el único recuerdo que tenía de ver el sol en Ámsterdam.

Claire se rió, un sonido como campanas, alzó las rodillas hasta el mentón y se abrazó, mirándome como si yo hubiera podido ser embotellada y almacenada como un vino de crianza.

—Estábamos sentadas al sol mirando el canal, y mi madre dijo: «Mira, Astrid, fíjate en esto». Y saludó con la mano a la gente que pasaba en un barco de cristal para turistas. Y todos los pasajeros saludaron con la mano. Pensaron que éramos holandesas dándoles la bienvenida a nuestra ciudad. Ese fue mi mejor día.

El sol y las gaviotas y toda esa gente saludando, pensando que éramos de allí, que pertenecíamos a la ciudad.

En el otro extremo del diván, Claire suspiró y estiró las piernas, sonriendo con nostalgia. No sabía quién había sido yo entonces, una niña delgada y solitaria, reconfortada por la idea errónea de que pertenecía a alguna parte. Sólo veía la diversión.

—Has estado en todas partes, ¿eh?

Sí, pero no me había servido de mucho.

El día que volvía Ron de Nova Scotia, Claire tiró todos los envoltorios acumulados de comida, limpió la cocina y puso tres lavadoras. La casa estaba rebosante de comida, y Emmylou Harris cantaba algo sobre bandidos en México. Claire tenía puestos guantes de goma, estaba cortando un pollo todavía caliente, con un delantal a cuadros rojo y blanco y los labios pintados.

—Estoy haciendo paella, ¿qué te parece?

Yo sentía temor. Me gustaban las cosas como estaban, habíamos hecho una rutina, y ahora venía a romperla el personaje que no conocía todavía, el personaje que podía cambiarlo todo para mí. Antes de haberlo visto, ya me había puesto en contra de su marido. Pero pasé la aspiradora por la sala y la ayudé a hacer la cama grande con sábanas estampadas con rosas, rojas y blancas.

—El rojo y el blanco son los colores del matrimonio —me explicó Claire.

Abrió las puertaventanas del jardín, que florecía bajo el sol de abril. Alisó con las manos la colcha blanca. Yo sabía que quería estar en esa cama con él, hacer el amor con él. Secretamente esperaba que hubiera perdido el avión, que hubiera tenido un accidente camino al aeropuerto. La trémula anticipación de Claire me ponía nerviosa. Me recordó una especie de rosa que cultivaba en el jardín, llamada *Prístina*. Era blanca con una línea rosada en los bordes de los pétalos, y cuando uno la arrancaba, todos los pétalos se caían.

No sabía por qué tenía que volver ahora. Yo lo estaba pasando muy bien. Por primera vez era una fuente de interés. Y desde luego no quería compartir esto con ningún marido, con ningún Ed en el sofá. Hasta un Tío Ray rompería aquel maravilloso equilibrio.

A eso de las seis, su coche se detuvo en la entrada, un pequeño Alfa Romeo plateado. Bajó, se colgó del hombro un bolso, sacó una maleta de aluminio y otro bolso, y el gris de su cabello reflejaba el sol poniente. Yo me quedé incómoda en el porche mientras ella corría hacia él. Se besaron, y tuve que apartar la vista. ¿Claire no sabía acaso qué fácil era que esto saliera mal, no tenía miedo?

Comimos paella en el patio, bajo una hilera de lucecitas en forma de pimientos, con Emmylou, la novia del rodeo, cantando al fondo. Los mosquitos zumbaban. Claire encendió velas de citronella, y Ron nos contó lo que había ido a filmar a Halifax, una historia sobre un bar encantado. Era productor de una sección de un programa sobre lo oculto. El año anterior un fantasma casi había estrangulado a un diente en el lavabo de hombres.

—Nos llevó tres horas convencerlo de que entrara en el lugar del suceso. Aun con todo el personal de la filmación tenía miedo. Sabía que el fantasma trataría de terminar lo que había empezado.

—¿Qué habrías hecho en ese caso? —le preguntó Claire.

Ron estiró las piernas sobre el banco que tenía frente a él, las manos enlazadas en la nuca.

—Habría atacado al fantasma con desatascador Tidy Bowl.

—Muy gracioso.

El rostro de Claire era una perfecta caja de bombones en forma de corazón, pero había una niebla de desconfianza sobre sus rasgos.

—O podría haber probado con Vanish.

Mientras bromeaban, yo trataba de ver qué le encontraba Claire de grandioso. Era atractivo pero no tanto: altura media, delgado, rasgos normales, bien afeitado. Se peinaba el cabello gris hacia atrás, sin raya. Usaba gafas sin montura y tenía las mejillas demasiado tersas para un hombre. Ojos castaños, manos suaves con uñas bien recortadas, anillo de casado. Todo en Ron era suave y sereno. Contaba una historia, pero no importaba si nos gustaba o no, no era como Barry, no buscaba el aplauso. No nos abrumaba. No parecía necesitar nada.

Ella recogió su plato, pasó los restos al de ella, lo puso debajo, y buscó el mío.

—Si no te cuidas, podrías ser tú el que se desvanezca.

Lo dijo con ligereza, pero fuera de tiempo.

—El Vórtice de La Brea —dijo él.

Sonó el teléfono y Ron entró por las puertaventanas para contestar. Lo vi tenderse en la colcha blanca y tocarse los dedos de los pies mientras hablaba. Claire dejó de recoger la mesa, y su rostro se puso borroso, después nítido, después otra vez borroso. Se quedó al lado de la mesa haciendo tiempo con los platos, con los restos de comida y los cubiertos, tratando de oír lo que él decía.

Su marido colgó y volvió a la mesa. Las sombras de Claire se dispersaron ante el avance de ese sol.

—¿Trabajo? —preguntó con fingida indiferencia.

—Jeffrey quería venir para hablar sobre un guión. Le dije que no.

Le cogió una mano. No pude soportar ver cómo ella se ruborizaba de placer.

De pronto, él recordó que yo seguía allí, jugando con unos arroces teñidos de azafrán en la mesa, haciendo una espiral anaranjada.

—Tenemos que ponernos al día —dijo.

Era tan tranquilo...

Podía imaginármelo haciéndole confesar ante la cámara a una solitaria lectora de tablero de Ouija sus conversaciones con su marido muerto, sosteniendo la mano torcida de ella en la suave de él, con el anillo de boda, su voz serena diciendo: «¿Y qué más?».

Claire le contó algo de lo que habíamos estado haciendo, que me había inscrito en el instituto Fairfax, que habíamos ido al cine y a un concierto de *jazz* en el museo de arte.

—Astrid es toda una artista —dijo—. Muéstrale lo que has estado haciendo.

Claire me había comprado un equipo de acuarela Pelikan en una gran caja negra, y un bloc de papel granulado. Yo había estado pintando el jardín, el olmo chino, las *poinsettias* contra la pared blanca. Espirales de *delfinium*, ramos de rosas. Copias del conejo de Durero. Claire practicando *ballet* en la sala. Claire con una copa de vino blanco. Claire, el cabello envuelto en un turbante de toalla. No quería mostrárselos a Ron. Eran demasiado reveladores.

—Muéstraselos —decía Claire—. ¡Son tan hermosos!

Me molestaba que quisiera que se los mostrara. Pensaba que eran algo especial entre nosotras, algo que yo había hecho para ella. A él no lo conocía. ¿Por qué me pedía eso? Quizá para probar que habían tomado la decisión correcta al llevarme a vivir con ellos. Quizá para mostrar qué buen trabajo estaba haciendo conmigo.

Fui a buscar el bloc, y se lo di a Ron, y después fui a la parte oscura del jardín y pateé las primulas mexicanas que crecían en el césped. Lo oí volver las páginas. No podía mirar.

—Mira esto... —Se reía—. Y esto. Es un fenómeno. Son formidables —me dijo hablando hacia la oscuridad mientras yo seguía pateando las primulas.

—Está avergonzada —dijo Claire—. No tengas vergüenza, Astrid. Posees un don. ¿Cuánta gente puede decir eso?

La única que conocía estaba en la cárcel.

Un grillo o un pájaro nocturno estaba haciendo ruidos chillones como un hámster girando en una rueda. En el patio, bajo las luces del pimentero, Claire contaba cómo había hecho la paella, como si fuera una comedia de Keystone, con un entusiasmo que me hacía doler el estómago. Miré a Ron, en su camisa blanca con un toque anaranjado por las luces, riendo con ella. Las manos cruzadas en la nuca, su agradable rostro, luminoso, una pierna sobre la otra, con tejanos. ¿Por qué no te vas, Ron? Había muchos curanderos esperando ser entrevistados, muchos milagros de tortilla que documentar. Pero la risa de Claire era pegajosa como la savia, el olor del jazmín nocturno suave como un baño de leche.

—Astrid, ¿sigues ahí? —me llamó Claire, tratando de verme.

—Estoy pensando —dije, arrancando un tallito de menta y aplastándolo en la mano, pensando que esta noche se acostarían juntos en la cama de pino con las sábanas rosa y yo volvería a estar sola.

Las mujeres siempre ponían a los hombres primero. Así era como todo se echaba a perder.

Después de mi semana a solas con Claire, volví de mala gana al colegio, a terminar el décimo curso en el instituto Fairfax. Al menos no tenía que volver al Hollywood, donde me habían visto hurgando en la basura. Esto era un nuevo

comienzo. En Fairfax volví a ser misericordiosamente invisible. Al volver por las tardes encontraba a Claire esperándome con un sándwich y un vaso de té, una sonrisa, preguntas. Al principio me parecía raro e innecesario. Nunca antes había encontrado a alguien esperándome al volver a casa, alguien que esperase oír el sonido de mi llave en la puerta, ni siquiera cuando era niña. Sentía como si ella fuera a acusarme de algo, pero no era eso. Quería que le contara de mi composición sobre Edgar Allan Poe y quería ver mis ilustraciones de los ventrículos del corazón y la circulación de la sangre. Se apiadó cuando obtuve una mala nota en la prueba de álgebra.

Me preguntaba sobre mis compañeros, pero yo no tenía mucho que contarle. En mis mejores épocas nunca había sido sociable. La escuela era un trabajo, lo hacía y me marchaba. No tenía intención de participar del Club de Español o de la Liga de Estudiantes Contra los Conductores Ebrios. Inclusive pasaba ante los que fumaban marihuana sin mirarlos. Ahora tenía a Claire, esperándome. Ella era todo lo que necesitaba.

—¿Has tenido un buen día en el colegio? —me preguntaba, acercando una silla a la pequeña mesita roja y blanca de la cocina.

Tenía la idea equivocada de que Fairfax era como el instituto de Connecticut en que ella había estudiado, pese a la presencia de detectores de metal en todas las entradas. No le conté de las peleas en el patio, o los atracos en el bus. Una chica hizo un agujero con el cigarrillo en la espalda de la camisa de otra chica en la clase de nutrición, justo frente a mí, mirándome, desafiándome a que la delatara. Vi a un chico amenazando a otro con una navaja en el pasillo al salir de mi clase de español. Chicas que hablaban de sus abortos en la clase de gimnasia. Claire no necesitaba saber sobre esas cosas. Yo quería para ella un mundo hermoso. Quería que las cosas funcionaran. Así que siempre tenía un buen día en el colegio, pasara lo que pasase.

El sábado Ron cortó el césped, decapitando a las primulas, y después se sentó a leer guiones. Comimos cereal y panecillos en el desayuno, y Claire se fue a su clase de *ballet*. Yo me senté con Ron a la mesa, con mis pinturas. Me estaba acostumbrando a él. No intentaba ser más amistoso de lo que yo quería.

—¿Qué te parece Claire? —me preguntó de pronto, mirándome por encima de sus anteojos, como un viejo.

—Perfecta —dije.

Pero sabía adónde quería ir a parar. Claire caminaba de noche, yo oía sus pies descalzos en el suelo de madera. Hablaba como si el silencio pudiera aplastarla si no lo sostenía con un flujo constante de sonido. Lloraba con facilidad. Me llevó al observatorio y empezó a llorar durante el espectáculo. Las constelaciones de abril.

—Tienes el número de mi busca. Siempre puedes localizarme.

Seguí pintando las poinsettias contra la pared blanca de la casa. Parecían una mancha de sangre.

Claire apartó la cortina de muselina y echó una mirada a la calle. Estaba esperando a Ron. Todavía era de día, nos acercábamos al verano, a las seis se iniciaba un dulce crepúsculo.

—Creo que Ron está teniendo una aventura —dijo.

Me sorprendió. No por la idea; conocía el motivo por el que ella dejaba de hablar cuando él estaba al teléfono, y me había acostumbrado al modo en que lo interrogaba discretamente para saber dónde y con quién había pasado el día. Pero que lo dijera en voz alta indicaba una progresión en sus dudas.

Pensé en Ron. Su suavidad. Seguro, podía conseguir las mujeres que quisiera. Pero se preocupaba demasiado por Claire. Si estuviera liado con otra no se preocuparía tanto. Y trabajaba duro, largas jornadas; siempre volvía a casa cansado. No era tan joven. No creía que tuviera la energía necesaria.

—Está trabajando, nada más —le dije.

Claire seguía mirando la calle.

—Eso dice él.

—¿Habéis visto mis llaves? —preguntó Ron—. Las he buscado por todas partes.

—Ten las mías —dijo Claire—. Puedo mandar hacer otro juego.

—Sí, pero me enerva perder cosas. Tienen que estar en alguna parte.

Cogió las llaves de Claire, pero le molestaba. Era un hombre muy organizado.

Un día, vi a Claire coger un bolígrafo del bolsillo interior de la chaqueta de Ron y metérselo en los tejanos.

—¿No habéis visto mi bolígrafo Cross? —preguntó él unos días después.

—No —dijo ella.

Él me miró con ceño:

—¿Lo has cogido tú, Astrid? Dime la verdad, no me enfadaré. Es sólo que las cosas están desapareciendo, y eso me vuelve loco. No te estoy acusando de nada, pero ¿no las tomarás prestadas y olvidas devolverlas?

Yo no sabía qué decir. No quería traicionar a Claire, pero no quería que él pensara que le estaba robando cosas. Yo haría cualquier cosa por no perder esa casa.

—No he sido yo, de veras. Nunca lo haría.

—Te creo —dijo, mesándose el pelo plateado—. Debo de estar volviéndome senil.

—Quizá es un *poltergeist* —dijo Claire.

Cuando Claire fue a una audición, registré la casa metódicamente. Bajo su cama encontré una caja pintada de rojo y blanco y decorada con trozos de espejo. Dentro era también roja, y estaba llena con las cosas que él había estado perdiendo: una navaja, un reloj de pulsera, su pinza para el dinero, el bolígrafo, llaves, alicates de uñas. Había una Polaroid de ellos dos riendo, y dos Polaroids pegadas que no pude despegar. De la tapa de la caja colgaba un imán, y en el fondo había una placa de acero. Sentí el tirón del imán cuando volví a cerrar la caja.



TERMINÉ décimo curso a finales de junio. Me fue increíblemente bien, dadas las circunstancias. Aunque con baja nota, aprobé álgebra, lo que fue piadoso por parte del profesor. Pero con la ayuda nocturna de Claire tuve notas excelentes en inglés e historia, en arte y biología, y hasta en español. Si me hubiera pedido que practicara fútbol, lo habría hecho. Para celebrarlo, Ron nos llevó a Musso and Frank, un restaurante en el bulevar Hollywood. Yo nunca lo había visto antes, aunque estaba enfrente del último apartamento donde había vivido con mi madre.

Aparcamos detrás del local y subimos las escaleras con su barandilla de bronce pulido, y cruzamos la cocina antigua. Vimos a los chefs trajinando. Olía a carne asada, como debía oler el tiempo, sólido y nutricional. Caminamos en fila a lo largo del mostrador de madera lleno de muescas, donde había gente comiendo chuletas y costillas y leyendo *Variety*, caldeado por las cocinas y servido por viejos camareros con chaquetas verdes y rojas. Era una curva en el tiempo, un momento congelado en 1927. Me gustaba, me infundía seguridad.

Nos sentamos en el salón del fondo. Ron conocía a la gente. Nos presentó, «Mi esposa Claire», y por un momento pensé que me iba a presentar como su hija. Pero fue «y nuestra amiga Astrid». Reprimí la desilusión pensando que Marvel no se habría molestado en presentarme en absoluto, y Amelia, bueno, jamás me habría llevado a un restaurante.

Bebí mi refresco, mientras Claire me señalaba las estrellas de cine con susurros excitados. No parecían muy glamurosos en la vida real. Más pequeños de lo que uno habría creído, vestidos con sencillez, simplemente cenando. Jason Robards y otro hombre estaban sentados frente a nosotros con dos chicos aburridos, los hombres hablando de negocios, los chicos haciendo bolitas de miga de pan y arrojándoselas uno al otro.

Claire y Ron compartieron una botella de vino, y Claire me dio a beber unos sorbos de su vaso. Tocaba a Ron todo el tiempo, en el cabello, el brazo, el hombro. Yo estaba celosa. La quería toda para mí. Notaba que no era normal, las hijas normales no sentían celos de sus padres. Sólo deseaban que ambos padres desaparecieran.

Ron sacó algo del bolsillo, oculto en su mano suave:

—Por un trabajo bien hecho —dijo.

Lo puso en mi plato. Era un estuche de terciopelo rojo, en forma de corazón. Lo abrí. Contenía una gema tallada color lavanda, en una cadenilla de oro.

—Toda chica necesita alguna joya —dijo.

Claire me la abrochó al cuello.



—La amatista tiene grandes poderes curativos —me susurró mientras la colocaba, besándome en la mejilla—. Ahora, sólo esperar buenos tiempos.

Ron se inclinó sobre la mesa y también me besó.

Sentí que me asomaban las lágrimas. Me habían sorprendido. Llegó la comida y los miré mientras comían, el cabello oscuro y brillante de Claire cayéndole sobre la mejilla, los grandes ojos dulces. La cara suave de Ron. Simulé que eran realmente mis padres. La chuleta y el vino se me fueron a la cabeza, y me imaginé que era la hija de Claire y Ron Richards. ¿Quién era yo, la verdadera Astrid Richards? Me iba bien en el colegio, por supuesto que iría a la universidad. Los escuchaba reírse, algo sobre sus tiempos juntos en Yale, aunque yo sabía que en ese entonces Ron estaba casado con otra, y que se había separado de su esposa por Claire. Me imaginé a mí misma en Yale, caminando sobre la crujiente hojarasca de otoño, envuelta en un grueso abrigo de pelo de camello. Me sentaba en salas de lectura de enmaderado oscuro y miraba diapositivas de Da Vinci. Al graduarme iría a estudiar un año a la Toscana. El día de los Padres, Claire y Ron iban a visitarme, Claire con sus perlas al cuello. Me mostraba dónde había estado su dormitorio.

Toqué la amatista. «Ahora, sólo esperar buenos tiempos».

Ron estuvo ausente gran parte del verano. Venía a casa y ella lavaba la ropa y cocinaba demasiada comida. Él hacía llamadas, trabajaba en su ordenador portátil, tenía reuniones, revisaba sus mensajes, y volvía a irse.

Claire se deprimía cuando él venía y volvía a irse tan pronto, pero al menos ya no se paseaba por la noche. Trabajaba en el jardín casi todos los días, con guantes y un enorme sombrero chino de paja. Se ocupaba de los tomates. Había plantado cuatro especies diferentes: amarillos y rojos. Tomates para salsa y Beefsteaks grandes como la cabeza de un niño. Los sábados por la mañana no nos perdíamos un programa de televisión donde enseñaban a cultivar plantas. Ella les ponía guías a las espuelas de caballero, cortaba botones de rosas para lograr flores más grandes. Arrancaba maleza todos los días, y regaba a la caída de la tarde, llenando el aire con el aroma de la tierra mojada. Su sombrero de pico se desplazaba entre los parterres como un templo balinés flotante.

A veces la ayudaba, pero en general me sentaba bajo el olmo chino y dibujaba. Ella cantaba canciones aprendidas cuando tenía mi edad, *Are you going to Scarborough Fair?* y *John Barleycom must die*. Su voz era educada, flexible como el cuero, precisa como la hoja de un cuchillo arrojadizo. Cantando o hablando tenía la misma elegancia, y un acento que al principio creí británico, pero después comprendí que era el anticuado inglés norteamericano de una película de los años treinta. Demasiado clásico, le decían cuándo iba a las audiciones. No significaba viejo. Significaba demasiado hermoso para los tiempos que vivíamos, cuando algo que sobrevivía más de seis meses era considerado pasado de moda. A mí me gustaba oír la cantar, o contarme historias sobre su infancia en la Connecticut suburbana; me sonaban a paraíso.

Cuando me dejaba sola por una audición, o por su clase de *ballet*, me gustaba ir a su dormitorio, cepillarme el pelo con su cepillo de plata, tocar la ropa de su armario, los vestidos de algodón simples como jarrones, las sedas acuareladas. En su tocador estaba el frasco de cristal, dos palomas anidando juntas, de L'Air du Temps, y me ponía una gota en las mejillas y detrás de las orejas. El Aire del Tiempo. Me miraba en el espejo de su tocador. Mi pelo brillaba como el color de la seda cruda, cepillado a partir del centro, revelando una ligera ondulación en la raya. Claire y su peluquero opinaban que debía sacarme el flequillo. Yo nunca había sabido que no me sentaba bien. Volvía la cara a un lado y otro. Las cicatrices casi habían desaparecido. Podía pasar por hermosa.

Colgada del cuello, la amatista centelleaba. Antes, la habría escondido en una media enrollada dentro de un zapato en el fondo del armario. Pero aquí usábamos nuestras joyas. Nos las merecíamos. «Cuando una mujer tiene joyas, las usa», había explicado Claire. Yo ahora tenía una joya. Era una chica con joyas.

Me probaba el doble collar de perlas de Claire ante el espejo, pasaba la punta de los dedos por las cuentas lustrosas y suaves, tocaba el coral rosa del broche. Las perlas en realidad no eran blancas, eran de un cálido *beige* de ostra, con pequeños nudos entre una y otra de modo que si la sarta se rompía, se perdiera una sola. Deseé que mi vida fuera así, atada de tal modo que aun si algo se rompía, el todo no se desarmara.

—¿Cena a las ocho? Sería espléndido —me decía a mí misma en el espejo, como Katherine Hepburn, los dedos tocando las perlas.

Claire tenía una foto mía en su escritorio, junto a una de ella y Ron, en un marco de plata. Nunca nadie había enmarcado una foto mía para poner en su escritorio. Empañé con el aliento el vidrio y le saqué lustre con el borde de mi camiseta. La foto la había tomado un par de semanas atrás, en la playa. Yo miraba la cámara entrecerrando los ojos, riendo de algo que había dicho ella, mi pelo más pálido que la arena. No enmarcó la que yo le saqué a ella, cubierta de la cabeza a los pies con una gran toalla de playa, sombrero chino y gafas de sol. Parecía el Hombre Invisible. Sólo se descubría para meterse en el agua, aunque no dejaba que las olas le subieran más allá de los muslos. No le gustaba nadar.

—Sé que es ridículo —decía—, pero siempre pienso que el mar me va a arrastrar. No era lo único a lo que temía.

Les temía a las arañas y a los supermercados y a sentarse dándole la espalda a la puerta. «Mal *chi*», decía. Odiaba el color violeta y los números cuatro y especialmente el ocho. Detestaba las muchedumbres y a la vecina entrometida de al lado, la señora Kromach. Yo había creído tener muchos temores, pero Claire me ganaba. Bromeaba sobre sus miedos, pero era la clase de bromas que se hace sobre cosas que la gente considera ridículas, y uno pretende que las considera ridículas también, aunque en el fondo habla completamente en serio.

—Los actores siempre son supersticiosos —decía.

Hizo mi numerología. Yo era un 50, que era lo mismo que un 32. Yo tenía el poder de movilizar a las masas. Ella era un 36, que era lo mismo que un 27, el Cetro. Un número de coraje y poder. Antes de casarse había sido un 22, un 4. Muy malo.

—De modo que, ya ves, Ron me salvó la vida.

Se reía, incómoda.

No podía imaginarme que yo llegara a tener nunca, o quisiera tener, el poder de mover las masas, pero si eso la hacía sentir bien, suponía, qué daño hacía. La ayudé a llevar adelante proyectos destinados a impulsar el buen *chi*. Un día compró espejos cuadrados y yo subí al tejado de la casa para ponerlos sobre las tejas rojas, apuntando a la casa de la señora Kromach.

—Así su mal *chi* rebotará sobre ella, vieja bruja.

Había un arriate de rosas sobre el sendero de entrada, y no le gustaba la gente que no pasaba por debajo de él. Sólo la bondad y el amor pueden pasar bajo un arco de rosas, decía. Se sentía incómoda si alguien venía por la puerta trasera.

—Lo trasero pertenece a Saturno, que no es bueno con los niños.

Me saqué las perlas y las devolví a su estuche bajo las bufandas en el cajón superior izquierdo. Claire guardaba la mayoría de sus joyas en una bolsa de papel en el congelador, donde pensaba que los ladrones nunca las encontrarían. Pero las perlas no podían congelarse, tenían que mantenerse cálidas.

En los dos cajones de la derecha había medias de seda, en tonos suaves, champán y rosa madreperla y azul hielo, ropa interior y camisones, todo haciendo juego. Todo doblado y metido en bolsitas. Debajo, camisetas en pilas ordenadas, una de blancas y otras de colores, celeste, malva, gris. A la izquierda, *shorts* y suéteres livianos. Chales al fondo. Su ropa de invierno estaba plegada y guardada en fundas en la parte superior del armario.

Este instinto de orden y rituales era una de las cosas que más me gustaban de Claire, sus calendarios y reglas. Sabía cuándo era el momento de guardar la ropa de invierno. Yo amaba eso. Su sentido del orden, elegante y excéntrico, pequeños secretos que sabían las mujeres, lencería y ropa interior. Tiró a la basura la ropa interior que me había comprado Starr, y que ya estaba llena de agujeros, y me compró todo nuevo en una tienda, discutiendo la talla de los sujetadores con la anciana dependienta. Yo quería satén y encaje, negro y verde esmeralda, pero Claire amablemente opinó otra cosa. Simulé que era mi madre y protesté un poco antes de ceder.

Claire se había sacado más fotografías, primeros planos. Fuimos a Hollywood a recogerlas, a un estudio en Cahuenga. En las fotos se la veía diferente, concentrada, animada. En persona era delgada, soñadora, tan llena de ángulos como una *demoiselle* de Picasso. El fotógrafo, un viejo armenio de ojos adormecidos, opinó que yo también debía ser fotografiada.

—Podría ser modelo —le dijo a Claire—. Las he visto peores.

Mi mano instintivamente subió hasta las cicatrices de la mandíbula. ¿No veían acaso lo fea que era?

Claire sonrió y me acarició el cabello.

—¿Te gustaría?

—No —dije, en voz baja para que el fotógrafo no me oyera.

—Lo tendremos en cuenta —dijo Claire.

Cuando caminábamos hacia el coche en el calor de una tarde color gris paloma claro, pasamos junto a un viejo *hippie* con cabello gris y una mochila verde del ejército cruzada sobre el pecho, pidiendo dinero a la gente. Los peatones esquivaban su mano extendida y cruzaban la calle. No era lo bastante amenazante para ese trabajo. Me recordé a mí misma mendigando en el aparcamiento del supermercado, pero no era lo mismo. Yo no era una alcohólica, una drogadicta. Tenía apenas quince años. Él se lo había buscado.

—Vamos —decía—. Ayuden a un pobre.

Yo estaba decidida a cruzar, para evitar ese espantajo, pero Claire lo miró. No sabía cómo ignorar a la gente.

—¿Tiene una moneda para darme, señora? Cualquier cosa me vendrá bien.

La luz del semáforo cambió, pero Claire no estaba prestando atención. Estaba buscando en el fondo de su bolso las monedas sueltas. Nunca aprendía sobre la gente de la calle, que si se les mostraba la menor atención, se pegaban a uno como garrapatas. Claire sólo veía lo delgado que estaba, la cojera que debía de haberle causado un coche mientras mendigaba entre el tráfico. Mi madre le habría ofrecido arrojarlo bajo un autobús, pero Claire aire se preocupaba. Creía en que todos compartimos una misma alma.

El *hippie* se echó el dinero al bolsillo.

—Usted es un verdadero ser humano, señora. La mayoría no mira siquiera a los ojos a un hombre que ha caído. —Me dirigió una mirada acusadora—. No me importa si alguien me da algo. Sólo quiero que me miren a los ojos, ¿entiende?

—Lo entiendo —dijo Claire aire, con su voz que era agua fría y manos suaves.

—Trabajé duro toda mi vida, pero me estropeé la espalda, ¿sabe? Nunca bebí en el trabajo. Nunca jamás.

—Seguro que no.

El semáforo volvió a ponerse rojo. Yo habría querido arrastrar a Claire. Dondequiera que fuésemos, la gente terminaba contándole historias tristes. Se daban cuenta de que era demasiado amable para darles la espalda. El hombre se acercó más. Es probable que ella fuera la primera persona normal que lo escuchaba en muchos días.

—El subsidio de desempleo sólo dura hasta cierto punto —dijo. Yo podía olerlo. O bien se había orinado encima o alguien le había hecho los honores—. A nadie le importa nada.

—A alguna gente sí —dijo Claire.

El sol poniente le enrojecía las puntas del cabello oscuro.

—Usted es un verdadero ser humano —dijo él—. Ahora están pasados de moda. Máquinas, eso es lo que quieren. —Le estaba exhalando el aliento en la cara, pero ella era demasiado dulce para volverse. No quería ofenderlo. Siempre parecían darse cuenta al hablar ella—. ¿Cuánta gente necesitan para hacer hamburguesas?

—No las suficientes. O quizá demasiadas.

Sonrió, insegura, apartándose de la cara el cabello que le alborotaba el viento.

La luz se puso verde, pero no íbamos a ninguna parte. Empantanadas en la corriente de Sunset y Cahuenga. La gente nos esquivaba como si fuéramos un agujero en la acera.

Él se acercó más, y bajó la voz confidencialmente.

—¿Usted piensa en mí como en un hombre?

Asomó la lengua por el hueco de un diente ausente.

Ella se ruborizó y se encogió de hombros. Por supuesto que no lo veía así. Yo habría querido empujarlo a la calzada.

—Yo les gustaba mucho a las mujeres. Cuando trabajaba.

Claire estaba tensa, quería retroceder, pero no quería herir los sentimientos del sujeto. Estaba retorciendo el bolso con las fotos por las que acababa de pagar doscientos dólares. Un Corvette negro pasó junto a nosotros, dejando un rastro de música rap.

—Usted es una dama gentil, pero no se quitaría la ropa por mí, ¿verdad?

Ella seguía arrugando las fotografías, su rostro sensible trémulo por la contradicción.

—Yo no... —murmuró.

—No la culpo. Pero no lo haría.

Se lo veía muy triste.

La cogí del brazo.

—Claire, tenemos que irnos.

Pero ella estaba demasiado absorta en el vagabundo que le había leído la mente. La tenía fascinada.

—Añoro a las mujeres —dijo él—. Cómo olían. Añoro eso. Como usted, sea cual fuere su perfume.

Ella usaba L'Air du Temps, tan fuera de lugar allí como una violeta silvestre en un campo de batalla. Me sorprendió que el hombre pudiera captar la fragancia a través de su propio hedor.

Pero sabía a qué se refería. Yo también amaba su olor. Me gustaba sentarme en su cama mientras ella me cepillaba el pelo y me hacía trenzas. Me sentaba allí tanto como ella quería, simplemente respirando el aire que la rodeaba.

—Gracias —susurró Claire.

Así era ella, temerosa de herir los sentimientos de cualquiera, hasta de ese triste mendigo.

—¿Puedo olerle el cabello? —preguntó él.

Se puso pálida. Sus defensas cedían. Él podría hacerle cualquier cosa, no sabría dónde detenerse.

—No tenga miedo —dijo, alzando las manos, con las uñas como cuernos—. Mire toda esa gente. No la tocaré.

Ella tragó saliva y asintió, cerró los ojos mientras el hombre se acercaba, levantaba un mechón de su cabello oscuro, suavemente, con la punta de los dedos, como si fuera una flor, y lo olía. Claire se lavaba la cabeza con romero y clavo de olor. El tipo sonrió.

—Gradas —susurró, y retrocedió sin volverse, y la dejó de pie en Cahuenga y Sunset, los ojos cerrados, aferrando la bolsa con las fotografías de una persona completamente diferente.

Claire me llevó a ver una exposición de Kandinsky en el museo de arte. Nunca me gustó el arte abstracto. Mi madre y sus amigos podían enloquecer por un cuadro que era sólo rayas blancas y negras, o un gran cuadrado rojo. A mí me gustaba el arte que era algo. Los jugadores de cartas de Cézanne, los zapatos de Van Gogh. Me gustaban las diminutas miniaturas Mughal, o unos cuervos y espadañas y cigüeñas japonesas que eran una pincelada de tinta.

Pero si Claire quería ver a Kandinsky, iríamos a verlo.

Me sentí mejor cuando entramos en el museo, el patio me era familiar, las fuentes, las luces suaves, las voces bajas. Dentro del museo de arte me sentía como se sentía Starr en la iglesia, a la vez protegida y elevada. Kandinsky no era tan abstracto, todavía podían verse en él ciudades rusas con sus torres como envueltas con turbantes, jinetes de a tres en un caballo, con lanzas, cañones, y damas de vestidos largos y peinados altos. Colores puros, como las ilustraciones de un libro de estampas.

En la sala siguiente, las formas se disolvían.

—¿Puedes sentir el movimiento? —dijo Claire, señalando un ángulo grande en la tela, la punta se dirigía hacia la derecha, el abanico hacia la izquierda. El borde de sus manos seguía las líneas.

Es como una flecha.

El guardia miraba sus manos entusiastas, demasiado Cerca del cuadro para su gusto.

—¿Señorita?

Ella se disculpó, como una estudiante aplicada que llega tarde dase una única vez en su vida. Me llevó a un banco donde podía gesticular a gusto. Traté de sentir lo que ella sentía. Cosas que no ahí, que podían no estar.

—¿Ves? —dijo en voz baja, vigilando de reojo al guardia—. El amarillo viene hacia ti, el azul se aleja. El amarillo se expande, el azul se contrae.

El rojo, el amarillo, un pozo de verde oscuro, expandiéndose, contrayéndose, lagos quietos con bordes sangrantes, un ángulo como un puño. Un chico y una chica,

abrazados, pasaban frente a los cuadros como si miraran escaparates.

—Y mira cómo lleva el borde lejos del marco, haciendo asimétrica la forma.

Señaló una cinta color limón que se curvaba a la izquierda.

Yo había oído decir cosas así en los museos, y siempre había pensado que los que las decían sólo trataban de impresionar a sus oyentes. Pero esta vez era Claire, y yo sabía que realmente quería que comprendiera. Miré fijo a la pintura, el ángulo, la cinta. Había tantas cosas sucediendo en Kandinsky, que era como si los marcos tuvieran problemas para contener a los cuadros.

En otra sala, Claire se detuvo frente a unos esbozos a lápiz. Líneas sobre el papel, ángulos y círculos, como palotes y garabatos. Como las cosas que se hacen mientras uno habla por teléfono.

—¿Ves este ángulo? —Señalaba un ángulo agudo dibujado en lápiz, y después señaló la gran composición que había resultado de todos los esbozos en lápiz y óleo—. ¿Lo ves?

El ángulo dominaba la tela.

Me llamó la atención sobre distintos elementos de los dibujos, círculos, arcos, y los encontré todos en la composición terminada, en rojo vibrante, y en un profundo azul difuminado. Desde el comienzo tenía todos los elementos. Cada dibujo contenía su propia parte de la idea, como una serie de llaves que había que introducir todas juntas para abrir la caja fuerte. Si yo pudiera reunirías y sacarlas a la luz, vería la forma de la composición completa. Miré, asombrada por la visión.

Recorrimos toda la exposición cogidas del brazo, señalándonos una a la otra detalles que volvían, los jinetes abstractos, las torres, las diferentes clases de ángulos, el color cambiando cuando una forma se superponía a otra. Lo que más me admiraba era el sentido del orden, la visión contenida en el tiempo.

Me senté en un banco, saqué mi cuaderno y traté de dibujar sus formas básicas. Ángulos agudos, arcos, como el movimiento de un reloj. Era imposible. Necesitaba color, necesitaba tinta y un pincel. No sabía lo que necesitaba.

—Imagínate el trabajo para reunir todo esto en un solo lugar —decía Claire—. Los años necesarios para persuadir a la gente a prestar sus cuadros.

Me imaginaba la mente de Kandinsky, dispersa por todo el mundo, y después reunida de nuevo. Cada uno tenía un trozo del rompecabezas. Sólo en una exposición como esta podía verse el cuadro completo, reunir las piezas, mostrarlas, ver cómo todas se ajustaban entre sí. Me daba esperanzas de que algún día mi vida también tendría sentido, si podía reunir todas las piezas al mismo tiempo.

Volvimos dos veces por semana todo el resto del verano. Claire me compró pasteles para que pudiera trabajar en color sin poner nerviosos a los guardias. Pasábamos un día entero en una sala, mirando un cuadro. Yo nunca había hecho algo así. Una composición de 1913 presagiaba la Primera Guerra Mundial.

—Era un hombre muy sensible. Sabía lo que acontecería —dijo Claire.

Lo negro, los cañones, lo salvaje, un clima tan violento y negro, por supuesto que tenía que inventar la abstracción.

El regreso a Rusia. La exuberancia de la vanguardia, pero las sombrías sospechas de que todo se acercaba a su fin, aun cuando estaba floreciendo. En la Bauhaus en los años veinte. Líneas rectas, formas geométricas. En tiempos así uno no se soltaba. Uno trataba de encontrar una estructura subyacente. Yo lo entendía perfectamente. Al fin, la mudanza a París. Rosas y azules y lavandas. Formas orgánicas de nuevo, por primera vez en años. Qué alivio debió de representar París, el color, la capacidad de ablandarse otra vez.

Me pregunté cómo pintaría yo nuestros tiempos. Coches brillantes y carne herida, azul cyan y un zigzag de dientes de perro, trozos de espejo roto, fuego y lunas anaranjadas y corazones granate.

En el otoño me inscribí en la clase de alumnos destacados. Claire me hizo pensar que valía la pena intentarlo. Por supuesto que ibas a las mejores clases. Por supuesto que usabas tus joyas. Por supuesto que te inscribías en clases de arte en el museo. Por supuesto.

En el estudio vacío del sótano del museo esperábamos a la profesora, la señorita Tricia Day. Me sudaban las manos sobre el portafolios que había comprado Claire para poner mis trabajos. Quería que me inscribiera en una clase de pintura para adultos. Había cursos para adolescentes en fotografía, telas, vídeo. Pero no pintura.

—Hablaremos con la profesora —dijo.

Entró una mujer. Pequeña, de mediana edad, con un corto pelo gris. Llevaba pantalones caqui y gafas de montura negra. Nos miró con gesto cansado, una madre ansiosa con su hija mimada, pidiendo tratamiento especial. A mí me avergonzaba estar ahí, pero Claire se mostró sorprendentemente eficaz. La señorita Day hojeó mi portafolios rápidamente, moviendo los ojos en líneas veloces sobre las superficies. Las cosas realistas, Claire acostada en el diván, las poinsettias, y los Kandinsky del museo.

—¿Dónde estudiaste?

Negué con la cabeza.

—En ninguna parte.

Terminó el portafolios y se lo tendió de vuelta a Claire.

—Está bien. Probaremos.

Todos los martes a la noche Claire me llevaba al museo, volvía a casa, y volvía a recogerme tres horas después. Me sentía culpable por su voluntad de hacer cosas por mí, como si la estuviera usando. Oía a mi madre decir: «No seas absurda. Ella quiere ser usada». Pero yo no quería ser así. Quería ser como Claire. ¿Quién sino Claire se habría preocupado porque yo recibiera clases de pintura, y habría renunciado por mí a las noches de los martes?

En las clases aprendí a construir un soporte, estirar una tela en el bastidor, prepararla para recibir la pintura. La señorita Day nos hizo experimentar con color,



con pinceladas. La pincelada era la huella del gesto del brazo. Una huella de la existencia de uno, la cualidad de su personalidad, su toque, presión, la autoridad de su movimiento. Pintamos naturalezas muertas. Flores, libros. Algunas de las señoras en la clase pintaban sólo flores diminutas. La señorita Day les dijo que las hicieran más grandes pero ellas se sentían avergonzadas. Yo pintaba flores grandes como *pizzas*, fresas magnificadas en una serie de triángulos verdes sobre fondo rojo, y el diseño de las semillas. La señorita Day era espartana en su elogio, brutal en su crítica. En cada clase alguien lloraba. A mi madre le habría gustado. A mí también me gustaba.

Yo filtraba cuidadosamente lo que le escribía a mi madre. Hola, cómo estás, cómo van tus escritos. Le escribía sobre el colegio, el jardín, la dase de arte, el olor de los Santa Anas y el paisaje quemado, los azules de noviembre, los días más cortos. «Sólo las mejores notas, la reina de la casa». Le enviaba pequeños dibujos, acuarelas del tamaño de postales, porque ella no tenía mucho espacio. Amó mi período Kandinsky y mis nuevos trabajos. Le envié una serie de dibujos a lápiz sobre papel cebolla. Era un autorretrato, pero diseminado, una línea aquí, una línea allí, una cada vez, para que ella lo armara, poniendo un papel sobre otro. Ya no le daría más cuadros completos. Ella tendría que trabajar para armarlos.

Mi madre me escribió que le habían publicado poemas en la *Kerryon Review* y en un número dedicado a poesía de *Zyzyva*. Le pregunté a Claire si podríamos conseguirlas y me llevó a Book Soup, en el Strip, y me compró las dos. Había un largo poema sobre correr en la cárcel, actividad que consumía buena parte de su día. Cuando no estaba escribiendo estaba corriendo en la pista, cincuenta, den kilómetros por semana. Gastaba un par de zapatillas cada cuatro meses, y a veces le daban nuevas y a veces no. Tuve una idea.

Fotocopié diez veces el poema y lo usé como fondo para dibujos. Me sentaba a la mesa en la cocina roja y blanca y dibujaba al pasté encima de sus palabras, el sentimiento de correr, de una actividad circular, sin sentido. Como su mente.

Las lluvias habían empezado, susurraban al otro lado de los cristales empañados de la cocina. Claire se sentó a mi lado con una taza de té de menta.

—Cuéntame sobre ella.

Había algo que me impedía hablarle mucho a Claire sobre mi madre. Ella sentía curiosidad, como la sentían todos mis profesores en el colegio, Ray, Joan Peeler, los directores de pequeñas revistas literarias... Poetas encarcelados, una paradoja. Yo no sabía qué decir. Había asesinado a un hombre. Era mi madre. No sabía si era como ella o no. En general, no quería hablar sobre ella. Quería que Claire fuera alguien separado de mi madre, quería que estuvieran en páginas diferentes y sólo yo pudiera reunirlos.

Claire releyó el poema sobre la carrera.

—Me encanta este verso: «Espalda estirada, veinte años. Reloj sin manecillas. — La vida en la cárcel es inimaginable—: Tres años ya, la tierra apisonada en círculo». Debe de ser muy valiente. ¿Cómo puede soportarlo?

—Ella nunca está donde está —le dije—. Sólo está dentro de su cabeza.

—Eso ha de ser maravilloso. —Claire acariciaba la taza como si fuera la mejilla de un niño—. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo.

Yo me alegraba de que no pudiera. Las cosas tocaban a Claire. Quizá demasiado, pero al menos la tocaban. No podía retorcer las cosas dentro de su mente, acomodarlas a su gusto. Miré el poema de mi madre en *Kenyon*. Ella siempre era la heroína, la marginada, una contra todos. Nunca la villana.

—Es la diferencia entre un artista de verdad y el resto del mundo —suspiró Claire—. Pueden rehacer el mundo.

—Tú eres una artista —le dije.

—Una actriz —dijo ella—. Ni siquiera eso.

Yo había visto un par de películas en las que Claire actuaba. Era transparente, conmovedora. A mí me habría dado miedo ser tan vulnerable. Yo había pasado los últimos tres años tratando de construir alguna especie de coraza, para no desangrarme cada vez que me rozaba con algo. Ella estaba desnuda, y se despellejaba todos los días. En una película interpretaba a la esposa de un profesor, trémula, con perlas. En otra, a una mujer del siglo XVIII, una amante desdeñada, en un convento.

—Eres una actriz maravillosa —le dije.

Claire se encogió de hombros, leyó el otro poema, sobre una pelea en la cárcel.

—Me gusta la violencia de tu madre. Su fuerza. Cómo admiro eso.

Mojé un pequeño pincel de *sumi* en el frasco de tinta, y con pocas pinceladas tracé un punto negro, todo en arcos y líneas. La violencia de mi madre. Claire, ¿qué sabías tú sobre violencia? ¿La fuerza de mi madre? Bueno, no era lo bastante fuerte para evitar ser el fondo de mi arte. Sólo el fondo. Sus palabras sólo mi soporte.

Un día de calor pegajoso y niebla, cuando volvía del colegio, me encontré a Claire bajo el arco de rosas.

—¡Me han dado un papel! —me gritó a la distancia.

Eché la cabeza atrás descubriendo el cuello al débil sol de invierno, y la risa le brotó como un géiser. Me abrazó, me besó. Trató de llamar a Ron a Rusia, en los Urales, donde estaba cubriendo una convención de investigadores de telequinesis. No pudo encontrarlo. Pero ni siquiera eso le restó entusiasmo. Abrió una botella de champán Tattinger, que mantenía frío en la nevera para una ocasión especial. La espuma desbordó las copas y la mesa, derramándose por el suelo. Brindamos por el nuevo trabajo.

No era un papel importante, pero era difícil. Interpretaría a una esposa elegante y ebria en una cena, con vestido largo y diamantes. En sus escenas había mucha comida y bebida, y ella tenía que recordar cuándo hacer cada cosa, para que todo se encadenara.

—Siempre la esposa solitaria de alguien —suspiró—. ¿Qué es esto, *casting* automático?

Consiguió el papel porque el director era amigo de Ron, y la actriz que iba a hacer el papel de esposa solitaria, la hermana de la exesposa del director, se lesionó la espalda en el último minuto y necesitaban a alguien de la misma altura y color de pelo, que pudiera usar el vestido escotado.

—Al menos tengo un diálogo con el protagonista —explicó—. No pueden cortar la escena.

Era un papel pequeño, apenas cinco líneas, una mujer que aparecía muerta dos escenas después. La ayudé a ensayar, representando al héroe. La parte difícil, explicaba, era que tenía que comer y beber durante la escena, mientras hablaba. Lo hacía perfecto después de la segunda vez, pero insistió en repetirla una y otra vez. Insistía en recordar en qué palabra hacía una pausa y bebía el vino, exactamente cuándo levantaba el tenedor, con qué mano y hasta qué altura.

—Las escenas en que se come son las peores —explicaba—. Todo tiene que coordinarse.

Ensayamos el papel durante una semana. Se tomaba muy en serio sus cinco réplicas. Yo no sabía que los actores eran tan perfeccionistas. Siempre había pensado que simplemente iban y lo hacían.

El día de la filmación tenía maquillaje a las seis de la mañana. Me dijo que no me levantara, pero lo hice de todos modos. La acompañé mientras se preparaba un licuado y le agregaba polvo de proteínas, espirulina, yema de huevo, vitaminas E y C. Estaba muy pálida y callada. Concentrada. Hizo un ejercicio de respiración que se llamaba Monos Respirando, cantando sílabas chinas al exhalar y al inhalar. Los notas exhaladas eran bajas y resonantes, las inhaladas eran extrañas, altas como gemidos. Se llamaba *chi gong*, y decía que la calmaba.

Le di un rápido abrazo cuando se marchaba. Me había enseñado a no decir nunca «buena suerte». «Quiébrate una pierna», era lo que se les decía a los actores.

—¡Quiébrate una pierna! —le grité desde la puerta, y arrugué la cara al verla tropezar con el aspersor del césped.

Después del colegio corrí a casa, ansiosa por saber cómo habían ido las cosas, y especialmente por oír sobre Harold McCann, la estrella inglesa que interpretaba el papel protagonista; pero ella no había vuelto. Hice mis tareas, y hasta leí lecciones adelantadas de inglés e historia. A las seis estaba oscuro, y ni una llamada. Esperé que no hubiera tenido un accidente, tan nerviosa estaba esa mañana. Pero probablemente habían ido a tomar una copa con los otros actores, o a cenar o algo. Aun así, no era propio de ella no llamar. Llamaba hasta para anunciar que llegaría tarde al supermercado.

Preparé la cena, carne asada y pan casero, una ensalada, pensando que cuando estuviera a punto ella habría vuelto. A las ocho y veinte oí el coche en la entrada. Fui a recibirla a la puerta.

—La cena está lista —dije.

La sombra de ojos en círculos. Pasó a mi lado corriendo, hacia el baño. La oí vomitar.

—¿Claire?

Salió, se tendió en el diván, se cubrió los ojos con el brazo. Le saqué los zapatos.

—¿Quieres algo? ¿Aspirina? ¿Seven-Up?

Empezó a llorar, con gemidos ásperos, apartando la cara de mí.

Le traje Tylenol y un vaso de gaseosa, y vi cómo lo tomaba a pequeños sorbos.

—Vinagre. En una toalla mojada. —Se dejó caer sobre los almohadones—. Vinagre blanco. Escurre la toalla. —Tenía la voz áspera como lija—. Y apaga las luces.

Apagué las lámparas, empapé una toalla en vinagre, la escurrí, se la traje. No me atrevía a preguntar qué había pasado.

—Diecisiete tomas —dijo, poniéndose la toalla sobre la frente y los ojos—. ¿Sabes el tiempo que lleva eso? ¿Cien personas esperándote? Nunca, nunca, nunca volveré a actuar.

Le cogí la mano, sentada en el suelo junto a su figura recostada en el cuarto oscuro lleno con las emanaciones del vinagre. No sabía qué decir. Era como ver a un ser querido pisar una mina de tierra, y que su cuerpo saliera volando en pedazos. Uno no sabe qué hacer con los pedazos.

—Pon a Leonard Cohen —susurró—. El primer álbum, el de *The Sisters of Mercy*.

Encontré el álbum, el que tiene la cara de Cohen en la cubierta y un santo surgiendo de las llamas atrás, y lo puse. Me senté a su lado, apreté su mano contra mi mejilla. La triste voz de Leonard Cohen resonando en lamentos por las Hermanas de la Caridad, y cómo esperaba que uno se las encontrara también.

Al cabo de un rato dejó de llorar. Creí que se había dormido.

Antes nunca me había preocupado por alguien tanto como para poder sentir su dolor. Me asqueaba que pudieran hacerle algo así a Claire, y no haber estado allí para decirle renuncia, no tienes por qué hacer esto.

—Te quiero, Claire —dije en un susurro.

Una noche fui a la clase de arte y esperamos a la señorita Day, pero no apareció. Una de las estudiantes mayores me llevó a casa en su coche. Abrí la puerta, adornada con una corona navideña con pequeñas peras de cristal y palomas de porcelana, esperando encontrar a Claire en la sala, leyendo una de sus revistas y escuchando música, pero no estaba allí.

La encontré sentada en mi cama, las piernas cruzadas, leyendo los papeles de mi madre. Cartas de la cárcel, diarios de poesía, papeles personales, todo disperso a su alrededor. Se la veía pálida, absorta, comiéndose la uña del anular. No supe qué hacer. Me sentía furiosa, y también asustada. Ella no debería haber estado leyendo esas cosas. Yo necesitaba mantenerlas separadas. No quería que ella tuviera nada que ver con mi madre, nada que yo no pudiera controlar. Y ahora había ido y abierto la caja.

Como Pandora. Dejando salir el mal. Siempre les fascinaba Ingrid Magnussen. Me sentí reincorporándome a su sombra. Eran mis cosas. Ni siquiera mías. Confiaba en ella.

—¿Qué estás haciendo?

Dio un respingo, arrojando al aire el cuaderno que estaba leyendo. Abrió la boca para iniciar una explicación, pero la cerró. La abrió otra vez. No salió ningún sonido. Cuando se turbaba, no podía decir nada. Trató de reunir las pruebas con manos trémulas, pero tenían formas distintas, y se dispersaban más aún con sus torpes intentos. Derrotada, los dejó como estaban, cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos. Me recordó a Caitlin, que pensaba que no podíamos verla si ella no nos veía a nosotros.

—No me odies —dijo.

—¿Por qué, Claire? Yo te lo habría mostrado todo si me lo hubieras pedido.

Empecé a recoger los cuadernos, el papel de arroz cosido con hilo, las libretas marmoladas italianas, los cuadernos escolares de Ámsterdam, los blocs con tapas de cartón, de cuero, atados con cordones de zapatos. Los diarios de mi madre, mi ausencia escrita en los márgenes. Nada de esto era sobre mí. Ni siquiera las cartas. Sólo ella.

—Estaba deprimida. Tú no estabas. Ella parecía tan fuerte...

¿Estaba buscando un modelo? Casi tuve que reírme. Que Claire admirara a mi madre me daba deseos de abofetearla. ¡Despierta! quise gritarle. Ingrid Magnussen podría hacerte daño con sólo pasar a tu lado.

Y ahora había leído las cartas. Sabía que yo me había negado a hablarle de ella a mi madre. Imaginé cómo debió de herirla esto. Deseé haberlas tirado, no haberlas acumulado como una maldición. Ingrid Magnussen. ¿Cómo podía explicarlo? No quería que mi madre supiera sobre ti, Claire. Tú eres la única cosa buena que me ha sucedido en mi vida. No quiero correr ningún riesgo. Cómo te odiaría mi madre. Ella no quiere que yo sea feliz, Claire. Le gustaba que odiara a Marvel. La hada sentir más cerca de mí. Un artista no necesita ser feliz, decía. Si yo fuera feliz, no la necesitaría, quería decir. Podría olvidarla. Y tenía razón. Podía.

Me regañaba en esas cartas. «¿Qué me importa un 98 en una prueba de ortografía? Tu jardín. Eres tan aburrida, ni siquiera te reconozco. ¿Quién es esa gente con la que vives ahora? ¿Qué estás pensando?». Pero yo nunca le decía nada.

—¿Quieres saber sobre mi madre? —Cogí un cuaderno gris con cintas, lo abrí y se lo tendí—. Ahí tienes. Lee eso.

Ella bajó las manos, los ojos hinchados y enrojecidos, la nariz húmeda. Soltó un hipo, y lo tomó. Yo no necesitaba mirar por encima de su hombro. Sabía lo que decía.

Difunde un rumor malicioso.

Ábrele la puerta de la calle al perro de un querido anciano.

Sugierele el suicidio a una persona gravemente deprimida.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Dile a un niño que no es atractivo ni inteligente.

Envuelve veneno en papel de caramelo y déjalo en una esquina. Arroja un puñado de monedas extranjeras inútiles en la taza de un mendigo, y asegúrate de que te lo agradezca profusamente. «Dios la bendiga, señorita».

—Pero no es verdad —dijo Claire—. No es que realmente haga estas cosas, ¿no?.

Me encogí de hombros. ¿Cómo podía entender Claire a una mujer como mi madre? Escribía esas listas durante horas, riéndose hasta las lágrimas.

Claire me miró con ansiedad. ¿Cómo podía estar enojada con ella? Mi madre no tenía idea de cuál era mi comida favorita, o dónde viviría si pudiera vivir en cualquier lugar del mundo. Claire era la que me había descubierto. Ella sabía que yo quería vivir en Big Sur, en una choza con una cocina a leña y un surtidor, que me gustaba el jabón de manzana verde, que *Boris Godunov* era mi ópera favorita, que la leche me daba miedo. Me ayudó a recoger los papeles y meterlos en la caja. La cerramos y la pusimos debajo de la cama.

RON Y CLAIRE estaban peleando otra vez en su cuarto. Podía oírlos desde mi cama, como un conejo agazapándose en la pared, las orejas erguidas y temblando. Claire quería que Ron renunciara a su trabajo y encontrara algo que no implicara mutilaciones de animales o brujerías en sitios exóticos.

—¿Qué quieres que haga, que lave platos? —Era raro oír a Ron alzar la voz. Pero estaba cansado, acababa de regresar de Rusia y no se esperaba una discusión. Por lo general encontraba una comida hecha en casa y besos y sábanas limpias—. Me estoy ganando la vida. Es sólo un trabajo, Claire. Cielos, a veces no sé qué cosas te pasan por la cabeza.

Pero no era cierto. Lo que hacía Ron era comerciar con el miedo. Al parecer, había un gran mercado. En todas partes había gente con temores. Formas amenazantes surgían en los bordes del campo visual, en el coche contiguo, quizá te esperaban en el pasillo con una pistola del 38. Había veneno en el dentífrico del supermercado. Ébola, hepatitis C. Los maridos desaparecían camino al despacho. Los niños aparecían muertos en zanjas, con las manos cortadas. El cuadro era arrancado del marco, los contornos se borraban. La gente quería monstruos y fantasmas y voces del más allá. Algo extraño, intencional, no insensato y familiar como un chico al que mataban para robarle la chaqueta de cuero.

Eso era lo que suministraba Ron. Miedo enmarcado. Los extraterrestres siempre eran preferibles a los actos violentos confusos. Era una carrera basada en el cinismo, impulsada por la hipocresía.

La voz de ella en respuesta era como hojas de metal crujientes.

A él en cambio podía entenderle palabra por palabra.

—¿Acaso piensas que termino una jornada de catorce horas, con desfase horario, en una convención de tipos que doblan cucharas con la mente en Yakutsk, y quiero hacer una fiesta? ¡Eh, bravo, traigan a las chicas! Quizá deberías tratar de conseguir algún trabajo, y recordar qué se siente al estar agotado al final del día.

Sentí que aquellas palabras quemaban a Claire como un latigazo. Traté de oír lo que decía ella, pero su voz decayó a un murmullo. Claire no podía defenderse, se doblaba como una hoja bajo un cristal.

—¡Por Dios, Claire, Astrid no necesita que la esperes con el tazón de leche y las pastas! Es una chica mayor, una mujer joven. Creo que le gustaría pasar unas horas al día sola. Quizá hacer amigas de su edad, si le dieras la oportunidad.

Pero yo la necesitaba, Ron. Nadie nunca me esperó al volver de la escuela. Y nunca con un tazón de leche. Él ni siquiera sabía eso. Yo le importaba a ella. ¿Es que él no entendía lo que significaba eso para mí, y para ella? Si le importara, nunca le

diría esas cosas. Cómo se atrevía a simular que la quería. Entreabrí la puerta para oírla, pero debía de estar susurrando.

—Por supuesto que dejaron de llamar. Gloria dijo que llamó y llamó y tú nunca atendías. Por supuesto que renunciaron.

Ahora la oía llorar. Lloraba como los niños, con sollozos, hipos y moco. Y las notas tranquilizadoras de la voz de él.

Me lo imaginé tomándola entre sus brazos, acunándola contra su pecho, acariciándole el cabello; y ella lo dejaba, eso era lo peor.

Y harían el amor, y ella se dormiría, pensando que él era bueno después de todo, y que la amaba. Las cosas mejorarían. Así era como lo hacía él. La hería y después la consolaba. Lo odié. Venía a casa, la perturbaba, y ya estaba a punto de irse otra vez.

Llegó una carta por correo, de mi madre. Iba a abrirla cuando advertí que no era para mí. Estaba dirigida a Claire. ¿Qué hacía mi madre escribiéndole a Claire? Yo nunca le dije nada sobre Claire. ¿Debía dársela? Decidí que no podía correr el riesgo. Mi madre podía decir cualquier cosa. Podía amenazarla, podía mentir, o asustarla. Y yo siempre podría decir que había abierto la carta por error. La llevé a mi cuarto y la abrí.

Querida Claire:

Sí, pienso que sería maravilloso si me visitaran. Hace tanto que no veo a Astrid que no sé si la reconocería. Y además, siempre es un placer conocer a mis leales lectores. Te pondré en mi lista de visitantes; nunca has sido condenada por un crimen, ¿no?

Bromeaba.

Tu amiga,

INGRID

La idea de que mantuvieran correspondencia me llenó de un temor nauseabundo. «Tu amiga, Ingrid». Debió de escribirle después de que la sorprendí leyendo en mi cuarto por Navidad. Me sentí traicionada, impotente, preocupada. Debí haberla interrogado abiertamente, pero para eso tendría que admitir que había abierto su correo. Así que rompí la carta y quemé los trozos. Quizá sólo se deprimiría pensando que mi madre no le había contestado, y renunciaría a sus planes.

Era febrero, una mañana gris tan nublada que desde nuestro patio no podían verse las colinas de Hollywood. Íbamos a visitar a mi madre. Claire lo había arreglado todo. Se puso una minifalda, un suéter de cuello alto y leotardos, todo en color caoba, y se miró en el espejo frunciendo el entrecejo.

—Quizá habría sido mejor tejanos.

—Nada de tejanos —dije.

La idea de esta reunión era casi excesiva para soportarla. Yo sólo podía perder. Mi madre podía herirla. O podía ganársela. No sabía qué era peor. Claire era mía, alguien



que me quería. ¿Por qué mi madre tenía que entrometerse? Pero así era mi madre, siempre tenía que ser el centro de atención, todo tenía que girar a su alrededor.

Yo no la veía desde la época de Starr. Marvel se negó a que la gente del furgón me llevara, porque pensaba que cuanto menos la viera mejor. Me miré en el espejo, imaginándome lo que pensaría mi madre de mí ahora. Las cicatrices en la cara habían sido sólo el comienzo. Había pasado por unas cuantas cosas desde entonces. No sabía cómo comportarme con ella ahora; era demasiado grande para esconderme en sus silencios. Y ahora tenía a Claire para preocuparme.

Me toqué la frente con la mano y dije:

—Creo que estoy incubando algo.

—Pánico al escenario —dijo Claire alisándose la falda con la palma de las manos—. Yo también tengo un poco.

Yo también tuve dudas respecto de la ropa, una falda larga y botas Doc Martens, medias gruesas, un suéter con cuello de encaje de Fred Segal, donde compraban todos los jóvenes a la moda en Hollywood. Mi madre lo odiaría. Pero no tenía nada en otro estilo; ahora toda mi ropa era así.

Viajamos hacia el este durante una hora. Claire charlaba nerviosamente. Nunca podía soportar un silencio. Yo miraba por las ventanillas, chupaba una pastilla de menta para evitar las náuseas, y me hacía más pequeña dentro de mi grueso suéter irlandés. Poco a poco los suburbios se hicieron más espaciados, reemplazados por los aserraderos y prados, el aroma de la hierba y extensos paisajes envueltos en bruma, enmarcados por hileras de eucaliptos. CYA, la cárcel de hombres. Habían pasado más de dos años desde la última vez que hiciera este camino, una niña muy diferente con zapatos rosa. Hasta reconocí el mismo pequeño supermercado. Coke, paquete de doce latas, 2,49 dólares.

—Gira aquí.

Enfilamos la misma carretera de asfalto negro hasta la CIW. La columna de vapor y la torre de agua, la torre del guardia que marcaba el borde de la prisión. Estacionamos en el espacio para visitantes.

Claire aspiró con fuerza.

—Esto no parece tan malo.

Los cuervos graznaban agresivamente en las higueras. Estaba helando. Metí las manos en las mangas del jersey. Pasamos la torre de guardia. Claire traía un libro para mi madre, *Tierna es la noche*, de Scott Fitzgerald, su autor favorito, pero los guardias no le permitieron pasarlo. Mis botas hicieron sonar el detector de metales. Tuve que sacármelas para que los guardias las revisaran. El tintineo de las llaves, el cierre de la verja, los *walkie-talkies*, esos eran los sonidos de visitar a mi madre.

Nos sentamos a una mesa de pícnic bajo el toldo azul. Miré la verja por donde saldría mi madre, pero Claire miraba en dirección equivocada, hacia recepción, donde las reclusas nuevas se paseaban o barrían; se ofrecían como voluntarias para barrer,

de lo aburridas que estaban. La mayoría eran jóvenes, una o dos pasarían de los veinticinco. Sus caras no nos deseaban nada bueno.

Claire se estremeció. Estaba tratando de ser valiente.

—¿Por qué nos miran así?

Abrí la mano, miré las líneas de la palma, mi destino. La vida sería dura.

—No las mires.

Hacía frío, pero ahora yo sudaba, esperando a mi madre. Quién sabe, quizá se hicieran amigas. Quizá mi madre no estaba jugando un juego. O jugaba uno no demasiado malo. Claire podía iniciar una correspondencia, y algún día podía ser un buen testigo de su carácter.

Vi a mi madre esperando mientras la guardiana abría la verja. Tenía el pelo largo otra vez, formando una especie de bufanda clara sobre su vestido azul, hasta un pecho. Vaciló, estaba tan nerviosa como yo. Tan hermosa. Siempre me sorprendía con su belleza. Aun cuando hubiera estado ausente una sola noche, me bastaba verla para quedarme sin aliento. Estaba más delgada que la última vez, todo exceso de peso había sido quemado. Los ojos eran más brillantes aún, eso podía verlo a pesar de la distancia. Estaba muy erguida, musculosa y bronceada. Parecía menos una Lorelei, más una asesina de Blade Runner. Se acercaba con pasos largos, sonriendo, pero sentí la incertidumbre de sus manos, tiesas en mis hombros. Nos miramos a los ojos, y me sorprendió descubrir que teníamos la misma estatura. Sus ojos buscaban dentro de mí, trataban de encontrar algo reconocible. De pronto me hicieron sentir tímida, avergonzada de mis ropas a la moda, hasta de Claire. Me avergonzaba la idea de que pudiera escapar de ella, hasta de querer hacerlo. Ahora me reconocía. Me abrazó, y le tendió la mano a Claire.

—Bienvenida al Valhalla —dijo.

Traté de imaginarme cómo debía de sentirse en ese momento, al conocer a la mujer con la que yo estaba viviendo, una mujer que yo quería tanto que no le había escrito una palabra sobre ella.

Ahora mi madre podía ver lo hermosa que era, lo sensible, la boca de niño, la cara en forma de corazón, la delicadeza del cuello, el pelo recién cortado.

Claire sonreía con alivio de que mi madre hubiera tomado la iniciativa. No comprendía la naturaleza de los venenos.

Mi madre se sentó a mi lado, puso su mano sobre la mía, pero ya no era tan grande. Nuestras manos iban tomando la misma forma. Ella lo notó también, y pegó su palma a la mía. Se la veía mayor que la última vez, con arrugas marcadas en su rostro bronceado, alrededor de los ojos y la boca delgada. O quizá era sólo en comparación con Claire. Era esbelta, densa, afilada, acero comparado con la cara de Claire. Le rogué a un Dios en el que no creía que por favor todo terminara pronto.

—Esto no es en absoluto lo que me esperaba —dijo Claire.

—En realidad no existe —dijo mi madre, moviendo la mano en un gesto elegante—. Es una ilusión.

—Dijiste eso en tu poema. —Un poema nuevo, aparecido en la Iowa Review, sobre una mujer que se transformaba en pájaro, el dolor de las plumas nuevas al crecer—. Era exquisito.

Fruncí la cara al oír su anticuada dicción de actriz. Podía imaginarme a mi madre imitándola después con sus hermanas de celda. Pero ahora quería proteger a Claire. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Vi que la perenne sombra de ironía en las comisuras de los labios de mi madre se había grabado en una arruga permanente, el tatuaje de un gesto.

Mi madre cruzó las piernas, bronceadas y musculosas como roble tallado, desnudas bajo el vestido azul, con zapatillas blancas.

—Mi hija dice que eres actriz.

No llevaba jersey en el frío gris de la mañana. La niebla le sentaba bien; yo olía el mar en ella, aunque estábamos a doscientos kilómetros del océano más cercano.

Claire hizo girar el anillo de bodas, que le iba grande en los dedos delgados.

—La verdad, mi carrera es un desastre —dijo—. Eché a perder mi último trabajo, y probablemente no vuelva a trabajar nunca.

¿Por qué siempre tenía que decir la verdad? Yo le habría dicho que a ciertas personas siempre había que mentirles.

Mi madre instintivamente buscó la grieta en la historia personal de Claire, como un alpinista en la niebla palpando la cara de un risco.

—¿Nervios? —dijo amablemente.

Claire se inclinó hacia ella, ansiosa por compartir confidencias.

—Fue una pesadilla —dijo, y empezó a describir aquel horrendo día.

Encima las nubes se oscurecían y coagulaban, como la disentería, y yo me sentía enferma. Claire temía a tantas cosas...; en el mar sólo se metía hasta las rodillas porque tenía miedo de ser arrastrada. ¿Cómo era posible que ahora no sintiera la corriente submarina? La sonrisa de mi madre, de aire tan bondadoso. Ahí hay una corriente traicionera, Claire. Los socorristas han tenido que rescatar a nadadores más vigorosos que tú.

—Tratan muy mal a los actores —dijo mi madre.

—Yo ya recibí lo mío. —Claire hacía correr su corazón de granate a lo largo de la cadenilla, y se lo puso bajo el labio—. Basta de dejarme arrastrar a las audiciones, sólo para que me miren cinco segundos y decidan que soy demasiado étnica para el zumo de naranja, demasiado clásica para una mamá de televisión.

El perfil de mi madre afilado contra el cielo de chinchilla. Se podría haber trazado una línea recta usando el borde de su nariz.

—¿Qué edad tienes? ¿Treinta?

—Cumpló treinta y cinco el mes que viene. —La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Sería la testigo del infierno. No podía resistir el impulso de desnudar el pecho ante la lanza—. Es por eso que Astrid y yo nos llevamos tan bien. Escorpio y Piscis se comprenden.

Me sonrió desde el otro lado de la mesa.

A mi madre no le gustaba que Claire y yo nos entendiéramos. Lo supe por el modo en que estaba tirando de mi cabello. Los cuervos graznaban y sacudían sus pesadas alas lustrosas. Pero le sonrió a Claire.

—Astrid y yo nunca nos entendimos. Acuario y Escorpio. Ella tiene muchos secretos, ¿no lo has notado? Nunca pude saber qué estaba pensando.

—No estaba pensando en nada —dije.

—Pero se abre —dijo Claire alegremente—. Hablamos todo el tiempo. Hice su carta astral. Está muy bien equilibrada. Su nombre trae suerte también.

Yo observaba la calma con que Claire cruzaba una pierna sobre el asiento y estiraba el cuello, sin dejar de hablar.

—No ha tenido mucha suerte hasta ahora —dijo mi madre, casi ronroneando—. Pero quizá ahora cambiará.

¿Acaso Claire no podía oler las adelfas cociéndose, el olor ligeramente amargo de la toxina?

—Nosotros simplemente la adoramos —dijo Claire, y por un momento pude verla tal como la veía mi madre. Actriz, ingenua, ridícula. No, quise gritar, espera un momento, no la juzgues por eso. No es buena en las audiciones. No la conoces en absoluto. Claire seguía hablando, sin darse cuenta de nada—. Le va maravillosamente bien en el colegio, este año está en las clases avanzadas. Estamos tratando de subir el promedio.

Trazó un medio círculo con el puño, un gesto de *girl scout*, valiente y optimista. «Subir el promedio». Me mortificaba y no quería que fuera así. ¿Cuándo habría trabajado mi madre conmigo, hora tras hora, para subir el promedio? Yo habría querido envolver a Claire en una manta como se hace con alguien en un incendio, y hacerla rodar en la hierba para salvarla.

Mi madre se inclinó hacia Claire, los ojos azules chispeando como un fuego azul.

—Pon una pirámide sobre su escritorio. Dicen que eso mejora la memoria —dijo sin sonreír.

—Mi memoria funciona bien —dije.

Pero Claire estaba intrigada. Mi madre había encontrado un punto débil, y yo estaba segura de que pronto encontraría más.

Y Claire no comprendía que mi madre le estaba tendiendo una trampa. Demasiada inocencia.

—Una pirámide. No lo había pensado. Pero practico el *feng shui*. Ya sabes, dónde se ponen los muebles y todo eso.

Claire estaba radiante, pensando que mi madre era un alma gemela, que reacomodaba los muebles para optimizar la energía y hablaba con las plantas.

Quise cambiar de tema antes de que empezaran a hablar de la señora Kromach y los espejos en el tejado. Deseé que Claire se hubiera pegado un espejo en la frente.

—Vivimos al lado de los grandes laboratorios fotográficos de La Brea — interrumpí—. Pasando Willoughby.

Mi madre continuó como si yo no hubiera hablado.

—Y tu marido también está en el asunto. En lo paranormal, quiero decir. —Esas comas irónicas en las comisuras de los labios. Dispones de información privilegiada—. Estiró los brazos sobre la cabeza, y yo pude imaginarme los pequeños estallidos por toda su columna. —Dile que su programa es muy visto aquí.

Apoyó el brazo en mi hombro. Discretamente lo aparté. Tenía que ser su público, sí, pero no conspiraría con ella.

Claire ni siquiera lo notó. Serió, deslizándose su corazón de granate en la cadenita. Me recordó la carta de tarot en que el niño mira al sol y está por caer al precipicio.

—En realidad, él lo toma como una gran broma. No cree en lo sobrenatural.

—Se diría que eso es peligroso en su línea de trabajo.

Mi madre tamborileaba con los dedos en el plástico anaranjado de la mesa de pícnic. Yo podía ver su mente extendiéndose, adelantándose. Quise poder arrojar algo ahí, detener su avance implacable.

—Es exactamente lo que le dije —dijo Claire, inclinándose hacia delante, con los ojos oscuros brillantes—. Este otoño hubo un fantasma que casi mató a alguien.

Se interrumpió, insegura, pensando que había metido la pata al hablar de un crimen frente a mi madre. Yo podía leer en su piel como en un diario.

—¿No estás preocupada por él?

Claire estaba agradecida de que mi madre hubiera dejado pasar su paso en falso. No veía que mi madre había llegado adonde realmente quería.

—Oh, Ingrid, si supieras. No creo que la gente deba bromear con cosas en las que no cree. Los fantasmas son reales, aun si uno no cree en ellos.

Nosotras lo sabemos todo sobre fantasmas, mi madre y yo. Se vengan Pero antes que admitirlo, mi madre citó a Shakespeare:

—«Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía».

Claire unió las manos por el placer que le daba oír a alguien citando al bardo. Los amigos de Ron siempre se perdían sus alusiones.

Mi madre echó atrás su cabellera larga y volvió a abrazarme.

—Es como no creer en la electricidad porque no se la puede ver.

Sus brillantes ojos azules asesinos sonreían a Claire. Yo sabía lo que estaba pensando: ¿No ves qué idiota es esta mujer, Astrid? ¿Cómo puedes preferirla a mí?

—Exactamente —dijo Claire.

—Yo tampoco creo en la electricidad —dije—. Ni en Hamlet. Es sólo una ficción. El engendro de la imaginación de un escritor.

Mi madre me ignoró.

—¿Viaja mucho tu marido? ¿Cómo era su nombre? ¿Ron?

Enroscó una hebra de mi cabello en su dedo, para tenerme sujeta.

—Siempre está viajando —admitió Claire—. Ni siquiera estuvo en casa para Navidad.

Estaba jugueteando otra vez con ese corazón de granate, deslizándolo arriba y abajo en la cadenilla.

—Debes de sentirte sola —dijo mi madre.

Con tristeza. Simpatizando. Deseé levantarme y salir corriendo, pero nunca dejaría a Claire sola con ella.

—Antes sí —dijo Claire—. Pero ahora tengo a Astrid.

—Qué niña maravillosa. —Mi madre me acarició la mejilla con un dedo encallecido por el trabajo, rozándome deliberadamente la piel. Yo era una traidora. Había traicionado a mi amo. Sabía por qué había mantenido oculta a Claire. Porque la quería, y ella me quería. Porque tenía la familia que debería haber tenido todo este tiempo, la familia que mi madre nunca consideró importante, y nunca me dio—. Astrid, ¿te molestaría dejarnos a solas un momento? Cosas de adultos.

La miré a ella y a mi madre de acogida. Claire sonrió:

—Ve. Un minuto nada más.

Como si yo fuera una criatura a la que había que alentar para que fuera al lavabo. No sabía lo largo que podía ser un minuto, cuántas cosas podían pasar en un minuto.

Me levanté de mala gana y fui hasta la verja del lado del camino. Pasé la mano por la corteza de un árbol. Arriba, un cuervo me observaba con su mirada sin alma, y graznó con una voz casi humana, como si tratara de decirme algo.

—Muérete —le dije.

Iba poniéndome como Claire, que hablaba con los pájaros.

Las miré, inclinadas una hacia la otra sobre la mesa. Mi madre bronceada y muy rubia, de azul, Claire pálida y morena, de marrón. Era surreal, Claire aquí, con mi madre, en una mesa de pícnic anaranjada. Como un sueño donde yo estaba desnuda y en la fila antes de entrar en clase. Olvidé vestirme. Estaba soñando esto, me dije, y podía despertarme.

Claire se llevó la mano a la frente, como si se estuviera tomando la temperatura. Mi madre cogió la delgada mano de Claire entre las suyas, grandes. Ahora mi madre hablaba sin parar, en voz baja, con gesto razonable, yo la había visto hipnotizar a un gato así. Claire estaba preocupada. ¿Qué le estaba diciendo? No me importaba cuál era el juego de mi madre. Su tiempo se había acabado. Nos íbamos, y ella se quedaba. No podría estropearlo esto, por más que dijera.

Las dos alzaron la vista cuando me acerqué. Mi madre me echó una mirada furiosa, pero la veló de inmediato con una sonrisa, y palmeó la mano de Claire.

—Acuérdate de lo que te he dicho.

Claire no dijo nada. Ahora estaba seria. Sus risitas se habían evaporado, su satisfacción de encontrar a otra persona que citaba a Shakespeare. Se puso de pie, las uñas pálidas contra la mesa.

—Te espero en el coche —dijo.

Mi madre y yo la miramos alejarse, sus largas piernas enfundadas en marrón opaco, la opacidad de sus movimientos. Mi madre le había arrebatado toda la electricidad, la vivacidad, el encanto. La había vaciado, como los chinos abrían el cráneo de un mono vivo y se comían el cerebro con una cuchara.

—¿Qué le dijiste?

Mi madre se reclinó en el banco, cruzando las manos detrás de la cabeza. Bostezó con exuberancia, como un gato.

—Me ha contado que tiene problemas con su marido. —Sonrió sensualmente, frotándose el vello rubio de los antebrazos—. No eres tú, ¿no? Sé que te atraen los hombres maduros.

—No, no soy yo. —No podía jugar conmigo como jugaba con Claire—. No te metas en esto.

Antes nunca me había atrevido a hablarle así. Si no hubiese estado encerrada allí, nunca me habría atrevido. Pero yo me iría y ella se quedaría, y en ese hecho había una fuerza que yo nunca habría encontrado si ella estuviera fuera.

Vi que la sobresaltaba que me opusiera. La irritaba que yo sintiera que podía hacerlo, pero se controló; vi cómo cambiaba de táctica. Me dirigió una sonrisa de lenta ironía.

—Tu mami sólo quiere ayudar, preciosa —dijo, saboreando las palabras como un gato comiendo crema—. Tengo que hacer lo que pueda por mi nueva amiga.

Las dos miramos a Claire cruzando la verja y caminar hacia el Saab, distraída. Tropezó con el parachoques de un furgón.

—Déjala en paz.

—Oh, pero es divertido —dijo mi madre, aburrida de simular. Siempre prefería llevarme tras bambalinas—. Fácil pero divertido. Como ahogar gatitos. Y en mi actual situación, tengo que aprovechar toda diversión que se me ofrezca. Lo que quiero saber es cómo soportas vivir con la pobre Claire. ¿Sabías que hay toda una especie de Pobres Claires? Suponía que era terriblemente aburrido. La cuestión de subir el promedio y todo eso. Patético.

—Es una persona auténticamente buena —dije, apartando la vista de ella—. Tú no sabes nada de eso.

Mi madre soltó una risita sarcástica.

—Dios me guarde de la enfermedad de lo bueno. Creía que ya eras mayorcita para cuentos de hadas.

Seguía sin mirarla.

—No me arruines esto.

—¿Quién? ¿Yo? —Mi madre se burlaba de mí—. ¿Qué podría hacer yo? Soy una pobre reclusa. Un pobre pájaro con un ala rota.

La miré.

—Tú no sabes lo que ha sido. —Me incliné hacia ella, una rodilla en el banco a su lado—. Si me quieres, me ayudarás.

Esbozó una sonrisa lenta y traicionera.

—¿Ayudarte, querida? Preferiría verte en la peor clase de infierno de acogida que con una mujer como esa. —Estiró una mano para apartarme un mechón de la cara, pero yo retrocedí. Me cogió por la muñeca, obligándome a mirarla. Ahora estaba mortalmente seria. Lo que había bajo sus juegos era pura voluntad. Me aterrorizó—. ¿Qué aprenderás de una mujer como esta? —dijo—. ¿Cómo languidecer artísticamente? ¿Los veintisiete nombres de las lágrimas?

Un guardia hizo un movimiento en dirección a nosotras, y ella me soltó la muñeca.

Se puso de pie, me besó en la mejilla y me abrazó apenas. Éramos de la misma estatura pero yo podía sentir lo fuerte que era, como los cables que sostienen los puentes. Me susurró al oído:

—Todo lo que puedo decir es: ten las maletas preparadas.

Claire miraba la carretera. Una lágrima le rezumaba de los ojos. «Los veintisiete nombres de las lágrimas». Pero no, no era eso lo que pensaba. Me negaba a que me lavaran el cerebro. Esta era Claire. Le puse la mano en el hombro cuando giró para subir a la autopista. Sonrió y la palmeó con su pequeña mano fría.

—Creo que he quedado bien con tu mamá, ¿no?

—Muy bien —le dije, mirando por la ventanilla para no tener que mentirle en la cara—. Realmente le has gustado.

Una lágrima le corría por la mejilla, y la sequé con el dorso de la mano.

—¿Qué te dijo?

Claire negó con la cabeza y suspiró. Puso en marcha los limpiaparabrisas, aunque apenas si había niebla, pero los apagó cuando empezaron a chirriar sobre el vidrio seco.

—Dijo que yo tenía razón sobre Ron. Que estaba teniendo un romance. Yo ya lo sabía. Ella sólo lo confirmó.

—Cómo podría saberlo —dije enojada—. Por Dios, Claire, acaba de conocerte.

—Están todas las señales. —Resopló, se secó la nariz con la mano—. Yo no había querido verlas. —Pero después sonrió—. No te preocupes. Ya lo arreglaremos.

Estaba sentada a mi escritorio bajo la ridícula pirámide, dibujando mi autorretrato, mirándome en un espejo de mano. Lo dibujaba con pluma, sin mirar, tratando de no levantar la pluma del papel. Una sola línea. La mandíbula cuadrada, los labios gruesos que no sonreían, los ojos redondos cargados de reproche. La ancha nariz danesa, la mata de pelo claro. Me dibujé hasta que pude lograr un buen parecido aun con los ojos cerrados, hasta memorizar los movimientos de la mano, del brazo, el gesto de la cara, hasta que pudiera ver mi cara en la pared. No soy tú, madre. No lo soy.

Se suponía que Claire debía ir a una audición. Le había dicho a Ron que lo haría, pero me hizo llamar y decir que estaba enferma. Estaba metida en la bañera con su aceite de lavanda y una amatista, lamiendo sus heridas. Se suponía que Ron estaría en



casa el viernes, pero surgió algo. Sus pasos por la casa eran para ella como asideros, agarrándose de los cuales podía saltar de un cuadrado del calendario al siguiente. Cuando decía que vendría y no lo hacía, quedaba colgada del aire, no tenía de dónde aferrarse, y caía.

Intercepté una carta de la cárcel de mi madre a Claire. Le aconsejaba poner una podón de amor en la comida de él, pero todo en la fórmula que le enviaba me parecía venenoso. Pinté un cuadro sobre la carta, una serie de curvas serpentinadas por un ángulo, la puse en otro sobre y se la envié de vuelta. En la sala, Claire había puesto a Leonard Cohen. Suzanne la llevaba a su casa en el río.

Seguí dibujando mi cara.

EN ABRIL, el desierto ya había absorbido toda la primavera del aire como papel secante. Las colinas de Hollywood se alzaban en una claridad no natural, como si las estuviéramos mirando a través de prismáticos. Las hojas nuevas se marchitaban en el calor que nos mantenía sudorosas y desalentadas en la casa con las persianas bajas.

Claire trajo las joyas que guardaba en el congelador y las arrojó sobre la cama, el tesoro de un pirata, deliciosamente helado. Sartas heladas de cuentas de jade verde con engarces preciosos, un pendiente de ámbar que encerraba un helecho fosilizado. Lo apreté, frío, contra mi mejilla. Me puse un brazalete antiguo de cristal sobre la frente, y lo dejé ahí como una lengua fría.

—Era de mi tía abuela Priscilla —dijo Claire—. Lo usó en su baile de presentación en el Waldorf Astoria, justo antes de la Gran Guerra. —Estaba acostada boca arriba en ropa interior, el cabello oscurecido por el sudor, una pulsera de topacios ahumados sobre la frente, cruzada por una intrincada cadenilla de oro que le subía por la nariz. Estaba dolorosamente delgada, con las clavículas marcadas y las costillas como madera tallada—. Fue enfermera de campo en Ypres. Una mujer muy valiente.

Cada pulsera, cada cuenta, tenía una historia. De la pila que había entre nosotras sobre la cama tomé un anillo de ónice rectangular, con su superficie negra agujereada por un diminuto diamante. Quise ponérmelo, pero era muy pequeño, sólo me entraba en el meñique, y hasta la mitad.

—¿De quién fue?

Lo alcé para que pudiera verlo sin tener que mover la cabeza.

—De mi bisabuela Matilde. La parisina por antonomasia.

Su dueña había muerto cien años atrás, quizá, pero aun así me hacía sentir corpulenta y mal alimentada. Imaginé un cabello negro azabache, rizos, una lengua afilada. Sus ojos negros habrían registrado hasta mi menor torpeza. Me habría desaprobado, mis brazos y piernas desgarrados, yo habría sido demasiado grande para sus pequeñas sillas y sus tacitas de porcelana con borde dorado, un alce entre antílopes. Se lo di a Claire, que se lo puso sin problemas.

La gargantilla de granates, helada en mi cuello, era un regalo de bodas de su bisabuelo, propietario de un molino en Manchester, a su esposa Beatrice. El jaguar de oro con ojos de esmeralda que puse sobre mi rodilla había sido traído de Brasil en los años veinte por la tía de su padre, Geraldine Woods, que bailó con Isadora Duncan. Me adornaba con el álbum familiar de Claire. Abuelas maternas y bisabuelas paternas, mujeres en tafetán esmeralda, terciopelo y granates. Tiempo, lugar y personalidad encerradas en piedra y filigrana de plata.

En comparación, mi pasado era humo, una historia que mi madre me contó una vez y después negó. No había ónices para mí, ni aguamarinas recordando las vidas de mis ancestros. Sólo tenía sus ojos, sus manos, la forma de su nariz, una nostalgia de nieve y madera tallada.

Claire alojó un collar de oro sobre la órbita de uno de sus ojos cerrados, apilando las cuentas de jade. Habló con cuidado, para que no se deslizará.

—Enterraban a la gente así. Las bocas llenas de joyas y una moneda de oro en cada ojo. El precio del billete.

Dejó caer su collar de coral en el agujero del ombligo, y la doble sarta de perlas entre sus pechos. Al cabo de un minuto recogió las perlas, abrió la boca y metió algunas entre los labios, que cerró sobre los huevecillos brillantes. Su madre le había regalado las perlas cuando se casó, aunque no quería que se casara con un judío. Cuando Claire me lo dijo, esperaba que yo me horrorizara, pero yo había vivido con Marvel Turlock, y con Amelia Ramos. El prejuicio no me sorprendía. Lo único que me sorprendía era que le hubiera regalado las perlas.

Claire se quedó muy quieta, simulando estar muerta. Un cadáver enjorjado en su lencería de encaje rosa, cubierta con un fino rocío de sudor. No estaba segura de que me gustara este nuevo juego. A través de las puertaventanas, en los centímetros visibles bajo la persiana, podía ver el jardín, que esta primavera parecía salvaje. Claire ya no practicaba la jardinería, no podaba ni quitaba las hierbas ataviada con su puntiagudo sombrero chino. No se ocupaba de las flores, que ahora se abrían en desorden, los gladiolos del segundo año torcidos, las primulas nocturnas mexicanas cubriendo el césped sin cortar...

Ron estaba ausente de nuevo, por segunda vez este mes, ahora en Andalucía grabando un programa sobre gitanos. Recorría el mundo en busca de lo más extraño, acumulaba kilómetros como pasajero frecuente. Si quería ver algo extraño y sobrenatural, debería haber entrado en su propio dormitorio y ver a su esposa tendida en la cama con su ropa interior rosa, cubierta de jade y perlas, simulando estar muerta. Y debajo de la cama la caja vudú, imanes y pinzas para el dinero y bolígrafos, polaroids pegadas juntas, conjurándolo al regreso.

De pronto se atragantó con las perlas. Se sentó, tosiendo. Las joyas le corrían por el cuerpo. Se sacó el collar de la boca. Estaba muy pálida, su boca parecía roja en comparación, y tenía círculos oscuros bajo los ojos. Se encorvó sobre el montón de huevecillos lustrosos, húmedos de saliva, en el borde de la cama dándome la espalda, su columna ensartada como cuentas de jade.

Buscó mi mano sin mirar, sus uñas sucias, las yemas pequeñas y sensibles como las de un niño, los anillos incongruentes como premios de cajas de cereal. La cogí. Llevó mi mano a su cara, apretándola contra su mejilla húmeda. Estaba ardiendo. Apoyé la cara contra su hombro, y su espalda era como fuego.

—Ron volverá pronto —dije tratando de tranquilizarla.

Asintió, la cabeza pesada sobre el cuello esbelto, como uno de sus tulipanes inclinados, su columna como una serpiente de diamante.

—Hace tanto calor ya... ¿Qué ocurrirá cuando llegue el verano?

Era todo piel y nervios, sin sustancia, sin peso. Era su propia cometa de piel, estirada antes de que soplaran los fuertes vientos secos.

—Deberíamos ir a la playa —sugerí.

Negó con la cabeza, rápido, como si se le hubiera posado una mosca.

Yo estaba sentada sobre una de las joyas, que se me clavaba en la nalga. Liberé una de mis manos y busqué hasta sacarla. Era un aguamarina, grande como una almendra en su cáscara. Las aguamarinas crecían junto con las esmeraldas, me dijo Claire. Pero las esmeraldas eran frágiles y siempre se rompían en trozos menores, mientras que las aguamarinas eran más fuertes, llegaban a ser enormes cristales sin una sola falla, así que no valían tanto. Era la esmeralda que no se rompía la que realmente valía mucho.

Le tendí la piedra de hielo azul, el color de los ojos de mi madre. Se la puso en el índice, donde quedó colgando como un picaporte de una cuerda. La miró.

—Esta fue de mi madre. Mi padre se la regaló para celebrar un crucero alrededor del mundo. —Se la sacó—. También para ella era demasiado grande.

En la casa vecina, el papagayo de la señora Kromach entonaba las mismas tres notas en una escala ascendente, en intervalos de tres tonos y medio. Un camión de helados pasó por la calle, haciendo sonar Pop Goes the Weasel. Claire se tendió de modo que pudiera mirarme, una mano detrás de la cabeza. Estaba muy hermosa, incluso ahora, el cabello negro suelto sobre los hombros, húmedo en las raíces, las cejas oscuras arqueadas y brillantes, los pequeños pechos curvos en el encaje rosa.

—Si quisieras matarte, ¿cómo lo harías? —preguntó.

Me acosté de bruces y busqué entre las joyas. Me probé una ajorca de oro. Mi mano no pasaba por ella. Pensé en mis suicidios, el modo en que haría correr mi muerte entre los dedos como cuentas de azabache.

—No lo haría.

Se puso un collar de plata hindú contra el estómago plano, las delgadas cuentas de tubos hacían el metal fluido como mercurio.

—Digamos que quieres hacerlo.

—Va contra mi religión.

El sudor me corría entre los pechos, goteaba en el ombligo.

—¿Qué religión es esa?

—Soy una sobrevivencialista.

No lo aceptó. Yo no colaboraba en el juego. Hacía trampas.

—Digamos que quieres. Digamos que eres viejísima y tienes un horrible cáncer incurable.

—Me atiborraría de Demerol y esperaría.

No quería hablar de suicidio con Claire. Estaba en la lista de mi madre de actos antisociales. No iba a decirle el modo más seguro, el plan del chico con cáncer de huesos, inyectarse una burbuja de aire en una vena y dejar que corriera por la sangre como una perla. Estaba segura de que su tía Priscilla había usado ese recurso una o dos veces en el campo de batalla cuando se le terminaba la morfina. Después estaba la dosis de cianuro bajo la lengua, igual que con los gatos. Era muy rápido. Cuando uno se suicidaba, no quería nada lento. Alguien podía entrar, alguien podía salvarte.

Claire se cogió las rodillas con las manos y se acunó un poco.

—¿Sabes cómo lo haría yo?

Estaba empujándome por esa pendiente y yo no quería ir.

—Vamos a la playa, ¿de acuerdo? Hace tanto calor que nos está volviendo locas.

Ni siquiera me oyó. Sus ojos se veían soñadores, como los de una enamorada.

—Usaría el gas. Ese es el modo. Dicen que es como acostarse a dormir.

Me recordaba una mujer tendida en la nieve. Se había tendido por un momento nada más, tan cansada estaba. Había venido caminando desde muy lejos, sólo quería descansar, y la nieve no estaba tan fría como creía. Tenía mucho sueño. Era la rendición lo que quería. Dejar de luchar contra la tormenta y la noche envolvente, tenderse en la blancura y dormir. La comprendí. Yo solía soñar que buceaba en un arrecife de coral. La euforia crecía a medida que se acumulaba nitrógeno en mi corriente sanguínea, y la única dirección era hacia abajo, hacia la oscuridad y el olvido.

Tema que despertarla. Abofetearla, hacerla caminar, darle café cargado. Le conté lo del marinero japonés que pasó cuatro días flotando a la deriva, y al final se mató.

—Lo encontraron veinte minutos después. El cuerpo todavía estaba caliente.

Oímos el zumbido de una cortadora de césped calle abajo. La dulzura del jazmín se apropió del resto del aire. Suspiró, llenando costillas afiladas como las hojas de la cortadora de césped.

—Pero ¿cuánto tiempo puede flotar una persona, mirando un horizonte vacío? ¿Cuánto puedes flotar antes de renunciar?

¿Qué respuesta podía darle? Yo lo había venido haciendo durante años. Ella era mi balsa, mi tortuga. Me acosté con la cabeza sobre su hombro. Olía a sudor y L'Air du Temps, pero ahora azulado, como si su melancolía hubiera manchado el perfume.

—Puede pasar cualquier cosa —dije.

Me besó en la boca. Su boca sabía a café helado y cardamomo, y me abrumó el sabor, la piel cálida y el olor del pelo sin lavar. Me confundió, pero no la rechacé. La habría dejado hacerme cualquier cosa.

Se dejó caer sobre la almohada, cubriéndose los ojos con un brazo. Me levanté apoyada en un codo. No sabía qué decir.

—Me siento tan irreal... —dijo.

Se volvió, dándome la espalda, su pendiente de granate en forma de corazón atascado en el hueco del hombro. Su cabello sucio estaba pesado como un racimo de

uvas negras, y su cintura y cadera se curvaban como una guitarra clara. Tomó la sarta de perlas y la bajó en espiral sobre la colcha, pero cuando se movió el dibujo se deformó. Volvió a intentarlo, como una niña arrancándole pétalos a una margarita tras otra, hasta dar con la respuesta que quería.

—Si hubiera tenido un hijo...

Era una nota en una cuerda rara vez tañida. Yo era consciente de ser el hijo sustituto, el simulacro para lo que ella quería en realidad. Si hubiera tenido un hijo, no me habría necesitado. Pero no se podía siquiera pensar en un hijo. Era tan delgada, se estaba matando de hambre. Yo la había sorprendido vomitando después de comer.

—Una vez estuve embarazada, en Yale. No imaginé que sería la única vez.

El gemido de la cortadora de césped llenaba el silencio. Habría querido decir algo alentador, pero no se me ocurría nada. Le saqué el corazón de la espalda. Su delgadez desmentía el deseo expresado. Había perdido tanto peso que ahora podía usar mi ropa. Lo hacía cuando yo estaba en el colegio. Cuando volvía a casa a veces encontraba algunas prendas tibias, oliendo a L'Air du Temps. Me la imaginaba con mi ropa; algunas cosas la favorecían, una falda plisada, un top ajustado. Frente al espejo, imaginándose que tenía dieciséis años, una colegiala. Hacía una perfecta imitación de mí, la adolescente desgarbada. Cruzaba las piernas como yo, las enlazaba y asomaba el pie detrás del tobillo. Se encogía de hombros antes de que yo hablara, desestimando por anticipado todo lo que pudiera decirle. Mi sonrisa incómoda, que relampagueaba y desaparecía en un segundo. Se probaba mi personalidad como mis ropas. Pero no era que quisiera ser yo, sólo quería tener dieciséis años.

Miré el jardín por debajo de la persiana, las largas sombras proyectadas por el ciprés, la palmera, sobre el verde texturado. Si Claire tuviera dieciséis años, ¿qué? ¿No cometería los errores que cometió? ¿Elegiría mejor? Quizá no tendría que elegir, podría seguir teniendo dieciséis años para siempre. Pero se estaba probando la ropa de la persona equivocada. Yo no era nada que ella quisiera ser. Ella era demasiado frágil para ser yo, mi destino la aplastaría, como la presión en un buceo de profundidad.

La mayor parte del tiempo estaba tendida en la cama de ese modo, pensando en Ron, ¿cuándo volvería a casa?, ¿había otra mujer? Preocupándose por la suerte y las malas influencias, mientras usaba talismanes del pasado de su familia, mujeres que hicieron algo con sus vidas, hicieron algo consigo mismas, o al menos se vestían todos los días, mujeres que nunca besaban a una hija de acogida de dieciséis años sólo porque se sentían irreales, nunca dejaban crecer la maleza en su jardín sólo porque hacía demasiado calor para arrancarla.

Quise decirle que no alentara la desesperación. La desesperación no era un invitado, no le ofrecías una silla cómoda y le ponías su música preferida. La desesperación era el enemigo. Me asustaba que Claire desnudara sus necesidades tan

abiertamente. Si una persona necesitaba algo, mi experiencia me indicaba que con seguridad lo tomaría. No se necesitaba poner espejos en el techo para saber eso.

Fue un alivio que Ron volviera. Ella se levantó, se duchó, limpió la casa. Hizo comida, en exceso, y se pintó los labios. Quitó a Leonard Cohen y puso la *big band* de Teddy Wilson, y cantó al ritmo de *Basin Street Blues*. Ron le hizo el amor por las noches, y a veces también por las tardes. No hacían mucho ruido, pero yo podía oír sus risitas sofocadas al otro lado de mi puerta cerrada.

Temprano, una mañana, cuando Claire todavía estaba durmiendo, lo oí al teléfono de la sala. Hablaba con una mujer, lo adiviné inmediatamente por el modo en que sonreía hablando con su pantalón de pijama a rayas, enroscándose el cable del teléfono en un dedo. Rió de algo que ella decía.

—Lenguado. Lo que sea. Bacalao.

Se sobresaltó al verme en el umbral. Sus mejillas sonrosadas se vaciaron de sangre, y después se ruborizó. Se mesó el cabello y sus mechones claros se quedaron tiesos. Habló un poco más, arreglos, vuelos, hoteles, anotó algo en un trozo de papel de su maletín abierto. Yo no me moví. Colgó.

Se puso de pie, levantándose el pantalón del pijama.

—Vamos a Reykiavik. Manantiales de agua caliente con poderes curativos documentados.

—Lleva a Claire —le dije.

Arrojó el papel en el maletín, lo cerró y echó la llave.

—Tendré que trabajar todo el tiempo. Ya conoces a Claire. Se quedaría en el hotel dándole vueltas a alguna fantasía mórbida. Sería una pesadilla.

A regañadientes, admití que tenía razón. Ya hiera que él viajara tanto para acostarse con otras mujeres, o sólo para no tener que ocuparse de Claire, o si por casualidad era lo que decía ser y nada más, un marido cansado tratando de ganarse la vida, sería un desastre llevar a Claire con él si no podía pasar todo el tiempo con ella. Ella no se las arreglaría sola, no saldría a contemplar los paisajes. Se quedaría en el hotel preguntándose qué estaría haciendo él, con qué mujer estaba. Torturándose.

Pero eso no lo justificaba. Era su marido. Tenía una responsabilidad para con ella. No me gustó el modo en que hablaba con esa mujer al teléfono desde la propia casa de Claire. Podía imaginármelo con una mujer en un restaurante en penumbra, seduciéndola con esa misma voz suave.

Me planté en el umbral, por si decidía intentar volver a la cama y hacer como si nada hubiera sucedido. Quería hacerle entender que ella lo necesitaba. Su deber estaba aquí.

—Me dijo cómo se mataría si quisiera hacerlo.

Eso despertó su atención, lo hizo tropezar un poco en su suavidad, como un hombre que tropieza con una grieta en la acera, o un actor que olvida una réplica. Volvió a mesarse el pelo, ganando tiempo.

—¿Qué dijo?

—Que usaría el gas.

Se sentó, cerró los ojos, los cubrió con las manos, y las yemas se tocaron sobre la nariz. De pronto lo sentí por él también. Sólo quería llamarle la atención, hacerle comprender que no podía huir simplemente y hacer como si todo fuera normal en ella. No podía dejármela toda a mí.

—¿Crees que hablaba por hablar? —preguntó, el temor reflejado en sus ojos castaños.

¿Me lo estaba preguntando? Era él quien tenía las respuestas. El hombre que aferraba con fuerza la realidad, el que nos decía cuándo levantarnos y cuándo acostamos, qué canal estábamos mirando, qué pensábamos sobre las pruebas nucleares y las reformas al programa de bienestar social. Él era quien sostenía el mundo con firmeza en sus manos como una gran pelota. Lo miré impotente, horrorizada de pensar que no sabía si Claire podía matarse o no. Él era su marido. Yo no era nadie, apenas una niña que habían traído a casa.

No pude evitar imaginarme a Claire en la cama, cubierta de joyas, las perlas en la boca. Lo que había abandonado por estar con Ron. El modo en que lloraba de noche, abrazándose con fuerza, doblada casi en dos, como alguien con calambres de estómago. Pero no, seguía esperándome a la vuelta del colegio, no quería que yo la encontrara muerta.

—Te echa de menos.

—Ya casi estamos en las vacaciones de verano —dijo Ron—. Iremos a alguna parte. Vacaciones de verdad, los tres solos. A acampar en Yellowstone, algo así. ¿Qué te parece?

Los tres, cabalgando, haciendo caminatas, sentados alrededor de una fogata, memorizando las estrellas. Sin teléfono, sin fax, sin ordenador. Sin fiestas, reuniones, amigos que venían a traer un guión. Ron todo para ella. Eso sería algo por lo que valía la pena esperar. No quería perderse un campamento con Ron.

—Le gustará —dije al fin.

Aunque pensaba que lo creería cuando lo viera. Era un gran desmentidor.

—Sé que no ha sido fácil para ti.

Me puso una mano en el hombro. Suave. Había calor en su mano, calentó todo mi hombro. Por un momento me pregunté cómo sería hacer el amor con Ron. Su pecho desnudo tan cerca que podía acariciarlo, el vello gris, los pezones del tamaño de monedas. Olía bien, a Monsieur Givenchy. Su voz, no muy grave, áspera y sosegante. Pero después recordé: este era el hombre que estaba causando todos los problemas, el hombre que no sabía cómo amar a Claire. La estaba engañando, eso podía sentirlo en el cuerpo. Él tenía todo el mundo, y todo lo que tenía Claire era él. Pero no pude evitar que me gustara su mano en mi hombro, y su mirada. Traté de no reaccionar a su presencia masculina, al bulto en los pantalones de su pijama azul. «Es una mujer joven», le había dicho a Claire. Era sólo parte de su actuación, el agradecimiento.



Seguramente lo hacía con todas las dobladoras de cucharas solitarias. Di un paso atrás y dejó caer su brazo.

—Será mejor que cumplas tu promesa —le dije.

EN JUNIO, fiel a su promesa, Ron alquiló una cabaña en Oregón. Sin teléfono, sin electricidad, e incluso dejó el ordenador en casa. En los bosques de las Cascadas pescamos con botas de goma verde altas hasta la cintura. Me enseñó a pescar con mosca, cómo lanzar un delicado hechizo, las brillantes truchas de cabeza de acero como secretos que se arrancaban del agua. Claire consultaba libros sobre aves, guías de flores silvestres, tratando de darle a cada cosa su nombre, como si los nombres les dieran vida a las formas. Cuando identificaba una, se mostraba tan orgullosa como si ella misma hubiera creado la alondra del prado o el helecho cabellera de virgen. O nos sentábamos en el gran claro, cada uno con la espalda apoyada contra un árbol, y Ron tocaba canciones vaqueras en su armónica, *Red River Valley* y *Yellow Rose of Texas*.

Pensé en mi madre en Ámsterdam, cantando *Whoopee ti yi yo*, traigan los perritos. Explicándome que «perritos» eran los terneros que habían perdido a su madre. «Es desgracia de ustedes y no mía,» Ron era de Nueva York; me pregunté dónde había aprendido esas canciones. En la televisión probablemente. Vi cómo me miraba cuando yo dibujaba en la orilla del río, pero no hice nada para alentarle. Podía vivir sin Ron, pero no sin Claire.

Cuando llovía, él y Claire caminaban juntos por los senderos acolchados de agujas de pino, los helechos oliendo como regaliz. De noche jugábamos al Monopoly y al Scrabble, al *blackjack* de tres manos, a las charadas. Claire y Ron representaban escenas de *Un tranvía llamado deseo*, o de *Pícnic*. Yo veía cómo había sido cuando se conocieron, la admiración de él por ella. Eso era lo que Claire necesitaba recordar, cómo era cuando era él quien la necesitaba.

Yo no había pasado mucho tiempo con Ron antes. Empezaba a irritarme el hecho de que fuera siempre el que dirigía el guión. Cuando se levantaba, nos despertaba a Claire y a mí. Pero cuando nosotras nos levantábamos primero, andábamos de puntillas, porque Ron seguía durmiendo. Un mundo de hombres. Me molestaba el modo en que era Ron quien decidía la actividad del día: pescar, hacer una excursión o viajar a la costa. Era Ron el que decía cuándo teníamos que ir al almacén y cuándo podíamos esperar un día más, y si debíamos ponernos medias o suéteres, o comprar leña. Yo nunca había tenido un padre, y ahora no quería tenerlo.

Pero Claire volvía a estar saludable. Ya no vomitaba. Sus colores se hicieron vivos. Hacía litros de sopa en una gran olla de hierro, mientras Ron asaba pescados en un fuego abierto. A la mañana comíamos crêpes, o huevos con tocino. Ron sonreía, masticando las tiras de tocino. «Veneno, veneno. Y en porciones tan pequeñas»: era el desenlace de una broma privada entre ellos. Gruesos sándwiches en nuestra mochila para el almuerzo, jamón y salami, tomates enteros, queso ahumado.

Claire se quejaba de que ya no le entraban los tejanos, pero Ron la abrazó por las nalgas y trató de morderla.

—Me gustas gorda. Enorme. Rubenesca.

—Mentiroso.

Ella se reía, apartándolo.

Yo arrojaba mi sedal al McKenzie, en cuya superficie el sol centelleaba entre los árboles, y los peces se iban al fondo, donde los árboles proyectaban sus sombras sobre el agua en movimiento. Río arriba, Ron pescaba con caña, pero a mí no me interesaba pescar nada, en realidad. Claire caminaba por la orilla cantando para sí, con fluida voz de soprano, *Oh Shenandoah, I long to hear you...* Recogía flores silvestres, que presionaba entre cartones cuando volvíamos a la choza. Me sentía a gusto allí, en el silencio, el espectro del verde bajo un cielo resonante enmarcado en los altos dedos del pino Jefferson y el abeto Douglas, un cielo en el que podía esperarse ver pasar dragones y ángeles. Un cielo como una ventana en el retrato de un cardenal del Renacimiento. La música del agua que fluía y el perfume resinoso de las coníferas.

Lanzaba y recogía el sedal, la espalda calentada por el sol, miraba mi sombra en el agua donde formaba una ventana oscura en los reflejos. Podía ver el fondo con las piedras y los peces, las formas que se movían hacia la mosca.

De pronto el carrete zumbó y el sedal se estiró. Tuve un instante de pánico.

—¡Ha picado uno! —le grité a Ron—. ¿Qué hago?

—Suéltale hilo, hasta que deje de revolverse —gritó Ron río arriba.

El carrete seguía girando, pero al fin se hizo más lento.

—Ahora acércalo.

Recogí el hilo, sintiendo el peso del pez, más fuerte de lo que yo pensaba, o el tirón de la corriente sobre él. Afirmé los talones y tiré, viendo cómo la larga caña flexible se doblaba en una curva de látigo. De pronto el hilo se aflojó.

—¡Se ha escapado!

—¡Sigue girando el carrete! —gritó Ron mientras venía caminando por el agua, con precaución, paso a paso. Tenía la red preparada—. Está viniendo en esta dirección.

Giré el carrete con desesperación y, tal como me lo había dicho, el sedal dio la vuelta: el pez nadaba contra corriente. Contuve el aliento. Jamás habría podido imaginar mi entusiasmo al arrojar el sedal en un río y que un pez mordiera el anzuelo. Tener algo vivo donde había venido con las manos vacías.

—Dale hilo —dijo Ron.

Dejé que se alejara. El pez nadaba río arriba. Solté una risa histérica cuando me metí en un pozo y mis botas se llenaron de agua helada. Ron ya estaba a mi lado y me sostuvo.

—¿Quieres que lo saque por ti?

Ya estiraba la mano para coger la caña.

—No —dije, alejándola de su alcance.

Era mi pez. Nadie me lo iba a arrebatarse. Sentía como si lo hubiera capturado con mi propia carne, con hilo de mi propia ropa. Necesitaba este pez.

Claire se acercó a la orilla para mirar. Se sentó en la barranca y alzó las rodillas hasta el mentón.

—Ten cuidado —dijo.

El pez hizo tres pasadas más antes de que Ron decidiera que ya estaba lo bastante cansado como para sacarlo.

—Ahora enrolla, enrolla.

Me dolía el brazo de dar vueltas al carrete, pero el corazón me latió con fuerza cuando asomó del agua, plata líquida brillante, un pez de medio metro de largo. Aún agitaba salvajemente la cola.

—Aguanta con fuerza, no lo sueltes ahora —decía Ron, acercándose al pez con la red.

Yo no soltaría a este pez así me arrastrara por todo el río hasta el mar. Ya se me habían escapado demasiadas cosas de entre las manos.

Ron lo metió en la red y fuimos juntos a la orilla. Subimos a la barranca, sin sacar al enorme pez que se agitaba dentro de la red.

—Está tan vivo... —dijo Claire—. Devuélvelo al agua, Astrid.

—¿Bromeas? ¿Su primer pescado? Ten —me dijo Ron, tendiéndome un martillo—. En la cabeza.

El pez brincaba en la hierba, tratando de volver al agua.

—Rápido, o lo perdemos.

—No, Astrid.

Claire me miraba con su expresión más tierna de flor silvestre.

Cogí el martillo y golpeé al pez en la cabeza. Claire apartó la vista. Supe lo que estaba pensando, que yo me alineaba con Ron, es decir con el mundo y sus durezas. Pero yo quería ese pez. Lo sostuve en alto y Ron me sacó una foto. Claire se negó a hablarme el resto de la tarde, pero yo me sentía como una chica real, y no quise sentirme culpable por ello.

Detesté que tuviéramos que volver a Los Ángeles. Ahora Claire tenía que compartir a Ron con el teléfono y el fax y con demasiada gente. La casa estaba llena de proyectos y opciones, guiones que pasaban de mano en mano, rumores de la industria, notas en *Variety*. Los amigos de Ron no sabían cómo hablarme. Las mujeres me ignoraban y los hombres estaban demasiado interesados, se acercaban demasiado, se apoyaban contra los marcos de las puertas y me decían que era hermosa y si estaba pensando en actuar.

Yo me mantenía cerca de Claire, pero me ponía nerviosa verla atender a esa gente, a esos extraños indiferentes, enfriando vino blanco, preparando salsas, yendo a comprar algo más al Chalet Gourmet. Ron le decía que no se molestara, que podían pedir *pizza*, o un pollo del Pollo Loco, pero Claire decía que nunca podría servir a sus

invitados comida sacada de cajas de cartón. No comprendía nada. Ellos no se consideraban invitados. Para ellos, Claire era sólo una esposa, una actriz desempleada, una figura secundaria. Hubo muchas mujeres bonitas ese verano, en vestidos ligeros y tops de bikini y sarongs; yo sabía que Claire estaba tratando de descubrir cuál era la Circe de Ron.

Al fin empezó a tomar Prozac, pero le daba demasiada energía. No podía sentarse, y empezó a beber para compensar los efectos. A Ron no le gustaba porque ella decía cosas que encontraba muy graciosas y no hacían reír a nadie. Era como una mujer en una película mal montada, demasiado rápida o demasiado lenta. Echaba a perder todos los chistes.

En septiembre, con el viento y las cenizas, empecé el duodécimo curso en Fairfax, y Ron volvió a trabajar. Ahora Claire no encontraba qué hacer en su casa sin marido. Fregaba los suelos, lavaba las ventanas, reacomodaba los muebles. Un día regaló toda su ropa a una agencia de caridad. Sin sedantes, estaba en pie toda la noche, archivando recortes de revistas, clasificando libros. Tenía dolores de cabeza, y creía que el teléfono estaba pinchado. Juraba que podía oír el clic antes de cortar. Me hizo escuchar.

—¿Lo oyes? —me preguntó, sus ojos oscuros brillantes.

—Quizá —dije, por no dejarla sola en su noche—. En realidad no sé.

En octubre el calor cedió a la neblina azul de las tardes del verdadero otoño, las hojas en forma de manos de los sicómoros se dibujaban en anaranjado contra los troncos blancos espolvoreados, y un rubor dorado cubría las colinas. Un día al volver del colegio encontré a Claire mirándose en su espejito redondo en su dormitorio, el cepillo de plata olvidado en la mano.

—Mi cara es asimétrica, ¿no lo has notado? La nariz no está en el centro. —Volvió la cabeza de lado, examinó el perfil, hinchó las rodillas y empujó la nariz imaginariamente descentrada hacia la derecha, aplastando la punta—. Odio las narices en punta. Tu madre tiene una nariz de Garbo, ¿no lo has notado? Si yo me hiciera operar, la querría así.

No estaba hablando de narices. Claire estaba simplemente cansada de ver su propia cara en el espejo, un recordatorio de sus fracasos. Había algo que faltaba, pero no era lo que ella creía. Se quejaba de que su frente se estaba ampliando, y decía que terminaría pareciéndose a Edgar Allan Poe. Su mirada temerosa magnificaba lo incompleto del arco superior de las orejas, y empequeñecía más aún sus labios pequeños.

—Dientes pequeños significan mala suerte —decía, mostrándomelos en el espejo—. Vida breve.

Sus dientes eran cuentas de cebada, del color y el brillo de las perlas. Pero tenía los ojos cada vez más hundidos. Yo apenas si podía verle los párpados, y sus huesos afilados volvían a hacerle puentes en la cara, una cabeza de bronce de Rodin, de talla implacable.

A medida que avanzó diciembre, Claire fue alegrándose. Le gustaban las fiestas. Leía revistas con fotos de Navidades en Inglaterra, en París, en Taos, Nuevo México. Quería hacerlo todo.

—Tengamos una Navidad perfecta —dijo.

Armamos una corona con eucalipto y pomelos que metimos en cera derretida. Compró cajas de tarjetas de Navidad, papel hecho a mano, suave, con encaje y estrellas doradas. En la emisora de música clásica ponían *El lago de los cisnes*. Tejimos guirnaldas con pequeños pimientos, metimos clavo de olor en naranjas, las atamos con terciopelo ámbar. Me compró un vestido de terciopelo rojo con cuello y puños de encaje blanco en McClintock de Beverly Hills. «Perfecto», dijo.

Me asustó cuando dijo perfecto. Pedir lo perfecto siempre era demasiado.

Ron vino para quedarse hasta después de Año Nuevo. Ella lo esperó, para que pudiéramos ir a comprar el árbol juntos, como una familia de verdad. En el coche, describió lo que quería exactamente: simétrico, de agujas blandas, un metro ochenta de alto por lo menos. El dependiente trató de ayudar pero se rindió después de sacar y desatar docenas de árboles.

—Es algo que no entiendo —decía Ron contemplando la busca desesperada de Claire—. Jesús creció en Belén. En pleno desierto. Deberíamos comprar un olivo, una palmera datilera. Una alcachofa de Jerusalén.

Caminé a lo largo de la hilera de árboles pintados con aerosol, algunos en blanco como una nevada química almidonada, otros de dorado, rosa, rojo, hasta negro. El árbol negro, de un metro de alto, parecía quemado. Me pregunté quién querría un árbol negro, pero supe que alguien lo querría. No había límites a lo extraña que podía ser la gente. Alguien lo compraría como una broma, como un Halloween demorado, para decorar con calaveras de plástico y pequeñas guillotinas. O serviría de declaración política. O alguien lo llevaría sólo por el placer de hacer llorar a sus hijos.

El olor de los árboles era como Oregón. Si pudiéramos volver allí ahora mismo, bajo una lluvia suave, en la cabaña, con la chimenea de leños. Me volví hacia Claire, que se desesperaba por un árbol que era casi lo que ella quería, salvo por un pequeño hueco en las ramas a un lado. Señalaba el hueco con manos ansiosas. Le aseguré que esa parte podría ponerse contra la pared, y nadie la vería.

—No se trata de eso —dijo—. Si algo está mal, no basta con ponerlo del lado de la pared.

La entendí, pero aun así la convencí de que se lo llevara.

En casa, Claire le dio instrucciones a Ron sobre cómo colgar las luces. Originalmente quería velas, pero Ron se puso firme en ese punto. Dimos vueltas y vueltas a las guirnaldas de pimientos y palomitas de maíz, mientras Ron miraba un partido de fútbol por televisión. México contra Argentina. No quería apagarlo para que Claire pusiera villancicos. «Un mundo de hombres». Sólo se dignó molestarse en colocar el ángel dorado en la punta del árbol.

Caire apagó las luces del cuarto y nos sentamos a mirar el árbol en la oscuridad, mientras México ganaba a Argentina.

La mañana de Nochebuena, Ron recibió una llamada sobre una visión de la Virgen María en Bayou, St. Louis. Tenía que ir a filmarla. Tuvieron una gran pelea y Caire se encerró en su cuarto.

En la cocina, yo estaba puliendo la cubertería, trabajo que había aprendido a hacer muy bien. Cenaríamos con cristal y manteles blancos. Yo me pondría mi vestido navideño de Jessica McClintock. Claire ya había rellenado el ganso, y teníamos auténticas golosinas inglesas compradas en Chalet Gourmet. Teníamos entradas para el Mesías de medianoche en el Hollywood Bowl.

No fuimos. Yo comí sándwiches de jamón y vi ¡Qué bello es vivir! Claire salió y tiró el ganso a la basura. Bebió muchas copitas de jerez, una tras otra, y miró la televisión conmigo, llorando por momentos, vestida con la bata que le había dado Ron como regalo anticipado de Navidad. Yo tomé un vaso o dos de jerez para hacerle compañía; no era peor que el jarabe para la tos. Al fin tomó un par de pastillas y se quedó dormida en el sillón. Roncaba como una segadora cortando césped alto.

Durmió casi toda la mañana de Navidad, se despertó al mediodía con un terrible dolor de cabeza. No hablamos de Ron, pero ella no tocó los regalos que él le había dejado. Yo recibí un suéter de pescador auténtico, un juego nuevo de pinturas aeríficas, un gran libro de estampas japonesas, y pijamas de seda como los que usaba Myrna Loy en una película.

Mi regalo era pequeño comparado con los que le había comprado Ron.

—Ten, abre algo.

—No quiero nada —dijo desde debajo de su toalla empapada en vinagre.

—Lo hice para ti.

Apartó la toalla y pese al dolor en las sienes desató los hilos de rafia y abrió el envoltorio de papel marmolado que yo misma había hecho. Dentro había un retrato de ella, en un marco redondo de madera. Empezó a llorar, y después corrió al baño y vomitó. Yo oía las arcadas. Recogí el cuadro, en carboncillo, que marcaba su alta frente redonda, el trazo de los huesos delicados, el mentón afilado, las cejas en arco.

—¿Claire? —la llamé a través de la puerta del baño.

Oí correr el agua, y probé la puerta. Se abrió. Estaba sentada en el borde de la bañera con su bata roja, pálida como el invierno, la mano sobre la boca, los ojos vueltos hacia la ventana. Contenía las lágrimas parpadeando y no me miraba. Parecía estar derrumbándose, un brazo cogiéndose la cintura, como para evitar partirse en dos.

Yo no sabía qué hacer cuando la veía así. Miré las baldosas, rosa salmón, conté los cuadrados brillantes. Veinticuatro de la bañera al calentador. Treinta desde la puerta al lavabo. Un motivo decorativo era del color del jarabe de cereza para la tos, puntuado con una almendra de escritura cuneiforme. El cisne en la mampara de la ducha inclinaba la cabeza.

—Nunca debería beber. —Se lavó la boca en el lavabo, reteniendo el agua en la palma ahuecada—. Sólo lo empeora todo. —Se secó la cara y las manos con una toalla y me cogió una mano—. Ahora te he arruinado la Navidad.

La hice acostar en el sofá, abrí mis pinturas nuevas, puse colores en un plato y pinté una hoja de papel grueso la mitad negra, la mitad roja, y dibujé llamas como en la cubierta del álbum de Leonard Cohen. La mujer en la radio cantaba el Ave María.

—¿Qué significa «Ave»?

—Pájaro —dijo.

La voz de la mujer era un pájaro, volando en un viento caliente, agotado por el esfuerzo. Lo pinté dentro del fuego, negro.

Cuando Ron volvió de Nueva Orleans, Claire no se levantó del sofá. No limpió, no hizo la compra, no cocinó, no cambió las sábanas, no se pintó los labios ni trató de que las cosas estuvieran bien. Se quedó en el sofá con su bata roja, la botella de jerez al alcance de la mano, y bebía todo el día, comía tostadas con mermelada y dejaba las migas, escuchaba ópera. Gozaba con eso. Amores histéricos y traiciones inevitables. Las mujeres terminaban siempre clavándose un puñal, bebiendo veneno, mordidas por serpientes.

—Por todos los cielos, al menos vístete —decía Ron—. Astrid no deberla verte así.

Habría preferido que no me usara como motivo. ¿Por qué no podía decir que estaba preocupado por ella, que la amaba, que ella necesitaba ver un médico?

—Astrid, ¿te avergüenzo? —me preguntaba Claire.

Sobria, jamás me habría puesto en ese aprieto.

—No —dije.

Pero lo hacía, sobre todo cuando me pasaban de uno al otro como una fuente en la cena.

—Dice que no la avergüenzo.

—Me avergüenzas a mí —decía Ron.

Claire asentía, borracha contra el brazo del sillón bajo las luces parpadeantes del árbol de Navidad. Levantó un dedo delgado en gesto filosófico.

—Ahora sí estamos entendiéndonos. Dime, Ron, ¿siempre te he avergonzado? ¿O es algo reciente?

Tenía un modo raro de hablar cuando bebía, amasaba las palabras con los labios, como Sandy Dennis en ¿Quién teme a Virginia Woolf?

En el estéreo, la soprano se lanzaba a su gran aria antes de matarse, *Madame Butterfly* o *Aida*, no recuerdo cuál. Claire cerró los ojos, trató de perderse en el canto. Ron apagó el equipo.

—Claire, tengo que irme. Es mi trabajo —le explicó, de pie a su lado, las palmas de las manos hacia fuera, como si estuviera cantando—. Lamento que fuera Navidad, pero era una historia navideña. No podía esperar hasta febrero.

—Es tu trabajo —dijo ella con la voz neutra que yo odiaba.



Él la apuntó con su dedo suave.

—No hagas eso.

Deseé que ella lo mordiera, le rompiera el dedo, pero se limitó a bajar la vista, se terminó el vaso y lo dejó sobre la mesa, con cuidado, y se enroscó dentro de su manta de lana. Ahora siempre tenía frío.

—¿Te acompañó? La rubia, cómo se llama. Cindy. Kimmie.

—Oh, eso. —Él se volvió y empezó a recoger las cosas, Kleenex sucios, vasos vacíos, servilleta, plato. No lo ayudé. Me quedé sentada en el sofá con Claire, deseando que se fuera y nos dejara en paz—. Cielos, estoy cansado de tu paranoia. Debería tener una aventura, para darte algún motivo. Al menos así tendría la diversión junto con la mierda.

Claire lo miraba con párpados pesados, los ojos enrojecidos por el llanto.

—Pero ella no te avergüenza. No te avergüenza andar por ahí con ella.

Él se inclinó para coger el vaso vacío.

—Qué pesada eres.

Antes de que yo supiera qué estaba pasando, ella se había puesto de pie y lo abofeteaba. Me alegró, era algo que debería haber hecho hacía meses. Pero después, en lugar de decírselo, se dejó caer de vuelta en el sofá, las manos en las rodillas, y prorrumpió en sollozos entrecortados. Abofetearlo la había vaciado de toda su fuerza. Sentí a la vez pena y disgusto.

—Astrid, déjanos solos, por favor —me pidió Ron.

Miré a Claire, para ver si ella quería que me quedara y fuera testigo. Pero sólo lloraba, sin cubrirse la cara.

—Por favor —dijo él con más firmeza.

Fui a mi cuarto, cerré la puerta, y después la abrí apenas, cuando empezaron a hablar otra vez.

—Lo prometiste —dijo él—. Si acogíamos un chico o una chica. —No puedo evitarlo.

—Me lo temía —dijo él—. Entonces ella debería irse.

Agucé los oídos para oír la voz de Claire, pero no hubo respuesta. ¿Por qué no decía algo? Quería verla, pero la espalda de él me lo impedía. Traté de imaginarme su cara. Estaba ebria, la piel manchada y gomosa. ¿Qué había en sus ojos? ¿Odio? ¿Ruego? ¿Confusión? Esperé que me defendiera, que dijera algo, pero no respondió.

—No está funcionando —siguió él.

Lo que me sorprendía no era tanto que él pudiera hablar sobre enviarme de vuelta, como un perro que hace demasiados hoyos en el patio o estropea las alfombras. Era lo razonable de su tono, afectuoso pero distante, como un médico. Era lo único razonable que quedaba por hacer, decía su voz. Simplemente no estaba funcionando.

—Quizá eres tú el que no está funcionando —dijo ella, tomando la botella de jerez mientras hablaba.

Él se la sacó de la mano de un golpe. La botella voló, y la oí caer. Y rodar por el suelo de pino.

—No soporto tus poses —dijo Ron—. ¿Quién se supone que eres ahora, la matriarca herida? Cielos, es ella la que te está cuidando. Esto no estaba previsto.

Mentía. Estaba previsto, exactamente. Me había traído para ocuparme de ella, vigilarla, hacerle compañía mientras él no estaba. ¿Por qué no lo decía ella? No sabía cómo hacerle frente.

—No puedes devolverla —fue todo lo que dijo—. ¿Adónde la llevarían?

Era la pregunta equivocada, Claire.

—Encontrará un lugar, estoy seguro —dijo Ron—. Pero mírate. Estás cayéndote a pedazos. Otra vez. Me lo prometiste, y sin embargo aquí estamos. Y se supone que yo debo abandonarlo todo y dedicarme a recomponerte. Bueno, te lo advierto, si tengo que recoger los pedazos una vez más, tú también tendrás que ceder algo.

Seguía la voz razonable. Le estaba echando a ella todas las culpas.

—Te lo llevas todo —sollozó ella—. No me dejas nada.

Él apartó la vista, y pude verle la cara, el gesto de disgusto.

—Dios, eres tan mala actriz... —dijo—. Casi lo había olvidado.

Cuando él salió de mi campo de visión pude verla, las manos sobre los oídos, las rodillas bajo el mentón, acunándose adelante y atrás, diciendo:

—¿Es necesario que te lo lleves todo? ¿Siempre debes tenerlo todo tú?

—Quizá necesitas cierto tiempo —dijo él—. Piénsalo.

Oí sus pasos y cerré la puerta antes de que me viera espiándolos. Lo oí alejarse por el pasillo.

Volví a entreabrir la puerta. Claire estaba acostada en el sofá. Se echó la manta de lana sobre la cabeza. La oí gemir.

Cerré la puerta y me senté en la cama, impotente. Era mi madre otra vez. ¿Por qué hacían esto? Yo me había ocupado de Claire durante casi dos años. Era su confesora; me lo decía todo. Era la que se preocupaba, se sometía a sus rituales, calmaba sus temores, mientras él andaba por ahí persiguiendo *poltergeists* y apariciones de la Virgen. ¿Cómo podía enviarme de vuelta ahora? Abrí la puerta, decidida a hablar con él, a decirle que no podía hacerlo, cuando salió de su dormitorio con su bolso al hombro, el maletín en la mano. Nos miramos, pero sus ojos estaban cerrados como puertas de acero cuando pasó por mi lado y entró en la sala.

No creía que Claire pudiera ponerse más pálida, pero cuando vio a Ron con su equipaje se puso blanca. Se levantó del sofá, la manta cayó al suelo. Tenía la bata enroscada al cuerpo, podía ver su ropa interior.

—No te vayas. —Se aferró a su chaqueta de cuero—. No puedes dejarme. Te amo.

Él inhaló, y por un instante pensé que iba a cambiar de opinión. Pero después las cejas le hicieron presión sobre los ojos y se volvió, soltándose.

—Piénsalo.

—Ron, por favor. —Quiso detenerlo, pero estaba demasiado borracha y cayó de rodillas—. Por favor.

Volví a mi cuarto y me tiré boca abajo en la cama. No podía soportar verla arrastrarse tras él, colgarse de sus piernas, rogarle, seguirlo hasta la puerta, salir con su bata roja abierta. Ahora la oía fuera, llorando, prometiendo que sería buena, prometiéndole todo. La puerta del coche, el motor que se encendía, la nota ascendente del Alfa retrocediendo mientras ella seguía rogando. Me imaginé a la señora Kromach espiando desde sus cortinas, azules, al señor Levi mirando asombrado bajo su sombrero jasídico.

Claire volvió a entrar, llamándome. Me tapé la cabeza con la almohada. «Debilucha —pensé—. Traidora». Estaba frente a mi puerta, pero no respondí. Me entregaría a cambio de él, haría cualquier cosa por conservarlo. Igual que antes, mi madre y Barry.

—Por favor, Astrid —me rogaba a través de la puerta, pero no quise escucharla.

«Esta enfermedad nunca me pasará a mí», pensé.

Al fin se fue a su cuarto, cerró la puerta, y la oí por haberse arrastrado tras él y me oí por mi disgusto, por saber cómo se sentía Ron. Me quedé tendida en la cama, odiándonos a todos nosotros, escuchándola llorar, que era lo único que había hecho durante una semana. Veintisiete nombres para las lágrimas.

Oí cantar a Leonard Cohen, preguntando si había oído la voz de su amo. La repetición circular de una pregunta abrumadora. Quena encerrarme en mí misma, ahora que todavía tenía algo propio que no le había dado a Claire. Tenía que apartarme o me desgarrarían, como una bufanda aprisionada en la portezuela de un coche.

Cómo desprecié su debilidad. Exactamente como había vaticinado mi madre. Me repugnaba. Habría luchado por ella, pero Claire no podía siquiera luchar por sí misma. Yo no podía salvar a las dos. Sobre mi escritorio había una foto mía con la trucha de cabeza de acero del verano. Ron la había hecho enmarcar. Se me veía tan feliz... Debería haber sabido que no duraría. Nada duraba. No lo sabía todavía. «Ten las maletas preparadas», decía mi madre. Y yo con menos de un año por delante, con la universidad balanceándose delante de mí.

Pero entonces recordé cómo Claire me había llevado a Cal Arts, a ver si yo quería inscribirme allí, incluso había pedido un formulario de inscripción. Cómo me había hecho tomar las clases avanzadas, me había ayudado en las tareas, me llevaba al museo todos los martes por la tarde. Si yo tenía un futuro, era sólo porque ella me lo daba. Pero después volví a verla arrastrándose, rogando, y mi repugnancia se renovó. Astrid, ayúdame. Astrid, recoge los pedazos. ¿Cómo podía hacerlo? Yo dependía demasiado de ella. Debía empezar a superar eso.

Leí un rato un libro sobre Kandinsky, probé algunas de sus ideas sobre forma y tensión. Cómo la tensión en una línea aumentaba a medida que se acercaba al borde.

Traté de no escuchar a Leonard Cohen paseándome. Ya debía de haberse dormido. Que se le pasara durmiendo.

Dibujé hasta que oscureció, después encendí la luz e hice girar la pirámide que colgaba sobre mi escritorio, la ridícula pirámide que mi madre había inducido a Claire a comprar. Cuando cerré el libro de Kandinsky, no pude dejar de ver la dedicatoria: «A Astrid, con todo mi amor. Claire».

Las palabras me recorrieron como electricidad, aniquilando todo mi resentimiento infantil. Si yo tenía algo bueno, era sólo gracias a Claire. Si podía pensar en mí misma, aunque sólo fuese por un segundo, como alguien digno de vivir, era porque Claire me había hecho pensar así. Si podía pensar en un futuro, era porque ella creía que lo tenía. Claire me había devuelto el mundo. ¿Y qué estaba haciendo yo ahora que ella me necesitaba? Cerraba mis ventanas, almacenaba mis provisiones, desplegaba el alambre de espino.

Me levanté y fui a su cuarto.

—¿Claire? —llamé. Probé la puerta pero estaba cerrada con llave. Ella nunca cerraba con llave, salvo cuando hacían el amor. Golpeé—. Claire, ¿estás bien?

La oí decir algo, pero no entendí.

—Claire, abre.

Moví el picaporte.

Entonces oí lo que estaba diciendo.

—Lo siento. Lo siento mucho. Lo siento tanto, maldita sea... Abre, por favor, Claire. Quiero hablar contigo.

—Vete, Astrid. —Su voz sonaba ebria casi hasta lo irreconocible. Me sorprendió. Pensé que ya se habría despejado, o bien se habría dormido—. Sigue mi consejo. No te acerques a una persona rota.

La oí sollozar en seco, casi con arcadas, casi riéndose, y ese sonido se volvió una especie de zumbido al otro lado de la puerta.

Casi dije: «Tú no estás rota, sólo estás pasando por un mal momento». Pero no pude mentir. Las dos sabíamos la verdad. Había algo que andaba terriblemente mal en ella, algo muy adentro. Era como un gran diamante con un punto muerto en el centro. Se suponía que yo debía poner vida en ese punto muerto, pero no había funcionado. Ella llamaría a Ron dondequiera que él hubiera ido, y le diría: tienes razón, devolveremos a la chica. No puedo vivir sin ti.

—No puedes mandarme de vuelta —dije a través de la puerta.

—Tu madre tenía razón —dijo ella con palabras borrosas. Oí algo que se rompía contra el suelo—. Soy una tonta. Ni siquiera puedo ponerme de pie.

Mi madre. Empeorándolo todo. Yo había devuelto todas las cartas que había podido interceptar, pero seguramente había habido otras.

Me senté en el suelo. Me sentía como la víctima de un accidente, sosteniendo mis vísceras para que no se derramaran. De pronto, me abrumaba la urgencia de volver a

mi cuarto, caer en la cama, meterme bajo las sábanas limpias y dormir. Pero lo combatí, traté de pensar algo que decir a través de la puerta.

—Ella no te conoce.

Oí el crujido de su cama, estaba de pie, venía hacia la puerta tambaleándose.

—O no volverá, Astrid. —Estaba al otro lado. Su voz caía de su altura, de pie, a la mía, sentada en el suelo, cuando hablaba por la ranura—. Se divorciará.

«Ojalá lo haga», pensé. Así ella tendría una oportunidad, las dos la tendríamos, lo tomaríamos con calma, sin más Ron volviendo a casa, arrastrando el miedo, vendiendo esperanza, abandonándola en Navidad, llegando en el momento en que empezaba a acostumbrarse a estar sola. Sería perfecto. Basta de simulaciones, de contener el aliento, de escucharle si hablaba por teléfono.

—Claire, sabes, eso no sería lo peor.

Soltó la risa, adormecida.

—Diecisiete años. Dime, pequeña, ¿qué es lo peor?

El grano de la madera de la puerta era un laberinto que yo reseguía con la uña. Estaba a punto de decirle: prueba a tener a tu madre presa, y que la única persona que quieres y en la que confías esté cayendo por un precipicio. Prueba a estar en el mejor lugar que hayas tenido nunca, y que empiecen a hablar de devolverte. Pero, a pesar de todo, yo no habría querido ser Claire. Prefería ser yo misma, hasta mi madre, presa de por vida, llena de su propia impotente ferocidad, antes que ser Claire, preocupada por ladrones y violadores y porque los dientes pequeños significaban mala suerte y mis ojos no hacían juego y no matar al pez y mi esposo me ama todavía, me amó alguna vez, o me confundió con otra, y ya no puedo simular más que soy otra.

Quería abrazarla, pero algo dentro de mí lo impedía. Es Claire, la que te quiere, me recordaba a mí misma. Pero en ese momento no podía sentirlo. Ella ni siquiera podía ocuparse de sí misma, y yo veía que me alejaba. La sentía buscar mi mano, quería entrar. Ya no creía poder salvarla más. El laberinto que estaba siguiendo terminaba en un ojo de pavo real.

—Mi madre diría que lo peor es perder el autorrespeto.

La oí llorar de nuevo. Sollozos agudos y dolorosos que yo sentía en mi propia garganta. Golpeó la puerta con el puño, o quizá fue la cabeza. No podía soportarlo, tenía que volver a las mentiras.

—Claire, sabes que él volverá. Te quiere, no te preocupes.

No me importaba si volvía o no. Quería echarme, y por eso yo esperaba que se estrellara en su Alfa clásico que hacía juego con su cabello gris.

—Si supiera lo que es el autorrespeto —la oí decir—, entonces quizá sabría si lo he perdido.

Yo tenía sueño. No podía tener los ojos abiertos. Apoyé la cabeza contra la puerta. En la sala, se encendían y apagaban las luces del árbol de Navidad, cuyas agujas caían sobre los regalos sin abrir.

—¿Quieres algo de comer?

No quería nada.

—Voy a buscar algo de comer. Volveré en un segundo.

Me preparé un sándwich de jamón. Las agujas del árbol de Navidad cubrían el suelo. Crujían al pisarlas. La botella de jerez. Labia desaparecido; ella debía de habérsela llevado al cuarto. Tendría una resaca de por vida. Había dejado mi retrato sobre la meseta de café. Lo llevé a mi habitación, lo coloqué sobre el escritorio. Miré sus ojos hundidos, me pareció oírla preguntarme: ¿qué prefieres, cruasán o *brioche*? ¿Adónde irías si pudieras ir a cualquier parte del mundo? Pasé la punta del dedo por su frente alta y redonda, como una Madonna gótica. Volví a su puerta, llamé.

—Claire, déjame entrar.

Oí gemir los tirantes de la cama, el esfuerzo que le costaba ponerse de pie, tropezar los tres pasos hasta la puerta. Mizo girar la llave a tuestas. Abrí la puerta y Claire cayó de espaldas sobre la cama, todavía con la bata roja. Se metió bajo las sábanas como un animal ciego de las profundidades. Gracias a Dios no estaba llorando, estaba a punto de perder la conciencia. Silencié a Leonard Cohen.

—Tengo mucho frío —murmuró—. Ven conmigo.

Me metí, vestida. Puso sus pies fríos sobre los míos, su cabeza en mi hombro. Las sábanas olían a jerez y cabello sucio y a L'Air du Temps.

—Quédate conmigo, prométemelo. No te vayas.

Le cogí las manos frías, apoyé mi cabeza contra la suya mientras se quedaba dormida. La miré a la luz de la lamparilla, que ahora siempre quedaba encendida. Tenía la boca abierta y roncaba pesadamente. Me dije que las cosas volverían a estar bien. Ron volvería a casa o no volvería, y nosotras seguiríamos juntas. En realidad no me echarla. Él simplemente no quería ver en qué estado se encontraba Claire. En tanto ella no se lo mostrara, él estaría contento, El espectáculo debía continuar.

CLAIRE seguía durmiendo cuando desperté. Me levanté, con cuidado de no molestarla, y fui a la cocina. Me serví cereal. Estaba muy claro, tranquilo, pura luz cristalina. Me alegré de que Ron se hubiera ido. Si estuviera aquí, habría habido llamadas, el chillido del molinillo de café, Claire podría estar levantada preparando el desayuno con su sonrisa pintada en la cara. Decidí quedarme en pijama de seda un rato más. Saqué mis pinturas nuevas y pinté la luz sobre el suelo de madera desnudo, el rastro amarillo del sol, el modo en que trepaba por las cortinas. Me encantaba cuando era así. Recordaba días exactamente como este cuando era pequeña, jugando en un charco de luz de sol cuando mi madre seguía durmiendo. Con una cesta de ropa sucia sobre mi cabeza, cuadrados de luz. Recordaba exactamente cómo se veía el sol y cómo se sentía en el dorso de la mano.

Al cabo de un rato fui a ver a Claire. Seguía dormida. El cuarto estaba en la penumbra; no entraba la luz de la mañana por las puertaventanas que daban al oeste, cubiertas con persianas. Olía mal. Una mano estaba cruzada sobre la almohada. Tenía la boca abierta pero no roncaba.

—¿Claire? —Acerqué mi cara a la suya. Olía a jerez y a algo metálico. No se movió. Le puse una mano sobre el hombro y la sacudí suavemente—. ¿Claire? —No respondía. Se me erizó el vello de la nuca y los brazos. No la oía respirar—. ¿Claire? —Volví a sacudirla, pero su cabeza se balanceaba inerte como la de la jirafa de Owen—. Claire, despierta. —La levanté por los hombros y la volví a soltar—. ¡Claire! —grité, esperando que abriera los ojos, que se llevara una mano a la cabeza y me dijera que no le gritara, que tenía jaqueca. Era imposible. Estaba gastándome una broma, simulando—. ¡Claire! —le grité a su cara dormida, llevando las manos a su pecho, escuchando si respiraba. Nada.

Busqué en la mesa de noche, en el suelo. Al otro lado de la cama encontré las píldoras en el suelo, junto con la botella de jerez vacía. Era lo que había oído caer cuando hablábamos a través de la puerta. El frasco estaba abierto, las píldoras se habían dispersado, pequeñas tabletas rosadas. Butalan, ponía la etiqueta. «Para el insomnio. No tomar con alcohol. No conducir».

Los sonidos que me salían de la boca ya no eran siquiera gritos. Quería arrojar algo a la horrible cara de Dios. Arrojé la caja de Kleenex. La campana de bronce. De un golpe hice volar la lamparilla de la mesita de noche. Saqué la caja con el imán de debajo de la cama y la arrojé al otro lado del cuarto. Las llaves y los bolígrafos y broches de Ron cayeron junto con las Polaroids. ¿Para qué? Arranqué las persianas de las puertaventanas y el cuarto parpadeó con la luz. Recogí un zapato de tacón alto y rompí los vidrios con él, cortándome una mano. Cogí el cepillo de mango de plata y lo arrojé como una pelota de béisbol hacia el espejo redondo. Agarré el teléfono y lo

golpeé contra el respaldo de la cama hasta que el auricular se deshizo en mis manos, dejando marcas en la madera de pino.

Estaba exhausta y no encontraba nada más que arrojar. Me senté de nuevo en la cama y le cogí la mano. Estaba fría. La puse contra mi mejilla caliente y húmeda, tratando de calentarla; le aparté el cabello de la cara.

Si yo lo hubiera sabido, Claire. Mi hermosa y desgraciada Claire. Apoyé la cabeza sobre su pecho donde no había latidos. Mi cara junto a la de ella en la almohada floreada, respirando su aliento que ya no era aliento. Estaba muy pálida. Tomé sus manos frías, ligeramente resquebrajadas, la alianza de boda que era demasiado grande. Las volví, besé las palmas frías, mis labios calientes sobre las líneas. Cómo se preocupaba por esas líneas. Una corría desde el borde de la mano y cruzaba la de la vida. Accidente fatal, según ella. Froté la línea con el pulgar, húmedo por las lágrimas.

Accidente fatal. Ese pensamiento era casi insoportable, pero posible. Quizá no había querido hacerlo. Claire no lo habría planeado así. No se había lavado el pelo siquiera. Ella se habría preparado, todo habría sido perfecto. Habría escrito una nota, explicándolo todo de dos o cinco modos. Quizá lo único que quería era dormir.

Me reí, la risa amarga como la noche. Quizá fue sólo un accidente. Qué era un accidente. Quién no lo era.

Cogí el frasco blanco y cuadrado, lleno hasta la mitad de píldoras. Butabarbital sodium, 100 mg. Prácticamente brillaba en mis manos. Lo peor siempre sucede. ¿Por qué siempre me olvidaba de eso? Ahora veía que no era sólo un frasco, era una puerta. Uno trepaba por el cuello redondo del frasco y salía a un lugar enteramente diferente. Era posible escapar. Era dinero en efectivo en los bolsillos.

Miré en lo profundo del frasco de píldoras rosadas. Yo sabía hacerlo. Se toman lentamente. No como en las películas, donde toman un puñado. Si se hace así, las vomitas. El truco estaba en tomar una, esperar unos minutos, y después la siguiente. Un sorbo de jerez. Una por una. En un par de horas, una se dormía, y ya estaba hecho.

La casa estaba en silencio. Oía el tictac del reloj en la mesa de noche. Pasó un coche por la calle. Entraba aire fresco por las ventanas rotas. Ella estaba tendida con la boca abierta sobre la almohada floreada con su bata roja en el brillo de la mañana. Me froté la mejilla contra la lana de su bata, la que le había regalado Ron y ella no se había sacado en días. Dios, cómo odiaba yo esa bata, su alegre color rojo. Siempre demasiado brillante. Ron en realidad no la conocía.

Le puse la tapa al frasco y lo dejé caer sobre la cama. Tenía que librarme de esa bata antes que nada. Era lo menos que podía hacer. Saqué de un tirón las sábanas. La bata estaba enroscada al cuerpo. Desaté el cinturón y se la saqué, qué delgada estaba, qué liviana, las costillas se veían una por una. Volví a tenderla, con cuidado, con cuidado, apenas si podía mirarla. Como Cristo en ropa interior rosa. En la cómoda encontré un suave jersey de angora, color malva. Esto era más propio de Claire, el



color suave, la lana esponjosa. Hundí la cara en él, ansiosa de suavidad, dejé que absorbiera mis lágrimas. La senté. Fue difícil, tuve que inclinarla contra mí, abrumada por el perfume de su pelo. Apenas si podía respirar, pero de algún modo le pasé el jersey por la cabeza, de algún modo metí los brazos en las mangas, y bajé esa suave calidez por sus omóplatos huesudos. Me quedé sentada, abrazándola, apretando la cara contra su cuello.

La coloqué sobre la almohada como la princesa de un cuento de hadas, en un ataúd de cristal, un beso la despertaría. Pero no funcionó. Le cerré la boca, alisé las sábanas y frazadas, encontré el cepillo de plata entre los vidrios rotos y le cepillé el pelo. Lo encontré reconfortante, era algo que le había hecho en vida. No me había dicho adiós. El día que mi madre se fue, ella tampoco miró atrás.

Sabía que debía llamar a Ron. Pero no quería compartirla con él. La quería toda para mí por un rato más. Cuando llegara Ron, yo perdería a Claire para siempre. Él no la conocía, así que podía esperar.

No podía sacármelo de la cabeza: yo estaba aquí cuando ella murió. Si sólo me hubiera despertado. Si sólo hubiera imaginado lo que podía pasar. Mi madre siempre me había dicho que no tenía imaginación. Claire me llamó y no acudí en su ayuda. No quise siquiera abrir la puerta. Le había dicho que lo peor era perder el autorrespeto. ¿Cómo pude haberle dicho algo así? Por Dios, eso no era lo peor, ni mucho menos.

Fuera, en el jardín, la hierba estaba sin cortar pero muy verde bajo el claro sol de invierno. El olmo chino lloraba como un sauce. Los bulbos estaban perdidos, pero las rosas florecían furiosamente, el brillo rojo alucinatorio de las Mister Lincoln, el rosa pálido de las Pristine. El suelo bajo ellas estaba cubierto de pétalos rojos y blancos. Aquí dentro, el cuarto estaba impregnado del frasco de L'Air du Temps que yo había roto. Recogí la tapa, los pájaros de cristal. Ahora parecían algo para decorar una lápida.

En un cajón encontré el álbum de flores secas que había hecho Claire durante nuestros paseos por el McKenzie ese verano. Qué feliz había sido con su sombrero chino, atado bajo el mentón, el saco de tela lleno de descubrimientos. Aquí estaban, etiquetadas con su caligrafía femenina, apretadas en páginas atadas con una cinta gris oscuro, *Lady's Slipper*, *Dogwood*, *Wild Rose*, *Rhododendron*, con sus estambres como hilos.

«¿Qué quieres, Astrid? ¿Qué piensas?». Nadie volvería a preguntarme eso. Le acaricié el cabello, las cejas oscuras, los párpados, la línea delicada de la mandíbula y la órbita de los ojos y las sienes, lo agudo del mentón como una gota de agua al revés. Si hubiera ido a ella cuando me llamó. Si no la hubiera hecho esperar. Nunca debería haberla dejado sola con nuestro disgusto, el de Ron y el mío. Era lo único que ella no podía soportar, que la dejaran sola.

A las diez llegó el correo. A las once la señora Kromach practicó en su órgano eléctrico en la casa de al lado, con acompañamiento de su loro. Yo ya conocía todo su

repertorio: *Zip-a-Dee-Doo-Dah*, No hay negocio como el negocio del espectáculo, *Chattanooga Choo Choo*. Le gustaban las canciones viejas: *Gary, Indiana, Iowa Stuhborn, California, Here I Come, Everything's Up to Date in Kansas City*. Cometía siempre los mismos errores. «Lo hace para molestarnos —decía Claire—. En realidad sabe tocar bien esas canciones». Ahora no las volvería a oír nunca más.

Al mediodía hubo una brisa que silbó en los árboles. A la una salían los chicos del parvulario de judíos ortodoxos. Oí las voces agudas en la calle, las quejas alegres de las mujeres jasidim en sus idiomas guturales. Cómo te asustaban, Claire, esas mujeres simples con sus faldas largas y sus infinitos hijos, varones arrogantes y niñas corpulentas bobaliconas, con fuerza para empujar un camión pero tímidas con sus moños en el pelo. Siempre pensaste que intentaban echarte el mal de ojo. Me hiciste pintar la mano de azul e imprimirla sobre el timbre de la puerta, un hechizo protector.

Mi rodilla tocó la de ella, y retrocedí instintivamente. Su pierna estaba rígida. Ya se hallaba lejos, pasando a través de los siete anillos de la muerte, subiendo hacia Dios. Pasé los dedos por su bonita nariz en punta, por la frente suave, el pequeño hueco en la sien donde no latía el pulso. Nunca me había parecido más completa, más segura de sí misma. Ya no trataba de complacer a nadie.

Me quería, pero ahora no me conocía.

Entre las dos menos cuarto y las cuatro y cuarto el teléfono sonó cinco veces. Se perdió su cita con Emile, el peluquero. Dos colgaron sin hablar. Los amigos de Ron se encontrarían a tomar una copa en Cava. MCI quería darle a los Richard información sobre su cuenta telefónica. Cada vez que sonaba el teléfono, yo esperaba que ella se pusiera de pie y fuera a contestar. No soportaba no atender el teléfono, aun cuando sabía que no era para ella. Podía ser una oferta de trabajo, aunque había dejado de presentarse a audiciones. Podía ser una amiga, aunque no tenía amigas. Podía iniciar largas conversaciones sinuosas con fontaneros, o con empleados de Inmobiliaria Alfombra Roja o Construcciones Estrella Dorada.

Yo no entendía cómo se había ido. ¿Qué sucedería con el modo que tenía de abrir un frasco como una percussionista de orquesta haciendo sonar el triángulo, con un solo gesto preciso? Los reflejos rojizos en su cabello en verano. Su tía enfermera en Ypres. Era yo la que tenía todo eso ahora, como una brazada de mariposas. ¿Quién más sabía que había puesto espejos en el techo, o que sus películas favoritas eran *Doctor Zhivago* y *Desayuno con diamantes*, que su color favorito era el azul índigo? Su número de la suerte: el dos. Cosas que nunca podía comer: coco y mazapán.

Recordaba el día que me había llevado a Cal Arts. A mí me intimidaban los estudiantes, parecían pretenciosos con sus peinados raros, y sus trabajos eran feos. Costaba diez mil dólares por año asistir allí. «No pienses en el dinero —dijo Claire—. Este es el lugar, salvo que quieras ir a la Costa Este». Enviaríamos la solicitud de inscripción en noviembre. Ahora tenía que olvidarme de todo eso.

Me senté con las piernas cruzadas en la cama, a su lado, y conté las píldoras en el frasco. Para el insomnio. Todavía había muchas. Más que suficientes, y la última

persona que pensaría en mí se había ido. ¿Mi madre? Ella sólo quería la posesión. Pensaba que si podía matar a Claire me tendría de nuevo, para poder borrarle un poco más. Sentí la atracción de ese círculo oscuro, el cuello del frasco. Era una madriguera de conejo, podía saltar por ella y llevarla conmigo. «Nunca sabes cuándo puede llegar la ayuda». Pero yo lo sabía. Vino y le di la espalda, la dejé hundir. Empujé a mi salvadora fuera de la balsa. Sentí pánico. Ahora cosechaba mi desesperación.

Me senté con el frasco en la mano, mirando ese rubor en el cielo de invierno, un rosa pálido que se estiraba en la niebla azul, entre las ramas en ángulo y el follaje lloroso del olmo. Ahora oscurecía muy temprano. Ella amaba esta hora del día, amaba sentir una hermosa melancolía y sentarse bajo el olmo, mirando sus ramas, oscuras contra el cielo.

Al Anal, no tomé las píldoras. Parecía demasiado afectado, un gesto desmedido, fraudulento. No me merecía olvidar que le había dado la espalda. El olvido borraba los libros. Era demasiado fácil. Ahora yo era la guardiana de las mariposas. En lugar de eso, marqué el número del busca de Ron y agregué el 999, que significaba emergencia. Me senté y esperé.

Ron estaba sentado a mi lado en la cama, los hombros hundidos como un caballo viejo y la cara entre las manos, como si no pudiera mirar nada.

—Tú debías vigilarla —dijo.

—Fuiste tú el que se fue.

Tomó aire y estalló en largos sollozos espasmódicos. Nunca habría creído que podría compadecerme de Ron, pero lo hice. Le puse una mano en el hombro, y él apretó su mano sobre la mía. Pensé que podía hacerlo sentir mejor. Podía acariciarle el cabello y decirle «No es culpa tuya. Ella tenía problemas en los que no se la podía ayudar, por más que hiciéramos». Es lo que habría hecho Claire. Podría haberlo hecho amarme. Quizá me habría conservado con él.

Me sostuvo la mano y miró las pantuflas de seda de Claire junto a la cama.

—He estado temiendo esto durante años.

Apretó mi mano contra su mejilla. Yo sentía las lágrimas correr por el dorso y perderse entre mis dedos. Claire lo habría sentido por él si no estuviera muerta.

—La quería tanto... —dijo—. No fui un santo, pero la quería. Tú no lo sabes.

Me miró con los ojos enrojecidos, esperando mi réplica: «Sé que la querías, Ron. —Sentía a Olivia también haciendo presión en ese sentido. Él podía ocuparse de mí—. Un mundo de hombres». Pero no pude decidirme a hacerlo. Claire estaba muerta. ¿Qué importaba ahora si la quería o no?

Aparté la mano y me dispuse a recoger las cosas que había arrojado al suelo. Estaba su bolígrafo Cross. Se lo arrojé al regazo.

—Ella lo tuvo todo el tiempo —le dije—. Tú no la conocías en lo más mínimo.

Inclinó la cabeza, tocó el cabello oscuro de Claire que yo había cepillado, pasó la mano por la manga del jersey de angora.

—Puedes quedarte —dijo—. No te preocupes por eso.

Pensé que era lo que había querido oír. Pero ahora que él lo decía, supe que me sentiría mejor en Sunset Boulevard con los demás fugitivos durmiendo bajo una lona orinada en los escalones de una iglesia para vagabundos, comiendo de la basura. No podía quedarme aquí sin Claire. Nunca podría decir las palabras que él quería; oír, pintarme mi sonrisa más bonita, esperar a oír su coche en la entrada. Mi cara en el espejo del tocador estaba angulosa y tensa; Él quería acercarse a mí, pero mi cara estaba fuera de su alcance.

Me volví y miré la noche y nuestro reflejo en las puertaventanas rotas: yo con mi pijama de seda, Ron en la cama, Claire sobre la almohada, bañada en el resplandor de la lámpara, por tina vez completamente indiferente.

—¿Por qué no pudiste quererla más? —dije.

Bajó las manos y sacudió la cabeza. Nadie sabía por qué. Nadie sabría nunca por qué.

Hacer el equipaje me llevó más tiempo que cuando me marché casa de Amelia. Estaba toda la ropa nueva que me había regalado Claire, los libros, el pequeño conejo de Durero. Me lo llevé todo. Tenía una sola maleta, así que metí el resto en bolsas de la compra. Necesité siete para meterlo todo. Fui a la cocina, busqué en la bolsa de joyas y cogí el anillo de aguamarina que había sido demasiado grande para ella, y para su madre también. A mí me iba perfecto.

Era casi medianoche cuando vino una asistente social en una furgoneta, una mujer blanca de mediana edad, en tejanos y aros de perlas. Joan Peeler había dejado el trabajo un año atrás para trabajar en el departamento de guiones de la Fox. Ron me ayudó a llevar mis cosas al vehículo.

—Lo siento —dijo cuándo subí.

Sacó el billeteo y me obligó a coger algo de dinero. Dos billetes de den dólares. Mi madre se los habría arrojado a la cara, pero yo los cogí.

Miré la casa, cómo se iba haciendo más pequeña en la ventanilla trasera de la furgoneta mientras nos alejábamos en la noche sin luna, el fin de lo que podría haber sido. Un pequeño *bungalow* de Hollywood detrás de enormes troncos de sicómoros. No me importaba nada de lo que pudiera sucederme ahora.

EL CENTRO INFANTIL MacLaren fue en cierto modo un alivio. Lo peor había pasado. La espera había terminado.

Estaba acostada en mi estrecha cama, a la altura del suelo. Salvo por las dos mudas de ropa en los cajones chatos debajo del colchón, todas mis cosas estaban en almacenamiento. La piel me ardía. Había sido despiojada y todavía hedía a jabón alquitranado. Todos dormían salvo las chicas que estaban en el vestíbulo, las chicas que debían ser vigiladas, las chicas suicidas, las epilépticas, las incontrolables. Al fin había silencio.

Ahora me resultaba fácil imaginarme a mi madre en su litera de la prisión. No estábamos en condiciones tan distintas, después de todo. Las mismas paredes de piedra, pisos de linóleo, las sombras de los pinos contra las luces de fuera, y las siluetas de mis compañeras de cuarto dormidas bajo sus delgadas mantas térmicas. Hacía demasiado calor aquí, pero no abrí la ventana. Claire estaba muerta. A quién le importaba si hacía demasiado calor.

Me acaricié las puntas de mi pelo corto con la palma de la mano. Me alegraba de habérmelo cortado. Una banda de chicas me agredió dos veces, una en Campo Grande, otra volviendo del gimnasio, porque el novio de alguna pensó que yo era bonita. No quería ser bonita. Me acaricié los moretones que florecían en mis mejillas, en matices que iban del violeta al verde, mirando las sombras de los pinos al otro lado de la cortina, bailando en el viento como marionetas balinesas detrás de una pantalla, al ritmo de la música de gamelán.

El día anterior por la mañana había recibido una llamada de Ron. Llevaba las cenizas de Claire a Connecticut, y se ofrecía a pagarme el billete si quería ir con él. Yo no quería ver a Claire entregada de vuelta a su familia, a más gente que no la conocía. No podría escuchar el discurso fúnebre, como si fuera una extraña. «Ella me besó en los labios», les habría dicho.

—No la conociste en absoluto —le dije a Ron.

Ella no quería ser incinerada, quería ser enterrada con sus perlas en la boca, una joya en cada ojo. Ron nunca supo lo que quería, sólo creía saberlo. «Tú debías vigilarla». Sabía que era una suicida cuando me llevó a la casa. Fue por eso que me llevó. Yo era la vigilante. No la hija.

Las sombras del pino se movían sobre mi manta y la pared. La gente era así. No podíamos vernos unos a otros, sólo sombras moviéndose, impulsadas por vientos invisibles. Qué diferencia había si yo estaba aquí o en otro lugar. No pude mantenerla viva.

Una chica en el vestíbulo gimió. Una de mis compañeras de cuarto se dio la vuelta, murmurando algo bajo su manta. Todas las pesadillas. Aquí era exactamente

donde yo debía estar. Por una vez no me sentía fuera de lugar. Aun con mi madre, siempre estaba conteniendo el aliento, esperando que pasara algo, que ella no viniera a casa, que pasara algún desastre. Ron nunca debió confiarme a Claire. Ella debió tener un niño pequeño, alguien por quien seguir viva. Debió haber comprendido que yo era una persona con mala suerte, nunca debió creer que yo era alguien con quien se podía contar. Yo me parecía a mi madre más de lo que había creído. Y ni siquiera ese pensamiento me asustaba ahora.

Al día siguiente conocí al chico de la sala de arte, Paul Trout. Tenía pelo lacio y acné, y sus manos se movían por cuenta propia. Era como yo, no podía estar sin dibujar. Cuando pasé junto a él camino del baño, miré por encima de su hombro. Sus dibujos a pluma y marcadores eran cosas que se veían en los cómics. Mujeres vestidas con cuero negro, pechos grandes y tacones altísimos, empuñando pistolas del tamaño de lanzallamas. Hombres con braguetas prominentes y cuchillos. Extraños mandalas en estilo de grafitos con yin-yangs y dragones, y coches de los cincuenta con aletas.

Él me miraba todo el tiempo. Sentía sus ojos mientras pintaba. Pero la mirada intensa y fija de Paul Trout no me molestaba. No era como los chicos del aula de clases avanzadas, sus miradas como un ataque, húmedas, acechantes, siempre hostiles. Esta era una mirada de artista, atenta al detalle, captando la verdad sin conceptos previos. Era una mirada que no se apartaba cuando yo la devolvía, pero a la vez se sorprendía de que fuera devuelta.

Cuando pasó a mis espaldas para usar la papelería, me miró pintar. No traté de ocultar lo que estaba haciendo. Lo dejé mirar. Era Claire en la cama con su jersey malva, la figura oscura de Ron en la puerta. Todo bañado en luces de ambulancia rojas. Muchas líneas transversales. Era difícil pintar bien, ya que los pinceles eran de plástico, la ténpera secaba rápido y se resquebrajaba. Mezclaba los colores en una sartén.

—Eso es bueno de verdad —dijo.

No necesitaba que me lo dijera. Había estado pintando toda mi vida, desde antes de aprender a hablar, y no era algo que hubiera elegido.

—Aquí nadie sabe pintar —dijo—. Odio las junglas.

Se refería a los murales. Todas las paredes del Mac estaban pintadas con selvas, elefantes y palmeras, hectáreas de follaje, aldeas africanas con chozas cónicas. La representación era ingenua, Rousseau sin nada de la amenaza o el misterio, pero no lo habían hecho los chicos. No se nos permitía pintar las paredes. En lugar de eso, habían contratado a algún ilustrador de libros infantiles, o un diseñador de papeles pintados. Probablemente pensaron que nuestra pintura sería demasiado fea y deprimente. No sabían que la mayoría de los chicos habrían hecho exactamente lo mismo que el artista contratado. Reinos pacíficos en los que nunca sucedía nada malo. Águilas en lo alto y leones juguetones y ninfas africanas llevando agua, flores asexuadas.

—Es la cuarta vez que estoy aquí —dijo Paul Trout.

Era el motivo por el que nunca lo había visto salvo en la sala de arte. Si uno volvía deliberadamente, por huir de su hogar de acogida, perdía sus privilegios, las noches compartidas. Pero entendí por qué volvía. No se estaba tan mal aquí en Mac. Si no fuera por la violencia, por los otros chicos, podía entender que alguien pudiera verlo casi como un paraíso. Pero no se podía tener tanta gente con problemas en un solo lugar sin que se volviera como cualquier otro manicomio. Podían pintar las paredes todo lo que quisieran, la pesadilla seguía siendo real. Por más verde que estuviera el césped o brillantes los colores de los murales o buenas las pinturas en el muro circundante de cuatro metros de alto, por amables que fueran los equipos y los asistentes sociales, por muchas fiestas con invitados famosos que dieran o piscinas que construyeran, seguía siendo el último refugio para chicos dañados de tantos modos que era un milagro que pudiéramos sentarnos a cenar, nos riéramos con la televisión, pudiéramos dormimos.

Paul Trout no era el único que volvía. Eran multitud. Aquí dentro se estaba más a salvo. Había reglas y comidas a hora fija, cuidado profesional. Mac era un suelo, más abajo del cual no se podía caer. Supuse que los exdelincuentes que volvían a la cárcel sentían lo mismo.

—Te has cortado el pelo —dijo—. ¿Por qué? Era bonito.

—Atraía la atención —dije.

—Pensé que es lo que quieren las chicas.

Sonreí, y sentí un regusto amargo en la boca. Este chico podía saber mucho sobre crueldad y desamparo, pero no sabía nada sobre la belleza. ¿Cómo podía saberlo? Estaba habituado a tener ese cutis, a que la gente desviara la vista, a que no vieran el fuego en sus luminosos ojos castaños. Supe que se imaginaba la belleza, la atención, como formas de amor.

—A veces hace más daño de lo que ayuda —le dije.

—Pero aun así eres hermosa —dijo volviendo a su dibujo—. Y no puedes hacer nada para remediarlo.

Pinté el cabello oscuro de Claire, con una capa azul y encima pardo, mezclando en los reflejos, dándole un toque de rojo.

—No significa nada. Sólo para los demás.

—O sea que es nada.

—Exactamente.

¿Qué era la belleza salvo que uno se propusiera usarla, como un martillo o una llave? Era sólo algo que otra gente usaba y admiraba, o envidiaba o despreciaba. Para clavar sus sueños en una pared en blanco. Y tantas chicas diciendo úsame, sueñame.

—Nunca has sido fea. —El chico miró su mano que llenaba los espacios en blanco de una escena de ciencia ficción—. Las mujeres te tratan como si fueras una enfermedad que pueden contagiarse. Y si en un momento de debilidad te permiten tocarlas, te lo hacen pagar. —Cerró la boca, la abrió para decir algo más, pero volvió

a cerrarla sin pronunciar palabra. Había dicho demasiado. Bajó más la cabeza—. Alguien como tú... no me dejarías tocarte, ¿verdad?

¿De dónde había sacado la idea de que era feo? El acné era algo que podía padecer cualquiera.

—Yo no dejo que nadie me toque —dije al fin.

Pinté el frasco de butabarbital sodium en la alfombra junto a la cama, las pequeñas píldoras derramándose. Rosa brillante contra la alfombra oscura.

—¿Por qué no?

¿Por qué no? Porque estaba cansada de los hombres. Apoyándose contra los marcos de las puertas, acercándose demasiado, su olor a cerveza o a *whisky* de quince años. Hombres que no entraban contigo en la sala de urgencias, hombres que te abandonaban en Nochebuena. Hombres que golpeaban las puertas, que se hacían amar y después cambiaban de idea. Bosques de hombres, los arbustos llenos de ojos siguiéndote, aferrándote los pechos, mostrándote dinero, ojos ya acostándote, tomando lo que sentían que era suyo.

Porque todavía podía ver a una mujer en una bata roja arrastrándose en la calle. Una mujer en un tejado al viento, muda y extraña. Mujeres con píldoras, con cuchillos, mujeres tiñéndose el cabello. Mujeres untando picaportes con pócimas para el amor, haciendo cenas demasiado abundantes, disparando a quemarropa en el cuarto de los chicos. Era una comedia y yo sabía cómo terminaba, no quería presentarme para ninguno de los papeles. No era un juego, no era una emoción pasajera. Era la ruleta rusa con tres balas.

Pinté un espejo en la pared frente al tocador de Claire, donde no había espejo, y en la penumbra teñida de rojo mi propia imagen mirando, con largo cabello claro, en el vestido de terciopelo carmesí, regalo de Navidad que no había tenido oportunidad de usar. El yo que murió con ella. Pinté una cinta carmesí en el cuello. Parecía como si me hubieran cortado la garganta.

—¿Eres lesbiana? —me preguntó Paul Trout.

Me encogí de hombros. Quizá eso sería mejor. Volví a pensar en lo que sentía cuando Olivia bailaba conmigo, y la vez en que Claire me besó en los labios. No lo sabía. La gente sólo quería ser amada. Eso era lo bueno de las palabras, que eran claras y específicas (*silla, ojo, piedra*), pero cuando uno hablaba sobre sentimientos, las palabras eran demasiado rígidas, eran esto y no aquello, no podían incluir todos los sentidos. Al definir, siempre dejaban algo fuera. Pensé en los amantes de mi madre, Jeremy y Jesús y Mark, hombres jóvenes de cinturas delgadas con ojos claros y voces como guantes de raso sobre el pecho desnudo. Pensé en lo hermosa que era Claire bailando en la sala de su casa, *jeté, pas de bourrée*, cuánto la quería yo. Lo miré.

—¿Eso importa?

—¿Nada te importa?

—Sobrevivir —dije, pero hasta eso sonaba falso ahora—. Creo.



—No es mucho.

Pinté una mariposa en el cuarto de Claire. Cola de golondrina. Otra, blanca.

—No he llegado más lejos.

Caminamos juntos por Campo Grande cuando le devolvieron sus privilegios. Las chicas lo llamaban mi novio, pero era sólo una palabra más, que no captaba la verdad. Paul Trout era la única persona que había conocido allí con la que podía hablar. Él quería verme fuera, me pidió una dirección, un número de teléfono, algún lugar donde pudiera localizarme, pero yo no sabía dónde estaría, y no podía confiar en mi madre para transmitir nada. Por lo demás, había decidido no darle a mi madre mi nueva dirección. No quería nada más con ella. Él me dio el nombre de una tienda de cómics en Hollywood, dijo que recogería ahí su correspondencia, dondequiera que estuviera.

—En el sobre sólo pon «Para Paul Trout».

Lo lamenté cuando lo trasladaron a una casa comunal en Pomona. Era el primer chico de cuya compañía realmente disfrutaba, desde los tiempos de Davey, el primero que remotamente pocha entender lo que yo había pasado. Apenas empezábamos a conocernos, y ahora se iba. Tendría que habituarme a eso. Con el tiempo, todos nos abandonan. Me regaló uno de sus dibujos para que lo recordara. Me había dibujado como superheroína, con una camiseta blanca ceñida y *shorts* desflecados. Acababa de vencer a un archivillano, y ahora le plantaba los tacones de mis botas Doc Marteen en el pecho ensangrentado, con una pistola humeante en la mano. Le había atravesado el corazón con una bala. Sobre mi cabeza se leían las palabras «No dejo que nadie me toque».

Unos días después de la partida de Paul yo estaba sentada frente al edificio de los chicos pequeños, en una mesa de pícnic anaranjada, esperando mi entrevista. Se suponía que las familias no estaban eligiendo, como si hubieran salido de compras; se suponía que era una visita «para conocernos», pero en realidad era una entrevista de empleo, y todos lo sabíamos. Yo no estaba preocupada. No quería ir a ninguna parte. Prefería seguir aquí hasta cumplir los dieciocho. Paul tenía razón, había cosas mucho peores que Mac. No quería volver a establecer una relación con nadie, nunca. Pero no nos dejaban quedarnos.

En una mesa bajo los grandes pinos estaban realizando otra entrevista, a una pareja de hermanos. Esos siempre eran los peores. El bonito hermanito en el regazo de la mujer, el mayor, ya no bonito, pubescente, con vello sobre el labio superior, de pie a la derecha, las manos en los bolsillos. Sólo querían a chicos. El hermano mayor estaba tratando de convencerlos de lo responsable que era, cómo se haría cargo del hermano menor, sacaría la basura, cortaría el césped. Yo casi no podía mirar.

El martes había tenido mi primera entrevista. Bill y Ann Greenway de Downey. Habían ejercido como padres de acogida durante años. La hija de acogida acababa de volver con sus padres biológicos. La habían tenido tres años. Bill se secaba la boca con el dorso de la mano cuando lo decía, Ann contenía las lágrimas. Estudié mis

zapatos, Keds blancos, con rayas azules a los lados, enormes agujeros para el cordón. Una cosa a mi favor era que no volvería con mi madre en un futuro próximo.

No dije mucho. Ni siquiera quería mirarlos. Podían llegar a gustarme. Ya me gustaban. Su bondad hacía pequeños ruidos de succión, como el agua en la bañera. Sería fácil dejar que me llevaran a su casa. Podía imaginarme su casa, luminosa y cómoda, en una calle de casas modestas pero bonitas, quizá con dos plantas. Hotos de chicos en las mesitas, una vieja hamaca en el patio. Un instituto soleado, hasta la iglesia parecía acogedora, sin fanáticos, sin nadie demasiado preocupado por el pecado o la condenación. Seguramente llamaban por su nombre de pila al ministro.

Podría haber ido con Ann y Bill Greenway de Downey. Pero con ellos podría olvidar cosas. Todas las mariposas podían volar. Flores silvestres secas y Bach por la mañana, pelo oscuro en la almohada perlas. *Aída* y Leonard Cohen, la señora Kromach y los pícnicos en la sala, paté y caviar. En Downey, a nadie le importaría lo que yo sabía sobre Kandinsky e Ypres y los nombres franceses de las figuras del *ballet*. Podría olvidar el hilo negro que atravesaba la piel, una bala calibre 38 destrozando un hueso, el olor de las casas nuevas y cómo se veía mi madre cuando le pusieron las esposas, la extraña ternura con que el policía corpulento le puso una mano sobre la cabeza para que no se golpeará al entrar en el coche patrulla. Con Ann y Bill Greenway de Downey, todo eso se borraría. *Ámsterdam* y el hotel de Eduardo, el té en el Beverly Wilshire y el modo en que Claire temblaba cuando aquel mendigo le olió el pelo. Nunca volverla a mirar a los chicos sin hogar en los portales de Sunset y ver en ellos mi propia cara mirándome.

—Te gustará vivir con nosotros, Astrid —dijo Ann, poniendo su limpia mano blanca en mi brazo.

Olía a loción de manos Jergens, una dulzura rosa pálido, no *L'Air du Temps* o *Ma Griffe* o las secretas violetas de mi madre, un aroma que por razones químicas sólo podía olerse por un momento cada vez. «¿Qué te gusta más, el estragón o el tomillo?». Todo eso era un sueño, no se podía aferrar, no se podía depender de cisnes tallados en el cristal y Debussy.

Miré a Bill y Ann, sus rostros bienintencionados, sus zapatos sólidos, sus preguntas sencillas. El cabello rubio apenas gris de Bill, muy corto, sus gafas de montura de plata, el cabello rizado de peluquería de Ann. Esto era algo alcanzable, tangible y hogareño e indestructible como las alfombras para interior y exterior. Debería haberme aferrado. Pero me alejaba.

No era que no creyera en ellos. Creía en todo lo que decían, eran mi salvación, una solución a mi carencia más básica. Pero recordé una mañana años atrás en una iglesia en Tujunga, las luces fluorescentes, las sillas plegables con la pintura desconchada. Starr hechizada como una serpiente mientras el reverendo Thomas le explicaba qué era la condenación. Los condenados podían salvarse, decía, en cualquier momento. Pero se negaban a renunciar a sus pecados. Aunque sufrían

interminablemente, no renunciaban, ni siquiera a cambio de la salvación, del perfecto amor divino.

Yo no lo había entendido en aquel momento. Si los pecadores eran tan desdichados, ¿por qué preferían sus sufrimientos? Ahora sabía por qué. Sin mis heridas, ¿quién era yo? Mis heridas eran mi cara, mi pasado era mi vida. No era como si no supiera adonde llevaba todo ese recuerdo, toda la avidez de belleza y la increíble crueldad y la ausencia omnipresente. Pero sabía que nunca podría acudir a Bill con un problema personal perturbador, un chico que gustaba demasiado de mí, un maestro que me reprendía injustamente. Yo había visto más del mundo, de su belleza y miseria y desnuda sorpresa, de lo que ellos podían esperar o temer percibir.

Pero sabía una cosa más: esa gente que se negaba a saber quién era o dónde había estado, corría el mayor peligro. Eran sonámbulos ciegos avanzando por cuerdas tendidas sobre el abismo, los dedos tanteando el vacío. Así que los dejé ir, me levanté y me alejé, sabiendo que había renunciado a algo que nunca recuperaría. No Ann y Bill Greenway, sino alguna ilusión, que podría haber conservado, de empezar de nuevo.

Así que ahora estaba otra vez sentada a las mesas, esperando mi siguiente entrevista. La vi, una morena delgada con gafas oscuras, atravesando por el césped húmedo, hundiendo los tacones altos en la tierra recién regada, sin preocuparse por lo que le hacía al césped. Sus pendientes de plata brillaban al sol de enero como cebos de pesca. El jersey le resbalaba por un hombro, revelando el tirante del sujetador. Perdió un zapato, que la tierra le succionó dejándole el pie descalzo. Volvió atrás apoyándose en el otro pie, y se sacudió irritada el pie descalzo. Supe que me iría con ella.

SE LLAMABA RENA Grushenka. Una semana después me llevó a casa en su furgoneta Econoline blanca con la pegatina de Grateful Dead en el cristal trasero, las mitades roja y azul del cráneo divididas como una jaqueca. Hacía frío, llovía, el cielo era un borrón de gris opaco. Me gustó cómo aceleró dejando marcas de neumático en el aparcamiento. Mirando el muro y la alambrada de Mac que se perdía al fondo de la ventanilla, traté de no pensar demasiado en lo que me esperaba. Dimos vueltas por un dédalo de barrios suburbanos, buscando la autopista, y yo me concentré en memorizar el camino: la casa blanca con el palomar, los postigos verdes, el buzón, una pared con encalados orientales manchada por la lluvia. Cables de alto voltaje se extendían entre torres de acero como gigantes sosteniendo cuerdas de saltar en la distancia.

Rena encendió un cigarrillo negro y me ofreció uno.

—Sobranie ruso. El mejor del mundo.

Lo tomé, lo encendí con su encendedor desechable, y estudié a mi nueva madre. Su cabello negro carbón, completamente opaco, era un agujero en la tarde penumbrosa. Pechos altos empujados hacia el centro en una blusa negra calada, abierta hasta el cuarto botón. Los pendientes de pescar sueños le tocaban los hombros, y no pude imaginarme qué clase de sueños podían engancharse ahí. Una vez encontró la autopista, puso una cinta en la casete, un viejo Elton John, *Like a candle in the wind*. Ella lo acompañaba cantando con voz grave, condimentada con consonantes rusas suaves, las manos sobre el gran volante llenas de anillos y con la laca roja de las uñas saltada.

De pronto las mariposas llenaron la cabina de la furgoneta: colas de golondrina, monarcas blancas, con ojos, las alas volantes de mis demasiados sentimientos, demasiados recuerdos, no sabía cómo Rena podía ver por el parabrisas a través de sus revoloteos.

Era menos de un año, me dije. Dieciocho, y me iba. Me licenciaría, conseguiría un empleo, mi vida sería mía. Era sólo un lugar donde vivir sin pagar alquiler hasta que pudiera decidir cuál sería el paso siguiente. Olvidemos la universidad, eso no sería para mí, así que por qué preocuparme. No me permitiría ningún desengaño en el futuro. «No dejo que nadie me toque». Exacto.

Me concentré en las formas de los rascacielos del centro a medida que emergían de la niebla, las cimas entre las nubes, como un sueño a medias recordado. Doblamos hacia el norte por la cinco, siguiendo las vías del tren alrededor del centro, el Hospital del Condado, el área de depósitos alrededor de la fábrica de cerveza, donde vivían los artistas en sus estudios; habíamos ido a fiestas allí, mi madre y yo, una vida atrás,

tanto tiempo atrás que parecía como un recuerdo ajeno, una canción oída una vez en un sueño.

Rena giró en Stadium Way, y ahora no había casas, sólo follaje enmarañado a los lados, y cemento. Seguimos en paralelo a la cinco por un rato y después pasamos por debajo a un pequeño barrio como una isla bajo el nivel del mar, con la autopista como una muralla a nuestra izquierda. A la derecha, a través del parabrisas manchado de lluvia, pasaban las calles una tras otra, cada una con un cartel de «Sin salida». Vi patios atestados de objetos, y ropa tendida de cuerdas y verjas frente a casitas españolas y *bungalows* diminutos, con barrotes en todas las ventanas. Vi contenedores de tuestos de macramé colgando de todas las galerías, juguetes en patios de tierra, y enormes adelfas. Ciudad Sapo, proclamaban los grafitos.

Aparcamos frente a un *bungalow* español marrón con pesados estucos, ventanas oscuras y un césped irregular rodeado por una verja de cadena. A un lado, los vecinos tenían un bote en la entrada, más grande que su casa. Al otro había un contratista de fontanería. Era exactamente el sitio que le correspondía a una chica que rechazaba la única oportunidad buena en su vida.

—No hay nada como el hogar —dijo Rena Grushenka.

No supe si lo decía con ironía o no.

No me ayudó a descargar mis cosas. Tomé las bolsas más importantes (los útiles artísticos, el conejo de Durero con el dinero de Ron escondido tras el marco) y la seguí por el sendero resquebrajado hasta el porche. Un gato blanco saltó cuando Rena abrió la puerta.

—Sasha, chico malo —dijo—. No debes salir.

Me llevó un momento adaptarme a la oscuridad dentro de la casita. Mi primera impresión fue el mobiliario, apilado como en una tienda de segunda mano. Demasiadas lámparas, ninguna encendida. Una chica regordeta de pelo oscuro estaba acostada en un sofá de terciopelo verde viendo la televisión. Hizo a un lado al gato blanco cuando le saltó encima. Me echó una mirada indiferente y siguió concentrada en su programa.

—Yvonne —dijo Rena—. Tiene más cosas. Ayuda.

—Tú —dijo Yvonne.

—¿Qué te he dicho? Vaca haragana.

—Chingao, que tú hables de haraganas. —Pero se levantó del mullido sofá y vi que estaba embarazada. Sus ojos oscuros bajo las cejas en media luna se encontraron con los míos—. Has venido al sitio equivocado —dijo.

Rena soltó una risa sarcástica.

—¿Cuál crees que es el lugar correcto? Dímelo, y vamos todas.

La chica le mostró el dedo mayor, cogió una camiseta de un perchero anticuado y se la puso lentamente.

—Vamos.

Salimos a la lluvia, que ahora era una fina llovizna, y ella tomó dos bolsas, y yo dos más.

—Me llamo Astrid —dije.

—Sí, ¿y qué?

Llevamos las cosas a un cuarto al fondo de un pasillo, frente a la cocina. Dos camas, las dos sin hacer.

—Esta es la tuya —dijo Yvonne, arrojando mis bolsas encima—. No toques mis cosas o te mato.

Se volvió y me dejó sola.

Era un caos irremediable. Ropa sobre las camas, el escritorio, apilada contra las paredes, desbordando el armario abierto. Nunca había visto tanta ropa. Y revistas de peinados, fotonovelas hechas jirones. Sobre la cama, Yvonne tenía fotos arrancadas de revistas chicas y chicos cogidos de la mano, cabalgando en la playa. En el tocador, un caballo chino de papel con arreos de cinta roja y dorada custodiaba una brillante radio portátil, un equipo de maquillaje con veinte tonos distintos de sombra de ojos, y un retrato de un joven actor de televisión en un marco de dos dólares.

Recogí las cosas que cubrían mi cama, una toalla mojada, un par de pantalones, un jersey rosa, un plato sucio, y traté de decidir qué sería menos ofensivo, si ponerlos en el suelo o en la otra cama. Me decidí por el suelo. En la cómoda, empero, había dejado dos cajones vacíos, y había media docena de perchas vacías en el armario.

Puse mi ropa ordenada en mis cajones, colgué las mejores cosas, hice la cama. No había sitio para el resto. «No toques mis cosas o te mato», había dicho. Yo podría haber dicho lo mismo. Ahora recordaba mi cuarto en casa de Claire, al verlo por primera vez y preguntarme cómo podría llegar a llenarlo. Me había dado demasiado, yo no podía abarcarlo todo. Me merecía esto. Arreglé todas mis cosas en las bolsas de la compra y las deslicé bajo el marco metálico de la vieja cama. Toda la gente que había sido. Ahí abajo era como una tumba. Colgué el dibujo que me había hecho Paul Trout sobre la cama. «No dejes que nadie me toque». Me pregunté dónde estaría ahora, y si volvería a saber de él. Si alguien lo amaría alguna vez y le enseñaría lo que significaba la belleza.

Una vez hube colocado mis cosas, crucé el estrecho pasillo rumbo a la cocina, donde Rena estaba con otra chica, el cabello de raíces oscuras teñido de rojo vivo. Cada una bebía una botella de Heineken, y compartían un sucio cenicero de cristal. Las encimeras estaban cubiertas de platos sucios y restos de comida.

—Astrid. Esta es la otra, Niki.

Rena me señaló la chica del pelo rojo.

Esta chica me estudió con más cuidado que la embarazada. Sus ojos castaños me pesaron, me examinaron hasta las costuras de mi ropa.

—¿Quién te golpeó?

Me encogí de hombros.

—Unas chicas en Mac. Regalo de despedida.

Niki se echó atrás en su silla coja, los brazos flacos detrás de la cabeza.

—A las chicas negras no les gusta que las chicas blancas se metan con sus hombres. —Echó la cabeza atrás para tomar un sorbo de cerveza, pero sin sacarme los ojos de encima—. ¿Fueron ellas también las que te cortaron el pelo?

—¿Ahora eres detective privado? —dijo Rena—. Déjala en paz. —Se levantó y buscó otra cerveza en la maltrecha nevera, cubierta con pegatinas de bandas de *rock*. El interior no era muy prometedor. Cerveza, cartones de comida comprada, carne. Rena sacó una cerveza—. ¿Quieres?

La tomé. Ahora estaba aquí. Bebimos cerveza, fumamos cigarrillos negros. Me pregunté qué más haríamos en Ripple Street.

Rena buscó algo en los armarios, abriendo y cerrando con brusquedad las despintadas puertas *beige*. No había nada más que unos viejos frascos polvorientos, vasos y platos.

—¿Te comiste las patatas fritas que compré?

—Yvonne —dijo Niki.

—Come por dos —dijo Rena.

Niki y Rena se fueron a alguna parte en la furgoneta. Yvonne estaba acostada de lado, durmiendo en el sofá, chupándose un pulgar. El gato blanco se enroscaba contra su espalda. Había una bolsa vacía de Doritos sobre la mesa. El televisor seguía encendido, pasando noticias locales. Un helicóptero se había estrellado en la diez. Gente llorando, los reporteros hacían entrevistas en el arcén de la autopista. Sangre y confusión.

Salí al porche. La lluvia había cesado, la tierra olía a mojado y verde. Dos chicas de mi edad pasaban con sus hijos, uno en un triciclo, otro en un cochecito de bebé color rosa. Me miraron, con cejas depiladas que volvían inexpresivos sus rostros. Un coche americano de los sesenta, color azul, orgullo y felicidad de su dueño, todo cromo reluciente y tapizado en blanco, pasó rugiendo, el motor grave y explosivo, y lo vimos subir por Ripple Street.

Al oeste se abrió un claro entre las nubes, y una luz dorada bañó las colinas distantes. Abajo, la calle ya estaba oscura, aquí oscurecía temprano, las laderas al otro lado de la autopista bloqueaban la luz, pero había sol en lo alto de la calle y sobre las colinas, dorando las cúpulas del observatorio que se alzaba en el risco de la montaña como una catedral.

Caminé hacia la luz, pasando tiendas y pequeñas casas con carteles anunciando que se cuidaban niños, edificios de dos pisos con escaleras de madera y bananos y cañas creciendo en el patio, la panadería Dolly Madison. Una tienda de electrónica. Una de artículos cinematográficos, Cadillac Jack's, con una furgoneta Conestoga en su estacionamiento cercado. El local de reparaciones Salazar en la esquina, donde la avenida Fletcher cruzaba el río.

Desde el puente la vista se abría al río, entibiada por la última luz como un regalo, entre amoratadas nubes grises. El río corría bajo la calle, en dirección a Long Beach.

Apoyé los brazos en el murete de cemento húmedo y miré hacia las colinas y el parque. El agua fluía por su gran tubería de cemento, el fondo cubierto con décadas de moho y piedras y árboles. Estaba volviendo a su estado silvestre pese a los declives asfaltados de su cauce; un río secreto. Un esbelto pájaro blanco pescaba entre las rocas, sosteniéndose con una sola pata como en una estampa japonesa. Cincuenta vistas del río Los Ángeles.

Sonó un claxon y desde la ventanilla de un coche un hombre gritó: «Dame un poco de lo que tienes». Pero no importaba, nadie podía detenerse en el puente. Me pregunté si Claire estaba ahí, si podía verme. Ojalá hubiera podido ver esta garza, el fondo del río. Era hermoso y yo no lo merecía, pero no pude evitar alzar la cara hacia la última luz de oro.

Al día siguiente Rena nos despertó antes del alba. Yo estaba soñando que me ahogaba, un naufragio en el Atlántico Norte, así que no fue tan malo despertarse. El cuarto seguía oscuro, y frío.

—Trabajadoras del mundo, arriba —dijo Rena, dispersando nuestros sueños con el humo de su cigarrillo negro—. No tenéis nada que perder salvo Visa, Happy Meal y las compresas ajustables.

Encendió la luz.

Yvonne gruñó en la otra cama, cogió un zapato y se lo arrojó sin fuerza a Rena.

—Maldito jueves.

Nos vestimos dándonos la espalda. Los pechos pesados y los muslos suculentos de Yvonne eran de sorprendente belleza. Vi Matisse en sus líneas, vi Renoir. Tenía apenas mi edad, pero en comparación yo tenía el cuerpo de un niño.

—Voy a denunciar a esa puta a Inmigración. Que la manden de vuelta a Rusia.

Dio manotazos en las pilas de ropa, sacó un jersey de cuello alto, lo olió y volvió a tirarlo.

Yo fui tambaleándome por el pasillo a lavarme la cara y cepillarme los dientes. Cuando volví, ella ya estaba en la cocina, sirviéndose café de un termo abollado, tomando puñados de galletitas saladas de una bolsa.

En la fría oscuridad, nubes de vapor blanco emergían del tubo de escape de la furgoneta Ford, fantasmal en su pintura blanca que no ocultaba por completo el gris anterior. En la gran butaca del capitán, Rena Grushenka fumaba un Sobranie negro con boquilla dorada y tomaba café de una taza de Winchell desportillada. Los Rolling Stones sonaban en la casete. Sus botas de tacones altos marcaban el ritmo sobre el salpicadero.

Yvonne y yo subimos atrás y cerramos las puertas. Estaba oscuro y olía a alfombras mojadas. Nos acurrucamos juntas en el asiento desgarrado contra la portezuela. Niki subió delante y Rena atrancó las puertas automáticamente. Niki encendió un Marlboro, soltó una tos húmeda y escupió por la ventanilla.

—Dejé de fumar por el bebé, pero de qué coño sirve —dijo Yvonne.



Rena puso la primera y partimos por el silencio de Ripple Street. Los faros anaranjados iluminaban el barrio, el aire perfumado de caramelo y vainilla por el turno de noche en la panadería Dolly Madison. Pude oír los camiones rugir en las zonas de carga cuando ascendíamos del río. Sonó una grave bocina de camión, y Rena se desordenó el enredado pelo negro. A las cinco de la mañana su camisa ya estaba desabotonada, su escote acentuado severamente por un corpiño rígido. Cantó al ritmo del disco con su voz de tenor, sobre cómo algunas chicas le dan diamantes a uno, y otras Cadillacs. Su imitación de Jagger era notable.

Giramos a la izquierda por Fletcher, pasamos el local de reparaciones, con nuestra furgoneta sonando como latas sueltas en la oscuridad húmeda. Pasamos debajo de la 5 y cruzamos Riverside Drive, fragante a hamburguesas de Rick's. Giró a la izquierda en la cafetería Astro, cuyo aparcamiento estaba medio lleno de coches de policía. Escupió tres veces por la ventanilla cuando pasamos frente a ellos.

Después empezamos a subir por un vecindario de calles estrechas, casas apretadas sobre terrenos inclinados, pared con pared, dúplex de estuco y cajas neutras, ocasionalmente una en viejo estilo español. Escalones en las laderas, aparcamientos en la parte baja. Me arrodillé en el asiento para ver mejor. Desde aquí tenía una vista de todo el valle: faros de coches en la cinco y la dos, las colinas dormidas de Glassell Park y Elysian Heights punteadas de luces. Baldíos llenos de helechos, olorosos a regaliz en la tiniebla húmeda. El olor se mezclaba con el del moho de la furgoneta y los cigarrillos, y un aroma remanente de alcohol. Rena arrojó la colilla por la ventanilla.

Yvonne encendió la luz interior y hojeó una mojada revista Se~venteen. La rubia de la tapa sonreía con valor, aunque se la veía claramente desalentada ante esas circunstancias. Miré la revista por encima de su hombro. Nunca pude entender dónde encontraban todas esas adolescentes felices y sin granos. Yvonne se detuvo en la foto de una chica y un chico montados en un caballo en la playa.

—¿Alguna vez has montado a caballo?

—No. Una vez fui a las carreras. —Orgullo de Medea había pagado cinco aunó. La mano de él en la cintura de mi madre—. ¿Y tú?

—Fui a la carrera de ponies de Griffith Park —dijo.

—Allí —señaló Rena.

Una casa gris tenía bolsas de plástico alrededor del cubo de basura. Rena frenó y Niki saltó fuera y cortó una bolsa con una navaja.

—Ropa.

Ella e Yvonne me pasaron las bolsas dentro del furgón. Eran más pesadas de lo que había pensado, debían de tener objetos metálicos en el fondo. Yvonne las levantaba con facilidad, era fuerte como un hombre. Niki las sopesaba, con movimientos prácticos.

—Estoy cansada —dijo Yvonne cuando volvimos a ponernos en marcha—. Odio mi vida.

Llenó la taza de café, lo tomó de un sorbo, volvió a llenarla y me la pasó. Era instantáneo, caliente y demasiado fuerte.

Al volante, Rena sostenía el cigarrillo como un lápiz.

—Te dije que abortaras. ¿Para qué necesitas un bebé? Vaca.

Rena Grushenka. Música de *rock* y jerga veinte años atrasadas. Enfocaba sus ojos negros de urraca a las aceras con sus cubos de basura alineados. Podía ver en la oscuridad. Esta mañana llevaba un collar de dijes de plata: brazos, manos y piernas. Se suponía que esos dijes había que pincharlos en las faldas de terciopelo de la Virgen, pero para Rena eran sólo miembros empuñados.

—Eh, vuelvan a los nabos —gritó por la ventanilla cuando pasamos un viejo Cadillac aparcado en doble fila, una pareja mexicana vaciando el reciclado de alguien. Bolsas con latas y botellas llenaban el maletero y el asiento trasero—. *Dobro utro, kulaks*.

Se rió con la boca bien abierta, haciendo brillar sus dientes de oro. Después siguió cantando a dúo con Mick, con su acento pesado, llevando el ritmo sobre el volante azul con la parte interior del anillo, moviendo el cuello a un lado y otro como una gallina. Tenía una voz grave, y buen oído.

Niki bostezó en el asiento delantero.

—Necesito que me lleves al trabajo en algún momento para recoger mi camioneta. Werner me llevó a su casa anoche.

Mostró su sonrisa de dientes torcidos.

Rena bebió café de su taza Winchell.

—El muy cerdo.

—Cuatro veces —dijo Niki—. Apenas si puedo caminar.

Werner, supuestamente un promotor de *rock* alemán, iba a los Jardines Bávaros, donde Niki trabajaba tres noches por semana, aunque no había cumplido los veintiuno. Tenía un documento falso de una de las amigas de Rena.

—Deberías traer a ese cerdo. Tengo que conocerlo.

—No creo que te convenga —dijo Niki—. Si ve a unas perras como vosotras, tomará el primer avión de vuelta a Francfort.

—Tienes miedo de que vea que eres un hombre —dijo Yvonne.

La charla siguió en ese tono, incesante como oleadas. Apoyé los antebrazos contra la consola azul oxidada entre los asientos delanteros. Delante de mí tenía un *collage* de basura, como el suelo de un bosque: paquetes vacíos de Sobranie, anuncios en castellano, un pequeño cepillo lleno de pelos negros, un llavero con un monedero de goma azul, de los que se aprietan de lado para abrirlos. Jugueteeé con él, haciéndolo abrirse al ritmo de la música.

El amanecer era un borrón pálido sobre el horizonte oriental, nubes de un gris claro cómo pastel glaseado, un cielo pintado a la esponja. Gradualmente, los rasgos manufacturados del paisaje retrocedían (los terrenos de maniobra del ferrocarril, las autopistas, las casas y calles) hasta que todo lo que quedó fueron colinas azules

oscuras contra la luz del alba, rojas en los bordes. Era el escenario para un *western*. Casi podía ver los brazos de un cacto gigante, la carrera del coyote y el zorro. La Gran Cuenca, el Valle del Humo. Contuve el aliento. Deseé que pudiera ser siempre así, sin gente, sin ciudad, sólo el sol subiendo y las colinas azules.

Pero el sol pasó por los bordes, devolviéndonos las autopistas dos y cinco, el tráfico de la mañana yendo hacia el centro, los conductores de camiones rumbo a Bakersfield, pensando en desayunos, y nosotras en la furgoneta con la basura de la jornada.

Seguimos tamizando los restos de la ciudad, y rescatamos un contenedor de botellas y un par de sillones de mimbre rotos. Cargamos un trípode de aluminio, una caja de libros mohosos, y una caja entera de Rolling Rock vacía que acentuó el olor a moho en la furgoneta. Me eché al bolsillo un libro sobre budismo, y uno llamado *My Antonia*.

Me gustaban estas calles sinuosas, los colgantes de buganvillas, las largas escalinatas. Pasamos frente a la casa donde vivió Anais Nin, y no tuve a nadie a quien señalársela. (A mi madre le gustaba pasar frente a las casas donde vivieron escritores famosos en Los Ángeles: Henry Miller, Thomas Mann, Isherwood, Huxley). Recordaba esta vista del lago, el buzón chino. Teníamos todos sus libros. Me gustaban los títulos, Escaleras al fuego, La casa del incesto, y su cara en las cubiertas, las pestañas postizas, el pelo enroscado y retorcido. Había una foto de ella con la cabeza en una jaula de pájaros. Pero ¿a quién le importaba ahora?

Paramos para comprar donuts, sobresaltando una convención de palomas de aparcamiento que se alzó en urna gran rueda revoloteante de negros y grises, llevándose el enfermizo sol de la mañana en las alas, la frescura ya herida del aire. Yvonne se quedó en el furgón, leyendo su revista. La chica del mostrador en Winchell se sacaba el sueño de los ojos frotándoselos cuando entramos Rena, Niki y yo. Rena se inclinó sobre la vitrina con sus pantalones rojo cereza, dando un espectáculo deliberado de trasero y busto para los vagabundos y pacientes psiquiátricos del asilo vecino, ostentando cruelmente lo que podrían haber tenido, y yo no pude sino pensar en Claire cuando el vagabundo le olió el pelo. Pedimos nuestros donuts, rellenos y bañados en chocolate. Rena hizo que la chica le llenara hasta el borde la taza de café.

Fuera, un hombre se había sentado en el suelo junto a la puerta, en los brazos una bandeja con mariquitas en burbujas de plástico.

—Mariquitas —medio canturreaba—. Maaaariquitas.

Era un hombre pequeño, delgado, de edad indefinida, la cara curtida, la barba negra y el pelo largo con hebras grises recogido en una coleta. A diferencia de la mayoría de la gente de la calle, no parecía borracho ni demente.

Rena y Niki lo ignoraron, pero yo me incliné a mirar los insectos rojos caminando dentro de las bolas de plástico transparente. ¿Qué daño hacía ser cortés? Además, nunca había visto a nadie vendiendo mariquitas como profesión.

—Se comen los gorgojos de su jardín —dijo.

—No tenemos jardín —respondí.

Sonrió. Tenía los dientes grises pero no podridos.

—Llévese una de todos modos. Traen suerte.

Le di un dólar y me dio las mariquitas en su burbuja de plástico, de las que contienen anillos y muñequitos en los expendedores de chicle de veinticinco centavos.

En el furgón nos inclinamos sobre nuestras delicias fritas y caféina. Nos caía el azúcar sobre la ropa. Lo peor de Ripple Street era la comida. Comíamos sobras todas las noches. En casa de Rena nadie cocinaba. Ni siquiera tenía un libro de recetas. Las maltrechas cacerolas estaban cubiertas de polvo. Cuatro mujeres en una casa y nadie sabía cocinar nada, nadie quería hacerlo. Nos limitábamos a llamar a Tiny Thai. Para ser gente que se detenía a recoger botellas vacías, tirábamos el dinero.

Cuando nos dirigíamos hacia el otro lado del lago, volví lentamente la burbuja de plástico, mirando a las mariquitas que corrían para mantenerse cabeza arriba. Estaban más saludables de lo que cabría pensar. Capturadas esta mañana. Me imaginé al hombre de las mariquitas buscando con sus pacientes ojos azules los puntitos rojos en los helechos húmedos.

«Suéltalas —habría dicho Claire—. Están tan vivas...».

Pero traían suerte, eso había dicho el hombre de las mariquitas.

Entre los asientos delanteros podía ver el lago Silver en su nido de colinas reflejando el cielo sin nubes. Me recordaba un lugar en Suiza donde estuve una vez con mi madre. Una montaña que bajaba hasta el lago mismo, y la ciudad en la ladera. Había camelias y palmeras y altas persianas estrechas, y había empezado a nevar cuando almorzamos. Nieve sobre las camelias rosadas.

Ahora estábamos del lado bueno del lago. Miramos con nostalgia las grandes casas de estilo español, Cape Cod, Nueva Orleans, en el aire matutino con un olor a pan que venía de los grandes algarrobos. Imaginando cómo sería ser tan real.

—Esa es la mía —dijo Yvonne señalando una mansión medio Tudor con sendero de ladrillos a la entrada.

A Niki le gustaba una moderna, toda de cristal, de la que podían verse las arañas estilo años cincuenta, un móvil de Calder.

—No quiero basura en mi casa —dijo—. La quiero desnuda. Cromo y cuero negro.

Cuando subíamos, pasamos frente a una casa donde alguien estaba practicando el piano antes de ir a trabajar. Era una casa de estilo español, blanca con cubierta de tejas y un roble en el pequeño patio delantero tras una verja de hierro forjado. Parecía tan segura, algo que podía contener la belleza como un estanque plateado por las truchas.

Rena me vio mirarla cuando pasábamos.

—¿Piensas que ellos no tienen problemas? —dijo—. Todos tienen problemas. Tú me tienes a mí, ellos tienen seguro, cuotas mensuales. —Sonrió, mostrando el hueco

entre los dos dientes delanteros de arriba—. Somos pájaros libres. Ellos quieren ser como nosotros.

Nos detuvimos frente a una casa colgada en lo alto de la colina, con cosas sacadas para el basurero. Salté fuera, cogí un parque infantil, una silla alta con almohadones azules y una mecedora de bebé. Los ojos de Yvonne se oscurecieron cuando vio lo que le tendía. Su rostro rubicundo se puso *beige*, la boca se apretó. Tomó la sillita alta y la arrojó dentro con más rudeza de la necesaria.

Cuando volvimos a marchar se hundió en su asiento, tomó su *Seventeen* y pasó las páginas con manos trémulas. Cerró la revista y miró la chica de la portada, una que nunca había estado embarazada, nunca había tenido una asistente social ni una caries. Acarició la tapa ondulada por el agua. Supe que quería saber lo que sabía esa chica, sentir lo que sentía, ser así de hermosa, de deseada, de confiada. Como gente que toca la imagen de un santo.

—¿Te parece que me favorecería el rubio?

Puso la portada junto a su cara.

—A mí nunca me ha favorecido mucho —dije, girando la burbuja de las mariquitas, haciéndolas correr.

Vi la cara de Claire en las riberas del McKenzie, rogándome que devolviera el pez al agua. Era lo menos que podía hacer. Tendría que ocuparme yo misma de mi suerte. Me incliné detrás de Niki y abrí la burbuja al viento.

Eran las ocho menos cuarto cuando aparcamos frente al instituto Marshall. Mi octava escuela en cinco años. El edificio de enfrente tenía una elaborada fachada de ladrillos, pero había casas provisionales a los lados. Yvonne bajó la cabeza sobre la revista, con vergüenza de que la vieran. Este invierno había abandonado el colegio.

—Eh —me llamó Rena cuando hube bajado. Se inclinó sobre Niki, tendiéndome un par de billetes doblados—. El dinero hace funcionar el mundo.

Cogí el dinero y pensé en Amelia cuando me lo metía en el bolsillo.

—Gracias.

Niki se rió de los chicos sentados en el muro, terminando sus cigarrillos antes de darse.

—El colegio apesta. ¿Por qué no lo dejas? A Rena no le importa.

Me encogí de hombros.

—Sólo me hita un semestre —dije.

Pero la verdad era que me daba miedo tener una cosa menos en mi vida.

ESTABA sentada en la cama a la una de la madrugada, con algodón en las orejas, mientras Rena y sus camaradas celebraban una fiesta en la sala. En este momento estaban aullando al compás de un viejo disco de los Who a un volumen tan alto que yo lo sentía directamente por las vibraciones del suelo. Era por eso que a Rena le gustaba vivir aquí entre depósitos y panaderías y metalúrgicas. Se podía hacer todo el ruido que uno quisiera. Yo estaba aprendiendo, pues todo en Ripple Street era *rock and roll*. Niki cantaba con tres bandas diferentes, y la banda de sonido personal de Rena consistía en todo el *rock* de los años setenta que había oído por primera vez en discos del mercado negro en Magnitogorsk. Traté de recordar las melodías de Debussy, el gamelán, Miles Davis, pero el bajo de los Who ocupaba toda mi cabeza.

Para mí este *rock* era apenas más sexo sin cara en un mundo de hombres, de pie contra una pared de cemento detrás de los lavabos. Prefería un poema tonal de Satie como luz en una parva de Monet, o la Astrud brasileña como una línea de Matisse. Prefería estar recostada en un cuarto en penumbras en el sur de Francia, con Matisse y el suave aletear de palomas blancas de plumaje pesado, sus arrullos roncros. Sólo un momento, Henri, antes de que viniera Picasso con sus grandes botas. Deberíamos tomarnos la tarde libre.

Añoraba la belleza. La noche de Tujungá con demasiadas estrellas, el cuello de Claire cuando se inclinaba sobre mí, revisando mis tareas. Mi madre, nadando bajo el agua en la piscina en Hollywood, la melodía de sus palabras. Todo desaparecido. Esa era mi vida, así eran las cosas. «La soledad es la condición humana, acostúmbrate».

La cama de Yvonne estaba vacía; se había marchado con alguien a las once a una fiesta al otro lado del río. Yo estaba sentada en mi cama, dibujando a la luz de la lámpara. Trazando una línea azul de pastel sobre papel violeta con motas plateadas. Era un bote, una canoa oscura, sobre la costa de un mar sin luna. No había nadie en el bote, no había remos ni vela. Me hacía pensar en los mares sin sol del Kublai Khan y también en los vikingos de mi madre enviando sus muertos en botes.

Me soplé las manos y las froté. La caldera no funcionaba, Rena todavía no la había arreglado. Simplemente usábamos jerséis todo el tiempo.

—¿Frío? —decía—. ¿En California? Estáis bromeando.

Ellas no lo sentían, bramando al son de los discos, bebiendo el *brandy* del Cazador, una especialidad rusa de alto octanaje que parecía vodka condimentado con clavos.

Miré el cuarto atestado, como el depósito de una tienda barata. Imaginé lo que diría mi madre si pudiera ver quién era yo ahora, su pequeña artista. Sólo otro objeto de segunda mano en la tienda de artículos usados de Rena. ¿Le gusta esa lámpara con la base verde? Diga el precio. ¿Y el cuadro al óleo de la campesina de mejillas

redondas con el pañuelo anaranjado? Para usted, diez dólares. ¿Un ramo de flores de plástico? Hable con Rena, se lo dejará por siete cincuenta. Teníamos una alfombra oriental peluda, y una mesa de roble sólida, sólo que ligeramente inclinada, junto con cinco sillas desaparejas. Teníamos un enorme juego de ensaladeras *tiki*, y una *Encyclopaedia Britannica* completa de 1962. Teníamos tres gatos blancos castrados, pelo de gato en todas partes, olor de gato. Todo eso, y un viejo estéreo en un gabinete de madera y una pila de discos de los setenta más alta que los zapatos de plataforma de Bowie.

¿Y la ropa, madre, qué te parece nuestra ropa? Tops de poliéster y *shorts* color lavanda, camisas amarillas con cierre relámpago. La ropa desbordaba de armario a armario hasta que nos aburríamos, y entonces la vendíamos y comprábamos más. No reconocerías la chica en que me he convertido. El pelo me está creciendo, conseguí un par de gafas ahumadas estilo Jackie O y las uso todo el tiempo.

Mi ropa desapareció, las prendas de huerfanita rica de Fred Segal y Barney's New York. Rena me hizo venderlas. Estoy segura de que tú lo aprobarías. Estábamos descargando en el aparcamiento de Natalias Nails un sábado. Yo estaba apilando tazas de café cuando vi a Rena sacar mi ropa en una bolsa de basura negra. Mi chaqueta de *tweed* azul francia, mi vestido de Betsey Johnson, mi pijama estilo Myrna Loy. Los colgaba en las perchas del carrito.

Los saqué de la percha y me quedé temblando. Había hurgado en mis cajones, en mi armario.

—Esto es mío.

Rena me ignoró, sacó una falda larga rosa y gris y la colgó de una percha.

—¿Para qué lo necesitas? ¿Quieres ser la mejor vestida del instituto Marshall? ¿O de Tiny Thai, o de Trader Joe? ¿Quizá *Melrose Place* te llama para ser estrella? —Se inclinó y tomó un puñado de mis camisetas de Fred Segal y me las puso en los brazos—. Aquí tienes. —Les pegó una etiqueta encima—. Pon el precio, y te guardas dinero, *ladno*.

Siguió sacando mis cosas de bolsas de plástico y colgándolas. Pantalones de cintura alta, gris paloma, con chaqueta eduardiana, cuello de terciopelo negro. Camisa blanca con encaje. Mi vestido de Jessica McClintock con el cuello calado blanco.

—Ese no —dije—. Vamos, ten corazón.

Rena me miró entrecerrando los ojos, soplándose de la cara un mechón de su pelo negro, exasperada.

—Consigues buen precio por eso. ¿Para qué lo estás guardando, té con el pequeño zarevich Alexei? Lo mataron en 1918. —Sacó el vestido de la bolsa, lo sacudió y lo colgó—. Es un hecho.

Me quedé inmóvil, con las camisetas de seda en los brazos. Algodón egipcio. Ásperas tenazas me apretaban la garganta, exprimiéndola como un limón. No podía obligarme a vender mi ropa. La muy bruja.

Pero en realidad ¿para qué la estaba guardando? ¿Cuándo necesitaría un vestido de doscientos dólares de Jessica McClintock otra vez? Era un vestido tipo pavo asado con castañas, Puccini en el Music Center, porcelana de bordes dorados. Miré a Rena en su brillante blusa roja, abierta hasta el tercer botón, tacones altos y tejanos. Niki, colocando utensilios de cocina, pelo rojo y poliéster negro. Yvonne, redonda como una sandía en su vestido *baby doll* violeta con un dibujo en remolinos de los sesenta, colocando tristemente los muebles de bebé, sentando un osito de felpa gastado en la silla alta.

¿Por qué nadie podía aferrarse a algo? Nunca creíste en el sentimiento, madre, sólo guardaste tus propias palabras, y un retrato de mi abuela. Sólo Claire podía tener memoria. Era el presente lo que no podía manejar.

—Alguien me lo regaló —le dije al fin a Rena.

—¿Y qué? —Me miraba entre las perchas—. Tienes suerte, alguien regaló. Ahora lo vendes, sacas dinero.

Yo seguía inmóvil, ceñuda, los brazos todavía cargados de camisetas.

—¿Quieres coche? —dijo Rena—. ¿Universidad de arte? ¿Crees que no sé? ¿Cómo crees que se paga? Este vestido. Bonito vestido. Alguien regaló, pero el dinero es... —Se interrumpió, buscando las palabras con las que definir el dinero. Al fin, abrió las manos—. *Dinero*. Si quieres recordar, recuerda.

Así lo hice. Marqué un precio a mi sueño de terciopelo carmesí. Lo puse alto, esperando que no se vendiera. Todos los puse altos, pero se vendieron. Cuando el sol se hizo cálido, los regateadores duros se fueron y llegaron las parejas, perezosamente, cogidas del brazo, viejos que salían a caminar, jóvenes. Las camisetas, los pantalones y las chaquetas se fueron. Pero por la tarde, el vestido rojo seguía sin venderse. La gente preguntaba a Rena si realmente costaba den dólares.

—Lo que ella dice —replicaba Rena con su voz grave, dando a entender que no podía hacer nada.

—Es un Jessica McClintock —decía yo a la defensiva—. Sin usar.

Error mío, por creer que habría un futuro, que el sueño seguiría y seguiría.

Recordaba mi aspecto cuando me lo probé en la tienda de Beverly Hills. Parecía inocente, como la hija de alguien, la hija verdadera de alguien. Una chica cuidada. Una chica con ese vestido no era una chica que almorzaba una cerveza y un cigarrillo, que se acostaba con el padre de acogida sobre retazos de moqueta en una casa sin terminar. No era un vestido de alguien que supiera cómo ganarse la vida si era necesario, que tenía que preocuparse por sus dientes y por si su madre volvería a casa. Cuando se lo mostré a Claire me hizo girar para ella como una bailarina en una cajita de música y se llevó las manos a la boca, con el orgullo desbordándole como lágrimas. Creía que yo era esa chica. Y por un momento yo también lo creí.

Todo el día ayudé a las interesadas, deslicé el forro de satén por sus hombros sudados, subí la cremallera todo lo que podía sin romperla. Después de que la quinta



mujer se lo hubo probado, empecé a no preocuparme tanto. A las tres vino un grupo de chicas, y una de ellas miró el vestido rojo y se lo puso sobre el cuerpo.

—¿Puedo probármelo?

Le saqué el plástico, le deslicé el vestido por los brazos, sobre el cabello claro lacio, lo bajé por su cuerpo, subí la cremallera mientras ella se sostenía la coleta. Le iba perfecto. Como nunca me había ido a mí. Nunca había visto a esa chica. No iba al Marshall. Probablemente iba al Inmaculado Corazón o al Colegio Francés. Una chica cuidada, la hija de alguien. La esperé mientras fue a un teléfono público a llamar a su madre. Quince minutos después, una atractiva mujer apareció en un Mercedes amarillo crema, con pantalones de lino negro, mocasines de gamuza con hebillas de hierro. Ayudé a la chica a ponerse el vestido otra vez, y la mujer me dio los cien, en un solo billete crujiente. Iban a la boda de un primo en Nueva York. El vestido sería perfecto. Por la expresión de la madre entendí que sabía exactamente lo que valía.

Seguimos hasta las cinco, después empezamos a desmontar la parada, a cargar las cosas en la furgoneta y en la camioneta de Niki. Yo había vendido todas mis cosas. Me senté en el parachoques de la furgoneta y conté mi dinero. Más de cuatrocientos dólares.

—Ves, no estuvo tan mal —dijo Rena, sosteniendo una caja de vajilla contra la cadera—. ¿Cuánto?

Murmuré la cifra, avergonzada, pero también un poco orgullosa. Era el primer dinero que ganaba en mi vida.

—Bien. Dame cien.

Estiró la mano.

—¿Por qué?

Chasqueó los dedos y volvió a extender la mano.

—No.

Puse la mano con el dinero a mi espalda.

Sus ojos negros chisporrotearon de enojo.

—¿Qué? ¿Piensas que vendiste todo tú misma en esquina? Págame, yo pago a Natalia, Natalia paga al dueño, ¿qué te crees? Todos pagan a alguien.

—Dijiste que podía guardármelo.

—Después de pagarme.

—Por todos los cielos —dijo Niki, mirando desde donde estaba poniendo ropa barata en una manta en el suelo—. Págale. Hay que pagar.

Negué con la cabeza.

Rena se pasó el peso de la caja a la otra cadera, y cuando habló, su voz sonó dura.

—Escúchame, *devushka*. Yo pago, tú pagas. Negocio, nada más. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste trescientos dólares en mano? ¿Qué te hice de malo, entonces?

¿Cómo podía decírselo? Quería decirle: ¿Y mis sentimientos? Pero ¿de qué serviría? Para ella todo era simplemente dinero, y las cosas podían ser intercambiadas por dinero. Ella habría podido robarme algo, y hasta mandarme a venderlo por ella.

No pude evitar preguntarme qué harías tú, madre. No se aplicaba. No podía imaginarte a merced de Rena Grushenka, en el aparcamiento de Natalia's Nails, vendiendo tu ropa, llorando por un vestido. Así que saqué cien dólares, los cien del vestido rojo, y ella me los arrebató de la mano como un perro mordiendo.

Pero sentada en la cama, escuchando el ruido y las risas y los ocasionales vasos rotos en la sala, supe que hasta tú tenías que pagarle a alguien ahora, por tu bacinilla y tu tinta y los tampones, el dentífrico y la vitamina C. Pero lo justificarías con una buena razón, una teoría, una filosofía. Lo harías noble, heroico. Escribirías un poema al respecto: «El vestido rojo». Yo nunca podría hacerlo.

En la sala, alguien puso un viejo disco de Led Zeppelin. Podía oírlos cantar siguiendo la melodía con sus pesados acentos, y los arrebatos de la guitarra de Jimmy Page. Eran las cuatro de la madrugada y podía oler la cera fundida de las velas, formando grandes charcos sobre las mesas y los marcos de las ventanas. No necesitaba el libro mágico de Claire para ver *Casa incendiada* escrito ahí. Era por eso que dormía vestida, tenía los zapatos a mano, el dinero en el billetero, las cosas más importantes en una bolsa junto a la ventana.

Se habría podido pensar que en algún momento querrían dormir; al día siguiente iríamos al rastro de Fairfax High, a vender nuestras estatuillas de negritos hechas de tapas de botella, las bandejas pintadas con pesadillas botánicas, la ropa de bebé no usada, y todas las mohosas *Readers Digest*. Pero ya sabía que no dormirían hasta el lunes. Esperaba no ver a ningún conocido.

Volví la página y empecé otra canoa. Plata sobre negro. Se abrió la puerta y entró tambaleándose Misha, un amigo de Rena, tocando una guitarra imaginaria a dúo con Jimmy, sus gruesos labios rojos como los de un bebé enorme. Babeaba.

—Vengo a verte, *maya liubov, Krasivaya devushka*.

—Vete, Misha.

Se tambaleó hasta mi cama y se sentó a mi lado.

—No seas cruel —cantó, como Elvis, y se inclinó para babearme el cuello.

—Déjame en paz.

Traté de empujarlo, pero era demasiado grande y flácido, no había nada sólido donde empujar.

—No te preocupes —dijo—. No hago nada. —Se tendió en la cama a mi lado, estirado como un santo. El hedor a alcohol era miasmático, me recordó que había serpientes que atontaban a su presa con el aliento—. Es que me siento muy solo.

Llamé pidiendo ayuda, pero la música impedía que me oyeran. Misha era pesado, apoyó la cabeza en mi hombro y trató de besuquearme el cuello. Sus llorosos ojos azules muy cerca, un brazo pesado rodeándome.

Lo golpeé pero no sirvió de nada, estaba demasiado borracho, mi puño rebotaba en su carne y no sentía nada.

—Misha, sal de aquí.

—Eres tan hermosa chica —dijo, tratando de besarme.

Olía a vodka y a algo grasoso, alguien debía de haber traído pollo asado.

Yo tenía la navaja debajo de la almohada. No quería apuñalar a Misha, lo conocía. Lo había escuchado tocar la guitarra. Tenía un perro llamado *Chernobyl* quería mudarse a Chicago y ser guitarrista de *blues*, salvo que no le gustaba el clima frío. Rena le había cortado el pelo, con un flequillo ligeramente torcido. No era mal tipo, pero estaba besando mi boca cerrada, y una mano buscaba bajo la sábana, aunque yo estaba vestida. Su mano no encontraba más que poliéster.

—Ámame un poco —me rogó al oído—. Ámame, *devushka*, porque todos vamos a morir.

Al final levanté una rodilla y cuando se movió lo golpeé con mi tablero de dibujo y salí de la cama.

En la sala, la mayoría se había marchado. Natalia estaba bailando sola frente al estéreo, con una botella de vodka Stoli cogida por el cuello. Georgi se había dormido en el sillón negro, la cabeza apoyada en su brazo peludo, con un gato blanco enroscado en su regazo. Un sillón de mimbre estaba volcado, un gran cenicero yacía boca abajo en el suelo. Un charco de algo brillaba en la maltrecha mesita de café.

Rena y su novio, Sergei, estaban acostados en el sofá de terciopelo verde, y él se lo estaba haciendo con los dedos. Ella estaba con los zapatos puestos, y la falda. Él tenía la camisa abierta y un medallón le colgaba del cuello. No habría querido interrumpir la escena, pero Misha era su amigo. Ella era responsable.

—Rena —le dije—. Misha está tratando de meterse en mi cama.

Cuatro ojos ebrios me miraron, dos negros, dos azules. Les llevó un momento enfocarme. Sergei le susurró algo en ruso y ella rió.

—Misha es inofensivo, no hace nada. Golpéalo en la cabeza con algo —dijo Rena.

Sergei le sobaba el muslo, le mordía el cuello. Parecía un tigre blanco devorando una presa.

Cuando volví a mi cuarto, Misha se había dormido. Tenía un corte ensangrentado en la cabeza donde lo había golpeado. Estaba roncando, abrazando mi almohada como si fuera yo. No se despertaría en muchas horas. Fui a dormir a la cama de Yvonne. El estéreo se apagó a las cinco, y tuve una hora o dos de sueño intranquilo, soñando con animales que buscaban en la basura. Me despertó un hombre orinando en el baño al otro lado del pasillo, con la puerta abierta, un chorro que pareció durar por lo menos cinco minutos. Después el estéreo volvió a encenderse, otra vez con los Who. *¿Quién eres?*, cantaba la banda. Traté de recordar, pero en realidad no lo sabía.

UN SÁBADO oscuro estábamos sentadas en la cocina, cosiendo bolsitas de cuero para canicas. Era la última idea de Rena para ganar dinero. Niki ponía casetes de diferentes bandas que manejaba Werner, pero todas sonaban igual, furia de flacos chicos blancos, guitarras descontroladas. Estaba buscando una banda nueva.

—Esta suena bien, ¿no os parece? ¡Mierda! —Se había clavado la aguja en un dedo, que se llevó a la boca—. Coser es una mierda. ¿Qué se piensa que somos, unas elfas costureras?

Fumábamos hachís mientras trabajábamos. Dejé que el humo llenara el vaso que Niki había robado de los Jardines Bávaros y puse a Johnnie Walker cabeza abajo. Acerqué la boca al borde, levanté apenas el vaso y aspiré las espesas exhalaciones del hachís hasta los pulmones. Yvonne no fumaba, decía que era malo para el bebé.

—¿Qué diferencia hay? —dijo Niki, poniendo un trozo de hachís para ella—. No pensarás conservarlo.

Las comisuras de sus labios se torcieron hacia abajo.

—Si piensas así, no quiero que me lleves a las clases de maternidad —dijo Yvonne—. Me llevará Astrid.

Empecé a toser. Traté de imitar a Butterfly McQueen en la escena del parto de *Lo que el viento se llevó*:

—«No sé nada sobre bebés, nada».

Pero no lograba que mi voz sonara lo bastante alta. Pensé en Michael, que siempre imitaba a Butterfly mejor que yo. Lo echaba de menos.

—Al menos tienes buenos pensamientos —dijo Yvonne.

Parto. Me estremecí.

—Todavía no he cumplido los dieciocho.

—Está bien, ahí no sirven bebidas alcohólicas —dijo Niki, arrojando a la pila una bolsita terminada.

Tomó otra que ya estaba cortada y lista para coser.

Colocada, reproduje el dibujo del humo en un trozo de cuero con la navaja de cortar. Era buena en esto, mejor que mi madre. Podía hacer un cuervo, un gato. Podía hacer un gato en tres cortes. Hice un bebé con un rizo en la frente y se lo arrojé a Yvonne. La puerta se abrió de golpe, dejando entrar una corriente de aire frío. Era Rena, con un rollo de gamuza verde oscura bajo el brazo.

—Georgi vendió todo, cambié esto por lámpara —dijo sonriendo con orgullo—. Bello, ¿eh? —En ese momento su mirada cayó sobre mí, haciendo dibujos en el cuero—. ¿Qué, estás loca? —Me arrancó el cuero de las manos y me golpeó en la nuca con el canto de la mano—. Drogada, muchacha estúpida. ¿Crees que es barato? —Después notó el dibujo y frunció el entrecejo, mientras su labio inferior sobresalía.

Sostuvo el recorte contra la luz—. No mal. —Me lo arrojó—. Pienso que vende. Haced bolsas. Hacemos dinero con esto.

Asentí. Todo lo que ganaba lo gastaba en materiales para pintar y comida y en comprar droga con Niki. El colegio ya se había desvanecido, como una nave en la niebla. En casa de Claire había empezado a pensar en mi vida como una serie de dibujos a lápiz de Kandinsky, sin sentido por sí mismos, pero que dispuestos todos juntos formarían una elegante composición. Hasta había pensado ver en ellos la forma del futuro. Pero ahora había perdido demasiadas piezas. Habían vuelto a ser un manojo de agujas de pino en el suelo de un bosque, ilegibles.

Entró Sergei trayendo una bolsa, las mejillas enrojecidas en su rostro apuesto, ancho, para nada californiano. Descargó dos botellas de vodka, puso una en el congelador, la otra sobre la encimera, y sacó dos vasos verdes.

Olisqueó el aire:

—Mmm, la cena.

—¿Quién te invitó? —dijo Rena sentándose en la encimera y desenroscando la tapa de la botella de vodka.

Vertió tres dedos en cada vaso.

—Oh, estas chicas no matan de hambre a Sergei —dijo él.

Abrió el horno y echó una mirada al plato burbujeante que yo estaba preparando para Yvonne, un guisado de brócoli y queso, para fortalecerla en su embarazo. Había quedado atónita al verme mezclar los ingredientes: nunca había pensado que se pudiera cocinar sin leer las instrucciones de la caja. Sergei bañó su cara en el olor y calor del horno.

Recorté un tigre con un trozo de cuero, recordándome que Sergei era apenas Rena con una mejor fachada. Apuesto como un cosaco, un rubio eslavo lechoso con adormilados ojos azules que captaban todo movimiento. De profesión ladrón. Rena ocasionalmente vendía mercancía de él, una partida de sillones de piel, una caja de chaquetas de mujer, un embarque de animales embalsamados provenientes de Singapur, pequeños electrodomésticos de Israel. En la casa, era un constante incentivo sexual. Dejaba abierta la puerta del baño mientras se afeitaba desnudo, hacía cien flexiones todas las mañanas, su piel lechosa transparentando las venas azules. Si veía que lo mirábamos daba una palmada para exhibirse. Los hombros anchos, la cintura estrecha. Cuando Sergei estaba presente, yo nunca sabía qué hacer con las manos, con la boca.

Miré a Yvonne al otro lado de la mesa, inclinada sobre pilas de bolsitas y restos de cuero, cosiendo, paciente como una niña de un cuento de hadas. Cualquiera otra chica estaría cosiendo los volantes de su túnica de graduación, o tejiendo zapatitos de bebé. Ahora me sentía mal por haberme burlado de ella antes.

—Iré a la clase de maternidad contigo —le dije—. Si piensas que será de alguna utilidad.

Sonrió sin alzar la cabeza. No le gustaba mostrar sus dientes en mal estado.

—Yo lo hago todo. Tú sólo tienes que sostenerme la toalla.

—Mucho sudar y hacer fuerza —dijo Niki—. Parecen un grupo de pelotas de playa desinflándose. Para morirse de risa. Ya verás.

Niki quebró otro trocito de hachís y lo puso en el gancho. Lo encendió y miró cómo el humo llenaba el vaso como un genio en una lámpara. Cuando aspiró, estalló en un acceso de tos peor todavía que el mío.

—¿Nada para mí? —preguntó Sergei, señalando el vaso.

—A la mierda contigo, Sergei —dijo Niki—. ¿Cuándo nos has comprado algo?

Pero de todos modos le dio un poco, y yo traté de ignorar el modo en que me miró cuando se inclinó y puso los labios justo donde habían estado los míos. Sentí que la cara me ardía. Comimos todos, excepto Rena, que fumó y tomó vodka. No bien hubo salido por un momento, Sergei se inclinó, con sus anchas manos blancas plegadas delante de él:

—¿Cuándo hacemos el amor, devushka?

—Miserable —dijo Niki, señalándolo con el tenedor—. Debería contárselo a Rena.

—Además, Astrid tiene novio —dijo Yvonne—. Un artista. Vive en Nueva York.

Yo le había hablado de Paul Trout. Al fin había recogido sus cartas en Yellow Brick Road, Hollywood, en la misma calle donde le mostré el cuchillo a la chica que se creía que yo era Wendy. Niki me llevó después del colegio, de camino a su cita con unos tipos que necesitaban una cantante. Me sentí mal por no haberle escrito antes; había pensado en él muchas veces, pero tenía miedo. Existía la posibilidad de que él nunca mirara atrás. Camino de Hollywood, miré nerviosamente el sobre, «Para Paul Trout». La esperanza implícita. Eso ya era un error. Pensé en una canción que Rena tocaba y que yo odiaba como la muerte: Ama al que tengas cerca. Era la melodía que la vida me obligaba a cantar, y sin embargo ahí estaba, con la esperanza aleteando como un pájaro en mi mano.

El local era pequeño, y todavía más atestado de cosas que la casa de Rena. Cómicos por todas partes. Niki y yo hojeamos algunos. Había revistas humorísticas, como Zippy Cabeza de Aguja y el viejo Mister Natural Otras eran sombrías y expresionistas, Sam Spade mezclado con Mumau. Había estantes de revistas caseras llenas de malos poetas. Cómicos en japonés, muchos pornográficos. Historias irónicas de chicas profesionales y supermodelos dibujadas en el estilo pop de Lichtenstein. Un roedor judío varado en una pesadilla paranoide de camisas negras. Había de todo, desde las revistas convencionales de DC hasta revistas de fans fotocopiadas. Mientras Niki leía una historia de chicas gánsteres, fui al mostrador, diciéndome que no habría nada para mí.

Un tipo flaco con camisa lila atendía el mostrador, los brazos pálidos cubiertos de tatuajes. Me aclaré la garganta hasta que alzó la vista. Sus ojos mostraban lo colocado que estaba.

—Soy amiga de Paul Trout. ¿Dejó algo para mí?

Sonrió con cierta timidez, secándose la nariz con el dorso de la mano.

—Se fue a Nueva York, ¿no lo sabías?

Buscó bajo el mostrador y sacó dos cartas, los sobres tan ilustrados que apenas si podía verse la dirección de Yellow Brick Road. Estaban cruzados con las palabras: «Para Astrid Magnussen».

—¿No tiene su dirección?

—Se muda todo el tiempo. No te sorprendas.

Dejó una carta para Paul, contándole de mi vida en Ripple Street. La busca de basura, nuestra sala. No sabía qué otra cosa hacer con la carta. No estaba.

Me senté con Niki en un reservado del Denny's de Sunset Boulevard mientras ella negociaba con los chicos de la banda, dos rubios desteñidos y un moreno hiperactivo (el batería, supe sin preguntar). Tenía miedo de abrir las cartas. En lugar de eso, dibujé a algunos de los otros clientes. Chicas góticas en leotardos negros y enredado cabello negro, hablando sobre sus Diet Pepsis y porciones dobles de anillos de cebolla. Del otro lado, dos rockeros maduros en cuero y botas comían sus hamburguesas; uno hablaba por un teléfono móvil. Era como una especie de exposición de moda retrospectiva, pelos tiesos y coletas y trencitas, poliéster y plataformas.

—No pienso pagar para tocar. ¿Sois subnormales? —estaba diciendo Niki—. Se supone que ellos te pagan, no al revés. —Dibujé al bajista rubio que se pasaba la lengua por los labios con aire culpable. El moreno hacía sonar el cuchillo espasmódicamente en los vasos de agua—. Tenéis que tocar cuando os paguen. ¿De dónde venís, de Fresno?

—Pero es como el Roxy, ¿sabes? —dijo el rubio más alto. Obviamente era el portavoz, el líder. Guitarra solista—. El Roxy. Es como el...

—... El Roxy —dijo el otro rubio.

Al fin reuní el valor de abrir la primera carta, rasgando el hermoso sobre con el cuchillo de Denny's. Contenía una serie de dibujos a tinta hechos en el inconfundible estilo de cómic de Paul, en blancos y negros audaces: Paul, caminando solitario por las calles. Paul sentado en un café Nighthawks. Ve a una chica rubia de pelo corto en la calle y la sigue, sólo para descubrir que ella es otra.

«¿La volvería a ver alguna vez?», decía el último texto, mientras él dibujaba en su escritorio, la pared cubierta con retratos míos.

El segundo sobre incluía un cómic de la fuga de una cárcel, tres chicos abriéndose paso a través de puertas de acero con lanzacohetes. Roban un auto, el bocadillo dice «Saliendo de L. A.». Cruzan el desierto por la noche. Después hay un cartel de calle en mosaico resquebrajado, pone «St. Marks Place». Jóvenes angulares de negro entran en una casa, la número 143. Al fondo, la estatua de la Libertad lleva gafas negras, y está leyendo un cómic.

Doblé los dibujos, volví a meterlos en el sobre decorado con rayos, estrellas y una chica en un caballo blanco en un cielo de cómic. «Para Astrid Magnussen». Me

habría gustado saber si él me esperaría.

Y ahora era demasiado tarde. Miré a Sergei al otro lado de la mesa en la cocina de Rena. A él nada podía importarle menos que mi novio en Nueva York. Ni siquiera le importaba su propia novia en el cuarto de al lado. Era sólo uno de los gatos de Rena: comía, dormía y fornicaba. Desde la noche en que los había visto juntos en el sofá, siempre me estaba vigilando con su esbozo de sonrisa, como si compartiéramos algún secreto.

—¿Cómo es tu novio? —preguntó—. ¿Grande? ¿Es grande?

Niki se rió.

—Es inmenso, Sergei. ¿No has oído hablar de él? Es Moby Dick.

Olivia me había hablado de hombres como Sergei. Hombres duros con venas azules en sus brazos blancos esculpidos, ojos azules de párpados pesados y cinturas estrechas. Con un hombre así se podía negociar. Un hombre que sabía lo que quería. No alcé la vista de mi brócoli y queso.

—Uno se cansa de esperar —dijo—. Ven a verme.

—¿Y si no eres bueno? —dije, haciendo reír a las otras chicas.

—Sólo preocúpate de enamorarte de Sergei —dijo, su voz como una mano entre mis piernas.

Mi última asistente social, la señora Luanne Davis, era una mujer negra de mediana edad, con una blusa blanca con un lazo al cuello y el aire relajado de un monaguillo. La distinguí de inmediato cuando llegué al McDonald's de Sunset después del colegio. Pedí una hamburguesa y patatas fritas y una coca-cola, y, por una vez, los gritos de los niños no me molestaron. La noche anterior había ido a Playland con Niki, donde ella cantaba con una de las bandas de Werner, Freeze. Transporté su soporte de micrófono, lo que me convertía en asistente, así que no necesité mostrar documentos. Niki era la única que podía cantar. Tenía una voz ronroneante, irónica, cantaba como Anne Sexton leía poesía. Pero todos los demás aullaban, y nadie sabía tocar, y yo seguía medio sorda.

La asistente social puso sobre la mesa pegajosa un manojito de cartas. Ahí había tanto daño potencial que ni siquiera quise tocarlas. Odiaba verlas, la letra de mi madre, las líneas torcidas que se traslucían en los sobres de vía aérea. Podía mandar siete páginas con el mismo sello, y cada delgada hoja pesaba más que la noche. Eran como un bosque de algas, proyectaban una extraña luz verdosa, uno podía perderse ahí dentro, enredarse y ahogarse. Yo no le escribía desde la muerte de Claire.

Bebiendo a sorbitos su café con edulcorante dietético, la señora Luanne Davis hablaba lentamente, pronunciando con cuidado a causa de mi sordera temporal.

—Realmente deberías escribirle. Está en una celda de aislamiento. No es fácil para ella.

—No fui yo quien la puso allí —le dije, todavía mirando las cartas como si fueran corsarios portugueses flotando en el mar inocente.



Frunció el entrecejo. Tenía arrugas entre las cejas de tanto hacerles ese gesto a chicas como yo, chicas que no creían que nadie pudiera amarlas, y menos que nadie sus peligrosos progenitores.

—No sabes cuántos chicos tengo cuyos padres nunca les escriben. Si lo hicieran, recibirían una emoción enorme.

—Sí, sé que tengo mucha suerte —dije.

Pero a pesar de la ironía, metí el paquete en la mochila.

Terminé la comida, mirando a los chicos que saltaban desde la red sobre un niño que no podía ponerse de pie entre las bolas de colores. Una y otra vez saltaban sobre él, riéndose mientras él chillaba. Su joven madre estaba demasiado ocupada charlando con su amiga para ayudarlo. Al fin, les gritó algo a los otros chicos, pero no se levantó ni hizo nada para proteger a su hijo. Cuando se volvía hacia su amiga, nuestros ojos se encontraron. Era Kiki Torrez. No hicimos ninguna señal de reconocemos, sólo nos miramos un instante y luego ella siguió hablando con su amiga. Y yo pensé que los presos probablemente intercambiaban esa clase de miradas cuando se encontraban fuera de la cárcel.

Cuando llegué a casa, Yvonne estaba frente al televisor en el sofá de terciopelo verde, viendo un *reality show*.

—Esa es la madre —me dijo sin apartar los ojos de la pantalla—. Entregó a la hija cuando tenía dieciséis años. Nunca se vieron antes de este momento.

Gruesas lágrimas infantiles le resbalaban por las mejillas.

No sabía cómo soportaba ver eso, era tan falso como un anuncio de publicidad. No pude dejar de pensar en la madre adoptiva que había criado a la niña, qué enferma debía de sentirse al ver a su hija cuidadosamente criada en brazos de una extraña, aplaudida por el público. Pero supe que Yvonne se estaba imaginando a sí misma volviendo a la vida de su hijo veinte años después, delgada, triunfadora, vestida con un traje azul con tacones altos y el pelo bien arreglado, su hijo crecido abrazándola, perdonándole todo.

Y qué posibilidades había de que eso se hiciera realidad.

Me senté al lado de Yvonne y miré las cartas de mi madre. Abrí una.

Querida Astrid:

¿Por qué no me escribes? No puedes hacerme responsable por el suicidio de Claire Richards. Esa mujer había nacido para la sobredosis. Te lo dije la primera vez que la vi. Créeme, está mejor donde está ahora.

Por lo demás, estoy escribiendo desde Alta Seguridad, cárcel dentro de la cárcel. Esto es lo que ha quedado de mi mundo, una celda de ocho por ocho compartida con Lunaria Irolo, una mujer tan loca como su nombre.

Durante el día, los cuervos graznan, disonantes y trémulos, una perfecta imitación de los condenados. Por supuesto, nada que cante se posará cerca de este lugar. Nos han dejado muy solos con nuestros cuervos profanos y los gritos distantes de las gaviotas.

El zumbido y portazo de las rejas reverbera en esta gran cámara hueca, rueda por los pisos de cemento hasta donde nos agazapamos detrás de una verja de cadenas, detrás de las puertas con ranuras, conspirando crímenes, conjurando la venganza. Yo estoy detrás de la verja, dicen. Nos ponen esposas hasta para ducharnos. Bueno, más les vale que lo hagan.

Me gustaba la idea de mi madre al otro lado de la reja, esposada. Desde allí no podría herirme.

Por las ranuras de la puerta puedo ver a los guardias en sus escritorios en el centro de la unidad. Nuestros guardias de penitencia, comiendo donuts. A la cintura les tintinean las llaves. Son las llaves lo que yo miro. Estoy hipnotizada por las llaves, por esos gruesos manojos de llaves. Puedo saborear su galvanización ácida, más preciosa que la sabiduría.

Ayer, el sargento Brown decidió que mi media hora en la ducha cuente como parte de la hora que se me permite salir de la celda cada día. Recuerdo cuando había albergado la esperanza de que sería un hombre razonable, negro, esbelto, educado. Pero debería haberlo sabido. Su voz grave no parece salir de su flaca estructura; es tan artificial como un predicador, empapado en un sentimiento exagerado de su propia importancia. El cancerbero de nuestro *Inferno* de cemento.

En mi extenso tiempo de ocio, estoy practicando la proyección astral. Cuando suena la voz monótona de Lunaria, yo me alzo de mi litera y vuelo por encima de los campos, siguiendo la autopista hada el oeste hasta que puedo ver las torres del centro. He tocado los mosaicos de la pirámide acristalada de la Biblioteca Central. He visto los viejos toldos brillantes de anaranjado, rojo, plata moteado y negro en los estanques de New Otani. Escalo los cilindros de Bonaventure, sus ascensores de cristal parando entre los pisos. ¿Recuerdas la vez que comimos en lo alto, y dimos toda una vuelta en el bar que giraba? Tú no te querías acercar a las ventanas, gritabas que el vacío te estaba atrayendo. Tuvimos que pasamos a un reservado en el centro, ¿recuerdas? Sabes que la desconfianza a las alturas es la desconfianza de uno mismo, uno no sabe si no va a saltar.

Y te veo a ti, caminando por callejones, sentada en descampados llenos de maleza, encaje de la Reina Ana manchado por la lluvia. Piensas que no puedes soportar la pérdida de esa débil de Claire. Recuerda, hay una sola virtud, Astrid. Los romanos tenían razón. Uno puede soportarlo todo. El dolor que no podamos soportar nos matará directamente.

## MADRE

Pero no la creía ni por un segundo. Mucho tiempo atrás, me dijo que cortarse en tiras unos a otros en la batalla todos los días, y volver a recomponerse cada noche, era la idea que se hacían los vikingos del paraíso. Una matanza eterna, de eso se trataba. Uno nunca era muerto definitivamente. Era como el águila que se alimentaba del hígado de un hombre durante el día y lo hacía crecer por la noche, sólo por diversión.

LOS TRENES que cruzaban el río marchaban sobre ruedas de hierro, produciendo una adormecedora percusión en la noche. De nuestro lado, más allá de la panadería, vi a un chico tocando una guitarra eléctrica. Él tampoco podía dormir, el sonido de los trenes lo inquietaba. La guitarra difundía sus anhelos en la oscuridad como chispas, una música profunda en su deseo sin objeto, hermosa más allá del solaz o la solución.

En la otra cama, Yvonne estaba inquieta. La cama de arce crujía bajo su peso cuando se daba la vuelta. Le faltaban ocho semanas todavía, y yo no podía imaginarla más gorda. La curva de su vientre subía bajo la sábana como una suave cúpula volcánica, un monte Santa Helena, Popocatépetl, listo para la erupción. El tiempo pasaba en el cuarto con la música de los trenes, con su traqueteo sin fin, un tren tan largo que necesitaba tres locomotoras para arrastrar su masa por la noche. ¿Adónde van los trenes, madre? ¿Ya estuvimos allí?

A veces imaginaba que tenía un padre que trabajaba por las noches en el ferrocarril. Un guardaagujas del Southern Pacific que usaba pesados guantes a prueba de fuego, grandes como remos, y se secaba el sudor de la frente con un antebrazo macizo. Si yo tuviera un padre que trabajara por las noches en el ferrocarril, podría haber tenido una madre que esperara oír la puerta cuando él regresara a casa, y oiría sus voces sordas, sus risas sofocadas a través de las delgadas paredes de la casa. Qué suaves serían sus voces, y dulces, como palomas bajo un puente.

Si yo fuera poeta, escribiría sobre eso. Gente que trabajaba en mitad de la noche. Hombres que cargaban trenes, enfermeras de salas de emergencia con sus manos suaves. Conserjes del turno de noche en hoteles, taxistas de madrugada, camareras en cafeterías abiertas las veinticuatro horas. Ellos conocían el mundo, sabían el valor que tenía que alguien recordara su nombre, la calidez de una pregunta retórica: «¿Cómo van las cosas, cómo están los chicos?». Sabían cuán larga era la noche. Conocían el sonido que producía la vida cuando se marchaba. Gemía, como una puerta movida por el viento. Los trabajadores nocturnos vivían sin ilusiones, secaban sueños de mostradores, cargaban cajas. Iban al aeropuerto por un último viaje.

Bajo la cama, en la noche se tejía a sí misma una corriente más oscura. Las cartas no leídas de mi madre, fluidas con mentiras, como los restos de un enorme naufragio que continuaran siendo arrojados a la playa años después del hundimiento. No permitiría más palabras. A partir de ahora sólo quería cosas que pudieran tocarse, saborearse, el olor de casas nuevas, el zumbido de los cables antes de la lluvia. Un río corriendo bajo la luna, árboles creciendo en el asfalto, restos de brocado en un contenedor, geranios rojos en la ventana de un gimnasio. A mí que me dieran los tejados de los edificios de apartamentos sucediéndose unos a otros en la tarde como

un oleaje, algo que no tuviera vueltas, no un autorretrato en agua y viento. Que me dieran un chico tocando una guitarra eléctrica, mi cama de hogar de acogida en el fondo de Ripple Street, y la forma de Yvonne y su bebé por venir. Ella era las colinas de California, mostaza y verde, tostadas como los leones en verano.

De pronto, Yvonne soltó un grito. Su almohada cayó al suelo. Se la recogí. Estaba húmeda de sudor. Yvonne sudaba tanto de noche que a veces tenía que ayudarla a cambiar las sábanas. Puse la almohada bajo su cabello oscuro, aparté los mechones húmedos de la cara. Estaba caliente como ropa recién lavada. La guitarra desgranaba una canción que yo sólo por momentos reconocía como *Así que quieres ser una estrella de rock and roll*.

—Astrid —susurró Yvonne.

—Escucha —le dije—. Alguien está tocando la guitarra.

—Tuve un sueño horrible —barbotó—. La gente me robaba mis cosas. Se llevaban mi caballo.

Su caballo de papel, con arreos dorados y seda roja, seguía sobre la cómoda, las patas delanteras levantadas, el cuello curvado en un arco que repetía la curva asustada de las cejas de su dueña.

—Ahí está —le dije poniéndole una mano en la mejilla.

Sabía que ella la sentiría fresca contra su piel caliente. Recordé que mi madre solía hacerlo cuando yo estaba enferma, y por un momento sentí con toda claridad el contacto de sus manos frías.

Yvonne levantó la cabeza para ver el caballo todavía caracoleante bajo la luz de la luna, y después dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Ojalá esto hubiera terminado.

Yo sabía lo que diría Rena: «Cuanto antes mejor». Unos meses atrás, yo habría ido más lejos. Habría pensado: ¿qué diferencia hay? Cuando diera a luz al bebé, una vez lo hubiera entregado, siempre habría algo más que perder, un novio, un hogar, un trabajo, enfermedad, más bebés, días y noches uno tras otro en un océano que era siempre el mismo. ¿Por qué acelerar el desastre?

Pero ahora la había visto sentada con las piernas cruzadas sobre su cama, susurrándole a su vientre, diciéndole qué grande era el mundo, que había caballos y cumpleaños, helados y gatos blancos. Aun cuando Yvonne no estaría presente para los patines y el primer día de escuela, tenía que servir para algo. Lo tenía ahora, esa dulzura, ese sueño.

—Sí, cuando llegue la hora, pensarás que es demasiado pronto —le dije.

Yvonne se llevó mi mano a su frente calenturienta.

—Siempre estás fresca. Nunca sudas. Oh, el bebé se mueve —susurró—. ¿Quieres sentirlo?

Se levantó la camiseta y me puso la mano sobre el vientre desnudo, redondo, caliente como masa en el horno, para sentir las raras contorsiones del bebé contra mi

palma. Tenía una sonrisa torcida, dividida, el placer combatiendo con lo que sabía que vendría.

—Creo que es niña —susurró—. La otra era niña.

Hablaba de sus bebés sólo por la noche, cuando estábamos solas. Rena no la dejaba hablar del tema, le decía que no pensara en ellos. Pero Yvonne necesitaba hablar. El padre de este, Ezequiel, conducía un camión. Se habían conocido en Griffith Park, y ella se enamoró cuando él la hizo subir al carrusel.

Traté de decir algo.

—Tiene fuerza en el pie. Quizá será bailarina de *ballet*.

La simple línea melódica de la guitarra eléctrica reverberaba en las colinas y nos llegaba a través de la ventana, y el vientre de Yvonne bailaba al compás de los pequeños golpes de manos y pies.

—Quiero que sea una *girl scout*. Serás *girl scout* pequeña —le dijo al montículo. Alzó la vista—. ¿Tú fuiste *girl scout*?».

Negué con la cabeza.

—Yo siempre quise serlo —dijo, trazando ochos en la sábana húmeda—. Pero no podía pedirlo. Mi madre se habría burlado de mí. «¿Tu gordo culo en las malditas *girl scout*?».

Nos quedamos un rato sin decir nada. Con la esperanza de que su hija tuviera todas las cosas buenas. El guitarrista se había calmado, estaba tocando Michelle. A mi madre le gustaba esa canción. Sabía cantarla en francés.

Yvonne se adormeció, y yo volví a la cama, pensando en las manos frías de mi madre en mi cara en el calor de la fiebre, el modo en que me envolvía en sábanas mojadas en agua con eucalipto y clavo de olor. «Yo soy tu casa», dijo una vez, y seguía siendo cierto.

Me incliné bajo la cama, saqué la bolsa con sus cartas, algunos sobres delgados como una promesa, otros gruesos como peces. El saco era pesado, y exhalaba el aroma de sus violetas. Me levanté en silencio para no despertar a Yvonne y me deslicé fuera del cuarto, cerrando la puerta a mis espaldas.

En la sala, en el sofá verde, encendí la lámpara con pantalla de canutillos que hacía parecer todo como si fuese un cuadro de Toulouse-Lautrec. Saqué puñados de cartas y las puse sobre la mesita de café. Odiaba a mi madre pero la necesitaba. Quería entender cómo podía llenar mi mundo con tanta belleza y al mismo tiempo podía decir «esa mujer nació para la sobredosis».

El viejo gato caminó por el respaldo del sillón y se subió a mi regazo con cautela. Lo dejé enroscarse bajo mi corazón, pesado, caliente y ronroneante como un camión parado.

Querida Astrid:

Son las tres de la madrugada, acabamos de tener el cuarto recuento. En Alta Seguridad, las luces quedan encendidas toda la

noche, fluorescentes y desnudas sobre paredes grises que apenas si dejan lugar para la cama y la letrina. Sigo sin recibir carta tuya. Sólo la letanía sexual de la Hermana Lunaria. Fluye día y noche desde la litera de abajo, como tumos de monjes tibetanos rezando para que el mundo mantenga el ser. Esta noche, la exégesis se ha centrado en el Libro de Raúl, su último novio. Con cuánta adoración describe el tamaño y configuración de su miembro, el catálogo prismático de su respuesta erótica.

El sexo es la última cosa en la que pienso aquí. Mi única preocupación es la libertad. Sopeso la configuración de las moléculas en las paredes. Medito sobre la naturaleza de la materia, sobre la preponderancia del vacío dentro del tiovivo de electrones. Trato de vibrar entre los cuantos, entrando en fase exactamente en la longitud de onda opuesta, para llegar a existir entre las pulsaciones, y entonces la materia se volvería permeable. Algún día saldré caminando a través de estas paredes.

«Gonzales se lo está dando a Vicki Manolo en Simmons A —dice Lunaria—. Está dotado como un caballo. Cuando se sienta es como si tuviera un bate de béisbol ahí».

A las internas les gusta Gonzales. Se toma la molestia de coquetear, usa colonia, tiene las manos limpias como lirios blancos. Ella se masturba, imaginándose penes enormes, se acopla con caballos, con toros, es positivamente jupiterina en sus fantasías, mientras yo miro fijo los agujeritos de los paneles de corcho y escucho el aliento nocturno de la prisión.

Últimamente lo oigo todo. Oigo el chasquido de los naipes en la torre de guardia I, no es póquer, suena más como *gin rummy*, escucho sus tristes confesiones de hemorroides y sospechas domésticas. Las viejas en la cabaña de honor, Miller, roncan con las dentaduras en vasos. Oigo las ratas en Culinaria. Una mujer grita en SCU, ella también oye las ratas, pero no comprende que no están en su cama. Rápidamente le aplican tranquilizantes.

En los dormitorios de recepción escucho amenazas murmuradas a una chica nueva. Ella es suave, una niña, no estaba preparada para estar aquí. Le sacan todo lo que le quedaba. «Putita», le dicen cuando han terminado.

El resto de la cárcel duerme dichosamente, acunado en sueños que el cautiverio hace vividos. Sé lo que están soñando. Las leo como novelas, es mejor que Joyce. Están soñando con hombres que les pegan una bofetada o un puntapié en el vientre. Hombres que aprietan los dientes antes de pegarles, y susurran «Mira lo que me obligas a

hacer». Las mujeres se empequeñecen aun en sueños, bajo las miradas de los hombres, los ojos cruzados de venas, hinchados por la furia, lo blanco del color de mayonesa en mal estado^ Uno, se pregunta cómo pueden ver para descargar sus golpes. Pero el miedo de las mujeres es un imán. Espero que no sepas esto. Atrae el puño, las manos de los hombres, duras como las de Dios.

Otras tienen más suerte. Sueñan con hombres de manos suaves, elocuentes de ternura, dedos que acariciaron una mejilla, que dibujaron labios entreabiertos en el *braille* de los amantes. Manos que esculpieron la dulzura de la carne hinchada, que siguieron el contorno de pechos y caderas en fuego, abriendo, amasando. La carne se vuelve pan en el calor de esas manos, trenzado y creciente.

Algunas sueñan con crimen, armas y dinero. Frascos de sueños que desaparecieron como la última nube. Yo estoy ahí. Veo la cara de un asistente de ARCO sorprendido en el momento en que se difunde en un *collage* de sangre brillante y huesos.

Estoy tendida en el querido apartamento, su alfombra blanca, cubo de basura, lavavajilla, aparcamiento vigilado. Yo también le birlo sus ahorros al viejo matrimonio y lo celebro con una botella de Mumm y Sevruga sobre tostadas. Con sumo cuidado sacó de sus carriles una puerta corredera de vidrio en una casa de dos pisos en Mar Vista. Compró un abrigo de piel en Saks con una tarjeta American Express robada. Es la mejor cebellina rusa, dorada como el coñac.

Mejores son los sueños de libertad. Conduzco con un volante tan real, la resistencia del acelerador, el depósito de combustible lleno. El viento por la ventanilla abierta, no usamos aire acondicionado, bebemos el aire vivo. Vamos por autopistas, por los carriles rápidos, buscando carteles que pongan San Francisco, Nueva Orleans. Adelantamos camiones en las grandes interestatales, los camioneros hacen sonar sus cláxones, tomamos refrescos en gasolineras, comemos hamburguesas jugosas en bares de carretera, pedimos porciones extra de todo. Sintonizamos estaciones de música *country*, vamos a Tijuana, Chicago, Atlanta, y dormimos en moteles donde los empleados ni aparecen, se limitan a coger el dinero.

En Barneburg B mi compañera de celda Lydia Guzmán sueña con caminar por Whittier Boulevard en verano, con un torrente de drogas poniéndole ritmo a sus muslos brillantes enfundados en medias de diez dólares. Noquea a los mirones con su paso bamboleante, la falda imposiblemente ajustada. Su risa sabe a sol quemado y cactus.

Pero sobre todo soñamos con hijos. El contacto de manos pequeñas, hileras brillantes de dientecitos como perlas. Siempre



estamos perdiendo a nuestros hijos. En aparcamientos, en supermercados, en el bus. Nos volvemos y llamamos. Shawanda, llamamos, Luz, Astrid. ¡Cómo pudimos perderlos, si teníamos tanto cuidado! Sólo apartamos la vista un momento. Los brazos cargados de paquetes, nos quedamos solas en la acera porque alguien se ha llevado a nuestros hijos.

## MADRE

Podían encerrarla, pero no podían impedir la transformación del mundo en su mente. Esto era lo que Claire nunca comprendió. El acto por el que mi madre ponía la cara en el mundo. Había crímenes demasiado sutiles para ser bien castigados.

Me erguí y el gato blanco fluyó de mí como leche. Doblé la carta y volví a meterla en el sobre, que arrojé sobre la mesita de café. No me engañaba. Yo era la chica nueva en recepción. Robaría todo lo que quedara por robar. No me dejaría seducir por la música de sus palabras. Yo podía distinguir la verdad desnuda de una mentira elegante.

Nadie me robó, madre. Mi mano nunca se soltó de la tuya. No ocurrió así. Fue más bien como si hubieras aparcado un coche estando borracha, y después no recordases dónde lo habías dejado. Miraste en otra dirección durante diecisiete años, y cuando volviste a mirar yo era una mujer que no reconocías. ¿Y ahora se suponía que yo debía sentir piedad por ti y esas otras mujeres que habían perdido sus propios hijos durante un robo, un crimen, una fiesta de codicia? Ahorra tu simpatía de poeta y busca a alguien más crédulo. Que un poeta diga algo no significa que sea cierto, sólo que suena bien. Algún día lo leeré todo en un poema para el New Yorker.

Sí, yo estaba tatuada, como ella había dicho. Cada centímetro de mi piel estaba penetrado y manchado. Era la dama pintada, una gánster japonesa, una galería de arte caminando. Pónganme a la luz, lean mis brillantes heridas. Si yo hubiera advertido a Barry, podría haberla detenido. Pero ella ya me había hecho suya. Me sequé las lágrimas, me sequé las manos en el gato blanco, y busqué otro puñado de vidrios rotos con los que frotarme la piel. Otra carta llena de hechos agitados, dramas y fantasías. Fui al final.

En algún lugar de Alta Seguridad una mujer está llorando. Ha estado llorando toda la noche. He tratado de encontrarla, pero al fin he comprendido que no está aquí. Eres tú. Deja de llorar, Astrid. Te lo prohíbo. Tienes que ser fuerte. Estoy en tu cuarto, Astrid, ¿me sientes? Lo compartes con una chica, la veo a ella también, su cabello lado, sus cejas delgadas en arco. Duerme bien, pero tú no. Te sientas en la cama con la frazada amarilla de felpilla... Cielos, ¿de dónde sacó una cosa así tu nueva madre de acogida? Mi madre tenía una igual.

Te veo abrazando tus rodillas, apretando la frente contra ellas. Los grillos frotan sus patas como jugadores de billar preparando un tiro. Deja de llorar, ¿me oyes? ¿Quién crees que eres? ¿Qué estoy haciendo aquí, si no mostrarte cómo una mujer es más fuerte que eso?

Es muy reconfortante amar a otra persona, pero aquí es como jugar con granadas. Las otras de cadena perpetua me dicen que te olvide, que trate de pasarlo bien. «Puedes tener una vida aquí —dicen—. Elige una compañera, encuentra nuevos hijos». A veces es tan horrible que pienso que tienen razón. Debería olvidarte. A veces deseo que estés muerta, así sabría qué estás a salvo.

Una mujer de mi galería les dio heroína a sus hijos desde que eran pequeños, para saber siempre dónde estaban. Están todos en la cárcel, vivos. Le gusta así. Si pensara que estoy aquí para siempre, te olvidaría. Tendría que hacerlo. Me pone enferma pensar en ti allí fuera, recibiendo heridas mientras yo doy vueltas en esta celda, impotente como un genio en una lámpara. ¡Astrid, deja de llorar, maldita sea!

Saldré, Astrid, te lo prometo. Ganaré una apelación, caminaré a través de los muros, me iré volando como un cuervo blanco.

## MADRE

Sí, estaba llorando. Estas palabras como bombas que ella ha metido en un sobre y enviado, dejándome destrozada y sangrante semanas después. ¿Crees que puedes verme, madre? Lo único que siempre has podido ver es tu propia cara en un espejo.

Siempre dijiste que yo no sabía nada, pero ese era el sitio por dónde empezar. Yo nunca me jactaría de saber qué sueñan las reclusas, o los derechos de la belleza, o qué contiene la magia de la noche. Si pensara por un segundo que lo sé, nunca tendría la posibilidad de descubrirlo, de verlo entero, de verlo surgir y revelarse. No tengo que poner la cara sobre cada nube, ser la protagonista de cada hecho del azar.

¿Quién soy, madre? No soy tú. Es por eso que deseas que esté muerta. Ya no puedes darme forma. Soy el elemento no controlado, el acto al azar, soy movimiento de avance en el tiempo. ¿Crees que puedes verme? Entonces dime, ¿quién soy? No lo sabes. No soy nada como tú. Mi nariz es diferente, achatada en el puente, no afilada como un pliegue en papel de arroz. Mis ojos no son azul hielo, teñidos con tu peculiar mezcla de belleza y crueldad. Son oscuros como moretones en la parte interior de un brazo, nunca sonrían. ¿Me prohibes llorar? Ya no soy tuya para obedecer tus órdenes. Decías que yo no tenía imaginación. Si con eso querías decir que yo podía sentir vergüenza y remordimiento, tenías razón. No puedo rehacer el mundo matándolo. No sé cómo creer en mis propias mentiras. Se necesita una cierta especie de genio.

Salí al porche, sintiendo los tabloncillos astillados bajo mis pies descalzos. El viento traía el ruido firme del tránsito de las cinco y el ladrido de los perros, el estallido de

una pistola una o dos calles abajo en la noche teñida de rojo por el sodio de las farolas, la noche sangrante. «Fuimos los que saqueamos Roma, —me dijiste aquella noche de hacía tanto tiempo en el tejado, bajo la luna ojo de cuervo—. No olvides quién eres».

Cómo podría olvidarlo. Era la hija fantasma, sentada en mesas vacías con lápices de cera y plumas mientras ella trabajaba en un poema, una chica maleable como arcilla blanca. Algo que formar, que instruir en los modos de ser ella. Siempre me estaba dando forma. Me mostraba una naranja, un manojo de pinaza, un cuarzo labrado en facetas, y me hacía describirlo. Yo no tenía más de tres o cuatro años. Mis palabras, era eso lo que quería. «¿Qué es esto?, —me preguntaba siempre—. ¿Qué es esto?». Pero ¿cómo podía decírselo? Ella había cogido todas las palabras.

El olor de crêpes de vainilla saturaba el aire de la noche, y el viento sonaba entre las palmeras como pensamientos a través de mi mente insomne. ¿Quién soy? Soy una chica que no conociste, madre. La chica silenciosa en la última fila de la clase, dibujando en sus cuadernos. ¿Recuerdas que ni siquiera sabían si yo hablaba inglés cuando volvimos a Estados Unidos? Me hicieron exámenes para descubrir si era disminuida psíquica o sorda. Pero tú nunca preguntaste por qué. Nunca pensaste: quizá debí dejarle a Astrid algunas palabras.

Pensé en Yvonne en nuestro cuarto, dormida, el pulgar en la boca, envolviendo a su bebé. «Puedo verla», decías. Nunca podrías verla, madre. Ni aunque estuvieras en ese cuarto toda la noche. Sólo habrías podido ver sus cejas depiladas, sus dientes en mal estado, los libros que leía con mujeres subyugadas en las cubiertas. Nunca habrías podido reconocer la dulzura de esa chica, la profundidad de sus necesidades, lo desesperadamente que quería ser alguien, y por eso estaba embarazada otra vez. Podrías juzgarla como se juzga a alguien diferente, inferior, pero nunca podrías verla. Las cosas no eran reales para ti. Eran sólo materia prima para darle forma y contar una historia que te gustara más. Nunca podrías escuchar simplemente a un chico tocando la guitarra, tendrías que transformarlo en un poema, hacerlo hablar de ti.

Volví dentro, desplegué todas sus cartas sobre la mesa de la cocina de Rena, cartas dirigidas a Starr y Marvel, cartas a Amelia y Claire, y estos últimos amargos capítulos. Había suficiente para ahogarme para siempre. La tinta de su escritura era un hongo, un hechizo maligno sobre corteza de abedul, una runa retorcida. Tomé la tijera y empecé a cortar, soltando las cuerdas de sus palabras, desarmando su complicado convoy de pensamiento vagón por vagón. Ahora no podía impedírmelo. Me negaba a seguir viendo a través de sus ojos.

Con cuidado, elegí palabras y frases del montón, las extendí sobre la mesa gris y blanca y empecé a disponerlas en versos. El amanecer gris empezaba a florecer cuando terminé.

Me enferma pensarte  
un predominio del vacío

profano  
inmóvil  
condenado. Regalos.  
Un sentimiento de importancia  
Deseo que estés muerta  
olvidarme de ti  
cuervo  
florido con  
fantasías  
es tan horrible  
una perfecta imitación  
la posibilidad de amar  
olvidarte  
Ingrid Magnussen

completamente sola  
masturbando  
raíz  
desilusión  
grotesco

Tus brazos acunan  
venenos  
basura  
granadas

Soledad  
gritos lejanos  
por siempre  
nunca  
respuesta  
toma todo  
¿me sientes?  
la condición humana  
Basta  
de urdir crímenes  
penitencia  
Cultívalo te  
prohíbo  
atractivo  
furia  
impotente

crujo  
contigo  
demente  
persona  
disonante y trémula

mi  
depósito de combustible lleno

Lo pegué en hojas de papel. Te lo devolví. Tus propias pequeñas esclavas. Oh mi Dios, se han rebelado. Es Espartaco, Roma en llamas. Ahora saquéala, madre. Coge lo que puedas antes de que todo se convierta en cenizas.

LOS DÍAS cristalinos de marzo, la estación más preciosa del año, vinieron como una bendición, lujosa y con aroma a cedro y pino. Vientos fríos como agujas lavaron toda impureza del aire, tan claro que podían verse cadenas montañosas a lo largo de todo el camino a Riverside, nítidas y definidas, con largas nubes rozando sus flancos empolvados como en un programa de la PBS sobre el Everest. En la televisión decían que las precipitaciones de nieve habían descendido a mil doscientos metros. Eran días ultramarinos, bordeados con armiño, y las noches mostraban sus diez mil estrellas, brillando encima como una prueba, un cálculo tejido sobre la urdimbre de ciertas verdades fundamentales.

Qué claro era, sin mi madre detrás de mis ojos. Me sentía renacida, una melliza siamesa finalmente separada de su odiado y engorroso doble. Me despertaba temprano, expectante como un niño pequeño, a un mundo lavado de la niebla venenosa de mi madre, sus miasmas lechosos. Este azul chispeante, este marzo, serían mi metáfora, mi insignia, como la túnica de María, azul con borde de armiño, medianoche con diamantes. Quién sería ahora que había tomado las riendas de mi destino otra vez, para ser Astrid Magnussen, al fin sola.

Querida Astrid:

¡Bravo! Aunque tu carta en forma de poesía deja algo que desear, al menos indica una chispa, una capacidad de fuego que nunca habría creído que poseías. Pero, de verdad, no puedes pensar que te liberarás de mí tan fácilmente. Vivo en ti, en tus huesos, en los repliegues delicados de tu mente. Yo te hice. Formé los pensamientos que te surgen, los humores que te impulsan. Tu sangre susurra mi nombre. Aun en la rebelión, eres mía.

¿Quieres mi penitencia, exiges mi vergüenza? ¿Por qué querías que sea menos de lo que soy? ¿Así te resultaría más fácil descartarme? Preferiría que me encontraras grotesca, florida con fantasías.

Me han sacado del aislamiento, gracias por preguntar. Esperándome en mi regreso a Barneburg B había, entre otras misivas, una carta de Harper's. Oh, los elogios, la Plath carcelaria. (Aunque no soy suicida, tampoco soy una poetisa al horno con la cabeza entre las patatas).

No renuncies a mí tan pronto, Astrid. Hay gente interesada en mi caso. No me llenaré de herrumbre aquí como el Hombre de la Máscara de Hierro. Es el milenio. Puede pasar cualquier cosa. Y si

tuve que ser aprisionada injustamente para que Harper's se fijara en mí... bueno, casi podría decirse que ha valido la pena.

Y pensar que cuando estaba fuera encontraba alentador que la *Dog Breath Review* me rechazara un manuscrito.

Publicarán un poema largo sobre temas de pájaros: los cuervos de la cárcel, los gansos migratorios, hasta usé las palomas, ¿las recuerdas? En St. Andrew's Place. Por supuesto que recuerdas. Tú lo recuerdas todo. Tenías miedo del palomar en ruinas, no querías salir al patio hasta que yo hice ruido entre la hiedra para asustar a las serpientes.

Siempre les tenías miedo a cosas equivocadas. Para mí era una perspectiva más amenazante que volvieran las palomas, aunque el alambre tejido había cedido hacía mucho a la hiedra.

¿Quieres borrarame? Inténtalo. Pero fíjate, cuando estés cortando la tabla sobre la que te encuentras, qué extremo está clavado al barco.

Yo sobreviviré, pero ¿tú? Tengo seguidoras. Las llamo mis hijas. Jóvenes artistas ávidas de admiración, hacen su peregrinaje hasta aquí desde Fontana y Long Beach, Sonoma y San Bernardino, vienen desde tan lejos como Vancouver, en la Columbia Británica. Y si así puedo decirlo, son mucho más de mi gusto que trémulas actrices con anillos de boda de dos quilates. Forman parte de una red de feministas renegadas, lesbianas, practicantes de Wicca y artistas de toda la costa Oeste, una suerte de Tren De Diosas Subterráneas. Están dispuestas a ayudarme de cualquier modo que puedan. Están dispuestas a perdonármelo todo. ¿Por qué tú no?

Tu amante madre,

#### CUERVO PODRIDO MASTURBATORIO

P.D. Tengo una sorpresa para ti. Acabo de conocer a mi nueva abogada, Susan D. Valeris. ¿Reconoces el nombre? ¿La abogada de las condenadas? La de los rizos negros y labios rojos. Ha venido a explotar mi martirio. No la culpo. Hay suficiente para todos.

Estaba en el umbral, mirando subir las nubes de las montañas. No la dejarían salir. Mató a un hombre, a un hombre de apenas treinta y dos años. ¿Por qué iba a hacer una diferencia el hecho de que fuera una poeta, una Plath carcelaria? Un hombre había muerto por ella. No era perfecto, era egoísta, una persona con defectos, ¿y qué? Ella volvería a hacerlo, la vez siguiente con menos motivos aún. Bastaba con ver lo que le hizo a Claire. No podía creer que ningún abogado tomara en serio la idea de representarla.

No, esto se lo estaba inventando. Tratando de hechizarme, de hacerme caer en la trampa, de meterme en su saco. No funcionaría, ya no más. Yo me había liberado de

su extraño vientre, y no volvería a atraerme a él. Que envolviera a sus nuevas hijas en la fantasía, y conspirara con ellas bajo las higueras en el patio de visitantes. Yo sabía exactamente de qué había que tener miedo. Ellas no tenían idea de las serpientes que había en la hiedra.

En el cuarto curso de historia norteamericana en el instituto Marshall estábamos estudiando la guerra civil. En la clase atestada, los alumnos se sentaban sobre los alféizares de las ventanas y las estanterías del fondo. La calefacción de la clase no funcionaba y el señor Delgado llevaba un grueso jersey verde que alguien le había tejido. Escribió en la pizarra la palabra Gettysburg, mientras yo trataba de reproducir la textura rugosa del jersey y la postura algo torpe del profesor sobre el papel rayado de mi cuaderno. Después me volví hacia el libro de historia, abierto sobre el pupitre, con la fotografía del campo de batalla verde.

Lo había examinado en casa con una lupa. Sin la lupa no se podía ver, pero los cadáveres en la fotografía no tenían zapatos ni armas ni uniformes. Yacían en la hierba en calcetines y con los ojos inertes fijos en el cielo nublado, y no se podía decir de qué bando eran. El paisaje terminaba detrás de una hilera de árboles a la distancia como un escenario. La guerra se había marchado, y no habían quedado más que los muertos.

En tres días de combate, ciento cincuenta mil hombres pelearon en Gettysburg. Hubo miles de víctimas. Me esforzaba por captar la enormidad de esa cifra. Uno de cada tres muerto, herido o desaparecido. Como un agujero gigantesco abierto en la tela de la existencia. Claire murió, Barry murió, pero en Gettysburg murieron miles. ¿Cómo podía ver eso Dios sin llorar? ¿Cómo había permitido que saliera el sol sobre Gettysburg?

Una vez mi madre y yo visitamos un campo de batalla en Francia. Tomamos un tren al norte y viajamos largo rato. Mi madre iba de azul, y nos acompañaban una mujer con grueso cabello negro y un hombre con una chaqueta de cuero gastada. Comimos jamón y naranjas en el tren. Había manchas dentro de las naranjas, estaban sangrando. En la estación, compramos amapolas, y salimos de la ciudad en un taxi. El coche se detuvo en el borde de un prado enorme. Hacía frío, la hierba parda se inclinaba bajo el viento. Piedras blancas marcaban el lugar, y recordaba lo vacío que me había parecido, y el viento que atravesaba mi abrigo liviano. ¿Dónde es?, pregunté. *Id*, dijo el hombre, acariciándose el bigote rubio. Tenía polvo de yeso en el cabello.

Miré la hierba corta, pero no pude imaginarme a los soldados muriendo allí, el rugido de los cañones, todo estaba tan callado, tan vacío, y la amapola en mi mano latía como un corazón rojo. Se sacaron fotos unos a otros contra el cielo amarillo grisáceo. La mujer me dio un bombón envuelto en papel dorado cuando volvíamos.

Todavía podía sentir el sabor de ese bombón, sentía la amapola roja en la mano. Y el hombre. *Étienne*. En su estudio la luz entraba por una claraboya, vidrio protegido con alambre tejido. Siempre hacía frío allí. El piso era de cemento gris. Había un



viejo colchón gris relleno con diarios, y todo estaba cubierto con polvo blanco del yeso que usaba para hacer sus estatuas, yeso que cubría una estructura de alambre y trapos. Yo jugaba con un muñeco de escultor de madera, haciéndolo posar mientras mi madre posaba.

Tanto blanco... Su cuerpo, y el yeso, y el polvo, estábamos blancos como panaderos. La vieja estufa que él puso cerca del taburete donde estaba mi madre no hacía mucho más que zumbiar y difundir olor a pelo quemado. Había música de *rock* francés. Todavía podía sentir el frío que hacía. Tenía un esqueleto colgando de un gancho, y yo lo hacía bailar.

Mi madre me mandó a la tienda a comprar una botella de leche. *Une bouteille de lait*, ensayé mientras caminaba. No quería ir pero ella me obligó. De regreso, me perdí. Vagué en círculos, demasiado asustada para llorar, apretando la leche en el crepúsculo. Al fin estaba demasiado cansada para caminar, y me senté en los escalones de una casa de apartamentos junto a las hileras de timbres, oscuros salvo donde tocaban los dedos y se encendían. Una puerta de cristal con un picaporte curvado. Olor de cigarrillos franceses, de tubos de escape. Pantalones de franela que pasaban, medias de nailon y tacones altos, abrigos de lana. Tenía hambre pero me daba miedo abrir la leche, miedo de que ella se enojara.

De pronto vi las ventanas vacías de mis sueños.

*Où est ta maman?* preguntaron las medias de nailon, o los pantalones. *Elle revient*, dije, pero no lo creía.

Mi madre saltó de un taxi en su abrigo afgano con el bordado y el cuello de lana rizada. Me gritó, me tomó del brazo. La botella se deslizó de mis manos. Cómo se veía la leche en la acera. De un blanco brillante, con afilados trozos de vidrio.

De vuelta del colegio, copié la fotografía del campo de batalla y se la envié con cuatro palabras recortadas y pegadas, dentro de un sobre:

## QUIÉN ERES TÚ, REALMENTE

Después de la cena me senté en la alfombra en mi cuarto, recortando tapas de revistas viejas en forma de muñecos con la navaja, y cosiéndolos a los palillos de brocheta que había guardado del Tiny Thai. Eran figuras míticas, medio animales, medio humanas: el Rey Mono, el hombre con cuernos que era sacrificado todos los años para fertilizar las cosechas, el sabio centauro Quirón y la Isis cabeza de vaca, Medusa y el Minotauro, el Hombre Chivo y la Mujer Cuervo Blanco y la Dama Zorro con su último plan para hacer dinero. Hasta el triste Dédalo con su hijo emplumado.

Estaba cosiéndole el brazo del Minotauro al cuerpo cuando hubo un golpe suave en la puerta. Almizcle, el olor de algo robado. Sergei estaba apoyado contra el marco de la puerta, los brazos musculosos cruzados, una camisa blanca almidonada y tejanos, un reloj de oro en la muñeca como la brújula de un barco. Sus ojos

revoloteaban por el cuarto, registrando el desorden: ropas apiladas en cajas, mis bolsas de blocs de bocetos y dibujos terminados, las cortinas floreadas desteñidas. Su mirada lo captaba todo, pero no como un artista, viendo formas y claroscuros. Esta mirada era profesional, calculaba sin palabras las posibilidades, cuánto trabajo le daría recoger lo que quería y sacarlo por la ventana para cargarlo en el camión. Nada de lo que veía valía la pena. Una alfombra gastada, camas viejas, el caballo de papel de Yvonne, un pisapapeles con lentejuelas a modo de nieve y que rezaba «Visita a los Estudios Universal». Sacudí la cabeza.

—Un perro no viviría aquí —dijo—. Astrid. ¿Qué haces?

Até el brazo del Minotauro al palillo, lo sostuve frente a la lámpara, lo hice subir y bajar, gesticulando al ritmo de las palabras.

—«Un perro no viviría aquí» —dije imitando su acento—. Niños, sí, pero perros, no. No perros. —El Minotauro le apuntó con el brazo—. ¿Qué tienes contra los perros?

—Juega con muñecas. —Sonrió—. A veces eres mujer, a veces niña.

Puse al Minotauro en una lata junto con los otros, un ramillete de semidioses y monstruos de papel.

—Rena no está. Salió a recoger cosas con Natalia.

—¿Quién dice que vengo a ver a Rena?

Sergei se apartó del marco de la puerta y entró, como al descuido, como paseando, inocente como un ladrón de supermercado. Cogía cosas y las devolvía a su sitio sin hacer el menor ruido. Yo no podía dejar de mirarlo. Era como si uno de mis hombres-animales hubiera cobrado vida, como si yo lo hubiera invocado. Cuántas veces había pensado en este momento, Sergei venía a visitarme, como un gato maullando por mí en la verja trasera. Yo emitía un hedor de hembra, un perfume indicador de deseo sexual, que él había seguido hasta hallarme aquí en la oscuridad.

Cogió el pisapapeles y lo sacudí, y miró caer las lentejuelas. En la sala, el televisor estaba encendido, Yvonne absorta en algún drama de horario nocturno sobre jóvenes que usaban ropa de Fred Segal, con buenos cortes de pelo y más problemas que los de ella. Se untó un dedo con la sombra de ojos de Yvonne y se pintó los párpados.

—¿Qué te parece? —dijo sonriendo, inclinando la cabeza, mirándose, aplastándose el cabello rubio con una mano, vanidoso como una mujer.

Me miró por el espejo.

Tenía grandes párpados adormilados, el plateado le iba bien. Parecía un príncipe en un *ballet*, pero su aroma era claramente animal, llenaba el cuarto con su almizcle. Yo una vez había robado una camiseta suya, sólo por ese olor. Me preguntaba si lo habría descubierto.

—Astrid. —Se sentó en el borde de mi cama, y puso su grueso brazo venoso sobre el respaldo. Ni siquiera se oyeron crujir los muelles cuando se sentó—. ¿Por qué me evitas?

Empecé a recortar una sirena con larga cabellera *art nouveau* de la tapa de una vieja *Scientific American*.

—Eres el novio de ella. Me gusta vivir aquí. Por eso te evito.

Esa voz ronroneante.

—¿Quién le dice a ella? ¿Yo? ¿Tú? —dijo—. Te conozco un poco, Astrid *krasavitza*. No tan buena chica. La gente piensa, pero no lo que yo veo.

—¿Qué es lo que ves? —le pregunté.

Sentía curiosidad por las extrañas distorsiones que habría sufrido mi imagen en la traducción dentro del alcantarillado de la mente de Sergei.

—Me ves, te gusto. Te siento mirar pero después apartas los ojos. Quizá tienes miedo de quedar como ella, ¿no? —Señaló con un movimiento de la cabeza hacia el frente de la casa, hacia Yvonne, e hizo un gesto dibujando un gran vientre—. No confías. Yo nunca te haré un bebé.

Como si fuera eso. Tenía miedo, pero no de eso. Sabía que si lo dejaba tocarme una sola vez, no podría parar. Recordé el día en que mi madre y sus amigos fueron a beber al bar giratorio encima del hotel Bonaventure, y yo me sentía atraída por las ventanas, la nada me tiraba hacia ella. Sentía lo mismo cada vez que estaba en una habitación con Sergei, ese deslizarme hacia una caída.

—Quizá es que quiero a Rena —dije, haciendo pequeños cortes en la cola de la sirena para representar las escamas—. A las mujeres no les gusta cuando otra se acuesta con sus amantes.

Una sonrisa le lavó la cara como un trapo húmedo.

—No preocupes por Rena. —Soltó una risa atronadora que subía desde su estrecha cintura, desde los tejanos ajustados—. Ella no se queda mucho tiempo con nada. Le gusta cambiar. Sergei hoy, otro mañana. Hola, adiós, no te dejes el sombrero. Pero para ti, algo más. Mira.

Se sacó algo del bolsillo de la camisa. Atrapó mi vista como una luciérnaga. Era un collar, un diamante en una cadena de plata.

—Encontré esto en la calle. ¿Lo quieres?

¿Estaba tratando de comprarme con un collar robado? Tuve que reírme. Encontrado en la calle. En la mesa de noche de alguien, más bien. O incluso alrededor de un cuello, ¿cómo saberlo? «Saqué de su carril la puerta de cristal de una casa de dos pisos en Mar Vista». Un corruptor de menores ofreciendo un caramelo, un paseo en su coche. De modo que era así como Sergei intentaba seducir a una mujer, cuando sólo su olor y su voz y las venas de sus brazos eran suficiente, esos ojos azules adormecidos que ahora chispeaban bajo párpados plateados, esa sonrisa criminal.

Puso cara triste.

—Astrid. Chica hermosa. Es un regalo de mi corazón.

El corazón de Sergei. Ese corredor vacío, esa habitación sin ventilar. «El sentimentalismo es la elaboración de sentimientos que en realidad no se han tenido».

Si yo fuera una chica buena, me sentiría insultada, lo echaría ahora mismo. Ignoraría su sonrisa, su bulto dentro de los tejanos. Pero me conocía. Olía mi deseo. Me sentí arrastrada hada las ventanas, atraída por el aire.

Me abrochó la cadencia al cuello. Después me tomó la mano y la puso sobre su entrepierna cálida y pude sentir que se endurecía. Era obsceno, y me excitaba sentirlo ahí, un hombre que representaba una caída. Se inclinó y me besó como yo quería ser besada, firme y con regusto a la bebida de la noche anterior. Bajó el cierre de mi falda de poliéster, me la sacó por la cabeza. Me quitó la camisa y la arrojó sobre la cama de Yvonne. Sus manos me despertaban, yo había estado durmiendo, ni siquiera lo sabía, hada mucho tiempo.

Entonces se detuvo, y abrí los ojos. Estaba mirando mis cicatrices. Seguía el código Morse de las mordeduras de perro en mis brazos y piernas con los dedos, después las cicatrices de bala, el hombro, el pecho y la cadera, midiendo la profundidad con el pulgar, calculando su edad y gravedad.

¿Quién te hizo esto?

¿Cómo podía empezar siquiera a explicarle quién me lo había hecho? Tendría que empezar con la fecha de mi nacimiento. Miré la puerta, todavía abierta; se oía el televisor.

—¿Esto es una exhibición o qué?

La cerró sin ruido, se desabrochó la camisa y la colgó sobre la silla, se sacó los pantalones. Su cuerpo blanco como la leche, de venas azuladas, era amenazante, delgado y denso como mármol. Me quitaba el aliento. Gomo podía confundir nadie la verdad con la belleza, pensé mientras lo miraba. La verdad venía con ojos hundidos, huesuda o arrugada, decaída. Tenía dientes en mal estado, cabello gris enredado. Mientras que la belleza era vacía como un globo, vana como un periquito. Pero tenía poder. Olía a almizcle y naranjas y le hacía cerrar a una los ojos en una plegaria.

Sabía cómo tocarme, sabía lo que me gustaba. No me sorprendía. Yo era una chica mala, otra vez en busca de su padre. Su boca en mis pechos, sus manos en mi trasero, o subiendo entre las piernas. No había poesía en nosotros abrazados en la colcha amarilla sobre el suelo. Me puso en la posición que quería, las piernas sobre sus hombros, cabalgándome como un cosaco. De pie con los brazos enlazados para sostenerme mientras me penetraba. Me vi en el espejo del armario, Me sorprendió ver qué poco me parecía a mí misma, con los ojos entrecerrados, mi sonrisa sexual, no Astrid, no Ingrid, nadie que hubiera visto antes, con mis anchas caderas y largas piernas alrededor de él, qué larga era, qué blanca.

Querida Astrid:

Una chica de *Contemporary Literature* vino a entrevistarme. Quería saberlo todo sobre mí. Hablamos durante horas; todo lo que le dije eran mentiras. Somos más grandes que la biografía, querida mía. Si alguien lo sabe, eres tú. Después de todo, ¿qué es la biografía del

espíritu? Fuiste la hija de una artista. Tuviste belleza y asombro, recibiste el genio junto con la papilla, con el beso de buenas noches. Después tuviste un Jesús de plástico y un amante maduro, fuiste rehén del color turquesa, la hija mimada de una sombra. Ahora estás en Ripple Street, desde donde me mandas retratos de muertos y haces malos poemas con mis palabras, ¿y quieres saber quién soy?

¿Quién soy? Soy quien digo que soy, y mañana alguien completamente distinto. Tienes demasiada nostalgia, quieres que la memoria vaya en tu auxilio y consuelo. El pasado es aburrido. Lo único que importa es uno mismo y lo que uno pueda crear a partir de lo que ha aprendido. La imaginación usa lo que necesita y descarta el resto, mientras tú quieres levantar un museo.

No persigas el pasado, Astrid. No atesores nada. Quémalo. El artista es el fénix que se quema para renacer.

## MADRE

Saqué de las bolsas la ropa sucia en la lavandería automática Fletcher, y separé lisos de estampados, colores fríos de colores cálidos. Me gustaba hacer la colada, la clasificación, meter las monedas en las lavadoras, el olor tranquilizante de los detergentes y secadoras, el rumor de las máquinas, el chasquido del algodón y los tejanos cuando las mujeres doblaban sus ropas, sus sábanas limpias. Los niños jugaban con las cestas de ropa de sus madres, las usaban como jaulas, se metían en ellas como botes. Yo también quería sentarme en una, y jugar a que navegaba.

Mi madre odiaba cualquier tarea, especialmente las que tenían que realizarse en público. Esperaba hasta que toda nuestra ropa estuviera sucia, y a veces lavaba la ropa interior en el lavabo para postergarlo unos días más. Cuando al fin la situación se hacía insostenible, cargábamos las máquinas con nuestra ropa y nos íbamos a ver una película, a mirar libros. Siempre al volver la encontrábamos húmeda, encima de las lavadoras o en las mesas para doblar. Yo odiaba que otra gente tocara nuestras cosas. Todos los demás podían quedarse y vigilar su ropa, ¿por qué nosotras no? «Porque nosotras no somos como todo el mundo —decía mi madre—. No somos ni remotamente como todo el mundo».

Pero también ella ensuciaba la ropa.

Cuando la ropa estuvo seca, las sábanas devueltas a la salubridad, volví a casa en la camioneta de Niki, que me la prestaba para ocasiones especiales, como cuando estaba demasiado borracha para conducir, o cuando yo me ocupaba de la colada. Aparqué en la entrada. Había dos chicas que no conocía sentadas en los escalones del porche de la casa de Rena. Chicas blancas, caras frescas, sin maquillaje. Una llevaba un vestido con florecitas, el cabello color arena en un rodete cruzado por un palillo chino. La morena llevaba tejanos y un polo de cuello alto color rosa. Cabello negro hasta el hombro. Sus pequeños pezones se marcaban bajo el algodón rosa.

La del vestido se puso de pie, entrecerrando los ojos bajo el sol, ojos del mismo gris que su vestido, pecas. Sonrió con incertidumbre cuando salió de la camioneta.

—¿Eres Astrid Magnussen? —preguntó.

Del asiento delantero cogí una bolsa de basura con la ropa doblada, y del trasero otra igual con ropa de cama.

—¿Quién quiere saberlo?

—Soy Hannah —dijo—. Ella es Julie.

La otra chica sonrió también, pero no tan ampliamente.

Nunca las había visto. Estaba segura de que no iban al Marshall, y eran demasiado jóvenes para ser asistentes sociales.

—Ya, ¿y qué?

Hannah, las mejillas sonrosadas por la vergüenza, miró a la morena Julie buscando aliento. De pronto tomé conciencia de lo que yo debía de parecerles. Una chica dura, con experiencia de la calle. Mi lápiz de ojos, mi camisa de poliéster negra, mis botas pesadas, mi cascada de pendientes de plata. Niki e Yvonne me habían agujereado las orejas un día que estaban aburridas. Las dejé hacer. Les gustó darme forma. Yo había aprendido que por más cosas que me colgara de los lóbulos o me pusiera en el cuerpo, yo era insoluble, como la arena en el agua. Por más que me sacudieran, siempre volvía al fondo.

—Hemos venido a conocerte, ¿sabes? Si hay algo que podamos hacer... —dijo Hannah.

—Conocemos a tu madre —dijo Julie. Tenía una voz más grave, más calmada—. La visitamos en Corona.

Sus hijas. Sus nuevas hijas. Limpias como copos de nieve. Brillantes y recién nacidas. Amnésicas. Yo llevaba casi seis años en hogares de acogida, había pasado hambre, llorado, y mendigado, mi cuerpo era un campo de batalla, mi espíritu estaba marcado y agujereado como una ciudad bajo sitio, ¿y ahora me reemplazaban seres no mutilados, seres intactos?

—Estamos en el Pitzer College, en Pomona. Leemos su obra en Estudios de la Mujer. La visitamos todas las semanas. Sabe tanto sobre todo, es increíble. Cada vez que vamos nos fascina.

¿En qué estaba pensando mi madre al mandarme estas universitarias? ¿Estaba tratando de molerme hasta volverme talco, harina, para hacer algún pan amargo? ¿Este era el último castigo por mi negativa a olvidar?

—¿Qué quiere de mí?

—Oh, no —dijo Hannah—. Ella no nos mandó. Vinimos por cuenta propia. Pero le dijimos que te mandaríamos un ejemplar de la entrevista. —Me mostró una revista que había estado enrollando en las manos, ruborizada. En cierto modo, yo envidiaba ese rubor. Yo ya no podía ruborizarme más. Me sentía vieja, deformada e irreconocible como un zapato dado a un perro—. Y además pensamos, ¿sabes?, ahora que sabemos dónde vives, podríamos...

Sonrió, sin saber cómo seguir.

—Pensamos que podíamos venir y ver si podíamos ayudarte o algo —dijo Julie.

Yo las intimidaba. Pensaban que una hija de mi madre sería otra cosa, más como ellas. Alguien dulce, abierto. Esto las desconcertaba. Mi madre no las asustaba, pero yo sí.

—¿Sale ahí? —pregunté, tendiendo la mano para tomar la revista.

Hannah trató de alisarla sobre su rodilla floreada. La cara de mi madre en la portada, detrás de una alambrada, hablando por teléfono en el cuarto de aislamiento. Debía de haber hecho algo, ya que por lo general las visitas se realizaban en las mesas de pícnic. Se la veía hermosa, sonriente, los dientes todavía perfectos, la única condenada a cadena perpetua en Frontera con dientes perfectos, pero los ojos parecían exhaustos. *Contemporary Literature*.

Me senté al lado de Julie en los escalones astillados. Hannah se sentó un escalón más abajo, el vestido fluyendo en una curva como un paso de danza de Isadora Duncan. Abrí la revista, la hojeé. Los gestos de mi madre, la palma de la mano en la frente, el codo en el anaquel. La cabeza contra la ventana, los ojos bajos. «Somos más grandes que la biografía».

—¿De qué habláis con ella? —pregunté.

—De poesía —dijo Hannah encogiéndose de hombros—. De lo que estamos leyendo. Música, toda clase de cosas. A veces ella habla sobre algo que vio en las noticias. Cosas en las que uno no pensaría ni medio minuto, pero ella les aplica un punto de vista increíble.

La transformación del mundo.

—Habla sobre ti —dijo Julie.

Eso era una sorpresa.

—¿Qué dice de mí?

—Que estás en un... ya sabes. Un hogar de acogida. Se siente horriblemente mal por lo que pasó —dijo Hannah—. Sobre todo por ti.

Miré a esas chicas universitarias, con sus caras sin maquillaje, confiadas, preocupadas. Y sentí el abismo entre nosotras, todas las cosas que no serían porque yo era la que era. Yo me graduaba dentro de dos meses, pero no iría a Pitzer, eso seguro. Yo era la hija mayor, el pasado que debía quemarse, para que mi madre, el fénix, pudiera renacer, un ave dorada emergiendo de las cenizas. Traté de ver a mi madre con los ojos de estas chicas. La hermosa alma poética aprisionada, el genio sufriente. ¿Sufría mi madre? Me obligué a imaginármelo. Seguramente sufrió cuando Barry la echó de su casa aquel día, después de haber dormido con ella. Pero cuando ella lo mató, el sufrimiento quedó de algún modo redimido. ¿Estaba sufriendo ahora? En realidad no lo sabía.

—Así que pensasteis en venir, ¿y qué más? —pregunté—. ¿Me adoptaréis?

Me reí, pero ellas no. Yo me había endurecido demasiado, quizá me parecía más a mi madre de lo que creía.

Julie le dirigió a Hannah una mirada de «te lo dije». Supe que esto había sido idea de la chica del pelo color arena.

—Bueno, sí, algo así. Si tú quieres.

Su sinceridad tan inesperada, sus simpatías tan fuera de lugar.

—Vosotras no creéis que ella lo haya matado, ¿verdad? —dije.

Hannah sacudió la cabeza.

—Ha sido todo un terrible error. Una pesadilla. Ella habla sobre eso en la entrevista.

Seguro que lo hacía. Siempre estaba muy a sus anchas ante un público.

—Hay algo que debéis saber —les dije—. Ella lo mató.

Hannah me miraba fijamente. La mirada de Julie fue a su amiga. Estaban escandalizadas. Julie se acercó con gesto protector a su amiga, y yo me sentí cruel, como si les hubiera dicho a niños pequeños que no existía el ratoncito de los dientes, que era sólo su mamá deslizándose en el cuarto una vez ellos estaban dormidos. Pero no eran niños pequeños, eran mujeres, estaban admirando a alguien de quien no sabían absolutamente nada. Mirad la fea verdad por una vez, chicas universitarias.

—Eso no es cierto —dijo Hannah. Sacudió la cabeza, y volvió a sacudirla, como si no pudiera ahuyentar mis palabras—. No lo es.

Me estaba pidiendo que le dijera que no era cierto.

—Yo estuve allí —le dije—. La vi mezclar el veneno. No es lo que parece.

—Sigue siendo una gran poetisa —dijo Julie.

—Sí —dije—. Una asesina y una poetisa.

Hannah jugueteaba con un botón de su vestido gris, y de pronto se le quedó en la mano. Lo miró en la palma, la cara roja como un *borscht* de remolacha.

—Debe de haber tenido sus razones. Quizá él le pegaba.

—Él no le pegaba —dije.

Puse las manos en las rodillas y me levanté. De pronto me sentía muy cansada. Quizá quedaba algo de hachís en el cuarto de Nuri.

Julie alzó la vista hacia mí, los ojos castaños serios y serenos. Parecía más sensata que Hannah, menos proclive a caer bajo los hechizos de mi madre.

—¿Por qué lo hizo, entonces?

—¿Por qué una persona mata a otra que la abandona? —dije—. Porque se sienten heridos y furiosos y no pueden soportar ese sentimiento.

—Yo me he sentido así —dijo Hannah.

La luz del sol poniente tocaba los rizos de su cabello, haciendo un halo alrededor de su cabeza rubia.

—Pero no mataste a nadie —dije.

—Quise hacerlo.

La miré, retorciendo el dobladillo de su vestido de florecitas, entreabierto donde se había caído el botón, mostrando un estómago rosa.



—Ya. Quizá hasta fantaseaste cómo lo harías. Pero no lo hiciste. Hay una gran diferencia.

Un sinsonte cantó en el árbol de yuca de los vecinos, el fluir de un sonido líquido.

—Quizá la diferencia no es tan grande —dijo Julie—. Simplemente alguna gente es más impulsiva que otra.

Golpeé la revista contra la pierna de mis tejanos. La justificarían de algún modo. Protegerían a la Diosa Belleza pasara lo que pasase. «Están dispuestas a perdonármelo todo».

—Escuchad, gracias por venir, pero tengo que entrar.

—He escrito mi número en la contraportada de la revista —dijo Hannah levantándose—. Llámanos si... ya sabes. Si quieres.

Sus nuevas hijas. Me quedé en el porche y las miré alejarse en su coche. Julie conducía. Era una vieja furgoneta Olds, una antigüedad, tan grande que tenía claraboyas. Hacía un sonido tintineante mientras se alejaba. Arrojé la revista a la basura. Tratando de hacer pasar sus mentiras, como una envejecida Salomé ocultándose tras sus velos. Podría haberles dicho a sus hijas un par de cosas sobre mi madre. Podría haberles dicho que nunca encontrarían a la mujer detrás de ese velo reluciente, oloroso a musgo y violetas. Siempre habría más velos debajo. Tendrían que desgarrarlos como telarañas, ferozmente, y aparecerían otros tan rápido como avanzaran. Con el tiempo, las envolvería en su seda como moscas, para digerirlas a gusto, y volvería a velar su rostro, una luna en una nube.

NIKI partió una tableta de ácido y me la puso en la lengua; después una para ella. Venía en envoltorios de papel impreso con flamencos rosados montados en motocicletas. Estábamos sentadas en el porche, mirando los restos del viejo Riviera del vecino aparcado encima de bloques de madera. La temperatura estaba subiendo, se formaban nieblas, tibias como en el baño, todo húmedo como una media mojada. No sentí nada.

—Deberíamos tomar otra.

Si lo hacía, quería asegurarme de que funcionara. Yvonne decía que estábamos locas por confundir nuestras cabezas de ese modo, pero yo ya estaba bastante loca. Susan D. Valeris me había llamado tres veces. Dejé de atender el teléfono, y le dije a Rena que colgara si alguien preguntaba por mí.

—Tarda un rato —dijo Niki—. Ya lo sabrás cuando suceda. Créeme, no te dormirás.

No pasó nada durante casi una hora, yo estaba segura de que la droga no era buena, pero entonces vino de pronto como un ascensor. Niki se reía y agitaba una mano frente a mi cara, los dedos dejando huellas a su paso.

—¿Ya estás tomando altura?

Sentía la piel cálida y picante, como si me hubiera brotado un eccema, pero al mirarla la veía como siempre. Era el cielo el que había cambiado de pronto. Se había vuelto blanco. Blanco como una catarata, un enorme ojo blanco. Sentí temor bajo ese terrible cielo vacío. Era como si Dios se hubiera vuelto senil y ciego. Quizá ya no quería vernos más. Podía ser. Todo alrededor de nosotras seguía como siempre, salvo que insoportablemente. Siempre trataba de no pensar en lo feo que era este lugar. Trataba de encontrar al menos una cosa hermosa.

Pero bajo el efecto de esta droga descubrí que no podía dejar de ver lo que me rodeaba, no podía desconectar. Era aterrador. Me sentí abrumada por la sordidez y el abandono de todo aquello, con aspecto de jardín infernal: el escalón astillado, los cuatro coches muertos en el patio del vecino, volviendo a la tierra a fuerza de herrumbre, la verja de hierro de la inmobiliaria coronada de alambre de espino, los trozos de vidrio en la calle. Se me ocurrió que vivíamos exactamente en el vertedero de Los Ángeles, el sitio donde la gente abandonaba los coches robados y los incendiaba. El sitio donde acababa toda la resaca. Sentí náuseas, la piel me ardía. Tenía un gusto metálico en la boca, como si masticara papel de plata. En la calle vi un pájaro muerto, aplastado, rodeado de plumas suaves.

Me daba miedo decirle a Niki que sentía miedo, pensé que si lo mencionaba podía empezar a gritar. Y podía no detenerme nunca.

Todo el mundo había sido reducido a esto, a restos inertes. Y nosotras también éramos resaca de la ciudad, como el pájaro, los carritos de supermercado abandonados, el Riviera desmantelado. Podía oír el zumbido de los cables de alta tensión, la radiación insidiosa que mutaba nuestras células. Nadie se preocupaba por la gente que vivía aquí abajo. Éramos el fin de la civilización, donde todo se había rendido a la senilidad y el agotamiento. Y nosotras éramos lo que quedaba, Niki y yo, como cucarachas después del fin del mundo, escurriéndonos entre las ruinas, disputándonos trozos de cadáveres. Como el sueño del rostro fundido de mi madre. Me daba miedo preguntar si mi cara también se estaba fundiendo. No quería llamar la atención sobre ella.

—¿Estás bien?

Niki había cogido un mechón de mi cabello en la nuca, y tiraba suavemente.

Moví la cabeza, un movimiento infinitesimal, no podría decir siquiera si lo había hecho o sólo lo había pensado. Me daba miedo hacer más.

—No te preocupes —dijo—. Estás entrando.

Ella se estaba transformando en un juguete, en una muñeca de trapo. Tenía que aferrarme al hecho de que la conocía, de que era sólo un truco de mi mente. Era Niki, me decía. La conocía. Abandonada a los seis años por su madre en un supermercado en Alhambra, Niki llevaba la contabilidad de la casa, calculaba las probabilidades, sacaba los porcentajes. Me gustaba mirarla cuando se preparaba para el trabajo, con su uniforme tirolés almidonado de camarera; parecía Heidi en un filme de Warhol. Aun si no la reconocía, la conocía. Tenía que aferrarme a eso.

Sudaba, me estaba resquebrajando como el viejo pavimento bajo el sol.

—¿Podemos irnos de aquí? —susurré, trémula, con náuseas—. Lo odia. De veras.

—Dime dónde —dijo ella.

Sus ojos se veían extraños, negros y opacos, como los de una muñeca.

En el silencio frío de las salas de impresionistas del Museo de Arte, el mundo me fue devuelto, en todo su color, luz y forma. ¿Cómo lo había olvidado? Aquí nada podía pasarme. Este era el puerto, la avanzada del mundo verdadero, donde todavía podía haber arte y belleza y memoria. Cuántas veces había entrado aquí con Claire y con mi madre. Niki nunca había estado antes. Caminamos frente a barcas de pesca acunándose ancladas, un dorado iridiscente de cielos blancos que pasaban al rosa, reflejos en primer plano de la calle acuática.

Nos detuvimos ante un cuadro donde una mujer leía un libro en un jardín a la sombra, en el rincón de un parque. Su vestido de lino blanco con bordes azules susurraba cuando volvía las páginas. En su delicioso azul-verde, el cuadro olía a menta, el césped profundo como helechos. Nos veía a nosotras dos en el cuadro, Niki de largo y blanco, yo en tela moteada. Nos apartamos lentamente de la mujer, ella se disponía a servirnos el té. Yo estaba aquí en la galería, pero también estaba caminando sobre el césped húmedo, el vestido manchado de verde, la brisa traspasando la tela ligera.

El árido venía en oleadas, nos balanceábamos delante de los cuadros por la fuerza de la droga. Pero yo ya no estaba asustada. Sabía dónde estaba. Estaba con Niki en el mundo de verdad.

—Es furioso —susurró ella, sin soltarme la mano.

Algunos de los cuadros se abrían como ventanas, como puertas, mientras otros seguían siendo tela pintada nada más. Podía tomar melocotones y cerezas de Cézanne sobre un mantel blanco arrugado, morder un melocotón y ponerlo de vuelta en el plato. Comprendía a Cézanne.

—Mira cómo yes las cerezas desde arriba, pero los melocotones de lado —dije.

—Parecen bombas de cereza —dijo Niki, uniendo los dedos y después apartándolos con fuerza.

Los vivaces tallos de las cerezas parpadeaban como ruegos artificiales.

—Tus ojos quieren hacerlos normales, pero no pueden —dije.

Imaginé cómo sería pintar el cuadro, podía ver exactamente en qué orden se había hecho.

El guardia dio un paso y adelantó las manos.

—No tocar.

—De acuerdo —dijo Niki en un susurro, y pasamos al cuadro siguiente.

Sentía que todos esos cuadros podría haberlos pintado yo misma. El ácido seguía elevándome, ya no sabía cuánto más alto podría llevarme; no era para nada como el oxicodona: el atontamiento, la estupidez, el escape. Esto era más alto que lo alto. Doscientos pisos, quinientos pisos. El cielo nocturno de Van Gogh.

Nos detuvimos a tomar algo en la cafetería del museo. Yo sabía exactamente dónde estaba, en el mismo edificio que el auditorio, mi vieja aula de clase justo abajo. Mi campo de juegos personal. Fui al expendedor de bebidas e interpreté la obertura del *Vals de la Bella Durmiente* con los diferentes refrescos.

—¿Qué estoy tocando? —le pregunté.

—Tranquila —dijo Niki.

Traté de estar tranquila, pero era demasiado divertido. Cuando llegó la hora de pagar, no pude recordar cómo funcionaba el asunto del dinero. La cajera parecía un budín de tapioca. No quería mirarnos. Decía algunos números y yo saqué el dinero, pero no sabía qué hacer con él. Se lo mostré en la mano abierta, y ella cogió la cantidad justa.

—*Danke, chorisho, guíen tag, Arigato* —le dije—. *Dar es Salaam*. Esperando que nos creyera extranjeras.

—*Dar es Salaam* —dijo Niki cuando salimos al patio. Exactamente así había sido cuando yo era pequeña, divertido, ligero como una pelota de playa. Niki y yo nos sentamos en la sombra y tomamos los refrescos, miramos pasar la gente, notando cómo se parecían a algunos animales. Había un ñu, y un león, y un pájaro secretario. Tapir y yak de pelo rizado. ¿Cuándo me había reído así antes?

Una vez terminamos, Niki dijo que debíamos ir al lavabo.

—Yo no —dije.

—No lo sabrás hasta que sea demasiado tarde —dijo Niki—. Ven. Volvimos a entrar, encontramos las puertas con las ridículas siluetas en pantalones o faldas. El modo ridículo en que pensábamos masculino, femenino, como pantalones o faldas. De pronto, todo el universo sexual con sus convenciones parecía fantástico, artificial.

—No mires en los espejos —dijo Niki—. Mírate los zapatos. Había mosaicos gris oscuro, mala luz, suelo sudo. Sentí volver el miedo. Un regusto metálico en la boca. De uno de los retretes salió una señora vieja con un traje pantalón *beige*, cara *beige*, cabello *beige*, zapatos *beige*, cinturón amarillo, y nos miró.

—Parece un sándwich tostado de queso —dije.

—Mi amiga se siente enferma —se excusó Niki, tratando de no reírse.

Me empujó a uno de los retretes para minusválidos y cerró la puerta. Tuvo que desabrocharme los pantalones y sentarme como si fuera una niña de dos años. Para mí era demasiado difícil.

—Cállate y mea —dijo Niki.

Sacudí las piernas. Realmente me sentía como si fuera dos. —Toca las campanitas para Annie— dije. Y oriné. Realmente tenía que orinar después de todo. El sonido me hizo reír—. Te quiero, Niki.

—Yo también —dijo ella.

Pero al salir me eché un vistazo en el espejo. Tenía la cara colorada, los ojos negros como de urraca, el pelo enredado. Parecía una fiera. Me asusté. Niki me dio prisa.

Estábamos en el ala de contemporáneos. Yo nunca iba ahí. Cuando venía con mi madre, me hacía parar frente a un Rothko, cuadrado azul y rojo, y me lo explicaba durante una hora. Lo entendí. Ahora Niki y yo nos paramos allí, en el mismo espacio que yo ocupaba cuando era niña, y vimos las tres zonas de color latir, pulsar y emerger otros tonos, un tomate, un granate, un púrpura. El rojo avanzaba, el azul se retiraba exactamente como decía Kandinsky. Era una puerta, y entrábamos por ella.

Pérdida. Eso era lo que había dentro. Dolor y pena, sin palabras y sin forma. No como lo sentí yo esa mañana, durante el pánico. Esto era destilado. Niki me rodeó la cintura con un brazo, yo la suya con el mío. Nos quedamos así, de duelo. Pude imaginarme cómo se sintió Jesús, esta piedad por toda la humanidad, qué imposible era, qué admirable. El cuadro era de Casals, un réquiem. Mi madre y yo, Niki e Yvonne, Paul y Davey y Claire, todos. Qué vasta era la capacidad de sufrir del ser humano. Lo único que uno podía hacer era quedarse asombrado contemplándolo. No era en absoluto una cuestión de supervivencia. Era la plenitud que tenía, lo mucho que podía abarcar, lo mucho que podía doler.

Salimos al sol, gravemente, como después de un funeral.

Llevé a Niki a la colección permanente, ahora tenía que ver las diosas. En las salas hindúes vivía el resto de la antigua ecuación. Figuras plenas danzando, haciendo el amor, durmiendo, sentadas en lotos, las manos en sus *mudras* característicos. Shiva

danzaba en su marco de fuego de bronce. De fondo había música de raga muy baja. Encontramos un *bodhisattva* de piedra, de bigote y piedras preciosas. Había pasado por la puerta que pintó Rothko, y sostenía eso y la danza. Había venido al otro lado. Nos sentamos en el banco y dejamos que su corazón nos penetrara. Otra gente pasaba, pero no se quedaba. Sus ojos pasaban sobre nosotros y seguían de largo. Eran como moscas respecto de una piedra. Nosotras ni siquiera podíamos verlos.

El efecto tardó mucho en pasar. Nos sentamos con Yvonne un rato, viendo la televisión, pero parecía incomprendible. El cuarto giraba con color y movimiento, y ella miraba diminutas cabezas dentro de una caja. Las lámparas eran más interesantes. Dibujé el modo en que el aire se llenaba con perfectos copos de nieve hexagonales. Podía hacerlos caer y volver a subir. Entró Sergei, exactamente igual al gato blanco que lo seguía. Nos habló sobre algo, pero su mente era una pecera con un pez dorado. El tema de las faldas y los pantalones.

De pronto no pude soportar seguir en aquella casa fea y atestada, con Sergei y su pez dorado, su boca abriéndose y cerrándose estúpidamente. Salí al porche. Con papel y acuarelas y pinté húmedo sobre húmedo, rayas que se volvían figuras de Blake en el amanecer, y bailarines bajo el mar. Salió Niki y fumó y miró los anillos bajo las luces de la calle. Después Rena y Natalia compartieron su Stoli con nosotras, pero no me hizo nada. Rena era una mujer zorro y Natalia un caballo árabe con un rostro de plato. Hablaban en ruso y nosotras entendíamos cada palabra que decían.

A las tres de la mañana me estaba cansando horriblemente de los copos de nieve y del modo en que respiraban las paredes. «Toca la campanita para Annie». No podía dejar de pensar en eso. Al principio pensé que quizá quería decir «toca la campanita para Mami», pero cuando lo oía en mi cabeza, siempre era lo mismo. Toca la campanita para Annie. ¿Quién era Annie, y por qué yo tocaba la campanita para ella? Estaba temblando, los nervios tensos, cuando Yvonne ya estaba durmiendo envuelta en su manta de espuma y los copos de nieve llenaban el cuarto. Annie, ¿quién eres, y quién es Mami? Amarillo era todo lo que encontraba, luz de sol amarilla y un cisne blanco, un olor cálido como el de la ropa lavándose.

Por la mañana, recorté palabras de la página de historietas del diario:

## QUIÉN ES ANNIE

COMO le había prometido, acompañé a Yvonne a las clases en el hospital Waite Memorial. Le sostenía las pelotas de tenis, la toalla. No podía tomármelo en serio. No sé si era un efecto remanente del ácido, pero todo parecía gracioso. La muñeca de plástico parecía un extraterrestre. Las parejas jóvenes parecían niños grandes, jugando a un juego, el juego del embarazo. Esas chicas no podían estar embarazadas en realidad, se habían metido almohadas debajo de sus vestidos. Me gustaba el tacto de todas las cosas de bebé, hasta lavar la muñeca y ponerle los pañales Mickey Mouse.

Yvonne decía que era mi cuñada, y que su marido, mi hermano, estaba en el ejército. Patrick, le gustaba ese nombre. Un actor de televisión.

—Recibí carta de Patrick, ¿no te lo había dicho? —me dijo durante la pausa, mientras todos tomábamos zumo y panecillos de jengibre—. Mi marido —le dijo a la pareja que estaba al lado—. Lo han enviado a, cómo es...

—Dar es Salaam —dije.

—Lo echo de menos, ¿tú no?

—No tanto —dije—. Es mucho mayor que yo.

Me imaginé un hombre corpulento y rubio que me traía muñecas de sus viajes. Muñecas Heidi, con droga escondida bajo las faldas.

—Me envió quinientos dólares para la cuna —dijo Yvonne—. Me hizo prometer que no iría a tiendas de segunda mano. Lo quiere todo nuevo. Es un despilfarro de dinero, pero si él lo quiere...

Era divertido. Yo nunca había jugado a juegos con otras niñas, juegos de la muñeca, mamá y papá.

Le mostraron cómo poner el bebé al pecho, a la vez que se sostenía un pecho con una mano. Le dio de mamar al niño de plástico. No pude evitar reírme.

—Shhh —dijo Yvonne, acunando al extraterrestre, acariciándole la cabeza con muescas—. Es un bebé tan bonito. No escuches a esa chica mala que se ríe, hijita. Eres mi bebé, sí que lo eres.

Después, Yvonne se tendía en la colchoneta anaranjada, respirando y contando, y yo le ponía las pelotas de tenis bajo la espalda, las hacía mover con toallas enrolladas. Me ocupaba del cronómetro y controlaba el tiempo de las contracciones, respiraba con ella, las dos hiperventiladas. No estaba nerviosa.

—No te preocupes —decía sonriendo, su vientre como una gigantesca perla de los mares del Sur—. Ya he pasado por esto antes.

Explicaban sobre la epidural y las drogas, pero nadie allí aceptaría drogas. Todas querían la experiencia natural. Todo parecía envuelto en plástico, irreal, como azafatas en aviones mostrando cómo funcionaban los cinturones de seguridad y cómo

hacer un desembarco ordenado en caso de estrellarse en el mar, con los pasajeros mirando las tarjetas en el bolsillo del asiento delantero. Seguro, pensaban, no hay problema. Una mirada a la salida de emergencia más cercana, y ya estaban listos para el servicio de a bordo, los cacahuetes y una película.

Rena absorbía el feroz sol de abril en su biquini negro de macramé, bebiendo un vaso de vodka y Fresca, mezcla a la que llamaba un margarita ruso. Los obreros de la fontanería vecina estaban en la valla baja, silbándole de admiración. Ella simulaba no notarlo, pero aplicaba bronceador Tropic Tan lentamente a la parte superior de sus pechos, se acariciaba los brazos, mientras los obreros se aferraban la entrepierna y le proponían cosas en español. La silla metálica estaba medio derrumbada bajo su peso, nos arrullaba el sonido del mohoso aspersor regando la hierba y el diente de león.

—Pillarás un cáncer de piel —le dije.

Adelantó el labio inferior.

—Estamos muertas a largo plazo, nena. —Le gustaban las expresiones norteamericanas, a sabiendas de lo exóticas que sonaban en su boca. Levantó su margarita ruso en un brindis—: Nazdarovsy.

Significaba «a tu salud», pero la salud era lo que menos la preocupaba. Encendió un cigarrillo negro y dejó que el humo subiera en arabescos.

Yo estaba sentada en una vieja tumbona a la sombra de una gran adelfa, dibujando a Rena absorber los mortales rayos ultravioletas. Se roció con una pequeña botella de agua helada, y los hombres que miraban desde la valla se estremecieron. Podía verse la forma de sus pezones a través de la tela. Sonrió para sí misma.

Esto es lo que le gustaba, hacer gemir a unos fontaneros y hacerles mojar los pantalones. Una venta, un margarita ruso, un poco de sexo en el lavabo con Sergei, hasta ahí llegaba el futuro que le interesaba. Admiré su confianza. Cáncer de piel, cáncer de pulmón, hombres, muebles, basura, siempre pasaría algo. Era bueno para mí estar aquí ahora. Yo no podía permitirme pensar en el futuro.

Sólo me faltaban dos meses para la graduación, y después una caída por el borde del mundo. Por la noche soñaba con mi madre, la veía siempre marchándose. Soñé que perdía un viaje a Nueva York para ir a la escuela de arte, que perdía una invitación para una fiesta con Paul Trout. Me quedaba levantada y hojeaba mi colección de Art News de doce años atrás, que había encontrado en la basura, estudiaba las fotos de actrices, sus pelos enredados, grises, o castaños largos, o rubios lacios. Amy Ayres, Sandal Mcínnes, Nicholette Reis. Quería ser ellas. Amy, con su pelo gris rizado y su camiseta arrugada, posando frente a su enorme abstracción de conos y cilindros curvados. Amy, ¿cómo puedo ser tú? Leí tu artículo, pero no pude hallar la clave. Tu familia de clase media, tu padre enfermo. Tu maestro de arte en la secundaria que creó una beca para ti. En Marshall yo ni siquiera tenía clase de arte.

Miré mi dibujo de Rena, manchado con agua del aspersor. En realidad, ni siquiera me gustaban los dibujos. Cuando iba al museo, contemplaba las pinturas, las esculturas, cualquier cosa menos líneas sobre un trozo de papel. Era sólo que mi



mano necesitaba hacer algo, mi ojo necesitaba un motivo para darle forma al espacio entre Rena y el aspersor que tenía funcionando y su mesita coja con superficie de azulejos romboidales en la que había una copa y un cenicero. Me gustaba el modo en que la mesa repetía los rombos negros de su biquini y de la valla, cómo la curva de su vaso era la misma que la curva de su muslo levantado y el brazo del hombre más alto sobre la valla, y las hojas del banano en la casa al otro lado de la calle.

Si no dibujaba, qué razón había para el modo en que la luz caía sobre las tejas de la casa de enfrente, y los penachos de hierba, las trenzas deliberadas de las colas de zorro que pronto se pondrían marrones, y el modo en que el cielo parecía aplastarlo todo contra la tierra como un enorme pie. Tendría que quedar embarazada, o beber, para borrar todo eso, y quedar yo misma muy destacada en primer plano.

Por suerte no estaba en las clases donde se hablaba de estudios universitarios. Estaba en las clases donde nos hablaban sobre condones y llevar armas en el colegio. Claire me inscribió en todas las clases avanzadas, pero no pude mantenerme ahí. Si ella estuviera viva, podría haberlo intentado, haber pedido una beca, porque sabría qué hacer. Ahora todo se estaba disgregando.

Por otra parte, seguía asistiendo al instituto, hacía las tareas, los exámenes. Me graduaría, significara eso lo que significara. Niki decía que era una idiota. ¿Quién sabría si asistía o no, a quién le importaba? Pero seguía siendo algo que hacer. Iba y dibujaba las patas de las sillas, el modo en que parecían pilotes en el agua. Pasaba una hora exagerando la perspectiva de todos los pupitres que disminuían hacia el pizarrón, las nuca, cuellos, cabello. Yolanda Collins se sentaba delante de mí en la clase de matemáticas. Podía mirar su nuca todo el tiempo, las capas de pequeñas trenzas reunidas en dibujos intrincados como alfombras persas, a veces con cuentas o cordeles entretejidos.

Miré el bloc en mis manos. Al menos tenía esta forma de diamante, el trapecioide de la entrada. ¿No era suficiente? ¿Tenía que haber más?

Miré a Rena, brillante de un bronceador, cocinándose al sol, feliz como un bollito dulce en papel ondulado.

—Rena, ¿alguna vez te preguntas por qué se levanta la gente por te mañana? ¿Por qué se molestan? ¿Por qué no se limitan a beber trementina?

Rena volvió la cabeza de lado, se protegió los ojos con la mano, me miró y después volvió hacia el lado del sol.

—Pareces una rusa. Un ruso siempre pregunta por el sentido de la vida. —Puso una cara larga y deprimida—. ¿Cuál es el sentido de la vida, maya liubov? Es por nuestro mal clima. Aquí estamos en California, querida Astrid. No se pregunta por el sentido. Lo siento por Akhmatova, pero tenemos voley-playa, coche deportivo, ropa ceñida. No preocuparse, ser feliz. Compra algo.

Sonrió para sí misma, los brazos a los costados, los ojos cerrados, resplandeciente en su tumbona como beicon friéndose en una sartén. Pequeñas gotas de agua se sostenían de los diminutos pelitos sobre su labio superior, y otras le corrían entre los

pechos. Quizá ella era la afortunada, pensé, una mujer que se había liberado tanto del futuro como del pasado. Sin sueños, sin normas, una mujer que fumaba y bebía y dormía con hombres como Sergei, hombres que espiritualmente eran lo que salía de las cloacas cuando llovía. Yo podía aprender de ella. Rena Grushenka no se preocupaba por sus dientes, no tomaba vitamina C. Comía todo con sal y siempre estaba borracha a las tres de la tarde. No se sentía mal por no ir a la universidad o hacer algo con su vida. Se tendería al sol y les provocaría erecciones a los obreros mientras pudiera.

—Consigue un novio, dejás de preocuparte —dijo.

No quise decirle que ya tenía un novio. El de ella.

Se volvió de lado, y uno de sus grandes pechos se escapó del sostén, para la vociferante aprobación de los obreros. Cuando volvió a ponerlo en su lugar, hubo más aplausos. Ella lo ignoró todo y apoyó la cabeza en una mano.

—He estado pensando. Todo el mundo tiene el marco de la matrícula del coche tal como viene del vendedor, con su publicidad. «Van Nuys Toyota, somos el Número 1». Yo pienso, compramos marcos para matrículas, tú pintas bien, hacemos quizá diez, quince dólares. Cuestan un dólar.

—¿Cuánto será para mí?

Me producía una perversa satisfacción saber el momento exacto en el cual decir la frase. Había llegado a Ripple Street, el paraíso de mi desesperación.

El sedán Jaguar verde oscuro aparcado frente a la fontanería tendría que haberme indicado algo, pero no saqué las conclusiones debidas hasta que la vi en la sala, la explosión de rizos negros, el lápiz labial brillante, y la reconocí de haberla visto en la televisión. Llevaba un traje Chanel azul marino con festones blancos que podría haber sido auténtico. Estaba sentada en el sofá verde, firmando un cheque. Rena le hablaba, fumaba, se reía, sus dientes de oro brillándole. Quise salir corriendo. Sólo una curiosidad mórbida me retuvo allí.

—Le gusta el juego de ensaladeras —dijo Rena alzando la vista hacia mí—. Lo compra para una amiga que colecciona todo de Tiki.

—Es la última moda —dijo la mujer tendiéndole el cheque amarillo a Rena—. Restaurantes Tiki, comida tailandesa, Trader Vic's, lo que sea.

Su voz era más aguda de lo que podría haberse esperado, infantil para una abogada.

Se puso de pie y me tendió la mano, uñas cortas rojas que resaltaban en su piel blanca. Era más baja que yo. Tenía un buen perfume de aroma verde, un matiz de cítrico, casi como una loción para después del afeitado. Un collar de oro grueso como una cadena de bicicleta, con una esmeralda cuadrada. Los dientes eran de un blanco artificial.

—Susan D. Valeris.

Le estreché la mano, pequeña y seca. Llevaba un anillo de bodas ancho en el índice, y uno de ónice en el meñique de la otra mano.

—¿Le molesta si Astrid y yo...? —le dijo a Rena señalándonos a las dos con el dedo del anillo de bodas.

—No problema —dijo Rena volviendo a mirar el cheque y metiéndoselo en el bolsillo—. Puede ver si algo más le gusta. Todo está en venta.

Cuando nos quedamos a solas, Susan D. me invitó a sentarme en el sofá verde. No lo hice. Era mi casa, así que no tenía que seguir instrucciones de nadie.

—¿Cuánto le ha dado?

—No importa —dijo la abogada sentándose—. Lo que importa es que has estado evitando mis llamadas. —Para mi sorpresa, sacó un paquete de cigarrillos de su bolso Hermès Kelly, que yo reconocí, de mi época de Olivia, como genuino—. ¿Te molesta si fumo?

Negué con la cabeza. Usó un encendedor de oro Cartier, oro plaqué.

—¿Un cigarrillo? —ofreció. Negué con la cabeza. Puso el paquete y el encendedor sobre la mesita atestada, exhaló el humo en la luz de la tarde—. No sé por qué nunca me decido a dejar el tabaco —dijo.

—Todos los presos fuman —dije—. Puede ofrecerles uno.

Asintió.

—Tu madre me dijo que eras brillante. Creo que se quedaba corta. —Miró alrededor la sala llena de cosas, el perchero de madera curvada y el estéreo y los discos, la lámpara de canutillos y la lámpara de pantalla plisada y la lámpara con el globo de opalina, la campesina con la bufanda anaranjada y el resto de los artefactos que vendía Rena. Un gato blanco le saltó al regazo y ella se lo sacó de encima de inmediato y se alisó el traje azul marino.

—Bonita casa —dijo, y se echó hacia atrás, vigilando al intruso peludo—. ¿Estás pensando en tu graduación? ¿Haciendo planes para el futuro?

Dejé mi mochila de libros en el sillón polvoriento, levantando una nube de motas en el aire encerrado.

—Quizá podría llegar a ser abogada penalista —dije—. Eso o prostituta. Quizá recolectora de basura.

No se dejó distraer, se mantuvo fija en su línea.

—¿Puedo preguntar por qué no contestaste mis llamadas?

Me apoyé contra la pared, mirando sus movimientos rápidos y confiados.

—Adelante, pregunte —dije.

Se puso el delgado maletín de piel roja sobre las piernas y lo abrió, para sacar un sobre y un bloc de papel amarillo.

—Tu madre dijo que podías ser difícil —dijo—. Que la culpas por lo sucedido.

Me miraba a los ojos, como si ganara un punto por cada segundo de contacto visual que pudiera mantener. Podía verla practicando frente a un espejo cuando estaba en la facultad de derecho. Esperé a oír el resto de la historia que habían inventado.

—Sé que has pasado por una prueba terrible —dijo. Miró el expediente—. Seis hogares de acogida, y el MacLaren. El suicidio de tu madre de acogida, Claire

Richards. Tu madre dijo que estabas muy apegada a ella. Debió de ser muy doloroso.

Sentí subir una oleada de ira. La muerte de Claire era mía. No tenía derecho a manipularla, a usarla como algo relacionado con el caso de mi madre. Pero quizá también era una táctica. Sacarlo todo a la luz desde el comienzo, de modo que yo no pudiera contener mis sentimientos por Claire y tuviera dificultad para expresarlos. Una apertura agresiva en ajedrez. Supe lo que estaba haciendo. Iba derecha al punto álgido.

—¿Le preguntó a su clienta la parte que tuvo en eso?

—No culparás a tu madre por la muerte de una mujer a la que vio una sola vez, ¿verdad? —dijo Susan, como si no hubiera ninguna duda sobre lo absurdo de esa posibilidad^. No es una bruja, ¿no?

Se reclinó y dio una calada al cigarrillo, mirándome a través del humo, evaluando mi reacción.

Ahora yo estaba asustada. Ellas dos podían salir triunfantes. Vi qué fácil podía ser enroscar alrededor de este ramillete de adelfas y belladona una corona de laurel.

—Pues sí la culpo, Susan.

—Cuéntame —dijo, sosteniendo el cigarrillo en la mano izquierda para tomar notas en el bloc.

—Hizo todo lo que pudo por sacar a Claire de mi vida —dije—. Claire era frágil y mi madre sabía exactamente dónde golpear.

Susan dio una calada y entrecerró los ojos.

—¿Y por qué haría eso?

Me aparté de la pared y fui al perchero. No quería mirarla más, o más bien, que ella me mirara midiéndome. Me puse un viejo sombrero y la miré por el espejo.

—Porque Claire me quería.

Era un sombrero de paja con un velo, y me eché el velo sobre los ojos.

—Crees que tu madre estaba celosa —dijo Susan con tono maternal, exhalando el humo como un pulpo rociando tinta.

Ajusté el velo e incliné el ala del sombrero.

—Muy celosa. Claire era buena conmigo y yo la quería. Mi madre no pudo soportarlo. No es que no me hubiera prestado atención cuando pudo hacerlo, pero cuando otra lo hizo, no pudo soportarlo.

Susan se inclinó, los codos en las rodillas, los ojos levantados hacia el techo de color lechoso, y pude oír los clics de su cerebro, un reajuste mecánico, procesando lo que acababa de oír, buscando la ventaja.

—Pero qué madre no sentiría celos —dijo— de una hija que se encariña con una madre de acogida.

Sacudió el cigarrillo sobre el cenicero.

Me volví hacia ella, mirándola a través del velo, aliviada de que no pudiera ver el miedo en mis ojos.

—En realidad, mató a Claire. La empujó por el acantilado, ¿entiende? Quizá no se la pueda juzgar por eso, pero no trate de venderme esta nueva versión mejorada. Mi madre mató a Claire y mató a Barry. Aceptémoslo.

Susan suspiró y bajó el bolígrafo. Volvió a llevarse el cigarrillo a los labios, y después lo aplastó en el cenicero.

—Eres dura, ¿eh?

—Es usted la que quiere poner en libertad a una asesina —dije.

Me saqué el sombrero y lo arrojé a la silla, asustando al gato blanco, que salió corriendo.

—No tuvo un proceso justo. Consta en el expediente —dijo Susan, golpeándose la palma de una mano con el canto de la otra. Me la imaginé en el tribunal, sus manos traduciendo páralos sordos.

El abogado de oficio no hizo nada por ella. —El dedo acusador, con el extremo rojo—. Estaba bajo los efectos de la droga, por Dios, apenas si podía hablar. Figura en el archivo, la dosis y todo. Nadie dijo una palabra. Las pruebas de la fiscalía fueron completamente circunstanciales.

Las manos se movían con las palmas hacia abajo, cruzándose rápidamente. Estaba creando un clima, pero yo ya había oído demasiado.

—¿Y qué conclusión saca usted de eso? —la interrumpí con una voz tan seca y tranquila como me fue posible.

—No se ha hecho justicia —dijo con firmeza.

Podía verla en la escalinata del tribunal, actuando para la televisión.

—Sí se hizo —dije—. Ciegamente, y quizá incluso por error, pero se hizo. Es raro, lo sé. Un milagro moderno.

Susan volvió a reclinarsse, como si mis comentarios la hubieran vaciado de todo su vigor justiciero. Por la calle pasó un coche con la radio muy alta, música *country*, y Susan se volvió rápidamente a mirar por la ventana el Jaguar verde oscuro estacionado enfrente. Cuando vio que seguía ahí, resplandeciente, volvió a mí. Lentamente, con voz cansada, dijo:

—Astrid, cuando los jóvenes son tan cínicos, desespero del futuro de este país.

Era lo más cómico que había oído en todo el día. Tuve que reírme. No encontraba muchas cosas graciosas últimamente, pero esto desde luego lo era.

De pronto el cansancio desapareció, como había desaparecido antes el celo justiciero. Ahora tenía ante mí a una fría e inteligente estratega, no muy diferente de la misma Ingrid Magnussen.

—Barry Kolker tal vez murió de un ataque de corazón —dijo con calma—. La autopsia no fue concluyente. Tenía sobrepeso, y consumía drogas, ¿no es así?

—Lo que usted diga. —«La verdad es lo que yo digo que es verdad»—. Escuche, usted quiere que mienta por ella. Partamos de ahí y veamos si tenemos algo de qué hablar.

Susan sonrió lentamente con sus labios rojos, se apartó los rizos negros con una mano, sus pestañas muy negras contra el rostro blanco, como un poco avergonzada de sí misma, pero también algo aliviada de no tener que comprarme tan caro como había pensado.

—Vamos a dar un paseo —dijo.

Detrás de los cristales tintados de su Jaguar, me acurruqué en el aroma del cuero y el dinero. Me envolvía como una piel. Tenía sintonizada la emisora de *jazz* de Long Beach y sonaba un tema West Coast, armonía libre, con flauta y guitarra eléctrica. Subimos por Ripple Street, pasamos frente a la guardería ilegal y la panadería y el trompe Voel de Clearwater en silencio, giramos a la izquierda por Fletcher, a la izquierda por Glendale, a la derecha por Silverlake Boulevard, y bordeamos el lago. Las gaviotas subían y bajaban sobre el agua azul verdosa. La sequía había expuesto un enorme anillo de cemento alrededor del lago, pero en el mundo cerrado del Jaguar se estaba fresco. Qué placer ir en el coche de una mujer rica. Ahora una música nueva llenaba la atmósfera enrarecida, y la reconocí de inmediato: *Stolen Moments*, por Oliver Nelson.

Cerré los ojos y me imaginé que estaba con Olivia y no con la abogada de mi madre. Sus brazos desnudos, su perfil, el pañuelo atado al estilo Grace Kelly. Ese momento precioso. Tanto más por ser irreal, desaparecido en un instante, algo que saborear como un perfume en el viento, un piano tocado en una casa por la que pasábamos al atardecer. Me aferré a él mientras Susan aparcaba cerca de la orilla del lago, desde donde podíamos ver el agua azul verdosa, manchada de blanco, y el paisaje de colinas al otro lado. Bajó la música, pero todavía podía oírse el saxo de Nelson.

—Quiero que te preguntes a ti misma de qué es culpable tu madre —dijo Susan, volviéndose hacia mí—. Quiero decir, en tu mente. Realmente. ¿De asesinato, o de ser una mala madre? ¿De no haber estado cuando la necesitaste?

Miré a esa mujer pequeña, sus rizos negros quizá demasiado negros, los ojos con el rímel algo corrido por el calor. El agotamiento era una actuación, pero la verdad también. Como tantas cosas, las palabras eran desesperadamente imprecisas. Deseé tener algo para dibujarla. Estaba en el proceso de volverse una caricatura de sí misma. De momento era reconocible. Pero en cinco años, o diez, sería ella misma sólo a la distancia. De cerca se la vería tensa y asustada.

—En verdad, ¿no estás tratando de castigarla por ser una mierda de madre y no por su supuesto crimen? —Entreabrió la ventanilla con el botón eléctrico, apretó el encendedor del coche y buscó los cigarrillos en el bolso—. ¿Qué era Barry Kolker para ti, aparte de ser un novio de tu madre? Tuvo muchos novios. No puedes haber estado tan encariñada con él.

—Está muerto —dije—. ¿Y usted me acusa de cinismo?

Se puso un cigarrillo en la boca y el encendedor saltó. Lo encendió, llenando el coche de humo. Exhaló hacia fuera.

—No, no se trata de Kolker. Estás enojada con ella por abandonarte. Es normal. Has pasado seis años difíciles, y como un niño, señalas a tu madre todopoderosa. Es culpa de ella. Nunca has pensado que ella también es una víctima.

Al otro lado de la ventanilla, en la parte no acondicionada de la realidad, una mujer con la cara enrojecida pasó trotando junto a nosotros, arrastrando a un setter cansado con una correa.

—¿Eso es lo que dirá si yo declaro la verdad en el juicio?

La vimos alejarse trotando por la acera, el perro tratando de oler las plantas junto a las que pasaban.

—Algo así —dijo, y fue la primera cosa honesta que le oí decir desde que me había estrechado su pequeña mano. Suspiró y tiró la ceniza por la ventanilla. Parte de la ceniza volvió a entrar a causa de la brisa. Se la sacudió del traje—. Astrid, es posible que no haya sido una madre de televisión, con su delantal y su collar de perlas, pero te quiere. Más de lo que imaginas. En este momento necesita que pongas fe en ella. Deberías oírla hablar de ti, cómo se preocupa por ti, cuánto quiere estar contigo otra vez.

Volví a pensar en mi viaje imaginario con ella, su aspecto, la magia de su palabra. Ahora no estaba tan segura, quizá era cierto. Quería preguntarle qué decía mi madre de mí. Quería oírle decir que mi madre pensaba en mí, pero no me atrevía a darle esa pista. Bobby Fisher me había enseñado eso.

—Mi madre diría cualquier cosa con tal de recuperar la libertad.

—Habla con ella. Yo puedo arreglarlo. Sólo escucha lo que tiene que decirte, Astrid —imploró Susan—. Seis años es mucho tiempo. La gente cambia.

Mi momentánea incertidumbre se desvaneció. Sabía exactamente cuánto había cambiado Ingrid Magnussen. Tenía sus cartas. Las había leído, hoja por hoja, nadando en contra de la marea roja. Lo sabía todo sobre su ternura y preocupación maternas. Lo sabíamos yo y mi gato blanco. Pero ahora algo había cambiado. Por primera vez en mi vida, mi madre necesitaba algo de mí, algo que yo tenía el poder de darle o no darle, y no al revés. Abrí el ventilador de mi lado y dejé que el aire me acariciara la cara.

Mi madre me necesitaba. Poco a poco fui asimilando el hecho, lo increíble que era. Si yo subía al estrado de testigos y decía que día lo había hecho, si les contaba sobre el viaje a Tijuana, sobre los kilos de adelfa y belladona que había hervido en la cocina, no saldría nunca de la cárcel. Y si mentía, si decía que Barry era un paranoico, que se había traumatizado con ella, que estaba loco, si decía que cuando la había visto en el tribunal estaba tan drogada que no me había reconocido, podía conseguir una apelación, tener un nuevo proceso, y podía estar en la calle antes de que yo cumpliera los veintiún años.

El reverendo Thomas no habría aprobado la emoción que me embargaba en este momento, pero era irresistible. Tenía el cuchillo en la garganta de mi madre. Podía pedir cualquier cosa, podía exigir. Cuál es mi parte, eso era lo que había aprendido a

preguntar, sin pedir perdón, en el tiempo que había pasado con Rena. Cuál es mi parte. Podía ponerle precio a mi alma. Ahora sólo tenía que pensar por cuánto podía venderla.

—De acuerdo —dije—. Arregle un encuentro.

Susan dio una última calada a su cigarrillo y lo tiró por la ventanilla, para volver a subir el cristal. Ahora era todo negocios.

—¿Necesitas mientras tanto algo de dinero para gastos?

Odiaba a esta mujer. Lo que yo había pasado en los últimos seis años no significaba nada para ella. Yo era sólo un ladrillo más en el edificio que estaba levantando. Se había limitado a ponerme en mi lugar. Ella no creía que mi madre fuera inocente. Sólo le importaba que hubiera cámaras en la escalinata del tribunal. Y su nombre, Susan D. Valeris, bajo sus labios rojos en movimiento. La publicidad valía mucho.

—Me vendrían bien doscientos —dije.

Caminé por la orilla del río con la última luz de la tarde, las manos en los bolsillos, el Baldy rosado en el oriente reflejando la puesta de sol, el dinero de Susan hecho un bollo en el puño. Anduve hacia el norte, más allá de la fontanería y el aparcamiento de la panadería, el patio del escultor al fin de la calle Clearwater, el trompe Voel pintado como una pequeña aldea francesa. Un perro se precipitó contra la valla y las anchas tablas se sacudieron bajo el peso del animal, que ladraba y gruñía. Sobre la verja había alambre de espino, formas en bronce, equilibradas dentro de grandes aros de metal como Shiva, girando lentamente en el viento. Levanté un trozo de enlucido caído del paredón y lo arrojé al río. Cayó entre los sauces y hubo un tumulto de alas susurrantes de pájaros marrones que se hallaban ocultos. Estaba sucediendo otra vez. Estaba siendo arrastrada hacia el mundo de mi madre, hacia su sombra, en el preciso momento en que empezaba a sentirme libre.

Tuve un acceso de la tos seca que arrastraba desde la primavera, de fumar hachís y de la perenne humedad de la casa de Rena. Bajé hasta el borde del agua, me acuclillé y toqué la corriente con los dedos. Fría, real. Agua de las montañas. Me la puse entre los ojos, el tercer ojo. Ayúdame, río.

Y si salía en libertad, ¿qué? Si venía a la casa de Ripple Street, si decía: «Estoy aquí. Haz el equipaje, Astrid, que nos vamos». ¿Podría resistirme? Me la imaginé, con la camisa blanca y los tejanos que le permitieron ponerse cuando la arrestaron. «Vamos», decía. Nos veía a las dos en el porche de Rena, mirándonos, pero no podía ver nada más allá.

¿Seguía en mis huesos, en cada uno de mis pensamientos?

Me quedé acuclillada junto al agua que corría sobre las rocas, pensé en el largo camino que había recorrido para terminar en este canal de cemento, la corriente clara y melodiosa, el aroma del agua fresca. No quería pensar más en mi madre. Me cansaba. Prefería pensar en el modo en que los sauces, los álamos y las palmeras se abrían paso a través del cemento, y se alimentaban del agua del canal artificial, cómo



el río luchaba por sobreponerse. Un poco de cieno arrastrado se asentaba. Una semilla caía sobre él y germinaba. Pequeñas raíces crecían hacia abajo. Y de pronto había árboles, arbustos, pájaros.

Mi madre una vez compuso un poema sobre los ríos. Eran mujeres, escribió. Empezaban como niñas, pequeños arroyos decorados con flores silvestres. Después eran torrentes, horadando caminos a través del granito sólido, lanzándose por acantilados, intrépidos e irresistibles. Después se hacían gordos y serviciales, anchas curvas lentas que daban comercio y riego, pero en sus profundidades inconscientes había festines de peces oscuros, crecía el tamaño de las barcazas ceremoniales, y en las tormentas centenarias se alzaban, olvidando las promesas que habían hecho, los votos matrimoniales, y ahogaban todo lo que viviera en kilómetros a la redonda. Al fin, se rendían, vaciados por los nacimientos y la malaria, en un abanico de pantanos que desembocaban en el mar.

Pero este río no era ninguna de esas cosas. Fluía sereno e ignoraba los letreros con nombres como Calle Dieciocho, Roscos, Ciudad Sapo, vivo a pesar de todo, guardando los secretos de la supervivencia. Este río era una chica como yo.

En una islita, en medio de aquella selva en miniatura, se alzaba una tienda precaria, su plástico azul resaltando entre los grises y los verdes. Los Hiltons del aquí y ahora, los llamaba Barry. Yo sabía a quién pertenecía. Un veterano de Vietnam alto y delgado que usaba ropa caqui y de camuflaje; a primera hora de la mañana yo veía el fino hilo de humo de su fogata para el café. A él lo veía en el mercado español del bulevar Glendale, jugando al póquer con sus amigos en las largas sombras de la tarde.

Florece mostaza silvestre en las grietas del cemento, y corté un ramillete para Yvonne. Qué era una maleza, después de todo. ¿Una planta que nadie plantaba? ¿Una semilla escapada de la ropa de un viajero, algo de otra parte? ¿Algo que crecía mejor de lo que lo habría hecho ninguna planta autóctona? Era sólo una palabra, maleza, que arrastraba consigo sus juicios. Inútil, sin valor. No querida.

Bueno, cualquiera podía comprarse un Jaguar verde o encontrar belleza en un biombo japonés de dos mil años. Yo prefería ser una conocedora de ríos olvidados y mostazas florecidas o de la raya rosa iridiscente en la garganta de una paloma negra de callejón. Pensé en el veterano, calentando la cena en una lata, y la vieja que alimentaba sus palomas en el callejón detrás del Kentucky Fried Chicken. ¿Y qué decir del hombre de las mariquitas, el azul de sus ojos sobre el gris tejido de negro? Estábamos yo e Yvonne, Niki y Paul Trout, quizá hasta Sergei o Susan D. Valeris, ¿por qué no? Qué era cualquiera de nosotros sino un manojo de malezas. ¿Quién podía decir cuál era nuestro valor? ¿Cuál era el valor de cuatro veteranos de Vietnam jugando al póquer todas las tardes frente al mercado español del bulevar Glendale, haciendo sus jugadas con un mazo grasiento al que le faltaba una reina y un cinco? Quizá el mundo dependía de ellos, quizá eran los Hados, o las Gracias. Cézanne los habría dibujado con carboncillo. Van Gogh se habría pintado a sí mismo entre ellos.

Pero esa noche tuve el viejo sueño, las viejas calles grises de París y el laberinto de piedra, las ventanas tapiadas con ladrillos. Esta vez había puertas de cristal con picaportes art nouveau curvados, todas cerradas. Sabía que tenía que encontrar a mi madre. Estaba oscureciendo, figuras oscuras acechaban en las entradas a los sótanos. Yo pulsaba los timbres de los apartamentos. Venían mujeres a la puerta, parecidas a ella, sonrientes, algunas incluso me llamaban por mi nombre. Pero ninguna era ella.

Yo sabía que estaba dentro, golpeaba la puerta, le gritaba que me dejara entrar. La puerta zumbaba para dejarme pasar, pero en el momento en que la empujaba, la veía marcharse en un pequeño coche rojo, con su abrigo afgano rizado y grandes gafas negras sobre sus ojos ciegos, reclinada en el asiento y riéndose. Yo corría tras ella, llorando, rogándole.

Yvonne me despertó sacudiéndome. Me puso la cabeza en el regazo, y su largo cabello castaño nos envolvió como una manta. Su vientre estaba caliente y firme como un cojín. Con las hebras de su cabello se entretejían las hebras de la luz proyectada por una lamparilla en forma de carrusel infantil que yo había encontrado en la basura.

—Entre las dos tenemos todas las pesadillas —dijo, acariciándome la mejilla húmeda—. Deberíamos dejar algo para los demás.

LA SALA de maternidad en el hospital Waite Memorial me recordaba a todas las escuelas a las que había asistido. Paredes con textura rugosa pintadas del color de dientes viejos, gabinetes en el pasillo, suelos de linóleo *beige* y marrón, paneles acústicos atados con cuerda. Sólo los gritos eran diferentes. Me asustaban. No era mi lugar, pensé, mientras seguía a Yvonne por el pasillo. Debería estar en clase, aprendiendo algo distante e intelectual, a salvo entre libros. La vida real era imprevisible, nunca se sabía qué podía pasar.

Traje todas las cosas que habíamos aprendido a usar en las clases, las pelotas de tenis, las toallas enrolladas, el reloj, pero Yvonne no quería hacerlo, no quería jadear y contar, ni acostarse sobre pelotas de tenis. Todo lo que quería era chupar la toalla blanca y dejarme humedecerle la cara con agua fría, y cantarle en voz baja. Le canté canciones de musicales que había visto con Michael (*Camelot, My Fair Lady*). Le canté *Oh Shenandoah, I long to hear you*, que Claire había cantado una vez en las riberas del McKenzie. Alrededor, más allá de las cortinas, las mujeres gritaban en sus estrechas camillas de parto, maldiciendo, gimiendo y llamando a sus madres en diez idiomas. Sonaba como las mazmorras de la inquisición.

Rena no se quedó mucho. Nos llevó, nos dejó, firmó los papeles. Cada vez que yo empezaba a quererla, sucedía algo como esto.

—Mamá —gemía Yvonne, con lágrimas corriéndole por la cara.

Me apretó el brazo cuando venía otra contracción. Hacía nueve horas que estábamos allí, pasando dos tumos de enfermeras. Yo tenía el brazo amoratado desde la mano al hombro.

—No te vayas —decía.

—No me iré.

Le di unos trocitos de hielo que nos habían dejado. No le permitían beber nada, por si tenían que anestesiarla. No querían que vomitara en la mascarilla de la anestesia. Vomitó de todos modos.

Le sostuve la pequeña palangana en forma de riñón bajo el mentón. La luz fluorescente nos acusaba.

La enfermera miraba el monitor, y le metía los dedos a Yvonne para medir la dilatación. Seguía en ocho centímetros. Diez era la dilatación necesaria, y ella nos decía una y otra vez que había que esperar. Yvonne tenía puesta una camiseta blanca y medias cortas verdes, la cara amarillenta y brillante por el sudor, el cabello sucio y enredado. Le limpié el vómito de los labios.

—Cántame una canción —pidió moviendo apenas los labios resquebrajados.

—«Si alguna vez te dejo —canté cerca de su oreja, perforada a todo lo largo del borde—, no será en verano...».

Yvonne parecía enorme en la cama diminuta. Tenía sujeto al vientre el monitor del feto, pero yo me negaba a mirar la pantalla. Le miraba la cara. Me recordaba un cuadro de Brands Bacon, acercándose y alejándose del parecido a algo humano, luchando por resistir la desaparición en un mundo indiferenciado de dolor. Le aparté el cabello de la cara, se lo trencé.

El valor de las mujeres, pensé mientras manipulaba su cabello y desenredando la mata negra. Yo nunca podría pasar por esto. El dolor venía en oleadas, empezando en el vientre y extendiéndose hacia fuera, una flor de dolor que crecía en su cuerpo, un loto de acero de bordes afilados.

No podía dejar de pensar en el cuerpo, en lo innegable que era. El filósofo que afirmó que pensamos, y por lo tanto existimos, debería haber pasado una hora en la sala de maternidad del hospital Waite Memorial. Habría tenido que cambiar toda su filosofía.

La mente era tan tenue, apenas una telaraña, con todos sus hermosos pensamientos, aspiraciones y creencias en su propia importancia. Pero qué fácil se destejía, se evaporaba bajo el primer beso del dolor. Jadeando en la cama, Yvonne bordeaba lo irreconocible, se desintegraba en un montón de nervios, fibras y líquidos y el viejo reloj de la sangre. Comparado con este cuerpo eterno, el individuo era humo, una nube. El cuerpo era la única realidad. Me duele, luego existo.

Entró la enfermera, miró el monitor, controló las contracciones y la presión sanguínea de Yvonne, con movimientos eficaces y expeditivos. En el turno anterior habíamos tenido a Connie Hwang, habíamos confiado en ella, que sonreía y tocaba a Yvonne suavemente con sus manos regordetas. Pero esta, Melinda Meek, la reprendía por gemir.

—No habrá problemas —le decía—. Ya has pasado por esto antes.

Me asustaba con su eficiencia, con sus dedos huesudos. Estaba segura de que ella sabía que éramos hijas sin padres, en hogares de acogida, que Yvonne no conservaría al bebé. Ya había decidido que éramos irresponsables y que nos merecíamos todo el sufrimiento. Yo la veía como una celadora de correccional. Deseé que mi madre estuviera aquí. Ella sabría cómo librarse de Melinda Meek. Le escupiría su cara correosa y amenazaría con estrangularla con el cable del monitor fetal.

—Me duele —dijo Yvonne.

—¿Creías que era un pícnic? —repuso Melinda—. Tienes que respirar hondo.

Yvonne lo hizo, inhalaba y espiraba, deseaba que todos la quisieran, incluso esta enfermera de cara agria.

—¿No puede darle algo? —dije.

—Lo está haciendo muy bien —replicó Melinda con tono cortante, y en sus ojos triangulares había una amenaza velada.

—¡Hijos de puta! —gritó una mujer al otro lado de las cortinas blancas—. A los pobres no les dan sedantes.

—Por favor —dijo Yvonne, cogiendo la chaqueta blanca de Melinda—. Se lo ruego.

La enfermera apartó con eficiencia la mano de Yvonne, y la palmeó en el vientre.

—Ya estás en ocho centímetros. Casi has llegado.

Yvonne sollozó suavemente, sin esperanzas, demasiado cansada hasta para llorar. Yo le froté el estómago.

Nadie hablaba nunca sobre la lucha que era todo esto. Ahora entendía por qué algunas mujeres morían en el parto. No era que las atacara algún microbio, o que sufrieran hemorragias. Simplemente se rendían. Dejaba de importarles si el bebé salía o no. Sabían que si no morían, tendrían que pasar por lo mismo otra vez al año siguiente, y el siguiente. Y entendía cómo una mujer podía simplemente dejar de esforzarse, como un nadador exhausto deja que la cabeza se hunda, que el agua le llene los pulmones. Masajeé lentamente la nuca de Yvonne, los hombros; yo no dejaría que se hundiera. Chupó el hielo a través de la deshilachada toalla blanca. Si mi madre estuviera aquí, le habría hecho soltar los sedantes a Melinda Meek, eso seguro.

—Mamacita, ay —gemía Yvonne.

No sabía por qué llamaba a su madre. Odiaba a su madre. No la había visto en seis años, desde el día en que la encerró a ella y sus hermanos en su apartamento en Burbank para ir a una fiesta, y no volvió nunca. Yvonne decía que su madre había dejado que sus novios le tiraran encima «un tren» cuando tenía once años. Yo ni siquiera sabía qué significaba eso. Sexo en grupo, decía. Y aun así, la llamaba: «Mamá».

No era sólo Yvonne. En toda la sala llamaban a sus madres. «Mommy, ma, mom, mama». Aun con maridos a sus lados, llamaban a su mamá. Nueve horas antes, cuando entramos, una mujer con una voz corrosiva le gritaba a su marido y llamaba a su madre. Una mujer adulta llorando como un niño. «Mami...». Me avergonzaba por ella. Ahora lo entendía.

Apreté las manos de Yvonne y visualicé a mi madre, diecisiete años atrás, dándome a luz. ¿Ella había llamado a su madre? La vi gritándole a mi padre, diciéndole que no valía nada, que era un mentiroso, un inútil, hasta que él se iba a tomar una cerveza, dejándola sola con la casera en una fría mañana de noviembre. Me alumbró en la casa, nunca le gustaron los médicos. Pude imaginar cómo sus gritos y maldiciones debían de haber perforado el silencio de aquella calle peatonal de Venice Beach, asustando a un chico que pasaba en patinete, mientras la casera fumaba hachís y buscaba en su bolso. Pero ¿gritaba «Mami, ayúdame»?

Pensé en su madre, en la única foto que tenía, en lo poco que la conocía, Karin Thorvald, que quizá había sido una pariente lejana del rey Olaf de Noruega, actriz clásica y alcohólica, que podía recitar a Shakespeare de memoria mientras daba de comer a las gallinas y se ahogó en el abrevadero de las vacas cuando mi madre tenía trece años. No me la podía imaginar llamando a nadie. Pero después comprendí que

en realidad no se referían a sus madres. No a esas mujeres débiles, a esas víctimas. Drogadictas, consumistas, cocineras de tartas. No se referían a las mujeres que las abandonaban, que no las ayudaban a crecer, mujeres que dejaban que sus novios les echaran un tren encima. Mujeres que salían de parranda o daban purgantes, que sonreían en los espejos, que usaban faja o se sentaban en taburetes de bares. No a esas mujeres con sus quejas y sus revistas, mujeres controladoras, mujeres que preguntaban «cuál es mi parte». No a las mujeres que miraban la televisión mientras preparaban la cena, mujeres que se teñían el pelo de rubio detrás de puertas cerradas tratando de aparentar veintitrés años. No se referían a las madres que lavaban los platos deseando no haberse casado nunca, las que iban a las urgencias diciendo que se habían caído por la escalera, o las que estaban en la cárcel diciendo que la soledad es la condición humana y por tanto había que acostumbrarse a ella.

Querían a la verdadera madre, la madre del vientre, la madre de feroz compasión, una mujer lo bastante fuerte para sostener todo el dolor y llevárselo. Lo que necesitábamos era alguien que sangrara, alguien profundo y rico como un campo, una madre de caderas anchas, temible, inmensa, mujeres como enormes sofás mullidos, madres lo bastante grandes, lo bastante amplias, para poder esconderse dentro de ellas, para hundirse hasta el fondo, madres que respiraran por nosotras cuando no pudiéramos respirar más, que lucharan por nosotras, que mataran por nosotras, que murieran por nosotras.

Yvonne estaba sentada, conteniendo el aliento, los ojos saltones. Era exactamente lo que no debía hacer.

—Respira hondo —le dije al oído—. Por favor, Yvonne, inténtalo.

Hizo un par de inhalaciones superficiales, pero le dolía demasiado. Se dejó caer hacia atrás en la cama estrecha, demasiado cansada para seguir. Todo lo que podía hacer era aferrar mi mano y llorar. Y yo pensaba en el modo en que el bebé estaba unido a ella, como ella estaba unida a su madre, y su madre a la suya, todo el camino hacia atrás, hacia dentro, en una cadena de desastres que la había conducido hasta esta cama, hasta este día. Y no sólo a ella. Me preguntaba cuál sería mi propia herencia.

—Ojalá estuviera muerta —dijo Yvonne ocultando la cara en la almohada con flores que yo había traído de casa.

El bebé nació cuatro horas después. Una niña, nacida a las 14.32. Geminis. Nos fuimos a casa al día siguiente. Rena nos recogió delante del hospital. Se negó a entrar. Al salir, nos detuvimos en la ventana de neonatos, pero el bebé ya no estaba. Rena no habría aceptado que Yvonne lo llevara a casa siquiera por unas semanas. «Es mejor irse —había dicho—. Te encariñas, pierdes».

Tenía razón, pensé, empujando la silla de ruedas de Yvonne hacia la salida, aunque sus motivos no tenían nada que ver con Yvonne; sólo se trataba de que no quería volverse una abuela de acogida. Nunca tuvo hijos, nunca los quiso. «¿Cuál es

mi parte?». «Los bebés me enferman —le estaba diciendo siempre a Yvonne—. Comen, cagan, lloran. Si piensas conservarlo, piénsalo mejor».

En la puerta del hospital Niki bajó de la furgoneta, le dio un ramillete de flores a Yvonne y la abrazó. La ayudamos a subir. Seguía cansada, apenas si podía caminar. Tenía un nervio contraído en la pierna izquierda, y puntos donde el médico la había cortado. Olía mal, como a sangre vieja. Parecía como si la hubiera atropellado un coche. Rena ni siquiera la miró.

Me senté con ella en la parte trasera de la furgoneta. Yvonne se apoyó en mí y puso la cabeza en mi hombro.

—Canta *Michelle* —me susurró.

Le cogí la mano, le puse mi otra mano contraía frente como a ella le gustaba, y le canté bajito con mi voz desentonada mientras íbamos por las calles hacia casa. *Michelle, ma belle*. Aquello pareció tranquilizarla. Dejó la cabeza contra mi hombro y se chupó el pulgar.

Pasaron semanas y no hubo una llamada de Susan para hacerme saber cuándo vería a mi madre. Ahora que había ganado, mi complicidad, no oí más sobre el asunto. Ni en mayo ni en junio. Me sentaba en la orilla del río, mirando las garzas blancas y los pájaros oscuros que se zambullían, pescando en la corriente. Era mi día de graduación en el instituto Marshall, pero no vi motivo para asistir. Aun si estuviera en libertad, mi madre jamás habría ido. Las ceremonias que no eran de su propia invención no le interesaban. Yo prefería dejarlo pasar en silencio, como el cumpleaños de una mujer madura.

La verdad era que estaba asustada, tan asustada que basta temía hablar del tema, como la mañana que tomé la tableta de ácido. Era un miedo que podía abrir la boca y tragarme entera, como un tiburón en un metro y medio de agua. No sabía qué pasaba ahora. No iba rumbo a Yale o a la escuela de arte, no iba rumbo a ninguna parte. Estaba pintando marcos de matrículas de coches, estaba acostándome con un ladrón que quería que me fuese a vivir con él. Quizá aprendería a abrir cerraduras, a hacerle un puente al coche. ¿O acaso mi madre tenía el monopolio del crimen?

Estaba sentada junto al agua, mirándola correr, y a las garzas acicalarse el plumaje, sus ojos de botones, pensando en lo que nos había dicho el señor Delgado en su última clase. Dijo que estudiábamos historia para averiguar por qué las cosas eran como eran, y cómo habíamos llegado al punto en que estábamos. Dijo que a la gente que no conocía su historia se le podía hacer cualquier cosa. Por eso funcionaban los sistemas totalitarios.

¿Quién era yo en realidad? La única ciudadana del estado totalitario de mi madre, mi propia historia personal reescrita para adaptarse a la historia que ella contaba cada día. Faltaban muchas piezas. Empezaba a encontrar algunas de ellas, avanzando sola contra la corriente, guardando mi tesoro secreto de recuerdos rotos en una caja de zapatos. Había un cisne en ella, un cisne de madera blanca con orificios nasales negros, como el cisne en los cristales opacos de la ducha en casa de Claire. Yo me

sentaba en el cisne y había sonar la campanita para Annie. Había baldosas blancas en el suelo, con las que yo jugaba viendo formas mientras estaba sentada ahí, flores y casas. Eran hexágonos perfectos y todos ajustaban entre sí. También un linóleo de cocina amarillo con un diseño de pintura salpicada, rojo y negro, y cestas de ropa. La sensación del lavado, el olor del secador. Luz solar pasando por una persiana de enrollar. Mi dedo en el tirador redondo de la puerta.

Pero ¿quién era Annie? ¿Una amiga? ¿Una niñera? ¿Y por qué ella me había enseñado a ir al baño, en lugar de mi madre? Quería saber qué había detrás del cisne y el linóleo amarillo. Había otros niños ahí, recordaba eso, los miraba ir a la escuela. Y una caja llena de lápices de cera. ¿Vivíamos con ella, o me habían dejado ahí?

Y Klaus, la silueta que era mi padre. «Somos más grandes que la biografía». ¿Dónde me colocaba eso? Quería saber cómo se conocieron, cómo se enamoraron, por qué se separaron. Su tiempo juntos fue un combate lleno de piedras blancas, hierba arrojada sobre las trincheras, una guerra en la que yo lo perdí todo y no pude saber qué había pasado. Quería saber sobre nuestros años de viajes, por qué nunca podíamos volver a casa.

Me recosté en el barranco y miré el cielo. Era el mejor lugar para mirarlo. El paredón de cemento impedía ver los bordes borrosos, donde estaba el *smog* y la niebla, y sólo quedaba la parte buena, el centro, el cuenco perfecto de azul infinito. Me dejé llevar a ese ultramarino. No era una mañana pálida y ártica como los ojos de mi madre: este azul era tierno, cálido, piadoso, sin blanco, puro cromatismo, un cielo de Rafael. Cuando uno no veía el horizonte, casi podía creer que era un cuenco. Su redondez me hipnotizaba.

Oí pasos que venían hacia mí. Era Yvonne. Su andar pesado, el pelo largo como una cascada. Volví a tenderme. Se sentó a mi lado.

—Túmbate y mira este cielo grandioso.

Lo hizo, las manos cruzadas sobre el vientre como cuando estaba embarazada, aunque el bebé ya no estaba. Estaba callada, más pequeña que antes, como una hoja marchitándose. Una bandada de palomas cruzó la superficie curva del cielo, sus alas batiendo blanco y gris al unísono, como un semáforo. Me pregunté si sabían adónde iban cuando volaban así.

Le apreté la mano. Era como sostener mi propia mano. Sus labios eran gruesos, agrietados. Era como si estuviéramos flotando en el cielo, separadas del futuro y el pasado. ¿Por qué no podía ser suficiente? Un vuelo de palomas debía bastar. Alguien sin historia. Quizá debía dejar a un lado mi sarta rota de cuentas, mis cajas de zapatos de recuerdos. Por mucho que cavara, era sólo una historia, y no me bastaba. ¿Por qué no podía ser simplemente una garza? Sin historia, sólo un ave con sus largas patas delgadas.

Si pudiera detener el tiempo... El río y el cielo.

—¿Alguna vez has pensado en matarte? —preguntó Yvonne.

—Hay quienes dicen que cuando vuelves, retomas exactamente donde lo dejaste.



Enlacé con mi brazo el suyo. Su piel era muy suave. Su camiseta olía a desesperación, como el metal y la lluvia.

—Creí que hoy era tu día de graduación —dijo.

—De qué sirve —respondí—. Marchar por el escenario como patos en un tiro al blanco.

Yvonne suspiró:

—Yo de ti estaría orgullosa.

Sonreí:

—Si fueras yo, serías yo. Sea quien diablos fuere.

La señora Luanne Davis sugirió inscribirme en la universidad local, podía pedir transferencia en cualquier momento, pero yo ya había perdido la fe. Un futuro no era algo que yo pudiera forjar por mí misma con todos estos trozos rotos que tenía, como la espada de Sigfrido en la vieja historia. El futuro era una niebla blanca en la cual podía desvanecerme, sin el meneo del susurrante tafetán azul y oro. Ninguna madre para guiarme.

Me imaginé las mentiras que estaban diciendo en los discursos en este momento. Sobre «el excitante futuro que tienen por delante». Deberían haberles dicho la verdad: «La mitad de ustedes han llegado todo lo lejos que podían llegar. Miren a su alrededor. A partir de ahora empieza el descenso. El resto irá un poco más allá, tendrá un trabajo firme, irá de vacaciones a Hawai, o se mudará a Phoenix, Arizona, pero de los mil quinientos ¿cuántos harán algo que valga la pena, escribirán un drama, pintarán un cuadro que quede en un museo, encontrarán una cura para el herpes? ¿Dos, quizá tres? ¿Y cuántos encontrarán el verdadero amor? Más o menos los mismos. ¿Y la iluminación? Quizá uno. El resto negociará, encontrará excusas, alguien o algo a quien culpar, y lo llevará colgado sobre el corazón como un dije en una cadena».

Estaba llorando. Sabía que podía haberlo hecho mejor, podría haber hecho arreglos, podría haberme interesado, haber encontrado alguien que me ayudara. En este momento mis condiscípulas estaban subiendo al estrado por sus premios. ¿Cómo era posible que yo hubiera perdido tanto? Madre, ¿por qué me soltaste la mano en el bus, con los brazos tan llenos de paquetes? Sentía que el tiempo era un gran mar, y yo estaba flotando sobre el lomo de una tortuga y no se veían velas en el horizonte.

—Es tan raro, ¿sabes? —decía Yvonne—. Estaba segura de que iba a odiarte. Cuando viniste, pensé: ¿Quién necesita a esta gringa? Escúchenla. ¿Quién se cree que es? ¿La princesa Diana? Es lo que le dije a Niki. Sólo nos faltaba esto, una noviecita. Pero ahora, ¿sabes?, es así. Te necesitamos.

Le apreté la mano. Tenía a Yvonne, tenía a Niki. Tenía este cielo de Rafael. Tenía quinientos dólares y un aguamarina de una muerta y un futuro en la UCI. Qué más podía querer una chica.

Ese verano desplegamos nuestras cosas en ferias de trueque de Ontario a Santa Fe Springs. Rena recogió un papel adhesivo con rayas de cebra, así que cubrí con rayas

de cebra taburetes, escaleras de baño, «unidades de almacenamiento» (que eran en realidad cajas de zapatos). Cubrí de rayas la palangana del hospital, el bastón, para los mayores elegantes. Los gatos se escondían.

—Vistoso. —Era la nueva palabra mágica de Rena—. Tenemos que hacer cosas vistosas.

Nuestro juego de comedor se fue, rayado y barnizado. Le pagaron cuatrocientos dólares por él, y me dio cien. Dijo que podía quedarme tanto cuanto quisiera, y pagar techo y comida como Niki. Lo decía como un cumplido, pero me asustó mucho.

En la feria de Fairfax pusimos un toldo azul sobre nuestro puesto, para que las señoras pudieran entrar a examinar nuestra ropa sin sufrir insolación. Eran como peces, rebuscando entre las rocas, y nosotras éramos las morenas, esperando con paciencia a que se acercaran más.

—Benito quiere que me vaya a vivir con él —dijo Yvonne cuando Rena estaba ocupada con una clienta, probándole un sombrero y diciéndole qué bien le quedaba.

—No harás eso —dijo Niki.

Yvonne sonrió soñadora.

Estaba enamorada otra vez. Yo no veía motivo para disuadirla. Había renunciado a tratar de entender qué estaba bien y qué mal, qué importaba y qué no.

—Parece un buen tipo —dije.

—¿Cuánta gente te pide que compartas su vida? —dijo Yvonne—. Gente que quiere tener a alguien para follar —dijo Niki—. Y para lavar la ropa y los platos.

Yo compartía con Yvonne un jarro de la «mezcla deportiva rusa», una combinación de vodka y Gatorade que Rena bebía todo el día.

Rena trajo a una mujer bronceada que quería conocerme, apoyando la maleta rígida American Tourister sobre la mesa plegable.

—Esta es nuestra artista —dijo, encendiendo uno de sus Sobranies negros—. Astrid Magnussen. Recuerde el nombre. Algún día esta maleta valdrá millones.

La mujer sonrió y me tendió la mano. Traté de no exhalarle la mezcla deportiva rusa en la cara. Rena me tendió un marcador con una reverencia y yo firmé en la parte inferior de la maleta. A veces estar con Rena era como tomar ácido. La artista. El libro de budismo que había encontrado en la basura decía que uno acrecentaba la virtud simplemente haciendo un buen trabajo en lo que fuera, aplicándose enteramente a la tarea que tuviese entre manos. Miré el bar y los taburetes cebra, la maleta que se iba con la mujer bronceada. Se veían bien. Me gustaba hacerlos. Y si hacía eso durante toda mi vida, ¿no estaría bien? Según el budismo no importaba que fuera papel adhesivo o caligrafía Zen, neurocirugía o literatura. En el Tao tenían el mismo valor si eran hechos con el mismo espíritu.

—Chicas perezosas —dijo Rena—. Tienen que hablar con el cliente, trabajar la venta.

Vio un joven en *shorts* mirando los taburetes, encendió su sonrisa y fue a seducirlo.

Niki terminó su jarra de cóctel de Gatorade, hizo una mueca y se sirvió un poco más mientras Rena estaba ocupada.

—Las cosas que hay que hacer para sentirse bien —suspiró.

—¿Cuándo te irás? —le pregunté a Yvonne.

—Mañana —susurró, ocultándose detrás de su cabello sedoso.

Le aparté el pelo con la mano y lo acomodé sobre su pequeña oreja multiperforada. Me miró y sonrió, y la abracé. Estalló en lágrimas.

—No sé, Astrid. ¿Piensas que debo hacerlo? Tú siempre sabes qué hacer.

Sus palabras me tomaron desprevenida, y tuve que reírme. Me arrodillé al lado de su silla.

—¿Yo? Yo soy la que menos sabe.

—Creí que nunca mentías —dijo sonriendo, poniéndose una mano delante de la boca, un hábito que tenía para disimular su mala dentadura.

Quizá Benito se casaría con ella. Quizá la llevaría al dentista. Quizá la abrazaría por las noches y le haría el amor. ¿Quién podía asegurar que no sería así?

—Te voy a echar de menos —le dije.

Asintió, llorando mientras sonreía.

—Cielos, debo de estar horrible.

Se pasó la mano por las mejillas en las que le corría el rímel. —Estás tan hermosa como Miss América— dije abrazándola. Era lo que decían las mujeres—. Miss América, cuando le ponen la corona. Y ella se ríe y llora al mismo tiempo.

Eso la hizo reír. Le gustaba Miss América. Veíamos la ceremonia por televisión fumando marihuana, y ella tomaba unas polvorientas flores de seda que tenía Rena y caminaba por la sala imitando los saludos mecánicos de la reina de la belleza.

—Si nos casamos, tú serás mi dama de honor —dijo.

Pude ver la tarta en sus ojos, con los pequeños novios de yeso encima, la cobertura blanca como encaje, capa tras capa, y un vestido como una tarta, flores blancas pegadas en el coche y todos haciendo sonar las bocinas cuando se marchaban.

—Estaré ahí —dije.

Me imaginaba la fiesta, ni un solo invitado de más de dieciocho años, todos planeando sus vidas según las letras de las canciones populares. Me entristecía pensarlo.

—Tú te reunirás con tu novio —dijo, como para amortiguar el golpe—. No te preocupes. Él te esperará.

—Seguro —dije.

Pero sabía que nadie espera a nadie.

La noche siguiente, Yvonne empaquetó unas pocas ropas, su caballito y su radio, pero dejó el retrato del actor de televisión en su marco sobre la cómoda. Rena le dio algo de dinero, enrollado en una goma elástica. Todos esperamos en el porche hasta que Benito vino en su Cutlass gris. Se fueron.



EN EL yunque de agosto, la ciudad yacía paralizada, idiotizada por el calor. Las aceras se deformaban bajo el sol. Era un paisaje de rendición total. El aire estaba espeso y hostil, como la atmósfera de un planeta muerto. Pero en el patio delantero, la gran adelfa florecía como un ramo de novia, un cielo lleno de estrellas. Me hacía pensar en mi madre.

Siguió sin haber llamada de Susan. Muchas veces quise telefonarle para pedirle un encuentro. Pero lo pensé mejor. Esto era un juego de ajedrez. Primero la urgencia, después la espera. No correría por la calle tras ella rogándole. Dispondría mis piezas y aseguraría mis defensas.

Ahora me despertaba muy temprano, para aprovechar los últimos soplos frescos antes de que se asentara el calor. Me iba al porche y miraba la adelfa gigante. Era vieja, tenía un tronco como un árbol. Bastaba con tostar un malvavisco pinchado en una rama para morir. Mi madre había hervido kilos para preparar el brebaje mortal de Barry. Me pregunté por qué era venenosa. Las adelfas podían sobrevivir a todo, soportaban el calor, la sequía, el descuido, y producían miles de flores cerúleas. ¿Para qué necesitaban el veneno, entonces? ¿No podían limitarse a ser amargas? No eran como las serpientes de cascabel, ni siquiera comían lo que mataban. El modo en que ella las había hervido y destilado, como a su odio. Quizá se trataba de un veneno que había en la tierra, algo de Los Ángeles, el odio, la dureza, algo en lo que no queríamos pensar y que la planta concentraba en sus tejidos. Quizá no era una fuente de veneno sino una víctima más.

A las ocho ya hacía demasiado calor para estar fuera. Volví dentro a prepararle el almuerzo a Tasha. Era la nueva chica que ocupaba la cama de Yvonne, trece años, iba al instituto King, semestre de verano. Seria, reservada, tenía una cicatriz vertical no cerrada del todo en el labio superior. Se estremecía si alguien se movía demasiado rápido cerca de ella.

—Te irá bien en el instituto —le dije, preparándole apio con mantequilla de cacahuete y una manzana Smith—. Yo te vigilaré.

La llevé en la camioneta de Niki, la dejé delante del instituto Thomas Starr King, la miré entrar, asustada y pequeña, la mochila colgándole del hombro. Me sentía impotente para impedir que su vida tomara la dirección más probable. ¿Una persona podía salvar a otra? Se volvió para saludarme con la mano. Le devolví el saludo. No me fui hasta que no estuvo dentro.

Querida Astrid:

Hoy se cumplen seis años. Seis años desde que crucé la puerta de esta peculiar escuela de perfeccionamiento. Como Dante: *Nel mezo del cammin di nostra vita. / Mi ritrovai per una selva oscura. / Che la*

*diritta via era smarrita*. El tercer día consecutivo de más de cuarenta grados. Ayer una interna degolló a otra con una lata. Lydia rompió un poema que escribí sobre un hombre que vi una vez, con un tatuaje de serpiente desapareciéndole en los tejanos. Se lo hice mecanografiar otra vez, pero no puedes imaginarte la tensión. Aparte de ti, creo que es la relación más prolongada que he mantenido nunca. Está segura de que la amo, aunque no hay nada de eso. Adora estos poemas míos que se refieren a ella, cree que son una declaración pública.

Amor. Yo prohibiría la palabra. Tanta imprecisión. Amor, ¿amor por quién, qué amor? ¿Sentimiento, fantasía, anhelo, lascivia? ¿Obsesión, necesidad devoradora? Quizá el único amor que es bueno *per se* es el amor por una niña pequeña. Después, ella también se vuelve una persona, y se compromete. «¿Me quieres? —me preguntaste en la oscuridad desde tu camita—. ¿Me amas, mami?».

«Por supuesto —te dije—. Ahora duérmete».

El amor es una historia para dormirse, un osito de peluche, familiar, con un ojo menos.

—¿Me quieres, carita? —dice Lydia, torciéndome un brazo, aplastándome la cara contra la manta rústica de pelo de caballo, mordiéndome el cuello—. Dilo, perra.

El amor es un juguete, un pañuelo perfumado.

«Dime que me amas», decía Barry.

«Te amo —le dije—. Te amo, te amo».

El amor es un cheque que puede falsificarse y cobrarse. El amor es una deuda que tiene un vencimiento.

Lydia está acostada de su lado en mi litera, la curva de su cadera, la cresta de una ola en agua poco profunda, turquesa, Playa del Carmen, Martinica. Hojeando un *Celebridades* nuevo. Le regalé una suscripción. Dice que la hace sentir parte del mundo. No entiendo cómo puede entusiasmarse con películas que no verá, los problemas políticos de la actualidad no me conmueven, no tienen significado dentro del profundo silencio de la cárcel.

El tiempo ha adquirido una cualidad completamente diferente para mí. ¿Qué diferencia marca un año? De un modo perverso, compadezco a las mujeres que todavía son parte del tiempo, atrapadas por él, cuántos meses, cuántos días. Yo me he liberado, me muevo entre los siglos. Los escritores me mandan libros: Joseph Brodsky, Marianne Moore, Pound. Pienso que quizá estudiaré chino.

«¿Alguna vez fuiste a Guanajuato? —pregunta Lydia—. Todas las grandes estrellas van allá ahora».

Guanajuato, Astrid. ¿Recuerdas? Sé que sí. Fuimos con Alejandro el pintor, que no es lo mismo que Alejandro el poeta. Desde San Miguel. Mi español no era lo bastante bueno para determinar la calidad de la obra del poeta, pero Alejandro el pintor era realmente malo. No debería haber pintado nada. Simplemente debería haberse sentado en una silla y puesto a alguien a mirarlo. Y tan tímido, no podía mirarme a los ojos hasta que había terminado de hablar. Le hablaba a mi mano, al arco de mi pie, a la curva de mi pantorrilla. Sólo después de terminar podía mirarme a los ojos. Temblaba cuando hacíamos el amor, el olor débil de los geranios.

Pero nunca fue tímido contigo, ¿no? Tenía conversaciones muy largas, conspiratorias, cabeza con cabeza. Me sentía excluida. Él fue quien te enseñó a dibujar. Dibujaba para ti, y después tú dibujabas para él. La mesa, la botella, las mujeres. Traté de enseñarte a escribir poesía, pero siempre fuiste tan obstinada... ¿Por qué nunca quisiste aprender nada de mí?

Ojalá nunca hubiéramos salido de Guanajuato.

MADRE

Alejandro el pintor. Viendo surgir la línea de sus dedos, el movimiento del brazo. ¿Era un mal pintor? Nunca se me ocurrió, como nunca se me ocurrió que ella pudiera sentirse excluida. Era hermosa, llevaba un vestido blanco, y los edificios eran ocres y amarillos, sus sandalias de tiras cruzadas como las de una romana, hasta encima del tobillo. Yo seguía las marcas de las equis blancas cuando se las sacaba. El hotel con biombos y persianas enrollables en las puertas, los cuartos abiertos al patio de baldosas. Se oía lo que los huéspedes hablaban. Cuando mi madre fumaba un porro tenía que abrir las puertas de los balcones. Era un cuarto extraño, ocre, más alto que ancho. A ella le gustaba, decía que había lugar para pensar. Y los mariachis competían abajo en la calle, el sonido de las serenatas todas las noches, desde nuestras camas bajo el mosquitero.

—¿Y? —dijo Rena—. ¿Quedará en libertad?

—No —contesté.

Viajando desde San Miguel de Allende en su Citroën del tamaño de un juguete, la camisa muy blanca contra la piel bronceada. ¿Admitía que había cometido un error? Si sólo pudiera admitirlo... Confieso. Yo podría mentir por ella en ese caso, hablar con la abogada, subir al estrado y jurar sin sombra de duda que ella no lo hizo. Quizá esto era lo más que podía acercarse a admitir algo.

Yo también hubiera querido que nos quedáramos en Guanajuato.

Después Niki se mudó. Se unía a un grupo de Toronto, una de las bandas de Werner.

—Ven conmigo —me dijo cuándo cargaba su camioneta.

Le tendí una maleta, con rayas de cebra. Las dos sonreímos, nos secamos mutuamente las lágrimas. Me dejó unas direcciones y números de teléfono, pero supe que no los usaría. Tenía que acostumbrarme a esto, a que la gente se fuera y no volviera a verla.

En una semana, Rena trajo a dos chicas nuevas al cuarto de Niki, Shana y Raquel, de doce y catorce años. Shana tenía epilepsia, y Raquel no sabía leer, era la segunda vez que repetía curso. Más chicos rotos para la feria de artículos usados de Rena Grushenka.

Llegó septiembre con sus faldas de fuego. Fuego en las cumbres de Los Ángeles. Fuego en Malibú, Altadena. Fuego a lo largo de San Gabriel, en los desiertos de San Gorgonio, el fuego era un aro de llamas que la ciudad tendría que saltar para llegar a los azules de octubre. En el barrio del lago hubo tres tiroteos en una semana: un asalto en una gasolinera, un motociclista perdido que quedó atrapado en un callejón en una medianoche de Van Gogh, una mujer tiroteada por su marido, electricista desocupado, durante una riña conyugal.

Fue en el horno de la temporada de las adelfas cuando al fin llamó Susan.

—Tuve un juicio complicado —explicó—. Pero estamos otra vez en la brecha. Te he programado una visita para pasado mañana.

Sentí la tentación de echarme atrás, de decirle que no estaba disponible, de hacer las cosas difíciles, pero al fin accedí. Estaba tan lista cómo podía estarlo.

Así que en una mañana ya rendida al viento quemante y al calor impío, Camille Barron, la asistente de Susan, vino por mí, y emprendimos el largo viaje a Corona. En el patio de visitas nos sentamos a una mesa de pícnic anaranjada bajo la misma estructura de sombra, bebiendo latas de refresco compradas en la máquina expendedora, pasándonos las latas por la frente, apretándolas contra las mejillas. Esperando a mi madre. El sudor me corría entre los pechos y por la espalda. Camille parecía marchita pero estoica en su trajecito *beige*, su corte de pelo a la moda, ahora flácido y sudoroso en los bordes. No se molestaba en hablarme, se limitaba a su papel de mensajera.

—Aquí viene —dijo.

Mi madre esperaba que el guardia abriera la verja. Todavía se la veía maravillosa, delgada y nerviosa, el pelo claro recogido con un lápiz clavado en el rodete. Un año y medio. Me puse de pie. Caminó hacia nosotras, vacilante, entrecerrando los ojos, con hebras de cabello ondeando al viento. Su piel bronceada estaba más arrugada que la última vez que la había visto. Estaba tomando ese aspecto correoso, como un blanco en Kenia. Pero no había cambiado tanto como yo.

Se detuvo cuando llegó a la sombra, y yo no me moví, porque quería que me viera como era ahora. Mi camisa verde con cremallera militar, los ojos enmarcados en negro, las orejas con su octava de aros. La falda de cambalache y mis piernas de mujer, que Sergei amaba poner sobre sus hombros, mis caderas, mis pechos llenos. Zapatos de plataforma alta prestados por Rena para la ocasión. No la chica rosa con



sus zapatos de fiesta de graduación, no la huérfana rica. Ahora era la chica de Rena. Podía pasar por cualquier chica rumbo al sitio donde ahora estaba mi madre. Pero no la chica suave, la de falda plisada. No podría tomar nada de mí. Ya no más.

Por primera vez en mis visitas, no sonrió. Pude ver la sorpresa en su cara, y me alegré. La asistente de su abogada miraba por entre las dos, sin interés, después se levantó y fue al refugio de cemento, más fresco, dejándonos solas.

Mi madre tomó mi mano. La dejé hacer.

—Cuando salga, te compensaré por todo —dijo—. Aun dentro de dos o tres años seguirás necesitando una madre, ¿no?

Me sostenía la mano; estaba a menos de medio metro de mí. La miré. Era como si un extraño estuviera hablando a través de ella. ¿Qué clase de actuación era esta?

—¿Quién ha dicho que saldrás? —dije.

Mi madre me soltó la mano y dio un paso atrás. El color de sus ojos se destiñó del aguamarina al celeste del huevo de un petirrojo.

—Sólo dije que hablaría contigo. Tenemos un trato por hacer.

Ahora el huevo de petirrojo se volvió ceniza.

—¿Qué trato? —preguntó, inclinándose contra un poste, los brazos cruzados sobre la pechera de su vestido tejano, el mismo que llevaba la última vez que la vi, apenas dos matices de azul más claro.

—Un trato —dije—. ¿Quieres sentarte aquí o bajo los árboles?

Se volvió y me llevó a su lugar favorito en el patio de visitas, bajo las higueras de troncos blancos que asomaban al camino, y se sentó dando la espalda a la zona de recepción, en el punto más lejano de la torre de vigilancia. Nos sentamos en la hierba seca, marchita por el verano, que me picaba en las piernas desnudas.

Ella se sentó con gracia, las piernas a un lado, como una niña en un prado. Ahora yo era más grande que ella, pero no tan elegante, no tan hermosa, y sin embargo presente, sólida como un bloque de mármol antes de ser tallado. La dejé mirarme de perfil.

Yo no podía verla mientras hablaba. No era lo bastante dura, sabía que su amarga sorpresa me desarmaría.

—Este es el trato —dije—. Hay ciertas cosas que quiero saber. Me las dices, y haré lo que quieres.

Mi madre tomó uno de los vilanos de la hierba y lo sopló.

—O qué.

—O diré la verdad y te pudrirás aquí hasta la muerte —dije.

Oí el rumor de la hierba cuando cambiaba de posición. Cuando miré, estaba tendida boca arriba examinando el tallo del que había soplado las plumillas.

—Susan puede desacreditar tu testimonio cuantas veces quiera. —Me necesitas— dije. —Y lo sabes.

—A propósito, tu aspecto me repugna —dijo—. Eres un motel de Sunset Boulevard, una fellatio de quince dólares en un coche.

—Puedo aparecer como tú quieras ante el tribunal —dije—. Puedo llevar medias de liga si quieres. —Ella seguía haciendo girar el taño entré las palmas—. Soy la única que puede decirles que Barry tenía una fijación paranoide. Que te acosaba. Puedo decir que amenazó con suicidarse y arreglar las cosas de modo que pareciera que tú lo habías matado, para castigarte por dejarlo. Soy la que sabe tu estado mental en la cárcel antes del juicio. Cuando fui a verte aquel día, ni siquiera me reconociste.

Me enfermaba pensarlo.

—Si es que me someto a este interrogatorio.

Arrojó lejos el taño.

Se sacó las zapatillas y apoyó los pies en la hierba. Estiró las piernas y se apoyó en los codos, como si estuviera en la playa. Se miraba los pies y se los frotaba uno contra otro.

Reñías cierta delicadeza. Una transparencia. Ahora te has vuelto pesada, opaca.

—¿Quién fue mi padre? —pregunté.

—Un hombre.

Se miraba los dedos de los pies, moviéndolos.

—Klaus Anders, sin segundo nombre —dije, arrancándome una costra de entre los dedos—. Pintor, cuarenta años. Nacido en Copenhague, Dinamarca. ¿Cómo os conocisteis?

—En Venice Beach. —Seguía mirándose los pies—. En una de esas fiestas que duran todo el verano. Él tenía drogas.

—Os parecíais como hermano y hermana —dije.

—Era mayor que yo —dijo. Rodó para quedar boca abajo—. Tenía cuarenta años, pintaba abstracciones biomorfas. Ya *passé* para entonces. —Separaba la hierba como cabello cortos. Siempre fue *passé*. Sus ideas, sus entusiasmos. Mediocre. No sé qué vi en él—. No digas que no lo sabes, porque es falso —dije.

Suspiró. Yo la estaba cansando. No me importaba.

—Fue hace mucho tiempo, Astrid. Hace varias vidas, por lo menos. No soy la misma persona.

—Mientes —dije—. Eres exactamente la misma.

Quedó desconcertada. Yo nunca la había desmentido antes. —Eres muy niña todavía— dijo, luchando por mantener la compostura. Otro no habría podido verlo, pero yo lo adivinaba en el modo en que la piel alrededor de los ojos parecía hacerse más delgada, la nariz un milímetro más afilada—. Has tomado por verdad la propaganda que te hice.

—Dime la verdad entonces —dije—. Qué viste en él. —Comodidad, probablemente. Era fácil estar con él. Muy físico. Hada amigos con facilidad. A todos los llamaba «compañero»—. Sonrió apenas, siempre mirando la hierba que estaba separando, como quien revisa un fichero. —Grande y fácil. No me pedía nada.

Sí, eso lo creía. Un hombre que quisiera algo de ella nunca habría sido atractivo. Tenía que ser el deseo de ella, el fuego de ella.

—¿Y después qué?

Arrancó un puñado de hierba y lo arrojó lejos.

—¿Tenemos que pasar por esto? Son cosas muy viejas.

—Quiero saber —dije.

—Pintaba, se drogaba más de lo que pintaba. Iba a la playa. Era mediocre. No hay mucho que decir. No es que estuviera yendo a alguna parte, sino que ya había llegado.

—Y quedaste embarazada.

Me dirigió una mirada cortante.

—No «quedé» embarazada. Eso lo dejo para tus amigas analfabetas. Decidí que te tendría. La palabra acertada es «decisión». —Se soltó el cabello y las puntas rozaron la hierba. Era seda cruda en la luz filtrada por el follaje—. Sea cual fuere la fantasía que te hayas hecho, no fuiste un accidente. Un error, quizá, pero no un accidente.

«Los errores de una mujer...».

—¿Por qué él? ¿Por qué en aquel entonces?

—Necesitaba a alguien para hacerlo, ¿no? Él era apuesto y de buen carácter. No le asustaba la idea. Voila.

—¿Lo amabas?

—No quiero hablar de amor, ese nido de ratas semántico. —Estiró las largas piernas delgadas y se puso de pie, sacudiéndose la falda. Se inclinó contra el tronco del árbol, un pie apoyado en su pantorrilla blanca, los brazos cruzados para afirmarse—. Tuvimos una relación sexual bastante caldeada. Una deja pasar muchas cosas.

Sobre su cabeza, una mujer había grabado «Mona76» en la madera.

La miré, a mi madre, a esta mujer a la que había conocido y nunca había conocido en realidad, esta mujer siempre al borde de la desaparición. No la dejaría escaparse ahora.

—Lo adorabas. Lo leí en tu diario.

—«Adorar» no es exactamente la palabra adecuada —dijo, mirando el camino—. Adorar implica una dimensión espiritual. Estoy buscando una palabra con una connotación más terrenal.

—Entonces nací yo.

—Entonces naciste tú.

Me los imaginé a él y ella, los dos rubios, él con esa gran boca sonriente, probablemente drogado hasta la inconsciencia, ella cómodamente alojada en la curva de su fuerte brazo.

—¿Me quería?

Rió, las comas de ironía enmarcándole la boca.

—Él mismo era como un chico, me temo. Te quería como un chico quiere una tortuga, o un cochecito de carreras. Podía llevarte a la playa y jugar contigo durante horas, haciéndote saltar en las olas.

O podía meterte en tu parque y salir a beber con sus amigos, cuando se suponía que te estaba cuidando. Un día llegué a casa y había habido un incendio. Sus telas y pinceles empapados de trementina se habían encendido, el fuego se extendió a toda la casa en cinco minutos. Él no estaba. La sábana de tu cuna ya se había chamuscado.

Fue un milagro que no te quemaras viva. Un vecino te oyó gritar.

Traté de recordar, el parque, el fuego. Podía recordar claramente el olor de la trementina, un olor que siempre me había gustado. Pero el olor del fuego, el olor invasor del peligro, siempre lo había asociado con mi madre.

—Ese fue el fin de nuestro idilio de Venice Beach. Estaba cansada de su mediocridad, de sus excusas. Yo era la que ganaba el poco dinero que teníamos, él vivía de mí, y ahora ya no teníamos casa. Le dije que todo había terminado. Él estaba preparado para la noticia, créeme, no hubo lágrimas. Y así terminó la saga de Ingrid y Klaus.

Pero yo no podía pensar más que en este hombre corpulento haciéndome saltar en las olas. Casi podía recordarlo. La sensación de las olas en mis pies, burbujeantes como la risa. El olor del mar, y su rugido.

—¿Alguna vez trató de verme, cuando crecí?

—¿Por qué quieres conocer toda esta historia inútil? —respondió apartándose del árbol. Se acuclilló para poder mirarme a los ojos. El sudor le perlaba la frente—. Te causará dolor, Astrid. Yo quería protegerte de todo eso. Durante doce años estuve entre tú y esas insensateces de un pasado ajeno.

—Mi pasado —dije.

—Dios santo, eras un bebé —dijo, y volvió a ponerse de pie, alisando la raya de su vestido tejano en las caderas—. No exageres.

—¿Quiso verme?

—No. ¿Eso te hace sentir mejor? —Caminó hasta la verja para mirar al camino, la tierra y desperdicios volando en el viento, plásticos y papeles atascados en las malezas al otro lado del camino—. Quizá una o dos veces vino a ver si estabas bien. Pero le hice entender en términos claros que su presencia ya no era apreciada.

Y eso fue todo.

Pensé en él, su cara de oveja, el largo cabello rubio. No había querido herirme. Ella podría haberle dado otra oportunidad.

—Nunca pensaste que yo quizá podía querer un padre.

—En tiempos antiguos no había padres. Las mujeres copulaban con los hombres en los campos, y sus bebés llegaban nueve meses después. La paternidad es un mito sentimental, como el día de San Valentín. —Se volvió hacia mí, sus ojos de aguamarina pálidos detrás de la cara bronceada, como un crimen en un cuarto iluminado detrás de cortinas—. ¿He respondido lo suficiente, o hay más?

—¿Nunca volvió? —pregunté sin alzar la voz, rogando que no fuera cierto, que hubiera más, aunque fuera muy poco más—. ¿Nunca te llamó después, queriendo verme?

Volvió a acuclillarse, me pasó un brazo por los hombros se acercó su cabeza a la mía. Nos quedamos así un rato.

—Llamó una vez cuando tenías, no sé, siete u ocho años. —Paso los dedos por mi pelo—. Venía de visita de Dinamarca con su esposa y sus dos hijos pequeños. Quería que nos encontráramos en tu parque, que yo me sentara en un banco del parque y jugara contigo, para que él pudiera verte.

—¿Fuimos?

Sólo quería que me abrazara.

—Sonaba como el argumento de una mala película —dijo—. Lo mandé al infierno.

Mi padre había llamado, había querido verme, pero ella se negó. Sin preguntarme, sin decírmelo. Aquello fue como recibir un puñetazo en el estómago.

Me puse de pie y fui a apoyarme contra el árbol, al otro lado del tronco. Ella apenas podía verme. Pero yo podía oírla.

—Querías saber, ¿no? No levantes las piedras si no quieres ver las criaturas asquerosas que se esconden debajo.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Lo último que supe fue que compró una granja en una isla danesa. Aero, creo. —Cuando me volví para mirarla, estaba jugueteando con sus zapatillas—. Un sitio pintoresco, pero sí su esposa no sabe algo sobre el cultivo de la tierra, seguramente la habrán perdido. —Alzó la vista justo a tiempo para ver mi mirada, y esbozó su sonrisa astuta, no la sonrisa amplia de mi padre, sino la que decía que había leído mi mente, que sabía lo que yo estaba pensando—. ¿Estás planeando aparecerte ante tu padre perdido y su familia? No te sorprendas si no sacrifican al ternero gordo para agasajarte.

—Será mejor que tú y tus nuevas hijas —dije.

El calor levantaba el asfalto, se lo podía oler.

—Ah —dijo, y se tendió en la hierba, las manos enlazadas bajo la cabeza, las piernas dobladas en ángulo—. Les advertí que no necesariamente las recibirías con los brazos abiertos. Pero son unas tiernas. Idealistas. Decidieron intentarlo de todos modos. Estaban muy orgullosas del artículo. ¿Te gustó?

—Lo tiré a la basura.

—Qué pena.

De pronto los cuervos alzaron el vuelo del árbol en una vandada, y oímos sus roncosp graznidos alejándose. Pasó un camión por el camino, con dobles ruedas traseras, y de la cabina salía música *country*, absurdamente alegre. Como Guanajuato, pensé, y supe que mi madre estaba pensando lo mismo.

Mi camisa no absorbía el sudor; las gotas corrían y mojaban la parte interna del cinturón de la falda. Me sentía empapada.

—Háblame de Annie.

—¿Por qué te aferras al pasado? —Se sentó, se enroscó el cabello, y volvió a sujetarlo con el lápiz. Su voz era dura, irritada—. ¿Qué es el pasado? Apenas un montón de diarios mohosos en el garaje de un viejo.

—El pasado sigue pasando. Nunca se detuvo. ¿Quién era Annie?

El viento sacudió el denso follaje de la higuera. No había otro sonido. Ella se pasó los dedos por el pelo, ajustando el rodete, como si saliera de una prisión.

—Era una vecina. Cuidaba chicos, lavaba ropa.

El olor de la ropa lavada. La cesta de ropa, sentarse en la cesta con otros chicos, jugar a que íbamos en un bote. Los pequeños cuadrados amarillos. La arrastrábamos por el suelo de la cocina.

—¿Cómo era?

—Bajita. Charlatana. —Se protegió los ojos de la luz haciéndose visera con una mano—. Usaba esas sandalias del doctor Scholl.

Ruido de pasos sobre el linóleo. Linóleo amarillo con un dibujo de pintura salpicada. El suelo era frío cuando se lo tocaba con la mejilla. Y las piernas bronceadas. Piernas desnudas en sandalias. Pero no podía verle la cara.

—¿Rubia o morena?

—Morena. Pelo lacio con flequillo.

No recordaba el cabello. Sólo las piernas. Y el modo en que cantaba todo el día junto con la radio.

—¿Y dónde estabas tú?

Mi madre guardó silencio. Ahora se apretaba los ojos con las manos.

—Cómo es posible que hayas recordado esto.

—Todo lo que sabía sobre mí, todo lo que llevaba consigo en esa jaula estrecha del Cráneo como una bóveda. Yo quería romperla, comerme su cerebro como un huevo pasado por agua.

—Imagina mi vida por un momento —dijo en voz baja, poniendo las palmas como si estuviera sosteniendo su vida—. Imagínate lo mal preparada que estaba yo para ser madre de una niña pequeña. La demanda de la actualización del arquetipo. El eterno femenino altruista. No podía haber algo más ajeno a mí. Yo era una mujer acostumbrada a seguir una línea de investigación o inclinación hasta que llegaba a su conclusión lógica. Estaba acostumbrada a tener tiempo para pensar, libertad. Me sentía como un rehén. ¿Puedes entender lo desesperada que estaba?

Yo no quería entender, pero recordaba a Caitlin, pidiendo, siempre pidiendo, «Assi, ¡jugó! ¡Jugo!». Su manera imperiosa de pedir. Al otro lado de la verja, sobre la cabeza de mi madre, la joven de recepción miraba a una reclusa que barría el patio de cemento, barría, barría, como cumpliendo una pena.

—Así son los bebés. ¿Qué habías imaginado, que manteníamos conversaciones serias? ¿Un intercambio de ideas sobre la poesía de Joseph Brodsky?

Sé sentó, cruzó las piernas y apoyó las manos en las rodillas.

Pensé que Klaus y yo viviríamos felices para siempre. Adán y Eva en una choza Cubierta de enredaderas. Estaba perdida entre arquetipos. Estaba fuera de mí.

—¡Estabas enamorada!

—Si, estaba enamorada, ¿satisfecha? —espetó—. Estaba enamora da de él y un bebé hace tres y todo eso, y entonces te tuvimos y una mañana me desperté casada con un hombre débil y egoísta, y no pude soportarlo. Y tú, tú sólo querías, querías, querías. «Mami mami mami» hasta darme ganas de arrojarte contra la pared.

Me sentí enferma. No tenía inconvenientes para creerlo, para verlo. Lo veía demasiado claro. Y comprendí por qué nunca me había hablado Sobre esto, por qué, simple y piadosamente, se había abstenido.

—Así que me dejaste allí.

—En realidad no había tenido la intención. Te dejé en la casa de esa mujer sólo por la tarde, para ir a la playa con unos amigos, y una cosa llevó a la otra, ellos tenían unos amigos en Ensenada, y fui, y era maravilloso, Astrid. ¡Ser libre! No puedes imaginarte. Ir al lavabo sola. Dormir la siesta. Hacer el amor todo el día si quería, y caminar por la playa, y no tener que pensar «¿Dónde está Astrid? ¿Qué está haciendo Astrid? ¿En qué se va a meter?». Y no tenerte encima todo el tiempo, Mami mami mami, colgada de mí como una araña...

Se estremeció. Todavía recordaba con repulsión mi contacto. Me hizo sentir mareada de odio. Esta era mi madre. La mujer que me había criado. No me dio ninguna oportunidad.

—¿Cuánto estuviste ausente?

Mi voz me sonó monocorde y muerta.

—Un año —dijo en voz baja—. Más o menos.

Y la creí. Todo en el cuerpo me decía que era cierto. Todas esas noches, esperando que viniera a casa, esperando oír su llave en la puerta. Ahora comprendía. Comprendía que hubiesen tenido que arrancarme de ella para empezar la escuela. Comprendía el que siempre hubiera temido que no volviera una noche. Ya lo había hecho antes.

—Pero estás haciendo la pregunta equivocada —dijo—. No me preguntes por qué me fui. Pregúntame por qué volví.

Un camión que transportaba cuatro caballos pasó por el camino hada la autopista. Pudimos sentir el olor de los caballos, ver sus ancas lustrosas sobre la baranda trasera, y pensé en aquel día en las carreras, en Orgullo de Medea.

—Deberías haberte hecho una ligadura de trompas.

De pronto estaba de pie, y me apretaba los hombros contra el tronco del árbol. Sus ojos eran un mar bajo la niebla.

—Podría haberte dejado allí, pero no lo hice. ¿No lo entiendes? Por una vez hice lo que debía hacer. Por ti.

Se suponía que yo debía perdonarla ahora, pero era demasiado tarde. No diría mi réplica.

—Mierda. Para ti —respondí secamente.

Quiso abofetearme, pero no podía so pena de que la visita acabase abruptamente. Levanté la cabeza, sabiendo que las cicatrices blancas brillaban.

Me soltó los brazos.

—No eras así antes —dijo—. Eres muy dura. Susan me lo dijo, pero pensé que era una pose. Te has perdido a ti misma, tu ensoñación, esa cualidad tierna.

La miré fijamente, sin permitirle apartar la vista. Teníamos la misma altura, pero yo tenía huesos más grandes, probablemente podría haberla derribado en una pelea limpia.

—Creí que lo aprobarías. ¿No era eso lo que detestabas en Claire? ¿Su blandura? Sé fuerte, dijiste. Desprecias la debilidad.

—Quería que fueras fuerte, pero que te conservaras intacta —dijo—. No esta devastación. Eres como un terreno bombardeado. Me asustas.

Sonreí. Me gustaba la idea de asustarla. Los papeles se habían invertido.

—¿Tú, la gran Ingrid Magnussen, la diosa de los fuegos de septiembre, santa Ana, la dadora de vida y muerte?

Alzó la mano para tocarme la cara, como una ciega, pero no se atrevió. Si me tocaba se quemaría. La mano quedó en el aire, delante de mi cara. Vi que estaba asustada.

—Tú fuiste lo único enteramente bueno en mi vida, Astrid. Desde que volví por ti, nunca nos apartamos, nunca, hasta que ocurrió esto.

—Hasta el crimen, quieres decir.

—No; esto. Tú ahora. —El gesto, el intento de tocarme, se desvanecieron como el crepúsculo—. ¿Sabes?, cuando volví, me reconociste. Estabas sentada junto a la puerta cuando entré. Alzaste la vista, y sonreíste y me tendiste los brazos para que te alzara. Como si me estuvieras esperando.

Quise cortar este instante con la llama azul de un soldador de acetileno. Quise quemarlo hasta las cenizas y dispersar las cenizas en el viento, para que los trozos nunca volvieran a unirse.

—Siempre te estuve esperando, madre. Es la constante en mi vida. Esperarte. ¿Volverás, te olvidarás de que me ataste frente a la tienda, de que me dejaste en el autobús?

La mano volvió a subir. Cautelosamente, pero esta vez rozó mi cabello.

—¿Sigues esperando?

Nos quedamos contemplando el camino vacío.

—¿Qué harás cuando salgas? —le pregunté—. ¿Adónde irás?

Se enjugó la cara con el cuello de la camisa. Del edificio de administración estaban saliendo secretarias, empleadas y guardias, sosteniéndose las faldas por el viento, iban a almorzar, a un bonito Coco's o Denny's con aire acondicionado. Cuando me vieron con mi madre sonrieron, charlando entre ellas. Ella ya era una



celebridad, eso podía verlo. Las vimos ir hacia sus coches. Supe que ella se imaginaba con esas llaves en la mano, el acelerador, el depósito lleno.

Suspiró.

—Para cuando Susan termine conmigo, seré un ídolo nacional, como la Tía Jemima o el Panadero de Pilisbury. Tendré cátedras para elegir. ¿Adónde querrías ir, Astrid?

Me miró, sonrió, mi zanahoria.

—Faltan años —dije.

—No puedes hacerlo sola —dijo—. Necesitas un medio, un contexto, La gente debe invertir en tu éxito. Dios mío, fíjate en mí. Tuve que ir a la cárcel para que repararan en mí.

Los coches arrancaron, haciendo crujir la grava. Camille salió al refugio y señaló su reloj de pulsera. La visita había terminado. Se sentía vacía y gastada. No sabía qué podía hacerme el saber la verdad, pero no lo había hecho. Era mi última esperanza. Quería herirla como ella me había herido. Lo quería muchísimo.

—¿Y qué sientes al saber que ya no me importa nada? —dije—. Qué haré lo que sea para conseguir lo que quiera. Hasta mentir por ti, sin parpadear. Ahora soy como tú, ¿no? Miro de frente al mundo y pregunto cuál es mi parte.

Sacudió la cabeza y bajó la vista a sus pies descalzos.

—Si pudiera deshacer todo lo hecho, lo haría, Astrid. —Me miró—. Tienes que creerme.

Sus ojos, brillantes al sol, eran exactamente del color de la piscina en que nadábamos juntas el verano que fue arrestada. Yo quería volver a nadar allí, sumergirme en ellos.

—Entonces dime que no quieres que atestigüe —dije—. Dime que no me quieres así. Dime que sacrificarás el resto de tu vida por recuperarme como era antes.

Volvió su mirada azul hacia el camino, ese camino, el hermoso camino, el camino con el que soñaban todas las reclusas. El camino por el que ya me había abandonado una vez. Su cabello como humo al viento. Encima, el follaje retrocedía y avanzaba como un boxeador que practica con una pequeña bolsa, el aire olía a fogatas y ganado. Se apretó los ojos con las manos, después las bajó hasta la boca. La vi mirar el camino. Parecía perdida allí, encerrada en sus anhelos, buscando una salida, una puerta secreta.

Y de pronto sentí pánico. Había cometido un error, como cuando jugaba al ajedrez con Ray y un segundo demasiado tarde me daba cuenta de que había hecho un movimiento erróneo. Había hecho una pregunta cuya respuesta no podía permitirme saber. Era lo que no quería saber. La roca que nunca debía ser levantada. Sabía lo que había allí. No necesitaba verlo, esa odiosa criatura albina sin ojos que vivía debajo de la piedra.

—Escucha, olvídalo. Un trato es un trato, dejémoslo así.

El viento hacía restallar su peligroso látigo en el aire, imaginé que veía la lluvia de chispas y olía las cenizas. Temí que no me hubiera oído. Estaba inmóvil como un daguerrotipo, los brazos cruzados sobre su vestido tejano.

—Le diré a Susan que te deje en paz —dijo en voz baja.

Supe que la había oído pero no la creí. Esperé algo, que me hiciera creer que era cierto.

Entonces mi madre volvió a mí, me abrazó, apoyó la mejilla contra mi pelo. Aunque sabía que era imposible, yo podía oler sus violetas.

—Si pudieras volver atrás, aunque sea en parte, lo daría todo —me dijo al oído.

Sus manos grandes me acariciaron suavemente el pelo. Era todo lo que yo quería en realidad, esa revelación. La posibilidad de las estrellas fijas.

EL AÑO en que se vio el nuevo juicio contra mi madre, febrero fue terriblemente frío. Yo estaba viviendo en Berlín con Paul Trout, en un apartamento de un cuarto piso en el viejo sector oriental, un subalquiler de un subalquiler que nos habían conseguido unos amigos. El lugar se desmoronaba y tenía calefacción de carbón, pero casi siempre podíamos pagar el alquiler. Desde que las novelas gráficas de Paul se habían vuelto el santo y seña de una nueva sociedad secreta entre estudiantes europeos de arte, habíamos hecho amigos en todas las ciudades. Nos pasaban de una casa que habíamos ocupado a un subalquiler, de este a un sofá en la sala, como antorchas en una carrera de postas.

Me gustaba Berlín. La ciudad y yo nos entendíamos. Me gustaba que hubieran dejado en pie el casco bombardeado de la iglesia Kaiser Wilhelm, como un monumento a lo perdido. Aquí nadie había olvidado nada. En Berlín había que combatir con el pasado, había que construir sobre las ruinas, dentro de ellas. No era como Estados Unidos, donde dejaban el suelo limpio, pensando que podían recomenzar de cero. Aún no habíamos aprendido que no existe una tela vacía.

Yo había empezado a probar con la escultura, producto de mi temporada con Rena Grushenka. Había desarrollado un cariño obsesivo por materiales encontrados por rastros y tesoros de basura y por regateos en seis idiomas diferentes. Con el tiempo, esta marea encontró el modo de filtrarse hasta mi arte, junto con atisbos de alemán y la adoración de lo real y los veinticuatro modos de ahuyentar animales. En la Hochschule der Künste, nuestros amigos estudiantes de arte tenían un profesor, Oskar Schein, al que le gustaba mi trabajo. Me metió de contrabando en las clases como una especie de estudiante fantasma, e hizo gestiones para que me aceptaran como alumna regular y poder conseguir un título, pero de un modo perverso mi estatus actual me venía bien. Seguía siendo una niña en hogares de acogida. La Hochschule der Künste era un equivalente alemán de Cal Arts, los estudiantes con peinados raros haciendo arte feo, pero yo estaba desarrollando un contexto, como habría dicho mi madre. Mis discípulos sabían sobre Paul y yo, éramos los chicos salvajes con todo el talento, viviendo de mis propinas de camarera y de ventas callejeras de ornamentos hechos a mano para espejitos retrovisores. Deseaban ser nosotros. «Somos pájaros libres», oía decir a Rena.

Ese año, mi pasión eran las maletas. Recorría el rastro cerca del zoológico, regateando y comprando maletas anticuadas, de las que había miles en venta desde la reunificación. Cuero con asas de celuloide amarillo. Baúles para tren y cajas de sombreros. En el viejo sector oriental nadie las había tirado nunca, porque no había habido con qué reemplazarlas. Ahora las vendían barato, pues los orientales compraban la última moda en maletas, verticales con ruedecitas. A lo largo de los

puestos del rastro de la Strasse des 17 Juni, todos los vendedores me conocían. *Handkofferfraulein*, me llamaban. La chica de las maletas.

Dentro de ellas yo erigía altares. Museos secretos, portátiles. La condición del hombre moderno era el desplazamiento, como le gustaba decir a Oskar Schein. Quería comprarme una, pero yo no podía vender, aunque Paul y yo estábamos sin blanca. Las necesitaba. Pero le hice una a Oskar para su cumpleaños, con Louise Brooks como Lulú, y marcos de la inflación, con denominaciones de cientos de miles, vías de tren de juguete como venas, y un pantano de plástico negro en el fondo del cual se había impreso la huella de una bota gigante que llené con gel verdoso, a través del cual se podían ver los retratos sumergidos de Goethe, Schiller y Rilke.

Durante todo el invierno estuve sentada en el suelo del apartamento con mi goma y mi arcilla, resinas y disolventes y pintura y cuerda y bolsas de objetos de la basura, con el abrigo puesto y los guantes sin dedos. Nunca podía decidir si me convenía trabajar con las ventanas abiertas para ventilar las emanaciones, o cerradas mantener el calor. Dependía. A veces mi sentido de la futuridad era más fuerte, a veces mi sentido era sólo del pasado.

Estaba creando mi museo personal. Allí estaban todos: Claire y Olivia, mi madre y Starr, Yvonne y Niki y Rena, Amelia Ramos, Marvel. El Museo de Astrid Magnussen. Había tenido que dejarlo todo en casa de Rena cuando me fui a Nueva York en busca de Paul, todas mis cajas y recuerdos, todo salvo los cuatro libros de mi madre y las joyas, el anillo de aguamarina, la amatista, y el collar robado, más ochocientos dólares en efectivo. Antes de partir, Sergei me pasó el nombre de un perista ruso en Brighton Beach, Ivan Ivanov, que me ayudaría a convertir mis bienes en efectivo. «No habla mucho inglés, pero te da buen precio». «El fénix debe arder para renacer», pensaba mientras cruzaba el país en bus, sin nada más que la dirección de una tienda de cómics en St. Marks Place.

Pero ahora había vuelto a armar mi museo. Allí, contra la pared, en esta fría ciudad nórdica, había recreado mi vida.

Aquí estaba Rena, una maleta de piel marrón con forro de terciopelo verde sobre el que se abría un desnudo de cera con cabeza de gato blanco hecha con piel de conejo. La tapa estaba cubierta con mobiliario de muñecas y decorada con billetes falsos abiertos en abanico. Niki era una maleta American Tourister barnizada en esmalte magenta, con enrejado metálico como una batería. Dentro, mobiliario hecho con condones rellenos de gomaespuma. Para Yvonne, había encontrado una maleta de niño y la había recubierto con tela de manta peluda de tono pastel. Estaba buscando una cajita de música, de modo que cuando se abriera la tapa sonara *Michelle*.

La de Marvel era turquesa, se abría revelando gravilla blanca y una linterna de destellos que decía SOS en código Morse. Uno de nuestros amigos estudiantes de arte me ayudó con los cables. Soldaditos de plomo femeninos, regalos de una película norteamericana, se arrastraban entre las rocas lunares con sus AK-47. Les había pintado diminutas esvásticas en los brazos. Había una pequeña pantalla de televisión

en la tapa, donde una Miss América recortada sonreía, la cara manchada con lágrimas de barniz de uñas.

Starr y Ray compartían una maleta de tela plástica con agrietadas junturas de piel, todo desteñido. Si la abrías, liberaba un fuerte aroma a madera y a Obsession. Sobre una tela op art brillante yo había cruzado rayas de un tartán de Pendleton. En la cara interior de la tapa, una rosa de satén rosado, ricamente vaginal, se abría bajo un Jesús fluorescente. Los bordes estaban rellenos con serrín rizado que recogí en una carpintería vecina. En la base, un pequeño relicario lleno de trocitos de plomo. En Europa no se podían comprar balas, así que tuve que conformarme con eso. En un terrario de cristal en el fondo, una serpiente se deslizaba sobre arena amarilla, vidrio roto y unos anteojos de montura metálica semienterrados.

Igual que Berlín, yo estaba dispuesta en capas de culpa y destrucción. Había provocado dolor al tiempo que lo sufría. Nunca podría señalar con el dedo a nadie sin que se volviera en autoacusación.

Olivia Johnstone era una caja de sombreros cubierta de plástico verde imitación cocodrilo, que soltaba un perfume de Ma Griffe cuando se la abría. Dagmar, la chica del mostrador de perfumes de los almacenes Wertheim, me dejó empapar algodones con los perfumes de muestra, que me llevaba en los bolsillos metidos en bolsitas de plástico. En el interior había hecho un nido de medias grises y negras, que rodeaba una máscara de carnaval de plumas negras, y un vaso que contenía un océano blanco. En su superficie flotaba un anillo de goma, también blanco.

Estaban todos aquí. Un maletín de almuerzo cubierto de postales de la aristocracia *fin de siècle* era Amelia Ramos. Dentro, tenedores antiguos atravesados en una peluca negra con hebras blancas. Los tenedores parecían manos alzadas, suplicando.

Y Claire. Le construí un memorial con un baúl de tren de los años treinta, piel blanca con esquinas de charol rojo. Me costó cincuenta marcos, pero el interior estaba forrado en seda malva, como un ataúd de lujo. En la tapa le pegué trozos de un disco de vinilo pintado de blanco, en forma de alas de mariposa. Cada pequeño cajón contenía un secreto: un pez reticulado en miniatura. Píldoras. Una sarta de perlas, un violín de hierba. Una rama de romero. Un retrato de Audrey Hepburn en *Dos en la carretera*. Y en otro, veintisiete nombres para las lágrimas. *Rocío del corazón, Miel de la pena, Agua triste, Die Tränen, Eau de douleur, Los ríos del corazón*. Era esta la que Oskar Schein quería comprarme.

Todas mis madres. Como invitadas en un bautizo de cuento de hadas, me habían dado sus dones. Ahora eran míos. La generosidad de Olivia, su conocimiento de los hombres. La ternura de Claire, y la fe. Si no fuera por Marvel, ¿cómo habría conocido los misterios de la familia norteamericana? Si no fuera por Niki, ¿cuándo habría aprendido a reírme? E Yvonne, mi hermosa, tú me diste la madre real, la madre de sangre, la que no estaba entre rejas, sino en algún lugar de mi interior. Rena me quitó el orgullo pero a cambio me dio algo más: me enseñó a rescatar, a salir del naufragio con todo lo que podía ser rehecho y revendido.

Las llevaba a todas ellas, esculpida por todas las manos por las que había pasado, con descuido o con amor, no importaba. Ameba Ramos, esa rata con rayas de mofeta, me enseñó a ayudarme a mí misma, a golpear en los barrotes hasta que me dieran lo que necesitaba. Starr trató de matarme, pero también me compró mis primeros tacones altos, me hizo sostener la posibilidad de Dios. ¿Cómo habría podido pasarme sin una de ellas?

Y en una maleta azul con asa blanca, la primera y última sala del Astridkunsthalle. Forrada en seda blanca, los bordes manchados de rojo, perfumada con violetas.

Una tarde gris me senté en el suelo en la penumbra, sobre la alfombra deshilachada y manchada por la pintura de generaciones de estudiantes de arte. Era la hora de mi madre, el crepúsculo, aunque en el invierno de Berlín oscurecía a las cuatro, no eran las eternas puestas de sol de la costa Oeste, con las olas rompiendo sobre la arena amarilla. Abrí la tapa.

El aroma de sus violetas siempre me entristecía. El frasco de agua teñida era del color exacto de la piscina del Hollywood Boulevard. Me senté frente al altar de mi madre y acomodé una serie de dibujos sobre plástico transparente, vi cómo se unían las líneas, hasta que formaron la imagen de ella de perfil. Manojos de cartas atadas con alambre de espino en el fondo de la maleta, junto con una mano de cartas de tarot, con la reina de bastos en primer plano. Una hilera de fragmentos de vidrio colgaba de la tapa; pasé la mano sobre ellos para que tintinearan, y me imaginé el viento a través de los eucaliptos una calurosa noche de verano.

Nos escribíamos un par de veces al mes, usando la tienda de cómics cerca de la universidad como apartado postal. A veces ella hacía que su abogada me enviara un poco de dinero vía Hana Gruen en Colonia, dinero de sus poemas o más probablemente donativos de admiradores. Le dije que no quería saber sobre los preparativos del juicio, pero en sus cartas se jactaba de las ofertas que estaba recibiendo: Amherst, Stanford, Smith. Sacudía la zanahoria de verdes campus universitarios. Me imaginé como la hija de una profesora, yendo a clase en bicicleta. Al fin podría usar un abrigo de pelo de camello, tener una compañera de cuarto, jugar al voleibol, todo pagado por anticipado. Qué seguro sería, todo decidido por otros. Podría volver a ser una niña, podría empezar de nuevo. ¿Seguro que no quería volver a casa?

Estiré la mano y toqué el alambre de espino, hice sonar los vidrios. La belleza y la locura, ¿no era esto lo que se estaba pesando en la balanza de la noche?

Después me había metido en la cama, bajo el edredón de plumas, vestida, no para dormir sino para estar abrigada. La estufa zumbaba y lanzaba el familiar olor de pelo quemado. Los cristales de las ventanas estaban cubiertos de escarcha, y yo podía ver el vaho de mi aliento en el cuarto. Estaba escuchando una grabación de un grupo llamado Magenta; nuestros amigos pensaban que era una locura que conociéramos a la cantante, Niki Colette. Tocarían en Fráncfort el mes siguiente, ya teníamos las

entradas. De Yvonne había tenido noticias por Navidad: estaba viviendo en Huntington Beach con un exmarine llamado Herbert, con el que tenía un hijo, Herbert Jr.

Esperaba que volviera Paul, tenía hambre. Se suponía que él compraría algo de comer después de su cita con el posible impresor de su próximo libro. Estaba tratando de encontrar alguien que imprimiera barato a cambio de una participación en las ventas. Su último editor alemán había quebrado en el otoño, devolviéndonos a la casilla uno. Pero había vendido doscientos ejemplares, lo que no estaba nada mal.

Llegó a eso de las nueve, se sacó las botas y se metió bajo el edredón. Traía una bolsa grasienta de kebabs del local más cercano de comida turca. Mi estómago gruñía. Paul abrió un diario delante de mí.

—Adivina —dijo.

Era el *International Herald Tribune*. Miré la primera plana: Croacia, OPEC, amenaza de bomba en la Scala. Lo abrí y allí estaba, en la página tres:

### POETA ENCARCELADA ES DECLARADA INOCENTE NUEVE AÑOS DESPUÉS

Esbozando su media sonrisa, saludando con una mano como un miembro de la realeza volviendo del exilio, feliz pero todavía desconfiada de las masas. Se las había arreglado sin mí en el juicio. Estaba en libertad.

Paul comió su sándwich de kebab, dejando caer trozos de ensalada en la bolsa mientras yo leía rápidamente el artículo, más afectada de lo que habría creído. El argumento de la defensa era que Barry se había suicidado de una manera que pareciera homicidio. Me desalentó que hubiera funcionado. Citaban a mi madre diciendo lo agradecida que estaba por la justicia que se había hecho, no veía el momento de poder darse un baño de inmersión, daba las gracias a los miembros del jurado desde lo profundo del corazón. Decía que había recibido ofertas para enseñar, para publicar su autobiografía, para casarse con un millonario fabricante de helados y para posar para *Playboy*, y que las aceptaría todas.

Paul me ofreció un falafel pero yo rehusé con la cabeza. De pronto, ya no tenía hambre.

—Guárdalo para después —dijo, y dejó caer la bolsa al lado de la cama.

Sus ojos castaños me hacían todas las preguntas.

No necesitaba decir una sola palabra.

Apoyé la cabeza en el hueco de su hombro y miré los resplandores azules de los televisores de los apartamentos de enfrente, que atravesaban la escarcha de nuestra ventana. Traté de imaginarme cómo se estaba sintiendo ahora. En Los Ángeles era mediodía. Un luminoso día de febrero, que parecía un cuadro. Me la imaginé en una habitación de hotel, cortesía de Susan D. Valeris, una *suite* de lujo llena de flores de

admiradores, despertándose en sábanas limpias. Se bañaría en una bañera doble, y escribiría un poema mirando las rosas de invierno.

Después concedería unas pocas entrevistas, o alquilaría un descapotable blanco para dar un paseo por la costa, donde recogería a un joven de ojos claros y arena en el pelo, y haría el amor con él hasta llorar de dicha. ¿Qué otra cosa se podía hacer cuando se salía en libertad después de una condena por homicidio?

Era pedir demasiado que templara su alegría con un momento de pena, un momento para reflexionar sobre cuánto le había costado el triunfo. No cabía esperar eso de ella. Pero yo había visto su remordimiento, y no tenía nada que ver con Barry ni con nadie, era un don ofrecido pese al precio que entonces no había tenido modo de calcular, podría haber sido pesado como un duelo, final como una tumba. No importaba cuánto daño me hubiera hecho o cuánto se hubiera gastado ella, no importaba cuán equivocada estuviera, mi madre me amaba, incuestionablemente.

Pensé en ella, enfrentándose a un tribunal sin la formación de peones de mis mentiras. La reina había librado sola la batalla final.

Paul lió un cigarrillo de Drum, las hebras como pelos cuando las sacaba de la bolsa; cortó los extremos antes de encenderlo con una cerilla que frotó contra la caja que nos servía de mesilla de noche.

—¿Quieres llamarla?

No podíamos permitirnos un teléfono. Oskar Schein nos dejaba usar el suyo.

—Hace demasiado frío.

Fumó, con el cenicero apoyado en su pecho. Se lo pedí, di una calada y se lo devolví. Habíamos hecho mucho camino juntos, Paul y yo. Desde el apartamento de St Marks a la casa ocupada en Londres, un cobertizo sin calefacción en Ámsterdam, ahora Senefelderstrasse. Ojalá conociéramos a alguien en Italia o en Grecia.

No bebía dejado de sentir frío desde que salí de Los Ángeles.

—¿Alguna vez has *pensado* en volver? —le pregunté a Paul.

Me quitó unas cenizas de la cara.

—Sale es el siglo de los desplazados —dijo—. Nunca se puede volver.

No necesitaba decirme que temía que yo volviera. Que me transformara en una universitaria norteamericana en un plan de tres comidas, *hockey* y literatura comparada, y lo dejara con su bolso de chico en un hogar de acogida, esa era la cuestión. Por un lado estaba *frau Acker* y el alquiler, mi tos, la búsqueda de impresor de Paul. Por el otro, una casa con calefacción, un diploma, buena comida y alguien ocupándose de mí.

Nunca se lo diría, pero a veces me sentía vieja. Nuestro estilo de vida era deprimente. Antes no podía permitirme pensarlo, pero ahora que ella estaba fuera, cómo no hacerlo. Y ahora Oskar Schein me preguntaba si podía verme a solas, llevarme a cenar, quería hablarme de una exposición en una galería. Lo había rechazado, pero no sabía hasta cuándo podría hacerlo. Lo encontraba atractivo, un



hombre estilo oso con una rala barba plateada. Otra vez la búsqueda del padre. Si no fuera por Paul, lo habría hecho meses atrás. Pero Paul era más que mi novio. Era yo.

Y ahora mi madre me estaba llamando, no necesitaba hablar por teléfono. La oía. Mi sangre susurraba su nombre.

Miré su fotografía, saludando con la mano bajo el sol de California. En este mismo momento estaba en libertad. Paseando, dispuesta a empezar de nuevo, tan norteamericana después de todo. Pensé en mi vida remetida en maletas contra la pared, las formas que había tomado, las estaciones de su itinerario. Mi siguiente encamación podía ser como la hija de Ingrid Magnussen en Stanford o Smith, respondiendo a las preguntas susurradas de sus nuevas hijas. ¿Es tu madre? ¿Cómo es en realidad? Podía hacerlo. Sabía cómo negociar mi pasado trágico, revelando hábilmente mis cicatrices, mi posición de huérfana; con Joan Peeler había perfeccionado ese arte. La gente me adoptaba, me volvía su proyecto, su mascota. Se convertían en mis defensores, y yo los dejaba. No había ido tan lejos para quedarme en la ribera de algún río entre los restos de coches abollados.

Volver a ser la hija de mi madre. Jugué con la idea como un niño con una manta, pasándola entre los dedos. Perderme otra vez en la marea de su música. Era una idea más seductora que cualquier hombre. ¿Era tarde para la infancia, para volver al crisol, disolverme en el fuego, emerger sin memoria? «El fénix debe quemarse...». ¿Me atrevería? Me había llevado todo esto liberarme de su sombra, respirar por mí misma, aun en esta Europa con estufas que soltaban olor a pelo quemado.

Me quedé entre los brazos de Paul, pensando cómo habíamos ido a Dinamarca el verano pasado en busca de Klaus Anders. Lo encontramos en Copenhague. Vivía en un piso destartado con sus hijos, olía a trementina y leche agria. Su esposa estaba trabajando. Eran las tres de la tarde cuando llamamos a la puerta. Llevaba puesta una bata manchada de pintura. Había dos niños menores de cinco años, mis hermanastros, de su tercer o cuarto matrimonio, viendo la televisión en un sofá. La niña tenía jalea de fresas en el pelo, al bebé había que cambiarlo, y vi que la cadena de desastres podía moverse tanto lateralmente como verticalmente.

Estaba pintando cuando llegamos, una abstracción biomorfa que parecía un viejo zapato con pelo. Nos ofreció Carlsbergs y preguntó por mi madre. Bebí y dejé que Paul hablara. Mi padre. Su frente apuesta, su nariz danesa, igual que la mía. Su voz tropezando en su acento, risueña aun cuando expresara pena. Un hombre que nunca se tomó nada en serio, y menos que nada a sí mismo. Se mostró feliz de que yo fuera artista, no sorprendido de que mi madre estuviera en prisión, lamentaba que no nos hubiéramos visto antes. Quiso recuperar el tiempo perdido, nos ofreció alojamiento, podíamos dormir en el sofá, yo podía ayudar con los chicos. Tenía sesenta y un años, y era tan corriente...

Había sentido lo mismo que habría sentido mi madre, sentada en esta sala, juzgándolo a él y a sus niños pegajosos y al televisor siempre encendido. El viejo sofá, la mesa de teca con marcas circulares. Bastidores en las paredes, incrustaciones

como coral cerebral y cáncer de colon. Comimos queso y pan, el gran frasco de jalea de fresas. Le di la dirección de la tienda de cómics y dijo que nos mantendríamos en contacto. Fue la primera vez que quise irme, que quise ser la primera en salir de una habitación.

Después fuimos a un bar de estudiantes cerca de la universidad, me emborraché como una cuba y vomité en el callejón. Paul me metió en el último tren de vuelta a Berlín.

Ahora tomé la mano de Paul en la cama, su derecha en mi izquierda, entrelacé los dedos en los suyos, mis manos grandes y *pálidas* como el invierno, mi identidad tatuada en las espirales de las yemas, las manos de Paul oscurecidas por el grafito y olorosas a Drum y kebabs. Nuestras palmas eran del mismo tamaño pero los dedos de él eran cinco centímetros más largos. Sus hermosas manos. Siempre pensé que si alguna vez tenía hijos, esperaba que tuvieran esas manos.

—¿Qué pasó con el hombre de la imprenta? —pregunté.

—Quería un anticipo —dijo Paul—. Imagínate.

Me examiné las manos. Sus dedos prácticamente me tocaban las muñecas. Seguí los nervios de su mano, pensando cómo en menos de un día podía estar de vuelta en Estados Unidos. Podía ser como mi madre, como Klaus. Era mi herencia el despojarme de vidas pasadas como una serpiente de su piel, una verdad nueva para cada página, una moral de amnésicos.

Pero era una desgracia. Prefería morirme de hambre. Sabía cómo hacerlo, no era tan difícil.

Contemplé nuestro apartamento, las paredes estropeadas por la humedad, los pocos muebles, el armario de contrachapado que encontramos en un callejón, la polvorienta cortina de terciopelo que ocultaba nuestra diminuta cocina. La mesa de dibujo de Paul, sus papeles y plumas. Y las maletas, alineadas contra la pared, llenando el resto del piso. Nuestra vida. El «fénix debe arder», había dicho mi madre. Traté de imaginarme las llamas, pero hacía demasiado frío.

—Quizá venda el museo —dije.

Paul acarició las cicatrices de las mordeduras de perros en mi mano.

—Creí que le habías dicho a Oskar que no venderías.

Me encogí de hombros. Nunca llegaría al fondo de lo que había en esas maletas, esas mujeres, esos hombres, lo que significaban para mí. Estas habitaciones eran sólo el comienzo. Había maletas dentro de maletas que no había empezado siquiera a deshacer. Quieres recordar, entonces recuerda.

Metí las manos bajo la camisa de lana que le había comprado en el rastro. Se estremeció por el frío, y después me dejó calentarme contra su cuerpo. Cuando nos acercamos, murmurándonos cosas al oído, el *Herald Tribune* cayó al suelo en una suave cascada, enterrando a mi madre entre los titulares, las noticias de otras crisis y personajes. Nos sacamos la ropa para hacer el amor, pero nos dejamos puestas las

camisas y los calcetines. Yo sabía que estaba haciendo una elección. Esto, ahora, maletas, Paul. Era mi vida, un rasgo y no un error, escrito a fuego sobre la piedra.

Después me quedé mirando los dibujos que se formaban sobre las paredes manchadas, el efecto de las luces de la calle que entraban por las ventanas, los dibujos como patas de pájaros. A mi lado, Paul dormía con una almohada apretada contra la cabeza, producto de sus años en hogares de acogida, para no oír más de lo que tenía que oír. Salí de debajo del edredón, me puse los fríos tejanos y un jersey, y puse agua al fuego para hacer un Nescafé. Cuánto daría por una taza del espeso café de Olivia, tan negro que no se aclaraba ni siquiera cuando le ponía crema. Lié un cigarrillo del tabaco Drum de Paul y esperé a que el agua hirviera.

Eran las tres en California. Nunca le diría a Paul cuánto quería estar allí, cuánto quería correr en un Mustang descapotable con mi madre a lo largo de la costa en el cálido y soleado verano con olor a salvia en el aire, y recoger a algún joven bronceado con una sarta de caracolas colgando de su hermoso cuello. Si le decía a Paul cuánto añoraba Los Ángeles, pensaría que estaba loca. Pero añoraba ese lugar venenoso, gulag de niños abandonados, archipiélago de la pena. Lo añoraba aun ahora, el viento caliente con olor a creosota y laurel, el rumor del eucalipto, las noches de estrellas fugaces. Pensé en aquel palomar derruido detrás de la casa en St Andrew's Place en el que mi madre una vez escribió un poema. Cómo le molestaba que las palomas no se fueran, aunque la tela metálica se había caído hacía tiempo y las casillas se habían derrumbado. Pero yo las entendía. Pertenecían a ese lugar, la sombra en verano, sus tristes zureos aflautados. Dondequiera que estuvieran, tratarían de volver, era como la última pieza de un rompecabezas que se había perdido.

La tetera silbó y preparé mi café instantáneo, le eché un poco de leche en polvo y miré los apartamentos al otro lado del patio (el viejo que veía la televisión y tomaba schnapps de menta, un hombre lavando platos, una mujer pintando), mientras al otro lado del planeta California resplandecía, atesorando el borde rugoso del siglo en una tarde brillante con aroma a amor y crimen. En el apartamento de abajo, el recién nacido de los vecinos estaba llorando, rítmicamente, un plañido largo y agudo.

Puse la mano contra el cristal helado, dejé que el calor de mi cuerpo fundiera el hielo, dejando una perfecta silueta contra la oscuridad. Pero estaba pensando en la luz que entraba a través de cortinas blancas, el olor del mar y la salvia y la ropa lavada. Voces y música, el rasguñar de una aguja en un disco de Dietrich cantando *Ich bin von Kopfbis Fuss*, subió por el patio de luces, pero dentro de mi cabeza yo podía oír los graznidos de un halcón de cuello rojo, el débil rumor de los lagartos en un cauce seco, el golpeteo de las palmas y el casi imperceptible suspiro de pétalos de rosa cayendo. En la silueta de la mano oscura pude ver mi imagen borrosa, pero también la cara de mi madre arrojando destellos en la terraza sobre una ciudad imposible de conocer, hablándole a la luna. Quise oír lo que decía. Quise oler esa medianoche quemada otra vez, quise sentir ese viento. Era un deseo secreto, como una canción

que no podía dejar de tararear, o amar a alguien a quien nunca podría tener. No importaba dónde estuviera, mi brújula apuntaba al oeste. Siempre sabría qué hora era en California.



JANET FITCH (9 de noviembre de 1955, Los Ángeles, California, Estados Unidos).

Es conocida como la autora de la novela del Club de lectura de Oprah *La flor del mal* (*White Oleander*), que se convirtió en una película en 2002. Se graduó de Reed College, ubicado en Portland, Oregón.

Es miembro del cuerpo docente del Programa de Maestría en Escritura Profesional de la Universidad del Sur de California, donde enseña ficción.

Dos de sus autores favoritos son Fyodor Dostoievski y Edgar Allan Poe.

Su tercera novela, *Paint It Black*, que lleva el nombre de la canción de los Rolling Stones del mismo nombre, fue publicada en septiembre de 2006. Amber Tamblyn dirigió una película basada en el libro, que se estrenó en Los Ángeles en el Teatro Laemmle Music Hall el 19 de mayo de 2017.

# Notas

[1] «SS. Como usted ordene, mi Führer». <<

[2] La cursiva en español en el original. (*N. del T.*). <<



A close-up photograph of a woman's face, focusing on her right eye which is a striking green color. She has dark, well-defined eyebrows and is looking directly at the camera. A soft-focus flower is visible in the foreground on the left side of the frame.

**LA  
FLOR  
DEL  
MAL**

**JANET FITCH**

Lectulandia

